C. J. SANSOM

Revelación



Un nuevo caso del abogado Shardlake
en la turbulenta Inglaterra de los Tudor

Lectulandia

Mientras Enrique VIII intenta seducir a Catalina Parr con el fin de que acepte convertirse en su sexta esposa, el arzobispo Cranmer y la facción protestante de la corte observan los acontecimientos con especial atención. En efecto, en un período en el que el Rey ha empezado a recuperar las antiguas costumbres religiosas promoviendo una suerte de catolicismo sin Papa, las notorias simpatías reformistas de Catalina pueden volcar la balanza a favor del prelado. En estas circunstancias, Matthew Shardlake se propone investigar el repentino y misterioso asesinato de un muy apreciado compañero de profesión, y con la inestimable ayuda de un amigo médico seguirá la pista de un sospechoso que parece inspirarse en las profecías del Libro de las Revelaciones.

En esta nueva y emocionante novela de suspense en la mejor tradición inglesa del género, C. J. Sansom vuelve a describir con acertado realismo las convulsiones políticas y religiosas de una época marcada por la pasión, la codicia y el terror. *Revelación* retrata fielmente los escenarios y personajes de la Inglaterra de los Tudor, al tiempo que expone los claroscuros morales e intelectuales de un régimen cuyos logros amenazan con ser destruidos por la corrupción, la crueldad y la ambición.

Lectulandia

C. J. Sansom

Revelación

Matthew Shardlake - 4

ePub r1.0
Ablewhite 24.04.2018

Título original: *Revelation*
C. J. Sansom, 2008
Traducción: Miguel Antón Rodriguez

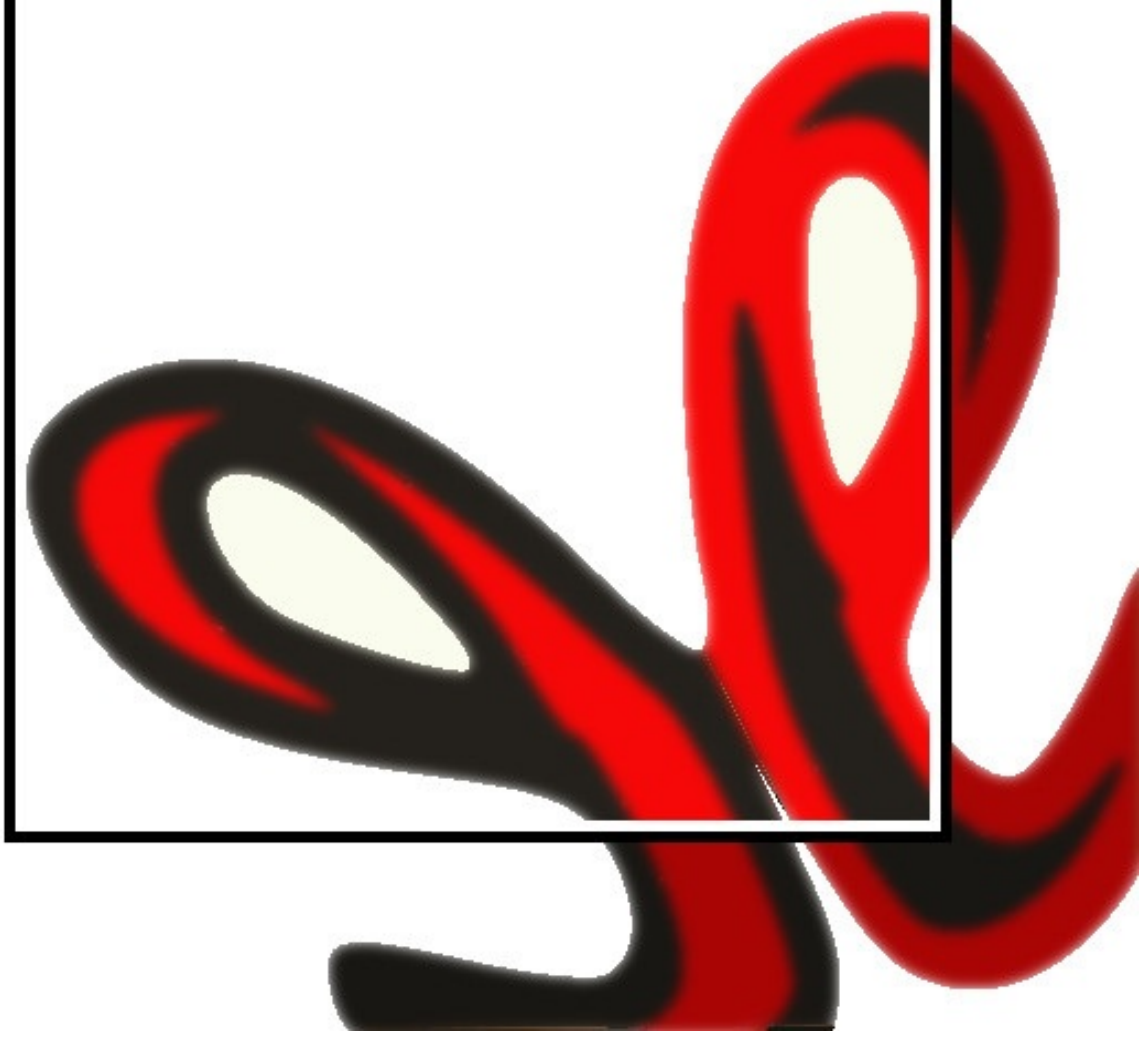
Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

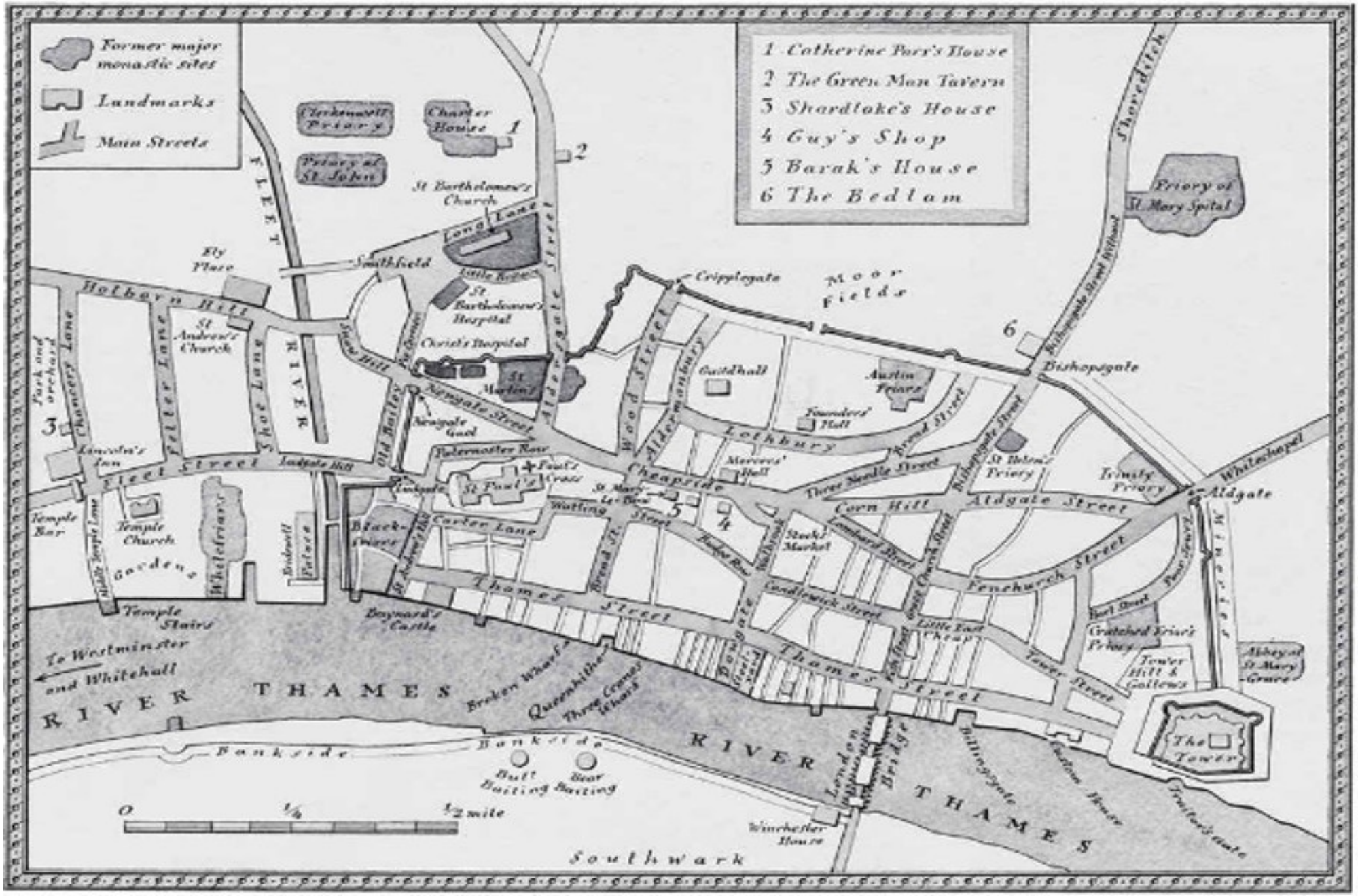
más libros en lectulandia.com

edición conmemorativa

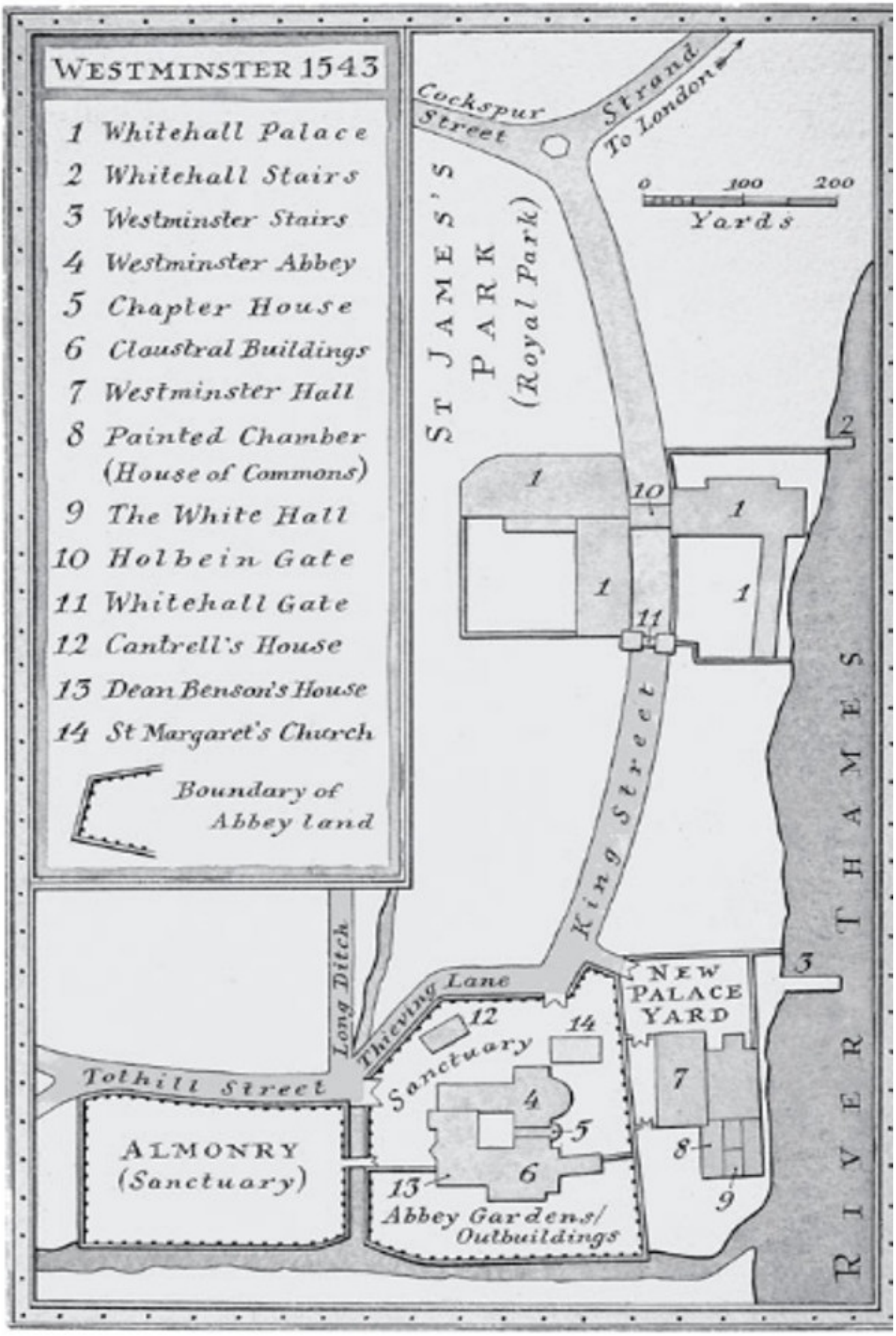
5

Aniversario





www.lectulandia.com - Página 6


WESTMINSTER 1543
1 Whitehall Palace
2 Whitehall Stairs
3 Westminster Stairs
4 Westminster Abbey
5 Chapter House
6 Claustral Buildings
7 Westminster Hall
8 Painted Chamber (House of Commons)
9 The White Hall
10 Holbein Gate
11 Whitehall Gate
12 Cantrell's House
13 Dean Benson's House
14 St Margaret's Church
Boundary of Abbey land
Cockspur Street
Strand
To London
0 100 200
Yards
ST JAMES'S PARK (Royal Park)
King Street
Long Ditch
Thieving Lane
Tothill Street
Sanctuary
NEW PALACE YARD
ALMONRY (Sanctuary)
Abbey Gardens/ Outbuildings
RIVER THAMES

Capítulo 1

Las velas encendidas de las altas arañas del Gran Hall del Colegio de Lincoln iluminaban la estancia con generosidad, puesto que la función había empezado a última hora de la tarde. Estaban presentes la mayoría de los miembros del Colegio, los abogados con sus togas y las esposas con sus mejores galas. Al cabo de una hora de permanecer de pie, atento a la obra, empezó a dolerme la espalda y envidié al puñado de ancianos e impedidos que se habían presentado con sus propios taburetes.

La representación de una obra en el Colegio de Lincoln se celebraba tradicionalmente en marzo, y se había cancelado a principios de mes debido a las intensas nevadas. A pesar de las fechas, seguía haciendo un frío endemoniado, a tal punto que era visible el vaho que desprendían los actores y espectadores, el cual se alzaba como humo hasta las vigas del techo. Aquel año la obra escogida era un nuevo interludio, *The Trial of Treasure*, una historia con moraleja en la que los actores, elegantemente ataviados, interpretaban los vicios y las virtudes de la humanidad. Me distraje cuando el actor que interpretaba la Virtud, luciendo una túnica clara y una larga y falsa barba blanca, reprendía a la Hipocresía por lo engañoso de sus modales, quizá algo apropiado teniendo en cuenta que el público estaba compuesto por abogados. Observé los rostros de los asistentes, ocultos en parte por las sombras. El tesorero Rowland, un anciano severo de facciones angulosas, observaba a los actores como preguntándose si habría sido preferible contratar una compañía teatral con un vestuario menos ostentoso, por mucho que la función requiriese de una escenografía cuidada. Reparé también en Stephen Bealknap, mi antiguo rival, que estaba delante de mí. Inspeccionaba a sus homólogos con unos ojos claros caracterizados por su expresión de codicia, unos ojos que nunca descansaban y nunca miraban directamente a su interlocutor, de modo que cuando nuestras miradas se cruzaron él apartó la suya al instante. Era quizá el abogado más retorcido que había conocido; aún me dolía lo sucedido dieciocho meses atrás, cuando las intrigas de su patrón, Richard Rich, me empujaron a abandonar un caso que me enfrentaba a él. Me sorprendió ver lo indispuesto y cansado que parecía.

A cierta distancia se encontraba mi amigo Roger Elliard, a cuya casa me habían invitado a cenar tras la función, cogido de la mano de su esposa. Los actores habían dado paso a una nueva escena; la Lujuria había hecho un pacto con la Tendencia a la Maldad. Al abrazarla, la Lujuria se vio de pronto doblegada por el dolor y cayó de rodillas.

Ay, qué nueva pasión es esta,
tan poseída estoy que no me tengo en pie,
los calambres, los calambres me acosan,

y desmandada he de morir, sin remedio.

El actor, derribado por el juicio divino, tendió una mano temblorosa hacia el público. Vi a Bealknap mirarlo con una especie de desprecio y extrañeza; Roger apartó la mirada. Yo sabía el porqué. Más tarde hablaría con él.

La obra al fin concluyó; los actores se inclinaron ante el público, que aplaudió, y pusimos en movimiento las entumecidas articulaciones para salir a Gatehouse Court. El sol se ponía en ese momento, bañando con una luz ocre los edificios de ladrillo rojo y la nieve fundida que cubría el patio. La gente, arrebujada en sus capas, caminó en dirección a la puerta, mientras los residentes en el Colegio se dirigían hacia sus aposentos. Esperé en la puerta a que salieran los Elliard, inclinando respetuosamente la cabeza ante los conocidos. Los asistentes procedían de las inmediaciones, puesto que era sábado laborable, víspera de domingo de Ramos. Me volví hacia la morada de los Elliard. Había luz en las ventanas y detrás de estas se veía a los sirvientes ir y venir con bandejas. Los ágapes de Dorothy eran famosos en todo el Colegio, y, pese a que por ser Cuaresma la carne roja estaba vedada, no me cabía duda de la generosidad de su mesa ni de la buena disposición de los invitados.

A pesar del frío me sentía relajado, más en paz de lo que me había sentido en mucho tiempo. Faltaba una semana para el domingo de Pascua, que caía el 25 de marzo, inicio oficial del año nuevo de 1543. A veces, desde hacía tiempo, me preguntaba por estas fechas qué desgracias nos depararía el año entrante. Sin embargo, llegué a la conclusión de que me aguardaban trabajos interesantes, así como la perspectiva de pasar buenos ratos en compañía de mis amigos. Aquella mañana, mientras me vestía, me había detenido a observar mi rostro en el espejo de acero del dormitorio, cosa que raras veces hacía, puesto que la visión de la joroba que tenía en la espalda aún me angustiaba. Observé hebras grises en el cabello, y también algunas arrugas pronunciadas en la cara. No obstante, decidí que me conferían un aspecto más distinguido; el año anterior había cumplido cuarenta años, de modo que ya no podía contar con parecer joven.

Aquella tarde, antes de la función, había paseado junto al Támesis, porque había oído que el hielo se rompía ya tras el largo y riguroso invierno. Me situé en las escaleras de Temple y contemplé el río. Era verdad, había grandes pedazos de hielo que flotaban y chocaban unos con otros con cierto estruendo, así como grietas entre las aguas grises. Volví andando por la nieve blanda, pensando que quizá había llegado por fin la primavera.

De pie en la puerta del Hall, me estremeció un escalofrío a pesar de la capa de piel que llevaba; aunque el clima era más cálido, aún hacía frío, y no había logrado recuperar el peso que había perdido con las fiebres que había sufrido dieciocho meses atrás. Di un respingo cuando alguien me puso la mano en el hombro. Era Roger, que cubría su esbelto cuerpo con una gruesa capa. Junto a él se encontraba su esposa Dorothy, con las redondas mejillas sonrojadas por el frío, que me dirigió una sonrisa.

Se había recogido el cabello castaño bajo un tocado con perlas engastadas.

—Qué meditabundo estabais, Matthew —dijo Roger—. ¿Reflexionabais acerca de los elevados sentimientos morales de la obra?

—Elevados como el tejado de una casa, y pesados como un caballo —apuntó Dorothy.

—Los habéis descrito a la perfección —admití—. ¿Quién la escogió?

—El tesorero. —Roger miró en dirección al lugar donde Rowland conversaba con un juez anciano, e inclinó la cabeza. Bajando la voz, añadió—: Buscaba algo que no diera pie a una disputa sobre política, y con los tiempos que corren ha tomado una decisión muy sabia. Sin embargo, habría preferido una comedia italiana.

Recorrimos juntos el patio. Reparé en que la nieve que cubría la fuente de Gatehouse Court, congelada durante los últimos tres meses, casi se había fundido, dejando al descubierto vetas de hielo gris. No tardaría en brotar de nuevo agua de la fuente y su arrullo volvería a extenderse por aquel patio. Algunas monedas habían quedado a la vista en el hielo; a pesar de que la fuente estaba helada, la gente no había dejado de arrojar monedas para pedir un fallo favorable en un caso o la suerte en una relación amorosa; quizá lo nieguen en redondo, pero los abogados son tan supersticiosos como el que más.



El sirviente de Roger, un anciano llamado Elías que llevaba años en la familia, nos recibió en la puerta y me condujo arriba para que pudiera lavarme las manos. Luego me dirigí al salón, donde las gruesas velas proyectaban una luz cálida y amarillenta sobre las sillas y los cojines. Una docena de invitados, todos abogados acompañados de sus esposas, se hallaban ya sentados. Elías y un muchacho servían el vino. Las hierbas aromáticas que cubrían el entarimado inundaban la estancia de dulces aromas mientras el fuego que crepitaba en la chimenea caldeaba el ambiente y reflejaba su luz en la plata que adornaba el mantel de la mesa. Las paredes estaban decoradas con retratos enmarcados a la manera moderna, la mayor parte de los cuales correspondía a personajes bíblicos. Sobre el imponente hogar había una de las mejores piezas de mobiliario de todo el Colegio de Lincoln, gozo y orgullo de Roger. Se trataba de un gran friso tallado en madera con elaborados motivos, ramas con las hojas en flor entrelazadas con flores y frutos, y algunos animales —un ciervo, un jabalí, incluso un unicornio— que asomaban la cabeza a través del follaje. Roger se situó de pie a su lado, conversando con Ambrose Loder, de mis dependencias. Se lo veía animado, y gesticuló lo suyo mientras insistía al rechoncho abogado respecto al tema que trataban; su interlocutor permaneció inmóvil, con expresión de escepticismo en el rostro colorado.

Dorothy se hallaba junto a su marido, con aire cándido y divertido; las prendas que lucía, de vivos colores, contrastaban con la toga negra tic ambos abogados.

Llevaba un vestido de damasco verde recamado con hilo dorado, y un cuello alto abierto a la altura de la garganta. Le sentaba muy bien. Al verme, se disculpó y se acercó a mí.

Hacía veinte años que conocía a Dorothy. Era la hija de un procurador de mis primeros aposentos. Entonces los dos teníamos veinte años, y por un tiempo me sentí atraído por la rara combinación de elegancia, ingenio y amabilidad que la caracterizaba. A ella también parecía agradarle mi compañía, nunca dio muestras de que le importase mi joroba y nos convertimos en buenos amigos. Al cabo, me atreví a intentar convertir la amistad en algo más. Sin embargo, no manifesté en su verdadera magnitud mis sentimientos, y por tanto no pude culparme más que a mí mismo cuando me enteré de que Roger, mi amigo y colega, le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. Más tarde, Roger me dijo, y lo creí, que no había reparado en mis sentimientos hacia Dorothy. Ella los había intuido, e intentó endulzar la situación diciendo que la suya había sido una elección muy difícil, lo cual me costaba mucho creer, porque Roger era un hombre apuesto y muy inteligente, de movimientos gráciles a la vez que enérgicos y elegantes.

Al igual que yo, Dorothy ya había superado los cuarenta años; sin embargo, aparte de algunas arrugas en las comisuras de los ojos, parecía mucho más joven. Me incliné para besarla en las mejillas.

—Feliz domingo de Ramos, Dorothy.

—Feliz domingo de Ramos os deseo también, Matthew. —Me estrechó la mano —. ¿Cómo andáis de salud?

—Últimamente, bien. —A menudo la espalda me daba problemas, pero en los últimos meses había realizado a rajatabla los ejercicios que me había prescrito mi médico y amigo Guy, y me sentía mucho mejor.

—Tenéis buen aspecto.

—Y vos cada año parecéis más joven, Dorothy. Que este os traiga paz y prosperidad.

—Eso espero. Aunque ¿habéis oído lo del extraño portento? Dos enormes peces fueron arrastrados a orillas del Támesis. Grises, y tan grandes como la mitad de una casa. Debieron de quedar atrapados bajo el hielo. —La expresión de sus ojos me dio a entender que consideraba aquella historia, al igual que tantas otras cosas en el mundo, encantadoramente absurda.

—¿Seguían con vida? —pregunté.

—No. Todavía están en las fangosas orillas de Greenwich. Cientos de personas han cruzado el Puente de Londres para verlos. Todos aseguran que el hecho de que tal cosa haya acontecido en la víspera del domingo de Ramos anuncia un suceso terrible.

—Últimamente la gente ve portentos en todas partes. Hoy en día se ha convertido en una afición para los predicadores londinenses.

—Es cierto. —Me dedicó una mirada inquisitiva, quizá al notar un atisbo de amargura de mi voz.

Veinte años atrás, Dorothy, Roger y yo nos contamos entre los reformistas, pues confiábamos en alentar una nueva alma cristiana en el mundo. Ambos insistían aún en ello. Sin embargo, la mayoría de sus invitados también habían sido reformistas y ahora se limitaban a llevar una discreta vida profesional, asustados y desencantados a causa de conflictos religiosos y la consiguiente represión que desde la ruptura del rey con Roma se habían desatado con mayor crudeza si cabe. Me pregunté si Dorothy había intuido que prácticamente había perdido la fe.

—Al menos para nosotros han sido buenas noticias —añadió para cambiar de tema—. Hoy hemos recibido carta de Samuel. Los caminos a Bristol deben de haberse abierto de nuevo. —Enarcó una de sus oscuras cejas—. Y leyendo entre líneas me ha parecido entender que se ha prendado de una muchacha.

Samuel era el único hijo de Roger y Dorothy, que lo adoraban. La familia se había mudado hacía unos años a Bristol, lugar donde nació Roger y también donde obtuvo el puesto de archivista municipal. Hacía un año que había vuelto a la ciudad para practicar la abogacía en el Colegio de Lincoln, pero Samuel, que había cumplido los dieciocho y era aprendiz de un mercader de telas, había decidido quedarse allí, a pesar del disgusto que esa decisión había supuesto para sus padres, y del que yo estaba al corriente.

—¿Seguro que no estáis leyendo en esa carta lo que deseáis leer? —pregunté con una sonrisa.

—Seguro. Menciona un nombre: Elizabeth. Es la hija de un mercader.

—No podrá contraer matrimonio hasta que termine el período de aprendizaje.

—Tanto mejor. Eso me permitirá disponer del tiempo necesario para comprobar si se avienen. —Dorothy esbozó una media sonrisa—. Y quizá pueda enviar a alguien de espía a Bristol. Ese ayudante vuestro, Barak. He oído que tiene mano para esa clase de asuntos.

Reí.

—Barak está ocupado con mis cosas. Tendréis que contratar a otro espía.

Me gusta su humor ácido. ¿Cómo se encuentra?

—El año pasado su esposa y él perdieron un hijo. Supuso un duro golpe para él, aunque no lo demuestre.

—¿Y ella? ¿Cómo está?

—Aún no he visto a Tamasin. No dejo de repetirme que debería visitarlos. Tengo que hacerlo. Ella fue muy amable conmigo cuando estuve aquejado de fiebres.

—Ya veo que el Tribunal de Apelaciones os mantiene ocupado. Y procurador… siempre he sabido que algún día alcanzaríais un puesto eminente.

—Sí —reconocí con una sonrisa—. Es un buen empleo. —Hacía un año que el arzobispo Cranmer me había nombrado uno de los dos abogados encargados de exponer las demandas presentadas ante el Tribunal de Apelaciones, donde se atendían las peticiones de los pobres. Lo de procurador, posición correspondiente a un abogado veterano, había sido consecuencia del puesto—. Nunca había disfrutado

tanto con mi trabajo —continué—. Aunque la tarea es ingente y algunos clientes… En fin, la pobreza no necesariamente hace buenos o razonables a los hombres.

—No debería; es una maldición —repuso Dorothy con convencimiento.

—No me quejo. El trabajo siempre es distinto. —Hice una pausa—. Tengo un caso nuevo, un muchacho al que han encerrado en Bedlam. Mañana me reúno con sus padres.

—¿En domingo de Ramos?

—Hay cierto apremio por resolver el asunto.

—Un cliente loco.

—El quid del asunto es precisamente si está loco o no. Lo encerraron por orden del Consejo Privado. Es uno de los casos más peculiares con que he topado. Interesante, aunque habría preferido no tener que vérmelas con el Consejo.

—Conseguiréis que se haga justicia, de eso no me cabe la menor duda —dijo, y me cogió del brazo.

—¡Matthew! —Roger había aparecido a mi lado. Me estrechó la mano con fuerza. Era enérgico, bajo de estatura y de complexión nervuda, con un rostro delgado pero atractivo, ojos azules de mirada escrutadora y un cabello negro que empezaba a ralear. A pesar de que me había arrebatado a Dorothy en el pasado, yo seguía sintiendo un gran afecto por él.

—Me he enterado de que os ha escrito Samuel —dije.

—Sí, el muy diablillo. ¡Por fin!

—Tengo que ir a la cocina —se excusó Dorothy—. Os veré dentro de un rato, Matthew. Hablad con Roger, dejad que os cuente la interesante idea que ha tenido.

Me incliné al marcharse ella, y luego me volví hacia Roger.

—¿Cómo os habéis encontrado? —pregunté en voz baja.

Él bajó también la voz.

—No me ha vuelto a pasar, pero para mí supondrá todo un alivio que me visite vuestro amigo el doctor.

—Durante la función he visto que apartabais la mirada cuando derribaban a la Lujuria.

—Sí. Me tiene asustado, Matthew.

De pronto, Roger me pareció vulnerable como un niño pequeño. Le cogí con fuerza el brazo. En las últimas semanas había perdido inesperadamente el equilibrio en repetidas ocasiones, hasta el punto de caer desmayado sin motivo aparente. Temía estar desarrollando la enfermedad del desmayo, esa terrible afección que hacía que un hombre cayese al suelo, fuera de sí, y se retorciera entre gruñidos. La enfermedad, para la que no se conocía cura, era considerada por algunos una especie de locura pasajera y por otros, prueba de que un espíritu diabólico se había apoderado del que la sufría. El hecho de que aquellos síntomas espectaculares se produjesen en el momento más inesperado llevaba a la gente a temer la compañía de quienes la padecían. Para un abogado podía suponer el fin de su carrera.

Apreté su brazo.

—Guy llegará al fondo del asunto, os lo prometo. —Hacía una semana que Roger me lo había confesado durante el almuerzo, y yo me había encargado de citarlo con mi amigo médico a la mayor brevedad, al cabo de cuatro días.

—Esperemos que sean buenas noticias —dijo esbozando una sonrisa. Y bajando el tono añadió—: Le he contado a Dorothy que he estado sufriendo dolores de estómago. Creo que es mejor así. Las mujeres no hacen más que preocuparse.

—Nosotros también, Roger. —Sonreí—. Y a veces sin motivo. Podría haber muchas razones que justifiquen esas caídas; y recordad que no han ido acompañadas de ataques.

—Lo sé. Es verdad.

—Dorothy me ha contado que habéis concebido una nueva idea —dije con intención de distraerlo.

—Sí —repuso sonriendo—. Se lo estaba contando al amigo Loder, pero no me ha parecido que estuviera muy interesado. —Miró a los otros invitados—. Nadie de los aquí presentes es pobre —añadió. Me tomó del brazo y me apartó un poco de los demás—. He estado leyendo el nuevo libro de Roderick Mors, *Lamentación de un cristiano contra la ciudad de Londres*.

—Tendríais que ir con cuidado. Algunos tachan la obra de sediciosa.

—La verdad los asusta —dijo en voz baja, pero con tono apasionado—. Por Dios que el libro de Mors es una acusación contra nuestra ciudad. Muestra cómo toda la riqueza de los monasterios ha ido a parar a manos del rey y sus cortesanos. Las escuelas monásticas y los hospitales cerraron, los enfermos quedaron abandonados y dependen de sus propios medios. No puede decirse que el cuidado de los monjes fuera suficiente, pero es que ahora no tienen ni eso. Debería avergonzarnos, legiones de pobres abandonados en las calles, enfermos y medio moribundos. Ayer vi a un muchacho en un portal de Cheapside; tenía los pies desnudos medio congelados. Le di seis peniques, pero lo que necesitaba era un hospital, Matthew.

—Mas, como vos bien decís, la mayoría ha cerrado sus puertas.

—Razón por la cual me he propuesto sondear la posibilidad de que los colegios del tribunal funden un hospital. Se partiría de una aportación inicial, y posteriormente se recurriría a un fondo y a las contribuciones de los abogados.

—¿Habéis hablado con el tesorero?

—Aún no. —Roger sonrió de nuevo—. Estoy afilando mis argumentos con mis colegas. —Señaló con un gesto al rollizo Loder—. Ambrose dice que los pobres ofenden a los viandantes con los peligrosos olores y vapores que desprenden. Podría verse inclinado a pagar dinero para que las calles se libren de su presencia. Otros se lamentan de topar por doquier con los importunos mendigos que piden un penique por el amor de Dios. Les he prometido que podrán vivir en paz. Siempre hay argumentos con los que convencer a quienes andan faltos de caridad. —Compuso una expresión seria y añadió—: ¿Me ayudaréis?

—Os ayudaré si puedo. —Si alguien podía lograr semejante empeño, ese era Roger. Su energía e ingenio serían cruciales—. Yo mismo apoyaré vuestro hospital y, si queréis, os ayudaré a recabar donativos.

Me apretó el brazo.

—Sabía que podía contar con vos. Pronto organizaré un comité…

—¿Otro? —Dorothy había regresado, acalorada tras su estancia en la cocina. Miró escrutadora a su marido, quien le rodeó la cintura con el brazo.

—Para el hospital, cariño.

—Será difícil convencer a la gente, cuyas bolsas ya sufren lo suyo debido a los impuestos del rey.

—Y más que podrían sufrir —aseguré—. Dicen que este nuevo Parlamento recibirá la petición de entregar más dinero al rey para que declare la guerra a Francia.

—Vaya desperdicio —dijo Roger con amargura—. Cuando se piensa en cómo podría usarse el dinero… Pero sí, su majestad considerará que se trata de un buen momento para acometer tamaña empresa. Muerto el rey de Escocia, y con su hija en el trono, no podrán ponerse de parte del francés.

Asentí para mostrar mi acuerdo.

—El rey ha enviado de vuelta a casa a los lores escoceses capturados tras Solway Moss; se dice que han jurado acordar matrimonio entre el príncipe Eduardo y la niña María.

—Estáis bien informado, como siempre, Matthew —alabó Dorothy—. ¿Sigue Barak informándoos de todas las hablillas que recaba entre los sirvientes de la corte?

—Así es.

—He oído que el rey anda buscando nueva esposa.

—Llevan diciendo eso desde que ejecutaron a Catalina Howard —dijo Roger—. ¿Quién se supone que será?

—*Lady* Latimer —respondió Dorothy—. Su marido murió la semana pasada. Dentro de dos días tendrá lugar un gran funeral. Se comenta que el rey lleva años prendado de ella, y que ahora moverá pieza.

Ese rumor no había llegado a mis oídos.

—Pobre mujer —dije, y bajando la voz agregué—: Debe de temer por su cabeza.

—Pues sí —admitió Dorothy, que guardó silencio unos instantes, para después alzar la voz y llamar la atención de los presentes—. Amigos míos, la cena está servida.

Entramos en el comedor. La alargada mesa de roble estaba cubierta de platos de plata, y los sirvientes repartían la comida bajo la supervisión de Elías. El lugar preferente se reservó a cuatro imponentes aves; puesto que aún era Cuaresma, la ley solo habría permitido consumir pescado, pero, debido a que las aguas del río estaban congeladas, aquel invierno el pescado se había vuelto algo prohibitivo y el rey había autorizado al pueblo a comer carne blanca.

Nos sentamos a la mesa. Yo lo hice entre Loder, con quien Roger había estado

charlando anteriormente, y James Ryprose, un abogado anciano cuyas erizadas patillas enmarcaban un rostro tan arrugado como un pergamino. Frente a nosotros se acomodaron Dorothy, Roger y la señora Loder, tan rolliza y pagada de sí como su esposo. Me sonrió, enseñándome una ristra de dientes blancos, y luego, para mi sorpresa, se metió la mano en la boca y se quitó ambas hileras de dientes. Vi que estaban pegados a sendas dentaduras de madera, cortadas de tal forma que encajasen en los escasos dientes grisáceos que le quedaban en la mandíbula.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? —preguntó mirándome—. Me los hizo un barbero y cirujano de Cheapside. Creedme si os digo que no puedo comer sin ellos.

—Escóndelos, Johanna —ordenó su marido—. Los demás comensales no querrán tenerlos a la vista mientras comemos.

Johanna hizo pucheros, al menos en la medida en que a una mujer desdentada le es posible, y luego depositó la dentadura en una cajita que ocultó entre los pliegues del vestido. Contuve un escalofrío. La moda francesa, adoptada por ciertos miembros de las clases acomodadas, de utilizar la dentadura de los muertos me parecía más bien repugnante.

Roger empezó a hablar de nuevo acerca de su hospital, dirigiéndose en esa ocasión al anciano Ryprose.

—Pensad en los enfermos y desvalidos a los que podríamos apartar de las calles. Incluso podríamos llegar a curarlos.

—Sí, sería un logro considerable —admitió el anciano—, pero ¿qué me decís de los mendigos robustos que infestan las calles y lo importunan a uno cada dos por tres pidiéndole dinero, a veces incluso mediante amenazas? ¿Qué puede hacerse con ellos? Soy mayor y a veces tengo miedo cuando voy solo.

—Muy cierto. —Maese Loder se inclinó por delante de mí para que todos oyeran su opinión—. Esos dos que robaron y asesinaron el pasado noviembre al pobre maese Goodcole junto a las puertas eran sirvientes despedidos de los monasterios. No los habrían atrapado si no hubiesen alardeado de sus presuntas hazañas en las tabernas, donde se gastaron el dinero del desdichado Goodcole, gracias a que un tabernero, hombre honesto donde los haya, advirtió al alguacil.

—Sí, sí —asintió Ryprose con empeño—. No es de extrañar que los desocupados mendiguen y roben con impunidad, cuando la ciudad únicamente dispone de un puñado de alguaciles para protegerla, y algunos de ellos de mi edad.

—El ayuntamiento debería designar a hombres fuertes para expulsarlos a golpes —aseguró Loder.

—Pero, Ambrose —intervino su esposa en voz baja—, ¿por qué ser tan duro? De joven decíais que los desocupados y los pobres tenían el derecho de obtener empleo, y que la ciudad debía pagarles para llevar a cabo tareas útiles como adoquinar las calles. Citabais siempre a Erasmo y Juan Vives acerca de los deberes que los cristianos tenían para con los menos afortunados. —Sonrió con dulzura, consciente quizá de haberse vengado por el anterior comentario de su marido relativo a la

dentadura postiza.

—Así era, Ambrose —admitió Roger—. Lo recuerdo perfectamente.

—Y yo —intervino Dorothy—. Solíais hablar apasionadamente de las obligaciones que tenía el rey con los pobres.

—Pues no parece que al rey le interese ese asunto, así que no veo qué se supone que debemos hacer. —Loder miró ceñudo a su mujer—. ¿Reunir a diez mil tiñosos pedigüeños y meterlos en palacio para alimentarlos en los comedores reales?

—No —respondió Roger sin alterarse—. Únicamente aprovechar nuestra posición de hombres acomodados para ayudar a unos pocos. Quizá hasta que lleguen tiempos mejores.

—No solo se trata de los mendigos que impiden que uno pueda caminar tranquilo por la calle —dijo en tono lúgubre el anciano Ryprose—. También están todos esos predicadores que brotan como setas. Hay uno al fondo de Newgate Street, de pie todo el día, aullando y advirtiendo de la cercanía del Apocalipsis.

Se alzó un rumor de aprobación generalizado en torno a la mesa. En los años transcurridos desde la caída de Thomas Cromwell, había concluido el patronazgo del rey a los reformistas que lo habían animado a romper con Roma. Nunca había apoyado abiertamente las creencias luteranas, y en la actualidad recuperaba lentamente las antiguas costumbres religiosas, una especie de catolicismo sin Papa, con medidas paulatinamente represivas contra los disidentes. Negar que el pan y el vino del sacramento se transformaban en el cuerpo y la sangre de Jesucristo era considerado una herejía que se castigaba con la pena de muerte. Incluso la doctrina del Purgatorio había recuperado su anterior respetabilidad. Todo eso era anatema para los radicales, quienes buscaban en la Biblia la única verdad. La represión no había hecho más que empujar a muchos reformistas hacia posiciones extremas, y era en Londres donde se mostraban especialmente atrevidos en sus manifestaciones públicas.

—¿Sabéis qué he visto hoy en la calle? —intervino otro invitado—. Frente a una iglesia había alguien colocando ramas en la nieve para las celebraciones que se llevarán a cabo mañana, domingo de Ramos. Entonces apareció una turbamulta de aprendices que la emprendió a patadas con las ramas, gritando que se trataba de una ceremonia papista, ¡y que el Papa era el Anticristo!

—Este radicalismo religioso proporciona a los aprendices otra excusa para entregarse a los desmanes —comentó Loder.

—Quizá mañana haya problemas —apuntó Roger.

Asentí. El domingo de Ramos las iglesias tradicionales celebrarían las ceremonias de rigor, con los sacristanes ataviados como profetas y el niño montado en un burro, mientras que los predicadores radicales, desde el púlpito, tacharían todo aquello de blasfemia papista.

—Habrá otra purga —opinó alguien—. He oído rumores de que el obispo Bonner arremeterá con fuerza contra los disidentes.

—Basta de ejecuciones en la hoguera —pidió Dorothy en voz queda.

—La ciudad no permitiría semejante cosa —aseguró Loder—. A la gente no le gustan los radicales, pero desprecia aún más la hoguera. Bonner no irá tan lejos.

—¿De veras? —dijo Roger—. ¿Acaso no es también un fanático? ¿No está dividiéndose toda la ciudad?

—La mayoría de la gente quiere vivir en paz —dije—. Incluso quienes en tiempos fuimos considerados radicales. —Miré con expresión irónica a Roger, que asintió aprobando el comentario.

—Ambos bandos cuentan con fanáticos —observó el anciano Ryprose en el tono fúnebre que había caracterizado sus intervenciones—. Y henos aquí, personas corrientes, a medio camino entre unos y otros. Temo que nos den muerte a todos sin excepción.



La velada concluyó a altas horas de la madrugada, y fui el último en despedirse. Pisé de nuevo la nieve fangosa al adentrarme en la gélida noche. Me sentía menos animado tras la conversación mantenida en la cena. Era verdad que Londres rebosaba tanto de mendigos como de fanáticos y que se había convertido en una ciudad de descontentos. Una purga no haría sino empeorar las cosas. Había, también, algo que no había compartido con los comensales: los padres del muchacho encerrado en Bedlam pertenecían a una congregación protestante radical, y los problemas mentales de su hijo eran de naturaleza religiosa. Lamenté que me hubiesen adjudicado el caso, pero estaba obligado a hacerme cargo de las peticiones que se me asignaban. Y aquellos padres querían ver a su hijo en libertad.

Me detuve. Oí pasos en la nieve, a mis espaldas. Me volví con el entrecejo fruncido. Se suponía que los recintos del Colegio de Lincoln eran seguros, pero había lugares por los que un intruso podía acceder. Era una noche oscura, y la luna quedaba medio oculta tras las nubes; a esa hora, solo algunas ventanas proyectaban rectángulos de luz en la nieve.

—¿Quién va? —pregunté en voz alta.

No hubo respuesta, pero oí que alguien se alejaba corriendo. Lo seguí. El sonido procedía del extremo más alejado de la residencia de los Elliard, junto al muro posterior del Colegio de Lincoln. Llevé la mano a la empuñadura de la daga cuando doblé la esquina del edificio. Tenía ante mí el muro exterior. Fuera quien fuese el intruso, estaba atrapado; pero no encontré a nadie allí. El pequeño cuadrilátero que mediaba entre los edificios y el muro posterior, de tres metros y medio de altura, iluminado por las ventanas de la vivienda de los Elliard, estaba completamente desierto. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

Entonces vi que la nieve que coronaba el muro había sido removida. El intruso había saltado el muro. Para escalarlo se necesitaba mucha fuerza y no menos agilidad.

No estaba seguro de que fuese posible hacerlo, pero el patio desierto y la nieve revuelta daban fe de ello. Me volví, contrariado. Hablaría con el vigilante y le diría que cubriese de cristales rotos la parte superior del muro.

Capítulo 2

A la mañana siguiente abandoné temprano mis aposentos, pues los padres del muchacho que había sido encerrado en Bedlam se presentarían a las nueve. Los detalles que me había remitido el Tribunal de Apelaciones eran incompletos, pero bastaban para que resultasen preocupantes. La orden de recluirlo procedía directamente del Consejo Privado, por blasfemar contra la religión verdadera en su «temeraria locura», según se exponía en la resolución, y en ningún momento se aludía siquiera a la acusación del tribunal del obispo. Por tanto, el asunto era de índole política, y eso entrañaba peligros. Intenté convencerme de que cualquier participación mía en el asunto se limitaría al aspecto jurídico, pero maldije de nuevo mi suerte porque me hubieran asignado el caso.

Según la documentación, el joven, Adam Kite, era hijo de un maestro pedrero y feligrés de la iglesia de Saint Martin, en Creek Lane. Había enviado a Barak a indagar, y este me había informado de que el vicario era, según sus propias palabras, un «fanático religioso de tomo y lomo».

No eran buenas noticias. Las veces que me las había visto con personas devotas había comprobado que no resultaba nada fácil tratar con ellas. Los hombres destacaban por su tosquedad al esgrimir en contra de uno los versículos de la Biblia como el carpintero el martillo con que golpea los clavos.

Todas aquellas preocupaciones desaparecieron en el instante que tropecé con un trozo de fango reseco y a punto estuve de caer de bruces. Oí que alguien reía. En toda la ciudad, las campanas de los templos llamaban a los fieles a la misa de Domingo de Ramos. Últimamente solo acudía a la iglesia cuando se esperaba que lo hiciera; el domingo siguiente tendría que ir a misa y hacer mi confesión anual. No esperaba con ansia esa fecha. El clima, trastornado, recuperaba de nuevo cierta calidez, y Chancery Lane estaba tan cubierta de fango como un corral. Al franquear la puerta del Colegio de Lincoln me pregunté si el tesorero tomaría medidas para reforzar la seguridad del muro. Me había acercado a informar al portero de mi encuentro de la noche anterior.

Sentí que algo húmedo me caía en la cara; siguió otra gota, y comprendí que estaba lloviendo, por primera vez tras dos meses de nieve. Para cuando alcancé mis dependencias, la lluvia arreciaba y tenía el gorro empapado. Para mi sorpresa, Barak ya se encontraba en el antedespacho. Había encendido el fuego y permanecía sentado a la mesa grande, ordenando la documentación para la sesión que se celebraría al día siguiente en el tribunal. Demandas, atestados y declaraciones juradas se amontonaban en torno a él. Sus facciones eran atractivas, su expresión, traviesa, pero se lo veía cansado, con los ojos inyectados en sangre y el mentón hirsuto.

—Necesitas un buen afeitado, o el juez ordenará que te retires por comportamiento irrespetuoso. —Le hablaba sin tapujos, pues nos unía una gran

confianza. Nos habíamos conocido a raíz de un encargo del antiguo señor de Barak, Thomas Cromwell, ministro del rey. Después de que a Cromwell lo ejecutaran, tres años antes, Barak había empezado a trabajar para mí. Era un ayudante poco ortodoxo, pero muy eficiente.

—De acuerdo —dijo en tono gruñón—. Los padres del chalado no tardarán en llegar.

—No te refieras a él en esos términos —lo regañé mientras repasaba la documentación que me había preparado. Todo estaba en orden, y reconocí en las anotaciones la cuidada caligrafía de mi ayudante—. ¿También trabajas en domingo? —pregunté—. ¿Viniste ayer? Vaya, qué abandonada tienes a Tamasin.

—Mi mujer está bien. —Barak se levantó y empezó a archivar libros y documentos. Miré sus anchas espaldas, preguntándome qué iría mal entre su esposa y él para que permaneciese tanto tiempo en el despacho y, a juzgar por su aspecto, se hubiera quedado a pasar la noche en él. Tamasin era una joven bonita, tan enérgica como Barak, y, a pesar de que el embarazo los había empujado a contraer un matrimonio apresurado, él se sintió feliz cuando el año anterior se celebró la ceremonia. Su hijo falleció al nacer, y en los meses que habían transcurrido desde entonces, aunque Barak se había mostrado tan irreverente como de costumbre, se advertía en ocasiones una burla forzada en sus chanzas, y a menudo lo sorprendía con la mirada perdida. Sabía que la muerte de un hijo podía acercar a ciertas parejas pero distanciaba a otras.

—Ayer tuviste ocasión de ver a los padres de Adam Kite cuando vinieron a concertar la cita —dije—. Goodman Kite y su esposa. ¿Cómo son?

Se volvió hacia mí.

—Gente trabajadora —respondió—. Él es pedrero. Empezó dando las gracias a Dios por permitirle presentar su caso ante el Tribunal de Apelaciones, y dijo que el Señor no abandona a los verdaderos fieles. —Arrugó la nariz—. Se parecen a algunos de esos píos. Aunque los que conozco parecen muy satisfechos de sí mismos y los Kite son como un par de gatos apaleados.

—No me sorprende, teniendo en cuenta lo sucedido.

—Lo sé. —Barak titubeó antes de continuar—. ¿Tendréis que ir allí, donde encierran a esos lunáticos que se rasgan las vestiduras y golpean sus cadenas?

—Probablemente. —Consulté de nuevo la documentación—. El joven tiene diecisiete años. Fue conducido ante el Consejo el tres de marzo por conducta obscena en Preaching Cross, en el patio de la iglesia de Saint Paul, donde fue hallado «profiriendo extraños gritos y gemidos». Lo encerraron en Bedlam con la esperanza de que allí hallase una cura. No se emitió ningún otro documento. No consta que un médico, o un jurado, haya corroborado su estado de salud. Eso es impropio.

Barak me miró muy serio.

—Tiene suerte de que no lo condenaran por hereje. Recordaréis lo que les sucedió a Richard Mekins y a John Collins.

—Ahora el Consejo actúa con mayor cuidado.

Mekins era un aprendiz de quince años que dieciocho meses antes había sido ejecutado en la hoguera en Smithfield por negar la presencia de Jesús en la Eucaristía. El caso de John Collins había sido incluso peor: era un joven que había disparado una flecha a la estatua de Cristo dentro de una iglesia. Muchos también lo habían considerado loco; sin embargo, el año anterior el rey había dictado un acta en virtud de la cual se permitía la ejecución de personas aquejadas de enajenación mental. De resultas de ello, Collins acabó en la hoguera. La crueldad de ambos casos había vuelto a la población en contra de la severidad con que el obispo Bonner regía los aspectos religiosos de la ciudad. Desde entonces no se habían producido nuevas ejecuciones.

—Dicen que Bonner anda otra vez detrás de los radicales —repuso Barak.

—Eso se comentó anoche en la cena. ¿Qué crees que está sucediendo, Jack?

Barak conservaba ciertas amistades entre quienes desempeñaban los encargos más marginales de la corte, aquellos que frecuentaban las tabernas y fondas e informaban del estado de la opinión pública. Recientemente había llegado a la conclusión de que había pasado mucho tiempo bebiendo en compañía de aquellas viejas amistades de dudosa moral.

Me miró muy serio y dijo:

—Ahora se comenta que Escocia ha dejado de ser una amenaza y que el rey quiere acordar una alianza con España e ir a la guerra contra Francia. Pero para que eso sea aceptable para el emperador Carlos, nuestro monarca tiene que mostrarse públicamente inflexible con los herejes. Dicen que intentará que el Parlamento apruebe una ley que prohíba a las mujeres y al vulgo leer la Biblia, y animar al obispo Bonner a que arremeta contra los predicadores. Al menos, eso se afirma en Whitehall. Así que yo me andaría con cuidado en lo que a este asunto respecta.

—Comprendo. Gracias. —Aquella información hacía que el caso fuese más delicado aún. Hice un esfuerzo por componer una sonrisa al añadir—: El otro tema del que se habló anoche fue que el rey está buscando esposa. Se trataría de *lady* Latimer.

—Eso también es verdad, a juzgar por lo que me han comentado. Pero esta vez está teniendo problemas. La dama no lo quiere.

—¿Lo ha rechazado? —pregunté sorprendido.

—Eso dicen. ¿Quién puede reprochárselo? El rey tiene llagadas ambas piernas, así que la mitad del tiempo es necesario transportarlo en un carrito de un lado a otro por Whitehall. Dicen que cada mes que pasa engorda y su carácter empeora. También comentan que la dama tiene los ojos puestos en otro.

—¿De quién se trata?

—De eso no se habla. —Titubeó—. Ese torpe de Adam Kite puede que esté más a salvo si se queda en Bedlam. Y vos también, antes que enredaros de nuevo con el Consejo Privado.

Suspiré.

—Solo cumplo con mi papel de abogado.

—En cuanto esa gente se involucre no podréis ocultaros tras la ley. Eso ya lo sabéis. —Vi a Barak tan preocupado como si me dispusiera a acercarme a algunos de los poderosos enemigos que había hecho en el pasado. Tanto el duque de Norfolk como Richard Rich ocupaban sendos asientos en el Consejo Privado.

—Qué mala suerte que me pasaran esto a mí, en lugar de a Herriott —me lamenté —. Pero ahora que el caso es mío, tendré que manejarlo con sumo cuidado. Voy a estudiar concienzudamente la documentación. Haz entrar directamente a los Kite cuando lleguen.

Entré en mi despacho y cerré la puerta. Las palabras de Barak me habían dejado un poso de inquietud. Me acerqué al ajimez. La lluvia caía con fuerza, golpeando el postigo y distorsionándome la visión de Gatehouse Court. Sentí un leve escalofrío, porque el sonido de la lluvia intensa siempre me recordaba la terrible noche de dieciocho meses atrás, cuando, por primera vez hasta ahora, maté a un hombre. De no haberlo hecho, me habría asesinado, a pesar de lo cual aún me perseguía el eco de sus escalofriantes jadeos. Exhalé un hondo suspiro al recordar el buen humor de que hice gala la noche anterior. ¿Habría llamado a la mala suerte el admitir que era feliz?

Bedlam, pensé. Su nombre provocaba repugnancia y temor en la ciudad. Durante mucho tiempo, el hospital de Bethlehem había sido la única institución en Londres que había tratado a los locos, y aunque era común ver gente fuera de sus cabales mendigar por la calle, y muchos tenían un conocido o familiar que había sufrido alguna enfermedad mental, la gente los evitaba. No solo se los temía por peligrosos, o incluso por poseídos, sino que constituían un recordatorio de que la locura podía alcanzar a cualquiera, inesperadamente y de mil formas distintas. Esa era la razón de que Roger temiese tanto la enfermedad que sufría. Yo sabía que Bedlam solo aceptaba casos de locura extrema. Algunos de los pacientes pertenecían a familias adineradas, mientras que la estancia de otros la sufragaba la caridad pública. De vez en cuando, acababan entre sus muros personas que, como Adam Kite, suponían un incordio para el poder, que se deshacía de ellas de ese modo.

Llamaron a la puerta, y Barak condujo al interior a una pareja de mediana edad. Me desconcertó ver que los acompañaba una tercera persona, un clérigo vestido con una larga sotana. Era alto y enjuto, con las cejas pobladas, el cabello de color ceniza y la tez rubicunda y colérica. La pareja vestía de negro, y ambos parecían muy abatidos, hasta el extremo de que daba la impresión de que la mujer estaba a punto de llorar. Era menuda y delgada, como un pajarillo, en tanto que su marido era alto y fornido, con un rostro de facciones angulosas. Me saludó con una inclinación de cabeza, y su esposa hizo una genuflexión. El clérigo me dedicó una mirada audaz con la que pretendía calibrarme, sin que el hecho de hallarse en el Colegio de Lincoln o de verme vestido con la toga, en mi despacho, rodeado de libros, lo intimidase en absoluto.

—Soy el procurador Shardlake —dije—. Vosotros debéis de ser el señor y la señora Kite. —Dediqué a la pareja una sonrisa tranquilizadora. Sabía por experiencia que, cuando a los clientes los acompaña un tercero, este suele mostrarse mucho más agresivo que el propio cliente. Supuse que el clérigo era su vicario, y que representaría un problema.

—Daniel Kite, para serviros —se presentó el hombre, inclinándose de nuevo—. Esta es mi esposa, Minnie.

La mujer hizo de nuevo una reverencia y sonrió, insegura.

—Ha sido muy amable por vuestra parte recibirnos en domingo —añadió Daniel Kite.

—Domingo de Ramos —puntualizó el clérigo, sin disimular lo mucho que le desagradaba aquella celebración—. Al menos, gracias a este encuentro nos ahorramos todas esas ceremonias papistas. —Me miró con expresión desafiante—. Soy Samuel Meaphon. Esta afligida familia pertenece a mi congregación.

—Sentaos, os lo ruego —dije. Tomaron asiento en un banco; Meaphon se situó en medio. Minnie, nerviosa, se colocó bien los pliegues del vestido—. He visto los documentos que remitió el tribunal —les comuniqué—, los cuales se limitan a contar lo sucedido. Quería pediros que me explicaseis qué le pasó a vuestro hijo. Desde el principio.

Daniel Kite dirigió una mirada inquieta a Meaphon.

—Preferiría escuchar vuestra versión, señor, o en todo caso la de vuestra esposa —me apresuré a añadir—. No querría mostrarme irrespetuoso con el buen reverendo, pero prefiero los testimonios de primera mano.

Meaphon frunció levemente el entrecejo, pero hizo un gesto para animar a maese Kite a hablar.

—Hasta hace seis meses, nuestro hijo Adam era un buen muchacho —empezó a contarme el padre, en un tono de voz triste—. Era robusto y muy despierto. Lo tomé de aprendiz en mi taller, que está junto a Billingsgate.

—¿Sois pedrero?

—Maestro pedrero, señor.

A pesar de lo afligido que estaba el hombre, percibí un atisbo de orgullo en su voz. Le miré las manos, grandes, cubiertas de callos y cicatrices.

—Tenía la esperanza de que Adam aprendiese mi oficio —continuó—. Era un trabajador extraordinario; y un buen feligrés de nuestra iglesia.

—En efecto —intervino el reverendo Meaphon.

—Somos gente piadosa, señor. —Un leve tono desafiante asomó en la voz de Kite.

—No obstante, este pecaminoso mundo ha optado por juzgarnos —apuntó Meaphon, mirándome con ojos febriles bajo las pobladas cejas.

—En lo que respecta a vuestras creencias, todo lo que me confiéis quedará en secreto —aseguré.

—Veo que no compartís nuestras creencias —dijo Daniel Kite, y en su voz no había ira, sino pena.

—No son mis creencias las que están en tela de juicio —respondí, forzando una sonrisa.

Meaphon me miró de arriba abajo.

—Veo que Dios ha considerado adecuado afligiros, señor; pero únicamente lo ha hecho para que podáis acudir a él en busca de consuelo.

Me sonrojé de furia ante el hecho de que aquel extraño pudiese referirse así a mi espalda jorobada. Minnie Kite se apresuró a intervenir.

—Solo queremos ayudar a nuestro pobre hijo, señor, así que decidnos si la ley puede asistirnos.

—En tal caso, contadme lo sucedido, desde el principio, sin rodeos ni adornos.

Minnie se retrajo ante el tono de mi voz. Su marido titubeó antes de reanudar el relato.

—Os he contado que Adam era un buen muchacho. Pero hace seis meses empezó a mostrarse muy callado, a refugiarse en sí mismo, a dejarse llevar por la melancolía. A ambos nos preocupó verlo así. Entonces, un día tuve que dejarlo solo en el taller; al volver lo encontré acuclillado en un rincón. Estaba rezando, rogando al Señor que lo perdonara por sus pecados. Dije: «Pero, Adam, hijo. Dios ha decretado un momento para la devoción y otro para la dedicación». Entonces me obedeció, aunque recuerdo que se puso en pie soltando el suspiro más hondo que haya oído en su vida.

—Un suspiro que a partir de entonces tuvimos ocasión de oír repetidas veces —intervino Minnie.

—Ese fue el principio. Siempre animamos a Adam a que rezara, pero a partir de entonces, él… fue incapaz de parar. —A Kite se le quebró la voz, y percibí el temor que anidaba en su interior—. A cualquier hora del día, en el taller o incluso en presencia de extraños, caía de rodillas al suelo y empezaba a rezar a Dios para que le perdonara los pecados y le hiciera saber que estaba salvado. Llegó al punto de no comer; se acuclillaba en un rincón y teníamos que obligarlo a ponerse en pie, a pesar de lo mucho que se nos resistía, haciéndose el muerto. Y cuando lográbamos que se incorporara, siempre exhalaba ese horrible suspiro.

—A juzgar por su desesperación… —acotó Minnie con un hilo de voz. Bajó la cabeza, pero no antes de que alcanzara a vislumbrar las lágrimas que empañaban sus ojos.

—Está convencido de que su alma está condenada —manifestó Kite.

Observé a las tres personas sentadas frente a mí. Sabía que los radicales religiosos seguían a Lutero en la creencia de que Dios había dividido a la humanidad entre los salvos y los condenados, y que solo aquellos que acudieran a Él por medio de la Biblia se salvarían el día del Juicio Final. El resto de la humanidad estaba condenada a arder eternamente en el infierno. Creían también que el día del Juicio, el fin del mundo vaticinado en el Libro de las Revelaciones, era inminente. No supe qué

responder. Casi agradecí el que Meaphon rompiera el silencio.

—Estas buenas personas me trajeron a su hijo —dijo—. Hablé con Adam, intenté reconfortarlo, le expliqué que a veces Dios llena de dudas a quienes más ama para poner a prueba su alma. Estuve dos días enteros con él, ayunando y rezando, pero no conseguí despejar sus dudas. —Negó con la cabeza—. Se me resistió.

Cuando Minnie se volvió hacia mí, vi en su rostro el sentimiento de soledad e indefensión que la embargaba.

—A esas alturas, Adam era solo un saco de huesos —dijo—. Tenía que darle de comer con cuchara, mientras mi marido lo sostenía para impedir que cayera al suelo. «Debo rezar», insistía entonces.

«¡No he salvado mi alma!».

Y así llegó el día en que temí escuchar la oración o mencionar la salvación.

—¿Qué pecados cree haber cometido Adam? —pregunté.

—No los menciona. Al parecer está convencido de que ha cometido todos los pecados posibles. Antes de suceder todo esto, era un muchacho normal, alegre, bullicioso a veces, irreflexivo incluso, pero aparte de eso, nada más. Nunca ha obrado con maldad.

—Entonces empezó a ausentarse de casa —dijo Daniel Kite—. Iba corriendo a callejuelas y rincones donde poder rezar sin que nadie lo estorbara. Teníamos que perseguirlo.

—Temíamos que muriese de frío —añadió Minnie—. Se marchaba sin abrigarse y teníamos que seguir las huellas que dejaba en la nieve. —Se golpeó el regazo en un inesperado ataque de ira—. Ay, mira que tratar así a sus padres. Eso sí es un pecado.

Kite puso una de sus callosas manos sobre las de su mujer.

—Vamos, Minnie, ten fe. Dios nos dará una respuesta. —Se volvió hacia mí—. Hace diez días, en una de esas ventiscas de nieve en las que solo quienes tienen la obligación de salir se aventuran a hacerlo, Adam desapareció. Estaba conmigo en el taller, donde podía vigilarlo, pero se había vuelto escurridizo y cuando le di la espalda se escabulló, abrió la puerta y se esfumó. Lo buscamos por todas partes, pero no hubo forma de dar con él. Entonces, aquella tarde, nos visitó un oficial del obispo Bonner. Nos contó que habían encontrado a Adam de rodillas en la nieve ante la cruz de la iglesia de Saint Paul, rogando a Dios que le diera una señal de que estaba salvado, de que se le permitiría entrar en el reino de los cielos como uno de los elegidos. Luego gritó que se acercaba el fin del mundo, y rogó a Dios y a Jesús que no lo condenaran al infierno el día del Juicio Final.

Minnie rompió a llorar, y su esposo calló unos instantes para agachar la cabeza embargado también por la emoción. El alcance del dolor que abrumaba a la pareja constituía un espectáculo terrible. Y lo que su hijo había hecho entrañaba un grave peligro. Solo a los predicadores autorizados se les permitía entrar en Saint Paul, y la doctrina del rey era firme en tanto que solo la fe, *sola fide*, no bastaba para elevar a un hombre al cielo. Era incluso menos ortodoxa que la doctrina según la cual la

humanidad se dividía entre los escogidos y los condenados por Dios. Observé a Meaphon. Permanecía ceñudo, y se pasó la mano por el abundante cabello.

—Y así fue como Adam fue conducido en presencia del Consejo —dije para dar pie a que Daniel continuara.

—Sí. Lo sacaron de la prisión del obispo donde lo habían encerrado. Me avisaron de que debía comparecer. Fui al palacio de Whitehall, a una sala espléndida donde se habían reunido cuatro hombres ataviados con ricas vestiduras, sentados a una mesa. —Le tembló la voz y, al recordarlo, la frente se le perló de sudor—. Adam estaba presente, encadenado y custodiado por un carcelero. —Se volvió hacia su vicario—. El reverendo Meaphon me acompañó, pero no le permitieron hablar.

—No, no estaban dispuestos a escuchar lo que tenía que decir —intervino Meaphon—. Tampoco esperaba que lo hicieran —añadió con desprecio.

Pensé que no debían de haberse perdido nada.

—¿Quiénes se habían reunido allí?

—Estaba el arzobispo Cranmer, vestido con toga blanca. Lo conozco de haberlo visto predicar en Saint Paul. Había también otro clérigo, un hombre robusto, de cabello castaño y expresión iracunda. Creo recordar que los otros dos llevaban túnica y lucían pieles y joyas. Uno era un hombre de piel muy blanca y voz chillona. El otro lucía una barba larga y castaña y tenía el rostro delgado.

Asentí lentamente. El hombrecillo de piel clara debía de ser *sir* Richard Rich, el antiguo protegido de Thomas Cromwell que se había unido a los conservadores cuando este cayó en desgracia; era un oportunista implacable y despiadado. La descripción del otro hombre coincidía con el retrato que me habían hecho en ocasiones anteriores de lord Hertford, hermano de la difunta reina Juana, y reformista. En cuanto al clérigo iracundo, estaba prácticamente seguro de que se trataba del obispo Bonner, de Londres.

—¿Qué os dijeron?

—Me preguntaron cómo se había sumido Adam en el estado en que se encontraba, a lo que respondí con sinceridad. El hombre de piel clara dijo que eso le sonaba a herejía y que lo mejor sería condenar al muchacho a la hoguera. Sin embargo, justo entonces Adam se escurrió de la silla antes de que el guardia pudiera cogerle y cayó de rodillas al suelo, donde pidió como loco a Dios que lo salvase. Los consejeros le ordenaron que se pusiera en pie, pero no les hizo caso. Entonces, el arzobispo dijo que resultaba obvio que Adam había perdido la razón y que era preciso encerrarlo en Bedlam para ver si era posible una cura. El hombre de piel clara insistió en acusarlo de herejía, pero afortunadamente los otros dos se mostraron en desacuerdo con él.

—Comprendo —dije. Rich debió de pensar que condenar a otro protestante radical a la hoguera le granjearía los favores de los tradicionalistas. Sin embargo, Cranmer, que además era hombre clemente, no quiso soliviantar aún más los ánimos de la población londinense. Encerrar a Adam en Bedlam bastaría para solucionar el

problema; al menos, por el momento. Asentí lentamente—. Lo que nos lleva al quid de la cuestión: ¿está Adam loco?

—Creo que debe de estarlo —respondió Minnie.

—Si no lo está, señor, tememos que la causa pueda ser incluso peor —confesó Daniel Kite.

—¿Peor? —pregunté.

—Posesión —dijo Meaphon con parquedad—. Ese es mi temor. Que un demonio se haya apoderado de él y lo esté empujando a burlarse en público de la piedad divina. Si tal es el caso, solo rezando con Adam, luchando con el diablo, seré capaz de salvarlo.

—¿Es eso lo que vos creéis? —pregunté dirigiéndome al pedrero.

Daniel Kite se volvió hacia Meaphon, antes de hundir el rostro entre las manos.

—No lo sé, señor —repuso—. Que Dios salve a mi hijo si eso es cierto.

—Creo que Adam únicamente es presa de una enorme confusión y de un temor inconcebible. —Minnie miró fijamente a Meaphon, y entonces comprendí que ella era la más fuerte de los dos. Luego se volvió hacia mí y añadió—: Pero sea cual fuere la verdad, estar encerrado en Bedlam lo matará. Adam sigue en la celda donde lo metieron al llegar. Es fría y no hay fuego que la caldee. No hace nada por su bien, pues se limita a quedarse en cuclillas, rezando. Solo nos permiten visitarlo una hora al día. Nos piden tres chelines al mes de manutención, más de lo que podemos permitirnos, a pesar de lo cual no lo obligan a comer ni cuidan de él. Al guardián le alegrará su muerte. —Me dedicó una mirada implorante—. Ellos lo temen.

—¿Temen que esté poseído?

Minnie asintió con la cabeza.

—¿Y vos dudáis que pueda estarlo?

—No lo sé, no lo sé. Pero si sigue en Bedlam morirá.

—Tendrían que soltarlo y ponerlo bajo mi custodia —dijo Meaphon—. Pero no lo harán. Esos revisionistas y papistas del Consejo no harían algo así.

—Según parece, todos coincidís en una cosa —concluí—. Me refiero a que no tendría que estar en Bedlam.

—Sí, sí. —El padre del joven asintió con energía, aliviado al encontrar un terreno común.

—Existen dos problemas en este caso —dije tras meditar unos instantes—. Uno es de jurisdicción. Cualquier persona cuya situación no le permita costearse un abogado puede presentar su caso ante el Tribunal de Apelaciones, pero el juez podría concluir que se trata de un asunto de Estado, lo que supondría remitirlo de nuevo ante el Consejo Privado. No obstante, si no estáis en condiciones de costearos la manutención que exigen en Bedlam, cabría que el tribunal exigiese el pago al Consejo. Y el juzgado podría intervenir para impedir el maltrato. Sin embargo, la liberación de Adam es un asunto más peliagudo. —Respiré hondo—. Además, ¿qué pasaría si lo soltaran? Si volviera a escapar, si se repitiera el episodio de Saint Paul, al

final podría verse acusado de herejía. Si conseguimos mejorar sus condiciones, creo sinceramente que Bedlam es el lugar más seguro para él, a menos que se logre que recupere la razón. Enfrentarse al Consejo Privado entraña graves peligros. —No había mencionado al pobre John Collins, aunque, a juzgar por su expresión, mis interlocutores tenían muy presente lo que le había sucedido.

—Hay que sacarlo de ahí —afirmó Meaphon—. La única cura para Adam consiste en comprender que Dios lo ha puesto a prueba, y que no debe dudar de su misericordia. Que un demonio haya entrado en él o se haya apoderado de su razón no tiene nada que ver con ninguna otra consideración; solo yo puedo auxiliarlo, con la ayuda de otros sacerdotes. —El vicario miró a los padres de Adam. Daniel Kite dijo «Amén», pero Minnie no levantó la vista de su regazo.

—No lo soltarán, a menos que el Consejo se convenza de que está en sus cabales —repliqué—. Pero hay una cosa que podemos hacer. Conozco a un médico, un hombre inteligente, que podrá ayudarnos a evaluar a Adam, y que incluso sería capaz de ayudarlo.

Daniel Kite negó con la cabeza.

—Los médicos no son hombres de Dios.

—Este médico es un hombre piadoso. —Me pareció mejor no mencionar que mi amigo Guy había sido monje, y que en el fondo seguía siendo católico.

Mis palabras no despejaron las dudas de Kite, pero Minnie se aferró a la rama que le tendía.

—Traedlo, señor, lo intentaremos todo. Pero no tenemos dinero para pagarle…

—Estoy seguro de que será posible llegar a un acuerdo.

Ella miró a su marido. Este titubeó, se volvió hacia Meaphon y dijo:

—No empeorará las cosas, señor, eso seguro.

Dio la impresión de que Meaphon se disponía a disentir, de modo que me adelanté a él.

—No me cabe duda de que es lo más adecuado, teniendo en cuenta el bienestar de Adam. Y, entretanto, cursaré una orden para que se atiendan debidamente las necesidades de Adam y se satisfagan los pagos. Hay tantos casos pendientes de resolución en el Tribunal de Apelaciones que el juez no da abasto para ponerlos al día. Con un poco de suerte, una solicitud de carácter urgente podría ser atendida en una semana, más o menos.

—Gracias, señor —dijo Minnie.

—Sin embargo, preferiría no mencionar el asunto de la liberación hasta que se produzca algún cambio en Adam. —Miré a Meaphon—. Semejante petición sería rechazada.

—En tal caso, habrá que esperar a ver qué opina el doctor —dijo en voz baja y con mirada hostil.

—Y creo que tendría que visitar Bedlam, aunque solo sea para infundir temor en su guardián. Y también para ver a Adam.

Los Kite intercambiaron una mirada de incomodidad.

—Eso sería muy amable por vuestra parte, señor —agradeció Daniel Kite—, mas debo advertiros que la locura de mi pobre hijo supone un espectáculo terrible.

—He visto muchas cosas tristes a lo largo de mi vida profesional —dije a pesar de lo poco que me atraía la perspectiva de aquella visita.

—Mañana visitaremos a Adam, señor. A las nueve —me informó Minnie—. ¿Podríais venir?

—Sí, tendré tiempo antes de acercarme al tribunal.

—¿Sabéis cómo llegar? Tenéis que franquear Bishopsgate, señor, y buscar luego las puertas de Bedlam.

—Allí estaré. —Sonreí al tiempo que me levantaba—. Haré cuanto esté en mi mano. No obstante, sé que no hará falta recordaros que nos enfrentamos a un asunto muy delicado.

Los acompañé a la salida. Meaphon se demoró en el umbral, después de que los Kite pasaran al antedespacho.

—No creo que ese médico tenga éxito —dijo en voz baja—. Los caminos del Señor son inescrutables, y es por medio de las pruebas y persecuciones de este mundo que conducirá a los auténticos cristianos a su paz. Y eso incluye a Adam. —Sus ojos grises refulgieron bajo las pobladas cejas; no obstante, tuve la impresión de que había algo extrañamente melodramático en él, como si estuviera interpretando el papel de la Virtud en una función cuyo público residía en Londres.

—Por supuesto —respondí—. Ruego que el pobre muchacho encuentre la paz.

—Ahora nos vamos a misa —dijo—. Rezaremos por él.

Cuando se marcharon regresé a mi escritorio y eché un vistazo a la documentación del caso. Luego me acerqué a la ventana para contemplar el patio. Vi pasar a los Kite, con la cabeza gacha para protegerse de la lluvia.

—No es uno de los nuestros —oí decir a Meaphon—. Él no será salvado cuando llegue el día.

Los vi franquear la puerta. Estaba seguro de una cosa: Adam Kite se había convertido en responsabilidad mía. Tenía que juzgar qué era lo que le convenía más, y dudaba seriamente que sacarlo antes de tiempo de Bedlam lo beneficiase, dijera lo que dijese Meaphon. También estaba convencido de que Minnie Kite antepondría el interés de su hijo a cualquier otra consideración y estaría dispuesta a escucharme.

Volví al antedespacho. Barak permanecía sentado a la mesa, contemplando el fuego que ardía en el hogar, con una expresión seria en el rostro. Cuando lo llamé por el nombre dio un respingo.

—Te veo muy pensativo —dije.

—Me estaba preguntando si afeitarme o ir a ver si dejaba de llover. Ese vicario me ha dedicado una mirada desagradable al pasar.

—Sin duda ha reconocido en ti a un ateo. Lo oí condenarme alegremente al fuego eterno cuando pasaron por delante de mi ventana. —Suspiré—. Por lo visto, metió a

Adam Kite en una habitación y estuvo dos días rezando con él. También lo hizo ayunar, aunque el pobre muchacho ya estaba en los huesos. Me pregunto si el hecho de que Bonner se haya propuesto purgarlos no será una buena cosa. De acuerdo —añadí cuando Barak se volvió hacia mí con expresión de sorpresa—, no pretendía llegar tan lejos. —Suspiré de nuevo—. Pero empiezo a preguntarme si esa gente es el futuro, si son realmente el fruto de la reforma religiosa. Pensar en ello me espanta.

—Pero ¿aceptáis el caso?

—Debo hacerlo. Pero no te preocupes, que me andaré con ojo. Quiero que Guy visite al muchacho. Sin embargo, antes debo visitarlo yo.

—¿Iréis a Bedlam?

—Sí, mañana —respondí.

—¿Puedo acompañaros?

—No. Debo ir solo. Gracias de todos modos.

—Lástima —dijo Barak—. Me gustaría ver si es verdad que los gemidos y los gritos se oyen desde la calle y bastan para impedir que la gente se acerque.

Capítulo 3

A última hora de la mañana dejó de llover. Asomó el sol, el cielo se aclaró y volvió a imponerse el frío. Mi reunión con los Kite me había dado muchas razones para reflexionar, y decidí ir a pasear. Todo parecía más claro en aquel ambiente; las ramas peladas de los árboles se recortaban contra el cielo azul, aún había manchas de nieve en los terrenos, pardos y desnudos, que se extendían detrás de las casas. Anduve por los cercanos suburbios, recorriendo Holborn y Shoe Lane. Las misas de domingo de Ramos habían empezado ya, y al pasar junto a algunas iglesias reparé en las guirnaldas que adornaban las puertas y los accesos a los patios, así como en la hierba que crecía a su alrededor. En uno de esos patios se celebraba una misa al aire libre. Un coro de muchachos vestidos de blanco entonaba los himnos ante una cruz engalanada, y había tres hombres de pie ataviados como profetas, con largas túnicas, falsas barbas blancas y ornamentados tocados. Aquello me recordó la función que había visto representada el día anterior.

Recordé al invitado de Roger que había mencionado lo de aquellos aprendices que echaron a perder la ceremonia de la colocación de las palmas. Había muchas historias de las diferencias religiosas en las innumerables y diminutas parroquias londinenses: el vicario radical de una iglesia había pintado de blanco los antiguos frescos que cubrían las paredes para sustituirlos con textos de la Biblia, en tanto que un conservador de otra parroquia había insistido en dar la misa íntegramente en latín. Hacía poco había oído hablar de unos feligreses radicales que hablaban a voz en cuello mientras sonaba la campana que anunciaba la misa, lo que motivó que un sacerdote tradicionalista perdiese los nervios y empezara a gritarles: «¡Herejes! ¡A la hoguera con vosotros!». ¿Era de extrañar que muchos, entre los cuales me contaba, nos mantuviéramos al margen de la Iglesia, teniendo en cuenta los tiempos que corrían? El fin de semana siguiente sería Pascua, cuando se suponía que todo el mundo tenía que confesarse por ley. En Londres, quienes no acudiesen serían denunciados al obispo Bonner, aunque la enfermedad o una urgencia eran aceptadas como excusa, así que decidí acogerme a la segunda opción. No podía soportar la idea de confesar mis pecados al sacerdote de mi parroquia, un veterano cuyo único principio en el debate doctrinal era dejarse arrastrar por el viento y mantener la posición. Y si tenía que confesarme, sabía que uno de mis pecados era la duda, a medias oculta pero largamente gestada, de la existencia de Dios. Esa era la paradoja: el amargo conflicto entre papistas y sacramentalistas estaba alejando a muchos de la fe. Jesucristo dijo: «Por sus frutos los conoceréis», y los frutos de los fieles de ambos bandos estaban cada año más podridos.

Mientras descendía por Shoe Lane, se abrieron las puertas de una iglesia y salieron los feligreses, tras haber asistido a misa. Eran personas muy distintas de las

que había visto en el patio. Las mujeres vestían de negro y los hombres jubón y capa, negros también, y todos mostraban una actitud profundamente reverente. La iglesia de Meaphon debía de ser como esa, y los feligreses serían todos unos radicales, y es que había quien estaba dispuesto a trasladarse hasta encontrar una parroquia cuyo vicario esgrimiera unas ideas que comulgaran con las suyas. Si el obispo Bonner se había propuesto imponer las antiguas prácticas en dichas iglesias habría serios problemas, incluso altercados. Pero por el momento se limitaba a estrechar el cerco. Recientemente se había publicado un nuevo índice de libros prohibidos, y se arrestaba a los predicadores que carecían del permiso pertinente. Me pregunté qué sucedería si se imponían con éxito medidas tan severas. Los radicales no tendrían más remedio que actuar en la clandestinidad; de hecho, ya existían grupos que se reunían en secreto en casas particulares para hablar de la Biblia y fomentar sus ideas extremistas.

Estaba cansado cuando llegué a mi casa en Chancery Lane, situada un poco más allá del Colegio de Lincoln. El olor a pescado asado procedente de la cocina donde Joan, mi ama de llaves, preparaba el almuerzo fue bien recibido, aunque no veía el momento de que, cuando terminase la Cuaresma la semana siguiente, volviera a estar autorizado el comer carne. Entré en el salón y me senté junto al hogar, pero incluso el fuego que ardía en este fue incapaz de disipar la tensión que me embargaba, no solo por el hecho de que el caso de Adam Kite me hubiese acercado a las amenazadoras corrientes doctrinales que asolaban la ciudad, sino porque en presencia de ellas me resultaba muy difícil evitar pensar en mi ya arraigado descreimiento.



A la mañana siguiente, temprano, me dirigí a Bedlam. Cubierto por la capa y enfundado en mi mejor toga, también me cubrí con la cofia de procurador. No me perjudicaría impresionar al guardián. Admito que la perspectiva de visitar el manicomio me ponía nervioso. Prácticamente no sabía nada acerca de la locura; había tenido la suerte de que ni familiares ni amigos se hubiesen cruzado con ella. Únicamente sabía que los médicos dividían a los enfermos mentales entre quienes sufrían alguna manía, que a menudo adoptaban un comportamiento frenético o enloquecido, y los melancólicos, que se retiraban del mundo y se refugiaban en la tristeza. La melancolía era la más corriente, y por lo general la que revestía menor gravedad; de hecho, yo mismo era propenso a ella. Me pregunté a qué grupo pertenecería Adam Kite.

El tiempo volvía a ser inclemente. Durante la noche el suelo se había cubierto de una capa de nieve que brillaba a la fría luz del sol. Monté mi buen caballo *Génesis*. Lamenté sacarlo del establo, pero las calles estaban demasiado resbaladizas para que me resultase cómodo caminar, y Bedlam se hallaba en el extremo opuesto de la ciudad.

Pasé por debajo de la muralla de Londres, en Newgate, y cabalgué por Newgate Street hasta el mercado. Los mercaderes montaban los puestos bajo la imponente sombra que proyectaba el abandonado convento de Saint Martin, donde las mujeres, tocadas con cofias blancas, distribuían los productos que pondrían a la venta. Al dejar atrás el mercado, oí vocear a alguien. En la esquina de Newgate Market con Shambles, un hombre con jubón oscuro, sin capa a pesar del frío, se hallaba subido a una caja vacía, sacudiendo un imponente ejemplar de cubiertas negras de la Biblia ante los viandantes, la mayoría de los cuales apartaban la vista. Ese debía de ser el charlatán que el anciano Ryprose había mencionado durante la cena. Lo observé: era joven, tenía el rostro colorado y hablaba con pasión.

En los mataderos que se alzaban tras Shambles, los carniceros se habían puesto manos a la obra. La Cuaresma concluiría el jueves y se sacrificaban ovejas y reses. Ríos de sangre descendían por los patios hasta la alcantarilla que había en mitad de la calle cubierta de hielo. El predicador los señalaba con la Biblia.

—¡Así le sucederá a la humanidad en los últimos días del mundo! —exclamó—. Se les fundirán los ojos, la piel y la carne se desprenderán de los huesos, solo les quedará la sangre, ¡qué formará una corriente que fluirá roja hasta alcanzar la altura de la brida de un caballo! ¡Eso dice el Libro de las Revelaciones! —añadió, y mientras doblaba en Shambles, lo oí gritar—: ¡Volveos hacia el Señor y conoceréis el gozo de la salvación!

Si los alguaciles lo apresaban, tendría serios problemas por predicar sin autorización.

A lo largo de Cheapside, los aprendices de capa azul preparaban las tiendas de sus maestros y levantaban toldos de vivos colores, entre las nubes de vaho que el frío les hacía exhalar. Algunos echaban a los mendigos, que por la noche se habían refugiado en los portales, a fuerza de golpes y patadas. Una hueste de indigentes había llegado ya a Great Conduit para pedir limosna a quienes acudían por agua, y se apretujaban como una bandada de cuervos hambrientos en los escalones que lo rodeaban. Al pasar observé sus rostros ajados. Había un anciano con una mata de pelo gris, babeando y temblando, que me llamó la atención.

—¡Ayuda para un viejo monje de Glastonbury, señor! —suplicó al tiempo que tendía la mano hacia mí—. ¡Ellos ahorcaron a mi pobre abad!

Le arrojé seis peniques y se abalanzó sobre la limosna con una agilidad inusitada, para que nadie se le adelantase.

Londres estaba plagado de mendigos. Desde que se habían cerrado los monasterios, vivir en la ciudad suponía topar constantemente con escenas dignas de lástima. La mayoría de la gente miraba hacia otro lado, hasta lograr que quienes sufrían se volvieran invisibles. Muchos pedigüeños habían trabajado de sirvientes en los monasterios, otros eran personas humildes que habían llegado a la ciudad procedentes del campo, después de que la mayor parte de los terrenos fueran cercados para servir de pastos para las ovejas y se derruyeran los pueblos. Los enfermos que en

tiempos habían sido capaces al menos de hallar un consuelo temporal en los hospitales de los monasterios, ahora yacían en las calles, donde a menudo fallecían. Decidí ayudar a Roger en sus planes de financiación de un hospital. Tenía que hacer algo.

Pasé de nuevo bajo la muralla de la ciudad y enfilé Bishopsgate Street. El hospital se hallaba más allá de la muralla, donde cada año se levantaban más casas nuevas. La tarde anterior había regresado al Colegio de Lincoln, decidido a consultar en la biblioteca toda la información posible sobre Bedlam. Aunque había pertenecido a un monasterio, había sobrevivido a la secularización debido a que buena parte de sus pacientes pertenecían a familias acomodadas y, por tanto, constituía una excelente fuente de ingresos. El rey nombraba al custodio, que en la actualidad era un cortesano llamado Metwys, y este a su vez designaba a un guardián a tiempo completo. Según los padres de Adam Kite, ese guardián era el hombre que quería la muerte de su hijo.



Tuve que parar cerca de Bishopsgate. Circulaba el cortejo fúnebre de un hombre acomodado, con sus caballos negros, sus carruajes negros y una multitud de pobres vestidos de negro detrás, entonando salmos. Un anciano de porte digno caminaba a la cabeza de la procesión, llevando un bastón blanco. Era el mayordomo de la casa del fallecido, con el bastón simbólico de su puesto, que rompería en dos y arrojaría a la tumba. A juzgar por el tamaño, supuse que se trataba del funeral de lord Latimer, cuya viuda, se decía, era codiciada por el rey. Me descubrí. Pasó un carruaje imponente con las ventanillas abiertas. Se asomó una mujer, tocada con una capucha negra. Debía de rondar la treintena, y su barbilla hundida y la boca pequeña hacían que el conjunto, que habría podido considerarse atractivo, apenas llamara la atención. Al pasar, dirigió una mirada ausente a la multitud, y me pareció descubrir un atisbo de miedo en sus ojos.

El carruaje avanzó con estrépito y, al cabo, perdí de vista a *lady* Catalina Parr.



Al llegar a Bishopsgate pasé por debajo de la muralla de Londres. Poco después, me vi ante una pared alta y dos imponentes puertas de madera. Estaban abiertas, y al franquearlas me encontré en un amplio patio de tierra cubierto de nieve, en cuyo centro se alzaba una capilla. La parte posterior de las casas delimitaba tres lados del patio, en tanto que un largo edificio de dos plantas de piedra gris, con aspecto de ser muy antiguo, conformaba el cuarto. Vi abiertos algunos de los postigos de las ventanas, que estaban sin pintar. Había gente cruzando el patio, y reparé en un par de angostas vías que discurrían entre las casas. Bedlam no era, pues, una prisión cerrada.

No se oían gritos ni el sonido de cadenas.

Me dirigí hacia una puerta situada en un extremo. Cuando llamé, respondió un hombre recio, vestido con un mugriento blusón gris, cuyo anguloso rostro tenía una expresión burlona. Del pringoso cinto de cuero le colgaba un aro metálico repleto de llaves.

—Soy maese Shardlake —me presenté—. Tengo cita para visitar a Adam Kite.

El hombre observó mi toga.

—¿Sois abogado, señor? —preguntó.

—Sí. ¿Vos sois el guardián Shawms?

—No, señor. Ha salido, pero no tardará en volver. Soy Hob Gebons, otro de los guardianes.

—¿Se encuentran presentes los padres del joven Kite?

—No.

—Esperaré.

Se hizo a un lado para permitirme la entrada.

—Bienvenido a la morada de los locos —dijo al cerrar la puerta—. ¿Creéis que podréis liberar a Adam Kite?

—Eso espero.

—A nosotros nos alegrará librarnos de él, porque altera mucho a los otros dementes. Lo tenemos encerrado aparte. Algunos lo consideran poseído —añadió en voz baja.

—¿Y qué pensáis vos al respecto, Gebons?

—A mí no me corresponde pensar —respondió encogiéndose de hombros. Luego, acercándose un poco, añadió—: Si disponéis de un rato, señor, podría mostraros algunos de nuestros especímenes más preciados. El Rey Commode y el Sabio Encadenado, por ejemplo, a cambio de un chelín.

Titubeé antes de tenderle la moneda. Cuanto más supiera de lo que sucedía allí, mejor.



Gebons me condujo por un corredor encalado que discurría a lo largo de todo el edificio, con ventanas a un lado y una hilera de puertas pintadas de verde en el opuesto. Hacía frío y el lugar despedía un leve hedor a excrementos.

—¿Cuántos pacientes tenéis?

—Treinta, señor. Aquí hay de todo.

Observé que las puertas disponían de una abertura con rejilla a la altura de los ojos. Nos cruzamos con otro ayudante vestido con blusón gris, que permanecía de pie bajo el dintel de una puerta mirando hacia el interior de la celda.

—¿Es esa el agua para lavarme, Stephen? —oí que preguntaba una mujer.

—Sí, Alice. ¿Me llevo el orinal?

La escena parecía muy civilizada, casi doméstica. Gebons sonrió.

—Alice está en sus cabales la mayor parte del tiempo, pero sufre de violentos episodios de desmayo, así que en un abrir y cerrar de ojos puede caerse al suelo entre convulsiones y espumarajos.

Miré a Gebons, pensando en Roger.

—Tiene permiso para ir y venir a su antojo. Al contrario que ese tipo de ahí. —El guardián se había parado junto a una puerta asegurada con un gran cerrojo. Me dedicó una sonrisa torcida, dejando al descubierto una hilera desigual de dientes grises—. Y ahora, postraos ante su majestad.

Abrió la mirilla y se apartó para dejarme mirar. Vi una celda cuadrada, cuyas ventanas estaban cerradas; en el suelo había una vieja botella en cuyo cuello ardía un cabo de vela. Lo que vi dentro me cortó la respiración. Tuve que retroceder. Un anciano, grande y desmesuradamente gordo, se hallaba sentado en una cómoda pintada de blanco. Tenía una barba cortada al modo de la efigie del rey en las monedas. Cubría el descomunal cuerpo una túnica multicolor hecha de retales remendados. Empuñaba un bastón con una bola de madera en uno de los extremos, como si de un cetro se tratara. En la cabeza calva lucía una corona de papel pintada de amarillo.

—¿Cómo os encontráis hoy, majestad? —preguntó Hob.

—Bastante bien. Puedes hacer pasar a mi súbdito para que lo reciba en audiencia.

—Quizá más tarde, sire. ¡Antes tengo que limpiar el excusado!

—¡Mamarracho insolente…!

Gebons cerró la mirilla. Luego se volvió hacia mí con una risa ronca.

—Está convencido de que es el rey. Antes ejercía de maestro de escuela. No era bueno, sus alumnos se burlaban de él y jugaban a la pelota en clase. Entonces tomó la decisión de convertirse en rey, y así fue como su mente dejó atrás todos los problemas que tenía.

—Burlarse del rey —dije—. Eso es peligroso.

Gebons asintió.

—Por eso lo metió aquí su familia, para quitarlo de en medio. Muchos lunáticos aseguran ser cosas peligrosas, pero su confusión los lleva a olvidar que en los tiempos que corren uno no puede ir por ahí diciendo según qué. Y ahora —anunció con una sonrisa, enarcando las cejas—, acercaos a ver a nuestro Sabio Encadenado. Está dos puertas más allá. Es un hombre muy leído. —Me miró la toga con sonrisa burlona—. Trabajaba de doctor en leyes en Cambridge. No logró obtener allí el puesto que quería y atacó al rector del colegio hasta dejarlo medio muerto. No tiene problemas con los que son como yo, pero no soporta a todo aquel que cuenta con cierta educación. Tendríais que ver cómo se pone. Si entrarais en esa celda, se abalanzaría sobre vos para arañaros la cara. A este hay que tenerlo bien custodiado. Pero podría abrir la mirilla para que echaseis un vistazo.

—No, gracias.

—Disfruta mucho dibujando mapas y planos; de hecho, nos está rediseñando el alcantarillado. Os habréis dado cuenta del hedor que hay.

—Por supuesto, es insoportable. —Oí voces cerca y reconocí la de Daniel Kite, que la levantaba en tono airado—. ¿Dónde está? —pregunté.

—En la sala de recibo. Habrán entrado por detrás. ¿Seguro que no queréis ver al estudioso? —preguntó sin hacer el menor esfuerzo por disimular el tono burlón.

—No —respondí con aspereza—. Llevadme a ver a los Kite.

Gebons me condujo a una estancia modesta con taburetes toscos, una mesa desgastada y un fuego encendido en un hornillo. Las paredes estaban desnudas. Minnie Kite permanecía sentada en un taburete, absolutamente abatida, mientras su marido discutía con un hombre gordo de expresión avinagrada que vestía jubón negro.

—¡Podríais esforzaros para que comiese! —protestaba Daniel.

—Ah, sí. Podría ordenar a uno de mis guardianes que lo pusiera en pie, para que otro le metiese a la fuerza la comida en la boca, pero no tienen tiempo para dedicarlo a eso, y además no les gusta hacerlo, los asusta. Por la Virgen María que resulta escalofriante verlo ahí tendido, soltando espuma por la boca, farfullando y mencionando el nombre de Dios. ¡No me extraña que la mitad de mis hombres digan que está poseído! Le llevamos la comida y él la come o no, según le dicta la voluntad.

—¿Hay algún problema? —pregunté sin levantar el tono de voz—. Ah, vos debéis de ser el guardián Shawms —añadí cuando el hombre corpulento se volvió hacia mí—. Soy maese Shardlake, el abogado de los Kite.

Shawms miró a los Kite y, con voz ronca, les preguntó:

—¿Cómo os permitís un abogado, si es cierto eso que decís de que no podéis satisfacer mis tarifas?

—Me ha designado el Tribunal de Apelaciones —dije.

—Ah. En tal caso, por mucho que vistáis de toga, sois el abogado de los pobres —dijo, burlón.

—El mismo que puede cursar una petición ante un juez para que se les excuse de satisfacer vuestras tarifas y, también, para que se revisen las condiciones en que tratáis al paciente —le recordé—. Cosas ambas que haré mañana a primera hora, si no me place lo que vea hoy aquí.

Shawms me observó con sus ojillos hundidos.

—Es muy difícil cuidar del muchacho…

—Solo hace falta que le den de comer —protestó Minnie—. Y alguien que lo cubra con la manta cuando se la quite. —Se volvió hacia mí—. Aquí hace mucho frío, y este miserable no enciende un fuego ni aunque le…

—¡El fuego cuesta dinero!

Me volví hacia los Kite.

—Quizá pueda visitar a Adam.

—Nosotros estábamos a punto de entrar.

—Visitadlo si es eso lo que queréis —dijo Shawms—. No lograréis que se comporte como una persona.

El guardián me miró fijamente, y en ese instante comprendí que para él Adam no era más que un incordio y que no iba a lamentar un ápice su muerte. Tampoco el Consejo, a cuyos miembros la desaparición del joven les solucionaría el problema.

—Y, después, maese Shawms, me gustaría que me dedicarais unos instantes —dije.

—De acuerdo. Acompañadme, pues. No tengo un instante que perder.



Nos condujo a otra de las puertas verdes. Estaba cerrada. Shawms miró al interior, corrió el cerrojo, la abrió y, apartándose de la entrada, dijo:

—Es todo vuestro.

Seguí a Daniel Kite al interior de la estancia. Las paredes encaladas y los postigos parcialmente abiertos hacían que estuviese iluminada. Tal como había comentado Minnie, hacía un frío tremendo. Reinaba asimismo un hedor terrible, a excrementos y suciedad. Solo había un jergón y un taburete.

Un joven alto con el cabello negro y desgreñado permanecía de cuclillas en un rincón, con el rostro vuelto hacia la pared, susurrando. Pronunciaba las palabras a tal velocidad que costaba entender lo que decía.

—Me arrepiento de mis pecados me arrepiento por favor escúchame por favor escúchame en el nombre de Dios…

Vestía jubón de cuero y una camisa manchada de restos de comida. Un lamparón oscuro en la manga daba fe de que se había manchado él mismo. En torno al tobillo tenía un grillete unido a una cadena que acababa en una argolla clavada en el suelo. Minnie se acercó a su hijo, se arrodilló junto a él y le pasó un brazo por los hombros. Adam no se dio por enterado.

—La cadena es para impedir que eche a correr al cementerio de la parroquia —explicó Daniel Kite en voz baja. No se acercó a Adam, sino que se limitó a situarse de pie a su lado, con la cabeza inclinada.

Aspiré aire con fuerza y me acerqué al joven, consciente de que este poseía una complexión imponente, a pesar de que la falta de alimento lo había dejado en los huesos. Me incliné para verle el rostro, el cual me ofreció un espectáculo lamentable. Quizá en tiempos hubiera poseído cierto atractivo, pero ahora sus facciones reflejaban un padecimiento tan extremo como yo no había visto nunca. Fruncía el entrecejo como si sufriese un profundo dolor, y contemplaba la superficie de la pared con expresión de pavor y los ojos desmesuradamente abiertos, mientras abría y cerraba la boca y un hilo de saliva corría por su barbilla.

—Dime que estoy salvado —continuó—. Hazme sentir Tu gracia. —Calló un instante, como si escuchara algo, y acto seguido continuó, más desesperado que antes

—: ¡Te lo ruego, Señor!

—Adam —dijo su madre en tono de súplica—. Mira cómo estás, le he traído ropa limpia. —Intentó ponerlo de pie, pero él se resistió.

—¡Dejadme! —exclamó Adam sin mirarla siquiera—. ¡Tengo que rezar!

—¿Siempre se comporta de este modo? —pregunté a Minnie.

—Ahora siempre es así. —Dejó de forcejear con su hijo y ambos nos levantamos —. No hay forma de que se ponga de pie. Sus gemidos de desesperación cuando lo obligamos a hacerlo son desgarradores.

—Le pediré a mi amigo el médico que venga a verlo —dije en voz baja—. Aunque, en verdad, mientras esté así habrá que asegurarse de que se lo cuide adecuadamente, pues de lo contrario no estará mucho mejor fuera de este lugar.

—Es imprescindible que lo cuiden; de lo contrario morirá —me corrigió ella.

—Ya veo. Hablaré con el guardián Shawms.

—Si nos permitís un instante, señor, aprovecharemos para asearlo un poco. Vamos, Daniel, ayúdame a levantarlo.

Su marido se dispuso a ayudarla.

—Hablaré ahora con el guardián —dije—. Cuando hayáis terminado nos veremos en la sala de recibo.

—Gracias, señor. —Minnie me dedicó una sonrisa vacilante. Su marido seguía evitando mirarme a los ojos.

Abandoné la celda y fui en busca de Shawms, furibundo ante el hecho de ver cómo dejaban que Adam se revolcara en su propia mierda. Quizá yo no alcanzara a comprender el terror que se apoderaba de su mente, pero sí podía dar una buena reprimenda a aquellos cuidadores negligentes.



Shawms estaba sentado en su cuartucho, bebiendo cerveza y mirando fijamente el fuego que ardía en el hogar. Cuando entré se volvió hacia mí con una lúgubre expresión en el rostro.

—Quiero que den de comer a ese joven —ordené—. Por la fuerza si es necesario. Su madre le está cambiando la ropa y quiero que os encarguéis de mantenerlo limpio. Pediré al tribunal que emita una orden de que se atiendan de forma apropiada sus necesidades, y también para que el Consejo sufrague los gastos que deriven de su estancia aquí.

—Y hasta entonces, ¿quién se supone que pagará todo el trabajo que supondrá para mis guardianes? Eso por no mencionar el esfuerzo que supone tranquilizar a los pacientes que temen la compañía de un hombre que está poseído por el demonio.

—Bedlam dispone de fondos propios. Por cierto, ¿esta institución cuenta con un médico?

—Sí. El doctor Frith viene cada dos semanas. Se le da bien eso de hacer pociones,

aunque no sirvan de nada. También solía visitarnos una herbolaria, para alegría de algunos de los pacientes, pero el doctor Frith acabó echándola. Yo no designo a los médicos, eso es cosa del custodio Metwys.

—¿Os visita un sacerdote?

—El puesto está vacante desde que falleció el último, muy anciano ya. El custodio aún no ha cubierto la vacante.

Contemplé su rostro, redondo y colorado, molesto por el hecho de que tantas personas indefensas dependieran de individuos tan indolentes como Shawms y sus ayudantes.

—Quiero que se encienda un fuego en esa habitación —dije.

—Ahora habéis ido demasiado lejos, señor —protestó Shawms—. Los fuegos son algo extraordinario, y no lo pagaré con los fondos de Bedlam. El custodio Metwys me quitaría el empleo.

—En ese caso, no me contentaré con solicitar que el Consejo sufrague los costes, sino que sea esta institución quien corra con todos los gastos.

—Se toma demasiadas libertades, jorobado —masculló Shawms.

—No tantas como vos. ¿Y bien?

—Ordenaré que se encienda un fuego.

—No lo olvidéis. —Giré sobre mis talones y me alejé sin pronunciar una sola palabra más.



Regresé a la sala de recibo y me senté allí, dispuesto a reflexionar sobre el asunto. Adam Kite me había sobrecogido; no sabía qué podía haberle enfermado tanto, pero no cabía duda de que ante el tribunal debía declararlo *compos mentis*. Mi única esperanza residía en que Guy lo ayudase de algún modo.

Oí que se abría la puerta y levanté la vista. Una joven vestida con el blusón de los guardianes conducía a una mujer de cabello blanco. Me sorprendió comprobar que también había guardianas en aquel lugar, aunque imaginé que eran necesarias cuando se trataba de respetar la intimidad de las pacientes. La mujer de cabello blanco anduvo con la cabeza gacha, arrastrando pesadamente los pies, hasta que la joven la acercó a una silla situada junto a la ventana, donde se dejó caer como un saco de patatas. Al reparar en mi presencia, la guardiana me dedicó una reverencia. Tenía un rostro impresionante, con las facciones quizá demasiado exageradas para que resultara bonito, pero lleno de carácter y con penetrantes ojos azules. El cabello que asomaba de la cofia blanca era de color castaño. Debía de tener unos treinta y tantos años.

—Me gustaría que Cissy se sentara aquí un rato, señor —dijo.

—Por supuesto.

—Hoy está muy abatida y quiero que salga un poco de la celda. Te he traído algo

para coser, Cissy, porque a ti te gusta remendar los blusones.

Resultaba extraño verla hablar con la anciana como si esta fuera una niña. Cissy levantó los ojos apagados cuando la guardiana sacó un neceser y un blusón rasgado que llevaba sobre el hombro. Puso el blusón en el regazo de Cissy y le colocó una aguja enhebrada en la mano regordeta.

—Vamos, Cissy, eres una costurera maravillosa. Muéstrame de qué eres capaz —dijo a la anciana, y cuando aquella aceptó la aguja, a regañadientes, se volvió hacia mí y añadió—: No causará problemas.

La guardiana hizo una nueva reverencia y me dejó a solas con Cissy, que empezó a coser sin dirigirme una sola mirada. «De modo que no todos los guardianes son desalmados», pensé. Poco después regresaron los Kite. Me levanté y los puse al corriente de la conversación que había mantenido con Shawms.

—¿Adam debe seguir aquí? —preguntó Minnie.

—Hasta que encontremos el modo de curarlo, este es el lugar más seguro para él.

—Quizá deba ser así —dijo Daniel Bate, que me dedicó una inesperada mirada desafiante—. El reverendo Meaphon afirma que a veces Dios plantea las pruebas más duras a quienes más ama, como hizo con Job.

»Podría tratarse de una advertencia, para recordar a la gente que se acerca el Juicio Final, para convencerla de que abandone la vida pecaminosa. Quizá ese sea el motivo por el que Adam causa temor en los demás, porque les recuerda que ellos también tendrían que estar rezando por la salvación de su alma.

—¡No! —protestó Minnie, volviéndose hacia su marido—. Dios no pondría en semejante trance a un pobre creyente.

—¿Quién eres tú para decir qué puede hacer Dios en su infinita sabiduría? —replicó él—. Si esta no es la obra de Dios, es la de Satán, y entonces Adam está poseído, como dicen por ahí.

Comprendí que las posturas de ambos eran irreconciliables.

—Está enfermo —intervine sin levantar la voz.

—¿A qué viene insistir tanto? —replicó Daniel Kite—. ¿Acaso no sois creyente? —Se volvió y abandonó la estancia.

—No os enfadéis con él, señor —me rogó Minnie—. Busca respuestas desesperadamente. Adora a nuestro hijo.

—Entiendo, señora. Os prometo que haré cuanto esté en mi mano. A partir de ahora cuidarán de Adam, y veré qué puede hacerse por su estado mental. Dentro de poco volveréis a tener noticias mías. Ah, y avisadme si veis que no se esmeran en sus cuidados.

—Así lo haré. Le visitamos a diario. —Hizo una reverencia y salió tras su esposo.

Me volví y, sorprendido, advertí que Cissy me observaba con un brillo de interés en los ojos, pero cuando nuestras miradas se cruzaron agachó la cabeza para concentrarse en la costura. Oí pasos y entró la guardiana, preocupada.

—He oído que alguien alzaba la voz —dijo—. ¿Se encuentra bien Cissy?

—Sí —respondí con una sonrisa—. Era uno de mis clientes.

La guardiana se acercó para observar la labor de costura de Cissy.

—Buen trabajo, seguro que al final queda como nuevo.

La anciana recompensó el comentario con una sonrisa fugaz. 1 después, la guardiana se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Habéis visitado a Adam Kite, señor?

—Así es.

—Pobres padres. —Titubeó, atenta a la puerta abierta. Entonces añadió, bajando el tono de voz—: Aquí son muchos los que temen que Adam esté poseído. Y Shawms espera que, a fuerza de no ocuparse de él, se consuma y muera. —Frunció el ceño—. Es un hombre malvado.

—Pues acabo de advertirle que tendrá serios problemas con los tribunales si no proporciona los debidos cuidados a Adam. Gracias por vuestra información —agregué con una sonrisa—. ¿Cómo os llamáis?

—Ellen Fettiplace, señor. —Titubeó de nuevo, antes de añadir—: ¿Qué tiene tan afligido al pobre Adam, señor? Nunca había visto un caso semejante.

—Ni yo. Voy a pedir que venga un médico a visitarlo. Es un buen hombre.

—El doctor Frith no hace nada.

—Me alegra comprobar que al menos hay alguien aquí que se preocupa por los internos.

La mujer se sonrojó.

—Sois muy amable, señor.

—¿Cómo acabasteis trabajando en este lugar, Ellen?

Me miró fijamente, con una sonrisa triste en los labios.

—Estuve internada aquí.

—Ah —dije, sorprendido. Me había parecido la persona más cuerda de las que había conocido en Bedlam.

—Me ofrecieron un puesto de ayudante de guardián cuando me puse… cuando mejoré.

—¿No quisisteis marcharos?

De nuevo afloró a sus labios aquella sonrisa melancólica.

—No puedo salir de aquí, señor —respondió—. Llevo diez años sin abandonar este lugar. Moriré en Bedlam.

Capítulo 4

Pasé los dos días siguientes ocupado en el juzgado, pero tenía libre la tarde del jueves y lo había dispuesto todo para que Roger se visitase con Guy. Era Jueves Santo, el día anterior a Pascua, y mientras paseaba por Westminster al salir del juzgado en dirección al Colegio de Lincoln, vi que de nuevo se habían llenado las iglesias. Al día siguiente se quitarían los grandes velos que habían envuelto las cancelas durante la Cuaresma, y los fieles a la antigua tradición se dirigirían a la cruz de rodillas. Después de misa, retirarían las vestiduras de los altares en conmemoración de la traición a Jesucristo tras la última cena, mientras en Whitehall el rey lavaría los pies de doce hombres pobres. Me entristeció comprobar el escaso valor que le daba a todo aquello ahora. Había cuatro días festivos, pero para mí serían aburridos y vacíos. Al menos, Joan, mi ama de llaves, había prometido que prepararía un asado de ternera cuando terminase la Cuaresma.

El tiempo seguía siendo frío y el cielo continuaba igual de plomizo, aunque al menos había dejado de nevar. Pasé por mis habitaciones antes de ir a buscar a Roger, y me complació comprobar que habían encendido un buen fuego. Barak y Skelly, mi ayudante y escribiente, trabajaban sentados a los escritorios. Barak levantó la vista cuando me quité la capa de piel y me calenté las manos junto al luego. El domingo se había afeitado, pero observé que al jubón pardo le faltaba un botón, y tenía una mancha en la pechera de esas que deja la cerveza. Me pregunté si había pasado toda la noche fuera, y de nuevo pensé en Tamasin. Ambos vivían cerca de la tienda de Guy, de modo que decidí que, tras ver a Roger, los visitaría con la excusa de la proximidad de ambos lugares.

—Me acerqué al juzgado —me informó Barak—. Atenderán la solicitud de Adam Kite el martes que viene, al mismo tiempo que el caso de Collins.

—Estupendo. —Me sentí tentado de ordenarle que limpiase la mancha del jubón, pero no quise comportarme como una anciana quisquillosa. Además, él sabía perfectamente que al juzgado había que acudir correctamente vestido. Eché un vistazo rápido a un par de informes que había recibido y luego me puse de nuevo la capa.

—Voy a acompañar a maese Elliard a visitar a Guy —anuncié.

Barak se había levantado y miraba por la ventana.

—¿Qué le pasa ahora a ese granuja de Bealknap? —preguntó con curiosidad.

—¿Bealknap? —Me acerqué a la ventana.

—Parece a punto de estirar la pata.

A través de la ventana vi a mi antiguo rival sentado en un banco que había junto a la fuente, cuyas aguas aún estaban congeladas. Había unas alforjas en el suelo, a su lado. A pesar de la distancia, reparé en que estaba muy pálido y su aspecto distaba

mucho de poder considerarse saludable.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—Dicen que lleva semanas enfermo y débil —respondió Skelly, que nos observaba a ambos atentamente.

—Durante la función me pareció que no se encontraba bien.

—Confiemos en que no se trate de una minucia —dijo Barak.

Sonreí.

—Debo irme —dije.

Tras despedirme regresé caminando a Gatehouse Court. Tuve que pasar junto a la fuente para llegar a la residencia de Roger. Bealknap seguía sin moverse. Su delgado cuerpo estaba cubierto con una costosa capa forrada de pelo de marta, pero por mucho que le abrigara, hacía demasiado frío para estar sentado ahí. Titubeé.

—Maese Bealknap, ¿os encontráis bien? —pregunté al fin.

Me dirigió una mirada fugaz. Era incapaz de mirar a los ojos del prójimo.

—Perfectamente, hermano —respondió en tono áspero—. Me he sentado un momento.

—Habéis dejado la alforja en el suelo. Se humedecerá.

Se inclinó para recogerla. Advertí que le temblaba la mano.

—¡Idos! —exclamó.

Me sorprendió ver que parecía asustado.

—Solo pretendía ayudaros —dije.

—¿Ayudarme vos? —Soltó un bufido y luego hizo un esfuerzo para ponerse en pie y caminar pesadamente en dirección a su morada. Yo negué con la cabeza y seguí mi camino.



Encontré a Roger en el antedespacho. Había encendido una vela, pues ya estaba oscureciendo, y tenía una declaración jurada en las manos.

—Un momento, Matthew —me pidió con una sonrisa. Movió rápidamente la cabeza, leyendo por encima el documento antes de tendérselo al escribiente con un leve asentimiento—. Bien hecho, Bartlett —añadió—. Es un esbozo más que correcto. Bueno, Matthew, vamos a visitar a esa sanguijuela. —Sonrió—. Veo que lleváis puestas las botas de montar. Buena idea. Iré por las mías; si anduviera por la nieve con estos zapatos los echaría a perder.

Cogió unas recias botas de cuero y luego nos encaminamos al establo.

—¿Habéis sufrido recientemente otra caída? —pregunté en voz baja.

—No, gracias a Dios. —Suspiró, y comprendí que seguía preocupado.

—¿Tenéis mucho trabajo? —me interesé con ánimo de distraerlo un poco.

—Demasiado. —Roger era un excelente litigante, y desde que había regresado a Londres se había granjeado una formidable reputación—. Y esta noche me he citado

con un nuevo cliente *pro bono*, después de visitar al doctor.

Oímos que alguien llamaba a Roger, y eso hizo que ambos nos volviéramos. Dorothy se nos acercaba a buen paso con una expresión divertida en el rostro, llevando un paquete envuelto en tela encerada.

—Has olvidado esto —dijo.

Su marido se sonrojó al aceptar el paquete.

—Es el botellín de la orina, para el médico —explicó Dorothy.

Roger me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Qué haría yo sin ella? —dijo.

—Pues olvidarte la cabeza, esposo mío. —Dorothy sonrió de nuevo, y acto seguido tiritó, pues no llevaba ropa de abrigo.

—Entra, anda, cariño —dijo Roger—, o también tendrás que ir al médico.

—Voy. Buena suerte, amor mío. Adiós, Matthew. Venid a cenar la semana próxima. —Se volvió y se alejó caminando, con los brazos cruzados para combatir el frío.

—Odio decepcionarla —murmuró Roger—. Sigue pensando que me duele el estómago. Es que no quiero que se preocupe.

—Lo sé. Vamos, y procurad que no se os caiga ese paquete.



Roger estaba intranquilo, pues habló muy poco mientras recorrimos Cheapside a caballo. Los mercaderes recogían los puestos y tuvimos que abrirnos paso entre los últimos clientes y las cajas de madera abandonadas que encontramos en el camino. Un par de críos descalzos y harapientos se introdujeron entre los cascos de los caballos para recoger unas hortalizas podridas, los restos de la cosecha del año anterior que los mercaderes habían desechado. Los mendigos habían vuelto a reunirse alrededor de Conduit, y uno agitaba un bastón con un pedazo de beicon podrido en un extremo, mientras gritaba desde la escalera:

—¡Ayuda para Torn de Bedlam! ¡Ayuda para un pobre loco! ¡Ved mi corazón roto aquí, en el extremo de este bastón!

—Lo más probable es que nunca haya puesto un pie en Bedlam. Es más, seguro que ni se ha acercado —dije a Roger—. Si todos los mendigos que aseguran haber estado allí dijesen la verdad, ese lugar tendría el tamaño de Westminster Hall.

—¿Cómo se encuentra vuestro cliente?

—Está muy enfermo. Es horrible verlo. Quiero pedirle a Guy que lo visite, y espero que descubra qué le pasa, porque yo fui incapaz de hacerlo.

—Entonces ¿el doctor Malton es especialista en casos de locura? —preguntó Roger, dirigiéndome una mirada inquieta.

—No, en absoluto —respondí—. Pero lleva casi cuarenta años practicando la medicina, y ha visto toda clase de dolencias. Es un buen médico, no como muchos

que no conocen más remedios que las sangrías y las purgas. Teméis sufrir la enfermedad de los desmayos, pero los síntomas podrían deberse a un centenar de motivos. Además, nunca habéis padecido uno de esos ataques.

—Pero no me ha faltado ocasión de presenciarlos. Tuve un cliente que padecía esa enfermedad. Cayó al suelo en mi despacho y se puso a soltar espumarajos mientras los ojos se le ponían en blanco. —Sacudió la cabeza—. Fue un espectáculo horrible. Y empezó a sucederle a edad avanzada.

—Experimentáis esas caídas y recurrís a las cosas más aterradoras que habéis presenciado. Si no supiera que sois un abogado inteligente, os acusaría de ser un pelele.

Roger sonrió.

—Pues quizá lo sea.

Para distraerlo de sus preocupaciones, le conté la historia del predicador que se había situado en Newgate para anunciar ríos de sangre.

—¿Puede alguien que predica tales cosas ser un hombre de bien, un cristiano? —pregunté—. Por mucho que al instante siguiente esté prometiendo la salvación, me refiero.

Roger negó con la cabeza antes de responder:

—Habitamos un mundo enloquecido y furibundo, Matthew. *Mundus furiosus*. Cada bando se opone al contrario y predica el odio y la ira. Los radicales anuncian el fin del mundo. Para la conversión de algunos y la confusión de muchos. —Me miró, con una amarga sonrisa—. Cuando éramos jóvenes leíamos en Erasmo las insensateces de las indulgencias que la Iglesia daba a cambio de dinero, las interminables y ceremoniosas misas en latín que se interponían entre la gente de la calle y el mensaje de Dios.

—Lo recuerdo. Menudo grupo de lectura teníamos entonces. Recuerdo los libros de Juan Vives. Decía que los príncipes podían poner fin a la falta de trabajo apadrinando obras públicas, la construcción de hospitales y escuelas para los pobres. Pero, en efecto, éramos jóvenes —añadí con amargura—, y soñábamos.

—Sí, soñábamos con una confederación cristiana que viviría en feliz armonía. —Roger suspiró—. Vos comprendisteis antes que yo que todo acabaría pudriéndose.

—Recordad que trabajé para Thomas Cromwell.

—Y siempre fui más radical que vos. —Se volvió hacia mí—. A pesar de ello, sigo creyendo que una Iglesia y un Estado que no estén ligados al Papa pueden convertirse en algo bueno y cristiano, a pesar de la corrupción de nuestros líderes, y a pesar también de todos estos nuevos fanáticos.

No respondí.

—¿Y vos, Matthew? —preguntó—. ¿Qué pensáis ahora? Nunca os pronunciáis al respecto.

—Ya no lo sé, Roger —admití en voz baja—. Pero, mirad, tenemos que tomar esa calle. Cambiemos de tema. Los edificios están muy cerca, las voces reverberan y, en

los tiempos que corren, tenemos que cuidarnos de lo que decimos en público.



El sol estaba poniéndose cuando entramos a caballo en el estrecho callejón de Bucklersbury donde Guy residía y trabajaba. Estaba repleto de boticas, y a Roger se le torció el gesto cuando vio los cocodrilos disecados y otras extrañas maravillas que se mostraban tras las ventanas. Cuando desmontamos y atamos los caballos a una barandilla, se mostró aliviado al comprobar que al otro lado de la ventana de Guy únicamente había unas vistosas vasijas de boticario.

—Si es médico, ¿por qué tiene la consulta en este lugar perdido de la mano de Dios? —quiso saber Roger, al tiempo que cogía la muestra de orina.

—A Guy no lo admitieron en el Colegio de Médicos hasta el año pasado, después de que salvase la pierna de un rico concejal. Antes de eso, su piel oscura y el que hubiese sido monje lo mantuvieron al margen, a pesar de que contaba ya con un título francés que acreditaba sus conocimientos en la materia. No tuvo más remedio que limitarse a trabajar de boticario.

—Pero ¿por qué sigue aquí? —Roger torció el gesto al reparar en un feto de mono introducido en un tarro de salmuera que había tras la ventana contigua.

—Dice que se ha acostumbrado a vivir aquí.

—¿Entre estos monstruos?

—No son más que pobres animales muertos. —Sonreí con ánimo de tranquilizarlo—. Algunos boticarios aseguran que la sustancia que resulta de pulverizar ciertas partes de su cuerpo puede obrar maravillas. Guy no comparte esa opinión.

Llamé a la puerta. Un muchacho con la capa azul de aprendiz la abrió de inmediato. Piers Hubberdyne era un aprendiz de boticario a quien Guy había aceptado hacía un año. Era un joven alto y de pelo negro que no andaría lejos de los veinte años; poseía unas facciones tan inusualmente atractivas que en la calle las mujeres se volvían para mirarlo. Guy decía que era trabajador y concienzudo, una perla entre los aprendices londinenses, conocidos por ser todo lo contrario.

—Buenas noches, maese Shardlake. ¿Maese Elliard? —dijo Piers con una reverencia.

—Sí.

—¿Es esa la muestra, señor? ¿Me permitís?

Roger le tendió el botellín, y Piers nos condujo al interior de la tienda.

—Avisaré al doctor Malton —dijo antes de retirarse.

Percibí el olor dulce y almizclado de las hierbas que atestaban la consulta de Guy. Roger levantó la vista hacia la hilera de vasijas cuidadosamente etiquetadas que llenaban los anaqueles. Había manojos de hierbas en la mesa, junto al mortero, el pilón y una diminuta balanza de joyero. Encima de la mesa había un diagrama de los

cuatro elementos y de los tipos de carácter a que correspondían: melancólico, flemático, alegre y colérico. Roger estuvo observándolo.

—Dice Dorothy que soy aire; esto es, alegre y leve —comentó.

—Con un toque de flemático, seguro. Si vuestro temperamento fuese todo aire, no podríais trabajar como lo hacéis.

—Y vos, Matthew, siempre fuisteis melancólico. Vuestra piel oscura y vuestro físico enjuto os delatan.

—No era enjuto antes de sufrir aquellas fiebres hace dieciocho meses. —Lo miré muy serio—. Creo que me habría muerto de no haber sido por los cuidados de Guy. No os preocupéis, Roger, que él os ayudará.

Me volví aliviado cuando Guy entró en la estancia. Había cumplido los sesenta y tenía el cabello rizado y, al cabo de los años, blanco, lo que hacía que sus facciones, oscuras y angulosas, llamaran más la atención debido al contraste. Reparé en que, seguramente a causa de su edad, cojeaba un poco. Cuando nos conocimos seis años atrás, Guy era enfermero monástico; los monasterios habían abierto sus puertas a muchos extranjeros, y Guy era originario de la ciudad de Granada, en España, pues sus ancestros habían sido musulmanes. Primero cambió el hábito de los monjes benedictinos por la ropa de boticario, la cual había cambiado de nuevo por el traje negro y cuello alto propios de un médico.

Cuando entró me pareció un poco cansado, como si le preocupase algo. De inmediato nos dirigió una radiante sonrisa.

—Buenos días, Matthew —dijo en tono sereno; aún conservaba un acento exótico —. Y vos debéis de ser maese Elliard. —Estudió con mirada penetrante a Roger.

—Sí —repuso mi amigo con cierta inquietud.

—Acompañadme al cuarto de examen, para ver cuál es el problema.

—Tal como me pedisteis, os he traído una muestra de orina. Se la di al joven.

—Luego le echaré un vistazo —dijo Guy con una sonrisa—. No obstante, al contrario que algunos de mis colegas, no confío del todo en la orina. Primero os examinaré. ¿Podéis esperar aquí entretanto, Matthew?

—Por supuesto.

Me quedé a solas. Tomé asiento en un taburete que había junto a la ventana. La luz se debilitaba por momentos, y las vasijas y botellas proyectaban sombras alargadas en el suelo. Pensé de nuevo en Adam Kite, y me pregunté inquieto si Guy, que mantenía en secreto su lealtad hacia la antigua Iglesia, también creería que Adam estaba poseído. También me había sorprendido pensando en aquellos últimos días en la guardiana de cabello negro. ¿Qué había querido decir con eso de que nunca abandonaría Bedlam? ¿Acaso la habrían condenado a ello?

La puerta se abrió y el joven Piers entró llevando una vela y un volumen imponente bajo el brazo. Colocó el libro en uno de los estantes elevados junto a algunos otros, y a continuación se acercó a un candelabro de pared, que encendió. La luz amarilla titiló en la estancia, sumando el olor a cera al aroma que desprendían las

hierbas.

—¿Os importa si sigo trabajando, señor? —me preguntó.

—Por favor.

Se sentó a la mesa, cogió un puñado de hierbas y empezó a machacarlas. Se arremangó, dejando al descubierto unos brazos cuya musculatura daba fe de la fuerza que aplicaba en la labor.

—¿Cuánto llevas con el doctor Malton? —inquirí.

—Un año solamente, señor. —Se volvió hacia mí con una sonrisa, mostrándome una reluciente dentadura.

—Tu antiguo maestro murió, ¿verdad?

—Sí, señor, repentinamente. Vivía en la calle de al lado. El doctor Malton me acogió entonces. Tengo suerte, es un hombre sabio. Y muy amable.

—Así es —admití.

Piers volvió a concentrarse en su trabajo. Qué diferente era de la mayoría de los aprendices, de esos jóvenes ruidosos y pendencieros. Su porte sereno y seguro de sí era más propio de un hombre que de un muchacho.



Transcurrió una hora antes de que regresaran Guy y Roger. Había oscurecido por completo, y Piers seguía concentrado en su tarea, a la luz de una vela. Guy le puso la mano en el hombro.

—Basta por hoy, muchacho. Ve a cenar, pero antes tráenos un poco de cerveza.

—Sí, señor. —Piers se inclinó ante nosotros y se marchó.

Observé a Roger, alegrándome de ver la expresión de alivio de su rostro.

—No padezco la enfermedad de los desmayos —dijo con una amplia sonrisa.

Guy también sonrió.

—Los asuntos más peculiares pueden tener una explicación sencilla. Soy de los que siempre empiezan por descartar lo más simple, puesto que William de Ockham nos enseñó que era la explicación más probable. De modo que comencé por los pies de maese Klliard.

—Hizo que me descalzara —explicó Roger—, y luego me midió las piernas, me tumbó en el diván y me dobló los pies una y otra vez. Confieso que me sorprendió. Creía que todo se reduciría a un examen de orina.

—Al final no ha sido necesario recurrir a eso —dijo Guy con aire triunfal—. Descubrí que el pie derecho gira considerablemente hacia la derecha, debido a que maese Elliard tiene la pierna izquierda ligeramente más larga. Es un problema que se ha pronunciado con el paso de los años. El remedio es un calzado especial, con un taco de madera que le corrija el andar. Haré que Piers se encargue de ello, pues es diestro con las manos.

—Os estoy más agradecido de lo que puedo expresar con palabras, señor —dijo

Roger.

Llamaron a la puerta, y Piers regresó con tres copas de peltre en una bandeja que depositó en la mesa.

—Bebamos para celebrar la curación de maese Elliard del mal de los desmayos. —Guy cogió un taburete y tendió otro a Roger.

—Roger está pensando en anunciar una suscripción para fundar un hospital —conté a Guy.

Guy movió la cabeza con expresión de abatimiento.

—Se necesitan desesperadamente hospitales en esta ciudad. Sería un gesto muy cristiano. Quizá pueda ayudaros, aconsejaros.

—Sería muy amable por vuestra parte, señor.

—Roger aún defiende el ideario de Erasmo —dije.

Guy asintió.

—En tiempos también estudié a Erasmo —dijo—. Su nombre estaba en boca de todos la primera vez que vine a Inglaterra. Cuando dijo que la Iglesia era demasiado rica, demasiado ceremoniosa, pensé que tenía algo… aunque la mayoría de mis compañeros monjes no pensaban lo mismo y decían que escribía como un iracundo. —Su expresión se volvió sombría—. Quizá ellos comprendieron mejor que yo que hablar de reforma conduciría a la secularización de los monasterios, entre otras muchas cosas. ¿Y para qué? —añadió con amargura—. Para instaurar el reinado de la codicia y el terror.

Roger se mostró un poco incómodo ante la defensa de los monjes que Guy acababa de hacer. Miré a uno y luego a otro. En el fondo, Guy seguía siendo católico, y en cambio Roger era el reformista radical convertido en moderado. Yo no me sentía tanto en medio de ambos como absolutamente al margen de la discusión. El mío era un lugar muy solitario.

—Tengo un caso respecto al cual quería pediros consejo, Guy —dije, decidido a cambiar de tema—. Se trata de un caso de enajenación religiosa, o al menos eso es lo que me parece. —A continuación le referí la historia de Adam—. De modo que el Consejo Privado lo encerró en Bedlam para quitarlo de en medio —concluí—. Sus padres quieren que lo suelten, pero no estoy seguro de que sea buena idea.

—He conocido casos de amores obsesivos —intervino Roger—, pero rezar obsesivamente… La verdad es que nunca había oído nada semejante.

—Yo sí —aseguró Guy, y Roger y yo nos volvimos hacia él—. Se trata de una nueva forma de enfermedad cerebral, algo que Lutero ha sumado al amplio bagaje de las miserias humanas.

—¿Qué queréis decir? —pregunté.

—Nunca han faltado quienes se odian a sí mismos, quienes se torturan apesadumbrados por la culpa derivada de ofensas reales o imaginarias. Cuando trabajé de enfermero en el monasterio vi algunos casos semejantes. Entonces podíamos decir a la gente que Dios promete la salvación a quienquiera que se

arrepienta de sus pecados, porque Él no deja a nadie al margen de su misericordia y caridad. —Cuando levantó la vista, reconocí en su rostro una peculiar expresión airada—. Ahora hay quienes nos dicen que Dios ha decidido, fruto quizá del capricho, salvar a unos y condenar a otros al fuego eterno; y si Dios no da garantías de su gracia, entonces estás condenado. Esa es una de las doctrinas principales de Lutero. Lo sé porque he leído sus obras. Puede que Lutero se sintiera una criatura fútil salvada por la gracia divina, pero ¿acaso se detuvo a pensar en lo que su filosofía podía suponer para quienes carecían de su fortaleza interior, de su arrogancia?

—Si eso fuese cierto, ¿acaso no habría enloquecido la mitad de la población? —preguntó Roger.

—¿Os creéis salvado? —preguntó Guy—. ¿Creéis que Dios os ha concedido la gracia?

—Eso espero. Intento vivir bien y confiar en alcanzar la salvación.

—Sí. La mayoría, como vos, o como yo, nos contentamos con la esperanza de salvación y con dejarlo todo en manos de Dios. Pero ahora hay quienes están completamente seguros de su salvación. Pueden ser peligrosos, porque se creen especiales, creen que destacan por encima de los demás. Sin embargo, del mismo modo que cualquier moneda tiene dos caras, también hay quienes anhelan la certeza a pesar del convencimiento de ser indignos, y eso puede desembocar en la desdichada situación que vive ese joven. He oído que lo llaman pánico a la condenación, aunque a duras penas este término hace justicia a los sufrimientos de quienes lo padecen. —Hizo una pausa—. Es posible que la cuestión resida en por qué, en primer lugar, lo consume la culpa.

—Quizá haya cometido algún pecado —aventuré, y me alegró ver que Guy negaba con la cabeza.

—No, por lo general en tales casos los pecados carecen de importancia; diría más bien que algo en su mente los lleva a alcanzar ese estado.

—¿Me ayudaréis a intentar descubrir de qué se trata, Guy? Hay en Bedlam quienes creen que Adam está poseído. Me temo que podrían hacerle daño.

—Iré a verlo, Matthew —accedió Guy—. Lo haré en calidad de médico, por supuesto, y no como el antiguo monje que soy, porque de otro modo quizá le daría por creerse en manos del diablo. —De repente, mi amigo pareció viejo y cansado.

—Gracias —dije—. El joven Piers me ha parecido muy trabajador —comenté.

—En efecto. Es un buen aprendiz. Quizá mejor de lo que merezco —añadió en voz baja.

—¿Y eso? —pregunté intrigado.

—Piers también es muy listo —dijo—. Aprende con una rapidez asombrosa. —Una sonrisa transformó la expresión de Guy—. Permitidme mostraros algo nuevo en el mundo de la curación, algo que muchos de mis colegas desaprobarían. —Se levantó para dirigirse a la estantería. Cogió el libro voluminoso que Piers había colocado antes. Hizo espacio en la mesa y lo puso encima con sumo cuidado.

Roger y yo nos situamos junto a él.

—*De Humani Corporis Fabrica* —leyó Guy en voz baja—. Funcionamiento del cuerpo humano. Acaba de publicarse; un mercader alemán amigo mío acaba de traérmelo. El autor es Andreas Vesalius, un médico holandés que ejerce en Italia. Allí lleva años disfrutando de un permiso para practicar la disección de cadáveres, cuando aquí ha estado prohibido hasta hace muy poco.

—La antigua Iglesia lo desaprobaba —dijo Roger.

—Así es, e hizo mal. Vesalius es el primer hombre en siglos de historia que disecciona cuerpos humanos a gran escala. Puede que sea el único que lo ha hecho. ¿Y sabéis qué ha descubierto? Que los antiguos, Hipócrates y Galeno, principales autoridades a quienes ningún médico se atrevería a desafiar sin correr el riesgo de ser expulsado de la profesión, estaban equivocados. —Se volvió hacia nosotros con un brillo en la mirada—. Vesalius ha demostrado que nuestros antepasados erraron en muchas de sus apreciaciones. Concluye diciendo que tampoco a ellos les estaba permitido diseccionar cadáveres, y que sus descripciones del interior del cuerpo humano procedían de estudios hechos con animales, no con hombres. —Rio—. Este libro causará un gran revuelo. El Colegio de Médicos intentará desacreditarlo, puede que incluso llegue a prohibirlo.

—Pero ¿cómo podemos tener la certeza de que Vesalius está en lo cierto y los antiguos equivocados? —pregunté.

—Pues comparando las descripciones y los diagramas que incluye en el libro con lo que podemos apreciar a simple vista cuando se abre un cadáver. En la actualidad se destina al colegio de barberos-cirujanos cuatro cadáveres de criminales condenados a la horca, cuyo objeto es que sirvan para la disección pública.

Aquellas palabras me causaron cierta impresión, pues soy algo aprensivo.

—Y existe otro modo, del que me he servido para comprobarlo personalmente —aseguró Guy.

—¿Cuál? —quiso saber Roger.

—Un forense de Londres puede solicitar que se abra un cadáver para examinarlo, si tal medida es necesaria para dictaminar la causa de la muerte. La mayoría de los médicos consideran que están por encima de dicha labor; además, la paga no es gran cosa, pero yo he ofrecido mis servicios y he podido comprobar lo acertado de las afirmaciones de Vesalius. —Guy abrió lentamente el libro, de un modo casi reverencial. Estaba escrito en latín, ilustrado con diagramas de una magnífica factura, aunque con un aire burlón, incluso cruel; a medida que pasaba las páginas vi un esqueleto apoyado en una mesa, que había adoptado la postura de un pensador, un cadáver excoriado que colgaba de una especie de horca, con las entrañas al aire. En un rincón de una ilustración dedicada a las entrañas, un querubín se hallaba sentado en un pedazo de excremento y sonreía al lector.

Guy dejó el libro abierto por la página en que aparecía el grabado de un corazón diseccionado.

—Ahí —dijo—. ¿Lo veis? El corazón tiene cuatro cámaras, cuatro, y no tres como siempre se ha sostenido.

Asentí, aunque solo era capaz de discernir una horripilante maraña de válvulas y tejido. Miré a Roger y vi que había palidecido.

—Todo esto es fascinante, Guy, pero me temo que no terminamos de comprender su alcance. Además, tenemos que regresar al Colegio de Lincoln.

—Muy bien. —Guy, que normalmente era un hombre sensible, no pareció advertir hasta qué punto nos había afectado el contenido de aquel libro. Sonrió—. Quizá este año nuevo anuncie una era de maravillas. He oído que un sabio polaco ha publicado un libro en el cual, a partir de la observación de los planetas, demuestra que la Tierra gira en torno al Sol, y no al revés. He pedido a mi amigo que me traiga un ejemplar. Este año nuevo de mil quinientos cuarenta y tres podría anunciar el nacimiento de una era.

—¿Conocéis a muchos mercaderes extranjeros? —preguntó Roger por curiosidad.

—Quienes tenemos aspecto extranjero o hablamos otra lengua hemos de mantenernos unidos —repuso Guy con una sonrisa melancólica. Nos trajo las capas, y Roger no solo satisfizo sus honorarios, sino que, además, dejó paga y señal. Guy prometió tener listo el taco de madera para el calzado en cuestión de un par de semanas.

Después de que Roger expresara de nuevo su gratitud a Guy, nos marchamos. Cuando se cerró la puerta, me asió del brazo y dijo:

—No sabéis lo mucho que os agradezco que me hayáis presentado al doctor Malton. Siempre estaré en deuda con vos.

—Entre amigos no hay deudas que valgan —dije con una sonrisa—. Me alegra haberos sido de ayuda.

—Aunque podría haber prescindido de lo del libro de disecciones —añadió mientras emprendíamos la vuelta.



Cabalgamos por Bucklersbury. Pasamos por delante de la antigua mansión de los tiempos de Enrique III conocida como la Vieja Barcaza, convertida hacía muchos años en una especie de barrio repleto de destartaladas casas de vecindad. Barak y Tamasin residían allí.

—Roger, ¿os importaría que nos despidiéramos ya? Tengo que visitar a alguien.

Levantó la vista hacia la Vieja Barcaza, enarcando las cejas.

—No iréis en busca de una ramera, ¿verdad? —preguntó—. He oído que aquí viven muchas.

—No; voy a ver a mi escribiente y a su esposa.

—Yo también debo visitar a mi nuevo cliente.

—¿De qué caso se trata?

—Aún no lo sé. Un notario me ha enviado una carta acerca de un cliente suyo que mantiene una disputa por unas tierras en Southwark. Su cliente también es demasiado pobre para costearse los servicios de un abogado, pero dice que el caso vale la pena y me pide que actúe *pro bono*. Ignoro los pormenores del caso, pero he aceptado reunirme con el cliente.

—¿Quién es el notario?

—Un hombre llamado Nantwich. Nunca había oído hablar de él. Claro que últimamente en las posadas hay mucho notario en busca de empleo. —Se arrebujó con la capa—. Hace frío para montar, preferiría irme a casa y celebrar que ese médico amigo tuyo ha puesto punto y final a mis temores. —Volvió grupas y se detuvo. El ambiente estaba cargado con el humo que desprendía la leña y el frío helado—. ¿Dónde está la primavera? —preguntó antes de saludarme con la mano y adentrarse en la oscura noche.

Desmonté y me dirigí hacia las ventanas iluminadas de la Vieja Barcaza.

Capítulo 5

Había visitado la casa de Barak antes de que este contrajera matrimonio con Tamasin, y recordaba cuál de las varias puertas sin pintar debía abrir. Daba a una escalera que conducía a una serie de viviendas destartaladas en las que se había dividido la vieja mansión. Los escalones crujían ruidosamente en la oscuridad, y recordé haber pensado en mi anterior visita que daba la impresión de que el lugar estaba a punto de derrumbarse.

Recordaba que la morada de Barak era el típico alojamiento de un joven: platos sucios en la mesa, ropa en el suelo y excrementos de ratón en los rincones. Me llevé una alegría cuando me comunicó que, tras casarse con Tamasin, ambos se trasladarían a una casita cerca del Colegio de Lincoln, y posteriormente lamenté que desistieran de hacerlo. La Vieja Barcaza no era lugar para una joven como Tamasin, sobre todo si amaba tanto la domesticidad como esta.

Ya en la segunda planta llamé a la puerta de la vivienda. Al cabo de un instante la abrieron apenas y vi una cabeza tocada con cofia recortada a la luz de una candela que provenía del interior.

—¿Quién va? —preguntó, inquieta.

—Soy yo, maese Shardlake.

—Ah, señor. Entrad. —Tamasin abrió la puerta y la seguí hasta la espaciosa estancia que hacía las veces de comedor, dormitorio y salón. Había estado trabajando allí; estaba todo limpio, los platos apilados en una desconchada alacena, la cama perfectamente hecha. Pero el lugar hedía a humedad, y las manchas oscuras cubrían parte de la pared cercana a la ventana. Habían colocado trapos en las contraventanas roídas por la podredumbre para resguardarse del viento. Habían intentado limpiar la pared para eliminar la mancha de humedad, pero sin éxito. Reparé en el hecho de que Barak no se hallaba presente.

—¿Queréis sentaros, señor? —Tamasin me señaló una silla junto a la mesa—. ¿Me permitís que os coja la capa? Lamento que no encontréis aquí a Jack.

—Seguiré con ella puesta. No estaré… mucho rato. —Lo cierto era que hacía tanto frío en aquella vivienda sin chimenea que no quería quitarme la capa. Me senté y observé largo y tendido a Tamasin. Era una joven muy atractiva que aún no había cumplido los treinta años. Tenía los pómulos altos, los ojos azules y grandes, y unos labios sensuales. Antes de contraer matrimonio, decía vestir tan bien como se lo permitía la bolsa, y aun algo mejor. Sin embargo, llevaba un vestido gris del que no podía afirmarse que fuese de su talla, un delantal blanco de hilo y el cabello rubio oculto bajo una blanca cofia de ama de casa. Me sonrió alegre, pero reparé en que hundía los hombros y su mirada carecía de la luminosidad de otro tiempo.

—Hacía mucho que no os veía, señor —dijo.

—Casi medio año. ¿Cómo estáis tú y tu marido, Tamasin?

—Ah, bastante bien. Insisto en que lamento mucho que Jack no esté aquí.

—No importa. Pasaba cerca tras llevar a un amigo a la consulta del doctor Malton.

—¿Os apetece una jarra de cerveza, señor?

—Sería un placer, Tamasin, pero quizá sea mejor que me vaya… —No era apropiado estar con ella a solas.

—No, señor, quedaos —dijo—. Somos viejos amigos, ¿no?

—Eso espero.

—Me apetece un poco de compañía. —Fue a servirme una jarra de cerveza de un jarro que había en la alacena. Después de darme la jarra, acercó un taburete y se situó delante de mí—. ¿Pudo el doctor Malton ayudar a vuestro amigo?

Tomé un sorbo de aquella cerveza, cuyo sabor resultó intenso y agradable.

—Sí. Había sufrido varias caídas sin previa advertencia; pensó que estaba aquejado del mal de los desmayos, pero resultó que tiene un problema en el pie.

Tamasin me dedicó una sonrisa que me recordó la antigua, cálida y amplia de otros tiempos.

—Debe de estar muy contento.

—Lo está. Supongo que cuando llegue a casa empezará a bailar por todas las habitaciones, a pesar del pie malo.

—El doctor Malton es buena persona. Creo que os salvó cuando tuvisteis aquellas fiebres hace dos inviernos, ¿verdad?

—Sí. A fe mía que lo hizo.

—Pero no pudo ayudar a mi pobre Georgie.

—Lo sé.

Antes de continuar, contempló la pared vacía.

—Nació muerto, y lo tendimos en la cunita que le habíamos hecho. —Se volvió hacia mí con los ojos llenos de dolor—. Después no quise que Jack se llevara la cuna; era como si una parte de Georgie hubiese permanecido allí. Él, en cambio, odiaba ver cualquier cosa que le recordase lo sucedido.

—Lamento no haber venido a daros el pésame cuando murió el bebé, Tamasin. Quise hacerlo, pero Jack dijo que ambos preferíais estar a solas.

—Antes me enfadaba mucho. Supongo que Jack no quería que me vierais en ese estado. —Soltó un suspiro—. ¿Y vos? ¿Gozáis de buena salud, señor?

—Sí. Trabajando de firme y progresando, con ayuda de Jack —respondí con una sonrisa.

—Os admira mucho, señor. Siempre está contando cómo maese Shardlake logró ganar tal caso minando a la oposición, o tal otro aportando nuevas pruebas.

—¿De veras? —Reí—. A veces, por el modo que tiene de hablar, me da por pensar que me considera un tonto.

—Es esa manera suya de decir las cosas.

—Será eso. —Sonreí. Hacía dos años, cuando nos conocimos en la Jornada de York, la confianza y la vivaz personalidad de Tamasin habían hecho que me mostrase suspicaz, pues ambos atributos me parecieron impropios de una mujer. Sin embargo, en el transcurso de las tribulaciones compartidas, había adoptado casi un afecto paternal hacia ella. Al contemplar a la exhausta ama de casa sentada frente a mí, me pregunté qué habría sido del temple que la caracterizaba.

Debió de adivinar mis pensamientos, porque le temblaron los labios y dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas. Tamasin agachó la cabeza.

—Tamasin —dije—, ¿qué sucede? ¿Se trata aún del pequeño?

—Lo siento, señor.

—Vamos, vamos. Unas pocas lágrimas no son nada, después de todo lo que pasamos juntos en Yorkshire. Dime qué te entristece.

Sollozó mientras se secaba los ojos con la manga, antes de volver hacia mí el rostro cubierto de lágrimas.

—Empezó con el pequeño —dijo en voz baja—. Su muerte fue un duro golpe tanto para Jack como para mí. Dicen que cuando muere un niño, su madre nunca lo aparta de su corazón, pero también anida en el de Jack. Ay, está tan enfadado…

—¿Contigo?

—Con todo. Con Dios incluso; le pareció cruel que nos arrebatase al niño. Nunca ha sido de los que van a la iglesia, pero ahora no quiere ni oír hablar de ello. Mañana es Pascua, y se ha negado a ir a misa o a confesarse.

—¿Tú irás?

—Sí, aunque… Aunque yo también siento que he perdido la fe. Pero ya me conocéis —añadió con una pizca del antiguo buen humor que la caracterizaba—. Prefiero mantenerme a buenas con los poderosos.

—Sabia medida en los tiempos que corren.

—Dice Jack que solo voy para lucir lo que él llama mis galas. —Se miró el delantal—. Bueno, es cierto que, después de llevar esto toda la semana, me gusta ponerme algo bonito. Pero me temo que, si Jack se ausenta continuamente, empezarán a formularse ciertas preguntas, hasta tal punto que los sacristanes podrían molestarse con él. Sobre todo si se enteraran de que tiene sangre judía. —De pronto se le endureció la expresión—. Quería que nuestro hijo heredase su sangre. Lo menciona cuando está borracho.

—¿Lo hace a menudo? —pregunté al recordar el aspecto desgreñado que presentaba aquella mañana.

—Cada vez más. Sale con sus viejos amigos y, a veces, no vuelve en toda la noche. Supongo que ahora mismo andará por ahí. También creo que va con otras mujeres.

—¿Con quiénes? —pregunté alarmado.

—No lo sé. Puede que salga con alguna vecina. Ya sabéis qué clase de mujeres viven aquí.

—¿Estás segura?

Me miró directamente a los ojos.

—A juzgar por el olor que trae algunas mañanas, sí.

Suspiré.

—¿Hay indicios de que exista de por medio otro… niño?

—No. Quizá soy como la vieja reina Catalina de Aragón, y no puedo concebir niños saludables.

—Pero si solo hace seis meses que murió tu hijo. No es tiempo suficiente, Tamasin.

—Pues sí lo es para alejar a Jack. A veces, cuando está ebrio, dice que yo lo domino, que lo he convertido en un ser débil. —Miró alrededor—. Como si una pudiera domesticar a alguien en este lugar.

—A veces, también Jack es insensible. Cruel, incluso.

—En fin, al menos no me pega. Muchos maridos pegan a sus mujeres.

—Tamasin…

—En cuanto vuelve a estar sobrio se disculpa, y entonces se muestra cariñoso, me llama amorcito y asegura que no quería decir lo que dijo, que es su manera de demostrar la ira que siente por el hecho de que Dios nos arrebatase al pequeño. Eso sí puedo entenderlo. ¿Por qué Dios hace cosas tan crueles? —preguntó en un arranque de ira.

Negué con la cabeza.

—No soy quién para responder a esa pregunta, Tamasin. También a mí me tiene intrigado.

—Señor —dijo ella, irguiéndose y mirándome—, ¿podríais hablar con Jack y averiguar qué le preocupa? Últimamente es tan impredecible, que no sé si… Bueno, si todavía me ama.

—Ay, Tamasin —dije—. De eso estoy seguro. Además, hablar con él de estos asuntos no será tarea fácil. Si descubre, o sospecha siquiera, que has estado hablando conmigo de vuestro matrimonio se enfadará contigo y conmigo.

—Sí. Es un hombre orgulloso. Pero si pudierais descubrir un modo de hacerlo… —me propuso, dedicándome una mirada suplicante—. Sé que sabéis hacer hablar a los demás. Y yo no tengo a quién pedírselo.

—Lo intentaré, Tamasin. Pero tendré que escoger el momento adecuado.

Ella asintió.

—Gracias —dijo.

—Y ahora debo marcharme —anuncié al tiempo que me levantaba—. Si volviera en este momento y te encontrase contándome tus penas, seguro que se enfadaría. —Apoyé la mano en las suyas—. Si la cosa empeora o necesitas alguien con quien hablar, bastará con que envíes una nota a mi casa para que venga a verte.

—Sois muy amable, señor. Hay días en que me paso horas llorando ante esa mancha de humedad, no tengo energía y me pregunto qué es lo que me ocurre. La

mancha no se va. En cuanto la limpio, aparecen de nuevo esas manchitas negras en la pared. —Suspiró—. No es como antiguamente, cuando trabajaba en casa de la pobre Catalina Howard. Ay, no era más que la sirvienta más humilde, pero allí siempre había algo que me resultaba interesante.

—Por no mencionar el peligro —dije con una sonrisa—. Tal como resultó ser.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Dicen que pronto habrá otra reina. Una viuda. *Lady* Latimer. Será la sexta. ¿No os parece asombroso?

—Es muy peculiar, sí.

Sacudió la cabeza, intrigada.

—¿Habrá existido un rey como el nuestro?

Me despedí. Mientras bajaba la oscura escalera, recordé el día de la boda de Barak y Tamasin, hacía un año, en plena primavera. Había sentido celos de su alegría. Un hombre soltero puede fácilmente dar por sentado que todos los matrimonios son una bendición, que constan de una pareja devota como Roger y Dorothy. Pero aquella noche había presenciado la tristeza que hay bajo la superficie. Había acertado al intuir que algo iba mal, a pesar de que no había sospechado que lo fuese hasta tal punto.

—¡Maldito seas, Barak! —exclamé en voz alta cuando tomé el camino de regreso, sorprendiendo a un caballero que entraba en la Vieja Barcaza, en busca quizá de una prostituta.



Pasé en casa la mayor parte del viernes y el sábado de Pascua, trabajando en mi documentación. No fui a la iglesia el domingo de Pascua. Hacía un frío impropio de la época, e incluso nevó. Me sentía inquieto, casi desasosegado. El sábado saqué incluso los lápices y el cuaderno de apuntes. Durante el último año había recuperado la vieja costumbre de dibujar; sin embargo, ese día no se me ocurrió nada. Contemplé el papel en blanco, pero no me vino nada a la mente, aparte de círculos vagos y líneas oscuras, y un hombre cuerdo apenas puede extraer una figura de eso. Me fui a dormir, pero no pude conciliar el sueño. Estuve tumbado, pensando en cómo abordar a Barak para plantear el problema de Tamasin sin empeorar con ello las cosas. Luego, cuando me quedé dormido, soñé con el pobre Adam Kite. Entraba en su celda de Bedlam y lo encontraba en cuclillas, rezando desesperadamente. Al acercarme comprendía que no invocaba ni el nombre de Dios ni el de Jesucristo, sino el mío; era a «maese Shardlake» a quien rezaba para salvar su alma. Desperté sobresaltado.

Aunque todavía era de noche, el alba no tardaría en llegar, y pensé que podría ponerme a trabajar, a pesar de ser domingo de Pascua. Me quedaba mucho papeleo que solucionar. Mi ama de llaves se había levantado ya, y perseguía al mozo, Peter, para que encendiese un fuego que caldease un poco el ambiente de aquella fría mañana. Desayuné, me puse la toga y me cubrí con la capa para dirigirme al Colegio de Lincoln por Chancery Lane.

Al salir por la puerta me pareció que había subido la temperatura, y vi que la nieve que quedaba se había convertido en fango. Volví la mirada hacia mi casa. Las altas chimeneas se alzaban desde el tejado, recortadas contra un cielo azul claro surcado por nubes teñidas de rosa, todo ello iluminado por el sol naciente. Eché a andar, concentrado en los casos que debía atender el martes, incluido el de Adam Kite. Franqueé la puerta principal del recinto, pasé por la caseta, aún cerrada, del portero, y atravesé el patio cubierto de nieve fangosa en dirección a mi despacho.

Aún no había amanecido del todo. Casi todas las ventanas estaban a oscuras, pero para mi sorpresa vi luz en mi despacho; Barak debía de haber acudido allí directamente desde donde hubiese pasado la anoche, sin parar antes por su casa. «Condenado miserable», pensé.

Entonces di un respingo al oír que la voz de un hombre profería un grito de terror. Distinguí dos sombras junto a la fuente, contemplando el agua.

—¡Oh, Dios! —exclamó alguien.

Me volví, dispuesto a dirigirme hacia ellos. Vi que el hielo se había roto en pedazos. El agua que había debajo era de un rojo intenso. Se me aceleró el pulso.

A juzgar por las togas, negras y cortas, los dos jóvenes que contemplaban la fuente eran estudiantes. Uno era bajo y fornido, el otro alto y delgado. Tenían los ojos inyectados en sangre, probablemente porque regresaban a sus habitaciones tras una noche de juerga.

—¿Qué sucede? —pregunté sin más—. ¿Qué ha pasado?

El estudiante fornido se volvió hacia mí.

—Hay… un hombre en la fuente —respondió con voz temblorosa.

El otro me señaló algo que asomaba a la superficie del agua.

—Eso de ahí es un… pie.

Miré a ambos fijamente, preguntándome si estarían burlándose de mí, pero al acercarme vi a la creciente luz que la bota de un hombre asomaba por la superficie entre dos pedazos de hielo. Respiré hondo y me incliné. Distinguí la forma de una toga larga y oscura, hinchada por el agua rojiza. Se trataba de un abogado, sin duda. Sentí un leve mareo, pero enseguida recuperé la presencia de ánimo y me volví hacia los estudiantes.

—Ayudadme a sacarlo —ordené.

El primero que se había dirigido a mí retrocedió, pero el alto y delgado se dispuso a ayudarme.

—Tendréis que tirar de esa pierna —señalé—. Cuando asome, yo lo cogeré.

El estudiante se santiguó, cogió la pierna por el tobillo y tiró con fuerza. Al asomar la pierna el hielo se resquebrajó antes de que apareciese el tronco. El otro estudiante me ayudó a coger el cadáver, que estaba helado.

Lo sacamos de la fuente y lo tendimos en el fangoso suelo. La toga le cubría la cabeza, ocultándole el rostro. Observé el cuerpo: era un hombre bajo y delgado.

—Mirad esa agua —susurró el estudiante alto.

Casi había amanecido por completo, y al contemplar la fuente la vimos cubierta de una capa roja.

—Está llena de sangre —dijo el otro—. Dios mío.

Me volví hacia el muerto, temblando, y no solo debido al agua fría que me había empapado al recuperar el cadáver. Me acuclillé, cogí la toga por el borde y la aparté del rostro.

—¡Por Dios! —exclamó uno de los estudiantes. Se volvió y oí que vomitaba.

Yo, sin embargo, permanecí inmóvil, atónito ante algo que, para mí, era doblemente horripilante: por un lado estaba la terrible herida abierta que mostraba el cadáver en la garganta, cuya rojez contrastaba con la pálida piel del muerto. Se extendía de oreja a oreja. Por otro lado estaba el rostro. Era el de Roger.

Capítulo 6

Permanecí atónito unos instantes, contemplando el cadáver y la herida abierta en la garganta. Los ojos de Roger permanecían cerrados, y el rostro de alabastro había adoptado una expresión apacible. Pensé que debía de haber compuesto una mueca de horror al sufrir una muerte tan espantosa. Por un instante deseé que aquello que yacía en el suelo no fuese Roger, sino una talla de yeso que un artista medio loco hubiera pergeñado a modo de broma pesada. Sin embargo, mientras lo observaba, un hilo de sangre oscura se deslizó desde la herida hasta la nieve que cubría el suelo.

—¡Tapadlo, os lo ruego, señor! —exclamó el estudiante fornido en un tono agudo.

Me quité la capa y me incliné sobre el cadáver. De pronto, me pudo la emoción.

—¡Ay, mi pobre amigo! —exclamé mientras rompía a llorar y acariciaba el rostro de Roger, que estaba frío como el hielo. Lo cubrí con la capa y me arrodillé a su lado, dejando que fluyeran las lágrimas.

El tacto de una mano en mi hombro me hizo dar un respingo. Al levantar la mirada, vi que era el estudiante alto que me había ayudado.

—Señor, por favor —dijo con voz trémula—. ¿Qué hacemos? La gente no tardará en llegar.

Me puse en pie con cierta dificultad, pues me temblaban las piernas. Respiré hondo y contesté:

—Id a decirle al portero que despierte al alguacil. Ya se encargará este de ir a buscar al forense. ¿Podréis hacerlo, muchacho?

—Sí, señor. —El joven asintió y echó a correr en dirección a la caseta. Me volví y observé de nuevo la fuente de piedra cubierta de agua roja. El sol casi había asomado por completo y bañaba el patio con una calidez inusitada, aunque también dejaba al descubierto el horror que representaban el cadáver y la sangre que teñía el agua. El otro joven, recostado en la fuente, le daba la espalda y temblaba como una hoja.

—Y vos… —dije—, id, por favor, a mis dependencias. ¿Veis esa ventana iluminada? Encontraréis allí a mi ayudante. Se llama Barak; pedidle que venga de inmediato.

El muchacho tragó saliva con dificultad y se alejó con paso vacilante. Levanté la vista hacia las ventanas de los Elliard. No había luces encendidas en el interior. Recé para que Dorothy siguiese en la cama. Comprendí, con el corazón en un puño, que tendría que contarle que Roger había muerto. No podía permitir que un extraño le diese semejante noticia.

Poco después vi, con alivio, que Barak corría hacia mí; el estudiante lo seguía muy rezagado. Mi ayudante contempló boquiabierto el cadáver que yacía en el suelo, junto a la fuente.

—¡Por las entrañas de Judas! ¿Qué diantre ha pasado aquí? —Tenía los ojos inyectados en sangre y olía a bebida; debía de haber pasado otra noche en vela, por ahí. A pesar de ello, no había nadie en el mundo a quien yo hubiera preferido tener a mi lado en ese instante.

—Roger Elliard ha muerto —dije con voz trémula—. Lo han asesinado.

—¿Aquí? —preguntó Barak, incrédulo.

—Durante la noche. Alguien lo degolló y lo arrojó a la fuente.

—Dios mío. —Barak se agachó poco a poco, apartó mi capa y contempló el rostro del cadáver. Enseguida lo cubrió de nuevo. Luego se volvió hacia la fuente—. Debieron de degollarlo ahí dentro. No hay sangre en el suelo. —Frunció el entrecejo, intrigado—. Y no hay señales de lucha en la nieve. A menos… —titubeó.

—¿A menos?

—A menos que lo hiciese él mismo. ¿No dijisteis que temía estar enfermo?

—Pero no lo estaba, o en cualquier caso no tenía nada del otro mundo. El jueves lo acompañé a ver a Guy. ¿Crees que alguien podría suicidarse de este modo en pleno Gatehouse Court? ¡No seas idiota! Roger era un hombre feliz como pocos. ¡Tenía todo lo que puede desearse! Planeaba proponer una suscripción para fundar un hospital, y estaba casado con la mejor mujer del mundo… —Caí en la cuenta de que estaba gritando, y guardé silencio. Me llevé la mano a la frente y levanté la otra en ademán de disculpa.

—Lo siento, Jack.

—No hay de qué disculparse —dijo en voz baja—. Os habéis llevado una fuerte impresión.

—No —repliqué con voz temblorosa—. Estoy furioso. La intención del asesino era que lo viese todo el mundo.

Barak reflexionó por un instante.

—Sí —admitió al cabo—. Si esos estudiantes no hubieran pasado por aquí, lo habrían encontrado cuando los abogados residentes se dirigiesen a la misa de Pascua.

Miré de nuevo el cadáver.

—¿Quién podría hacerle algo tan monstruoso a un hombre tan bueno y pacífico? ¡Cortarle la garganta y dejar que se desangrara en la fuente, y el día de Pascua! ¿Por qué?

Oí un rumor de voces. Tres o cuatro abogados se acercaban a nosotros. Seguramente habían oído mis gritos.

—¡Virgen santa! —exclamó uno de ellos al ver el cadáver.

Un anciano alto y de pelo blanco despeinado, vestido con toga de seda, irrumpió en escena. Me alivió comprobar que se trataba de Rowland, el tesorero.

—¿Qué sucede, maese Shardlake? —preguntó—. Acaba de despertarme el portero… —Interrumpió la explicación al divisar el cadáver cubierto por la toga, y en ese momento reparó en el agua roja de la fuente.

Le conté cuanto sabía. Respiró hondo y se agachó para descubrir de nuevo el

rostro de Roger. Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme, pues quería decirle que lo dejase en paz. Se alzaron diversas voces entre los presentes, cuyo número ascendía ya a una docena. Vi entre ellos a Bealknap. Normalmente era muy amigo del escándalo, pero en esa ocasión se quedó mirando el cadáver en silencio, pálido aún y con aspecto de sentir náuseas. Pensé que Dorothy oiría las voces y que debía contarle lo ocurrido cuanto antes.

—Hay algo que deberíais ver —me dijo Barak en voz baja—. Allí.

—Debo decírselo a la esposa de Roger… —protesté.

—Por favor, tenéis que verlo.

Titubeé un instante.

—Maese tesorero —intervine—, ¿podríais disculparnos un momento?

—¿Adónde vais? —preguntó contrariado—. Vos y esos jóvenes habéis encontrado el cadáver, así que debéis esperar a que llegue el forense.

—Volveré dentro de un minuto. Debo poner al corriente de lo sucedido a la señora Elliard. Soy amigo de la familia.

El anciano se volvió al ver, con el rabillo del ojo, que un estudiante que acababa de llegar se acercaba al cadáver.

—¡Atrás, ayudante de pacotilla! —exclamó.

Aproveché la distracción para escabullirme.

Barak me llevó a un punto situado a unos cinco metros de distancia.

—¿Veis estas pisadas? —preguntó.

Bajé la vista. Alrededor de la fuente, los estudiantes y yo habíamos removido la nieve, y los hombres que llegaron después habían dejado un sinfín de huellas que convergían en el lugar donde había ocurrido el crimen. Sin embargo, lo que Barak me señalaba correspondía a un rastro doble: unas pisadas se acercaban a la fuente y otras se alejaban de ella y conducían al lateral del edificio donde residían los Elliard. Era el mismo sitio donde una semana antes me había parecido oír al intruso.

Barak se agachó para inspeccionar las huellas.

—Mirad, las huellas que conducen a la fuente son más profundas que las que regresan, como si quien las hizo cargara con un gran peso.

—Oí a alguien en Nochevieja. Se encaramó al muro y…

—Sigamos las huellas.

—Tengo que hablar con Dorothy.

—La nieve no tardará en fundirse.

Lo cierto era que el sol matinal había traído los primeros calores de la primavera; se oía fundirse el hielo acumulado en los aleros. Titubeé, pero seguí a Barak al lateral del edificio.

—Parecen las huellas de un hombre de estatura normal —dijo Barak.

—Más alto que Roger.

Las pisadas conducían al pie del muro, y luego giraban hacia la derecha hasta alcanzar una pesada puerta de madera.

—Salió por aquí —concluyó Barak.

—La última vez entró por el muro. Siempre y cuando hablemos de la misma persona de la otra noche.

—Entonces no llevaba un cadáver a cuestas. —Barak probó a abrir la puerta—. Está cerrada.

—Solo los abogados tenemos llave. El huerto se halla al otro lado, y más allá se extienden los campos del Colegio de Lincoln. Tengo mi llave en el despacho.

—Ayudadme a subir —pidió Barak.

Entrelacé los dedos de las manos y ayudé a Barak a encaramarse al muro.

—Las pisadas continúan en el huerto —me informó una vez estuvo arriba. Acto seguido, saltó de nuevo a mi lado—. Entonces ¿trajo al pobre maese Elliard desde el huerto? Dios mío, pues sí que debe de ser fuerte. Decidme en qué cajón buscar la llave e iré corriendo por ella.

Titubeé de nuevo.

—Tendría que volver. Debo ser yo quien hable con Dorothy, Barak. Desde su ventana se ve el agua de la fuente…

—Ya me encargaré yo de seguir el rastro, entonces. Pero hay que hacerlo sin demora, antes de que las huellas desaparezcan.

—No sabes qué vas a encontrar al otro lado —le advertí.

—Hace horas que huyó. Sin embargo, seguiré las huellas hasta donde lleguen. Tenemos que averiguar cuanto podamos. Sabéis tan bien como yo que si un asesino no es apresado rápidamente, a menudo resulta imposible detenerlo después. —Respiró hondo—. Y este no es un asesinato normal, cometido por dinero o lujuria. El asesino golpeó a la víctima para dejarlo inconsciente y después lo llevó al Colegio de Lincoln para arrojarlo a la fuente. Seguía vivo cuando lo degollaron, o no habría sangrado. Debió de golpearlo con fuerza para mantenerlo inconsciente un buen rato, pero no lo suficiente para matarlo. Habría sido muy arriesgado. ¿Y si llegaba a despertar y empezaba a forcejear con su agresor? A juzgar por lo que hemos visto, parece una venganza en toda regla.

—Roger no tenía un solo enemigo en el mundo. ¿Podría tratarse de otro abogado? Solo los miembros del Colegio de Lincoln tienen la llave que abre esa puerta.

—Ahora deberíamos separarnos, señor. —Barak me miró con seriedad—. Si es que de veras deseáis contárselo a la dama.

Asentí, mordiéndome el labio inferior. Barak me apretó el brazo, un gesto inesperado en él, y luego echó a correr hacia Gatehouse Court. Lo seguí. Al doblar la esquina oí el grito de una mujer. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, y corrí hacia ella.

Era demasiado tarde. En mitad de la multitud que se había congregado en torno a la fuente, Dorothy, vestida con un camisón, permanecía arrodillada en el suelo húmedo junto al cadáver de su marido. Lloraba desconsoladamente. Habían apartado la capa con que yo había cubierto a Roger y había visto aquel rostro terrible. De

pronto elevó al cielo un nuevo lamento.



Me acerqué a Dorothy a toda prisa, caí de rodillas a su lado y la abracé. Tenía la piel helada bajo la fina tela del camisón. Volvió el rostro hacia mí; estaba conmocionada, tenía los ojos y la boca abiertos desmesuradamente, y el cabello enmarañado.

—¿Matthew? —dijo con voz ronca.

—Sí, Dorothy… No deberíais haber salido de casa, no tendrían que haberos permitido que lo vieseis así… —Dirigí una mirada acusadora a quienes me rodeaban.

—No pude impedírselo —dijo el tesorero Rowland, envarado.

—¡Deberíais haberlo intentado!

—Ese no es modo de dirigirse a mí…

—Cerrad la boca —ordené, airado.

El tesorero me miró boquiabierto. Incorporé a Dorothy. En cuanto se puso en pie comenzó a temblar como una hoja.

—Venid adentro, Dorothy —añadí—. Acompañadme…

—¡No! —Forcejeó, decidida a soltarse—. ¡No puedo dejar a Roger ahí tirado! —exclamó, alzando de nuevo la voz.

—No tenemos más remedio —dije, intentando calmarla—. Al menos, hasta que venga el forense.

—¿Quién… lo ha asesinado? —preguntó mirándome fijamente, como si intentara asirse a algo para dar algún sentido a la espantosa escena que tenía lugar ante sí.

—Lo averiguaremos. Ahora, vamos —insistí—. El tesorero Rowland se asegurará de que nadie haga nada irrespetuoso. ¿Digo bien, señor?

—Sí, por supuesto. —El anciano parecía avergonzado.

Dorothy me permitió que la llevase hasta su casa, donde Bartlett, el ayudante de Roger, aguardaba conmocionado ante la puerta del despacho. Era un concienzudo hombre de mediana edad que había acompañado a Roger en su traslado desde Bristol.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado, maese Shardlake? —preguntó con un hilo de voz—. Dicen que han asesinado a mi señor.

—Me temo que así es. Escucha, vendré más tarde, a ver qué puede hacerse con su trabajo.

—Sí, señor.

Dorothy miraba a Bartlett como si jamás lo hubiera visto. La así del brazo y la conduje por la escalera en dirección a sus habitaciones. El viejo Elías se hallaba en el descansillo, a medio vestir, con el pelo blanco despeinado. Una joven doncella con cofia y delantal blancos se encontraba a su lado.

—Ay, mi señora —dijo la doncella con acento irlandés. Volvió hacia mí el rostro bañado en lágrimas—. Acababa de levantarse, señor; seguramente se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Lanzó un grito y salió corriendo…

—De acuerdo. —Observé a la joven. Era regordeta y tenía el cabello negro. Parecía sensata y verdaderamente preocupada por su señora. Dorothy dependería mucho de ella en los días venideros—. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Margaret, señor.

—¿Hay en la casa algún licor fuerte, Margaret?

—Tengo un poco de aguardiente, señor. Iré a buscarlo. —Hizo una pausa y añadió—: Ese de ahí fuera, ¿de veras es el señor?

—Me temo que sí —contesté—. Ahora, te lo ruego, ve por el aguardiente. Y busca un vestido más abrigado para tu señora. Impidamos que coja un resfriado.

Llevé a Dorothy al salón y la ayudé a sentarse en una silla frente al hogar. Miré alrededor, recordando la agradable velada que había pasado allí hacía apenas una semana. Dorothy estaba temblando. Advertí que había pasado del horror a la conmoción.

La doncella regresó, cubrió con una pañoleta los hombros de Dorothy y le ofreció una copa de licor, pero a Dorothy le temblaba tanto la mano que fui yo quien aceptó la copa.

—Quédate —le pedí—. Por si necesita algo.

—Pobre señor… —Margaret puso un taburete junto a su señora y se dejó caer, conmocionada.

—Vamos, bebed esto, os ayudará —rogué a Dorothy. No se resistió cuando le acerqué la copa a los labios y la ayudé a beber como si fuera una niña pequeña. Estaba pálida y le temblaban las mejillas. Le había dicho en el banquete que no aparentaba la edad que tenía, pero en ese instante me pareció de pronto vieja y ojerosa. Me pregunté con gran pesar si volvería a ver la cálida y traviesa sonrisa que la caracterizaba.

El aguardiente logró devolverle el color, y dio la impresión de que recuperaba poco a poco la presencia de ánimo, a pesar de que no había dejado de temblar.

—Matthew —dijo sin alzar la voz más que lo necesario para que la oyera—. Dicen que habéis sido vos quien ha encontrado a Roger.

—Fueron un par de estudiantes. Yo me crucé con ellos y les ayudé a sacar el cadáver de la fuente.

—Entré en el salón y oí ruido procedente de la calle… —Frunció el entrecejo, como si recordase algo que había sucedido hacía mucho tiempo—. Vi el agua roja de la fuente, la gente ahí de pie, y me pregunté qué diantre habría pasado. Luego vi el cadáver que yacía en el suelo. Supe que era Roger. Reconocí sus botas. Sus viejas botas de cuero. —Tragó saliva y pensé que se echaría a llorar, pero en lugar de ello me dirigió una mirada furibunda—. ¿Quién fue? —preguntó—. ¿Quién pudo hacer algo tan cruel y por qué?

—No lo sé, Dorothy —respondí—. ¿Dónde estuvo Roger ayer por la noche?

—Él… Salió. Fue a ver a su nuevo cliente *pro bono*.

—¿El mismo al que visitó el jueves? Cuando me despedí de él tras la cita con el

doctor Malton, dijo que debía encontrarse con un cliente *pro bono*. Me contó que había recibido una carta en relación con el caso.

—Sí, sí. —Dorothy volvió a tragar saliva con dificultad—. Llegó el martes, de parte del mismo remitente. Sí, lo recuerdo. Un hombre llamado Nantwich.

—¿Mencionó Roger de dónde procedía la carta?

—De algún lugar de Newgate, creo. Ya conocéis a esos notarios itinerantes; la mitad de ellos no cuentan con un despacho propiamente dicho. Había oído comentar que Roger trabajaba gratis para los pobres, y preguntaba si se reuniría con su cliente en una taberna de Wych Street el jueves por la noche, puesto que el hombre trabajaba durante el día.

—¿Leísteis la carta?

—No se lo pedí. De todos modos, me pareció extraño citarse en una taberna, pero Roger mostró cierta curiosidad al respecto, y ya conocéis su naturaleza bondadosa.

Calló de pronto y se echó a llorar. Por un instante, al hablar, había olvidado que Roger había muerto, y el horror de lo sucedido la alcanzó con fuerza renovada. Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos y yo le cogí la mano, que sentí helada.

—Lo lamento, Dorothy, pero debo preguntártelo: ¿qué sucedió en la reunión?

—Nada. El hombre no se presentó. Entonces, llegó otra carta, que alguien pasó por debajo de la puerta el Viernes Santo. En ella, el remitente se disculpaba porque el cliente no hubiese podido presentarse en la taberna, y solicitaba a Roger otra reunión, anoche, en el mismo lugar. Tampoco tuve ocasión de leer esa carta —añadió con voz queda.

—Y, por supuesto, Roger acudió a la cita. —Esbocé una sonrisa melancólica—. Yo no habría hecho tal cosa. —De pronto recordé algo—. Anoche hizo mucho frío, e imagino que al salir llevaría puesta una capa.

—Sí, claro.

—Entonces, ¿dónde está? —pregunté.

—No lo sé. —Dorothy guardó silencio antes de añadir—: Me sorprendió que dieran las diez en punto sin que hubiera regresado. Pero ya sabéis qué sucedía cuando se enredaba con algo y se pasaba horas hablando. —«Sucedía», no «sucede». Por fin empezaba a hacerse a la idea—. Estaba cansada, así que me retiré a la cama temprano. Supuse que me despertaría al oír que regresaba, y me quedé dormida. Desperté de madrugada, y cuando advertí que no estaba a mi lado imaginé que se habría acostado en el otro dormitorio. Suele hacerlo cuando llega tarde, para no molestarme. Y ahora resulta que durante todo ese tiempo… —Guardó silencio, hundió el rostro en las manos y prorrumpió en sollozos.

Hice un esfuerzo por concentrarme y recapitular. El cliente había solicitado reunirse con Roger en Wych Street, al otro lado de los jardines del Colegio de Lincoln. El modo más sencillo de llegar allí consistía en cruzar el huerto, de modo que debía de llevar la llave que comunicaba con este; pero ¿por qué el cliente no había hecho acto de presencia el jueves? Se me hizo un nudo en el estómago al

pensar que Roger, como cualquier otro abogado, llevaría encima el mandato. No había muchas posibilidades de que lo hubieran dejado en el cadáver, y su capa había desaparecido. Al menos teníamos el apellido: Nantwich. Un apellido poco común.

Observé a Dorothy, sintiéndome presa de la congoja. Dejó de llorar. Se volvió hacia mí y descubrí en su mirada una ira que era el reflejo de la mía.

—¿Quién es responsable de esto? —preguntó—. Roger no tenía un solo enemigo. ¿Qué clase de demonio ha podido matarlo?

—Me encargaré de que lo detengan, Dorothy. Os lo prometo.

—¿Lo haréis?

—Lo haré. Tenéis mi palabra.

Me cogió con fuerza la mano y dijo:

—Necesito vuestra ayuda más que nunca, Matthew, por favor. Estoy sola.

—Contad con ella.

—¡Ay, Roger! —exclamó, y se echó a llorar de nuevo.

Margaret le rodeó los hombros con un brazo mientras yo le cogía la mano. Allí seguíamos, como posando para un cuadro penoso, cuando Elías entró para informar de que el forense se encontraba en la puerta y que solicitaba verme de inmediato.



Archibald Browne, el forense de Middlesex, era un viejo avinagrado. Pertenecía a esa estirpe de oficiales corruptos, tan numerosos en otro tiempo, que abandonaban un cadáver a su suerte en mitad de la calle durante días hasta que alguien les pagaba para que llevasen a cabo las diligencias pertinentes, muy distinto de los bien remunerados que los Tudor habían encumbrado a puestos de responsabilidad. Calvo, bajo y rechoncho, la viruela le había marcado a conciencia el rostro. Cuando salí de la casa se hallaba junto al tesorero, con las manos hundidas en los bolsillos del grueso abrigo, contemplando el cadáver de Roger. Los transeúntes que se paraban a mirar eran ahuyentados por los ásperos gestos del tesorero Rowland. Vi que el sol había fundido ya la mayor parte de la nieve. Me pregunté dónde estaría Barak.

Rowland me hizo un ademán para que me acercara.

—Este es maese Matthew Shardlake —me presentó a Browne—. Fue quien llamó al alguacil.

—Espero que nos entendamos mejor con él que con esos dos jóvenes —gruñó Browne, volviendo hacia mí sus ojos legañosos—. ¿Habéis tenido ocasión de hablar con la viuda?

—Sí, señor.

—¿Cómo se encuentra?

—Desolada —me limité a responder.

—Tendré que interrogarla. Podéis acompañarme si la conocéis. Pero contadme primero lo sucedido.

Le conté todo lo relacionado con el hallazgo del cadáver de Roger, así como que Barak había seguido las huellas, y le hablé del extraño cliente que Dorothy me había mencionado.

—¿Nantwich? —preguntó el tesorero Rowland, frunciendo el entrecejo—. Jamás he oído hablar de él. Y eso que me precio de conocer a todos los notarios.

Browne me contemplo de arriba abajo.

—Shardlake, conozco ese nombre —dijo, y me sonrió abiertamente—. Sois el hombre del Colegio de Lincoln de quien se burló el rey en York hace un par de años, ¿verdad? Recuerdo la descripción que se hizo de vos.

«La de un jorobado», pensé. Sabía que aquella historia me perseguiría hasta el día de mi muerte.

—Tendremos que averiguar con quién había quedado en reunirse Roger —dije con frialdad.

Browne bajó la vista al rostro de Roger, y luego le movió la cabeza con la punta del pie. Apreté las mandíbulas, conteniendo mi indignación.

—Menudo asunto —dijo—. Y decís que lo arrojaron a la fuente… A juzgar por la expresión, se le ve muy tranquilo. ¿No creéis posible que se degollara a sí mismo?

—No. Era un hombre feliz.

—Así que era un hombre peculiar. —El forense negó con la cabeza—. Una fuente de agua convertida en sangre. —Y, dirigiéndose al tesorero, añadió—: Deberíais ordenar que la drenasen.

Aquella frase me hizo reflexionar. Una fuente de agua convertida en sangre. Estaba seguro de haberla oído antes en alguna parte.

—¿Dónde está ese ayudante vuestro que fue a seguir las huellas? —preguntó Browne.

—No lo sé. Se ha marchado hace media hora.

—Bueno, haced que se presente ante mí cuando regrese. Tendré que visitar al forense real antes de asignar un jurado.

Recordé que el rey se hallaba en ese momento en Whitehall, y maldije por ello. Cualquier asesinato que se cometiera en veinte kilómetros a la redonda de una residencia de la realeza y fuera de los límites de la ciudad de Londres, aunque fuese en un lugar tan próximo como el Colegio de Lincoln, quedaba bajo la jurisdicción del forense real. Este tendría que tomar parte en el proceso junto con Browne.

—Eso supondrá una demora —dije.

Browne se encogió de hombros.

—No hay nada que pueda hacerse.

—¿Cuánto nos llevará?

—Depende de si el forense real accede a asignar un jurado de abogados. Además, es domingo de Pascua, por lo que dudo que la investigación se inicie antes de mediados de la semana que viene.

Apreté los labios con fuerza. En lo tocante a cualquier caso de asesinato es vital

emprender cuanto antes la investigación, puesto que de lo contrario se corre el riesgo de que el rastro desaparezca. Tal como había dicho Barak, la mayor parte de los asesinatos que no se resuelven enseguida no se resuelven nunca.

—Creo que los abogados del Colegio querrán que se lleve a cabo la investigación cuanto antes —dije—, puesto que es uno de los suyos quien ha sido asesinado.

—En efecto, la investigación debería emprenderse cuanto antes —intervino el tesorero Rowland, y asintió con la cabeza.

—Tenemos que buscar a ese notario Nantwich. ¿Podríais llevar a cabo esa investigación bajo la autoridad del tesorero?

Rowland asintió de nuevo.

—Sí. Habrá que hacerlo.

—Y si me permitís otra sugerencia… —dije al forense, abusando de mi ascendiente—. El modo en que ha muerto es muy extraño… Todo apunta a que lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y que luego lo arrojaron a la fuente. Convendría abrir el cadáver. —Me dolía en el alma solo pensarlo, pero quizá Guy hallara algo que pudiera sernos de ayuda—. Conozco al doctor Malton, que es quien practica dicha labor para el forense de Londres. Sus tarifas son muy modestas. Podría avisarlo.

—Ah, ese viejo moro —masculló Browne—. Pero ¿quién le pagará?

—Yo lo haré, si es necesario. Roger Elliard era amigo mío. ¿Y podría pediros, por favor, que cubrierais el cadáver? —añadí alzando la voz.

—De acuerdo. —El forense cubrió de nuevo el rostro de Roger con mi capa, y después se volvió hacia mí, frotándose las manos de dedos gordos como salchichas —. ¿Cómo decís que se llamaba el fallecido?

—Roger Elliard.

—Eso. Iré a ver a la viuda. Ya se puede retirar el cadáver. Maese tesorero, que un carro lo lleve a mi cobertizo.



Dorothy había recuperado un poco la presencia de ánimo cuando el viejo Elías, ya debidamente vestido y muy apenado, nos condujo al salón. La encontramos sentada junto al hogar, contemplando las llamas cogida de la mano de Margaret.

—Dorothy, os presento al forense Browne —dije—. Desea haceros unas preguntas, si os sentís en condiciones.

El forense miró el friso que había sobre la chimenea, con aquellos animales esculpidos que asomaban entre el follaje.

—Dios mío, qué hermosura de friso…

Dorothy volvió la mirada para contemplarlo también.

—Se rompió una pieza cuando nos trasladamos de nuevo a Londres —dijo con expresión ausente—. Roger hizo que la reemplazaran, pero no quedó bien.

Reparé en que una esquina del friso tenía un acabado defectuoso, por no mencionar una tonalidad ligeramente distinta.

—Sigue siendo una obra preciosa —insistió Browne, que intentaba tranquilizar a Dorothy alabando el friso, recurso que se me antojó algo torpe—. ¿Puedo sentarme?

Dorothy le señaló la silla donde me había sentado yo antes. Browne repitió las preguntas relativas al cliente *pro bono*, y también se interesó por los últimos movimientos de Roger, los cuales no revelaron nada fuera de lo habitual. Observé que el forense no tomaba notas, lo que me preocupó. No parecía estar precisamente dotado de una memoria prodigiosa.

—¿Vuestro esposo tenía enemigos? —preguntó Browne.

—Ninguno. Había abogados con quienes no congeniaba especialmente, o a quienes había vencido o ante quienes había perdido algún juicio, lo cual puede decirse también de cualquier otro abogado londinense. Estos no andan por ahí asesinando a sus colegas de… —De pronto le tembló la voz—. De ese modo tan abyecto.

—¿Cabe alguna posibilidad de un suicidio?

La brusquedad de la pregunta me indignó; sin embargo, Dorothy dio muestras de una extraordinaria presencia de ánimo al responder:

—No, maese forense, ni la más mínima. Cualquier persona podría deciros que la idea de que se diera muerte a sí mismo carece de sentido. Desearía que hubieseis tenido la delicadeza de hablar con otros sobre el particular antes de preguntar si mi marido era capaz de degollarse.

En ese instante la admiré. Dorothy volvía a ser la de siempre, y Browne se sonrojó.

—Muy bien —dijo envarado, poniéndose de pie—. Esto es todo, de momento. Debo acercarme a palacio para reunirme con el forense real. —Se inclinó y se marchó.

Lo oímos bajar lentamente por la escalera.

—Viejo seboso —masculló Margaret.

Dorothy levantó la vista hacia mí. Había desesperación en sus ojos enrojecidos.

—No parece importarle —musitó—. Mi pobre Roger.

—Para él solo es un caso más —dije—; pero te prometo que seguiré de cerca sus pasos.

—Gracias. —Me puso la mano en el brazo.

—Y ahora debo bajar al despacho de Roger. Me encargaré de todo el trabajo que pueda. Siempre y cuando estéis de acuerdo.

—Sí, por favor —repuso Dorothy—. Ah, y alguien debe escribir a nuestro hijo. Hay que contárselo a Samuel. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Queréis que me ocupe de ello? —pregunté en voz baja.

—No debería pediros tal cosa. Yo…

—No. Haré cuanto pueda, Dorothy. Por vos. Por Roger.

Fuera, para mi alivio, vi que Barak observaba cómo subían a un carro el cadáver de Roger, envuelto aún en mi capa. Parecía abatido. Vi que llevaba una capa oscura que reconocí.

—¿Encontraste la capa de Roger? —inquirí.

—Sí. En el manzanar. Pensé que debía de ser la suya, a juzgar por la talla.

Sentí un escalofrío; echaba de menos mi propia capa.

—¿Seguiste las huellas?

—Hasta donde pude. Me llevaron a través del huerto hasta los jardines del Colegio de Lincoln, pero allí la nieve ya se había fundido.

—¿Llevaba algo en los bolsillos?

—Una copia de las llaves de la casa. El asesino debió de quedarse con la llave del huerto. Y su bolsa… había casi dos libras dentro.

—¿Encontraste alguna documentación? ¿Notas?

—Nada.

—Anoche se citó con un nuevo cliente en una taberna que hay en Wych Street.

Barak observó el muro.

—Pues debieron de traerlo desde algún punto situado en los jardines del Colegio de Lincoln. Es un buen trecho para llevar un cuerpo a cuestas —dijo, y me miró, ceñudo—. ¿Qué diantre está pasando?

Capítulo 7

Dos días más tarde, el martes después de Pascua, Barak y yo fuimos hasta el río para tomar un bote a Westminster. Yo llevaba puesta una capa nueva, ya que el forense se había quedado con la antigua; además, estaba manchada con la sangre de Roger, de modo que no podría volver a ponérmela. Tenía por delante un día ajetreado, pues debía presentar ante el juez de apelaciones cinco peticiones de hombres de condición humilde. También confiaba en fijar fecha para la audiencia de la petición correspondiente a Adam Kite.

Por fin reinaba aquella mañana un clima primaveral, y soplaba una brisa suave y húmeda. Por lo general, eso me habría levantado el ánimo, pero en mi corazón anidaba un hondo pesar. Cuando cruzamos Fleet Street de camino a Temple Bar, vimos a un penitente hereje al que conducían a Saint Paul. Vestía blusón gris y llevaba un haz de ramas de abedul en las manos temblorosas. Le habían cubierto la cabeza y los hombros con ceniza, de modo que tenía grises tanto el rostro como el cabello. Con una cuerda alrededor del cuello, caminaba junto a uno de los hombres del obispo Bonner. Los seguían tres alabarderos con la espada ceñida, y un tamborilero encabezaba la pequeña procesión. Los transeúntes se detenían a mirarlos; algunos se mofaban, otros los contemplaban serios. Alguien gritó: «¡Coraje, hermano!», y los soldados miraron alrededor con expresión ceñuda. Me sorprendió comprobar que el reo era el predicador del mercado de Newgate; debían de haberlo apresado por carecer del debido permiso para predicar. Lo llevarían a Saint Paul Cross, donde Bonner lo sermonearía acerca de los peligros de la herejía. Si volvían a apresarlo ardería en la hoguera. No había ni rastro de hielo en el río, cuyas aguas crecidas fluían rápidamente. Los barqueros habían pasado un invierno muy duro, como siempre que el río se congelaba, y el hombre encargado de los remos del bote que tomamos en las escaleras de Temple tenía la mirada cansina, hambrienta. Le pedí que nos acercara a Westminster.

—Allí las escaleras están rotas, señor. El hielo partió los cimientos; habrá que cambiarlas.

—Pues a las escaleras de Whitehall —pedí con un suspiro, ya que no deseaba dar el paseo que nos aguardaba hasta Westminster entre la multitud. El hombre apartó el bote de la ribera. Me senté contemplando el agua del río. Había destinado buena parte del día anterior a repasar los casos de Roger y dar instrucciones a su ayudante. Luego había escrito una carta al joven Samuel Elliard, de Bristol. Cuando por la noche fui de nuevo a ver a Dorothy, observé que se había refugiado en sí misma y permanecía sentada, mirando fijamente el fuego, con la doncella cogiéndole de la mano. Finalmente, logramos convencerla de que se retirara a descansar.

—¿Habéis oído lo de esos peces enormes? —preguntó el barquero,

interrumpiendo mis tristes pensamientos.

—¿Cómo? Ah, sí.

—Aparecieron bajo el hielo. Son grandes como casas. —Asintió con la cabeza y sonrió—. Yo los he visto con mis propios ojos.

—¿Cómo son? —preguntó Barak, movido por la curiosidad.

—Grises, con unas cabezas imponentes repletas de los dientes más raros del mundo. Ahora empiezan a oler a rayos. Están abriéndolos para sacarles el aceite, aunque se dice que están malditos. Mi vicario asegura que son el Leviatán, el gran monstruo de las profundidades cuya aparición anuncia la Segunda Venida.

—Quizá se trate de ballenas —apunté—. Es una especie de pez gigantesco que vive en las profundidades del mar. Los pescadores hablan de ellas.

—Estas no son las profundidades del mar, señor. Y son mayores que cualquier pez que exista. Su cabeza es gigantesca. Yo las he visto con mis propios ojos, igual que la mitad de Londres.

El bote se arrimó a las escaleras de Whitehall y descendimos de él. Cruzamos Holbein Gate y bajamos por King Street. Eché mano de la bolsa, porque Westminster era uno de los lugares más peligrosos de toda Inglaterra. Al frente se alzaba la abadía de Westminster, que empequeñecía incluso a su vecina, Westminster Hall, donde estaban la mayor parte de los tribunales. Tras Westminster Hall discurría un barrio de edificios, los cuales habían sobrevivido al incendio que una generación atrás había destruido buena parte del palacio de Westminster. La Cámara de los Comunes se reunía en la llamada Sala Pintada, y el Tribunal de Apelaciones se hallaba cerca.

Alrededor de Westminster Hall y de la abadía había un caos de edificios, tiendas, tabernas y fondas, que servían a los abogados, eclesiásticos y parlamentarios que acudían a Westminster. Buhoneros, vendedores ambulantes y prostitutas atestaban las calles, y hacía tiempo que la presencia de ese recinto llamado Sanctuary había atraído a la zona a los ladrones. El gobierno de Westminster era caótico, puesto que las peticiones de los ciudadanos acaudalados para que se incorporase a la ciudad siempre habían sido rechazadas. Puesto que la abadía se había disuelto, también habían desaparecido los antiguos poderes seculares de su abad.



Se celebraba sesión en el Parlamento y el bullicio de King Street era incluso mayor de lo habitual. Las tiendas y las casas formaban un revoltijo a lo largo del camino, y las imponentes viviendas de los comerciantes ricos, con sus sobresalientes pisos superiores, se mezclaban con casuchas medio destartaladas. La calle hedía. Recordé las quejas que habían elevado los jueces el año anterior: decían que durante su procesión anual a Westminster Hall, la cual llevaban a cabo vestidos con sus togas, tenían que abrirse paso entre las ovejas y el ganado que era conducido al mercado.

Nos abrimos paso hasta Palace Yard y dejamos atrás a los tenderos que

anunciaban sus productos a voz en cuello. Había una muchedumbre de buhoneros, algunos subidos a carros tirados por asnos, mientras que otros llevaban bandejas de abalorios colgadas del cuello. Barak los ahuyentaba con un ademán si se atrevían a acercarse. Vi una pandilla de jóvenes desastrados pero musculosos que observaban a un hombre de mediana edad que caminaba a pasos cortos con la cabeza bien alta. Vestía capa larga con forro de marta y un espléndido jubón acuchillado que dejaba al descubierto el forro de seda. Probablemente era un parlamentario procedente del norte del país, alguien que no tenía el suficiente sentido común para evitar mostrar su riqueza en King Street. Si hubiera sido de noche, no habría apostado gran cosa por él.

—Las diligencias previas se celebrarán mañana —expliqué a Barak—. Lo siento, olvidé decírtelo antes.

—¿Será necesaria mi presencia?

—Sí. También la de la pobre Dorothy. Será terrible para ella. Se querían mucho.

—¿Podrá soportar la vista previa?

—Eso espero. Es una mujer fuerte. He ido a verla de buena mañana. Sigue sin decir gran cosa, y está pálida como el papel. —Me mordí el labio inferior—. Espero que los panfletistas no se adueñen de la historia y empiecen a extenderla por toda la ciudad.

—Les encantaría.

—Lo sé. No me cabe duda de que ese forense, Browne, es un inútil. La vista previa debería haberse celebrado ayer. A estas alturas, el asesino podría estar ya en otro país. —Hice un gesto de desaprobación—. Luego me encargaré de visitar a Guy, a ver qué le ha revelado el estado del cadáver.

Un vendedor ambulante con una bandeja de abalorios baratos al cuello nos cerró el paso.

—Anillos y broches, señor, para vuestra dama, directamente importados de Venecia…

Lo eludí con un quiebro y pasé por su lado. Ya casi nos encontrábamos en New Palace Yard, la imponente puerta que conduce al recinto de la abadía de Westminster se encontraba justo enfrente. El gentío era más denso y cuando franqueé la puerta estuve a punto de tropezar con un fullero sentado junto a sus naipes marcados, que desafiaba a la gente a probar suerte. Entramos en Westminster Yard, cuyo amplio recinto se encontraba atestado de abogados. El reloj de la torre marcaba las nueve y media. Casi habíamos logrado llegar a tiempo.

—Dice Tammy que nos visitasteis hace unos días —comentó Barak de pronto.

Así que se lo había contado. ¿Lo había hecho como medida de presión para que hablara con él? Desde luego, ese no era el momento apropiado para hablar de ello.

—Pasé por la Vieja Barcaza de regreso a casa tras acompañar a Roger a ver a Guy —dije, sin darle mayor importancia—. Esa casa tuya es muy húmeda.

Se encogió de hombros.

—Me habría mudado si mi hijo no hubiese muerto —dijo con aspereza—. Pero

no fue así.

—Tamasin me pareció un poco… abatida.

—Pues ya es hora de que supere la pérdida del bebé; yo no tuve más remedio que hacerlo. —Hizo una pausa—. Es más débil que el resto de las mujeres. No sé adónde habrá ido a parar su fortaleza de espíritu.

Hablaba sin mirarme a los ojos, lo que era raro en él. Reparé en que la fuente abovedada que había en el centro del patio, congelada durante el invierno, funcionaba de nuevo, y también vi que el agua brotaba alegremente. Recordé la fuente del Colegio de Lincoln, y cerré los ojos por un instante.



Whitehall era una estancia pequeña. En el salón de entrada, abarrotado y angosto, había una hilera de bancos junto a las paredes. Los demandantes se sentaban pegados los unos a los otros, atentos a los abogados que charlaban en el corredor del salón. Allí acudía la gente humilde de todo el país con la esperanza de presentar su caso y poder apelar, ya fuese por mediación de alguno de mis colegas o mía, así que no eran pocos los que vestían con telas de tejidos bastos. La mayoría parecían sobrecogidos al verse entre aquellas antiguas e imponentes paredes, aunque había quienes conservaban la expresión decidida. Allí vi a mi primer cliente: Gib Rooke, un hombre de unos treinta años, bajo y fornido, de mentón prominente. Vestía sobreveste roja, demasiado vistosa para presentarse ante el tribunal. Miraba ceñudo a dos hombres que permanecían de pie, hablando en medio del salón. Uno era alto y vestía con elegancia; el otro, para mi sorpresa, era Bealknap. Vi a mi antiguo rival, ataviado con la toga negra, más macilento de lo habitual, hojeando unos documentos que llevaba en la bolsa. El alto no parecía complacido en su presencia.

—Vaya, Gib —dijo Barak al sentarse junto a Rooke—. Vais vestido como un pavo real.

Rooke saludó a Barak con una inclinación de cabeza, y luego se volvió hacia mí.

—Buenos días tengáis, maese Shardlake. ¿Listo para la pelea?

Le dediqué una mirada severa. Tener abogado propio se les subía a la cabeza a algunos de mis clientes, quienes aprovechaban cualquier oportunidad que se les presentaba para pavonearse y ridiculizar al contrario; en detrimento propio, puesto que el tribunal exigía respeto y sobriedad.

—Estoy listo —respondí—. Hemos planteado un buen caso. Si perdemos, podría deberse a que los jueces os han juzgado insolente. Así que ahí dentro haréis bien en medir vuestras palabras. Ah, y vestir como un pavo real es un mal comienzo.

Gib se puso rojo como la grana. Era uno de los muchos granjeros que en los últimos quince años habían abierto viveros de plantas al público en los pantanos de Lambeth, que se extendían al otro lado del río; el crecimiento de Londres equivalía a una demanda cada vez mayor de alimentos. Al drenar el terreno desaprovechado, los

granjeros se alojaban ahí sin permiso de los propietarios, quienes nunca habían cultivado las tierras y, la mayor parte de las veces, vivían muy lejos. Recientemente, los propietarios habían comprendido que podían sacar provecho de aquellos terrenos, de modo que se las habían ingeniado para apelar a los tribunales, expulsar a los granjeros y sacar partido del trabajo que estos habían llevado a cabo en sus tierras. Gib había recurrido el desahucio ante el Tribunal de Apelaciones, acogiéndose a antiguas leyes, con las cuales me había permitido dar con precedentes oscuros, conforme si un hombre ocupaba un terreno inferior a cuarenta áreas durante una docena de años sin que nadie lo denunciase por ello, podía quedarse en él.

Gib señaló a Bealknap con la cabeza.

—Ese viejo cerdo de *sir* Geoffrey no parece muy contento con su abogado.

—Conozco a Bealknap. No lo subestiméis. —Y, en verdad, era un abogado muy listo. Ese día, no obstante, daba la impresión de estar reñido con la documentación, y en ese instante buscaba algo en la bolsa. Levantó la vista fugazmente y reparó en mi presencia, susurró algo a su cliente, el propietario de las tierras donde se había instalado Gib, y ambos se alejaron.

Me senté al otro lado de Gib, que me observó con una mezcla de ansiedad y curiosidad en la mirada.

—Cuentan que hubo un asesinato terrible en el Colegio de Lincoln —dijo—. Hallaron a un abogado degollado en la fuente. El domingo de Pascua, nada menos.

Mis temores se habían hecho realidad, pues la historia se había extendido.

—Lograremos atrapar al asesino —aseguré.

Gib sacudió la cabeza.

—Cuentan que no saben quién es. Menuda forma de matar a alguien. Vaya tiempos que corren.

—Supongo que os referís a los signos y los portentos —apunté en tono cansino, recordando las palabras del barquero.

—No sé nada de eso —confesó Gib, encogiéndose de hombros—. Pero últimamente ha habido algunos asesinatos muy desagradables. Uno de los granjeros, que tenía un vivero en el pantano, apareció ferozmente asesinado en enero. No me sorprendería nada que el propietario de las tierras fuera el responsable —añadió elevando el tono de voz.

La gente se volvió para mirarlo.

—Si no podéis morderos la lengua, perderéis el caso —le advertí.

—Problemas a la vista —susurró Barak.

Bealknap había abandonado a su cliente y se nos acercaba.

—¿Podría tener unas palabras con vos, maese Shardlake? —preguntó Bealknap. Observé que, a pesar del frío que hacía en la sala, mi antiguo rival estaba sudando.

—De acuerdo —respondí al tiempo que me ponía de pie.

Nos alejamos unos pasos.

—Vuestro cliente no debería pronunciar comentarios insultantes sobre los

propietarios en el recinto del tribunal —dijo en tono soberbio.

Enarqué las cejas.

—¿Era eso todo lo que teníais que decirme?

—No, no… —Bealknap titubeó, se mordió el labio inferior, respiró hondo y añadió—: Hay un problema, maese Shardlake. No he presentado el título de propiedad de las tierras de mi cliente.

Abrí desmesuradamente los ojos, asombrado. La parte más rutinaria del trabajo de un abogado consistía en presentar la documentación pertinente al tribunal. Eran muchas las anécdotas que circulaban sobre abogados novatos que no presentaban la documentación a tiempo y perdían el caso debido a ello. Sin embargo, Bealknap llevaba veinte años ejerciendo. Por una vez clavó en mí sus ojos azul claro, en los cuales alcancé a ver el pánico que sentía.

—Ayudadme, hermano Shardlake —susurró desesperado—. Ayudad a un colega. Pedid un aplazamiento de la vista. Para cuando se reanude habré presentado la documentación.

—Si lo hacéis ahora el juez podría pasarlo por alto. El despacho está abierto.

—Pero es que he extraviado esos papeles —confesó Bealknap, que de pronto parecía presa del temor—. Apelo a vos, Shardlake. Hoy iba a traer la documentación, y pensé que la llevaba en la bolsa.

¡He estado enfermo! El doctor Archer ha vuelto a purgarme y he pasado toda la noche echando sangre por el culo…

Muchos abogados habrían accedido sencillamente por compañerismo; sin embargo, yo siempre me había mostrado contrario a tales arreglos, puesto que por lo general acababan perjudicando a una de las partes.

—Lo siento, Bealknap —dije—. Tengo un compromiso adquirido con mi cliente.

Bealknap emitió un sonido que estaba a medio camino entre el suspiro y el gruñido.

—Sabía que no me ayudaríais, sapo jorobado —masculló acercándose a mí—. ¡No lo olvidaré!

Vi a su cliente, de pie a cierta distancia, contemplando a Bealknap con expresión de curiosidad. Me volví y regresé junto a Barak y Gib Rooke.

—¿Qué ocurría? —preguntó Barak—. Daba la impresión de que estaba a punto de arremeter contra vos.

—No ha registrado el título de propiedad. Ha extraviado la documentación.

Barak lanzó un silbido.

—En ese caso, tiene un problema serio.

Apreté los labios. El insulto de Bealknap no hacía sino reforzar mi decisión de apoyar a Gib Rooke, quien, a pesar de sus fanfarronerías, no era más que un crío indefenso en presencia de la ley.

—¿Cómo? —preguntó mi cliente—. ¿Qué ha pasado?

—Si expone abiertamente lo sucedido, el juez podría inclinarse a proponer un

aplazamiento, siempre y cuando esté de buen humor. Sin embargo, Bealknap mentirá y lo echará todo a perder —concluí.

—Entonces ¿*sir* Geoffrey está acabado?

—Podría estarlo, sí.

Bealknap estaba acuclillado, hurgando de nuevo en la bolsa, convertido en la viva imagen de la desesperación. Le temblaban los brazos mientras buscaba los documentos. Entonces apareció el ujier en el umbral de la sala de justicia.

—Que todo aquel que tenga asuntos que presentar ante el Tribunal de Apelaciones de su majestad de un paso al frente…

Bealknap me dirigió una mirada de desesperación. Luego se levantó y se sumó a la multitud cuando todos los presentes dieron un paso al frente y accedieron al antiguo salón pintado de blanco, con las altas ventanas de sucios cristales. La única nota de color la daba el juez, sentado en su banco con la toga escarlata.



Sir Stephen Ainsworth, juez de apelaciones, era un hombre justo cuyas palabras a menudo resultaban hirientes. En cuanto se hizo cargo de nuestro caso dijo que la documentación de que disponía estaba incompleta. Tal como había esperado que sucediera, Bealknap se puso de pie y declaró que había presentado el título de propiedad, pero que el archivista del tribunal debía de haberlo extraviado, y aprovechó rápidamente para solicitar un aplazamiento.

—¿Dónde está el recibo de la documentación? —preguntó Ainsworth.

—Obra en poder de mi ayudante, pero sucede que él tiene la llave del despacho y aún no ha llegado. Tuve que salir temprano para venir, debido a que las escaleras de Westminster se han derruido…

Había que reconocer que Bealknap era hombre de recursos. Sin embargo, Ainsworth se volvió hacia el ujier.

—Que venga el oficial encargado de archivar la documentación —ordenó.

Bealknap pareció a punto de desmayarse cuando entró el archivista y confirmó que la documentación supuestamente entregada nunca había pasado por sus manos.

—Sospecho que me habéis mentido, maese Bealknap —dijo fríamente Ainsworth —. Tened cuidado, señor. La denuncia de vuestro cliente contra Gilbert Rooke queda sobreseída por no haber aportado las pruebas necesarias. Rooke, buen hombre, podéis quedaros en vuestras tierras. Habéis tenido suerte.

Gib sonrió. Bealknap palideció y tomó asiento. Su cliente se inclinó hacia él y, con expresión furibunda, procedió a susurrarle algo atropelladamente. No se me escapó el brillo de los dientes blancos, engarzados en la madera. Otro que había adoptado la moda de la dentadura postiza.

—Maese Shardlake —continuó Ainsworth—, me han dicho que habéis presentado una petición para el caso de un joven a quien el Consejo Privado mandó

ingresar en Bedlam.

—Así es, señoría.

Tamborileó con la pluma en la mesa, ceñudo y pensativo.

—¿Tengo jurisdicción para juzgar este caso?

—El asunto, señoría, es que no se ha llevado a cabo una evaluación del estado mental del joven. Tal medida debería de hacerse antes de privar a nadie de su libertad. Es cuestión de seguir el procedimiento adecuado. —Tomé aire—. Propongo que lo examine un médico, señor. Pero entretanto, si aceptáis escuchar el caso, también está el asunto de quién debería satisfacer los costes derivados de la manutención en Bedlam, así como la necesidad de obtener informes de los progresos del paciente. Los padres del joven son gente humilde.

—De ambos asuntos puedo encargarme. Muy bien, este tribunal acordará una fecha para la vista. Sin embargo, maese Shardlake, surcáis aguas revueltas. —Me miró muy serio antes de añadir—: Política y locura.

—Lo sé, señoría.

—Así pues, os aconsejo navegar con sumo cuidado, tanto por el bien del joven como por el vuestro.



Gib quedó encantado con el fallo; había desaparecido todo rastro de arrogancia, y estaba emocionado. Me prometió gratitud eterna y a punto estuvo de ponerse a dar saltos de alegría en la sala. Los casos continuaron; fue una buena jornada para mí, pues gané todos los que presenté. El tribunal levantó la sesión a las cuatro y media, y mientras los vencedores y los vencidos del día abandonaban el lugar, yo me quedé conversando con Barak en los peldaños.

—Bealknap parecía enfermo —dije.

—Y peor debe de sentirse desde el sobreseimiento del caso.

—Siempre ha sido artero, pero hoy inspiraba lástima. A partir de ahora será peor enemigo que nunca.

Miramos a través de la plaza cuadrangular la Sala Pintada donde se sentaban los comunes del Parlamento. Las velas encendidas despedían haces de luz amarilla, visibles a través de los altos ventanales. Barak soltó un gruñido.

—Dicen que esta sesión está aprobando todas las leyes que ha propuesto el rey. —Lanzó un escupitajo al suelo—. Los parlamentarios que el rey aún no tiene metidos en el bolsillo pueden comprarse mediante sobornos o amenazas.

Guardé silencio, puesto que no podía mostrarme en desacuerdo.

—A los padres de Adam Kite les complacerá que el juez haya puesto fecha a la vista —añadió.

—Sí. Al juez Ainsworth no le agradaba la idea de enfrentarse al Consejo Privado, pero es un hombre honesto. Eso me recuerda que no te conté que vi pasar el cortejo

fúnebre de lord Latimer el día que fui de visita a Bedlam. Vi a *lady* Catalina Parr, o al menos me pareció que era ella. Iba en un carruaje impresionante.

—¿Cómo era? —preguntó Barak, curioso.

—No es una gran belleza, pero hay algo arrebatador en ella. Me dio la impresión de que parecía asustada.

—Asustada ante la posibilidad de decir que sí al rey, quizá, y también de no decirlo.

Asentí entristecido, puesto que aquella mujer había logrado transmitirme su temor con la mirada.

—Bien —dije—. Debo visitar a Guy y averiguar qué ha descubierto. ¿Te acercarás al Colegio de Lincoln para traer las peticiones para los casos de hoy? Ah, y escribe también a los Kite; pídeles que vengan a verme mañana.

Regresamos andando a las escaleras de Whitehall. Una hilera de prostitutas se había distribuido junto al portal que daba a New Palace Yard para atraer las miradas de los parlamentarios que pasaran tras levantarse la sesión. Al pasar por su lado, dos se inclinaron para mostrarme sus amplios escotes.

—Qué atrevidas son —dije—. Si las autoridades las pescan, les darán de azotes atadas a un carro.

—Eso no pasará. —Barak compuso una sonrisa traviesa—. Los parlamentarios protestarían. Para algunos, la oportunidad de disfrutar de un rato en los burdeles es lo único que compensa esos interminables debates.

—Quizá esa sea la razón de que aprueben tan rápido todo cuanto desea el rey.



Era de noche cuando llegué a casa de Guy. La botica ya estaba cerrada, pero respondió a mi llamada. Me señaló muy serio una silla, y tomó asiento delante de mí, en la consulta. Me observó con gravedad. La luz de las velas reforzaba las arrugas que surcaban su rostro moreno.

—¿Cómo se encuentra la pobre señora Elliard? —preguntó.

—Aturdida. No avanzamos en la investigación del asesinato de Roger. No damos con ningún notario que se apellide Nantwich, nombre que figura en las cartas que remitieron a maese Elliard. Empieza a dar la impresión de que fue el asesino quien las envió.

—¿Y vos? Os veo cansado, Matthew. Recientemente, además, parecíais tan saludable… ¿Seguís practicando los ejercicios de espalda?

—Sí. Voy tirando, Guy. Yo siempre voy tirando. —Respiré hondo—. Procuraré tener estómago para lo que sea que vayáis a contarme en referencia a lo que os ha revelado el cadáver de Roger. Pero cuantos menos detalles innecesarios me deis, mejor.

—Esta mañana visité el lugar donde conservan el cadáver. Piers me acompa…

Fruncí el entrecejo. La idea de que Guy hubiese abierto a Roger para examinarle sus entrañas ya era terrible de por sí, pero hacerlo en presencia de un extraño, un simple muchacho…

—Lo estoy adiestrando, Matthew. La licencia que poseo para abrir cadáveres ofrece una oportunidad única para estudiar la anatomía humana. Quién sabe. Quizá Piers pueda aprovecharla para ayudar a los demás en el futuro.

Seguía sin gustarme la idea.

—¿Qué descubristeis? —pregunté.

—Hasta donde alcancé a ver, maese Elliard gozaba de una salud inmejorable en el momento de su muerte.

—Como siempre. Hasta que alguien lo dejó inconsciente y lo degolló.

—No creo que lo dejaran inconsciente —dijo Guy en el mismo tono grave y llano —. No en el sentido en que entendemos esa frase.

Lo miré aterrado.

—¿Queréis decir que estaba consciente cuando lo metieron en el agua?

—Tampoco es eso exactamente. ¿Habéis oído hablar de la belladona?

Negué con la cabeza.

—No es un conocimiento muy extendido —prosiguió—. Se trata de una hierba de la que se obtiene un compuesto líquido que se encuentra en el opio y otros elementos, como el vinagre y la bilis de cerdo, y que induce a la inconsciencia. Dependiendo de la cantidad que se administre, las consecuencias pueden ser la relajación, la inconsciencia o la muerte. Durante cientos de años, con ciertas interrupciones, se ha empleado para relajar a los pacientes antes de someterlos a una operación.

—Entonces ¿por qué no he oído hablar de ella? Serviría para ahorrar terribles dolores.

Guy negó con la cabeza.

—Existe un grave problema con ella. Es muy difícil calcular la dosis correcta, y cuando digo muy difícil quizá me quede corto. Depende de muchos factores: el tiempo que tengan los ingredientes, y la corpulencia, edad y estado de salud del paciente. Es muy fácil administrar al paciente una dosis demasiado elevada, de modo que al final lo único que le queda al médico es un cadáver. Por ese motivo son muy pocos quienes la utilizan. Sin embargo, creo que el asesino de maese Elliard lo hizo.

—¿Por qué lo creéis?

—Permitid que os muestre algo. —Abandonó la estancia, para regresar al cabo de un rato. Yo temía ver qué cosa terrible era lo que había ido a buscar, pero solo se trataba de una de las botas de Roger. Guy la puso sobre su regazo y acercó una vela para iluminar una mancha oscura—. Esta bota estaba seca; debía de corresponder a la pierna que asomaba del agua. Cuando vi esa mancha, la olí, luego acerqué la yema del dedo para recoger una muestra, y, efectivamente, era imposible no distinguir la belladona. —Me miró a los ojos—. Lo primero que suele experimentar quien la ingiere en una sensación de euforia, seguida de la pérdida de conciencia. Eso explica

la mirada pacífica de vuestro amigo.

—Dijisteis que prácticamente no se utiliza; decidme: ¿quién la emplea?

—Muy pocos médicos o cirujanos recurren a ella, debido a los riesgos que conlleva. Algunos de los sanadores sin permiso… —Titubeó—. En otro tiempo, en ciertos monasterios se adoptó la costumbre de emplearla.

—Vos la utilizasteis, ¿verdad? —pregunté tras una pausa.

Guy asintió antes de responder.

—Solo cuando juzgué que el dolor de una operación podía matar a un paciente. Además, tengo práctica calculando la dosis necesaria. Sin embargo, aunque ya no se emplea, la fórmula es conocida entre quienes practican la medicina. No constituye precisamente un secreto.

—Pero se necesita una gran habilidad para administrarla.

Asintió.

—El asesino no debía de querer administrar una dosis mortal a Roger. Su plan consistía en montar ese horrible espectáculo en la fuente. Drogarlo de tal modo que no despertase cuando lo degollara.

—¿Os reveló algo más el cadáver?

—No. Por lo que respecta a los órganos, estaban en perfecto estado. Podrían haber correspondido a un hombre joven.

—Lo decís de una manera tan impersonal, Guy…

—Tengo que ser impersonal, Matthew. ¿De qué otro modo iba a soportar todo lo que veo?

—Yo no puedo ser impersonal. Al menos en este asunto.

—En tal caso, quizá sería mejor que fuesen otros quienes se dedicaran a investigarlo.

—He hecho una promesa a Dorothy.

—De acuerdo. —Por un instante, el rostro de Guy adoptó la expresión tensa y cansada que sorprendí en él cuando acompañé a Roger a visitarlo—. Había una cosa, una hinchazón en la parte posterior de la cabeza. Creo que, fuera quien fuese la persona que se reunió con vuestro amigo, lo dejó inconsciente de un golpe. Cuando volvió en sí lo obligaron a tomar el bebedizo de belladona. Perdió de nuevo la conciencia y el asesino cargó con él hasta el Colegio de Lincoln.

—Atravesando los jardines hasta franquear la puerta que da al huerto. —Le hablé de las pisadas que había seguido Barak—. Roger era un hombre de corta estatura; a pesar de ello, ese salvaje debe de ser muy fuerte.

—Y decidido. Y violento.

Asentí con la cabeza.

—Y culto, además. A juzgar por lo que decís, posee conocimientos de medicina y, quizá, también de abogacía, si es que falsificó una carta de un notario lo bastante bien para engañar a Roger, como parece probable que hizo. Pero ¿por qué? ¿Por qué asesinar a un hombre que no ha hecho daño a nadie y montar un espectáculo tan

terrible?

—¿No tenía enemigos?

—Ninguno. —Observé de nuevo la bota de Roger, y de pronto todo aquello fue demasiado para mí. Sentí náuseas.

—El retrete, Guy… —balbuceé.

—Ya conocéis el camino.

Fui al retrete que había en la parte posterior de la casa, la habitual casucha de madera levantada sobre una fosa, menos apestosa que la mayoría, pues cierto perfume en el ambiente minimizaba el hedor. Allí me mareé. Al regresar a la casa me sentía muy débil y me temblaban las piernas.

Oí un rumor de voces que procedían de la consulta. La puerta estaba abierta y dentro divisé a Guy y al joven Piers sentados a la mesa. Habían acercado la vela y observaban, cautivados, un libro abierto. Reconocí el tratado de anatomía de Vesalius, con sus horribles ilustraciones. Piers se apartó un mechón negro de la frente y señaló una ilustración.

—¿Lo veis? —dijo, animado—. Ese grabado es igual que el corazón de Elliard. —Calló de pronto, sonrojado, al reparar en mi presencia—. ¡Maese Shardlake! Yo… Yo no sabía que estuvieseis aquí. He traído el libro…

—Lo sé —lo interrumpí con aspereza—. Pobre Roger. Me pregunto qué habría pensado si hubiese sabido que los detalles más íntimos de su cuerpo iban a convertirse en comidilla de aprendices. Claro que cabe la posibilidad de que le divirtiera, pero yo no puedo decir lo mismo. —Miré la ilustración con desagrado: correspondía a un abdomen abierto, con todos los órganos al descubierto.

—Lo hacemos para ampliar nuestros conocimientos, señor —se disculpó Piers.

Lo miré fríamente, pensando en que Guy se mostraba demasiado permisivo con él.

—No, Piers, ha sido culpa mía.

Guy parecía frustrado.

—¿Prestaréis testimonio en la vista que se celebrará mañana por la mañana? —pregunté.

—Sí, por supuesto.

—¿Y Adam? ¿Sabéis ya cuándo podréis visitarlo? Yo tendría que acompañaros. El tribunal no se reúne el viernes por la mañana, si es que esa fecha os resulta conveniente.

Sacó del bolsillo una libreta encuadernada en cuero y consultó sus páginas.

—Sí. ¿Viernes al mediodía?

—En tal caso voy a dejaros —dije al tiempo que dirigía una mirada furibunda al libro, que seguía abierto en la mesa, y luego a Piers, que permanecía inmóvil junto a su maestro.

Guy levantó la mano.

—No, Matthew, quedaos, os lo ruego.

Titubeé. Guy cerró entonces el libro de Vesalius y se lo tendió a Piers.

—Llévatelo de aquí, muchacho, y tráenos vino. Después puedes seguir estudiando el libro, si te apetece.

—Sí, señor.

Guy dio una palmada afectuosa en el hombro a Piers, que acto seguido abandonó la estancia.

—Lo lamento, Matthew —dijo—. No era nuestra intención faltar al respeto a Roger Elliard. Es que… es tan amplio el alcance de las investigaciones de Vesalius que… Pero os aseguro, Matthew, que mientras investigaba la muerte de vuestro amigo, tal como me pedisteis que hiciera, rezaba por su alma.

Sonreí. Conocía demasiado bien a Guy como para que el enfado me durase demasiado.

—¿Tan importante es ese Vesalius? —pregunté.

—Sí. A él se debe el tan necesario estudio fundamentado en la observación, y no en la simple aceptación de la doctrina.

—En tal caso, no debe de ser muy popular entre los médicos.

—No. Cuestiona el monopolio que poseen del conocimiento arcano. Y quién sabe dónde podría terminar… —Observó el diagrama que colgaba de la pared—. La mismísima doctrina de los humores podría verse en entredicho.

Seguí su mirada hasta aquel diagrama que mostraba complejos símbolos y ecuaciones. La idea de que el cuerpo humano estuviese compuesto de cuatro humores, la bilis negra, la bilis amarilla, la flema y la sangre, que se correspondían con los cuatro elementos, tierra, fuego, agua y aire, que lo componían todo en el mundo, era algo tan universalmente aceptado que ni siquiera podía imaginar que se cuestionara. Por no mencionar la doctrina según la cual los males que aquejaban al ser humano estaban causados por desequilibrios existentes entre los citados elementos. Recordé haber comentado nuestros respectivos humores con Roger la última tarde que nos vimos.

—En tal caso, no se me recomienda que coma ensalada cuando estoy desanimado —dije—. Para humedecer la sequedad de la bilis negra… Eso supondría un alivio.

Guy esbozó una sonrisa melancólica.

—Yo más bien recomendaría disfrutar de una velada musical, o dar un largo paseo por los jardines del Colegio de Lincoln.

—Por los jardines del Colegio de Lincoln no, Guy. Todo apunta a que fue allí donde Roger topó con su asaltante.

Piers llamó a la puerta y entró cargado con una buena jarra de vino y dos vasos.

—He prometido a Dorothy dar con el asesino —dije cuando el joven se hubo retirado—, pero no sé cómo hacerlo.

—Sé mejor que nadie que anteriormente habéis solventado asuntos similares a este. Os subestimáis. Eso también lo sé.

—Sería un insensato si subestimara las dificultades de este caso. Y a causa de la

Pascua y la condenada política del forense, la investigación oficial empezará cuatro días después de cometido el asesinato. Pensé que el forense real podía acelerar las cosas, pero no ha sido así. Os apuesto diez a uno a que el asesino ya no está en Londres; aunque también podría ser que siguiera en la ciudad, riéndose de los forenses, los alguaciles y de toda su estupidez. —Negué con la cabeza—. Pero que sea un hombre culto limita mucho las cosas. Sabéis tan bien como yo que tanto la ley como la medicina son mundos muy cerrados, cuyos profesionales suelen hacer ímprobos esfuerzos por conservar para sí sus conocimientos.

—Quizá. Sin embargo, muchos de los nuestros se mueven en ambos campos, aunque el conocimiento del bebedizo de belladona sea inusual.

—Por no mencionar el modo de administrarlo. Esperad a que mañana se abra el caso, a ver si sale a la luz nueva información.

Asentí y bebí un sorbo de vino. Vi que Guy había apurado el contenido de su vaso, lo que me sorprendió, pues era un firme partidario de la moderación en todos los aspectos de la vida.

—Gracias por haceros cargo de Adam Kite —dije.

Asintió lentamente.

—Pánico a la condenación —dijo—. Una obsesión muy peculiar. ¡Cuán propensos somos a obsesionarnos con las ideas, la religión o lo que le pase a otra gente! Y, por supuesto, el fanatismo religioso está en todas partes. Quizá lo que debería sorprendernos sea que no haya más personas como Adam Kite —añadió en tono pensativo, mientras hacía girar el vaso en la mano.

—Hoy me contó un barquero que esos enormes peces que hallaron en el río son los Leviatanes que anuncian la Segunda Venida de Jesucristo y el fin del mundo.

Guy hizo un gesto de desaprobación.

—No hay más que un Leviatán.

—Eso pensé yo.

—Vivimos en un mundo en el que todo se divide en blanco y negro, Matthew, un mundo maniqueo en el que los predicadores nos animan a tomar parte en un conflicto entre el bien y el mal, convencidos, por supuesto, de que su bando es el único que está en posesión de la verdad absoluta.

Asentí con una sonrisa.

—¿Tanto los protestantes como los católicos? —pregunté.

—Sí. No olvidéis que mis padres eran moriscos, moros españoles a quienes la Inquisición expulsó del país. También yo he conocido la locura que deriva de que fanáticos pusilánimes alcancen puestos de poder. —Me contempló muy serio—. Pero prestad atención. Cualesquiera que sean los males que ha prodigado, la Iglesia católica siempre ha creído en el libre albedrío, en que los hombres, tanto mediante sus acciones como por medio de su fe, pueden llegar a Dios. Este nuevo protestantismo radical no se rige por esta norma, ya que todo el mundo está salvado o condenado por voluntad de Dios, no por el libre albedrío de cada cual. Pueden rezar

con la esperanza de salvarse, pueden sentir que han conseguido la salvación eterna, pero es Dios quien toma esa decisión, no el hombre. Y así llegamos a Adam Kite, quien piensa que Dios no lo quiere a su lado.

—Por no mencionar a ese miserable vicario… Como no puede curarlo, cree que está poseído.

—Es un modo como otro cualquiera de justificar el fracaso.

—Nunca apoyé a Lutero en la predestinación, Guy. Yo estaba de parte de Erasmo en lo tocante al debate sobre el libre albedrío —aseguré—. Esta mañana vi cómo llevaban a un predicador sin permiso a Saint Paul cubierto de ceniza. Bonner va a tomar medidas enérgicas con los protestantes, y estos no las aceptarán sin más. Los forasteros no van a tenerlo fácil.

—Tenéis razón. Con mi rostro moreno y mi pasado de monje, mejor será que sea discreto y me quede en casa siempre que pueda. Y no debería hablar tan abiertamente de los descubrimientos de Vesalius, y aún menos de ese estudioso polaco que afirma que la Tierra gira en torno al Sol. Pero ¿cómo es posible que uno no esté seguro ni siquiera en su casa? —añadió en voz tan baja que apenas lo oí. De pronto compuso una expresión de dolor y tristeza.

—¿Os encontráis bien, Guy? —pregunté—. ¿Hay algo que os aflija?

—No —respondió con una leve sonrisa—. Únicamente los males y los dolores propios de la edad. Ya he tomado suficiente vino y debo retirarme a descansar. —Se levantó—. Buenas noches.

—Comunicaré a los padres de Adam Kite que iréis a verlos. Se sentirán muy aliviados.

Nos estrechamos la mano y me marché. Me alegró que, a pesar de todo, nos hubiésemos despedido en buenos términos. Sin embargo, no lo había creído cuando me dijo que nada lo afligía.

Capítulo 8

A la mañana siguiente fui a buscar a Dorothy para acompañarla a hacer las diligencias previas. No había salido de casa desde la muerte de Roger, y me preocupaba su estado. Al cruzar Gatehouse Court vi que en Westminster habían abierto la válvula subterránea y que en la fuente volvía a brotar el agua. Seguía reinando un tiempo templado, y los pájaros cantaban en los árboles. La naturaleza renacía, pero yo no podía disfrutar de ello.

Encontré a Dorothy sentada junto al fuego, con la leal Margaret a su lado. Ambas iban vestidas de luto riguroso, y en el óvalo de alabastro del rostro de Dorothy destacaban unos ojos desmesuradamente abiertos. Me hizo pensar en Catalina Parr, la otra viuda que había visto recientemente. Dorothy me dedicó una sonrisa valiente.

—¿Es la hora? Sí, a juzgar por vuestra expresión, lo es. —Suspiró, contemplando el friso que había sobre el hogar.

Me volví hacia el friso. Una comadreja me devolvía la mirada entre las pobladas enredaderas de madera.

—Qué natural es —dije.

—Sí. Roger adoraba este friso. Cuando se rompió la esquina, no quedó satisfecho de la reparación.

—¿Estáis segura de que podréis soportarlo? —pregunté, preocupado por la palidez de su rostro.

—Sí —respondió con un atisbo de su antigua firmeza—. Hay que conseguir que atrapen al asesino de Roger.

—Yo me encargaré de identificar el cadáver, si lo deseáis.

—Gracias. Eso… sería demasiado.

—Tomaremos un bote que nos lleve a Guildhall.

—De acuerdo. —Titubeó para preguntar enseguida—: ¿Qué se comenta en la calle?

—Pues que se cometió un horrible asesinato en el recinto del Colegio.

—Si oigo a alguien hablar mal de Roger, os prometo que la emprendo con él.

—Así se habla, señora —dijo Margaret, al tiempo que la ayudaba a ponerse en pie.



En el vestíbulo de altas columnas del London Guildhall reinaba el ajetreo de costumbre. Sorprendentemente, había apostados en la puerta dos guardias con la librea municipal. En el interior, los oficiales y funcionarios iban de un lado a otro. Algunos observaban curiosos al numeroso grupo de abogados vestidos con toga

negra que se habían reunido en un rincón. Reconocí el adusto rostro del tesorero Rowland; todos los demás, los miembros del jurado, pertenecían al Colegio de Lincoln. Me asombró comprobar que, a excepción del tesorero Rowland, todos eran muy jóvenes; no había nadie más de cierta veteranía. Algunos parecían incómodos, al igual que los dos estudiantes que habían hallado el cadáver, y que se mantenían al margen del grupo. Guy se encontraba un poco apartado, intercambiando impresiones con Barak.

Dorothy miró a la multitud, titubeó, y luego se acercó a un banco situado junto a una pared. Tomó asiento e invitó con un gesto a Margaret a que se sentara a su lado.

—Esperaremos aquí a que se inicie la sesión —me dijo—. No soporto la idea de hablar con nadie.

—Muy bien.

Me dirigí al lugar donde Barak conversaba con Guy.

—Buenos días, Matthew —me saludó Guy, que se volvió hacia Dorothy—. ¿Es esa la desconsolada viuda? Está muy pálida.

—Le ha costado mucho venir. Es muy valiente.

—Sí, se nota que intenta sobreponerse a su sufrimiento. —Señaló con un gesto a Barak y añadió—: Aquí Jack ha reparado en algo extraño.

—¿De qué se trata?

Barak tenía los ojos inyectados en sangre y parecía destemplado. ¿Acaso habría pasado otra noche de taberna en taberna? Cuando se inclinó, comprobé que le apestaba el aliento.

—Con una muerte tan espectacular como esta, cualquiera contaría con encontrarse aquí a un gentío capaz de llenar la galería pública. Sin embargo, esos alguaciles están negando el paso a la gente.

—¿De veras? Eso será beneficioso para Dorothy, pero sería la primera vez que sucediera tal cosa. Se supone que las exposiciones del forense, al igual que las de cualquier jurado, son públicas.

—Maese Shardlake, permitidme unas palabras. —El tesorero Rowland apareció a mi lado.

Ambos nos alejamos del grupo.

—Me comunica mi ayudante que no se permite el paso a espectadores —señalé.

—El ujier dice que los forenses han decidido que la vista tenga carácter privado, para impedir habladurías innecesarias. Nunca había oído nada semejante.

Nos interrumpió un ujier, vestido con túnica negra, que nos llamaba desde una puerta. Volví junto a Dorothy. Se puso en pie; tenía los labios apretados y las mejillas sonrojadas.

—Cógeme de la mano, Margaret —pidió en voz baja.

Los miembros del jurado se apartaron para permitirle la entrada.



Nos habían asignado una de las salas de reuniones. Había hileras de bancos dispuestas frente a la mesa donde encontramos sentados a dos forenses. El ujier me guio, junto con los demás testigos, hasta la fila de delante, mientras los miembros del jurado ocupaban las dos hileras posteriores. Los bancos destinados al público quedaron vacíos. Observé a los dos forenses que teníamos delante, sentados a la mesa. Browne estaba hundido en la silla, con las regordetas manos cruzadas sobre el amplio vientre. A su lado se hallaba sentado alguien muy distinto de él: tendría cuarenta y pocos años y era bajo, pero fuerte, con un rostro anguloso. Bajo el bonete negro asomaban unos rizos castaños y abundantes, y lucía una barba corta y pulcra que empezaba a cubrirse de canas. Nuestras miradas se cruzaron y me estudió con sus brillantes ojos azules.

—Ese es *sir* Gregory Harsnet —me informó Barak en voz baja—, ayudante del forense real. Antes era partidario de lord Cromwell, y es uno de los pocos reformistas que conservaron el puesto.

Browne eructó. Harsnet lo miró con ceño y Browne disimuló otro eructo con una tos, al tiempo que se erguía en la silla. No había duda de quién mandaba allí. Las puertas se cerraron.

—Orden, orden en la sala —pidió Harsnet con una voz clara en la que se detectaba el acento del oeste del país—. Nos hemos reunido aquí para juzgar la súbita y terrible muerte de Roger Elliard, abogado del Colegio de Lincoln. Como todos los miembros del jurado son abogados, no es necesario que diga que hoy repasaremos el caso, atenderemos las pruebas y decidiremos si podemos acordar un veredicto.

Se tomó juramento a los miembros del jurado. Los jóvenes abogados dieron un paso al frente para coger la Biblia que el ujier les tendía. Cuando todos lo hubieron hecho, Harsnet volvió a dirigirse a los presentes.

—Antes de que veamos el cadáver quiero llamar al estrado al doctor Guy Malton, que ha sido el encargado de examinarlo, para que nos ponga al corriente de sus averiguaciones.

Guy se levantó y recitó la impresionante relación de calificaciones médicas, mientras los miembros del jurado observaban con curiosidad su piel morena. Explicó que creía que a Roger lo habían dejado inconsciente, empleando una droga derivada de la belladona, para posteriormente conducirlo a la fuente, donde lo degollaron.

—Cuando lo arrojaron a la fuente aún estaba vivo —dijo—. No se ahogó, sino que murió a causa de una gran pérdida de sangre. Lo cual supone… —Titubeó—. Lo cual supone que le cortaron la garganta y luego lo arrojaron al agua.

Se produjo un momentáneo silencio en la sala, mientras los presentes asimilábamos el alcance del escalofriante suceso que nos describía Guy.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando lo encontraron? —preguntó entonces Harsnet.

—Unas horas. El frío retrasó el *rigor mortis*. —Me miró—. E imagino que la capa de hielo que cubría la fuente tuvo tiempo de recomponerse.

—Así fue, en efecto —confirmé.

Me volví hacia Barak y Dorothy, que estaban sentados con Margaret al otro lado de Guy. Dorothy permanecía inmóvil, inexpresiva. Parecía más pequeña, como si se hubiera encogido en la densa ropa negra.

Harsnet frunció el entrecejo y preguntó a Guy:

—¿Qué intención podría tener alguien dispuesto a crear tan horrible espectáculo? Arrojar el cadáver a una fuente llena de sangre…

Guy se encogió de hombros.

—No sabría decíroslo.

De pronto, aquellas palabras me resultaron familiares. Una fuente llena de sangre. Pero ¿dónde las había oído?

—Qué macabro. —Harsnet negó con la cabeza; parecía trastornado. Luego se levantó lentamente—. Miembros del jurado —dijo—, ahora me acompañaréis a ver el cadáver. Por favor, doctor Malton, acompañadnos por si surgieran preguntas. Leo que maese Shardlake identificará el cadáver. —Se volvió hacia mí—. ¿Sois vos?

—Sí, maese forense.

Me dirigió una larga mirada.

—¿Cuánto hacía que conocíais al difunto?

—Veinte años. Deseo evitar este mal trago a la viuda.

Harsnet miró a Dorothy.

—Perfecto —dijo al tiempo que se levantaba para conducirnos fuera de la sala.



Los miembros del jurado tuvieron poco que decir cuando se procedió a descubrir el cadáver de Roger. El incienso que había encendido alguien para que ardiera en la estancia no bastó para ocultar el creciente olor a putrefacción. Cerré los ojos al ver la cara del pobre Roger, y, aunque es cierto que no rezo a menudo, rogué porque atraparan al asesino, y porque se me concedieran las fuerzas necesarias para llevar a cabo mi parte, y porque por una vez Dios prestase atención a mi plegaria. Al abrir los ojos, sorprendí a uno o dos de los miembros del jurado con el rostro descompuesto. Guy nos mostró las horribles heridas, y volvió a explicarnos los mecanismos por los que se rige la muerte. Nadie planteó dudas y salimos por donde habíamos entrado. Harsnet nos observó muy serio.

—Lo que debemos decidir hoy es cómo murió Roger Elliard. Que lo asesinaron está claro, pero ¿quién? Querría llamar a declarar a Jack Barak.

Formuló a mi ayudante una serie de preguntas relativas a las pisadas que había seguido al poco de descubrir el cadáver.

—Las huellas conducían a la fuente y luego regresaban, en la dirección opuesta —explicó Barak—. Al acercarse llevaba algo a cuestas, algo de lo que ya se había librado al emprender el camino de regreso. La nieve se fundía rápidamente, pero las

huellas no dejaban rindas en ese sentido.

Harsnet no apartó la vista de Barak.

—Ningún hombre normal y corriente podría haber cargado con el cuerpo de una persona inconsciente todo ese trecho, tal como vos sugerís.

—Un hombre muy fuerte y decidido sí podría haberlo hecho.

—Tengo entendido que antes trabajasteis para lord Cromwell —dijo Harsnet, y me pregunté cómo era posible que conociese ese detalle.

—Así es. Antes de convertirme en ayudante de abogado.

—¿En qué especialidad?

—Hago un poco de todo —respondió Barak esbozando una sonrisa—. Lo que me ordene mi señor.

—Sentaos —pidió Harsnet con frialdad. Saltaba a la vista que no le había gustado la actitud de Barak. A su lado, el forense Browne sonrió satisfecho de sí mismo. No tomaba parte en los procedimientos, su presencia era pura formalidad.

Se llamó a declarar a otros testigos. Yo mismo seguí a los dos estudiantes, y entre los tres aclaramos la hora y las circunstancias del hallazgo del cadáver, todo ello antes de que llamasen al tesorero Rowland. Preguntado por el estado mental de Roger, respondió sin dudar que era un hombre feliz y de carácter alegre, respetado en la profesión, y que contaba con innumerables amigos y ningún enemigo, al menos que él supiera.

—Tenía un enemigo —dijo Harsnet—. Uno muy violento e inteligente. El asesinato fue planeado por alguien dotado de astucia y paciencia.

Lo miré atentamente. No era precisamente estúpido.

—Alguien odiaba a Roger Elliard —añadió, y acto seguido se volvió de nuevo hacia Rowland y preguntó—: ¿Qué me decís de ese notario que escribió una carta a maese Elliard?

—Que no existe, señor. Nadie sabe ni una palabra de un notario que responda al inusual apellido de Nantwich. He investigado en todas las fondas del lugar, ya que nadie más parecía estar indagando al respecto —añadió, mirando significativamente a Browne. Harsnet le dirigió una expresión ceñuda, pero el anciano era duro como la teca y mantuvo la mirada firme.

—¿Se me permite recordar algo al tribunal? —preguntó Guy sin alzar demasiado el tono de voz.

—Sí —concedió Harsnet, molesto.

Me sentí intrigado. Entendía perfectamente que al forense lo incomodaran un poco las interrupciones de los testigos, pero la declaración de Rowland no era trivial, y lo que pudiese declarar Guy menos aún.

—Señor, incluso el médico más diestro tendría dificultades para calcular la dosis exacta de esa droga. El hombre al que buscamos posee al menos cierto nivel de conocimiento especializado.

—Podría ser —admitió Harsnet—. Pero desdichadamente eso no nos lleva mucho

más lejos. En el caso de una venganza tan salvaje como esta, sería de esperar que hubiera un culpable obvio, no parece el caso. Con los retrasos impuestos por la Pascua, considero muy difícil atrapar pronto al asesino.

Lo miré sorprendido. No era propio de un forense desalentar una investigación como aquella. Percibí que no se sentía cómodo con lo que estaba diciendo. Browne sonrió para sí, como si hubiera previsto ese desenlace.

—Tenemos que ser realistas —insistió Harsnet—. Predigo un veredicto de asesinato a manos de uno o más desconocidos, y mucho me temo que nunca conozcamos su identidad.

Estaba asombrado. Aquel discurso era un claro ejemplo de influencia sobre el jurado. Sin embargo, ninguno de los jóvenes que componían este se atrevió a protestar.

Entonces oí un frufrú de faldas. Dorothy se había puesto en pie y encaraba al forense real.

—No se me ha llamado a declarar, señor, pero si alguno de los presentes tiene derecho a hacerlo, esa soy yo. Conseguiré que atrapen al asesino de mi marido cueste lo que cueste. Lo haré con la ayuda de amigos leales. —Temblaba de los pies a la cabeza, pero su voz, aunque calmada, tenía el filo de un cuchillo.

Al pronunciar las últimas palabras me miró, e hice un vigoroso gesto de asentimiento. Ella volvió a sentarse.

Di por supuesto que Harsnet reaccionaría con violencia, pero se limitó a apretar los labios y tomar asiento. Estaba rojo como la grana. El mal trago que pasaba su ayudante motivó una amplia sonrisa en Browne; me habría encantado levantarme y quitársela de esa cara de rana de un guantazo. Al cabo, Harsnet habló de nuevo.

—Puedo comprender a la perfección el estado de ánimo de la señora Elliard, de manera que no censuraré sus palabras. Tal vez necesitemos más pruebas antes de que el jurado pueda emitir un veredicto. Por consiguiente, no solicitaré que lo haga en este momento; el caso quedará abierto mientras emprendo una investigación particular…

—Entiendo que con la ayuda del jurado, señor —lo interrumpí al tiempo que me ponía en pie—. Tal como suele hacerse.

—Un forense puede investigar sin un jurado si lo considera oportuno, tal como hago yo. Los miembros del jurado, al igual que el fallecido, son abogados. Si actúo en solitario se generará más luz y menos calor. Y ahora sentaos, señor.

Me senté sin apartar la mirada de sus ojos.

—Y ahora quiero que todos los presentes presten atención, y que la presten de verdad. —Harsnet hizo una pausa, observando a los presentes. Después habló lentamente, enfatizando algunas palabras—. No permitiré que circulen detalles de lo sucedido por toda la ciudad de Londres. Hay una orden real que se emitirá hoy, prohibiendo la impresión de cualquier panfleto que aluda al caso. Todos los aquí presentes tienen orden de mantener en secreto este asunto, y no hacer caso de quienes

acudan a husmear, tal como sucederá. En este momento corren demasiados rumores por todo Londres. Esa es mi orden, dada en calidad de ayudante del forense real, y cualquiera que ose desobedecerla será castigado. —Acto seguido se levantó, y Browne hizo lo propio sin separarse de su lado—. Esta vista queda aplazada *sine die*. Volverá a convocarse cuando disponga de pruebas de peso. Buenos días, caballeros.

El ujier abrió la puerta y los forenses se retiraron. De inmediato se alzaron voces.

—Esto tiene que ser cosa del diablo. Qué terrible asesinato, y en domingo. Seguro que quien lo hizo estaba poseído…

Me volví hacia el joven e insensato abogado que había pronunciado semejantes palabras.

—Esa fuerza sobrenatural suele darse en las víctimas de posesión…

—Tendríamos que sacar a mi señora de aquí —me urgió Margaret.

En efecto, Dorothy parecía estar a punto de desmayarse. Me levanté para ayudar a Margaret a conducir a su señora fuera de la sala. Me impresionó notar tan delgado su brazo, y me pregunté si comería. La condujimos hasta un banco y la ayudamos a sentarse en él. Barak y Guy nos siguieron fuera. El tesorero Rowland asomó detrás de ambos, muy enfadado a juzgar por su expresión. Yo tenía la esperanza de que se acercaría a ofrecer unas palabras de consuelo y ánimo a Dorothy, pero se limitó a inclinar la cabeza en mi dirección y seguir su camino; lo que le preocupaba era la reputación e influencia del Colegio, no la afligida viuda. Me volví hacia ella y pensé que el Colegio no tardaría en pedirle que se trasladara fuera del recinto.

Había cerrado los ojos, pero en ese momento los abrió y se irguió en el asiento. Nos miró uno a uno: primero a mí, luego a Margaret, a Barak y a Guy.

—Gracias por vuestra ayuda, a todos, y gracias también por negaros a que os apartaran de la verdad. —Se volvió hacia mí—. Ellos no investigarán lo sucedido, ¿verdad? Creen que el asesino se ha marchado y que sería demasiado enojoso buscarlo.

—Aquí pasa algo. Harsnet quería ocuparse personalmente del asunto, sin que nadie más interviniera.

—¿Quién es ese hombre?

—No sé nada de él.

—Pretenden enterrar el asunto —dijo con amargura—. Eso pretenden, ¿me equivoco?

—Veréis…

—Vamos, Matthew, no estuve casada casi veinte años con Roger sin aprender algo acerca de cómo funciona la ley. Por algún motivo desean que se olvide cuanto antes lo sucedido y, por tanto, no quieren removerlo.

—Esa es la impresión que da, en efecto. —Negué con la cabeza—. Si perdemos más tiempo es muy posible que nunca demos con el asesino.

—¿Me ayudaréis, Matthew, por favor? Soy una mujer, a mí no me harán ningún caso.

—Os doy mi palabra. Empezaré por visitar al forense Harsnet, ¿haréis compañía a Dorothy entretanto? —Tenía la sensación de que la pobre hacía ímprobos esfuerzos por mantenerse consciente. Mi amigo asintió—. En ese caso, acompáñame, Barak.

—Os habéis comprometido muy rápidamente —comentó Barak mientras me seguía a la escalera de Guildhall—. Diría que encontrar al asesino es lo único que la mantiene cuerda. No sé qué será de ella si fracasamos.

—No fracasaremos —aseguré, decidido.

Fuera, en la plaza adoquinada, vi la toga negra de Harsnet. Estaba conversando con un hombre alto y fuerte de unos treinta y tantos años, con una barba larga de color cobrizo. El caballero vestía con distinción un jubón verde con pasamanería de oro y una blusa que asomaba debajo, adornada con intrincados adornos españoles de encaje; iba tocado con un bonete rojo con pluma blanca, colocada en un ángulo garboso. La vaina de la espada que ceñía en la cintura era de cuero adornada con oro. Llevaba también una pesada capa. Normalmente habría titubeado a la hora de enfrentarme en público a un oficial del rey, sobre todo si estaba conversando con un hombre que a todas luces ostentaba una posición elevada, pero la ira me cegaba como nunca me había ocurrido en la vida, de forma que no dudé.

Ambos se volvieron hacia mí al acercarnos. El de la barba, cuyo rostro alargado resultaba atractivo, a pesar de la aspereza que lo caracterizaba, miró entonces a Harsnet con una sonrisa.

—Él tenía razón —dijo—. Aquí está.

Los miré y reparé en que el joven tenía la piel bronceada.

—¿A qué os referís, señor? —pregunté—. No entiendo. ¿Quién os dijo el qué?

Harsnet respiró hondo. De cerca, daba la impresión de soportar una gran tensión.

—Me dijeron que podríais estar en desacuerdo con el veredicto, maese Shardlake.

—¿Os dijeron? ¿Quién o quiénes os dijeron tal cosa?

El joven señaló con un gesto a Barak.

—Libraos de vuestro esbirro y os lo contaremos.

Barak le dedicó una mirada furibunda.

—Jack, dile a Dorothy que tardaré un rato y que será mejor que se vaya a casa. Luego iré a verla. Y tú acompáñalas.

Barak regresó a regañadientes a Guildhall. Cuando nos dio la espalda, me volví hacia Harsnet, que, al igual que su amigo, me observaba con suma atención. Tanta que empecé a sentirme un poco incómodo.

—Me atrevería a decir que habéis venido a preguntar por qué he aplazado la vista —indicó Harsnet en voz baja.

—Sí —respondí con brusquedad—. Cualquiera diría que no deseáis que se descubra al asesino.

El hombre alto soltó una risa amarga.

—Ah, en eso nos malinterpretáis, abogado —dijo con voz profunda y musical—. No hay nada en el mundo que sea más prioritario para nosotros.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque este asunto tiene implicaciones políticas —me interrumpió Harsnet. Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie lo oyese—. Alguien me advirtió que reprobaríais mi decisión. Ese alguien es el arzobispo Cranmer.

—¿Cómo?

Clavó en mí sus acerados ojos azules.

—¿De veras queréis encontrar al asesino de maese Elliard, por encima de todas las cosas?

Un escalofrío me recorrió la espalda ante la sola mención de Cranmer. De algún modo, la muerte de Roger tenía que ver con la alta política, la que se desarrollaba en un círculo en el que había prometido no volver a involucrarme jamás. Entonces recordé el estado en que había quedado el cadáver de Roger, y la desolada expresión de Dorothy.

—Sí.

El hombre que vestía con elegancia rio al oír mi respuesta.

—Mirad, Gregory, al fin y al cabo tiene agallas.

—¿Quién sois vos, señor? —pregunté con cierto atrevimiento, tanto que él obsequió mi insolencia con una mirada ceñuda.

—Es *sir* Thomas Seymour —presentó Harsnet—. Hermano de la difunta reina Juana.

—Así que cuidad vuestros modales, palurdo —gruñó Seymour.

Me quedé sin palabras unos instantes.

—Si aun así ponéis en entredicho mis acciones —prosiguió Harsnet, casi como si se disculpara—, sabed que tengo instrucciones de llevaros en presencia del arzobispo Cranmer.

—¿Qué está pasando aquí?

—Mucho más que la muerte de maese Elliard —me aseguró, mirándome a los ojos—. Algo realmente oscuro y terrible. Pero venid, nos espera un chinchorro que nos llevará al palacio de Lambeth.

Capítulo 9

Además de que una de las embarcaciones del mismísimo arzobispo Cranmer nos aguardaba en las escaleras de Three Cranes, cuatro remeros con la librea blanca del arzobispo ocupaban sus puestos. Harsnet les ordenó que se dirigiesen a toda prisa al palacio de Lambeth.

Tras el deshielo, el río estaba a rebosar de las velas blancas de las barcazas que transportaban de un lado a otro a la gente; gabarras que remontaban el río, y cuya tripulación hacía soplar cuernos para advertir a las embarcaciones menores que se apartasen de su rumbo, todas ellas bajo el cielo azul claro, mientras sobre la superficie del agua soplaba una brisa fresca. Por mi parte, me dio por pensar en las profundidades de las que habían asomado aquellos dos peces gigantescos.

A nuestra espalda contemplé el Puente de Londres, con las casas y las tiendas arracimadas y la imponente mole de la Torre detrás. En lo alto del arco del extremo sur del puente se alzaban al cielo elevadas estacas en cuyo extremo se veían las cabezas empaladas de quienes habían osado desafiar al monarca o provocar su enfado. Entre ellas, a pesar del tiempo que había transcurrido desde su ejecución, destacaba la de mi antiguo señor, Thomas Cromwell, así como las de Dereham y Culpeper, supuestos amantes de la ejecutada reina Catalina Howard. Recordaba haber visto a Culpeper en York, con todo su atractivo y orgullo de pavo real, y temblé al pensar que en ese momento me encontraba navegando de vuelta al mundo de la corte real.

—Sí, aún hace frío —dijo Seymour, interpretando incorrectamente mi temblor. Se había envuelto en la gruesa capa. Lo observé con disimulo. Sabía que era el hermano pequeño de la tercera reina del rey Enrique, Juana Seymour, que había fallecido al dar a luz a su heredero, el príncipe Eduardo. De ella se decía que fue la única de sus cinco esposas cuya pérdida lamentó el rey. El hermano mayor de Seymour, Edward, conde de Hertford, ocupaba un puesto de responsabilidad en la corte y había sido nombrado lord almirante de la Armada. Barak me había contado que *sir* Thomas era una especie de aventurero; jamás confiarían lo bastante en él para otorgarle un puesto en el Consejo Privado, pero sí le habían encargado cierto número de misiones lucrativas y recientemente había sido enviado en calidad de embajador a Austria, donde el emperador se enfrentaba al turco. Lord Hertford, junto con Cranmer, fue uno de los pocos reformistas serios que sobrevivieron en el Consejo Privado, después de la caída en desgracia de Cromwell, ocurrida hacía tres años. Se le tenía por un político serio y capaz, además de que había liderado, en calidad de comandante del ejército, la campaña que se había emprendido contra Escocia el otoño anterior, campaña que fue todo un éxito. Su hermano Thomas, no obstante, tenía reputación de ser un mujeriego irresponsable. Me bastaba con contemplar su atractivo rostro para

creerlo: el modo en que se envolvía en la capa, acariciando con suavidad el cuello de largo pelo, mientras surcaba la superficie del agua con la mirada, y en su rostro, bajo la poblada barba, larga, como dictaba la moda, se dibujaba una sonrisa. El conjunto de aquellos detalles hacían que pareciera alguien entregado por completo al placer. Harsnet, con sus facciones ásperas, los ojos serios y gesto de preocupación, constituía la otra cara de la moneda. Mientras el bote cabeceaba en el agua, en medio del río, me pregunté con cierto temor qué relación podía haber entre Thomas Seymour y el pobre Roger.

Alcanzamos en silencio la orilla opuesta, y de allí nos llevaron a golpe de remo hasta el palacio de Lambeth. Pasamos de largo por el hueco vacío donde se había erigido la estatua de san Thomas Becket, hueco ante el cual se inclinaban todos los remeros londinenses, a pesar de que la imagen del arzobispo que había desafiado a un rey había sido retirada y destruida. Pasamos por la Torre Lollards, donde se encarcelaba a los herejes. Recordé al brutal carcelero de Cranmer, a quien había tenido ocasión de conocer en York, y de nuevo me sacudió un escalofrío. Cranmer, consciente de que Cromwell confiaba en mí, me había obligado a emprender una peligrosa misión en ese lugar; sin embargo, tanto le había remordido la conciencia que llegó al punto de buscarme un puesto en el Tribunal de Apelaciones. Por lo visto, iba a volver a reunirme con aquel apasionado y torturado hombre temeroso de Dios.



Recordaba de mi última visita la sencilla puerta de roble del estudio de Cranmer. Harsnet llamó y entró; Seymour y yo lo seguimos.

Sentado ante un gran escritorio encontramos al arzobispo de Canterbury, que vestía hábito blanco y estola negra. Llevaba la cabeza descubierta, y el cabello oscuro empezaba a encanecer. Parecía tenso y preocupado. Las arrugas junto a las comisuras de los labios se habían hecho más profundas a lo largo del año anterior. Cranmer distaba mucho de considerarse un reformista extremado, pero siempre había vivido bajo la amenaza de los miembros más conservadores de la corte, muchos de los cuales lo habrían condenado a la hoguera de haber podido. El afecto que el rey sentía hacia él desde tiempos inmemoriales era lo único que lo mantenía a salvo. Sus ojos grandes y azules eran tal como yo los recordaba: llenos de pasión y conflicto.

Había otro hombre a su lado. Vestía una túnica negra, sencilla pero de buena confección. Su nariz prominente, el rostro alargado y la figura atlética eran tan parecidos a los de Thomas Seymour que solo podía tratarse de su hermano. Sin embargo, mientras que Thomas resultaba atractivo, los mismos elementos, con sus ligeros retoques, hacían de lord Hertford un hombre feo. Sus ojos eran grandes y saltones, la cara demasiado larga y delgada, y la barba se antojaba dispersa. No obstante, percibí una profundidad de carácter y voluntad en aquel Hertford vestido con sencillez, de la que su hermano carecía. Recordé que fue él quien, junto con

Cranmer, había encerrado a Adam Kite en Bedlam, cuando Richard Rich quiso condenarlo a un destino peor. *Sir* Thomas se quitó el bonete, hizo una elaborada reverencia y estrechó la mano que su hermano le tendía.

—Me alegra verte, Edward. —Se volvió hacia Cranmer y se inclinó ante él—. Milord. Como veis, lo hemos traído con nosotros.

—Sí, Thomas —dijo Cranmer con cierto hastío.

Reparé en que la mirada que dedicó al joven Seymour estaba cargada de desprecio. Se volvió hacia mí y me dirigió una de sus características sonrisas de tristeza.

—Bueno, Matthew Shardlake, henos de nuevo aquí, reunidos por extrañas circunstancias. Procurador Shardlake —añadió para recordarme el rango que había alcanzado gracias a su patronazgo. Y, volviéndose a Harsnet, preguntó—: ¿Es tal como temíamos?

Harsnet asintió antes de responder.

—Sí, milord. Exactamente como el anterior.

Cranmer intercambió una mirada con lord Hertford, y luego se quedó contemplando unos instantes las llamas que devoraban la leña que ardía en la chimenea. Comprendí que me hallaba en compañía de gente preocupada. Los dos reformistas más poderosos de la corte, trabajando juntos. Cranmer se volvió hacia mí con una sonrisa forzada.

—Bueno, Matthew, ¿cómo marcha el Tribunal de Apelaciones?

—Mejor cada día que pasa, milord. Quiero reiteraros mi agradecimiento por ayudarme a obtener el puesto.

—Se os debía —repuso, y de nuevo me miró atentamente.

Advertí entonces que, de hecho, todos me observaban con seriedad, a excepción de *sir* Thomas, que lo hacía con una sonrisa cínica. Me sentí incómodo. Fue *sir* Thomas quien rompió el silencio.

—En fin, ¿podemos o no confiar en el jorobado?

—¡No lo llaméis así! —protestó Cranmer, que no fingió su enfado—. Lo lamento, Matthew. —Y, volviéndose hacia *sir* Thomas, respondió—: Sí, creo que podemos confiar en él.

—Vino por nosotros como un perro rabioso cuando el forense aplazó la vista.

Cranmer me miró con los ojos entornados.

—Matthew, vos encontrasteis el cadáver —dijo en voz baja—, y manteníais una relación de estrecha amistad con el abogado Elliard y su viuda, según tengo entendido. ¿Hasta qué punto os habéis involucrado en esto?

—Prometí a la señora Elliard encontrar al asesino de su marido —respondí.

—¿Lo haríais por vos o por ella? —inquirió lord Hertford.

Me volví hacia él y, mirándolo a los ojos, dije:

—Por ambos, milord. Y lo prometido a la señora Elliard es una deuda de honor.

—¿Y honraríais esa deuda aunque resultara ser un asunto de política? —preguntó

Cranmer—. Pensadlo bien antes de responder, Matthew, pues recuerdo que en una ocasión me dijisteis que no deseabais volver a enredaros en tales asuntos. No obstante, tendréis que hacerlo, si de veras pretendéis ayudarnos a llegar al fondo de este misterio.

Titubeé. Thomas Seymour soltó una risotada.

—¡No tiene arrestos para hacerlo! —exclamó—. Y dijisteis que la última vez os falló, que nunca encontró esos documentos.

Incliné la cabeza. No quería que viera la expresión de mi rostro; de hecho, en aquella ocasión no había fracasado, sino que había decidido mantener en secreto cuanto había descubierto. El corazón me latió con fuerza al recordar de qué eran capaces aquellos hombres.

—Pensáis con claridad, tenéis experiencia y sois discreto —dijo Cranmer.

Respiré hondo. Por un instante vi con claridad el rostro de Roger, sonriente, animado, lleno de vida. Me encaré al arzobispo.

—Si puedo ayudaros en esto, milord, contad conmigo —dije, consciente del efecto de mis palabras.

Cranmer miró a los otros tres. Harsnet y lord Hertford asintieron; Thomas Seymour se encogió de hombros. Cranmer lo contempló ceñudo.

—El único motivo de vuestra presencia aquí, Thomas, es que vuestra casa podría sernos de utilidad; eso y vuestra particular relación con… ella.

Seymour enrojeció. Por un instante tuve la impresión de que iba a estallar. En lugar de ello, se quedó mirando a su hermano.

—El arzobispo tiene razón, Thomas —dijo lord Hertford, muy serio.

Sir Thomas asintió en silencio. Cranmer se volvió hacia mí para intervenir:

—Os preguntaréis, Matthew, qué implicaciones políticas puede haber en el asesinato de vuestro amigo.

—En efecto, milord.

Aspiró aire con fuerza, como reteniendo sus secretos por un último segundo.

—Vuestro amigo no es el primero que ha sido asesinado de esa horrible manera.

—¿Otra víctima del mismo asesino? —pregunté, azorado.

—Hasta el último horrible detalle. Se mantuvo en secreto debido a la identidad de la víctima. —El arzobispo señaló con la cabeza a Harsnet—. Contádselo vos, Gregory.

—Una mañana, hace un mes, a finales de febrero, un bracero se dirigía al trabajo en la ribera, y se encontraba más allá de los fangales que hay en la costa de Lambeth. —Hizo una pausa—. La ribera estaba cubierta de nieve y el río tenía una gruesa capa de hielo; sin embargo, la marea seguía creciendo y bajando, de modo que el agua fluía bajo el hielo, formando estanques a lo largo de la ribera sur. Aquella mañana, el bracero reparó en que el agua de uno de esos estanques estaba teñida de rojo y había algo flotando en ella.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—En efecto —dijo Harsnet, asintiendo con la cabeza—. El bracero encontró a un hombre flotando con la garganta cortada. Exactamente igual que Elliard en la fuente, y también en un lugar donde, más temprano que tarde, sería descubierto.

—Por Dios…

—Nuestro bracero avisó al alguacil, que a su vez fue a buscar al forense. —Harsnet me dirigió una mirada penetrante—. Mi colega el forense de Surrey es un buen reformista que se mantiene al corriente de las noticias de la corte. Cuando comprendió de quién se trataba, acudió a mí, puesto que sabía de mi relación con el arzobispo.

—¿Se ha abierto una investigación para esclarecer los hechos? —pregunté.

—No —terció lord Hertford—. Era vital que el asunto se mantuviese en secreto. —Me miró con firmeza con aquellos ojos saltones—. Y todavía lo es.

Harsnet tomó de nuevo la palabra.

—El fallecido era un hombre eminente —dijo—, el doctor Paul Gurney. —Hizo una pausa—. Y el médico de lord Latimer, difunto esposo de *lady* Catalina Parr. El doctor Gurney había atendido a lord Latimer desde que enfermó el pasado otoño, y lo visitaba constantemente en su residencia junto a Charterhouse.

De modo que esa era la conexión.

—Dicen que el rey corteja a *lady* Latimer —aventuré.

—Y no yerran —confirmó Cranmer.

—No podemos contarle todo —intervino Thomas Seymour—. Si se filtra, esto pondría en peligro la posición de esa noble dama.

—Matthew jamás revelaría una confidencia —aseguró Cranmer—. Si me da su palabra de mantener en secreto todo lo que le contemos, no faltará a ella. Y creo que comprenderá en qué posición nos encontramos. ¿Estáis dispuesto a jurar, Matthew, no decir nada relacionado con este asunto, exceptuando a los aquí presentes? Recordad que ello podría suponer que si damos con el asesino quizá no podríais contarle los pormenores a la viuda de vuestro amigo.

Titubeé antes de responder.

—¿Podré contarle que el asesino ha sido atrapado y que se ha hecho justicia?

—Sí. Y así se hará —respondió lord Hertford, inflexible, y me pareció percibir algo de la despiadada fuerza de aquel hombre adusto.

—En tal caso, lo juro, milord.

Cranmer se reclinó en su asiento, satisfecho.

—Continuad, pues, Gregory. Contádselo todo. Todo.

—Investigué, con discreción —continuó Harsnet—, pero no hallé pruebas. Al igual que sucedió con maese Elliard, el doctor Gurney era un hombre respetado en su profesión, que disfrutaba de muchas amistades y a quien no se le conocía enemigo. Era viudo y sin hijos, de modo que nos las apañamos para contar a sus amigos que había fallecido de muerte repentina, mientras dormía. Las investigaciones realizadas no han ofrecido pistas de la identidad de su asesino, ni motivos. Nada. Según las

discretas investigaciones llevadas a cabo, había salido de la residencia de lord Latimer a última hora de la noche anterior. Pasaba mucho tiempo allí, puesto que Latimer estaba en las últimas. Tenía un gran tumor en la espalda. Según parece, el doctor dijo al mayordomo que debía ir a la ciudad a atender un caso urgente.

—¿Le hicieron entrega de una nota, como sucedió con Roger?

—No que nosotros sepamos, aunque existe la posibilidad. El doctor Gurney ayudaba también a gente humilde que necesitaba de sus consejos. Y es posible que esa fuese la causa de su muerte.

—¿Se examinó el cadáver?

—No. Quizá debí ordenar que se hiciera. —Harsnet frunció el entrecejo—. Hoy ese moro nos proporcionó una pista importante, la relativa a la droga. Significa que deberíamos buscar a alguien con contactos entre la profesión médica.

—Y también entre los expertos en leyes. Un hombre de amplios conocimientos.

—Lo consulté con lord Hertford, y ambos decidimos que había que observar una absoluta discreción, procurar que estén al corriente tan pocas personas como sea posible. Catalina Parr estuvo casada diez años con lord Latimer. Ambos eran personalidades conocidas en la corte, y hacía tiempo que el rey le había echado el ojo a la dama. Cuando en enero se supo que lord Latimer no tardaría en fallecer, el rey le confesó a ella sus sentimientos. Ahora, según parece, le ha propuesto matrimonio.

—Otro marido anciano —masculló Thomas Seymour con amargura.

Recordé a Barak mencionando que corría el rumor de que alguien más estaba interesado en Catalina Parr. ¿Podía tratarse de Seymour? Ambos debían de tener una edad similar.

—Latimer pasaba de los cuarenta.

—Este sería un matrimonio seguro y sensato —dijo Cranmer—, y sabe Dios que hemos tenido pocos así. —Titubeó antes de explicar aquel comentario, pero, mirándome directamente a los ojos, continuó—: *Lady* Catalina está interesada en la reforma religiosa. Lo ha mantenido en secreto, puesto que lord Latimer era un conservador. Y ahora necesitamos un aliado más que nunca. El obispo Gardiner de Winchester ha vuelto al Consejo para trabajar codo con codo con el obispo Bonner, de Londres, y aplastar a los reformistas. Ni siquiera yo estoy a salvo.

Hertford negó con la cabeza y se volvió hacia Cranmer, pero este lo silenció levantando una mano.

—No, Edward, mejor será contárselo todo. Además, no tardará en saberlo todo el mundo. Matthew, los conservadores se mueven en diversos frentes. La campaña del obispo Bonner contra los predicadores londinenses no tardará en intensificarse. Y en breve se presentará ante el Parlamento la ley que limita la lectura de la Biblia a nobles y caballeros. No menciona a la gente humilde, ni a las mujeres.

Cranmer titubeó, y fue Harsnet quien intervino, en voz baja y con tono amargo.

—Arrancarán la palabra sagrada de Jesucristo de manos de la gente humilde —explicó.

Lo miré. Hablaba como un radical. Cranmer frunció levemente el entrecejo y prosiguió:

—Y, por último, pretenden atacarme. También a lord Hertford, pero sobre todo a mí. Ya se han producido arrestos de radicales entre los miembros de mi gabinete en Canterbury, y también en Windsor han sido arrestados algunos de los cortesanos jóvenes. A todos ellos los acusarán de herejía. Jóvenes insensatos y deslenguados que podrían terminar llevándome a la ruina.

Cuando reparé en que las mejillas le temblaban, comprendí que el arzobispo tenía miedo. Se recompuso, y volvió a mirarme.

—Lo que nos protege más que ninguna otra cosa es que el rey cuenta con reformistas moderados en la corte —intervino lord Hertford, serio como de costumbre—, gente en quien confía. Su médico, el doctor Butts. Su nuevo secretario, William Paget. Cuando gente como Gardiner y Norfolk le susurran palabras venenosas al oído, el acceso directo de los moderados al rey supone que pueden contrarrestar ese veneno. Una reina de inclinaciones reformistas podría ayudarnos más que ninguna otra persona.

—Pero ¿sería ese matrimonio seguro para ella? —inquirió Thomas Seymour—. Ana Bolena presionó demasiado al rey en lo religioso, y acabó ejecutada. Y Catalina Howard fue decapitada hace poco más de un año.

Recordé de nuevo lo poco que había visto de Catalina Parr durante el paso del cortejo fúnebre, su expresión de temor.

—Sí —admitió Cranmer—. No es de extrañar que la dama aún no haya aceptado. Por primera vez, Matthew, una candidata a esposa ha rechazado la propuesta de matrimonio del rey. Sin embargo, a pesar de su avanzada edad el monarca desea una compañera. Sé que *lady* Catalina ha puesto su decisión en manos del Señor. Esta situación no podría ser más delicada, porque se ha producido un asesinato extraordinariamente brutal relacionado con ella y encima ahora ha habido un segundo crimen, lo cual preocuparía al rey en caso de que lo averiguara, ya que es hombre supersticioso. Dos muertes carentes de sentido como estas bastarían para que la gente empezase a murmurar que el asesino está poseído.

—Ya lo hacen —señaló Harsnet—. Al principio temimos que el propósito del asesino fuera provocar un escándalo que hiciera peligrar las negociaciones matrimoniales. Pero, en ese caso, ¿por qué iba a asesinar de nuevo?

—¿Para llamar la atención sobre el segundo asesinato, de manera que este pudiera relacionarse claramente con la muerte del doctor? —sugerí.

—No ha sido así hasta el momento —dijo Cranmer—. Y no tiene que serlo. Esa es la razón de que decidiéramos archivar momentánea y oficialmente la muerte de maese Elliard. De modo extraoficial, no dejaré piedra sobre piedra hasta dar con el asesino. Y Catalina Parr, al igual que el resto, cree que el doctor Gurney murió víctima de un ataque repentino.

Por fin comprendía la tensión que se reflejaba en aquellos rostros. El rey no tenía

en muy alta estima a quienes tenían secretos con él. Comprendí que había vuelto a involucrarme en algo que podía indisponerme con el monarca. Algo peligroso. Esta segunda vez era posible que yo no sobreviviera. No obstante, había dado mi palabra; no había nada que pudiera hacer, excepto seguir adelante.

—La naturaleza de estas muertes es monstruosa —sentenció Cranmer, jugueteando con la cruz de plata que llevaba al cuello.

Thomas Seymour rio, burlón.

—No superan las cosas que he visto en Hungría —dijo, y apoyó la mano en la vaina adornada con hilo de oro—. Vi al derrotado ejército del emperador a su regreso de Budapest. No habían logrado arrebatárselo al turco, pero las huestes trajeron consigo un carro enorme cargado con cabezas de enemigos, con un turco vivo en lo alto de la pila, resbalando sobre ellas, cubierto de sangre y andrajos de los turbantes de los muertos. Todo el mundo rio cuando abrieron la portezuela posterior y el turco cayó rodando en medio de las cabezas de sus compañeros. —Sonrió; él también se había reído.

—Así es la guerra —dijo su hermano—. Cruel pero honorable.

Miré a Hertford, preguntándome qué cosas habría visto y hecho durante su campaña en Escocia.

—Bueno, Matthew —dijo Cranmer—. Tenéis una visión más fresca del caso que los aquí presentes, y conocíais bien al pobre Elliard. ¿Por dónde creéis que deberíamos comenzar?

Todos se volvieron hacia mí. Erguí cuanto pude la espalda y dije:

—Sugiero que investiguemos si Roger y el doctor Gurney tenían algún conocido o cliente en común. Aunque sería extraño que alguien odiara tanto a dos personas.

—He hecho una lista exhaustiva de los pacientes y amistades del doctor Gurney —dijo Harsnet.

—Y yo podría hacer lo mismo respecto de Roger. —Los miré, uno a uno—. Con la ayuda de la viuda.

—Muy bien. —Cranmer asintió—. Pero ella no debe saber nada de lo que le sucedió a Gurney. —Odiaba la idea de no poder mostrarme franco con Dorothy, pero comprendí que no había otro remedio.

—¿Qué edad tenía el doctor Gurney? —pregunté.

—Era mayor. Pasaba de los cincuenta.

—¿Y su complexión?

—¿Su complexión? —preguntó Harsnet, perplejo—. Era un hombre menudo, enjuto a juzgar por el aspecto de su cadáver.

—Igual que Roger. Nuestro asesino tuvo que llevar a Roger hasta la fuente del Colegio de Lincoln, y sin duda llevó a Gurney hasta el marjal. Parece escoger a sus víctimas entre hombres de corta estatura a quienes pueda llevar a cuestas.

—¿Qué opiniones tenía maese Elliard en cuestiones de religión? —preguntó Harsnet.

—Era reformista.

—Igual que el doctor Gurney. No obstante, con los tiempos que corren, era un reformista moderado —apuntó Harsnet en tono desaprobador.

—Roger también. Según parece, cada vez tienen más cosas en común.

—Lo cual refuerza la posibilidad de que todo esto esté orquestado por los papistas, para sabotear el matrimonio del rey —aventuró Harsnet—. Dios mío, esos son capaces de hacer cualquier cosa. Devorarían a los pobres protestantes como los animales pacen la hierba.

—Y vos, maese Shardlake —preguntó Hertford—: ¿cuáles son vuestras preferencias religiosas? Dicen que sois laodicense, un hombre de poca fe.

—Matthew no perjudicaría nuestra causa —intervino Cranmer—. Siempre y cuando considere que nuestros métodos son justos, ¿me equivoco? —De nuevo compuso aquella triste sonrisa—. Esto no será problema aquí.

—¿Quién es él para decirnos lo que es justo? Pero si es un abogado jorobado —se mofó Thomas Seymour.

Su hermano se volvió hacia él con expresión de furia.

—¡Por los clavos de Cristo, Thomas, te mantendré al margen de esto si dices una sola palabra más! ¡Te aseguro que este hombre nos será de más ayuda que tú!

Thomas Seymour se sintió escarmentado ante aquel recordatorio de quién tenía las riendas. Cranmer se volvió hacia mí.

—Matthew, os pido por favor que disculpéis de nuevo el comportamiento de *sir* Thomas.

—No tiene importancia, milord —respondí. Pero la tenía. ¿Qué hacía metido en ese asunto semejante patán insensato?—. Si se me permite —continué—, me gustaría entrevistarme con el trabajador que halló el primer cadáver, y visitar también la escena del crimen. Estas similitudes con la muerte de Roger son tan coincidentes que podrían ayudarnos.

Cranmer miró a Harsnet.

—¿Dónde podemos dar con ese hombre, Gregory?

—Ordené encerrarlo unos días para que comprendiera que debía guardar silencio. Ha regresado a casa, procuraré que alguien vaya a buscarlo.

—Gracias, forense. —Y, volviéndose hacia mí, Cranmer añadió—: Quiero que Gregory y vos trabajéis juntos en esto.

—¿Puedo involucrar a mi hombre, Barak? Nos sería de gran ayuda.

—Ah, sí, él. —El arzobispo sonrió—. Sí, sé que lord Cromwell confiaba en él. Pero a nadie más. Y nada de hablarlo con ese médico que fue monje en tiempos. No podrá ayudarnos con el doctor Gurney, quien lleva semanas enterrado.

—Comprendo.

—Me mantendréis puntualmente informado. Contactad conmigo aquí, y también por medio de mi secretario, Ralph Morice. No confío en nadie más.

—Así lo haré, milord.

Cranmer se levantó. Harsnet y yo lo imitamos, inclinándonos ante él.

—Gregory, Matthew —dijo Cranmer—. Rezo al Salvador para que seáis capaces de resolver este asunto.

—Amén, milord —respondió Harsnet con honda emoción.

—Tengo entendido que habéis llevado el caso de Adam Kite al Tribunal de Apelaciones —dijo Cranmer de pronto.

—Sí, milord. He solicitado que se satisfagan sus gastos y se aseguren los medios para cuidar de él. Y voy a hacer que un médico lo examine para comprobar el estado de su salud mental.

—Me encargaré de que el Consejo Privado no se entrometa en vuestro camino —prometió—. En cuanto a los gastos y cuidados de Kite, ayer se mencionó el asunto, y vuestro nombre constituyó una provocación para *sir* Richard Rich. ¿Quién es el doctor a quien halléis encargado la evaluación? ¿Se trata de Malton?

—El mismo, milord.

Cranmer asintió, pensativo, y luego me miró de nuevo muy serio.

—Ni lord Hertford ni yo queremos que suelten al muchacho, a menos que se haya curado hasta el punto de que exista la absoluta certeza de que no volverá a hacer ninguna absurda manifestación pública. Es imprescindible tenerlo a buen recaudo.

—En tiempos de adversidad, los cristianos debemos actuar con la sabiduría de una serpiente y la inocencia de la paloma —sentenció Hertford, apenado.

—Entiendo, milord.

—Espléndido —dijo Cranmer con una sonrisa—. Aseguraos de que ese viejo monje no convierte al muchacho en un papista.

Lo miré a los ojos. De modo que conocía el pasado papista de Guy; probablemente había llevado a cabo una investigación exhaustiva de él. Lord Hertford había escuchado el intercambio de palabras y al pasar por mi lado me miró con curiosidad. Inclinó levemente la cabeza y se alejó, dejándome a solas con Harsnet en el corredor.

—Lamento la manera en que tuve que dirigir la vista —dijo este tras meditar sus palabras unos instantes—. Espero que ahora comprendáis por qué era necesario que lo hiciese como lo hice.

—Lo comprendo —respondí, comedido. Me pregunté cómo sería trabajar con ese hombre. Era inteligente, sin duda, pero también debía de ser un radical religioso. Cuando hacía diez años el rey había desafiado al Papa para contraer matrimonio con Ana Bolena, había permitido que, para ocupar puestos en la corte, Thomas Cromwell nombrase a hombres que eran mucho más radicales en su afán reformista que él, incluidos luteranos. Desde la caída en desgracia de Cromwell, el rey había retrocedido con paso firme hacia las antiguas prácticas religiosas, y la mayoría de los reformistas radicales permitían que la fuerza del viento los doblegase, al menos en público. Sin embargo, quedaban algunos radicales que se aferraban a sus puestos con habilidad y astucia.

—Temo por *lady* Catalina Parr —dijo—. La conozco, y es una dama dulce y buena. Espero que el asesino no accediese al médico por mediación de un miembro de la casa de esta dama.

—No es así como llegó hasta Roger.

—No. Pero entonces ¿qué relación existe entre ambos casos? —Me miró muy serio—. Hemos de averiguarla, procurador Shardlake. Estoy de acuerdo en que sería útil que os entrevistarais con el hombre que encontró el cadáver del doctor Gurney. Yo mismo me encargaré de ello, y os enviaré una misiva en cuanto sea posible. Vos preparad una lista de todos los conocidos de maese Elliard: clientes, amistades, posibles enemigos.

—Sí, hablaré con su ayudante. —Respiré hondo—. Y en cuanto a la viuda… ¿Qué me decís del cadáver? ¿Podría disponerse de él para el funeral?

—Por supuesto —respondió Harsnet, pero advertí que se sentía incómodo.

—Gracias.

Oí que un reloj daba la campanada de la una. Tenía cita con los Kite aquella tarde en el Colegio de Lincoln, y antes tenía que visitar a Dorothy.

Anduvimos hasta el patio del palacio de Lambeth, donde nos saludó el fragante aroma a hierba húmeda, un olor casi olvidado tras las nevadas de las últimas semanas. Me volví hacia Harsnet.

—No comprendo el papel que representa *sir* Thomas Seymour en todo esto. Parece…

—¿Poco digno de confianza? ¿Un fanfarrón insensato? —El forense esbozó una sonrisa irónica—. Es todo eso y más. Un hombre presuntuoso, nacido para causar problemas. No hace más que chuparle la sangre a su hermano, como una sanguijuela. Pero no tenemos más remedio que cargar con él.

—¿Por qué?

—Thomas Seymour quería casarse con Catalina Parr. Y ella estaba enamorada de él. El cielo sabrá por qué, pero hasta las mujeres sensatas pierden en ocasiones la cabeza. El caballero tuvo que ceder el paso al rey. Sin embargo, ha obligado a su hermano a involucrarlo en esto. Para proteger los intereses de ella, dice. Si lord Hertford tiene una debilidad, esa es su devoción a Thomas. Pero Thomas es peor que un papista.

—¿Qué?

—Un ateo —dijo Harsnet, con evidente desagrado—. Alguien que niega la existencia de Dios.

Capítulo 10

Me despedí de Harsnet en la orilla del río, donde cogí una barcaza de vuelta a las escaleras de Temple, y desde allí fui andando hasta el Colegio de Lincoln. La ira que me había embargado después de la vista se había visto desplazada por el miedo; al pensar en los hombres poderosos que había en esa sala, la inquietud me hacía sentir un nudo en el estómago. Sin embargo, me dije a mí mismo que, al menos en esa ocasión, no había lugar para la ambigüedad: dada nuestra intención de atrapar al asesino, todos estábamos claramente en el mismo bando.

Fue un alivio encontrar a Barak trabajando ante el escritorio junto al joven Skelly. Hice un gesto a Barak de que se reuniera conmigo en mi despacho. Skelly nos contempló a través de las lentes que llevaba debido a que no veía bien, y lo hizo con expresión entristecida. Supuse que se sentía excluido, apartado de los sucesos que acontecían en el Colegio de Lincoln. En realidad, era mejor así: al menos estaba al margen de todo ello.

Lo puse al corriente de cuanto se había dicho en el palacio de Lambeth. Esperaba que se mostrase complacido ante la perspectiva de disfrutar de algo de acción, pero me escuchó en silencio y luego se sentó, ceñudo.

—Ese Thomas Seymour es un individuo peligroso —dijo—. Lord Cromwell no confiaba en él e impidió que ascendiera, a pesar de lo mucho que respetaba a su hermano.

—Los sentimientos que tiene hacia Catalina Parr complican más las cosas. Se lo tiene por un conquistador indiscreto. Parece que alguien indiscreto es lo último que necesita este asunto, si es cierto que Cranmer quiere mantener al rey al margen.

—Lo sé. Pero estoy obligado a prestarles mi ayuda, pues hice una promesa a Dorothy. Sin embargo, tú no tienes por qué involucrarte si no lo deseas —le advertí —. No hay motivos para que te pongas en peligro.

—No —dijo—. Os ayudaré. —A pesar de su compromiso, seguía pareciéndome algo desconcertado—. Aunque no entiendo nada. Un hombre a quien asesinan del modo en que fue asesinado vuestro amigo es un suceso extraordinariamente singular, pero el hecho de que haya otro cadáver…

—¿Podría tratarse de un loco? ¿De alguien que concibió un odio hacia Roger y ese doctor, quizá derivado de la creencia de que ambos le habían perjudicado?

—Un loco no podría haber organizado y llevado a cabo semejantes asesinatos.

—No. El asesino engañó a Roger con aquellas cartas. Quizá hizo algo parecido con el doctor. Los condujo a un paraje solitario, se las ingenió para dragarlos y, luego, los llevó a la fuente y al estanque respectivamente, donde los degolló. —Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Esa vez que ahuyentasteis a un merodeador cerca de la casa de los Elliard…

¿Quizá estaba inspeccionando Gatehouse Court para prepararse el camino?

—Eso supondría que no estaba familiarizado con el Colegio de Lincoln. Sin embargo, sabía lo bastante de leyes para falsificar la carta del notario que remitió a Roger, y también sabía lo bastante de medicina para ser capaz de preparar el bebedizo de belladona. —Negué con la cabeza. Se me ocurrió que, si aquella noche hubiese salido un poco antes de casa de Roger y Dorothy, podría haber topado con el asesino. ¿Me habría asesinado también, para evitar que pudiera identificarlo más adelante?

—No comprendo cómo ese cabrón llegó a conocerlos —dijo Barak—. Y tenía que conocerlos.

—Sí. ¿Y quién habría odiado tanto a Roger para montar esa escalofriante escena en la fuente? Porque lo hizo para llamar la atención, ¿no? Pretendía que lo encontraran así, en un lugar público. Y a juzgar por lo que me han contado, pasó lo mismo con el doctor Gurney.

Barak asintió.

—Cuando estuve trabajando para lord Cromwell tuve que vérmelas con cosas extrañas, asuntos muy desagradables. Pero jamás había oído nada parecido a esto. Jamás.

—Yo tampoco. —Hice una pausa y añadí—: Pero no sabemos lo suficiente para especular, de modo que tenemos que planificar los pasos lógicos a dar.

—De acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

—Primero voy a hacer una lista de los clientes y conocidos de Roger, para ver si existen coincidencias con los del doctor Gurney. Me acercaré al despacho de Roger para hablar con su ayudante, y con Dorothy. ¿Cómo se comportó durante el viaje de vuelta?

—Permaneció callada; pero era evidente que no estaba satisfecha con el desarrollo de la vista.

—Sí. —Suspiré—. Debo tener cuidado con lo que le cuento. Me gustaría que me acompañaras a visitar al hombre que encontró el cadáver del doctor en el río. Harsnet nos concertará una cita con él.

—¿Qué tal persona es Harsnet, ahora que lo conocéis un poco mejor?

—Diría que es uno de esos reformistas fanáticos. Sin embargo, también es realista, inteligente y eficaz. —Algo me vino a la mente en ese momento—. Muchos forenses no lo son, y nos encontramos en una situación en que convergen las jurisdicciones de cuatro forenses, los de Surrey, Kent, Middlesex y Londres. Creo que Harsnet tendría que comprobar si se han producido otros asesinatos como estos en otras jurisdicciones. Se lo sugeriré.

—Gib Rooke nos contó que un campesino fue víctima de un horrible asesinato.

—Pero no lo mataron de la misma manera que a Roger, o lo habría mencionado —dije—. Aunque, ahora que lo pienso, quizá valdría la pena hablar con él. Buena idea. Gracias, Barak. —Hice una pausa y añadí, con intención de darle ánimos—: ¿Ves cómo me eres de ayuda?

—Me alegra poder ayudar —dijo cabizbajo.

—¿Lo dices por Tamasin? —pregunté tras titubear.

Barak se encogió de hombros.

—Se ha estado quejando de que salgo mucho. No permitiré que una mujer me diga adónde puedo o no ir.

—Quizá no le preocupe tanto adónde, sino con quién —señalé.

—Sería mejor que dejara de quejarse y lloriquear, y así quizá me apetecería volver a estar con ella.

—Aún sufre por la pérdida del niño, Barak —dije—. Y creo que tú también. ¿No crees que podríais compartir vuestro dolor?

Comprendí por la expresión de furia que había asomado a su rostro que me había extralimitado.

—Eso es asunto nuestro —masculló—. Si vais a ver a la señora Elliard, señor, recordad que los padres de Adam Kite llegarán a las tres. —Se volvió sin más y abandonó mi despacho.



Mientras andaba a través de Gatehouse Court advertí que los abogados con los que me cruzaba me miraban con curiosidad. Algunos de los presentes en la sala habían difundido la noticia de que se había aplazado la vista, y varios miembros del jurado me habían visto abandonar el lugar con Harsnet y Seymour. Más no podría satisfacer su curiosidad. Entré en el despacho de Roger y saludé al ayudante.

—Buenos días, Bartlett —dije—. ¿Cómo va todo?

—Estamos copiando, señor —respondió con su acento de Bristol—. La señora Elliard me ha pedido que prepare el funeral. ¿Cree que podremos disponer del cadáver?

—Sí. El forense ha aprobado el traslado.

—Y esta semana hay dos casos en el tribunal.

Me mordí el labio inferior. En adelante no dispondría de mucho tiempo que dedicar a mi propio trabajo, y menos aún a los casos que Roger había dejado pendientes.

—Creo que tendremos que poner sus casos en manos de otro abogado —dije—. Habrá que encontrar alguno en quien podamos confiar para que pague por el trabajo que Roger ha dejado hecho. Puedo daros algunos nombres.

—Yo me encargaré de hacer un seguimiento y asegurarme de que pague, señor.

—Gracias —repuse con una sonrisa de agradecimiento.

—Maese Elliard siempre se portó bien conmigo. Era una buena persona —dijo el ayudante con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo era. —Titubeé—. Pero un abogado siempre se gana enemigos. ¿Había alguien, quizá un cliente, o tal vez otro abogado a quien ganó por la mano en un caso,

que querría vengarse de él?

—No se me ocurre nadie, señor. Nadie en absoluto. Todo el mundo apreciaba a maese Elliard, señor.

—Lo sé. Pero ¿podéis hacer una lista de todos los clientes y abogados con quienes mantenía tratos profesionales desde que regresó de Bristol? ¿Podríais tenerla acabada esta noche?

—Me pondré a ello, señor. —Bartlett dudó unos instantes—. Si me permitís preguntároslo…: ¿qué sucederá a partir de ahora? Dicen que la vista ha sido aplazada.

—Habrá una investigación, y yo tomaré parte en ella. Es todo cuanto puedo deciros por el momento, Bartlett. Esa lista podría serme de gran ayuda. —Reparé de nuevo en la expresión de absoluta honestidad que le caracterizaba—. ¿Qué haréis ahora? ¿Regresaréis a Bristol?

—Preferiría quedarme en Londres; tengo a toda mi familia aquí.

—Entonces veré si puedo conseguiros un trabajo en otro despacho cuando acabemos de atar los asuntos pendientes de Roger.

Se le iluminó el rostro.

—Gracias. Sois un buen hombre, señor.

—Eso espero, Bartlett. Aunque no todos estarían de acuerdo con eso.



Subí la escalera que conducía a las habitaciones. El viejo Elías respondió a mi llamada y se inclinó al verme. Me dio la impresión de que seguía conmocionado. Margaret asomó por la puerta del salón.

—¿Cómo se encuentra la señora? —susurré.

—Más tranquila, señor. Se enfadó tanto después de la vista que pensé que se vendría abajo, pero no lo ha hecho. Está sentada en el lugar de costumbre, junto al fuego. —Dudó antes de añadir—: Confía en que le traigáis noticias.

—Gracias, Margaret. Entraré a verla. —Reparé en que la joven tenía las mejillas pálidas. Las vidas de los miembros del servicio habían dado un vuelco, puesto que el futuro de todos parecía incierto.

Dorothy estaba sentada en su silla, bajo el friso. Cuando alzó la vista, sonreí. Estaba lívida, y en su rostro percibí ira.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué os fuisteis con ese forense?

—Para hablar de la investigación. Porque habrá investigación, Dorothy, y yo tomaré parte en ella. Eso os lo prometo. Y haré que mañana nos devuelvan el cadáver. Vos podréis encargaros de prepararlo todo para el funeral.

Me miró fijamente y dijo:

—Si saben que ha sido asesinado, ¿a qué ha venido esa… pantomima?

—Cosas de política. Antes de la muerte de Roger, se produjo otro asesinato de

similares características. No puedo deciros más, aunque querría hacerlo.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—Dios mío. Pero ¡si Roger no tenía nada que ver con la política! Despreciaba a todos los cortesanos.

—Lo sé. Pero debe de haber algo que lo relacione con… este asunto político. Me he comprometido a ayudar en la investigación.

—¿Con quién os habéis comprometido, Matthew?

—Con Cranmer. Y ya os he contado más de lo que debería.

—Pero si vos odiáis tanto la política como Roger… Os he oído decirlo a menudo.

—Sí, pero colaborar con esas personas es el único modo de asegurarme de que daré con el asesino de Roger. Ellos y yo vamos detrás de lo mismo. —Titubeé—. Trabajaré estrechamente con el forense Harsnet.

—Ese hombre, el modo que tuvo de tergiversar las cosas…

—Lo hizo para aplazar el caso y solucionarlo al margen de la atención pública. Si os sirve de algo, no creo que disfrutara lo más mínimo engañándoos.

Me miró con ojos tristes y cansados.

—Matthew, ¿y si os libero de la promesa que me hicisteis de encontrar al asesino de Roger? Sé que teméis a esos grandes hombres, como haría cualquiera con un mínimo de sentido común.

Sonreí con resignación.

—He dado mi palabra a Cranmer, Dorothy. Ya no está en nuestras manos.

—Me he convertido en una carga —repuso en tono lacónico—. Como por fuerza tiene que serlo cualquier mujer sola de mediana edad.

Me incliné hacia ella y me atreví a cogerle la mano.

—No, Dorothy. Sois una mujer fuerte. Sé que ahora todo esto parece demasiado, pero con el tiempo recuperaréis las fuerzas.

—He oído decir a ciertas personas que cuando el ser amado muere lo sienten muy cerca de su espíritu. Llevo días aquí sentada, esperando, pero… No hay nada. Únicamente siento que Roger ha muerto, que no existe.

—Necesitáis tiempo para superarlo.

—Pues ahora tengo por delante años de tiempo vacío.

Su sufrimiento me hizo sentir una gran aflicción.

—Hay algo que debo pediros —dije en voz baja—. Este no es el mejor momento, pero corre cierta prisa. Tenemos que ver si Roger y el otro hombre que murió tenían conocidos comunes. Bartlett está elaborando una lista de sus contactos profesionales. ¿Podríais facilitarme una lista de sus conocidos, incluidas las amistades que no formasen parte del ámbito profesional…?

—No teníamos. Roger había consagrado su vida a la abogacía.

—Pues comerciantes, el barbero, el sastre. Vuestros sirvientes… ¿Habéis despedido a alguien últimamente?

—No. A nadie.

—En fin, una lista me sería de gran ayuda.

—En tal caso, la prepararé ahora mismo —dijo.

Ordené a Margaret que fuese en busca de papel, y Dorothy se sentó a pensar; al cabo, anotó los nombres de todos los conocidos que Roger tenía en Londres y me tendió la lista.

—Ahí están todos —dijo.

La miré.

—Bien, esto nos ayudará.

—Cualquier otra cosa que pueda hacer para ayudaros, no dudéis en pedírmelo. El funeral tendrá que esperar a la próxima semana. Samuel me ha comunicado por carta que llegará procedente de Bristol. Y después, Matthew, vendréis a comer con nosotros. Entonces, nos sentaremos en paz a recordar a Roger.

—Será un placer.



Atravesé a toda prisa Gatehouse Court en dirección a mis dependencias, puesto que eran casi las tres de la tarde y me había saltado el almuerzo, de modo que estaba hambriento. Entre aquellos con quienes me crucé vi a cierta distancia a Bealknap, que caminaba algo encorvado, como siempre. Al sentir que alguien lo observaba se dio la vuelta, me dedicó una mirada de furia concentrada y siguió su camino. Pensé que quizá Roger no había tenido un solo enemigo en la vida, pero que yo sí lo tenía, y últimamente más que nunca. Hice un esfuerzo por apartarlo de mi mente.

Daniel y Minnie Kite me esperaban en el antedespacho. Meaphon se hallaba sentado a su lado, ceñudo. Tenía un ejemplar del Nuevo Testamento en las manos.

—Buenos días —dije dirigiéndome a Daniel y Minnie e ignorando abierta e intencionadamente a Meaphon.

—He recibido noticias del Tribunal de Apelaciones —me informó Skelly desde el escritorio—. La vista de maese Kite se celebrará el día cuatro de abril. —Me tendió un papel.

Leí la nota mientras acompañaba a los Kite y a Meaphon a mi despacho.

—Buenas noticias —dije cuando todos se hubieron sentado—. Mi petición para que el tribunal supervise los cuidados dispensados a Adam, y para que se sufraguen los gastos que puedan derivar de su estancia en Bedlam, será atendida dentro de nueve días. Además, lo he dispuesto todo para que el doctor de quien os hablé lo visite. Lo hará el próximo viernes. Yo también estaré presente.

—Ayer fuimos a ver a Adam —intervino Daniel Kite—. No se encuentra mejor.

—Me habló —intervino Minnie—. Fue la primera vez que me habla desde que lo encerraron allí. ¿Y sabéis qué fue lo que me dijo? Me dijo que podía oler el fuego, sentir los arañazos de los diablillos que le rascaban los brazos. Son las ladillas, tiene el cuerpo cubierto de ellas, pero eso es lo que él interpreta. —Negó con la cabeza y

apretó los labios con fuerza, intentando contener el llanto.

—Minnie —susurró Daniel.

—Esta es la razón por la que es mejor que continúe en Bedlam hasta que esté mejor —dije—. De lo contrario podría verse en serios problemas. Siempre y cuando cuiden de su salud, allí se encontrará mejor que fuera, al menos por ahora. No todos los guardianes son malas personas. —Pensé de nuevo en aquella amable mujer, Ellen, y en su peculiar afirmación de que nunca abandonaría Bedlam. Miré de reojo a Meaphon, esperando que se declarase en contra, pero, para mi sorpresa, asintió.

—Al fin y al cabo, quizá sea lo mejor —convino—. Los lobos papistas campan de nuevo a sus anchas. Los predicadores honestos han sido arrestados; ayer pasearon a uno como si de un hereje se tratara.

—Lo vi —dije.

—Pero si me permitieran pasar un tiempo con Adam, si pudiera intentar de nuevo convencerlo de que aceptara que sí puede salvarse…

—Veremos qué dice el doctor —lo interrumpí en un intento de ganar tiempo.

—Doctores… —masculló él con desprecio—. Pero ¿y si está poseído? Ese es mi temor, y va en aumento.

—¿Y si informan al Consejo Privado de que habéis estado allí? —preguntó Minnie—. ¿Y si tienen espías e informan de que estáis predicando una doctrina que desaprueban?

Meaphon sacudió la cabeza.

—Haré lo que pueda para salvar a Adam. —Cogió con fuerza el Nuevo Testamento, como si se tratara de una reliquia, de un talismán.

—Mi esposa tiene razón —opinó Daniel—. Si soltaran a Adam, podría hacer algo… peligroso. Y no está en condiciones de escoger convertirse en mártir. —Se volvió hacia mí—. Ya veremos qué opina el doctor. Eso es lo que tenemos que hacer a continuación. —Miró a Meaphon.

—¿Acaso descubro que la ambigüedad anida en los corazones de mis propios feligreses, hasta tal punto que no se me permite acudir junto al muchacho y rezar con él? —preguntó Meaphon con amargura.

Tanto Daniel como Minnie le sostuvieron la mirada, aunque ambos se sonrojaron.

—Os pondré al corriente de lo que diga el doctor —intervine al tiempo que me ponía de pie.

Sentía cierto placer poco profesional ante el hecho de que ambos hubieran desafiado a Meaphon, a pesar de que este había mencionado de nuevo la temible idea de la posesión. Era una victoria; pequeña, pero victoria al fin.

Capítulo 11

Al día siguiente llegó una carta de Harsnet. La trajo un correo de Whitehall, lo que me recordó que el forense tenía a su disposición recursos considerables. Me citaba para reunimos junto a los fosos de osos de Southwark a las ocho de la mañana del día siguiente.

El viernes salí temprano de casa para atravesar la ciudad a caballo en dirección al Puente de Londres, donde había quedado en reunirme con Barak. A pesar de haber dormido, estaba cansado, pero me sentía así desde la muerte de Roger. Soplaba una brisa fresca y las nubes altas se deslizaban rápidamente en el cielo azul. Observé que en un rincón herboso de Newgate Market, a la alargada sombra de Saint Paul, habían florecido los azafranes.

Había poca gente en los alrededores, y mientras descendía por Shambles, evitando los despojos de las carnicerías y el reguero de orines que fluía en medio del camino, me llamó la atención el fragor de una reyerta. En una esquina de Bladder Lane, un hombre corpulento con un delantal ensangrentado forcejeaba con tres alguaciles londinenses. A su lado, una mujer rolliza con blusón aferraba el brazo de uno de ellos e intentaba apartarlo. Tres niños pequeños corrían chillando a los pies de los adultos. Mientras observaba la escena, el alguacil logró librarse de la mujer, a quien empujó con fuerza. Esta fue a caer en un charco de agua sucia, con el faldón al aire y las alas de la cofia colgando sueltas. Los niños se precipitaron hacia ella, gritando.

—¡Ahora acércate sin hacer aspavientos! —ordenó a voz en cuello uno de los alguaciles al hombre, que dejó de resistirse y permitió que lo maniataran. Dudé antes de aproximarme a la mujer, que se incorporaba lentamente, cubierta de mugre, mientras los niños correteaban a su alrededor.

—¿Os encontráis bien, señora?

—No estoy malherida, si es eso a lo que os referís —respondió, mirándome con suspicacia.

—¿Qué ha pasado?

—Acusan a mi marido de haber vendido carne durante la Cuaresma, y lo llevan en presencia del obispo Bonner. —Reparó en mi toga—. Un abogado no servirá de nada si lo procesan, y de todos modos no tenemos dinero. ¡Mejor será que busquéis clientes en otra parte! —Dicho esto, entró cojeando en una tienda, seguida por los niños.

Uno de ellos, envalentonado por el tono de su madre, miró alrededor y, mientras la madre lo metía dentro, gritó:

—¡Jorobado!

Seguí mi camino, molesto, porque solo había pretendido ayudar. Pero si el marido

de la mujer era declarado culpable, probablemente acabaría en la horca. Recordé lo que Cranmer había mencionado respecto al empeño de Bonner de acabar con los reformistas.

Encontré a Barak esperándome en el Puente de Londres. Parecía despierto y alerta, no mostraba señales de haber bebido, y me saludó con alegría. Advertí que llevaba la espada.

—Bueno, veamos qué nos aguarda al otro lado del río —dijo, y el comentario me recordó lo fanfarrón que había sido en el pasado.

—Espero que algunas respuestas.

Cruzamos a pie el Puente de Londres hasta el embarcadero, donde debíamos reunimos con Harsnet. Allí estaba, vestido con una capa de pelo de marta sobre la toga, con todo el aspecto de un funcionario real. Vi que calzaba recias botas de montar, en previsión del paseo que nos esperaba por el marjal.

Harsnet levantaba la vista hacia donde la imponente estructura circular del foso de los osos desaparecía tras los tejados. Se volvió hacia nosotros con expresión sombría.

—Buenos días, maese Shardlake. Y buenos días tengáis vos también, Barak.

Barak hizo una reverencia. Harsnet miró de nuevo el foso y exhaló un suspiro.

—¿No os parece triste que nos divirtamos a costa de esos pobres e inofensivos animales?

—¿Inofensivos? —dijo Barak, mirándome. Recordaba la vez que me atacó un oso fugado, que estuvo a punto de matarme. No obstante, me mostré de acuerdo con Harsnet.

—Sí —repuse—. Es un deporte cruel. Nunca asisto a esos actos.

Asintió con aire aprobador.

—¿Habéis traído la lista de los conocidos de maese Elliard?

La saqué del bolsillo de la capa.

—La esposa de maese Elliard y su asistente me ayudaron. No saben de nadie que le deseara mal alguno.

—Al doctor Gurney tampoco se le conocían enemigos. Tengo su lista. —Extrajo un papel de la capa y ambos nos dispusimos a leer. Observé que algunos cortesanos e importantes mercaderes londinenses habían sido pacientes del doctor Gurney. Figuraban en la lista los nombres de lord y *lady* Latimer. Era tan exhaustiva como la mía, pero no había coincidencias.

—Nada. —Harsnet frunció el entrecejo—. ¿Puedo quedarme con la lista?

—Por supuesto.

Enrolló ambos documentos y los guardó en la capa.

—No obstante, ambos tenían mucho en común: la religión, la posición profesional, incluso el tamaño físico. ¿Qué empujó a ese monstruo a escogerlos precisamente a ellos?

—No lo sé. Pero me preguntaba…

—¿Sí? —me interrumpió, anhelante.

—Me preguntaba si se habrían cometido otros asesinatos. Aquí nos hallamos en las fronteras de Kent y Surrey. Los forenses no siempre se comunican entre ellos, y no siempre son eficaces. Como el forense Browne, por ejemplo.

—Tenéis razón, señor —admitió Harsnet—. Gracias —añadió, dedicándome una mirada de aprobación—. Hablaré con los demás forenses.

—Sé de al menos un caso más de asesinato en circunstancias peculiares que se ha producido recientemente a este lado del río. Uno de mis clientes me puso al corriente. Pensé que tendría que pedirle que me diera más detalles.

—Sí. Buena idea. Gracias. —Enarcó las cejas y aspiró con fuerza—. Y ahora debemos caminar hasta Lambeth. El hombre que halló el cadáver se reunirá con nosotros allí.



Anduvimos siguiendo la ribera sur. Las casas no tardaron en ceder terreno a amplios marjales, salpicados de cañas altas y verdes que se mecían al viento entre profundos estanques de aguas turbias. De vez en cuando asomaban trechos de terreno elevado, donde se extendían los cultivos de hortalizas junto a las casas de adobe de los labradores. Esa debía de ser una vida muy solitaria.

—El arzobispo Cranmer habla en términos muy elogiosos de vos —señaló Harsnet—. Dice que hace tres años, de no haber sido por un sirviente traidor, podríais haber salvado a lord Cromwell de caer en desgracia.

—Es muy amable por su parte. Aunque en estos tiempos prefiero mantenerme al margen de tales asuntos.

—Lo hacéis por vuestro amigo, por honor. —Asintió—. Está bien, es un gesto que os honra como cristiano. Se ven pocas muestras de honor en los círculos en los que me muevo, en la corte.

Descubrí que congeniaba con él, a pesar del mal pie con el que habíamos comenzado.

—¿Hace tiempo que sois forense real? —pregunté.

—No soy más que ayudante del forense. La mayor parte de mi trabajo está relacionada con las muertes ocurridas en Londres. Obtuve el puesto hace seis años. En tiempos de lord Cromwell, que Dios se haya apiadado de su alma. Corren malos vientos para los reformistas. Caminamos sobre la cuerda floja.

—Al venir hacia aquí vi que arrestaban a un carnicero. Su esposa dijo que fue por vender carne en plena Cuaresma.

Él asintió lentamente. Me pareció que estaba preocupado.

—En efecto. Esta mañana los alguaciles recibieron orden de apresar a todos los carniceros sospechosos de vender carne durante la Cuaresma. Serán interrogados, y no con buenos modos, para que confiesen los nombres de sus clientes. De modo que

quienes tengan depositada su fe en la palabra de Dios, en lugar de hacerlo en las antiguas normas de la Dieta, serán detenidos. Así es como Bonner nos hostiga esta vez. —Esbozó una sonrisa que más parecía una mueca desagradable—. Aunque quizá descubran algunos peces atrapados en la red que preferirían no tener que engullir. El conde de Surrey está acusado de no observar la Cuaresma. ¡Nada menos que el hijo del duque de Norfolk! ¿Habéis leído alguno de sus poemas?

—Me temo que no —respondí. Sabía, no obstante, que el hijo de una figura importante de la facción conservadora era un radical religioso a la vez que poeta.

—Ha compuesto un nuevo poema en prisión. Versa sobre Londres —dijo, Harsnet, y a continuación recitó:

¡Ah, miembro de la falsa Babilonia!
¡Sede de mañas! ¡De la ira cubil!
Tu terrible destino está pronto a cumplirse,
tu sangre de mártir, por obra del fuego y la espada.

Me acordé de cuando Roger recitaba a Roderick Mors. Por un instante se me apareció de nuevo su rostro. Suspiré y miré a Harsnet.

—Entonces ¿Surrey considera que Londres es la Babilonia a la que se hace referencia en el Libro de las Revelaciones?

—La cual será destruida cuando Dios se disponga a juzgar el mundo. —Me observó, atento a la respuesta que fuera a dar.

—Creía que la gente decía que Babilonia era Roma. El caso es que nunca fui capaz de encontrarle mucho sentido a ese libro.

Harsnet inclinó la cabeza.

—Si lo estudiáis con minuciosidad, veréis que Dios no se limita a predecir cómo terminará el mundo, sino cuándo. —Al ver que yo no respondía, sonrió con expresión melancólica.

—Esto está muy tranquilo —dijo Barak, rompiendo el silencio que siguió a las palabras de Harsnet.

Asentí. A excepción de nosotros, en el sendero no había nadie; a nuestra izquierda, poco más que un hilo de agua corría por el cauce del río y el fango borbollaba. A nuestra derecha, el viento mecía las cañas. Al otro lado del río, vimos los embarcaderos y las casas de Londres, el llamado «cubil de fuego» de Surrey.

—Estará transitado cuando empiece otra vez la temporada de trabajo —comentó Harsnet—. La gente caminará y cabalgará por este sendero todo el día. —Se volvió de nuevo hacia mí—: Dijo el arzobispo que representabais a Adam Kite. ¿Cómo se encuentra?

—Muy perturbado mentalmente. ¿Estáis al corriente del caso?

—He tenido ocasión de reunirme con su familia en una o dos ocasiones. Su vicario y el mío son amigos. Parecen gente seria y honrada.

—Lo son. —Me pregunté si se refería a reuniones ilegales de estudio de la Biblia.

—Sé que el reverendo Meaphon teme que maese Kite esté poseído —continuó Harsnet, muy serio—. Sea como fuere, creo que está mejor donde está. Si volviera a organizar un alboroto, Bonner podría convertirlo a él en motivo de espectáculo. En el centro de una hoguera.

—Ajá, señor —dije con sentimiento—. Estoy de acuerdo.



Estábamos llegando donde el río hacía un quiebro al sur, en dirección a Westminster. En el río se empezaba a percibir actividad en los embarcaderos, y algunas velas blancas salpicaban las aguas grises del Támesis. Unas nubes habían cubierto el sol. En nuestra ribera, las charcas que había dejado la marea alta salpicaban el fango aquí y allá. Al frente, de pie en el fango, junto a un pequeño estanque, distinguimos una solitaria figura recortada contra el cielo: era un anciano trabajador, vestido con blusón gris, tocado con un sombrero de ala ancha de cuero que ocultaba su rostro de piel curtida. Al acercarnos, nos observó con precaución y los ojos muy abiertos. Harsnet bajó al barro desde el sendero, y se estremeció al advertir que las botas se le hundían en el fango.

—¡Cuidado, señor! —exclamó Barak—. ¡Este barro podría tragaros!

Lo seguimos con cuidado hasta el lugar donde se encontraba el anciano. El estanque que había junto a él era circular y poco profundo.

—Buenas, Wheelows, ¿lleváis aquí mucho rato? —preguntó el forense.

El anciano nos dedicó una profunda reverencia, y al incorporarse vi que torcía el gesto. «Tiene problemas de espalda», pensé, solidarizándome con él.

—Pues media hora, señor. No me gusta esto. Me trae malos recuerdos. Y sigo teniendo la sensación de que me observan. —Miró en dirección a las cañas que había al otro lado del sendero. Estaba en lo cierto: aquel lugar era inquietante.

—Después de esto no habrá motivos para volver a molestaros —aseguró Harsnet, que me señaló con un gesto—. Aquí el caballero colabora en la investigación. Quiero que le contéis exactamente qué sucedió cuando hallasteis el cadáver del doctor Gurney.

Wheelows pareció irritado de repente.

—No sé cuántas veces habré contado ya esa historia…

—Pues hacedlo una vez más —pidió Harsnet con una sonrisa no exenta de firmeza.

—Fue hace tres semanas, cuando el terreno aún estaba cubierto de una buena capa de nieve. Me dirigía a Southwark para trabajar, porque están levantando casas nuevas a lo largo de Croydon Road…

—¿Dónde vivís? —pregunté.

—En el pueblo de Westminster. Caminaba por el sendero, al amanecer. El río

estaba congelado, pero la marea hacía de las suyas bajo el agua y creaba charcas y estanques como suele hacer. Iba caminando, ya digo, cuando algo me llamó la atención. Uno de los estanques tenía un color raro. Me detuve a investigar. Era rojo, de un rojo intenso. Al principio no podía creerlo. Entonces vi un bulto oscuro que flotaba en el agua, y me acerqué a mirar.

—¿Había huellas? —preguntó Barak.

—Sí.

—¿Cómo eran? ¿Grandes, pequeñas?

—Diría que bastante grandes. —El anciano negó con la cabeza—. Tanto rojo contrastaba con la nieve blanca; era como una especie de pesadilla. Hizo que se me revolvieran las tripas.

—El estanque es mucho mayor que la fuente —comenté—. A pesar de lo cual, toda el agua también estaba roja.

—Os sorprenderíais de la poca sangre que es necesaria para teñir de rojo el agua —apuntó Barak.

Harsnet lo miró sorprendido.

—Ese es un conocimiento peculiar para un ayudante de abogado. Claro que vos trabajasteis para lord Cromwell…

—Así es —repuso Barak.

Vi que el anciano Wheelows abría los ojos como platos ante aquel comentario. El nombre de Cromwell inspiraba temor, a pesar del tiempo que había transcurrido desde su ejecución.

—De modo que vino andando hasta aquí, con el cadáver a cuestas, lo arrojó al estanque y se marchó —dije.

Wheelows parecía asustado.

—He oído que hubo otro asesinato, muy similar, en el Colegio de Lincoln.

—Tenéis que mantener la boca cerrada en lo que a eso concierne —le advirtió Harsnet, severo.

—O eso, señor, o acabo en la prisión de Marshalsea —añadió Wheelows con cierto resentimiento—. Ya me lo advertisteis.

—Pues continuad con vuestro relato.

—Había un lugar, junto al estanque, donde la nieve estaba removida. También allí había sangre —prosiguió Wheelows.

Supuse que se trataba del lugar donde el asesino había degollado al doctor. Contemplé el estanque. El viento rizaba la superficie del agua.

—¿Qué hicisteis a continuación? —pregunté al anciano.

—Me metí en el estanque y le di la vuelta al cadáver. A juzgar por la ropa que llevaba comprendí que era un caballero. Estaba blanco como el papel, no tenía una gota de sangre en el cuerpo. Le habían rajado la garganta.

—¿Qué expresión tenía en el rostro?

Wheelows me miró entornando los ojos.

—Vaya, nadie me había preguntado eso antes. Pero era rara. Estaba como en paz, como si hubiera estado durmiendo.

«Belladona», pensé.

—Entonces ¿qué hicisteis?

—Fui corriendo a Southwark en busca del forense. Sé lo que hay que hacer cuando encuentras un cadáver. —Miró a Harsnet—. Desde entonces los caballeros no han dejado de interrogarme, y me han presionado para que lo mantuviera todo en secreto.

—Existen motivos de peso —dije.

—De modo que procurad hacer lo que se os dice. —Harsnet sacó un chelín del bolsillo y se lo dio a Wheelows—. Muy bien, ya podéis iros.

El anciano se inclinó ante nosotros, miró asustado el marjal, y luego se adentró en el fango entre gruñidos, caminando con dificultad hasta subir al sendero. Harsnet lo observó alejarse a buen paso en dirección a Westminster.

—No me gustó tener que encerrarlo —dijo—. Pero era necesario asustarlo un poco para que mantuviera cerrada la boca.

Asentí antes de volverme hacia el estanque.

—Las circunstancias son muy similares a las del asesinato de Roger. Alguien atrajo al doctor a una cita, lo drogó y luego lo transportó hasta este lugar. Después le cortaron la garganta y lo arrojaron al estanque. Por aquí pasa gente a diario, sobre todo cuando el río está congelado y los embarcaderos no sirven de nada. Si el anciano no hubiera pasado por aquí tan temprano, el asesino habría logrado montar otro… llamémoslo espectáculo.

Harsnet miró el sendero.

—Pero ¿cómo pudo arrastrar el cadáver hasta aquí? No es posible que el doctor Gurney accediera a reunirse en este lugar con nadie, y menos en plena noche.

Señalé el río con un gesto.

—Entonces la gente caminaba sobre el hielo. Había una capa muy densa. Supongo que el asesino se reunió con el doctor Gurney en la ribera opuesta, lo drogó allí y cargó con él hasta este lugar. —Negué con la cabeza—. Los asesinatos son idénticos y, en muchos aspectos, hablamos de hombres muy similares. Pero, aparte de las circunstancias en que murieron, ¿qué es lo que los relaciona?

—Debió de prepararlo todo pensando en la marea baja —señaló Barak—. Igual que ahora. Cuando subiera la marea bajo el hielo, el agua ensangrentada se filtraría por debajo hasta alcanzar la ribera, y el estanque.

La marea. El agua transformada en sangre. Les daba vueltas a aquellas palabras en la cabeza igual que me había sucedido con la alusión que había hecho el tesorero al agua de la fuente convertida en sangre. Aquellas frases me resultaban conocidas, pero ¿de dónde provenían?

Entonces Barak se acercó a Harsnet y a mí.

—No miréis, pero alguien está vigilándonos. En el montículo que hay detrás de

nosotros. He visto una cabeza recortada contra el cielo, aunque enseguida ha desaparecido. El anciano tenía razón.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Iré por él —dijo Barak, cuya mirada había recuperado la emoción que la caracterizaba.

—Es un marjal —le recordé, apoyando una mano en su brazo—. Ignoras tanto la profundidad del agua como el espesor del fango.

—Correré el riesgo —dijo Barak, que cruzó corriendo el sendero y se adentró entre las cañas.

Tras adentrarse él en el agua, advertimos que esta le llegaba a la altura del muslo, lo cual no le impidió seguir adelante. Harsnet y yo nos quedamos boquiabiertos. A unos cincuenta metros de distancia había un montículo cubierto de hierba. Por una fracción de segundo me pareció ver una cabeza, que desapareció al instante.

—Voy a seguirlo —dijo Harsnet.

Tuve que admirar el modo en que el forense fue tras Barak a pesar de que el barro le salpicaba la espléndida capa. Lo seguí, ahogando una protesta cuando sentí el frío del agua fangosa en las piernas.

Delante, vimos a Barak asentar los pies en tierra firme y mirar alrededor.

—¡Mierda! —exclamó.

Seguí a Harsnet hasta el montículo. Barak contemplaba el marjal. Estaba salpicado de chozas en la distancia, pero entre nosotros y ellas mediaba una amplia extensión de cañas que el viento mecía.

—Pensaba que si lograba encaramarme aquí y él echaba a correr, podría ver hacia dónde huía —explicó Barak—. Pero se ha esfumado.

—¿Adónde ha ido? —Harsnet observó el extenso y desierto paisaje—. Apenas han pasado unos minutos, tendríamos que verlo correr.

—Supongo que se habrá tumbado entre las cañas —dije—. Son perfectas para ocultarse.

—Entonces esperaremos —sugirió Harsnet con voz entrecortada—. Nadie podría permanecer echado entre esas cañas durante mucho rato. El agua está helada.

—Mirad esto. —Barak señalaba algo que había en el suelo. Era una especie de jergón de paja sobre el que apoyó la palma de la mano—. Sigue tibio —añadió—. Ha estado aquí tumbado, observándonos.

—En ese caso, sabía que vendríamos —dijo Harsnet, ceñudo—. Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible? —Miró alrededor, con la esperanza de advertir algún movimiento en el marjal, pero no vio nada.

Sentí un escalofrío. ¿Estaría oculto el asesino en el barro y el agua, observando nuestros movimientos? Harsnet inspiró con fuerza antes de hablar de nuevo.

—No pienso irme de este lugar hasta que anochezca. Tarde o temprano tendrá que moverse. —Se volvió hacia Barak—. Estupendo, veo que habéis traído la espada.

Barak levantó la vista al cielo, que a esa hora empezaba a oscurecer.

—Creo que va a llover.

—Mejor, así seguro que levantamos la presa.

Los tres nos dispusimos a aguardar, atentos. De vez en cuando un ave levantaba el vuelo, pero por lo demás no hubo movimiento alguno, ni siquiera cuando comenzó a llover con fuerza y quedamos empapados. Yo me sentía más incómodo por momentos, y me dolía la espalda. Cuánto peor tenía que ser la sensación de incomodidad para alguien tumbado entre el fango.

Harsnet me observó, pensando probablemente que yo serviría de poco si había que enfrentarse a alguien.

—Marchaos —dijo—. Barak y yo nos encargaremos de esto.

Barak estaba sentado en el jergón, pero el forense permanecía de pie, como una roca.

—¿Queréis que vaya en busca de hombres con los que organizar una batida? —propuse.

—No. Podría estar en cualquier parte. Nos llevaría horas. Esperaremos hasta que se mueva. Siempre y cuando Barak pueda quedarse aquí conmigo.

—Por supuesto.

Los dejé vigilando y volví por el sendero. Un par de hombres que pasaban me miraron con extrañeza cuando me crucé con ellos con la túnica y las botas manchadas de barro. Eché un vistazo hacia atrás, en dirección al montículo cubierto de hierba, donde distinguí a Harsnet recortado contra el cielo, montando guardia cual ángel vengador.

Capítulo 12

Una hora después, franqueé las puertas de Bedlam y me acerqué al edificio principal. En esa ocasión, oí los gritos de dos personas, pero no alcancé a entender lo que decían. No quería entrar. Un asesino monstruoso y un joven trastornado; daba la impresión de que a lo largo de las últimas dos semanas había dejado atrás el mundo normal, con sus pasiones normales, para adentrarme en un territorio nuevo y aterrador. Recordé el calor y la agradable compañía de la última cena que compartí con Roger y Dorothy. Él había muerto, y ella era una sombra de sí misma sumida en la pesadumbre. Me preocupaba, y no podía quitármela de la cabeza. Pensé en Barak y Harsnet, quienes aguardaban a la intemperie en los marjales de Lambeth, y recé para que ambos atrapasen al asesino de Roger. Había sido terrible el contraste entre la violencia de aquella segunda e idéntica muerte, con la extrema aridez del paisaje, con el silencio sobrecogedor donde el asesino permanecía tendido, a menos que algún extraño hubiese escogido acampar en aquel montículo; claro que eso no parecía posible.

Ante la puerta del manicomio, respiré hondo y llamé. Fue el propio guardián Shawms quien respondió. Quizá había estado observándome desde una ventana mientras me acercaba. Tenía una expresión severa en el rostro. Entonces oí los gritos de antes con total claridad —«¡Soltadme, soltadme!»—, seguidos del sonido metálico de unas cadenas.

—Ah, estáis aquí —dijo—. He sido notificado por el Tribunal de Apelaciones en relación con los cuidados que dispenso a Adam Kite. Me han citado para el día cuatro de la semana que viene.

—Magnífico —dije—. Es para pediros que informéis acerca de su estado con cierta regularidad.

—No tengo tiempo para andar de tribunal en tribunal —masculló—. Vos me acusáis de que no cuido de él.

Me acerqué a Shawms. El aliento le apestaba a alcohol.

—Es que no lo hacéis, granuja. Pero la orden del tribunal os obligará a hacerlo. Ahora dejadme entrar, que tengo que ver a mi cliente.

Se apartó, sorprendido por la ira que transmitía mi voz. Pasé por su lado, satisfecho de haberlo tratado de ese modo. El griterío se hizo más audible.

—Un hombre que afirma ser médico aguarda vuestra llegada —dijo Shawms—. Tiene la piel negra como el carbón. Como si no tuviera suficiente con ese muchacho trastornado que saca de sus casillas a todo el mundo, ahora tenéis que traerme aquí a un moro para aterrorizar a los buenos cristianos. El Sabio Encadenado lo vio pasar con esa túnica que lleva. Lo condenó a arder en el infierno, y juró que volvería de entre los muertos para atormentarlo de por vida. —Hizo una pausa, y añadió—: Venid

a verlo, señor, ¡comprobad con qué tengo que vérmelas!

Echó a andar a buen paso por el corredor. Lo seguí a regañadientes, pero pensé de nuevo que debía averiguar todo lo posible acerca de lo que sucedía en aquel lugar.

Había una rejilla abierta en una de las últimas celdas del corredor. A través de ella vi a Hob Gebons y otro guardián forcejear para encadenar a un hombre de mediana edad, que vestía una sucia camisa blanca y calzones negros. El cabello ralo, castaño, enmarcaba un rostro alargado y ascético. En aquel momento permanecía callado y jadeaba de cansancio. Los dos guardianes le habían atado las manos en el regazo, y uno le estaba pasando unos grilletes alrededor del tobillo, para sujetarlo a una argolla que había en el suelo. Sentí un escalofrío. Aquella visión me hizo recordar mi breve pero aterradora experiencia en la Torre de Londres.

—¿Es necesario? —pregunté a Shawms.

Se oyó un sonido metálico cuando el hombre se volvió para mirarnos. Se mostró asombrado al distinguir la toga de abogado debajo de mi capa. En un abrir y cerrar de ojos adoptó una expresión enajenada e intentó librarse de los guardianes y abalanzarse sobre mí.

—¡Y ahora un abogado! —exclamó—. ¡Primero el fantasma de Pellman, y ahora el diablo me envía un abogado para atormentarme!

—¡Estate quieto, trastornado! —gruñó Gebons, al tiempo que se volvía hacia la puerta—. Maese Shawms, cerrad la rejilla, os lo ruego.

Shawms asintió, cerró la rejilla y se volvió hacia mí.

—¿Veis con lo que tenemos que bregar? Os habría despellejado la cara de haber podido. Su familia paga para que lo tengamos aquí, o sabe Dios qué sería capaz de hacer. Ahora os llevaré a ver al doctor Malton. Lo he metido en el salón, para que los pacientes puedan quedarse embobados mirándolo. Los que andan por ahí están bien —añadió—. No son violentos.

Le seguí, conmocionado aún por la violencia con que aquel hombre había intentado agredirme.



En el salón ya no cabía una aguja. La anciana Cissy se hallaba sentada en su rincón, zurciendo, mientras un hombre y dos mujeres jugaban a las cartas en una mesa. Era una escena bastante normal. La guardiana Ellen, a quien yo había visto en compañía de Cissy, la misma que me había asegurado que jamás abandonaría Bedlam, no estaba. Sentí cierta decepción, porque ella me tenía intrigado. Guy se encontraba sentado en un taburete que había junto al fuego, haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad de Cissy y los jugadores de naipes. Al igual que solía sucederle cuando sentía que la compañía podía mostrarse hostil, daba la impresión de haberse refugiado en sí mismo.

—Guy —dije—. Gracias por venir. ¿Os he hecho esperar demasiado?

Se levantó.

—He llegado temprano. —Me dedicó una sonrisa amable—. Los residentes parecen encontrarme interesante.

—Vamos a ver a Adam. —Me acerqué a la puerta, dispuesto a alejar a Guy de aquellas miradas curiosas. Entonces, una de las mujeres que jugaban a las cartas, alta y de unos cuarenta años, se puso en pie de golpe, hizo volcar la silla y me provocó un buen sobresalto.

—Jane… —dijo otra mujer, cogiéndola del brazo, pero aquella logró librarse y se acercó a nosotros. Para mi sorpresa, se agachó, asió el repulgo de la falda y la levantó, dejando al descubierto sus partes pudendas, una mata de pelo gris que contrastaba con el blanco de la piel. Acto seguido, nos miró de soslayo.

—No deberíais iros sin ver esto —dijo, y se echó a reír.

—¡Qué vergüenza, pero qué vergüenza! —exclamó Cissy desde el rincón.

Los jugadores de cartas cogieron a Jane de los brazos, que continuaba riendo histéricamente, y la falda volvió a cubrirla.

Guy me puso una mano en el brazo.

—Venid —dijo, y abandonamos el salón.

—Dios mío —musité.

Detrás de nosotros, la risa enajenada de Jane se convirtió en llanto cuando los demás le reprocharon su comportamiento, acusándola de malvada, de ser una puta. Guy negó con la cabeza.

—Mientras aguardaba era capaz de percibir el sufrimiento que había en aquella estancia, tras las miradas de curiosidad de esas personas.

—Pues aún no habéis visto nada. ¡Shawms! —llamé.

El guardián no se presentó, pero la mujer, Ellen, salió de una sala cercana. Un manojo de llaves le colgaba del cinto del blusón gris. Contempló un instante a Guy y luego se volvió hacia mí.

—Pero ¿qué sucede, señor? ¿A qué se debe todo ese ruido en el salón?

—Una de las mujeres ha hecho… una exhibición. —De pronto me di cuenta de que estaba sonrojándome.

—Jane, supongo. —Suspiró—. Señor, ¿habéis venido a ver a Adam Kite? Os dejaré entrar, pero luego tendré que ir a comprobar qué pasa en el salón.

Nos llevó a la celda que ocupaba Adam, abrió la rejilla y miró al interior antes de descorrer el cerrojo y abrir la puerta. Oí un murmullo de rezos procedente del interior.

—Está como de costumbre, señor —dijo Ellen—. Y ahora debo ir a ver a los demás. —Hizo una rápida reverencia, se volvió y se alejó en dirección al salón. Entró en él y la barahúnda cesó. El Sabio Encadenado parecía haberse callado.

—Una guardiana —dijo Guy—. Sorprendente.

—Al menos ella parece tratar bien a los pacientes. Me advirtió acerca de Shawms. Ahora tenemos que entrar. Os lo advierto, no va a gustaros.

—Estoy listo —repuso en voz baja.

Encabecé la marcha. La orden del tribunal había tenido sus consecuencias: la estancia olía mejor, ardía un modesto fuego y había paja fresca en el suelo; además, Adam vestía ropa limpia. Pero estaba como siempre, delgado como un junco y acuclillado en un rincón, de espaldas a nosotros, rezando atropellada y desesperadamente.

—Dios, por favor, dime que me salvaré, dime que me salvaré por Tu gracia…

Guy miró a Adam un segundo, y luego se recogió la túnica y se agachó junto a él con una agilidad considerable para alguien de su edad. Miró a Adam a la cara. El joven le dedicó una mirada de soslayo. Abrió un poco más los ojos al reparar en el inusual color de la piel de Guy, pero solo por un instante, pues al cabo volvió de nuevo la cabeza y continuó rezando.

Guy estiró el cuello para mirar a los ojos del muchacho. Esperó a que Adam hiciera una pausa, entonces respiró hondo y preguntó con suavidad:

—Adam, ¿por qué crees que Dios te ha abandonado?

Hubo un destello en los ojos de Adam, y comprendí que la pregunta había calado hondo en él.

—No —susurró, furibundo—. ¡Si rezo, si me humillo ante Él, me demostrará que lograré la salvación!

—¿No vas a levantarte? Me gustaría hablar contigo y soy demasiado viejo para permanecer en esta posición por mucho rato. —Cogió del brazo a Adam, que apretó con fuerza los dientes e intentó apartarse. Guy le soltó—. De acuerdo —dijo—. Este pobre anciano también tendrá que acuclillarse.

—¿Quién sois? —preguntó Adam; eran las primeras palabras que le había oído pronunciar que no estaban dirigidas a Dios.

—Soy médico. Quiero averiguar por qué crees que el Señor te ha abandonado.

—Él no me ha abandonado —afirmó Adam en tono amenazador.

—Pero no te ha asegurado la salvación…

—Aún no. He leído la Biblia y rezo, y rezo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas —. Pero no me da la certeza de que esté salvado.

—Eso es duro.

—El reverendo Meaphon rezó conmigo durante días. Me ató tal como prescribe el Libro. Pero me desmayé.

—Rezas con tal denuedo… —comentó Guy—. Dime, ¿oirías la voz de Dios si Él te respondiera?

Adam frunció el entrecejo y miró a Guy con suspicacia.

—¿Cómo iba a no oírlo?

—Porque tu temor es tan intenso que lo impregna todo. ¿Es el infierno a lo que temes?

—A la condenación eterna —susurró Adam en un tono tan bajo que Guy tuvo que inclinarse para oírlo—. Anoche tuve un sueño.

—¿De qué trataba?

—Yo iba en un carruaje, parecido a uno de esos en los que van los ricos. Era un carruaje negro, tirado por cuatro caballos negros. Avanzábamos por un camino entre campos pardos y árboles de ramas desnudas. Me pregunté adónde me llevaban. Entonces atravesamos un pueblo y la gente salió de sus casas y dijo: «Lo conducen a lo más profundo del infierno. ¡Apiadaos por lo mucho que sufrirá, pues es tan malvado que tendrán que llevarlo a lo más profundo del infierno!». Miré al frente y vi un fulgor rojo en el horizonte, seguido de un calor intenso y un olor a azufre.

—¿Quién conducía el carruaje? —quiso saber Guy.

—No lo recuerdo. —De pronto, Adam se echó a llorar, desesperado.

Guy le puso la mano en el hombro.

—Llora —dijo—. Sí. Así.

Vi una honda tristeza en sus propios ojos. Cuando había conversado con su aprendiz acerca de las entrañas del cadáver de Roger, Guy se había mostrado tan frío y racional que sentí una irrazonable punzada de cólera.

Al cabo, Adam dejó de llorar. Guy intentó convencerlo de nuevo de que se pusiera en pie, pero el muchacho seguía resistiéndose.

—Tengo que rezar —dijo en tono cansino—. Por favor, he perdido mucho tiempo hablando, debo rezar.

—Muy bien, pero permíteme hacerte una pregunta: ¿por qué crees que Dios te inflige este sufrimiento? ¿Crees que te ha escogido?

—No. —Adam negó vigorosamente con la cabeza, pero sin mirar a Guy—. Todos tendrían que temer el infierno, como hago yo. En nuestra Iglesia conocíamos la verdad, esto es, lo que aguarda a quienes no están salvados, a los pecadores.

—Y los demás creyentes, los feligreses del reverendo Meaphon, ¿también son pecadores?

—Sí, pero Dios les ha hecho saber que serán perdonados; se cuentan entre los elegidos, los que se salvarán.

—Pero tú no estás entre ellos.

—No. —Adam se volvió hacia Guy—. Sé que no estoy salvado. El reverendo Meaphon dice que es el diablo que llevo dentro. Debo rezar a Dios, rogarle que me libere de él. Que me salve. Y ahora dejadme. ¡Dejadme!

Me sobresalté. Adam nos dio la espalda y reanudó su desesperada letanía.

—Dios, atiende mi plegaria. Te lo ruego, escúchame…

Guy se levantó y me hizo un gesto de que lo siguiese fuera. A juzgar por su expresión, estaba furioso.

—¿Podríais ir en busca de alguien que cuidase de él? —dijo—. Me refiero a la mujer, no al imbécil que está a cargo.

—Por supuesto. —Atravesé el corredor hasta llegar al salón. Encontré el lugar sumido de nuevo en el silencio. Cissy cosía y los jugadores continuaban con sus naipes. Ellen se les había unido y estaba sentada a la mesa. Vi que Jane tenía el rostro bañado en lágrimas. Al verme, hundió la cara entre en las manos.

—Señorita Ellen, el doctor Malton querría conversar con vos —indiqué con cierta torpeza.

La guardiana se levantó y al hacerlo las llaves le tintinearon en la cintura. Me condujo fuera de la sala.

—Lamento la exhibición de Jane —dijo—. No imagináis lo mucho que lo lamenta ahora, pero me temo que presenciar las muestras del comportamiento perturbado de los pacientes es el precio que los visitantes deben pagar.

—Comprendo.

—Hoy habrá que vigilarla, o podría hacerse daño a sí misma.

Guy se encontraba en el corredor, mirando el interior de la celda por la rejilla. Se volvió hacia Ellen con una sonrisa en los labios.

—Dice mi amigo que os habéis mostrado amable con Adam.

Ellen se sonrojó.

—Intento serlo.

—Está muy enfermo.

—Lo sé, señor.

—Es absolutamente indispensable que siga encerrado, no debe salir o volverá a hacer algo para llamar la atención. Pero resulta imprescindible que lo mantengáis limpio, y que lo obliguéis a comer, por mucho que se niegue. También debéis procurar, pero con suavidad, distraerlo mediante rutinas, como comer, mantenerse caliente y demás.

—¿Cómo hacemos con los que no dejan de llorar o los que sufren de melancolía, a quienes es necesario animar? Pero es que con Adam es mucho peor que en esos casos, señor.

—Lo sé; pero ¿podréis hacer lo que os pido? ¿Y colaborarán los demás guardianes?

—Algunos sí, otros no, señor. Pero le diré a Shawms que esas son vuestras instrucciones. —Sonrió—. Creo que le tiene un poco de miedo al procurador Shardlake.

—Bien. Gracias. —Guy me dio una palmada en el hombro—. Vamos, Matthew, busquemos un lugar donde podamos hablar. Por una vez siento la necesidad de tomar un buen trago.



Entramos en una taberna cercana. Me acerqué al mostrador y me agencié una botella de vino y dos tazas. Encontré a Guy sentado, ceñudo y con cara de preocupación.

—El muchacho… Adam, reparó en el color de mi piel —dijo de pronto—. Hubo un destello de sorpresa en sus ojos.

—Sí, me di cuenta.

—Eso me hace albergar esperanzas; eso y haberlo hecho hablar, aunque sea poco.

Demuestra que podemos distraerlo de sus rezos.

—Resulta terrible verlo así. Esa historia de que lo conducían al infierno…

—Padece mucho, en efecto. Está desesperado.

—Ese lugar… —dije, negando con la cabeza en un gesto desaprobador.

—Siempre y cuando no tengan familia que cuide de ellos, hay quienes están mejor internados en Bedlam. De otro modo, irían por la ciudad mendigando, o vagabundearían como salvajes por los bosques. Ya hay muchos que lo hacen. Y Adam correría peligro si viviera fuera.

—¿Qué pensáis de su caso? Parece extremo, sin esperanzas.

Guy reflexionó antes de responder.

—Permitidme preguntaros algo —dijo al cabo—: ¿qué creéis que piensa Adam Kite de sí mismo?

—Que Dios lo ha abandonado.

—Eso es lo que piensa acerca de Dios; ahora bien ¿qué piensa de sí mismo?

—Que no es merecedor del amor de Dios.

—Sí. Se odia a sí mismo. Y siempre ha habido personas que se odian a sí mismas, que no se consideraban dignas de que las amen.

—Debemos recurrir a la razón para enfrentarnos a ese sentimiento —sugerí.

—Vamos, Matthew —arguyó Guy con una sonrisa—, si fuera tan fácil… Nuestra mente se rige más por las pasiones que por la razón. A veces pierde el control. —Puso los ojos en blanco unos instantes, al igual que cuando lo encontré sentado en el salón, como si mirase dentro de sí mismo. Frunció el entrecejo y añadió—: ¿Y por qué? En ocasiones, aprendemos a odiarnos a nosotros mismos desde que somos niños.

—Supongo que sí. —Había descubierto, a través de los insultos y el rechazo que sufrí en mi infancia, que mi malformación era aterradora y vergonzosa para muchos.

—Y estos feligreses radicales tienen que odiarse a sí mismos más que nadie —prosiguió—. A pesar de sus desvaríos, se sienten indignos. Si se salvan del infierno se deberá únicamente a la misteriosa gracia divina.

—Cuando llegue el fin del mundo… O sea, en cualquier momento, o eso afirman muchos.

—Siempre ha habido feligreses dispuestos a anunciar la inminencia del Apocalipsis. Pero entre los radicales eso se da más a menudo, y Adam fue educado en ese ambiente. ¿Cómo dijeron sus padres que se desató su enfermedad?

Le conté lo que me habían explicado los Kite, que Adam había sido un niño feliz y extrovertido hasta que un buen día, hacía no mucho tiempo, empezó a encerrarse en sí mismo hasta alcanzar su estado actual.

—Son buenas personas —concluí—. Viven dominados por su párroco, un hipócrita amante del dogma llamado Meaphon, aunque la preocupación que sienten por su hijo los lleva poco a poco hacia una posición más independiente, sobre todo a la madre de Adam.

—Me gustaría conocerlos. —Guy se acarició la barbilla—. Estoy convencido de que tuvo que pasar algo que desató la enfermedad. Su sueño podría servirnos de pista. La gente a la que veía desde el carruaje decía que era tan malvado que tendrían que llevarlo a lo más profundo del infierno… Creo que él sabe quién conducía el carruaje. Si descubriese de quién se trata, me sería de mucha ayuda para curarlo.

—Puede que estéis dando demasiada importancia a un sueño, Guy.

—Los sueños constituyen una guía para el conocimiento. Son un camino. —Negó con la cabeza—. Qué extraño me resulta oír que esa pobre criatura fue en tiempos un joven fuerte y feliz. La locura puede perturbar el cuerpo tanto como perturba la mente.

—¿Volveréis a visitarlo? —pregunté.

—Si vos y los padres del muchacho lo deseáis…

—Sí. —Lo miré con curiosidad—. No sabía que habíais trabajado con locos.

—Formaba parte de las tareas de un enfermero. Además, las dolencias de la mente siempre me han interesado. Quizá se deba a que las hay de tipos muy distintos y no se sabe a ciencia cierta a qué obedecen. Hay quienes afirman que las causa un desequilibrio de los humores, que afecta al cerebro.

—¿Cómo sucede cuando la bilis negra corrupta asciende al cerebro y causa melancolía?

—Sí. Otros consideran la enfermedad mental como la consecuencia de trastornos físicos en el cerebro, aunque nadie ha descubierto todavía ninguno, al menos que yo sepa, que sea capaz de matar, a excepción de los tumores. —Hizo una pausa—. Y luego hay quienes, como tu amigo Meaphon, entienden que en la locura existe un componente de posesión diabólica que es necesario expulsar.

—¿Y por qué escuela os incliná is vos?

—Yo pertenezco a otra tradición, Matthew. La tradición de Vesalius, aunque este tiene muchos ascendientes intelectuales. Se trata de una aproximación que no empieza con la teoría, sino con el trastorno. Lo examina, lo estudia e intenta comprender qué es. Las palabras y acciones absurdas de la locura pueden ocultar pistas de lo que sucede en la mente. E incluso las mentes perturbadas recurren a veces a la razón, al sentido común.

—Me hacéis pensar en Cissy, la anciana que vimos en el salón. Ellen la trata de ese modo cuando se esfuerza por sacarla de su mundo interior para conducirla al mundo cotidiano, asignándole sencillas tareas de costura.

—Sí, eso puede servir de ayuda en los casos de melancolía. Me refiero a obligar a la mente a apartarse de los pensamientos funestos y centrarse en lo cotidiano.

—Me pregunté si el asesino de Roger podría sufrir de una suerte de locura. Asesinar a alguien de forma tan brutal, sin que haya, aparentemente, un motivo. —«Y hacerlo dos veces», pensé, pero decidí callarlo, porque sabía que podía entrañar peligro para ambos que faltase a la orden de Cranmer de no poner al corriente a Guy de lo que le había ocurrido al doctor Gurney.

—Quizá… —dijo Guy—. A menos que maese Elliard diera motivos a alguien para ensañarse de ese modo, cosa que, por haberlo conocido, dudo mucho.

—Eso es imposible. —Entonces me di cuenta de que había algo que quería preguntarle. Tomé un sorbo de vino.

—Guy, dijisteis que algunos de los enfermeros monásticos empleaban belladona. ¿Conocéis algún enfermero en Londres que pudiera disponer de ella?

—No, Matthew. Recordad que llegué a Londres procedente de Sussex cuando cerraron mi antiguo monasterio, de modo que no llegué a tiempo de conocer a nadie. —Se volvió hacia mí—. ¿Estáis pensando en esos monjes que enloquecieron al verse expulsados de sus monasterios?

—Sí —admití.

—En tal caso, debéis saber que el uso de la belladona quedaba restringido a los benedictinos. Y la única fundación benedictina que tuvo enfermería en Londres fue la abadía de Westminster. Sin embargo, como dije antes, su uso no constituye un secreto.

—Pero quizá se limite a los expertos.

—Es posible que haya muchos curadores que aún la utilicen.

Reparé en que Guy consideraba que la teoría de que el asesino de Roger quizá fuese un antiguo monje resultaba tan desagradable como inverosímil.

—Se basa en el opio, ¿verdad? Sería necesario plantar y cultivar las semillas. Quienquiera que sea ha de disponer de un jardín.

—En efecto. Aunque son muchos quienes la cultivan por los vivos colores de las hojas. Yo mismo las cultivaba en mi jardín para preparar opio.

Deseé contarle que no solo se trataba de dar con alguien que tuviese motivos para matar a Roger, y que Barak y Harsnet lo hubieran atrapado a esas alturas.

—¿Cómo se encuentra la señora Elliard? —preguntó Guy.

—Está desconsolada.

—Sentís un gran aprecio por ella.

—Hace años que somos amigos.

—Me ha parecido una mujer fuerte.

—Lo es. —Pensé, frustrado, que tampoco podía contarle a Dorothy toda la historia. Apuré el vino de un trago—. Tengo que irme —añadí—. Gracias por visitar a Adam, Guy. Me encargaré de que podáis verlo de nuevo y de que conozcáis a sus padres. ¿La semana próxima podríais acudir a la vista del tribunal, prestar testimonio de su estado mental y pedir que lo mantengan internado en Bedlam por el momento?

—Sí, claro. ¿Puede acompañarme Piers? Quiero que el muchacho conozca todos los aspectos de la profesión médica. Sé que es solo un aprendiz de boticario, pero tiene cabeza para la medicina. Estoy pensando en ofrecerle mi patronazgo para que estudie la carrera.

—¿Podríais permitíroslo?

—No sería fácil. Pero mis ingresos han aumentado desde que me han autorizado a

ejercer como médico, y sigo disponiendo de la pensión que se me otorgó por ser monje. La gente humilde con capacidad merece encontrar alguien que los apadrine, ¿no os parece? —agregó con mirada desafiante.

Estaba desconcertado, pues aquello supondría una considerable inversión para Guy. Lo miré a los ojos y comprendí, avergonzado, que me sentía celoso, pues durante mucho tiempo yo había sido el único amigo de Guy.



Volví a toda prisa a casa. Las calles estaban muy concurridas, pues se acercaba la hora del toque de queda. Barak me aguardaba en el despacho. Tenía el cabello tan empapado como la ropa, y estaba secándoselo con un trapo. Skelly se había marchado a casa.

—¿No hubo suerte? —pregunté.

—Esperamos hasta que oscureció, y luego nos marchamos. Ese cabrón estuvo escondido entre las cañas todo el día, y a estas alturas ya se habrá ido. —Arrugó el entrecejo—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Intuición.

—Harsnet está furioso consigo mismo. Dice que tendría que habernos dejado ahí, vigilando, y haberse acercado a reunir algunos alguaciles de Westminster para sacarlo de su escondite. No creía que nadie fuera capaz de pasarse todo el santo día en el pantano helado. —Enarcó las cejas—. Dijo que daba la sensación de que ese hombre estaba poseído por el diablo.

—Lo que faltaba.

—Tiene razón cuando afirma que se necesitan agallas para pasarse tumbado todo el día sin hacer ruido. Yo sería incapaz.

—Sabemos cuán decidido es nuestro asesino —apunté—; pero ¿cómo averiguó que iríamos a echar un vistazo al lugar donde hallaron el cadáver del doctor Gurney? Eso es lo que me trae de cabeza.

—Y a mí —admitió Barak.

Permanecimos un minuto sentados en silencio, hasta que Barak preguntó:

—¿Cómo se encuentra Adam Kite?

—Perturbado. Espero que Guy sea capaz de ayudarlo, pero no sé qué pasará.

—Bueno, al menos tengo noticias: mandé una nota a Gib Rooke, y él me envió una respuesta por medio de uno de sus niños. Mañana nos recibirá en su casa, y nos pondrá al corriente del asesinato que hubo en Lambeth el pasado invierno.

De nuevo habría que recorrer los marjales. Sin embargo, la noticia me animó un poco, pues era algo positivo después de un día repleto de horrores.

—Gracias, Jack —dije—. Ya es hora de que te marches a casa. Tamasin estará preocupada por ti.

—Esta noche voy a reunirme con unos viejos amigos para tomar un trago —dijo

él con cierta brusquedad.

Entré en mi despacho cuando se hubo marchado. «Pobre Tamasin», pensé. Y pobre Dorothy, a quien tenía que visitar antes de retirarme a descansar. Vi una pila de papeles con el lacre del Tribunal de Apelaciones encima del escritorio. Más trabajo. Fuera, la lluvia volvía a repiquetear en las ventanas.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Barak y yo partimos de nuevo a los marjales. Nos llevamos los caballos. Era una mañana radiante y soleada, propia de un día primaveral, y las monturas se mostraron asustadizas. La yegua negra de Barak bufaba y ladeaba la cabeza. Mientras cabalgábamos a través de la ciudad, vi azafranes y campanillas de invierno que florecían por todas partes, incluso entre las piedras derruidas de lo que fuera el monasterio de Blackfriars. En el canal de Cheapside observé a los mendigos que se habían reunido allí. Vi al hombre de Bedlam, canturreando para sí una canción cuya letra era absurda; del pelo enmarañado le colgaban unas campanillas de invierno. No obstante, estaba atento a la multitud, con la esperanza de que alguien cruzase la mirada con él para avergonzarlo lo suficiente y ganarse así una limosna.

Cruzamos a caballo el Puente de Londres y, a continuación, Southwark. El hijo de Gib había indicado a Barak que al salir de Southwark, donde se alzaba una iglesia al borde de la ciénaga, teníamos que tomar un sendero y seguirlo a través del pantano hasta las casas de los granjeros. Encontramos la iglesia sin dificultades, era un modesto edificio normando de planta cuadrada, erigido donde acababan las cañas. A su lado había un amplio sendero que atravesaba el marjal, siempre por terreno elevado. Nos cruzamos con un grupo de hombres que apuntalaban un trecho fangoso y hundido con carbonilla y ramas. Se hicieron a un lado y se inclinaron a nuestro paso. Me pregunté si los granjeros habían ampliado y mantenido aquel trecho por su cuenta, a fin de conducir con facilidad al mercado el fruto de su trabajo. Conseguían que aquellas tierras fuesen productivas, de modo que los propietarios de las mismas no tardarían en aprovecharse de ello.

—Han arrestado al carnicero del barrio —me contó Barak.

—¿A él también? No habrás comprado carne en Cuaresma, ¿no?

—No. Lo habría hecho, aunque solo fuese por mí, pero Tamasin es muy cuidadosa.

—Siempre ha hecho gala de una gran sensatez.

—Si es cierto que Catalina Parr tiene inclinaciones reformistas —dijo Barak, cambiando de tema—, se pondrá en una posición peligrosa si se casa con el rey. Gardiner y Bonner irán por ella, vigilarán cuanto diga, con la esperanza de que se le escape alguna opinión que pueda tacharse de reformista a la que aferrarse para acudir al rey.

—Lo harán. Pero se necesita coraje para rechazar una propuesta del monarca.

Barak contempló el marjal.

—¿Esos dos asesinatos tuvieron algo que ver con ella? ¿Fue, quizá, alguien que deseaba impedir el matrimonio?

—Thomas Seymour tendría motivos —dije.

—No imagino a *sir* Thomas Seymour tendido en el pantano casi todo el día con el frío que hacía. Se habría ensuciado la ropa —bromeó Barak, a pesar de que percibí una nota de inquietud en su voz mientras enfilaba el camino a través de las cañas, que nos rodeaban por completo.

Empezamos a ver granjas junto al sendero; la de Gib era la quinta, estaba hecha de adobe como las demás y de su techo se elevaba una columna de humo. Encontramos a Gib trabajando en el huerto, removiendo la tierra con una pala. Una mujer y varios niños pequeños trabajaban también, cavando y sembrando. Barak llamó a Gib y este se acercó, seguido por la mujer y los niños. Se reunieron en torno a nosotros cuando desmontamos; los niños me contemplaban boquiabiertos.

—Este es mi abogado —dijo Gib con orgullo mirando a su esposa—. Necesita mi ayuda sobre cierto asunto.

La mujer, delgada y ojerosa, hizo una reverencia y me sonrió con calidez.

—Estamos tan agradecidos por lo que hicisteis, señor… Jamás lo olvidaremos —dijo.

—Gracias. —Al igual que cualquier otro abogado, agradecí aquella muestra de gratitud. Sucedía con tan poca frecuencia…

Gib dio unas palmadas.

—Vamos, vamos. ¡Maisie, niños, regresad al trabajo! Maese Shardlake y yo tenemos asuntos privados de los que hablar.

Barak me guiñó un ojo. La familia se concentró de nuevo en sus quehaceres, y al dirigirse hacia el huerto los niños se volvieron de vez en cuando para mirarnos con curiosidad.

—No quiero que oigan nada de todo este feo asunto —explicó Gib, quien de pronto se revistió de una gran seriedad—. Atad los caballos a este poste, señor, y acompañadme adentro.

Lo seguimos al interior de la granja, que olía a humo y humedad. Había unos pocos muebles y en el hogar ardía un fuego que proporcionaba cierto calor al ambiente. La única ventana carecía de vidrio, y las contraventanas estaban abiertas y daban al huerto, más allá del cual se extendía el marjal.

—Sí, es un lugar lúgubre —comentó Gib.

—Habrá sido muy solitario el pasado invierno, con toda la nieve que cayó.

—Lo fue. Y muy frío. Al menos ahora podemos dedicarnos a sembrar. Sentaos en ese banco. —Nos sirvió un poco de cerveza desbravada y se sentó ante ambos en un taburete—. Veamos —prosiguió, mirándonos muy serio—. ¿Teníais preguntas que hacerme acerca del pobre Wilf Tupholme?

—¿Es el hombre a quien asesinaron?

—Sí. —Hizo una pausa para recordar—. Lo encontraron en enero. Andan tras la pista de Elizabeth la Galesa, que es la mujer con la que vivía. Una puta de Bankside. —Lanzó un escupitajo al fuego. Barak y yo intercambiamos una mirada. Tal como empezaba la cosa, daba la impresión de que habíamos perdido el tiempo.

—¿Están seguros de que fue ella? —pregunté.

—Lo bastante para dictar una orden de búsqueda y captura. Wilf y ella llevaban viviendo juntos unos meses, pero no paraban de pelear. A los dos les gustaba beber de lo lindo. Él la echó a patadas en diciembre, y al cabo de un mes lo encontraron muerto. El forense intentó dar con ella, pero las otras furcias dicen que se ha vuelto a Gales. Allí no habrá forma de dar con ella.

—Pero ¿no disponían de ninguna prueba concluyente?

—Bueno, fuera quien fuese quien lo hizo, tenía que odiarlo mucho. —Nos miró con curiosidad antes de preguntar—: ¿Estáis insinuando que fue otra persona?

—No lo sabemos. En Westminster dijisteis que probablemente fue el terrateniente quien lo mató.

Gib mostró una amplia sonrisa.

—Eso solo lo hice para incordiar a *sir* Geoffrey. —Nos miró con expresión expectante, pero pronto comprendió que no íbamos a contarle nada más.

—¿Y qué pasó? —preguntó Barak—. Dijisteis que lo mataron con saña.

—Así fue. Os lo contaré de camino a su casa. Su vecino tiene la llave, y pensé que querríais echarle un vistazo. —Inclinó la cabeza en dirección a la ventana y vi que uno de los niños, una cría de diez años más o menos, se había acercado—. Los cerditos tienen las orejas grandes —añadió en voz baja.

Miré a Barak, que se encogió de hombros disimuladamente. No daba la impresión de que aquel asesinato tuviera nada que ver con nuestra investigación, pero, puesto que estábamos allí, nada nos costaba escuchar toda la historia.

—De acuerdo —dije—. Vamos.



Gib nos llevó hacia el este por el sendero. Las granjas empezaron a escasear a medida que el terreno se volvía más pantanoso, y el agua de los charcos que había entre las cañas chapoteaba bajo nuestros pies. Un par de golondrinas, las primeras que veía en todo el año, descendieron en picado y planearon sobre nosotros.

—¿Qué fue exactamente lo que le sucedió a Tupholme? —quiso saber Barak.

—Wilf era un hombre raro —explicó Gib—. Siempre estaba malhumorado y hosco, daba la impresión de que prefería vivir solo en su granja aislada. Solo lo veíamos los días de mercado. Hace un par de años se volvió un evangélico radical, de esos que andan por ahí diciéndole a todo el mundo que se acerca el Juicio Final; ya sabéis, plagas, terremotos y Jesucristo dispuesto a juzgarnos a todos. Hablaba de la alegría de la salvación, como presumiendo, como si disfrutara en secreto de que el resto de nosotros, pobres granjeros, no fuéramos a salvarnos. Cruzaba de vez en cuando el río para acercarse a la ciudad, a una iglesia donde se evangelizaba. El pasado otoño, se lio con Elizabeth la Galesa y se fueron a vivir juntos. Se emborrachaban y discutían, como ya he explicado. Sus gritos se oían desde el otro

lado del marjal. Entonces, Wilf echó a Elizabeth. Después estuvo más huraño que nunca, y no era raro verlo borracho, yendo de un lado a otro. De pronto desapareció, y el vecino vio cerrada la granja. Por fin, ese mismo vecino pensó que si se había marchado, bien podía hacerse con sus tierras antes de que el marjal las devorara, de modo que abrió una contraventana para echar un vistazo dentro. Recuerdo que dijo que el olor estuvo a punto de hacer que se desmayara. —Hizo una pausa y, en tono sombrío, prosiguió—: Wilf estaba dentro, en el suelo, muerto. Lo habían maniatado y amordazado. Tenía los ojos muy abiertos. Alguien le había hecho multitud de cortes, y luego lo había atado. Tenía una enorme llaga en el muslo, negra y llena de gusanos. Le habían metido un trapo en la boca para que no pudiera gritar. Quizá murió a consecuencia de esa llaga, o del frío o el hambre, quién sabe.

Guardamos silencio. Era peor esa muerte, lenta y dolorosa, que la que había sufrido Roger.

—Si la llaga de la pierna se enconó, probablemente esa fuese la causa de su muerte —aventuró Barak.

—Elizabeth la Galesa merece que la ahorquen —masculló Gib en un inesperado arranque de ira.

Miré a Barak, que negó levemente con la cabeza. Por muy terrible que hubiera sido aquel asesinato, no había coincidencias apreciables con las muertes de Roger y el doctor Gurney.

Gib nos llevó por un sendero lateral hasta donde se alzaba una granja solitaria y tan humilde como las demás. No salía humo del techo. Los postigos estaban cerrados, y la puerta tenía echado el candado. La madera de uno de los postigos estaba astillada en el extremo que había forzado el vecino para mirar el interior. Gib contempló la casa, y enseguida se santiguó.

—Iré por la llave —dijo—. La tiene el vecino de Wilf. No tardaré.

Volvió al sendero principal y pronto lo perdimos de vista tras las cañas. Observé los cultivos que rodeaban la granja. No quedaba mucho para la siembra.

—Es un callejón sin salida —dijo Barak.

—Eso parece. Sin embargo…

—¿Qué?

—Gib ha mencionado una llaga. Conozco esa frase, o una parecida. La gente sigue utilizando frases que por alguna razón me resultan familiares. El tesorero Rowland mencionó algo de una fuente de sangre. El hombre que halló al doctor Gurney también dijo algo sobre… agua convertida en sangre.

—Tenemos suficiente de qué preocuparnos como para recurrir ahora a estos acertijos —protestó Barak—. Mirad, cuando regrese, limitémonos a decirle que no es necesario entrar; salta a la vista que esa furcia galesa lo mató por despecho.

—Eso es mucho despecho.

Gib regresó al cabo de unos minutos.

—Pete Lammas me ha dado la llave. El forense lo hizo responsable de la casa.

Sin embargo, no quiere volver a entrar. —Hizo una pausa y continuó—: Mirad, señor, yo también preferiría no entrar. Ya he tenido suficiente. ¿Podría traerme luego la llave?

—De acuerdo.

Gib le entregó la llave a Barak, se inclinó ante ambos y se marchó. Yo seguía perdido en mis pensamientos, dándole vueltas en la cabeza a aquellas frases.

—Yo seré quien abra la puerta, ¿os parece? —preguntó Barak con evidente sarcasmo.

Abrió el candado y empujó la puerta. Se encalló un poco en el suelo, así que hubo que acompañarla. Barak y yo retrocedimos ante el olor que despedía el interior; aquello hedía a carnicería, sudor y suciedad. Oímos el zumbido de un enjambre de moscas.

Nos adentramos con cuidado. Distinguí el contorno de las sillas, una mesa y lo que parecían pilas de basura repartidas por doquier. A pesar de la estación, había moscardas por todas partes, zumbando en toda la estancia, lentas y desorientadas ante la irrupción del aire fresco. Nos las espantamos del rostro. El suelo de tierra estaba salpicado de cadáveres de moscardas. Barak se dirigió a las contraventanas y las abrió.

A la luz que iluminó la estancia alcanzamos a ver que el lugar estaba muy sucio y el suelo cubierto de juncos malolientes. Había harapos por todas partes y un bacín lleno en un rincón. Las moscardas que espantamos buscaron otros sitios donde posarse, y lo hicieron en los harapos y el bacín; algunas salieron por la ventana.

—Gib dijo que tenía la pierna cubierta de gusanos —recordó Barak—. Debieron de criar. Hay suficiente mierda aquí dentro para alimentar a una legión de ellos. —Levantó uno de los andrajos con la punta del pie, y un par de moscas salieron volando de debajo—. Me parece que son unos calzones. Mirad aquí, están rasgados y hay una mancha de sangre seca. Dios mío, qué horror, herir a alguien así y dejar que muera lentamente a causa de la infección… Eso sí es una venganza en toda regla.

Permanecí en medio de aquella hedionda estancia, mirando alrededor.

—Probablemente los hombres del forense cortaron la ropa del cadáver y luego lo dejaron aquí todo tal cual —dije—. Mira, allí hay unos trozos de cuerda.

—El lugar debía de estar muy sucio antes de que asesinaran a ese pobre desgraciado.

Miré la carriola que había en un rincón, cubierta por unas sábanas mugrientas. Una cruz barata de madera estaba clavada a la pared de barro, sobre la cama. Me pregunté si aquella sería una reliquia del pasado evangélico del muerto.

—Salgamos de aquí —propuso Barak—. No hay más que andrajos y mierda.

—Espera. —Me habría gustado sentarme, pues me dolía la espalda por llevar tanto rato de pie—. Este es un lugar solitario y él era una persona impopular. Si el asesino de Wilf Tupholme lo conocía, él habría sabido que, si lo ataba y lo abandonaba a su suerte en lo más crudo del invierno, pasarían semanas antes de que

alguien lo descubriese.

—¿Por qué os referís al asesino en masculino? Creí que había quedado claro que había sido esa mujerzuela.

—Son meras conjeturas. —Contemplé la mancha de sangre que había en el suelo, junto al fuego que llevaba tiempo apagado—. Primero lo dejaron inconsciente, después lo ataron, lo amordazaron y lo abandonaron aquí, tumbado. Finalmente le practicaron un corte profundo en la pierna. Digo yo que la furcia borracha a la que había echado de casa le habría arreado un golpe en la cabeza.

—Quiso asegurarse de que tenía una muerte lenta —replicó Barak, hosco.

—¿Y si no fue ella?

—¿Qué otra persona pudo ser?

—Alguien que mata con sumo cuidado y gran habilidad, alguien decidido a convertir en espectáculo el asesinato. —Algunos insectos aturdidos se arrastraban sobre la mancha de sangre—. Dios mío, lo que debió de sufrir —añadí.

—Esto no tiene nada en común con las otras muertes —manifestó Barak con impaciencia. Removió los harapos con el pie—. ¿Qué es esto?

Algo entre los desperdicios produjo un sonido metálico. Barak se agachó y, frunciendo la nariz, tanteó los fragmentos de ropa. Al levantarse, cogía una chapa de latón con la reproducción pintada de un arco de piedra. Se la arrebaté de las manos.

—Es la divisa de un peregrino —dije—. Del santuario de San Eduardo el Confesor, en Westminster. Qué raro que un evangélico radical tenga algo así. ¿No consideran que los santuarios son cosas de papistas?

—Quizá se le cayó a uno de los alguaciles mientras sacaban el cadáver —sugirió Barak.

—No es muy probable. Hoy en día ya nadie va por ahí con una divisa de peregrino, a menos que quiera que lo tomen por papista. No obstante, está claro que a alguien se le cayó. Revuelve un poco entre esas cosas, Jack, a ver si descubres algo más.

—A mí siempre me tocan las tareas más agradables —protestó Barak, y empezó a registrar la ropa mugrienta y el resto de los desperdicios—. Aquí no hay nada más —dijo. Contempló la cruz que había en la pared, y luego la mancha de sangre junto al fuego—. Pobre desgraciado. Me pregunto si se arrepintió del fornicio mientras veía cómo los gusanos le devoraban la pierna.

Aquello me sobresaltó.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me preguntaba si se habría arrepentido de la temporada que vivió con la puta…

—No, no, has dicho «si se arrepintió del fornicio». ¿Por qué has utilizado esa frase?

Me miró como si yo hubiera perdido la cabeza.

—No lo sé, simplemente me ha venido a la mente. Es de la Biblia, ¿verdad?

Antes de responder, le di una palmada en el hombro.

—En efecto, así es. Hoy en día no oímos por todas partes más que frases de la Biblia, ¿no crees? En el púlpito, en la calle. Se han convertido en parte de nuestro lenguaje cotidiano. A eso se debe que las otras frases me dieran que pensar. —Ahí estaba, dentro de aquel terrible lugar, reflexionando—. ¿Es posible?

—¿Qué es posible?

—Dios mío —musité—. Espero no equivocarme. Ven.

—¿Equivocaros respecto a qué? No hay quien os entienda…

—Tenemos que ir a una iglesia. La que está en el extremo del marjal nos servirá.

Salimos de la granja y eché a andar a buen paso por el sendero. Barak cerró la puerta y se dispuso a seguirme; por una vez, tuvo que esforzarse por mantenerse a mi altura mientras nos dirigíamos de vuelta a casa de Gib, que había regresado de trabajar. Dejé que Barak le devolviera la llave, mientras yo destrababa los caballos y me subía a un tocón para montar.

—¿Qué prisas tenéis? —preguntó Gib mientras Barak se disponía a imitarme, con tono de curiosidad—. ¿Qué habéis descubierto?

—¡Nada! —respondió Barak al subirse a lomos de *Sukey*—. ¡Tiene que ir a la iglesia, eso es todo!



La puerta de la iglesia estaba entornada, de modo que entramos sin más. Observé que seguía decorada al viejo estilo, con las paredes pintadas de colores vivos y gastadas baldosas en el suelo. Había velas encendidas aquí y allá, y se percibía un leve aroma a incienso, aunque los nichos que en tiempos habían albergado los relicarios y las estatuas de los santos estaban vacíos. En un atril junto al altar había una Biblia abierta, atada a aquel por una cadena. Era la Biblia inglesa, que lord Cromwell había ordenado repartir a todas las iglesias el año antes de caer en desgracia. Aquella iglesia en concreto, pensé, era una fiel imagen de lo que el rey quería ver: los santos y las reliquias habían desaparecido, pero por lo demás todo se conservaba como antes de romper con Roma. Al menos en aquel lugar se respiraba el ambiente de la conformidad.

—¿A qué hemos venido? —preguntó Barak mientras me seguía por el pasillo central.

—Quiero echar un vistazo a esa Biblia. Siéntate en un banco mientras busco lo que quiero.

—Pero ¿qué es lo que queréis encontrar?

Me volví hacia él.

—Hemos estado hablando de evangélicos radicales, de los predicadores que alertan sobre la inminente llegada del fin del mundo. Últimamente te los encuentras predicando su mensaje en todas partes, por esa razón el obispo Bonner está tan

decidido a detenerlos. Pero ¿de dónde han extraído su mensaje? ¿De qué parte de la Biblia?

—Del Libro de las Revelaciones, ¿no?

—Sí, el Apocalipsis de san Juan. De ahí proceden la mayor parte de sus citas religiosas. Es el último libro de la Biblia; está escrito con un lenguaje furibundo, cruel, difícil de entender, al contrario que el resto del Nuevo Testamento. Tanto Erasmo como Lutero pusieron en duda que el Libro de las Revelaciones fuese la palabra de Dios, aunque Lutero ahora afirme que es inspirador.

—¿Estáis diciendo que de ahí provienen todas esas frases que recordáis? Pero ¿cómo…?

—Creo que provienen de una parte específica del Libro de las Revelaciones. Y ahora, por favor, siéntate y no me distraigas —añadí con cierta brusquedad.

Barak negó con la cabeza y se sentó en un banco acolchado que debía de pertenecer a una familia acomodada. Me situé ante el atril y abrí la imponente Biblia. Me detuve por un instante en la cubierta: el rey en su trono; debajo de él, Cromwell y Cranmer ofrecían la Biblia a los lores, que a su vez la ofrecían a quienes no eran tan afortunados como ellos. Volví las gruesas páginas hasta que llegué al final, al Libro de las Revelaciones. Encontré el fragmento que estaba buscando y lo leí lentamente, siguiendo el texto con la yema del dedo. Por fin, me volví hacia Barak y dije:

—Ven, acércate.

Se reunió conmigo ante el atril.

—Mira. Este es el párrafo del Libro de las Revelaciones donde a san Juan le son mostrados los siete ángeles que derramarán las siete copas de la ira de Dios sobre la Tierra.

—Recuerdo que nuestro vicario nos lo leyó en una ocasión. Fui incapaz de comprenderlo, parecía un sueño absurdo.

—Un sueño absurdo… Sí, bien dicho. Ahora, escucha esto, en el capítulo dos. —Leí—: «Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación». Cuando dijiste aquello, aunque no con esas palabras exactas, comprendí de dónde provenían todas esas frases que no me quitaba de la cabeza. Mira. —Pasé algunas páginas más, hasta encontrar el encabezamiento que rezaba: «Los siete ángeles derraman las siete copas de oro»—. Escucha esto —añadí—. «Capítulo dieciséis: Oí una gran voz del templo que decía a los siete ángeles: “Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la Tierra”.

»El primero fue y derramó su copa sobre la Tierra; vino una llaga cruel y maligna sobre los hombres que tenían la señal de la Bestia, y sobre aquellos que adoraron su imagen».

Gib habló de una «enorme llaga». El pobre Wilf Tupholme fue asesinado a la manera de las víctimas de la primera copa. Y era un creyente que había cometido el pecado de la fornicación. En opinión de muchos, eso suponía que tenía la señal de la Bestia.

Barak frunció el entrecejo.

—¿No estaréis forzando a que lo que le sucedió a ese granjero encaje con este texto? —preguntó sin tenerlas todas consigo—. Como cuando los evangélicos radicales intentan que todos los sucesos coincidan con lo que dicen las profecías. No tenía la señal, ni la de la Bestia ni ninguna otra. De todos modos, ¿qué es esa señal?

—El número seiscientos sesenta y seis. El Libro de las Revelaciones no aclara si se trata de una señal que pueda encontrarse en el cuerpo.

—Si tuviera que matar a todos los evangélicos apóstatas, Londres se llenaría de hombres cubiertos de horribles llagas.

—Esa muerte puede tener un carácter simbólico, Barak. Si solo se tratase de esta única referencia, estaría de acuerdo contigo, pero escucha esto: «El segundo ángel derramó su copa sobre el mar y se convirtió en sangre como de muerto, y toda alma viviente murió en el mar». Si Wilf Tupholme fue el primero en morir, eso significaría que el doctor Gurney fue el segundo. Murió en agua salada, un estanque formado por el agua de la marea alta… convertido en sangre.

Barak, ceñudo de nuevo, leyó el pasaje. Yo acababa de proporcionar elementos suficientes para despertar dudas en su escéptica mente.

—Y la cosa aún continúa —añadí—. «El tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre». Roger Elliard murió en una fuente que se convirtió en sangre. —De pronto, sobrecogido por la emoción, tuve que apoyarme en los laterales del atril—. Pobre Roger. Esto es una blasfemia.

—Sin embargo, tanto el doctor Gurney como maese Elliard tenían fama de buenas personas —señaló Barak.

—Sí, lo eran. Parece que hicieron algo pecaminoso; o el animal que los asesinó así lo creía. —Respiré hondo—. Y Roger, como Tupholme, había sido en tiempos un radical, pero había abandonado ese camino. Me pregunto si el doctor Gurney también lo hizo. —Miré a mi ayudante y añadí—: Bueno, ¿estás de acuerdo conmigo? Creo que alguien está asesinando gente inspirándose en la profecía de las copas de la ira.

—Para cumplirla —dijo lentamente Barak—. Me refiero a la profecía.

—Sí. Simbólicamente.

—Dios mío. —Barak estaba conmocionado. Guardó silencio unos instantes, y luego agregó—: Eso significa que habrá cuatro asesinatos más.

—Sí.

—¿Qué pasará a continuación?

Consulté de nuevo el Libro de las Revelaciones.

—«Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fue dado el afligir a los hombres con ardor y fuego».

—Mierda —masculló Barak—. Abandonará a alguien para que se pudra, muerto en el agua, y luego le prenderá fuego.

—No creo que esto tenga nada que ver con Catalina Parr —dije—. Al fin y al cabo, estos asesinatos no guardan relación con la política, Barak, sino con la religión.

Con la envilecida religión de un loco.

Barak volvió algunas páginas, contemplándolas.

—¿Qué sucede después de derramadas las siete copas? ¿Cómo termina todo?

Reí, y el eco de mi risa medio histérica reverberó en el interior del antiguo templo.

—¿Tú cómo crees que acaba? Se trata del Libro de las Revelaciones, Barak. Termina con la destrucción de todo el mundo.

Capítulo 14

Fuimos de inmediato al palacio de Lambeth, cabalgando tan rápido por el sendero lateral de la ribera del Támesis que llamábamos la atención de todos los transeúntes. Cuando llegamos a palacio, pregunté al instante por el secretario de Cranmer. No tardó en presentarse Morice, un hombre pálido vestido con túnica negra que nos miró con expresión dubitativa. Le dije quién era y le dije que traía noticias urgentes; él se retiró a toda prisa, dejándonos a ambos en el gran salón. Regresó al cabo de unos minutos y nos susurró que el arzobispo había enviado un mensajero a Whitehall para avisar a los demás involucrados. Luego nos acompañó a una confortable salita, donde aguardamos a que llegaran.

—Una cosa —le dije antes de que se retirara—: ¿podríais, por favor, procurarme un ejemplar en inglés del Nuevo Testamento?

—Haré que os traigan uno. —Nos miró extrañado, y sonrió antes de retirarse con una inclinación de la cabeza.

—¿Estáis seguro de vuestra idea? —preguntó Barak cuando se hubo cerrado la puerta—. Parece muy fantasiosa. No sé qué opinarán al respecto Cranmer y los demás.

—Ya has visto. En mi opinión, habla por sí mismo.

—Pero se refiere a miles de personas asesinadas por cada copa de la ira, no a un hombre por vez.

—Creo que se trata de un simbolismo perverso y diabólico… —Callé cuando se presentó un sirviente con un ejemplar de la Biblia. Apoyé el libro en la mesa, lo abrí y volví a buscar el texto correspondiente al Libro de las Revelaciones, todo bajo la atenta mirada de Barak. Era plenamente consciente de que si había leído mal o interpretado incorrectamente algo, el trato que recibiría por parte de los hombres que acudían procedentes de Whitehall sería muy desagradable.

—Este libro no tiene sentido —dijo Barak—. Cuenta la misma historia de modos distintos; son diferentes versiones del fin del mundo, con ángeles, copas y guerras. No hay…

—¿Narración? Lo sé. Es el único libro del Nuevo Testamento que resulta tan enigmático.

—Pero es un texto muy poderoso, de los que cuesta quitarse de la cabeza. —Leyó —: «Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la Bestia y su imagen». ¿La Bestia es el diablo?

—Sí, aunque hay quienes afirman que es la Iglesia de Roma. Existen tantas formas de interpretar las revelaciones como intérpretes, pues cada uno afirma que su manera de descifrar el texto es la única correcta. Y la mayoría son fanáticos incultos. Este libro está causando muchos males en el mundo.

—Conocéis bien la Biblia —dijo Barak, mirándome con curiosidad.

—El Libro de las Revelaciones no mucho, pero la Biblia, sí. —Sonreí con cierta tristeza—. Pasé buena parte de mi juventud apoyando la Reforma.

—¿Dijisteis que Erasmo y Lutero pusieron en duda que el Libro de las Revelaciones fuese auténtico?

—En tiempos hubo muchos evangelios, muchos más que los cuatro que tenemos ahora en la Biblia, e innumerables Apocalipsis, predicciones de cómo sería el fin del mundo. Pero los antiguos estudiosos que decidieron cuáles eran los auténticos textos cristianos inspirados directamente por Dios rechazaron todos los Apocalipsis, a excepción de este, sobre todo porque atribuyeron su autoría a san Juan. Sin embargo, Erasmo y Lutero lo cuestionaron, por lo distinto que era del resto del Nuevo Testamento, tanto por su violencia como por su crueldad, y también porque representa a Jesús como un juez terrible, alguien que «tiene las llaves de la muerte y el infierno».

—Pues ahora están en manos de otra persona —dijo Barak. Lanzó un bufido y negó con la cabeza.

Nunca había topado con nada parecido a aquel horror, y se sentía conmocionado. Yo también. Sin embargo, debía actuar cuanto antes, poner al corriente a Cranmer y a los demás, concentrarme en eso.

Ambos dimos un respingo cuando la puerta se abrió y asomó el secretario de Cranmer.

—Su gracia os recibirá ahora, maese Shardlake —dijo tras inclinarse—. Pero solo a vos; vuestro ayudante tendrá que esperaros aquí.



Cranmer se hallaba sentado tras el escritorio. Lord Hertford, Thomas Seymour y el forense Harsnet estaban de pie a su lado. Thomas Seymour vestía jubón de seda roja, con las mangas acuchilladas para mostrar el forro amarillo; su hermano había escogido uno más discreto, de color pardo. Todos los presentes me observaban muy serios, expectantes.

—¿Qué habéis descubierto, Matthew? —preguntó el arzobispo.

Llené de aire los pulmones y dije:

—Milord, creo saber por qué mi amigo y el doctor Gurney fueron asesinados. Y también una tercera persona a la que asesinaron en diciembre.

Cranmer se inclinó sobre el escritorio.

—¿Una tercera persona? —preguntó horrorizado.

—Sí, y si estoy en lo cierto, habrá cuatro asesinatos más.

Lord Hertford frunció el entrecejo y me miró fijamente a los ojos.

—Vamos, hombre, escupid lo que hayáis venido a contarnos —dijo *sir* Thomas.

Referí de la forma más concisa posible lo que había averiguado acerca de la

muerte de Tupholme, y cómo el modo en que lo habían matado me había llevado a establecer aquella relación con el Libro de las Revelaciones. Todos me escucharon en silencio. Miré de reojo la biblioteca de Cranmer.

—Si comprobáis el capítulo dieciséis del Libro de las Revelaciones, milord…

—Conozco de memoria el Nuevo Testamento, Matthew —me interrumpió con brusquedad.

Thomas Seymour soltó una risotada, tan estruendosa que Cranmer torció el gesto.

—Jamás había oído nada parecido. Creo que el exceso de lecturas ha perturbado la mente del jorobado.

Lord Hertford miró a su hermano y dijo en tono severo:

—Recuerda dónde estás, Thomas, y vigila tu lenguaje.

Cranmer parecía sumido en un estado de profunda reflexión, y jugueteaba con la enorme cruz de plata que llevaba al cuello. Cuando se irguió en la silla, sus expresivos ojos estaban llenos de pesar.

—Creo que Matthew podría estar en lo cierto. Estos asesinatos encajan perfectamente con la revelación dieciséis, incluso en la secuencia en que se han cometido. Y en estos tiempos en que cualquier aprendiz se cree una autoridad en las Sagradas Escrituras… Sí, incluso alguien que estuviese lo bastante loco y fuese lo bastante violento podría llegar a creerse inspirado para cumplir la profecía, porque las revelaciones son, por encima de todo, una profecía de lo que ha de suceder. —Suspiró de tal modo que dio la impresión de haber gemido.

Lo miré. ¿Estaba hablando otra vez de posesión, del alma de un hombre arrebatada por el diablo?

Hertford había sacado un ejemplar del Nuevo Testamento de la librería de Cranmer y estaba leyéndolo. Asintió lentamente.

—Tiene razón, milord. Estos asesinatos encajan en la pauta de las copas de la ira con demasiada exactitud para que se trate de una coincidencia. Pero podríamos hallar cierto consuelo.

—¿Consuelo? ¿Cómo? —preguntó Cranmer, incrédulo.

—Si el propósito del asesino consiste en que se cumplan estas profecías, el que la segunda víctima fuese el médico de lord Latimer no puede tener la menor relevancia. —Se volvió hacia Cranmer y añadió—: Estos asesinatos no están destinados a frustrar las perspectivas matrimoniales del rey.

Cranmer asintió.

—Sí, eso se deduce —dijo—. A pesar de todo, el rey se horrorizaría si se enterara. —Miró a Harsnet—. Creo que también él podría creer que el diablo ha inspirado a ese asesino y rechazar cualquier posible relación futura con *lady* Catalina. —Esbozó una sonrisa—. Es tan supersticioso… Llevo años intentando quitarle de la cabeza semejantes supercherías, sin el menor éxito.

—¿Erraría necesariamente su majestad si pensara que estos asesinatos los ha inspirado el diablo? —Harsnet paseó la mirada por la estancia—. Considerad la pauta

blasfema que sigue el asesino, la astucia con que ha planeado estas tres terribles representaciones de los textos sagrados, y su asombrosa habilidad para cubrir grandes distancias con los cadáveres a cuestas.

—También el asesinato del granjero tenía por objeto la exhibición —dije—. Pero culparon de lo sucedido a una mujer a la que había echado de su casa.

—¿No os parece eso propio de un hombre poseído? —preguntó Harsnet.

—¿Por qué los píos estáis siempre hablando de posesión? —preguntó, irritado, Thomas Seymour—. Tendríamos que atrapar a ese hombre en lugar de perder el tiempo con especulaciones. Hasta que lo hagamos no sabremos qué es.

Por una vez estuve de acuerdo con Seymour.

—*Sir* Thomas está en lo cierto, milord —dije—. Nuestra prioridad sigue siendo atraparlo.

Cranmer se volvió hacia mí.

—Bueno, Matthew, así pues, ¿cómo procedemos a partir de este momento?

—Debemos averiguar si ese Tupholme tenía algún conocido común con Roger y el doctor…

—¡Vamos, hombre! —protestó *sir* Thomas, impaciente—. Pero si era un granjero, un don nadie, y los demás eran caballeros.

—Tanto Roger como Tupholme habían defendido puntos de vista reformistas y radicales, aunque de modos distintos, y ambos los habían abandonado. ¿Podía decirse lo mismo del doctor Gurney?

—Sí —respondió Cranmer—. Él… Antaño fue un radical, pero de un tiempo a esta parte se había… desilusionado. —Frunció el entrecejo y me miró—. ¿Pensáis que el asesino podría andar detrás de personas que en el pasado defendieron posturas radicales y que las abandonaron por una u otra razón?

—Eso temo. Y hay un lugar donde se encuentran toda clase de radicales. En la iglesia.

—Los tres fallecidos no eran vecinos —señaló Cranmer—. Es improbable que acudieran a la misma iglesia.

—A veces, los radicales acuden a iglesias que no se circunscriben a sus parroquias —apuntó Hertford—. Dirigen o toman parte en grupos particulares de oración y lectura de la Biblia. ¿Y por qué no habrían de hacerlo? —añadió con una furia inesperada—. Al fin y al cabo, se los persigue por sus creencias y se ven empujados a la clandestinidad.

—¿Sugerís que el asesino es un evangélico? —preguntó Harsnet, mirándome a los ojos.

—No necesariamente. Pero sí creo que tiene que tratarse de alguien muy familiarizado con los círculos reformistas radicales.

El arzobispo Cranmer se cubrió el rostro con las manos. Todos los presentes guardamos silencio; Hertford miró incómodo a Harsnet. Comprendí que el arzobispo se sentía atrapado entre sus propias creencias reformistas y los peligros que

personificaban los radicales para la continuidad de la Reforma. Lord Hertford, pensé, era consciente de ello, pero Harsnet estaba demasiado inmerso en su propia ira. En cuanto a *sir* Thomas, ese dilema no tenía el menor interés para él.

Cranmer volvió a dejar las manos en el regazo e irguió la espalda en la silla de respaldo alto.

—Matthew —dijo en tono severo—, el peligro para mí, para todos los que estamos en esta sala, aumenta a medida que pasan las horas. Algunos de los miembros de mi gabinete aún son interrogados por herejía, aunque no encontrarán nada, porque no son herejes. Se ha arrestado a más carniceros. Ahora se comenta que habrá una purga dirigida a los libreros. El conde de Surrey se encuentra en la prisión de Fleet por haberse saltado la Cuaresma. Y vos tendríais que ver la de obras e interludios con tendencias reformistas que se convierten en blanco de la ira de nuestros adversarios, obras cuyos carteles acaban arrancados.

—Sí, milord.

—Pendemos de un hilo —dijo Hertford tras asentir.

—¿Podéis imaginaros qué regalo supondría esto para Bonner y Gardiner? —prosiguió Cranmer—. Alguien que asesina en Londres a radicales arrepentidos… Esta horrible blasfemia sería una dádiva para su causa.

—Encontré una pista en el lugar donde mataron a Tupholme —dije, y a continuación saqué la divisa del bolsillo y la dejé sobre el escritorio, delante de Cranmer.

Lord Hertford se inclinó para inspeccionarla con atención.

—Es una divisa de peregrino. El portador acudió al santuario de San Eduardo el Confesor, en la abadía de Westminster. Tuve ocasión de verlas a menudo colgando de las capas de la gente, antes de que se acabara con los santuarios.

—Si Tupholme era reformista, no podía pertenecerle —señaló Harsnet.

—Ni a él ni a esa mujerzuela —intervino Thomas Seymour—. Nunca he oído que una puta de Southwark lleve una de estas.

Cranmer cogió la divisa y le dio la vuelta.

—De modo que el asesino la abandonó en el lugar del crimen. Quizá ese desgraciado granjero se la arrancó de la capa mientras se resistía…

—Un momento —advirtió Harsnet—. Ya nadie lleva divisas de peregrino. Al fin y al cabo, no olvidemos que lo identifican a uno como simpatizante papista.

—Sí, sería un gesto de desafío —tuve que admitir.

—Quizá la dejó deliberadamente —aventuró lord Hertford.

—Sí, milord, cabe esa posibilidad. Pero podría existir otro vínculo con la antigua religión. —Hice una pausa y proseguí—: Para vencer la resistencia de al menos dos víctimas se empleó la belladona. Y según mi amigo el doctor Malton, el único lugar donde se ha utilizado la belladona en los últimos años es en las enfermerías de los monasterios benedictinos. Quería preguntaros, milord, si podría realizar una investigación de los registros del Tribunal de Desamortización, para ver qué fue de

los enfermeros benedictinos londinenses.

—¿Podría ser esa la explicación? —preguntó Cranmer, inclinado sobre el escritorio—. ¿Un antiguo monje? ¿Un papista desquiciado dispuesto a convertir en ejemplo a quienes en tiempos fueron radicales?

—Pero ¿no son los radicales, y no los papistas, quienes aseguran comprender los secretos del Libro de las Revelaciones? —dijo *sir* Thomas, y su perspicacia volvió a sorprenderme.

—Y quizá estos asesinatos sirvan para burlarse de forma diabólica de esos mismos puntos de vista —apuntó Cranmer—. La Iglesia papista contaba con sus propios estudiantes de las revelaciones, como Jonathan de Fiore. —Se le iluminó el rostro al pensar que los motivos religiosos del asesino podrían ser de tendencia conservadora en lugar de radical. Nos miró uno a uno y prosiguió—: Maese Harsnet, quiero que investiguéis si el granjero tenía alguna relación con las otras dos víctimas, sobre todo por motivos religiosos. Matthew, consultad los registros del Tribunal de Desamortización. Edward —agregó, volviéndose hacia Hertford—, últimamente estáis en muy buenos términos con el rey, así que dejaré en vuestras manos que nada de esto llegue a sus oídos.

Hertford asintió.

—No habrá problema —dijo—, mientras ninguno de los presentes hable.

—¿Y yo qué hago? —quiso saber *sir* Thomas Seymour.

—Tú, Thomas, mantén la boca cerrada —le advirtió su hermano.

Seymour se sonrojó. Hertford miró a Cranmer y dijo:

—Bueno, de modo que vamos a investigar estas dos líneas. Pero ¿qué me decís del futuro? Si el abogado, aquí presente, está en lo cierto, y creo que lo está, no tardará en producirse un cuarto asesinato. —Abrió el Nuevo Testamento y leyó en voz alta—: «El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fue dado el afligir a los hombres con ardor y fuego. Y los hombres ardieron con gran ardor, y blasfemaron el nombre de Dios que tiene poder sobre estas plagas, pero no se arrepintieron para darle gloria».

—¿Qué se habrá propuesto hacer? —dijo Cranmer—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Cualquiera podría ser la siguiente víctima —señalé—. El asesinato podría producirse en cualquier punto de Londres. La víctima podría ser una persona piadosa, como Roger, o alguien que ha vuelto a pecar, como el granjero. No hay forma de saber cuándo lo hará, ni dónde.

—En tal caso, ¿no podemos impedírselo?

—Solo si lo atrapamos antes —respondí—. Y no creo que tarde en volver a actuar.

—¿Qué os hace pensar eso? —preguntó Harsnet.

—Según parece, hallaron el cadáver de Tupholme en enero. El doctor Gurney murió en febrero, al cabo de un mes. Roger murió tres semanas después, o sea, hace una semana. Lo más sensato sería pensar que el cuarto crimen tendrá lugar en las

próximas dos semanas.

—¿Qué sucede con las tres últimas copas de la ira? —preguntó Thomas Seymour.

Antes de responder, Cranmer inspiró profundamente.

—Verter la quinta copa trae la muerte a los pecadores por medio del dolor y la oscuridad. Eso podría equivaler a morir de cien modos distintos. La sexta copa seca las aguas del Éufrates, y no sé qué podría hacerse para simular algo semejante. Y cuando el séptimo ángel vierte la copa, hay truenos y relámpagos y un terremoto devastador.

—Milord, hay algo más que debería pediros, si me lo permitís —dije—. Quizá nos sería de ayuda.

—¿De qué se trata?

—El doctor Malton. Me contó que algunos de los antiguos enfermeros monásticos utilizaban la belladona. Podría averiguar su paradero, aunque no los conozca personalmente. Me gustaría ponerle al corriente de este asunto. Nos ayudó con la pista de la belladona.

—Es un antiguo monje, ¿verdad? —preguntó Hertford.

—Sí, pero si Matthew dice que le guardará el secreto… —Cranmer me miró largamente—. Acepto su palabra. Podéis contarle lo que pasa, Matthew.

Hertford me dedicó una mirada de suspicacia, y Harsnet otra. Cranmer, no obstante, asintió. Se produjo un largo silencio, que aprovechamos para pensar en los horrores que tal vez nos aguardaran en el camino.

—¡Este asesino necesitará poderes diabólicos para provocar un terremoto! —exclamó *sir* Thomas tras soltar una risotada.

—¡Estoy harto de vuestras burlas, Thomas! —espetó Cranmer con súbita ira—. Todos sabemos, o deberíamos saber, que el diablo podría andar detrás de este asunto. Pero debemos llevar a cabo nuestras investigaciones armados con la razón.

—Olvidas que tu presencia en este lugar se debe únicamente al hecho de que eres mi hermano —dijo lord Hertford—, y que la relación con Catalina Parr, acerca de cuyo bienestar te mostraste tan caballerosamente inquieto, parece haber quedado en nada. Cometí un error al involucrarte. —Negó con la cabeza—. Fue una insensatez.

Por un instante la furia asomó a la expresión de Thomas Seymour; luego, se acercó a la ventana como un crío malhumorado. Cranmer se volvió hacia nosotros.

—Todos sabéis lo que debéis hacer. Hacedlo, pues, y cuanto antes —dijo, y nos despidió con un gesto.



Fuera, en el corredor, lord Hertford y su hermano se alejaron en direcciones opuestas, pero Harsnet me acompañó. Barak me esperaba sentado en un banco. Al vernos, se acercó a mí y permaneció en silencio a mi lado.

—Parece ser que colaboraremos —dijo Harsnet—. Hicisteis un gran trabajo

estableciendo la relación con ese granjero, señor, y con el Libro de las Revelaciones. Aunque rezo para que os hayáis equivocado en eso.

—En verdad es un pensamiento funesto.

—Lamento haberme mostrado brusco durante la reunión. En efecto, necesitamos recurrir a la razón para resolver estos terribles crímenes. Pero la idea de que alguien que haya estudiado la Biblia sea capaz de semejantes actos… —Guardó silencio y meneó la cabeza.

—Todo este asunto es monstruoso. Jamás había oído nada parecido.

—Ni yo. —Harsnet me miró muy serio—. Aunque creo que deberíamos dedicar más tiempo a pensar en qué clase de hombre es.

—¿Os referís a que podría estar poseído por el diablo, que sería el responsable último de sus acciones? Veréis, señor, me parece más probable que se trate de un enfermo mental, y que su enfermedad lo haya empujado al fanatismo de un modo nunca visto —dije en tono conciliador, pero con firmeza. Pensé en Adam Kite, farfullando de rodillas en Bedlam. Además, tal como había dicho Guy, la locura puede adoptar muchas formas.

—¿Y pensáis que podría estar matando gente que ha abandonado un entendimiento bíblico de la religión? —inquirió Harsnet con tono de cierto nerviosismo.

—Creo que cabe esa posibilidad. Podría tratarse de un hombre de ideas religiosas radicales que ha perdido la razón.

—Pero ¿habéis oído mencionar alguna vez a alguien que enloqueciera y fuese capaz de planear y ejecutar un plan tan ambicioso? El diablo podría hacerlo, y si estáis en lo cierto, esto es una blasfemia.

—Confieso que no sé a qué nos enfrentamos, señor, pero no veo motivos para ponernos a especular ahora.

Harsnet inclinó la cabeza; comprendí que no tenía intención de enzarzarse en una discusión, para evitar que nuestra relación se deteriorara. Cambié de tema.

—Según parece, existen ciertas diferencias entre Thomas Seymour y su hermano —dije.

—Lord Hertford es un gran hombre, y muy inteligente. En las circunstancias adecuadas podría ser un reformista importante, tanto en temas de religión como en lo relativo a la mejora de las injusticias sociales. La devoción que siente hacia su familia constituye su única debilidad. Mantener a su hermano bajo control es difícil.

—Sí. —Pensé que alguien que fuese realmente fuerte no permitiría que su hermano abusara de ese modo de su parentesco.

—¿Me haréis saber qué averiguáis en el Tribunal de Desamortización? —preguntó Harsnet—. Si enviáis a mi nombre una nota urgente, la leeré enseguida.

—Lo haré.

—Si recurro a un mensajero, ¿lo envío a vuestro despacho?

—Sí, o a mi casa si no me encuentra allí. Vivo enfrente del Colegio de Lincoln,

en Chancery Lane.

—Hablaremos pronto.

Harsnet se despidió de Barak con un gesto y se marchó. Me volví hacia mi ayudante, que estaba pálido.

—Tiene razón —dijo—. Esto es… monstruoso.

Me alcanzó de pronto el horror de aquel asunto: la terrible muerte de Tupholme, la de Roger y la del doctor Gurney, asesinados los tres con aquella asombrosa muestra de cruel premeditación.

—Ha habido profetas locos antes —dije.

—Leer las Revelaciones me asustó —confesó Barak—. Son tan… —Titubeó en busca de la palabra adecuada—. Implacables. Como este asesino.

—No creerás, como Harsnet, que está poseído, ¿verdad?

—No lo sé.

—Bueno, todo cuanto sé es que encontraré al asesino de mi amigo. Y ahora, pongámonos en marcha. Nos acercaremos a Westminster, al Tribunal de Desamortización. —Di una palmada en la ancha espalda de Barak, y me dirigí al exterior, caminando con una confianza que en realidad no sentía, puesto que fuera lo que fuese, el hombre al que buscábamos era un monstruo con forma humana.

Capítulo 15

Un día después, cabalgué hasta la consulta de Guy. Era domingo, el primero de abril, otro día apacible y soleado; los pájaros volaban con briznas de hierba cogidas del pico, en dirección a los árboles, donde brotaban las primeras hojas.

Era el día de los Inocentes, que es cuando la gente suele gastarse bromas mutuamente, pero sin excederse, y, aunque la calle estaba abarrotada, nadie me advirtió que mi caballo tenía la cola en llamas ni nada parecido. Por algún motivo me pareció que la gente estaba preocupada. Había oído decir que dos cortesanos sospechosos de herejía habían sido encerrados en la Torre.

Barak y yo habíamos pasado el día anterior en los archivos del Tribunal de Desamortización, intentando encontrar los registros de los enfermeros que habían trabajado en las casas benedictinas de Londres. Algún archivero de alto rango había ordenado reorganizar todos los registros de los monjes que recibían una pensión, y el resultado era un caos. No salimos de allí hasta el anochecer, cubiertos de polvo, con tres nombres, aunque las direcciones figuraban en un documento aparte y el tribunal no volvería a abrir sus puertas hasta el lunes por la mañana.

Al acercarme a la consulta de Guy, vi el edificio de la Vieja Barcaza por encima de los tejados, y sentí una punzada de culpabilidad. Aún no había abordado a Barak en referencia a cómo trataba a Tamasin. Era un experto en librarse de preguntas inoportunas, y yo temía, también, que si intentaba ejercer mi autoridad en lo que a su vida privada concernía, no lograría más que enfurecerlo. Negué con la cabeza, puesto que no se me ocurría un modo claro de proceder. Cuando enfilé la calle donde vivía Guy tuve de nuevo la desagradable sensación que había experimentado en una o dos ocasiones durante el trayecto. Era como si estuvieran siguiéndome. Me volví rápidamente en la silla, pero no vi a nadie. Me dije a mí mismo que la búsqueda del asesino de Roger estaba alterándome demasiado. Me recordé que aquella noche había quedado para cenar con Dorothy, lo que me produjo tristeza y regocijo a partes iguales.

Até a *Génesis* frente a la botica de Guy, y llamé a la puerta, que abrió él en persona. Advertí de inmediato que tenía otra visita, un hombre alto, recio y rubicundo, con una barba gris muy larga. Al igual que Guy, vestía bata de médico, aunque la suya hacía gala de un corte mejor. Empuñaba una larga vara de madera, con la que señalaba las vasijas de boticario que se alineaban en las estanterías. El joven Piers había cogido un par de vasijas y medía con cuidado las cantidades en una balanza.

El extraño me miró con expresión de altivez.

—Quizá me permitáis concluir con mis asuntos, antes de que paséis consulta a vuestro paciente —dijo, arrogante, a Guy, quien me indicó con un gesto que tomara

asiento.

Me senté y observé al robusto médico señalar otra de las vasijas.

—Un pellizco de ajenjo, y me llevaré un poco de antimonio. ¿Por casualidad tenéis sangre de gallo, señor?

—No suelo tener.

—Lástima. Es una cura milagrosa para el dolor de cabeza.

—Cuánta sabiduría —murmuró Piers.

El médico lo miró fijamente, ante lo que sin duda consideraba una muestra de insolencia, pero el muchacho se mantuvo impasible. Reparé, no obstante, en el hecho de que Guy contenía la sonrisa mientras transcribía el pedido del cliente en la pizarra. Era evidente que aquel colega de profesión había recurrido a él cuando ejercía de boticario. El hombretón debía de ser uno de esos médicos cuya estrategia consiste en infundir un temor reverencial con esa clase de arrogante confianza en uno mismo que a menudo oculta a la ignorancia. Me pregunté por qué razón Guy lo toleraba.

—Eso es todo, señor —dijo el cliente—. Haré que lo recojan mañana. ¿Cuánto es?

—Un chelín.

—Qué barato. —Sacó una abultada bolsa y tendió a Guy una moneda de plata. Luego se dignó mirarme—. ¿Sois abogado, señor? —preguntó—. ¿A qué colegio pertenecéis?

—Al Colegio de Lincoln —respondí con cierta aspereza.

—Allí tengo un paciente. Maese Bealknap. Quizá lo conozcáis.

—Lo conozco. Últimamente parece enfermo y débil —añadí con toda la intención del mundo.

—Ah, pronto haré que se recupere. —El médico pareció no reparar en la crítica implícita en mi comentario—. Necesita más sangrados, así no tardará en recuperarse por completo. Por cierto, soy el doctor Archer. Tengo mucha experiencia tratando enfermedades de abogados. —Me dedicó una sonrisa condescendiente, luego se inclinó un poco ante Guy, devolvió la bolsa al cinto y salió de la botica.

—¿Quién era ese… personaje? —pregunté.

Guy sonrió.

—Archer es un miembro veterano del Colegio de Médicos. Mi posición allí es precaria, de modo que tengo que llevarme bien con él. Es un tradicionalista, cree que desde Galeno no ha habido nada nuevo en medicina, a excepción de sus remedios de curandero. Lo proveo de los ingredientes que necesita para prepararlos. Es un hombre influyente, le gusta mostrarse paternalista conmigo y yo procuro mostrarme servil. —De pronto pareció cansado, e hizo un gesto con la mano antes de añadir—: Pero olvidemos a Archer. Sentaos. —Tomó asiento ante su mesa de la consulta—. ¿Cómo puedo ayudaros, Matthew? A juzgar por vuestra expresión, veo que no se trata de una visita informal.

Hice una pausa antes de responder. Observé que, en efecto, tenía aspecto de

agotado, y me mostré un tanto reacio a insistir con aquel terrible asunto de los asesinatos; no obstante, necesitaba consuelo. Saqué la divisa de peregrino del bolsillo.

Guy se volvió hacia Piers.

—Sírvenos un poco de vino, ¿lo harás, muchacho? No tendrías que haberte burlado del doctor Archer —agregó—. Puede que sea un insensato, pero mira si se ha dado cuenta.

—Lo siento, señor, pero costaba mucho morderse la lengua.

—Sí —admitió Guy—. Lo sé.

—¿Qué debo decir si vuelven esos hombres que vendían aceite de los peces gigantes que aparecieron varados en el Támesis? —preguntó Piers—. Sé que muchos de los boticarios se lo están comprando.

—Sin duda asegurarán que posee toda clase de propiedades curativas. Diles que no insistan. Y no los dejes entrar, que esa sustancia apesta.

—Antes debían de ser ellos —dijo Guy cuando Piers se hubo retirado—. Pensé que eran los críos del barrio que llamaban a la puerta para a continuación salir por piernas. No se les ha ocurrido nada mejor para celebrar el día de los Inocentes.

—Sois demasiado blando con ese joven. Es peligroso burlarse de alguien como el doctor Archer.

—Ah, pero si es un muchacho muy divertido. —Guy sonrió de nuevo. Luego, otra vez serio, preguntó—: ¿Qué ha pasado, Matthew? ¿Está relacionado con maese Elliard?

—Sí. —De nuevo, titubeé. ¿Qué derecho tenía yo a involucrarlo en todo aquello? Acto seguido pensé que, al fin y al cabo, lo hacía porque podía ayudarnos. Lo miré a los ojos—. Resulta que Roger es la tercera persona que ha sido asesinada recientemente de un modo terrible, planificado y, al parecer, absurdo. Sin embargo, creo que sé la razón, si es que puede llamarse así. —Le conté lo relacionado con Tupholme y el doctor Gurney, el nexo existente con el Libro de las Revelaciones y la posibilidad de que el asesino anduviera tras la pista de apóstatas de la religión radical. Guy parecía más preocupado a medida que lo hacía partícipe de los detalles.

—Conocí a Paul Gurney —dijo tras concluir mi relato y pedirle que jurara absoluta discreción—. No muy bien, pero habíamos coincidido varias veces. Parecía un hombre estudioso y sereno. No era de los que se jactan, al contrario que Archer. —Sacudió la cabeza—. Puedo imaginármelo defendiendo primero la Reforma, para más adelante despreciar a los radicales santurrones y maleducados.

Llamaron a la puerta, y Piers entró con una bandeja y vino. Su rostro no reflejaba emoción alguna, aunque creí ver algo en la expresión de aquellos grandes ojos azules que me hizo preguntarme si habría estado escuchando al otro lado de la puerta. Lo observé mientras dejaba la bandeja y abandonaba la estancia, en parte para que comprendiese que lo vigilaba.

—Encontramos esto en el lugar del crimen de Tupholme —dije cuando Piers se

hubo marchado, al tiempo que sacaba la divisa.

—¿Todavía creéis que el asesino es un enfermero benedictino? —quiso saber Guy mientras la inspeccionaba con atención—. ¿Por esta divisa y por la belladona?

—Cabe esa posibilidad, en efecto.

Contempló la divisa, y luego me la devolvió mientras exhalaba un profundo suspiro.

—Quizá estéis en lo cierto. No sabemos qué ha hecho que este hombre sea lo que es.

—Ayer, Barak y yo pasamos el día en el Tribunal de Desamortización, investigando a los enfermeros benedictinos que había en Londres cuando se clausuraron los monasterios. El enfermero que atendía a las monjas de Saint Helens ha muerto, y el de Saint Saviours se retiró a vivir con sus parientes en Northumberland, que es donde recibe la pensión. Pero el enfermero de Westminster y sus dos ayudantes siguen en Londres. Recogen la pensión en Westminster. Aunque no tendremos sus direcciones hasta el lunes, disponemos de sus nombres. El enfermero se llama Goddard, Lancelot Goddard. Tenía dos ayudantes: Charles Cantrell, un monje, y Francis Lockley, un hermano laico que no estaba ordenado. ¿Reconocéis estos nombres, Guy?

—Os dije que no llegué a conocer a ningún monje. Yo ya no lo era cuando me instalé en Londres. Y, Matthew, muchos antiguos monjes benedictinos acudieron a Londres, procedentes de todas partes, después de la disolución de los monasterios. Lo que les hicieron sería suficiente para volver loco a cualquiera —añadió con amargura —. Apartados de sus hogares y sus vidas, arrojados a un mundo distinto, donde la Biblia se interpreta de manera literal, olvidados sus símbolos y metáforas, los fanáticos reaccionan con ecuanimidad ante la sangre y la crueldad narradas en el Libro de las Revelaciones. ¿Habéis pensado alguna vez en cómo sería ese Dios capaz de ordenar y ejecutar toda la crueldad que contienen esas páginas? Es un holocausto para la humanidad. No obstante, son tantos los radicales que aceptan a ese Dios sin pensarlo dos veces…

—El obispo Bonner los erradicaría con idéntica dureza.

—¿Creéis que no lo sé? —dijo Guy, airado—. La Inquisición obligó a mi familia a abandonar España, a pesar de que éramos leales al catolicismo, porque teníamos la lacra de un pasado islámico, Matthew.

—Lo sé. Lo siento.

—También yo lo siento. Lamento en qué se ha convertido el mundo. —Se inclinó y apoyó un instante la cabeza en la palma de la mano, antes de levantar la vista—. Perdonadme, Matthew —añadió, cansado—. Habéis venido aquí en busca de ayuda.

—No —dije de modo que no cupiera duda alguna—. Es este asunto… Guy, el otro día hablamos de la locura. Harsnet cree que el asesino está poseído, piensa que alguien que estuviera meramente loco sería incapaz de planear con tanta meticulosidad estos asesinatos, de demostrar tanta paciencia. Creemos que pasó

tumbado e inmóvil en los marjales de Lambeth buena parte del día, a pesar del frío y la humedad…

—¿Y vos qué pensáis, Matthew?

—La posesión es una excusa fácil a la que aferrarse para justificar lo inexplicable. Pero estos asesinatos son tan extraños y terribles que no sé qué pensar. Incluso Barak tiene miedo. Él tampoco había oído nada semejante.

—Pues yo sí —dijo Guy para mi sorpresa—. Obsesión —agregó—. Se trata de una clase de locura de la que no hablamos en Bedlam. Un hombre puede tener una obsesión extraña que atañe a un aspecto concreto de su vida, de modo que en otros ámbitos de esta se comporta de manera normal. Las obsesiones se conocen desde tiempos de los griegos y los romanos. Yo mismo tuve que vérmelas, el año pasado, con el caso de un mercader que, desde su juventud, había sufrido una obsesión que lo impelía a coleccionar calzado. Calzado de mujer, calzado masculino, incluso recogía de la basura zapatos viejos que no valía la pena reparar. Llenó su casa de zapatos. Solo lo sabía su esposa, y cuando ella le llamaba la atención, él decía que los zapatos eran algo útil. Cuando ella acudió a mi consulta, él se dedicaba a vagabundear por todo Londres en busca de zapatos, descuidando su negocio.

—Pero ¿qué tiene que ver esta extraña historia con el asesino?

—Tened paciencia, Matthew —dijo, y tras una pausa continuó—: Me reuní con el mercader y me contó que cuando era niño no había tenido zapatos. En algún rincón de su mente, tenía miedo de que eso pudiese volver a sucederle. Tenía aquella obsesión desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba en qué momento se había iniciado.

—¿Saberlo lo ayudó?

Guy negó con la cabeza, entristecido.

—No. No estuvo dispuesto a superarla, o no pudo. Tuvo que declararse en bancarrota y acabó sin un penique, en el mismo punto en el que empezó. Probablemente haya muerto ya, pues no veo cómo pudo soportar la dura vida de un pordiosero. Y así, por culpa de su obsesión, aquello que más temía se hizo realidad.

—Una triste historia.

—Las obsesiones pueden adoptar muchas formas. El amor es la más corriente. Me refiero a quienes se convencen a sí mismos de que deben conquistar el amor de su amada, aunque esa persona sea totalmente inapropiada o no corresponda al sentimiento.

—Todos hemos oído hablar de casos así.

—Y si un amor apasionado, y hasta retorcido, es capaz de dominar una vida, ¿por qué no iba a hacerlo el odio? —Se echó hacia atrás en la silla, acariciando el vaso, que había vaciado—. No sería la primera vez que pasara —añadió, sombrío.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Guy titubeó de nuevo, antes de responder en tono tranquilo:

—Tendríais que saber por qué mis estudios tomaron en una ocasión ciertos

derroteros. Cuando era joven, en París, donde estudié para médico, me enamoré. —Sonrió—. Ah, sí, aquí donde me veis, viejo y encogido, me enamoré de la hija de un mercader de vinos, una joven preciosa y lista, de origen español, como yo. Era la persona más amable que haya conocido. Estábamos enamorados y yo quería casarme con ella, pero al mismo tiempo me atraía la idea de convertirme en monje. —De nuevo me dirigió una mirada sombría—. Y Dios decidió el asunto, o eso me pareció en aquel momento. Una noche de invierno, ella estaba sentada junto al fuego cuando una chispa prendió en su vestido. Al día siguiente, falleció de resultas de las quemaduras sufridas.

—No lo sabía —dije—. Lo lamento…

—Ha llovido mucho desde entonces; pero por un tiempo me hizo negar la existencia de Dios, negar cualquier bondad en el mundo. Estaba furioso. Había estudiado casos de enfermedades mentales, y empecé a explorar las regiones más oscuras de ese campo con una especie de angustia furibunda. Esa fue mi época más desesperada, pero, como nos cuenta Aquino, a menudo ese es el paso que nos conduce a la escalera del amor místico; con el tiempo, volví a sentir el amor de Dios y acudí de nuevo a la iglesia. Aunque en verdad, sigo teniendo dificultades para perdonar al Señor, lo que me convierte en pecador. —Era la primera vez que sorprendía en sus ojos una humedad sospechosa; caí en la cuenta de que Guy estaba preocupado, muy preocupado, por algo. Abrí la boca, pero él se me adelantó—. Hubo un caso que se comentó en París cuando yo era joven. Aunque llevaba sesenta años muerto, cuando la gente quería que le bullese la sangre aún hablaban del mariscal Gilíes de Rais.

—¿De quién?

—Era un caballero y terrateniente francés. Un comandante militar con una brillante carrera, que sirvió con Juana de Arco cuando esta se enfrentó a los ingleses. Se trataba de un hombre en apariencia normal. Sin embargo, cuando se retiró a sus tierras de la Bretaña, empezó a secuestrar y asesinar niños de la manera más sádica y terrible que podáis imaginar.

—¿Niños?

—Sí. Hacía cosas de las que preferiría no hablar. Los lugareños sabían a qué se dedicaba, pero era un hombre poderoso a quien no alcanzaba la ley. —Clavó en mí una mirada torva—. De Rais ordenaba al barbero del lugar que acudiera a su casa, para arreglar el pelo de los jóvenes asesinados que había empalado en picas y que se repartían por todo el salón, y lo conminaba a opinar sobre cuál tenía mejor aspecto. Esa era la clase de cosas que hacía.

—Dios.

—Al cabo de cinco años, De Rais cometió el error de importunar a la Iglesia con motivo de alguna disputa, y el obispo del lugar decidió intervenir. De Rais fue enjuiciado y ahorcado por sus crímenes, lo que dio paso a una oleada de terror en todo el territorio donde se conocían los hechos. En el juicio, dijo que había cometido

sus crímenes sencillamente porque le complacía hacerlo.

—Dios mío. —Me acordé de un caso que tuve tres años atrás. Se trataba de un joven que torturaba animales y había asesinado a un crío que mendigaba, todo ello poco antes de su propia muerte violenta. Sentí que se me ponía la piel de gallina, como si un insecto avanzase por ella.

—Creo que ha habido más monstruos como este de los que podamos sospechar —dijo Guy.

—Alguien que asesina brutalmente sin motivo alguno… Sin embargo, nunca he oído… —Titubeé, ceñudo, como si recordara algo que había sucedido hacía mucho tiempo—. No, aguardad, creo que hubo un caso…

—¿Sí? —Guy se inclinó hacia mí.

—De joven, cuando estudiaba, nos asignaban problemas jurídicos para solucionar, los cuales nos forzaban a buscar referentes en libros de leyes. Pasábamos la mitad del tiempo inmersos en los polvorientos y antiguos volúmenes de la biblioteca del Colegio de Lincoln. Recuerdo que uno de los estudiantes topó con un caso de asesinato de… bueno, debió de suceder hace cien años, se trataba de un hombre que había sido ejecutado por asesinar a varias mujeres jóvenes. ¿Dónde sucedió aquello? Creo que fue en Norwich. —Esbocé una sonrisa irónica—. Nada de aquel juicio merecía sentar un precedente legal, pero algunos estudiantes hicieron circular el sumario, porque estaba repleto de detalles increíbles. Ya sabéis cómo son los estudiantes.

—¿Vos no erais así? —preguntó Guy con una sonrisa.

—No. Al llegar a Londres procedente de Lichfield, me pareció que ya había bastantes cosas terribles que ver en la ciudad, incluso entonces. Estaba más interesado en encontrar nuevos precedentes con los que deslumbrar a los profesores. Buscaba casos en la biblioteca. —Fruncí el entrecejo—. Pero no estoy seguro de que ese hombre fuera un asesino tal como vos lo describís. Y si lo fue, debió de tratarse de una rareza. ¿Cómo iba nadie a salirse así con la suya? ¿Cómo no iba toda una región a hacer lo posible por dar con semejante asesino? A juzgar por lo que decís, De Rais era un hombre poderoso. Seguro que a una persona normal le habrían dado caza sin demora, incluso en una ciudad grande.

—Ya sabéis cuán difícil es detectar el crimen, Matthew. Y en Inglaterra más que en el resto de Europa. Cada ciudad y cada parroquia hace cumplir la ley a través de los jueces de paz y los forenses que, a menudo, resultan ser personas corruptas, con la ayuda de algunos alguaciles que, por lo general, son unos estúpidos.

—Y los asesinatos se investigan con escasa o ninguna relación con los distritos vecinos a donde se cometieron. Sí. He estado hablando de estas cosas con Harsnet y Barak, así como de que la mayoría de los asesinos que acaban siendo apresados han obrado por impulso o estupidez…

—Mientras que este hombre es obsesivo como un amante, cuidadoso, meticuloso, paciente. Se vuelca por completo en su labor terrible, fruto, quizá, de una ira

ilimitada.

—Y ha escogido por víctimas a los apóstatas del reformismo radical.

—Debe de tener una devoción absoluta por sus retorcidas pasiones, por encima de cualquier otra cosa en el mundo. Puede que carezca de conciencia. Para él, nada importa más que él mismo en este mundo. Y quizá no exageremos al aventurar que esté convencido de que Dios le ha asignado una labor con la que disfruta: hacer cumplir la obra sagrada descrita en el Libro de las Revelaciones. —Guy hizo una mueca de cansancio—. La obsesión —concluyó tras una pausa— es algo malo, muy malo.

—Entonces ¿está loco?

—Tal como entendemos el mundo, no podemos considerarlo cuerdo. Pero quizá su inteligencia suponga que es capaz de hacerse pasar por una persona normal, trabajar, incluso. Aunque creo que debería de llamar la atención de algún modo. Una tan profunda distorsión del alma debe de manifestarse de algún modo… —Sacudió la cabeza y acto seguido clavó sus ojos pardos en los míos—. Esa divisa de peregrino… —añadió.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté con curiosidad al tiempo que la sacaba.

—Si algo hemos averiguado acerca de este hombre, es lo cuidadoso que es. No es posible que vaya perdiendo cosas por ahí, y mucho menos algo tan peculiar y controvertido como una divisa de peregrino del santuario de la abadía de Westminster.

—Tal como señaló Barak, tal vez no fue él. Uno de los alguaciles…

—No es muy probable que llevaran encima una divisa de peregrino.

—¿Os referís a que, si pertenecía al asesino, tal vez lo dejó adrede para despistarnos?

—O para proporcionarnos una pista. Puede que eso forme parte de su locura. A partir del estudio que hice de la obsesión, Matthew, estudio que lamenté haber llevado a cabo y que desde entonces me persigue, hay algo de lo que estoy seguro: este hombre no se detendrá cuando cometa los siete asesinatos. ¿Cómo iba a hacerlo, si matar se ha convertido en el centro de su universo, el centro de una mente derruida sobre sí misma?

—Pero solo hay siete copas de la ira…

Guy asintió.

—Las revelaciones —dijo— son una secuencia completa de sucesos violentos, uno tras otro, capa sobre capa. Cuando este ciclo concluya, tiene muchos más entre los que escoger.

—Dios mío. —De pronto sentí un gran cansancio, y me quedé mirando a Guy con los ojos muy abiertos. Tuve un horrible pensamiento. Dorothy, como Roger, como yo, era una reformista radical que había abandonado ese camino. Me dije que no debía ser tan estúpido; no había podido establecerse ninguna relación entre aquellos asesinatos, y no existía motivo alguno que justificara un cambio de patrón en la

conducta del asesino, para que este se interesara por Dorothy. Además, ella era una mujer, y sus opiniones contaban menos. Entonces abrí aún más los ojos cuando advertí que la puerta a las habitaciones de Guy estaba abierta. Era apenas una rendija. Había distinguido un brillo, y de pronto comprendí que se trataba de otro ojo, que me miraba a su vez. Por un instante me sentí aterrorizado. ¿Me habrían estado siguiendo? Señalé la puerta abierta, incapaz de articular palabra.

Guy se volvió. Antes de que pudiera impedírselo, se levantó y la abrió de par en par. Allí estaba el joven Piers, con un gran cuenco en las manos.

—Piers —dijo Guy acercándose al muchacho, y en su voz distinguí un atisbo de tristeza—. ¿Qué haces? ¿Estabas escuchando a escondidas nuestra conversación?

—Lo siento, maestro —respondió el joven, con humildad—. Os traía el beleño en polvo que he preparado. —Señaló con un gesto el cuenco—. Sé que lo queríais con urgencia. Os he oído hablar, y no estaba seguro de si debía interrumpiros.

Comprendí que estaba mintiendo, y me apercibí de que Guy tampoco se había dejado engatusar. En un instante, su expresión se transformó en ira.

—¿Así es como me agradeces haberte acogido cuando estabas sin techo y sin amigos tras la muerte de tu maestro? —En su voz se notaba auténtico dolor, pero de inmediato calló y miró a Piers, que retrocedió un paso, aferrando el cuenco con las manos. Guy suspiró, tendió la mano y la apoyó en el hombro del muchacho—. Tienes que aprender a controlar tu curiosidad —añadió ya más tranquilo—. La discreción, junto con guardar los secretos, forma parte de nuestro oficio.

—Lo lamento, maestro. —El muchacho bajó la mirada.

Guy cogió el cuenco de beleño.

—Gracias, lo has hecho muy bien, y con rapidez.

Piers se volvió para marcharse, pero lo llamé antes de que lo hiciera. Me acerqué a él y lo observé con expresión severa.

—Tu maestro y yo tratamos asuntos de Estado. Si mencionas una palabra de lo que has escuchado, yo mismo me aseguraré de que des con tus huesos en la prisión de Fleet o en la Torre.

—No he oído casi nada —musitó Piers, en un tono en el que se mezclaban la humildad y el reproche—. Pero prometo no abrir la boca, señor. Lo juro.

—Procura que así sea, muchacho.

—Y ahora vete, Piers —dijo Guy.

El aprendiz hizo una reverencia y cerró la puerta al salir.

—No es la primera vez que os digo que sois demasiado permisivo con él, Guy.

—Eso es asunto mío —replicó con aspereza. Negó con la cabeza y añadió—: Lo siento. Las cosas terribles de las que hemos estado hablando me han perturbado. Me aseguraré de que mantenga la boca cerrada.

—Tenéis que hacerlo, Guy.

Guardó silencio. Lo miré ceñudo. Cuando había criticado a Piers observé que este le sostenía la mirada, desafiante. Tuve la impresión de que Guy lo temía de un modo

que yo no alcanzaba a comprender.

Capítulo 16

Cabalgué de regreso al Colegio de Lincoln con el sol y una suave brisa en la cara, por primera vez aquel año. Por lo general, me gustaba la primavera, sobre todo tras un invierno tan duro como lo había sido el último, pero los horrores a que me enfrentaba bastaron para que toda esa luz se me antojara una burla. Me dije que no debía hundirme bajo su peso. Volví a pensar en Guy, y en cómo le había perturbado la horrible historia de ese De Rais. Y de nuevo en Piers, y el extraño temor que aquel parecía sentir hacia él. Era comprensible que Guy buscara una especie de sucesor, incluso un hijo, en el muchacho. Pero yo no dejaba de tener la impresión de que Piers estaba utilizando a Guy igual que un niño malcriado podía manipular a un pariente generoso.

Entré en el recinto del Colegio de Lincoln, desmonté y entregué a *Génesis* al mozo de cuadra. Primero me acerqué a la residencia de Dorothy. Llamé a la puerta y respondió Margaret, quien me contó que Dorothy había salido a supervisar los preparativos para el funeral de Roger. El anciano Elías la había acompañado. Le pedí entonces que cuando regresase enviase a Elías a buscarme, o bien a la biblioteca o a mi despacho.

A continuación, me encaminé hacia la biblioteca del Colegio. Tenía mucho trabajo atrasado, y al día siguiente debía atender más vistas en el Tribunal de Apelaciones, pero antes tenía que llevar a cabo ciertas pesquisas.

Gatehouse Court está muy tranquilo los domingos, porque no suele haber tanto movimiento. Reparé no obstante en la presencia de un hombre vestido con toga que caminaba hacia mí. Era Bealknap, que cruzaba el patio procedente de su despacho. Mientras se aproximaba vi que tenía peor aspecto que nunca: estaba pálido y tenía los ojos inyectados en sangre. A juzgar por los jadeos, comprendí que aquel corto paseo había bastado para fatigarlo.

—¿Cómo estáis, Bealknap? —Lo compadecía, pues únicamente tenía a ese arrogante insensato del doctor Archer para que cuidase de su maltrecha salud. A pesar de todos los esfuerzos, seguía sufriendo.

—Habéis destruido mi carrera —susurró, acusador, echando por tierra todos mis pensamientos caritativos.

—¿De qué habláis?

—Podríais haberme ayudado con ese documento que no presenté. Sabíais que he estado enfermo; pero, claro, ¿cómo ibais a ayudar a un colega? Ahora he perdido a mi mejor cliente. *Sir* Geoffrey Coleswyn confiaba en sacar provecho de aquella propiedad. Se lo contará a todos los terratenientes que conoce.

—Por el amor del cielo… —dije, impaciente—. Fue culpa vuestra. Esto es ridículo.

—Me he labrado una reputación gracias a librar a mis clientes de los ocupantes ilegales y los arrendatarios indeseables. Precisamente la gente a quien vos representáis. Gente de baja estofa y peor ralea, ladrones de tierras, desgraciados. *Sir* Geoffrey se encargará de arruinarme…

—No tengo tiempo para escuchar estas tonterías —dije.

Bealknap estaba pálido, y aquella muestra de desprecio no hizo más que acrecentar la ira que sentía.

—¡Lamentaréis lo que me habéis hecho, Shardlake! —Temblaba, yo no sabía si debido a la rabia o a la debilidad—. Esta vez habéis ido muy lejos. Lo lamentaréis. Me aseguraré de ello.

—Bealknap, habláis como el diablo de una obra de misterio. —Pasé por su lado e hice caso omiso de sus absurdas amenazas mientras me alejaba en dirección a la biblioteca.

—¡Esperad y veréis, maese jorobado! —exclamó—. ¡Ya lo veréis!



En la biblioteca reinaba el silencio habitual. Los abogados hojeaban muy concentrados los libros de derecho, mientras que los estudiantes, intrigados y con el entrecejo arrugado, repasaban los casos más interesantes. Fui a inspeccionar en los estantes más altos. Los libros de derecho estaban organizados por año de publicación, y había muy pocos correspondientes al siglo pasado. A partir del año de la aparición de la imprenta, se fueron publicando cada vez más, pero escaseaban las obras de mediados del siglo pasado, y además se trataba de manuscritos. Encontré el volumen que buscaba, un anuario de 1461. Estaba maltrecho y las cubiertas de cuero manchadas y cuarteadas. Lo cogí y fui con él a una mesa situada en un rincón apartado, lejos de las ventanas, a la luz de las velas.

El informe del caso era extenso, como si el redactor, al igual que mis compañeros estudiantes, se hubiera regodeado en los detalles morbosos de los cadáveres destripados. Había ocurrido en Norwich, en el verano de 1461, cuando un joven llamado Paul Strodyr había sido juzgado acusado de los asesinatos de nueve mujeres jóvenes, cometidos a lo largo de los anteriores cinco años. Seis eran prostitutas, a las otras tres se las calificaba de «jóvenes respetables». Leyendo entre líneas, daba la impresión de que era la muerte de las tres últimas lo que había soliviantado a la ciudad. Según parece, se produjo un tremendo revuelo que concluyó cuando el primo de Strodyr informó de que la noche del último asesinato lo había visto cubierto de sangre. Después de que el juez dictara un veredicto de culpabilidad, el acusado admitió haber cometido los crímenes y se puso a despotricar contra las prostitutas, de quienes dijo que Dios deseaba verlas muertas.

Fueron varias las cosas que me impresionaron de ese caso. La primera fue que Strodyr no era poderoso ni ostentaba una posición acomodada, como De Rais, sino un

simple labrador. No había indicios de que hubiera dado muestras de locura, e incluso el redactor del informe aseguraba que se trataba de un joven amable y alegre que trabajaba en las granjas del lugar. Aparte de esos comentarios, el informe no daba detalles acerca de Strodyr, quien fue condenado a morir en la horca. Si dijo algo desde el patíbulo, no quedó constancia de ello.

Dejé el libro y me senté a meditar. De modo que Guy tenía razón: con anterioridad se habían producido casos de asesinatos en masa, de muertes sin sentido. En este caso, el criminal había sido atrapado. Sin embargo, el trasfondo convencional de Strodyr, y el hecho de que nadie lo hubiera considerado extraño, no hicieron sino aumentar las dificultades a que nos enfrentamos a la hora de atrapar a un asesino. Y en una ciudad del tamaño de Londres, que quizá alcanzaba diez veces el tamaño de la Norwich de entonces, cuán difícil sería dar con un solo hombre. De nuevo pensé en el niño asesino a quien había conocido años atrás; en caso de seguir con vida, ¿habría llegado a convertirse en otro Strodyr, en otro De Rais?



Regresé a mi despacho, donde estuve trabajando un rato. Di un respingo cuando se abrió la puerta y entró Barak. Parecía cansado y olía a sudor, pero sonreía.

—Traigo las direcciones —dijo—. Y noticias.

Dejé la pluma en el escritorio.

—¿En domingo?

—Esta mañana me he acercado al Tribunal de Desamortización. Había allí un montón de escribientes, que intentaban poner un poco de orden el caos que ha supuesto esta reorganización. Me las he ingeniado para incordiarlos hasta que me han permitido consultar lo que quería. He obtenido las direcciones y una relación de pagos.

—Buen trabajo. —A pesar de todo, me pareció triste que prefiriese trabajar en domingo a estar con su esposa.

Se sentó delante de mí.

—Uno de los enfermeros no ha pasado a recoger su pensión desde diciembre. Justo antes del primer asesinato, el del granjero. Me refiero a Lancelot Goddard.

—¿Has obtenido su dirección?

—Sí. Vive en una calle humilde cerca de Steelyard. He estado allí antes…

—No intentarías visitarlo tú solo…

—Por supuesto que no —respondió, impaciente—. Pregunté a los vecinos. Dijeron que un antiguo monje tenía allí una casa alquilada desde que hace tres años derruyeron la abadía de Westminster. No se relacionaba con los vecinos, aunque es verdad que estaba un poco por encima de los tenderos y demás gentes de la zona. Se marchó en enero, diciendo que había heredado una casa de su madre. Fui al lugar donde vivía; la entrada está cegada. Luego fui a ver al dueño, que vive en la calle

contigua. Dijo que el monje era buen inquilino, tranquilo y puntual a la hora de pagar. Confirmó la historia de la herencia, dijo que un día fue a decirle que se marchaba y pagó un mes más de alquiler para compensarle las molestias.

—¿Qué aspecto tiene ese Goddard?

—Tiene unos cuarenta años, y es de esos hombres que no pasan inadvertidos. Pómulos marcados y un enorme lunar en un lado de la nariz. Alto y de buen porte, cabello oscuro.

—¿Qué me dices de sus ayudantes?

—Tengo sus direcciones. El primero, Cantrell, vive en Westminster, y el otro reside cerca de la antigua Charterhouse. En una taberna llamada El Hombre Verde.

—Una taberna. —Enarqué las cejas.

—Eso parece. Ese es Lockley, el hermano laico.

Asentí. Puesto que no era monje, no tendría pensión. Pero una taberna distaba mucho de ser un monasterio.

—¿Qué creéis que le sucedió a Goddard? Es extraño que desapareciera en enero. ¿Creéis posible que…?

—¿Que si podría ser un asesino? Cuidado, Jack, podría haber otro motivo que justificara su desaparición. —Lo miré muy serio—. Sin ir más lejos, podría ser otra víctima.

Barak negó con la cabeza.

—Da la impresión de que ha desaparecido de forma deliberada. Que no ha dado su dirección aposta, vamos.

—Tengo que enviar una nota a Harsnet —dije—. Lo has hecho muy bien —añadí —. Pienso contárselo.

Se reclinó en la silla.

—Necesitaba hacer algo —dijo—. Dar con algo… Algo…

—¿Algo real? ¿Entre todo este horror inexplicable?

—Sí.

—Pues lo has logrado. —Lo observé con atención. Aún parecía cansado e inquieto. Decidí no hablarle de la teoría de Guy, ni de mis hallazgos, al menos por el momento—. Tendrías que irte a casa, ya has tenido suficiente por hoy.

—Sí —repuso con expresión de culpabilidad—. Le dije a Tamasin que volvería para el almuerzo. Será mejor que me vaya.

Sacudí la cabeza cuando se hubo marchado. Si yo hubiese tenido su edad y Tamasin hubiese sido mi esposa, no habría pasado la tarde del domingo persiguiendo escribientes en archivos polvorientos. Me concentré en la abadía de Westminster. Recordaba que se trataba de uno de los últimos monasterios que fueron secularizados. El rey no quiso destruirlos, debido a que albergaban las tumbas de su padre y de otros antepasados de la realeza. Al transformar la abadía en catedral había completado el círculo. El anterior abad fue convertido en deán, y se decía de él que era uno de los agentes de Cromwell dentro de los monasterios, y que trabajaba por la disolución del

lugar. Sus posteriores nombramientos causaron más de una risa cínica.

Escribí una larga nota dirigida a Harsnet y la llevé a la caseta del portero. Le pedí que la entregasen de inmediato. Contemplé Chancery Lane y los escasos transeúntes, recordando la intensa sensación que había tenido de que me estaban siguiendo. Al regresar, vi que el anciano Elías se acercaba caminando a buen paso; Dorothy había regresado. Lo acompañé de vuelta a Gatehouse Court, pasamos por delante de la fuente, sin detenernos, y llegamos a casa de Dorothy. Durante el camino hice ímprobos esfuerzos por apartar a Strodyr y a los demás asesinos de mi pensamiento; sin embargo, puesto que probablemente Roger había sido víctima de uno de ellos, no me resultó nada fácil.



Margaret, la doncella, me abrió la puerta. Dorothy estaba sentada en su lugar habitual, ante el fuego del hogar, que ardía bajo el friso de madera. Aún iba de luto. Me alegró verla ocupada, bordando florecitas en un vestido. Levantó la vista con una sonrisa, y me alegró todavía más comprobar que sus mejillas habían recuperado algo de color.

—¿Cómo estáis? —pregunté.

—La vida debe continuar, ¿no os parece? El reloj aún marca el paso de las horas, por mucho que Roger haya muerto.

—Sí, es verdad.

—Samuel llegará mañana, y he dispuesto que el funeral de Roger se celebre el próximo martes. —Me miró a los ojos—. Una semana después de su muerte.

—Lo sé.

—Intento mantenerme ocupada. Bordando, como veis. Y he supervisado los preparativos de una espléndida comida, para daros las gracias por cuanto habéis hecho.

—No ha sido para tanto, Dorothy. Lamento que mis compromisos no me permitan aceptar los casos de Roger. Sin embargo, Bartlett me ha proporcionado una lista de abogados que sí pueden hacerlo, y todos ellos son gente honesta.

—Estupendo. El dinero me vendrá bien. Rowland vino a verme hoy, lleno de tristeza por mi pérdida, pero apuntando que no tardarían en nombrar a un nuevo miembro para el Colegio y que necesitarían estas dependencias.

—¿Tenéis suficiente para alquilar una casa? Si no, podría…

Ella levantó una mano.

—No. Gracias, Matthew, pero Roger era un hombre prudente, y había ahorrado lo bastante para vivir con cierta holgura. Aunque no sé adónde iré. Samuel sugirió en su carta que podría trasladarme a Bristol.

—¿Lo haréis? —Sentí que me daba un vuelco el corazón solo de pensarlo.

Ella titubeó antes de responder.

—No lo sé. Aún no lo he decidido. ¿Hay alguna novedad?

—Hacemos progresos. Lamento no poder daros más detalles.

—¿Habéis averiguado por qué asesinaron a Roger? —preguntó con un hilo de voz.

—No. Pero, Dorothy… —Hice una pausa—. Sabemos que el asesino ha matado al menos a otras dos personas, por el momento. Todas las víctimas forman parte de un terrible ritual. Mientras ande suelto, pienso… que no deberíais salir sola.

—¿Creéis que podría estar en peligro? —preguntó.

—No. Solo que… no tiene nada de malo tomar recaudos.

Dorothy meditó por un instante en mis palabras, y luego asintió. De pronto me sentí furioso por lo que le habían hecho a ella y a Roger.

Un sirviente se presentó con una bandeja de carne y fragantes salsas. Seguí a Dorothy a la mesa.

—Allí —indicó—. Espalda de cordero. Me alegro de que ya no estemos en Cuaresma. Dicen que están arrestando a los carniceros que se dedicaron a vender carne antes de que terminara.

—Sí.

—Hoy no he ido a la iglesia. Confieso que solo siento rabia hacia Dios por haber permitido que a un hombre tan bueno le haya sucedido algo tan diabólico. ¿Creéis que actúo de forma malvada?

—No. Lo entiendo. Yo tampoco he ido. —Suspiré—. Aunque supongo que podría decirse que Dios no tiene la culpa de que una de sus criaturas haga mal uso de su libre albedrío para cometer un acto vil.

—Es una respuesta razonable —admitió con una sonrisa algo irónica—. Pero la razón tiene poco que ver con cómo me siento ahora mismo. Me ayudaría ser capaz de rezar, pero estoy demasiado enfadada. —Frunció el entrecejo antes de añadir—: Quizá sea capaz de hacerlo dentro de un tiempo.

—Sí. Cuando os sintáis preparada. —Me sentí hipócrita. Yo también había rezado poco, pero deseaba darle motivos de consuelo.

—Sois muy comprensivo, Matthew —dijo.

Comimos un rato en silencio, disfrutando de las viandas. Ella se limpió los labios en la servilleta, y luego me miró como si no las tuviera todas consigo.

—Quisiera pediros algo más. Dudo si hacerlo, a pesar de lo mucho que me habéis ayudado…

—Sea lo que sea, lo haré.

—He estado pensando en el proyecto de Roger de construir un hospital para los pobres. Apenas había empezado a trabajar cuando murió, pero ya tenía una lista de suscriptores. ¿Os encargarías de llevarlo a buen puerto? Era algo que deseaba mucho, y al hacerlo estaríamos honrando su memoria.

—Lo haré, Dorothy. Pero no hasta haber resuelto el caso.

—Parecéis cansado. No debería presionaros. Sin embargo… supongo que, en

cierto modo, eso serviría para mantenerlo vivo.

—El hospital sería un homenaje muy adecuado, en efecto. —Sonreí—. Podríais llamarlo Hospital Roger Elliard.

—Sí. —Sacudió la cabeza—. Aquí me tenéis, sentada, contemplando ese friso, observando los animales que se asoman detrás de los árboles. ¿Sabíais que les pusimos nombres? *Peter* es el ciervo, *Paul* el conejo y *Simon* el caballo.

—Es un friso magnífico.

—Tendría que hacer que repararan apropiadamente esa esquina. Me lo llevaré si voy a Bristol. Roger está tan presente en estas habitaciones… —De pronto se le quebró la voz, inclinó la cabeza y empezó a llorar en silencio.

Me levanté y rodeé la mesa hasta donde se encontraba. Tuve mucho tacto cuando le pasé el brazo por los hombros.

—Vamos, vamos —dije con ánimo de tranquilizarla. Se me ocurrió pensar que era la primera vez que abrazaba a Dorothy, algo que en tiempos había anhelado más que cualquier otra cosa en el mundo.

Ella me cogió la mano, al tiempo que se le dibujaba una sonrisa en el rostro surcado por las lágrimas.

—Habéis sido tan bueno, Matthew… ¿Qué haría sin vos?

Sus palabras y el tono en que las pronunció despertaron una oleada de sentimientos en todo mi ser. Había hecho un esfuerzo por evitar estrecharla entre mis brazos, para evitar besarla. Algo en mi expresión debió de delatarme, porque me soltó la mano. Retrocedí.

—No me lo tengáis en cuenta —dijo—. De pronto me siento agotada; hoy ha sido un día muy largo. ¿Os importa que me retire tan pronto?

—Por supuesto que no.

—Tendré cuidado.

—Bien. Lo más probable es que esté exagerando las cosas.

—Venid a cenar después del funeral. Estará aquí Samuel. No habéis vuelto a verlo desde que era un niño.

—Sí, lo haré. —De pronto, las palabras parecían negarse a salir de mi boca—. Yo… Debería marcharme.

—De acuerdo —dijo, enjugándose las lágrimas—. Bueno, ya está. Me cuesta mantener la compostura. —Hizo una pausa y, mirándome muy seria, añadió—: Necesito tiempo.



Fuera, apoyé el hombro en el muro de piedra y respiré hondo. Comprendí de pronto qué era lo que me había estado ocultando a mí mismo: que el hecho de que Dorothy volviera a estar sola había avivado un antiguo fuego. Pensé de nuevo en la calidez de sus hombros, en su mano en la mía. Entonces pensé en Roger, muerto en medio de la

nieve.

—Perdóname, Dios —susurré.

Caí entonces en la cuenta de que, en el extremo opuesto del patio, había una figura de pie junto a la puerta de mis dependencias, que estaba cerrada. Era una mujer menuda, y con un sobresalto advertí que se trataba de Tamasin. Cubrí a la carrera el trecho que me separaba de ella. Estaba acurrucada en la puerta. Vi con horror que tenía el rostro hinchado, un ojo a la funerala, el vestido rasgado y la cofia torcida. Me miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, y temblaba como una hoja.

—Tamasin —dije—. Dios mío, ¿quién te ha hecho esto? ¿Fue…? —Por un espantoso instante se me ocurrió que quizá había sido Barak.

—He venido a buscar a Jack —dijo a pesar de lo difícil que le resultaba hablar con los labios tan hinchados—. Discutimos y volvió a marcharse de casa. No soportaba la idea de quedarme ahí sola: seguía teniendo la sensación de que había alguien fuera, y no dejaba de pensar que hasta podía oírlo respirar tras la puerta. Necesitaba marcharme; pensaba acercarme a vuestra casa si no encontraba aquí a Jack. Durante todo el trayecto hasta aquí tuve la impresión de que me seguían.

—Tamasin…

Había en sus ojos un terror absoluto.

—Entonces, cuando estaba a punto de llegar —continuó—, alguien se abalanzó sobre mí, me empujó a un rincón y empezó a golpearme… —De pronto se calló; jadeaba, pero no derramó una lágrima.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quién fue?

—Tenía una voz… extraña. No era una voz normal. Dijo que sabe que vos y Jack estáis persiguiéndolo, pero que no podréis impedir que lleve a cabo su misión. Maese Shardlake, él conoce vuestro nombre, y también el de Jack. Sabe dónde vivís. ¿Quién es ese hombre?

Capítulo 17

Abrí la puerta y ayudé a Tamasin a entrar. La conduje a oscuras hasta una silla de mi despacho, y luego regresé al antedespacho. Cerré la puerta principal y con mano temblorosa encendí una cerilla para reavivar el fuego. Después, con la misma cerilla, encendí las velas de mi despacho. A medida que la luz amarillenta titiló en los rincones, vi que Tamasin seguía sentada donde yo la había dejado, con la barbilla hundida en el pecho. Se había quitado la cofia ensangrentada y la había dejado en su regazo. Serví una copa de vino fuerte y se lo acerqué a los labios. Le castañeteaban los dientes. Sentí una intensa ira hacia la persona que había golpeado su bello rostro; y también terror, puesto que podría haberle sucedido algo mucho peor.

Me senté frente a ella. Tomó un par de sorbos de vino, tosió y, de pronto, se llevó una mano a la boca. Al apartarla, tenía medio diente en la palma. Se quedó mirándolo con expresión absorta, pues aún estaba conmocionada. Tenía la cara magullada y un feo corte en una mejilla.

—Tamasin, lo siento —susurré.

Me miró a través de los párpados hinchados.

—¿Por qué? No es culpa vuestra —dijo con voz ronca.

—¿Hasta qué punto te ha puesto al corriente Jack del asunto que nos ocupa? —pregunté tras dudar por un instante.

—No sé nada. Solo que se trata de un asunto secreto. Temía que se tratase de nuevo de una cuestión relacionada con la política.

—Es algo incluso peor que eso. —Me puse en pie—. Tamasin, ¿sabes dónde está Jack?

La joven suspiró antes de responder.

—Supongo que estará por ahí haciendo de las suyas. En la taberna de la Cabeza del Turco, junto a Newgate, o en el Perro Rojo, cerca de la Vieja Barcaza. No vino a almorzar, luego llegó tarde y… discutimos, de modo que volvió a marcharse.

«Maldito sea», pensé.

—Voy a buscar al portero para que envíe a alguien a buscarlo, y a Guy también. Necesitas que te vea un médico.

—La cara… —dijo ella, asintiendo—, me duele mucho. —Me miró—. ¿Sabéis quién es ese hombre, el que me atacó?

—Temo que sea el mismo a quien estamos buscando. ¿Te atacó a la entrada?

—Sí. Se abalanzó sobre mí entre dos casas. Cuando me soltó conseguí ponerme de pie. Habría acudido al portero, pero no había luz en la caseta. Entré en el Colegio porque pensé que aquí estaría a salvo, y que quizá os encontraría trabajando hasta tarde…

—Había ido a ver a la señora Elliard —dije—. ¿Estás segura de que dijo que Jack

y yo estábamos buscándolo?

—Sí.

Sentí que se me erizaba el vello de la nuca. El asesino sabía quiénes éramos Barak y yo, y también que lo estábamos buscando; pero ¿cómo?

—Mencionaste que tenía una voz peculiar.

—Sí. Rasposa. Gutural. Como si la estuviera forzando de algún modo.

—Gracias a Dios que me has encontrado aquí esta noche. Presta atención, Tamasin, voy a salir a despertar al portero. Cerraré la puerta.

—Tened cuidado, señor, ese hombre podría seguir ahí fuera.



Cogí la daga que guardaba en el escritorio y me la introduje en la manga. En la sala principal apagué las velas y permanecí por un instante mirando Gatehouse Court a través de la ventana con montante. Había luz en algunas de las ventanas de las plantas superiores. Las ventanas de Dorothy estaban apagadas. El patio se veía desierto. Respiré hondo, empuñé la daga y salí.

Crucé rápidamente el patio. Comprobé que la caseta del portero estaba a oscuras. Él o su ayudante tenían la obligación de vigilar la entrada de noche, pero sabía que a menudo se emborrachaban y se quedaban dormidos. Aporreé la puerta tan fuerte como pude. Al cabo de un minuto, abrió el portero. Era un soldado veterano, un tipo corpulento y rubicundo a quien el aliento le apestaba a cerveza. Le conté, sin entretenerme en los detalles, que habían asaltado a una mujer y que el agresor quizá anduviese por las inmediaciones, y le ordené que espabilara y despertase a su ayudante para enviarlo en busca de Barak y de Guy.

De regreso en el despacho hice lo que pude para ayudar a Tamasin, a quien llevé una jofaina de agua y un paño para que se lavara el rostro magullado.

—Jack tendría que haberse quedado conmigo —dijo—. Mira que dejarme sola, con el miedo que tenía. —La ira había reemplazado a la conmoción.

—Tamasin, dijiste que temías que pudiera haber alguien al otro lado de la puerta de vuestra vivienda.

—Estos últimos días, luego de que Jack se marchara, varias veces oí ruido de pasos en el rellano. Esta noche me acerqué a la puerta, agucé el oído y… percibí una respiración, como si al otro lado hubiera alguien con la oreja pegada a la puerta.

—¿Se lo habías contado a Jack?

—Dijo que eran imaginaciones mías. Pero esta noche oí los pasos de alguien que se alejaba. La puerta principal del edificio chirrió. Entonces todo quedó tan en silencio que no pude soportarlo más y salí corriendo de casa. Fui una estúpida.

El asaltante debía de haberla esperado fuera; quizá todas las noches aguardaba frente a la casa a que se le presentara la oportunidad. De nuevo me invadió una intensa sensación de horror. Debía de haber seguido a Tamasin hasta el Colegio de

Lincoln. Y me había seguido a mí, puesto que había ido a verla en una ocasión. Tamasin se echó a llorar, y yo le puse la mano en un brazo. Daba la impresión de que aquella noche mi cometido consistía en consolar a mujeres inocentes, atormentadas por aquel animal.



Barak se presentó al cabo de media hora. El ayudante del portero lo había encontrado durmiendo en la taberna de Newgate. Entró a toda prisa, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué ha pasado? ¡Dicen que han herido a Tammy! —Se abalanzó sobre su mujer, pero cuando ella levantó la cabeza para encararlo con una expresión de ira en el rostro magullado, se detuvo en seco.

—Sí, Jack —dijo ella—. Fue el mismo tipo imaginario que había frente a nuestra puerta, mi imaginario asaltante, mi fantasma.

Jack se volvió hacia mí. Fue una de las escasas veces que lo vi desorientado. Le serví una copa de vino, le dije que se sentara y le conté lo sucedido. No apartó la vista de Tamasin, quien seguía mirándolo furibunda. Estaba muy enfadada.

—Jamás pensé que pudiera saber dónde vivimos —le dijo Barak a Tamasin—. O quiénes somos. ¿Cómo iba a pensar tal cosa? —Se volvió hacia mí—. ¿Y por qué lo ha hecho? ¡Es como si nos desafiara!

—Ya te comenté que también tenía la impresión de que me seguía alguien —dije.

—¿Creéis que se trata de alguien a quien conocemos? —preguntó Barak.

—No sé qué pensar. Tamasin, ¿pudiste verlo?

—No. Se arrojó sobre mí por detrás. Cuando empezó a golpearme, cerré los ojos. Era muy fuerte. Caí al suelo, y entonces me dio una patada y dijo lo que os he contado, que sabía que andabais buscándolo, pero que eso no le impediría llevar a cabo su misión.

—Eso lo aclara todo. Fue él. —Barak palideció.

—¿Quién? —preguntó Tamasin en un tono de voz agudo—. ¿A quién estáis buscando? ¿A quién ha matado?

Barak y yo cambiamos una mirada. Él asintió y le conté a Tamasin la historia de los tres asesinatos, el nexo de unión con el Libro de las Revelaciones y el encargo de Cranmer. Sin embargo, me cuidé mucho de compartir con ambos la teoría de Guy referente a los asesinos compulsivos, o el resultado de mis pesquisas acerca del caso Strodyr.

—Oh, Dios mío —se lamentó ella cuando hube terminado—. Pero entonces, si va buscando más víctimas, ¿por qué no acabó conmigo?

—Creo que no eres la clase de persona que él piensa asesinar para cumplir con su misión. El Libro de las Revelaciones dice que la cuarta copa hará sufrir a los hombres con ardor y fuego.

—¿De modo que solo buscaba amenazarnos? —preguntó Barak—. ¿Hacernos una advertencia?

—Eso creo. Jack, tú y Tamasin deberíais mudaros a mi casa. Esta misma noche. Estaremos más seguros juntos que separados. Y pediré a Harsnet que nos envíe a alguien, para vigilar. Mandaré otro mensaje.

—Es buena idea, Tammy —dijo Barak en tono amable.

—Sí —repuso ella con amargura—. Deja que tu amo me proteja. —De nuevo rompió a llorar. No era propio de Tamasin. Lo sucedido había colmado su paciencia.

Urgí con un gesto a Barak a que la consolara. Pero Barak también se había enfadado ante aquel insulto a su hombría.

—No es justo —replicó—. Si llego a saber que ese hombre era real… Es que has tenido tantas fantasías…

Fue lo peor que podría haber dicho. Ella se incorporó a medias. Por magullada que estuviese, creo que se habría arrojado sobre él si en ese momento no se hubiese oído un golpe en la puerta, el cual bastó para sobresaltarnos. Fui a abrir. Allí estaba Guy, muy alarmado a juzgar por su expresión.

—Matthew —dijo—. Ha venido un hombre a traerme una nota ilegible según la cual habían asaltado aquí a una mujer.

—Entrad, Guy —le pedí tras lanzar un suspiro—. Habéis llegado en el momento preciso.



Guy curó las heridas de Tamasin. Además de magulladuras en la cara, tenía un diente roto y una costilla fracturada. Debería guardar cama una semana, pero me alivió oír que no sufriría daños permanentes, aparte del diente partido, que por suerte no era de los más visibles. Guy dijo que le recomendaría un sacamuelas que le extrajera los restos de la pieza.

—Iré a recoger algunas cosas a la Vieja Barcaza —informó Barak mientras Guy aplicaba unos ungüentos calmantes en la cara de Tamasin—. ¿Podréis acompañar a Tammy a vuestra casa, señor?

—Lo haré. —Lo seguí al antedespacho. Una vez allí, lo cogí del brazo—. Si no la consuelas, tendrás que aceptar tu parte de culpa en lo que sea que se haya torcido entre vosotros, y la perderás —susurré en tono de enfado.

Él se sacudió mi mano de encima y me miró con los ojos muy abiertos.

—Dejad que me ocupe yo de los asuntos de mi esposa —masculló, furibundo—. ¿Qué sabéis vos de la vida de casado?

—Lo suficiente para comprender que las mujeres como Tamasin no abundan precisamente.

—La mantendré a salvo —dijo—. Será mejor que nos concentremos en atrapar a ese hombre. O bien se trata de alguien que conocemos, pues supo que nos encontraría

en el marjal aquella mañana, y ha descubierto dónde vivimos, o…

—¿O qué?

—O quizá, al fin y al cabo, se trate del mismísimo diablo. —Se volvió, abrió la puerta y se marchó.



Aquella noche tardamos en retirarnos a descansar. Cuando Guy se disponía a irse, mantuve con él una conversación en voz baja en el umbral, poniéndolo al corriente del caso Strodyr.

—Era lo que esperaba —dijo tras sacudir la cabeza.

Llevé a casa a Tamasin. Barak llegó de la Vieja Barcaza con algunos efectos personales, e instalé a ambos en la habitación que ella había ocupado cuando cuidó de mí durante la enfermedad que sufrí el año anterior. Mi ama de llaves, Joan, la apreciaba mucho, y se mostró muy disgustada al verle la cara. Cuando se instalaron arriba, Joan me llevó aparte.

—Pobre muchacha —dijo.

—Lo sé. Lamento tener que involucrarte de nuevo en mis asuntos. —Había contado a Joan que Tamasin había sido atacada por alguien a quien investigábamos, y que había enviado al portero con una carta dirigida a Harsnet solicitando protección.

—No parece que Tamasin y maese Jack estén en muy buenos términos. Después de todo por lo que ella ha pasado…

—Lo sé, Joan. Su relación va de mal en peor debido a la ira de ella y al orgullo de Jack.

—¿Deberíamos interferir, señor? ¿Entre marido y mujer?

—Creo que si no hacemos algo no serán marido y mujer por mucho tiempo. —Miré a Joan. Parecía asustada, cansada, y mayor de lo que era. Recordé haber pensado que necesitaba que alguien le echase una mano en la casa, y que yo aún no había hecho nada al respecto. Le puse la mano en el brazo—. Todo saldrá bien —añadí con una confianza que no sentía.



Harsnet respondió a mis mensajes con encomiable prontitud. Al día siguiente, no mucho después del alba, llegó un hombre enviado por él, un tipo musculoso de unos treinta años, con el rostro anguloso y mirada penetrante. Se llamaba Philip Orr, era uno de los alguaciles de Westminster y había aceptado el encargo de vigilar la casa por respeto al forense, «buen hombre y temeroso de Dios», según lo describió. «Otro fanático religioso», pensé, aunque agradecí a Harsnet que me proporcionase tan pronto a alguien capacitado para la labor. El forense también había enviado un

mensaje por medio de Orr. En él me comunicaba su deseo de interrogar de inmediato al deán Benson, de la catedral de Westminster, acerca de su antiguo enfermero y sus ayudantes. Pedía que Barak y yo lo acompañásemos y nos citaba a las ocho y media junto a la caseta de la abadía. La carta mencionaba que me daría tiempo de acudir a Westminster Palace para las vistas matinales del Tribunal de Apelaciones. Le agradecí el gesto de haber tenido en cuenta ese detalle.

—Actúa muy rápido —dije a Barak mientras íbamos por la orilla del río.

El tiempo seguía templado y caía una persistente llovizna que debido al viento nos golpeaba el rostro. La mirada que me había dedicado Barak cuando bajó a desayunar por la mañana me hizo saber, sin lugar a dudas, que no quería escuchar una sola palabra más acerca de su matrimonio. Tamasin, a quien aún le dolían las magulladuras, se había quedado en cama.

—Lord Cromwell adiestró bien a sus hombres.

—Es un religioso radical. Espero que eso no perjudique su capacidad para la investigación.

—Me pareció bastante centrado —señaló Barak.

No quise ahondar en el tema, pues estaba de ese humor que es capaz de convertir cualquier conversación en una disputa. Descendimos de nuevo por las escaleras de Whitehall hasta Westminster bajo una lluvia menos densa. Me alegró que los documentos que necesitaría estuviesen a salvo en los portafolios de cuero que llevaba Barak. En lugar de girar a la izquierda en New Palace Yard, como solíamos hacer, pasamos por delante de la caseta de la antigua prisión del abad hasta llegar a Thieving Lane. Había dejado de llover, y los cúmulos de nubes blancas se desplazaban en el cielo azul, proyectando sombras que se perseguían unas a otras en el suelo.

Las calles de Westminster estaban muy concurridas. Los parlamentarios bien vestidos caminaban en dirección a sus casas, y lo hacían a buen paso, debido al acoso de mendigos y buhoneros. Algunos de los parlamentarios llevaban en el puesto el tiempo suficiente para haber adoptado el truco de sacudir la mano en un gesto de rechazo, sin mirar siquiera si se les acercaba alguien, pero un hombre con una espléndida capa roja y bonete enjoyado estaba siendo acorralado por un grupo de vendedores ambulantes. Había cometido el error de intentar regatearle a uno, y, conscientes de las posibilidades de negocio, todo el grupo había empezado a rodearlo como una bandada de estorninos en torno a un pastel abandonado.

—¡No, no, pero si he dicho que no quiero nada de todo eso! —protestó cuando alguien le tiró de la manga. Entonces perdió los nervios y exclamó—: ¡No! ¡No! ¡Idos, maldita sea, y llevaos toda esa basura!

Un buhonero le ofreció entonces un collar de cobre.

Barak se echó a reír.

—Este no es de ciudad. Se lo comerán vivo.

Retrocedí de un salto cuando me lanzaron una cuchillada a la cara. Era otro buhonero, con una bandeja de hierro en torno al cuello. Un hombre alto, con barba

gris, que olía intensamente a sudor.

—¡Eh, tened cuidado! —espeté.

—¡Cinco estupendos cuchillos de acero! ¡De lo mejorcito, señor!

Lo aparté de un empellón y seguimos adelante. Harsnet se encontraba ya junto a la antigua caseta, vestido con toga de abogado, con la insignia real bordada a la altura del corazón, las manos cogidas a la espalda mientras observaba Thieving Lane. Inclinó levemente la cabeza al acercarnos. Lo primero que hice fue darle las gracias por haberme enviado a Orr.

—Es necesario proteger a las mujeres. Y si el villano intenta introducirse en la vivienda, tendremos la oportunidad de atraparlo. Orr es un hombre muy válido. Espero que vuestra esposa se encuentre mejor, buen Barak. —Estaba preocupado y eso suavizó un poco su expresión.

—Nada que no pueda solucionar un poco de descanso.

—Pero ¿qué sucedió realmente?

Relaté a Harsnet el asalto de que había sido objeto Tamasin. Me escuchó con los labios apretados, y al cabo dijo:

—¿Cómo pudo suceder tal cosa? Tendremos que tratar el asunto después de visitar al deán.

—¿Y vos, señor? —pregunté—. ¿Os han informado los forenses de los condados vecinos de algún horrible asesinato que se asemeje a nuestros tres casos?

—Ni uno. Y seguimos sin saber cómo conoció el asesino a esos hombres, ni por qué los escogió. —Suspiró y a continuación esbozó una sonrisa cansada—. En fin, veamos qué tiene que decirnos el deán Benson. Le avisé de nuestra visita. Nos espera en la antigua casa del prior, que es donde se ha instalado. —Harsnet arrugó el entrecejo; un reformista podía desaprobar que un antiguo monje se beneficiase de la secularización.

—Una cosa —dije—: esta última semana, ¿habéis tenido la impresión en algún momento de que alguien os podía estar siguiendo?

—No —respondió el forense, negando con la cabeza.

—Pues me temo que es probable que os siguieran. Creo que deberíais ir con cuidado, señor.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —Respiró hondo y nos guio hasta el interior del antiguo recinto monástico.



Los patios exteriores de la mayor parte de los monasterios benedictinos han servido desde hace tiempo de centros de comercio, pero Westminster había instituido una clase propia, en parte debido a su enorme tamaño, pero también a su antiguo privilegio de santuario. Los perseguidos por la justicia podían buscar resguardo en él. Por esa razón, la casa de Dios había estado siempre rodeada de delincuentes de toda

laya. En torno al recinto se alzaban tanto espléndidas casas como humildes viviendas que servían de hogar a toda clase de criminales, que pagaban cuantiosos alquileres a los monjes. Una de las mejores iniciativas del rey Enrique fue abolir la mayor parte de los antiguos privilegios del santuario, pero aun así este había sobrevivido y los deudores y ladrones de poca monta aún podían hallar refugio en él. Algunos fugitivos habían pasado toda la vida en el santuario de Westminster, y en muchos casos incluso habían vivido con comodidad, haciendo negocios en Londres por medio de abogados que, como Bealknap, servían de intermediarios, y también habían acudido todos los domingos a la iglesia de Saint Margaret, un edificio precioso, reconstruido recientemente, que dominaba la parte septentrional del recinto.

Al pasar por delante de la iglesia, reparé en un grupo que estaba de pie junto a la misma, compuesto, entre otras personas, por dos clérigos de hábito blanco.

—Bonner. —Harsnet escupió el nombre.

Reconocí al temido obispo de Londres, su silueta oronda, bajita y achaparrada. Reía con otro clérigo, puede que el propio vicario de Saint Margaret. Observé al obispo que estaba empeñado en limpiar Londres de radicales.

—Pues parece muy animado —comenté.

—El vicario Brown está cortado por el mismo patrón —dijo Harsnet, torciendo el gesto—. Saint Margaret sigue llena de oro, velas e imágenes. Creedme, costó lo suyo arrancarles la reliquia del dedo de santa Margarita. A ese cerdo del Papa no le importaría que volviéramos al redil de Roma.

—No obstante, Bonner fue en tiempos uno de los hombres de Cromwell —señalé.

—Con Cromwell muerto, los lobos se han librado de la piel de cordero con que se cubrieron para ganarse su favor. —Miró fijamente al obispo—. Que Dios me perdone, pero me gustaría que nuestro asesino se fijase en Bonner en lugar de concentrarse en los buenos reformistas… Claro está que el diablo siempre cuida de los suyos.

Miré a Barak. Este se encogió de hombros. Dejamos atrás el antiguo campanario, convertido en una serie de casuchas destartaladas, y giramos hacia el este, bajo la amenazadora sombra de la iglesia de la abadía, en dirección a la parte sur del recinto, bordeada por los imponentes muros del monasterio.

Capítulo 18

La parte sur del recinto estaba rodeada por más viviendas humildes destinadas a los vendedores ambulantes y los trabajadores eventuales. Los hombres se encontraban fuera de sus casas, cargando carros y preparándose para la jornada. El aire olía a resina, puesto que en Westminster abundaban las carpinterías que atendían las necesidades tanto de la abadía como del propio palacio. A nuestra izquierda, una pared alta separaba el recinto interior, donde se alzaban los edificios monásticos; las puertas, que en el pasado habían aislado las confortables vidas de los monjes del mundo exterior, estaban abiertas, aunque había un guardia apostado junto a ellas. Harsnet se identificó y se nos permitió acceder a un patio rodeado de edificios monásticos en proceso de demolición o remodelación. Por todas partes había trabajadores seleccionando picos y martillos de los carros, antes de iniciar la jornada de trabajo. Nos dirigimos hacia un bello edificio que se alzaba en mitad de las ruinas, en medio de un jardín repleto de azafranes. Harsnet llamó a la puerta.

Un sirviente respondió y nos invitó a entrar. Al igual que el secretario de Cranmer, pidió a Barak que nos aguardara en una antesala, y nos acompañó a Harsnet y a mí hasta un despacho decorado con abundantes tapices, y dominado por una enorme mesa de roble cubierta de papeles. Me pregunté si todo aquello provenía de los edificios monásticos. Saltaba a la vista que ese era el caso de los bancos del coro cubiertos de cojines que había contra una pared. Fuera empezó el estruendo de los martillazos.

La puerta se abrió y entró un hombre de baja estatura, ataviado con un hábito de clérigo. Nos saludamos con una breve reverencia y nos acercamos a la mesa.

—Por favor, caballeros, sentaos —dijo en un tono suave, señalando con un gesto los bancos del coro.

Observé atentamente a William Benson. El último abad del monasterio, el monje que acudió a Cromwell y fue nombrado para el puesto de abad con el objeto de acelerar la disolución. El puesto de deán y la nueva catedral formaron parte de su recompensa. Era un hombre rechoncho de unos cincuenta años, cara rolliza, expresión engañosamente somnolienta y cierto aire de satisfacción por haberlo conseguido todo en la vida.

—¿Qué puedo hacer para ayudar al arzobispo? —preguntó.

—Es un asunto muy secreto, señor —dijo Harsnet—. El arzobispo insiste en que no debe pronunciarse una palabra sobre el particular fuera de estas paredes.

—Y así se hará. Estoy obligado a obedecer a mi superior. —Benson sonrió, mirando a un punto indefinido, situado entre ambos, con los ojos entornados—. Me intrigáis.

—Mucho me temo que se trata de una historia perturbadora —intervine, sintiendo

que debía reclamar algo de autoridad en el asunto.

Benson soltó una risa ronca.

—Llevo muchos años labrando en las viñas del Señor. Ya nada me perturba, a excepción de esos martillazos —añadió, frunciendo el entrecejo—. Les está llevando una eternidad derruir el refectorio.

«Parte de la casa que dirigisteis durante años», pensé. Le observé con atención para ver si mudaba la expresión distante, mientras Harsnet resumía la historia de los asesinatos y las profecías del Libro de las Revelaciones, pero no fue así, aunque Benson empezó a juguetear con un anillo de oro en la mano regordeta.

—¿Y pensáis que podría tratarse de un antiguo monje? —dijo, y acto seguido negó con la cabeza—. No creo que eso sea posible. La mayoría de los frailes aceptaron la disolución de buena gana. Seis se han convertido aquí en prebendados y están a mis órdenes.

—¿Cuántos monjes había allí durante la disolución? —quise saber.

—Veinticuatro. No todos los antiguos hermanos estaban satisfechos con lo que sucedió. Pero la mayoría eran realistas. Todos firmaron la rendición sin plantear problemas, excepto el viejo hermano Elfryd, quien puso por condición que, a su muerte, se lo enterrase en el antiguo camino donde se llevaba a cabo la procesión. Su deseo fue respetado —añadió con una sonrisa tímida—. Murió al poco de abandonar el monasterio, y ahora descansa allí. No mucho después fallecieron media docena de hermanos.

—¿Qué me decís de un enfermero llamado Lancelot Goddard? —inquirió Harsnet —. ¿Y de sus ayudantes? Había dos cuyos nombres figuraban en los registros del Tribunal de Desamortización.

—¿Y sabéis, por casualidad, si el doctor Goddard empleaba la belladona? —pregunté.

—¿Si empleaba la qué?

Tuve la impresión de que había contestado con excesiva rapidez, y que un brillo extraño iluminaba sus ojos somnolientos. Le expliqué qué efectos tenía la belladona.

—Todo esto resulta muy inquietante —dijo, pensativo, mientras seguía jugueteando con el anillo. Levantó la vista para mirarnos a los ojos y añadió—: No sé si Goddard empleaba la belladona. Yo me limité a confiarle la enfermería. Era un hombre muy competente, no recuerdo haber recibido queja alguna. —Hizo una pausa —. Os proporcionaré toda la ayuda que pueda, caballeros. Sin embargo, creo que os equivocáis. Sea quien sea ese ser… abominable, no creo que haya salido de aquí.

—¿Hasta qué punto conocíais al doctor Goddard? —pregunté.

—No muy bien. —Esbozó una sonrisa cínica—. No es un secreto que al nombrarme abad me dieron la orden de disolver pacíficamente Westminster. Y así lo hice. Los monjes que más llamaron mi atención fueron aquellos que más costó persuadir, o a los que hubo que… presionar. El doctor Goddard no se contaba entre ellos. Era responsable de la enfermería de los monjes, se ocupaba del cuidado diario

de las enfermedades, de atender las necesidades de los monjes ancianos, y también atendía a quienes acudían de las inmediaciones a nuestra modesta enfermería.

—¿Él y sus ayudantes?

—Sí. Charles Cantrell en la enfermería de los monjes; Francis Lockley en la enfermería laica, para los pobres de Westminster.

—¿Estaban cualificados para ello? —pregunté.

—No. Cantrell era monje; Lockley, un hermano laico que trabajaba para nosotros y residía aquí. Goddard instruyó a ambos.

—¿Cómo era Goddard?

Benson inclinó la cabeza antes de responder.

—Pues no era muy buena compañía. La gente lo tenía por un hombre frío. Procedía de una familia acomodada y tenía la tendencia de mirar por encima del hombro a quienes no eran de tan buena cuna como él. Aceptó la disolución sin rechistar, como los demás. Hablaba poco en público.

—Ha desaparecido de su alojamiento —le contó Harsnet—. ¿Tenéis alguna idea de adónde podría haber ido?

Benson negó con la cabeza.

—Me temo que no. Estuvo aquí mucho tiempo, y no recuerdo de dónde era su familia. La mayor parte de nuestros archivos resultaron destruidos.

—Sí. —Sabía que eso era verdad. En efecto, casi todos los archivos monásticos, incluidos los libros ilustrados, habían sido quemados durante la disolución.

—Cualquier cosa que podáis recordar, señor…

—Ese hombre era enfermero cuando llegué. Recuerdo haber oído que se convirtió en novicio siendo muy joven. Tenía unos cuarenta años cuando el monasterio se cerró.

—Se sentía superior a los demás —dije, pensativo—. Eso decían en su antiguo alojamiento. De modo que nunca abandonó por completo las conductas del mundo exterior.

—Eso no es precisamente poco frecuente entre los monjes —terció Benson entre risas—. Su mundanería fue una de las razones que provocaron la desaparición de los monasterios.

—¿Sabéis por casualidad dónde aprendió los rudimentos de la medicina? —pregunté.

—No estudió medicina, sino que debió de aprender el oficio gracias al antiguo enfermero, como muchos. Me temo que el de «doctor» era un título de cortesía. Pero sin duda contaba con un sólido adiestramiento, al que se sometió a lo largo de muchos años. El conocimiento legado por muchas generaciones de enfermeros.

—Y eso debía de incluir el empleo de la belladona.

El deán Benson inclinó la cabeza.

—Quizá.

—¿Había un jardín donde cultivarla?

—Sí, pero ha desaparecido.

—Me pregunto si cultivaba adormidera.

—Lo ignoro —dijo Benson—. Es posible que lo hiciera.

—¿Qué clase de hombre era el doctor Goddard a la hora de tratar con él?

—No era un hombre difícil. Correcto, independiente. —Sonrió—. Tenía una deformidad, un lunar enorme en un costado de la nariz. Creo que pensaba que eso le restaba dignidad. Se enfadaba si alguien se lo miraba. Quizá eso le agrió el carácter. Algunos decían que nunca se mostraba amable con los enfermos. Claro que tal vez un médico deba mostrarse distante.

«Como vos —pensé—. Claro que el vuestro es un distanciamiento político».

Jamás le habían importado los monjes; para él no eran más que peones en el juego de la secularización. De pronto tuve el convencimiento de que Benson ocultaba algo.

Esbozó de nuevo una sonrisa y dijo:

—Recuerdo que su ayudante en la enfermería laica, el hermano Lockley, solía burlarse de Goddard, e imitaba su forma de hablar fría y precisa. Lockley a menudo tenía problemas debido a su frivolidad, aunque desempeñaba su labor bastante bien.

—¿Y el otro ayudante, Cantrell? —pregunté.

—Ah, sí, el joven hermano Cantrell. Goddard lo instruyó, pero recuerdo que nunca pareció del todo satisfecho con él.

—Los únicos vecinos de Goddard dijeron que había recibido una herencia —señaló Harsnet.

Benson se mordió el labio inferior.

—Creo recordar que su familia tenía dinero y vivía cerca de Londres, en algún lugar al norte. Quizá puedan localizarlos.

Lo dudaba mucho. Decían que había ya unas sesenta mil almas en Londres y alrededores.

—¿No se ha conservado ningún registro? —pregunté.

—Toda la documentación ha desaparecido —respondió Benson al tiempo que negaba con la cabeza—. Cuando cerró la abadía, los hombres del Tribunal de Desamortización nos ordenaron que quemásemos todos nuestros documentos, nuestros registros y partituras, incluso nuestros libros. Lord Cromwell quiso erradicar de raíz el monacato, señor.

—¿Habéis perdido el contacto con vuestros antiguos monjes?

—Con todos, salvo con los que siguen a mis órdenes aquí.

—Esos hombres —dije—, ¿qué constitución tienen? ¿Son fuertes, corpulentos? El individuo que buscamos es fuerte, y también muy astuto.

El deán rio.

—En tal caso, creo que podréis descartar a ambos ayudantes. Ninguno demostró tener mucho cerebro, y de fuerza ni hablemos. Lockley es un hombre orondo que habrá cumplido ya los cincuenta y a quien le gusta la bebida. El joven Cantrell era alto, un tipo fibroso. Recuerdo que tenía una enorme nuez de Adán en un cuello de

junco; era difícil no reparar en ella. También recuerdo que tenía problemas con los ojos. Empezó a echarse cosas en la enfermería. Goddard descubrió que era corto de vista y le consiguió unas lentes, para que pudiera trabajar. —Hizo una pausa—. Ahora recuerdo que Cantrell vive en el recinto exterior; su padre era carpintero. Lo vi hace un tiempo en la calle, con las lentes puestas, y recuerdo haber pensado que tendría problemas si debía desempeñar el oficio de su padre. Hay tantas probabilidades de que se corte los dedos como de que no lo haga. —Volvió a reír.

«Y decíais que el doctor era un hombre frío», pensé.

Harsnet se volvió hacia mí.

—Habría que visitar a esos dos hombres, maese Shardlake. ¿Tiene Barak las direcciones?

—Las tiene.

—Estupendo. En tal caso vamos a despedirnos, deán. Aunque podríamos volver a visitaros.

—Por supuesto. —Benson sonrió y negó con la cabeza—. ¿Creéis que ese hombre cometerá siete asesinatos para que se cumpla la profecía de las siete copas de las Revelaciones?

—Sí, señor —respondió Harsnet muy serio—. Solo ha llegado a la tercera copa. Me temo que no tardará en alcanzar la cuarta.

Antes de levantarse, Benson negó de nuevo con la cabeza.

—En tal caso, rezaré para que lo atrapen pronto.



Nos reunimos con Barak y abandonamos el edificio. El ruido era estridente. Me volví hacia Harsnet.

—Estaba ocultando algo —dije.

—Eso me ha parecido también a mí —admitió el forense, asintiendo—. Pero ¿qué?

—Nos está observando —advirtió Barak en voz baja. Harsnet y yo nos volvimos. El deán estaba en la ventana, mirándonos. Al advertir que habíamos reparado en su presencia, retrocedió, ocultándose en las sombras de su estancia.

—Sería interesante echar un vistazo en la casa capitular, en los edificios de la enfermería y en el jardín —sugerí.

—De acuerdo —dijo Harsnet.

Anduvimos con cuidado entre los escombros y los materiales de construcción en dirección al claustro. Pasamos por delante de una enorme pila de colchones, procedentes quizá de los dormitorios.

—¿Qué os ha parecido Benson? —pregunté.

—Un arribista codicioso —respondió Harsnet—. Es triste que lord Cromwell tuviese que recurrir a gente así en aras de la causa reformista. —Me miró—. Eso

desilusionó a muchos.

Me pregunté si Cranmer le había contado que a mí también me había desilusionado.

Dejamos atrás el edificio que había albergado los dormitorios de los monjes, ya prácticamente derruido; había gente en el tejado, arrancando las tejas y arrojándolas al interior de lo que quedaba del espléndido y antiguo edificio. A nuestra derecha, abandonado y cubierto de malas hierbas, vimos lo que en tiempos debió de ser el jardín del abad. A su lado se extendía una zona donde las hierbas habían crecido sin control durante los últimos tres años. Reconocí los característicos tallos de la adormidera.

—Vaya —dijo Harsnet—. Así que a Goddard le daba por cultivar dormidera.

Observé el abandono que reinaba en aquel lugar.

—Sí. Y sabrá el cielo qué otras cosas.

Retrocedimos, y de nuevo nos adentramos en el fragor de las obras de demolición. Entramos en el antiguo claustro situado entre los edificios monásticos y la iglesia. De pronto se hizo el silencio. A continuación se inició otra tanda de golpes, procedente del tejado de la galería, que reverberaba en el patio del claustro. Mientras se acariciaba la barba gris, Harsnet contempló aquel lugar donde en el pasado habían caminado los monjes. Me pregunté en qué estaría pensando. Entonces se volvió hacia mí con una sonrisa inesperada y dijo:

—Allí hay un banco. Quizá sea el momento de tener una charla, en paz y tranquilidad, antes de visitar la casa capitular.

—Sí. No dejo de pensar en lo que ha sucedido.

Los tres nos acercamos al banco y nos sentamos.

—Creo que el deán Benson sabe más de lo que nos ha contado —dije.

Harsnet asintió.

—Estoy de acuerdo. Volveremos a interrogarlo, y pronto. Pero no creo que conozca el paradero de Goddard. Se habría dado cuenta de que no era buena idea ocultárnoslo. —Sacudió la cabeza y exhaló un hondo suspiro—. ¿Y qué es Goddard? ¿El hombre al que buscamos, una víctima más o nada de lo anterior? —Su acento del oeste del país era más marcado, como siempre que hablaba con énfasis.

—Casi han pasado dos meses de su desaparición. Creo que si fuera una víctima a estas alturas ya lo habrían encontrado.

—Pero ¿adónde ha ido? —preguntó Harsnet, ceñudo—. El deán tendría que saberlo. ¿Acaso no le importan los monjes que tuvo a su cargo?

—El suyo no era más que un puesto político —aventuró Barak—. Mi antiguo patrón los nombraba a diestro y siniestro.

Harsnet lo miró con aprobación. Me alegró comprobar que respetaba a Barak, y que no intentaba excluirlo de nuestras conversaciones por considerarse superior a él.

—Sí, eso es verdad —dijo—. Sin embargo, tenemos que encontrarlo como sea.

—Sea quien sea el asesino, lo cierto es que él sí nos ha encontrado a nosotros —

recordó Barak con una mirada torva—. Al menos ha encontrado a mi esposa. —Agachó la cabeza y crispó las manos.

—Creo que el día que fuimos al marjal nos estuvo observando —dije—. Después, de algún modo, descubrió nuestra identidad, al menos en lo que respecta a Barak y a mí, y nos ha estado siguiendo desde entonces.

—Si me ha estado siguiendo sin que yo me diera cuenta, ese hombre me supera con creces —aseguró Barak—. Lo cual no es imposible. —Se llevó las manos a la cara y se la restregó con fuerza.

—Creo que supo que habían hallado el cadáver del doctor Gurney y que el asunto se mantenía en secreto —dije—, así que mató a Roger de modo tal que fuese imposible ocultarlo a la gente. Después, tendido en ese jergón que hallamos en el montículo, pasó el tiempo aguardando la llegada de los investigadores que visitarían el sitio donde había muerto el doctor Gurney, con el que estoy seguro de que Roger estaba relacionado. Lo hizo para saber quiénes serían los hombres que irían tras él.

Harsnet sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué clase de hombre pasaría días tumbado allí? Por no mencionar que luego permaneció varias horas en lo más profundo del marjal, tendido y oculto hasta que oscureció y tuvimos que marcharnos. Esa paciencia, esa resistencia, no parecen propias de un… ser humano.

Era consciente de que Harsnet lo atribuía de nuevo a un posible caso de posesión diabólica. Titubeé por un momento antes de ponerlos al corriente tanto de la teoría de Guy relativa a la locura obsesiva, como de los casos que había mencionado, especialmente el que hacía referencia a Strodyr. Harsnet prestó atención, mirándome con aquellos ojos penetrantes y azules. Al final, meneó la cabeza y dijo:

—Esa gente, Strodyr y el francés, me da la impresión de que estaban poseídos. Igual que este hombre. Lo siento, pero no confío en el doctor Malton. Tengo la sensación de que sigue siendo fiel a sus antiguas lealtades. Y con el obispo Bonner mostrando tan poca piedad con los protestantes como un carnicero con los pobres corderos de Eastcheap, me perdonaréis si me permito dudar acerca del papel que representa en esta investigación.

Barak se volvió hacia ambos, con un inesperado fuego en la mirada.

—Esté loco o poseído, eso no responde a la pregunta de por qué anda siguiéndonos, en lugar de ser nosotros quienes lo seguimos a él.

—Ah, es que tenemos que perseguirlo —aseguró Harsnet con feroz determinación—. Y daremos con él.

—Me pregunto si tendríamos que buscarlo entre las sectas radicales protestantes —dije mirando a Harsnet fijamente a los ojos—. Tanto como en iglesias con predicadores radicales y congregaciones eclesiásticas donde se organicen grupos de estudio y reuniones privadas. Algunas han desarrollado doctrinas extremas, por ejemplo los adamitas, que creen que hemos recuperado la inocencia primitiva de Adán, o los arios, que niegan la Trinidad. —Daba por sentado que Harsnet se

mostraría en franco desacuerdo, pero se limitó a asentir.

—Sí, la persecución empuja al hombre hacia dentro. Cuando incluso un fiel escribe sobre la Biblia en verso para animar a los niños pequeños a leer la palabra de Dios, como hace un amigo mío, puede dar con los huesos en la prisión de Fleet…

—Y nuestro hombre parece pensar que Dios le ha encomendado la misión de asesinar a los radicales que se han vuelto moderados.

—O eso quiere hacernos creer —replicó Harsnet, muy serio—. Quizá el asesino sea en realidad partidario de las persecuciones del obispo Bonner. Si esto saliera a la luz, no haría más que dar alas al obispo.

—Sea como fuere, estaba al corriente del pasado religioso del doctor Gurney y de Tupholme, así como el de mi pobre amigo Roger Elliard —insistí—. Los tres no tenían nada más en común.

Harsnet suspiró.

—Muy bien, procuraré que se realicen algunas pesquisas. —Pareció titubear antes de añadir—: ¿Habéis pensado, señor, que vos podríais ser una víctima potencial? En tiempos fuisteis tan radical como maese Elliard.

—Nunca fui tan radical como él —puntualicé, pero era consciente de que Harsnet tenía razón: teóricamente yo era una víctima en potencia, mientras que Harsnet y Barak no. Pensé de nuevo, con un escalofrío súbito, que también Dorothy lo era—. Miles de personas en Londres figuran en esa categoría —agregué—. Miles.

Harsnet me miró fijamente, como si percibiera mi temor y sopesara mi coraje. Asintió levemente, antes de decir:

—Hemos de pensar en los recursos. Si tenemos que buscar a Goddard, investigar las sectas y proteger a quienes precisen protección, necesitaremos de cierto número de personas capaces de mantener este asunto en secreto. Yo dispongo de ciertos recursos, pero son limitados. Sin embargo, hay otra persona que ha ofrecido su ayuda al arzobispo Cranmer.

—¿De quién se trata?

—De *sir* Thomas Seymour —respondió, inclinando la cabeza—. Sí, para mí también fue una sorpresa la noticia. ¿Sabéis por qué Seymour se involucró al principio?

—¿Por su relación con Catalina Parr?

—En efecto. Dijo que quería proteger los intereses de la dama por pura caballerosidad, pero sus motivos iban más allá. Cuando el doctor Gurney fue hallado muerto, Seymour temió convertirse en sospechoso de participar en una conspiración para apartar al rey de *lady* Catalina. El arzobispo Cranmer me confesó que se sintió muy aliviado cuando descubristeis lo sucedido con Tupholme, crimen que sirvió para desviar la atención sobre ella. Y ahora se ha ofrecido a ayudarnos y proporcionarnos a los hombres de confianza de su casa.

—¿Por qué?

Harsnet forzó una sonrisa.

—*Sir* Thomas adora la aventura, y cuenta con un montón de hombres que en eso se le parecen mucho.

—A juzgar por lo que he oído de él, es perfectamente posible.

—Es un granuja detestable, pero tenemos que aceptar cuanta ayuda se nos ofrezca. El arzobispo y lord Hertford están tan próximos a la corte que cualquier cosa que suceda en sus casas podría delatarnos. Aunque nadie reparará en las idas y venidas que pueda haber en casa de *sir* Thomas Seymour, o a nadie importarán.

—¿Podemos confiar en él? —pregunté sin tenerlas todas conmigo.

—Le sobran razones para mantener la boca cerrada. Este asunto debió ponerse en conocimiento del rey, y ya está implicado en el secreto. Creo que es de confianza.

—Bueno, señor, vos conocéis mucho mejor que yo todo lo concerniente a la corte, así que confiaré en vuestro criterio.

Harsnet inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Gracias —dijo, y titubeó antes de añadir—: Sean cuales sean nuestras diferencias en materia de creencias, estoy seguro de que podemos colaborar perfectamente.

—Por supuesto, señor, eso espero —repuse, un tanto incómodo.

—Quizá podríais venir a cenar con mi esposa y conmigo una noche de estas —añadió—. Así podríamos conocernos mejor. —Se sonrojó, y comprendí que se trataba de un hombre tímido.

—Será un placer.

—Espléndido. —Se puso de pie—. Y ahora, echemos un vistazo a la casa capitular. Doy por sentado que estará a rebosar de imaginería papista.



Preguntamos a un escribiente que pasó por nuestro lado dónde se encontraba la casa capitular. Nos señaló una recia puerta de roble, situada a cierta distancia. Estaba entreabierta. Penetramos en un corto corredor que se abría a una de las salas más extraordinarias que he visto en mi vida. Era enorme, de planta octogonal e iluminada por amplios ventanales con vidrieras. El suelo estaba cubierto de preciosas baldosas. En la entrada había estatuas de una belleza inigualable, pintadas con vivos colores, que correspondían a la Virgen y a san Pedro; era como si aquellas figuras protegiesen la entrada.

Lo que más nos sorprendió a los tres, sin embargo, lo que nos dejó anonadados, fue que al pie de las vidrieras los muros se dividían en retablos que representaban sendas escenas del Libro de las Revelaciones, pintadas en magníficos colores y rematadas con pan de oro. Había decenas de ellas, y mostraban toda la historia: san Juan, Jesucristo resucitado, el llameante abismo del infierno, la bestia de siete cabezas y diez cuernos, y los siete ángeles, que vierten las copas de la ira en un mundo rojo de tormento.

Capítulo 19

Permanecimos en silencio, contemplando aquel imponente panorama de la destrucción. La historia que relataban los retablos se veía interrumpida, en una pared, por una imagen de la condenación, que mostraba a los justos ascendiendo al cielo mientras, abajo, los pálidos y desnudos pecadores eran arrojados al infierno. Pero incluso esa imagen carecía del colorido y la vivacidad de la historia de las revelaciones. Por primera vez sentí todo su poder.

Barak se acercó a los retablos para estudiarlos, y sus pasos resonaron en el suelo embaldosado. Se detuvo ante el retrato de una enorme bestia de cuyos fuertes hombros surgían siete serpientes. Uno o dos cuernos coronaban su frente. A su lado, con un halo dorado sobre la cabeza, se hallaba de pie la figura de san Juan, testigo de lo que habría de suceder. Había en él una expresión de terror. Me aproximé a mi ayudante.

—De modo que la bestia de siete cabezas y diez cuernos tiene este aspecto —dije —. Hasta ahora había sido incapaz de imaginármela.

El trazo de la pintura correspondía a un estilo en boga doscientos años atrás, y las figuras carecían de la fluidez realista que habíamos alcanzado en el arte de nuestros tiempos, todo lo cual no le impedía inspirar terror.

—Los monjes de Westminster lo veían a diario —dije en tono casi reverente—: Goddard, Lockley, Cantrell. Todos los días, en la casa capitular. Sí, esto podría devorarle a uno el alma.

—Lockley, el hermano laico, no venía con regularidad, ¿me equivoco? —preguntó Barak.

—Muchos asuntos debían de atenderse en la casa capitular. Seguramente tuvo ocasión de ver a menudo los retablos.

Harsnet se reunió con nosotros.

—Los papistas sostienen que hemos puesto la Biblia en manos de gente incapaz de entender su mensaje, gente empujada a interpretaciones inusitadas. Pero, mirad, maese Shardlake, las imágenes podrían ejercer el mismo efecto. Si esta estancia hubiese sido encalada como una buena iglesia reformista, tal vez ese Goddard no habría enloquecido. Creo que el diablo llegó a él por medio de estas pinturas.

—Siempre y cuando nuestro hombre sea Goddard.

—Sí, siempre y cuando lo sea. Aunque parece el candidato más probable.

—¿Era esto lo que estaba ocultándonos el deán? —pregunté, mirándolo—. ¿Acaso recordaba estas imágenes, o quizá el efecto que causaron en alguien?

—Ya lo averiguaremos —aseguró Harsnet—. Procurador Shardlake, mañana volveré a visitar al deán. ¿Podríais hablar con los dos antiguos monjes y averiguar lo que sepan? Armémonos de pruebas, antes de enfrentarnos de nuevo a Benson.

—Lo haré —dije—. Hoy mismo, si puedo, después de acudir al tribunal.

—Y yo enviaré una carta al Concejo Municipal de Londres, donde quizá encontremos a alguien que conozca a la familia de Goddard.

—Antes de marcharnos, me gustaría echar un vistazo a lo que quede de los edificios correspondientes a la enfermería.

—Sí. Tendríamos que hacerlo. —Harsnet miró con desagrado alrededor, y acto seguido abandonó la estancia. Yo me detuve un instante en un retablo que mostraba a un ángel de rostro severo, vestido completamente de blanco, vertiendo en la tierra un líquido que se convertía en fuego. Caras de piel blanca y expresión agonizante atravesaban las llamas.

—La cuarta copa —murmuré dirigiéndome a Barak—. Dios mío, espero que podamos atraparlo antes de que vuelva a matar.



Fuera, en el claustro, preguntamos a otro escribiente dónde se encontraban los antiguos edificios que albergaban la enfermería. Nos contó que la enfermería de los monjes había sido derruida, pero que la laica donde cuidaban de los pobres de la parroquia se hallaba un poco más allá, al otro lado del antiguo cementerio monacal. La lluvia cesó cuando abandonamos el claustro y recorrimos un sendero a través de una plaza cubierta de hierba, salpicada de lápidas, algunas de las cuales tenían siglos de antigüedad. Al igual que sucedía en los monasterios secularizados, no tardarían en excavar las tumbas, desenterrar los huesos y arrojarlos a una fosa común.

La enfermería era un edificio alargado y de techo bajo situado algo alejado del complejo principal para salvaguardarlo de posibles enfermedades contagiosas. Encontramos abierta la pesada puerta de madera. Accedimos a una sala desnuda, tenuemente iluminada por la luz que entraba por unas ventanas altas y polvorientas. No quedaba nada, aparte de unos harapos amontonados en los rincones, un hogar cubierto de excrementos de ratón, las marcas que habían dejado los cuadros en las paredes y, en una de estas, una enorme cruz.

—¿Adónde acuden ahora los pacientes de Westminster? —pregunté, pensando en los planes de Roger de fundar un hospital. Su rostro se me apareció de nuevo, sonriente, alegre, aprobador.

—No tienen adónde ir —respondió Harsnet con un deje de decepción en la voz.

Giramos en redondo al oír el gemido de unos goznes. Alguien intentaba abrir la puerta, lentamente, a hurtadillas. Barak llevó la mano a la empuñadura de la espada cuando una figura penetró en la estancia. Era un anciano sucio, despeinado, delgado y harapiento, con las mejillas hundidas. No nos había visto, y mientras lo observábamos sacó una ramita larga que habría cogido en alguna parte y empezó a hurgar con ella los restos que había en uno de los rincones.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Harsnet, cuya clara voz retumbó en la

estancia.

El intruso se sobresaltó, soltó la rama, se llevó las manos al pecho y nos miró con temor.

—¿Y bien? —insistió mi ayudante.

El anciano retrocedió.

—Yo… no estaba haciendo ningún daño, señor. —No pronunciaba bien las palabras, a menudo eran ininteligibles incluso, y al principio tuve la impresión de que estaba ebrio. Entonces caí en la cuenta de que era desdentado. También comprendí que era más joven de lo que había calculado en un principio, pero que el hecho de tener hundidas las mejillas lo avejentaba.

—Algún motivo tendréis para haber entrado aquí —insistió Harsnet—. Estáis en pleno recinto de la abadía, no creo que os hayáis extraviado.

—Estaba buscando mi dentadura —explicó, retorciéndose las manos al tiempo que reculaba—. Estoy seguro de que la encontraré en algún lugar donde no haya mirado. En cualquier rincón de Westminster. —En sus ojos había una expresión de desamparo y desconcierto tales que me pregunté si sería un idiota.

—De acuerdo, pero ahora dejadnos a solas —dijo Harsnet con mayor suavidad, pues era evidente que había llegado a la misma conclusión que yo respecto de aquel anciano. Se marchó al fin, y cerró la puerta tras de sí lentamente, como si tuviera miedo de molestarnos.

—Por el amor de Dios, ¿qué quería ese hombre? —preguntó Barak.

—Debía de ser un mendigo trastornado —respondió Harsnet—. En Westminster uno se los encuentra por todas partes, y evidentemente han hallado el modo de introducirse aquí. Deberíamos advertir a los guardias. —Miró ceñudo a Barak—. Ah, y os agradecería que no pronunciarais el nombre de Dios en vano.

Vi un destello en la mirada de Barak. A lo lejos, se oyó el reloj del campanario dar las diez.

—Debo acudir al tribunal —dije—. Barak, vamos, rápido. Lo siento, maese forense, pero hemos de marcharnos. Me pondré en contacto con vos en cuanto haya tenido ocasión de entrevistarme con los dos antiguos monjes.



Caminamos de vuelta con Harsnet hasta la puerta principal, y luego salimos al atestado recinto. A esas alturas había cobrado vida, las tiendas estaban a rebosar, la gente iba y venía de un lado a otro. Al vernos, un par de vendedores ambulantes se nos echaron encima. Uno llevaba una bandeja llena de vasijas antiguas, y el hedor que despedían nos alcanzó a metros de distancia.

—Aceite de los grandes peces, señorías —anunció—. ¡Posee numerosísimas propiedades mágicas!

Barak lo ahuyentó con un gesto. Una mano huesuda se me aferró a la túnica, y me

volví un poco para ver a una mujer harapienta que sostenía una criatura esquelética, blanca como la cera.

—Dad de comer a mi niño —imploró.

Me volví, evitando mirarla a los ojos, y recordé por un instante esas historias que se contaban sobre mendigas que mantenían hambrientos a sus hijos para inspirar lástima. ¿O acaso se trataba de otra historia que nos inventábamos para librar de culpa nuestras conciencias al tiempo que hacíamos caso omiso de esas personas, como si no existieran?

Mientras nos dirigíamos a la puerta que conducía a Thieving Lane, observé que frente a una de las tiendas se había congregado una multitud. Un hombre de mediana edad y su esposa, asustados ambos, se hallaban de pie entre dos alguaciles de la parroquia. Otros dos alguaciles sacaban unos baúles viejos del interior de la tienda, mientras que otro revolvía el interior de un tercer baúl, abandonado en el suelo fangoso. Daba la impresión de que guardaba un variado surtido de disfraces. La multitud que se había congregado se mostraba hostil, y reparé en las capas azules de varios aprendices. Unos cuantos pordioseros se habían acercado a la multitud, roñosos, algunos enfermos, otros sin calzones o cubiertos con trapos a modo de falda. Entre ellos había un par de mujeres, jóvenes, quizá, pero con rostros de piel cuarteada y curtida por la intemperie. Reían y se pasaban mutuamente un odre.

—Aún no he encontrado libros —dijo el alguacil que registraba el baúl.

—No tenemos libros prohibidos —dijo el tendero en tono de súplica—. Solo nos dedicamos a proporcionar trajes para las funciones de teatro. Es nuestro medio de vida. Por favor…

—Sí —dijo otro de los alguaciles, situado a su lado—. Para compañías que representan las obras de John Bale y demás basura herética.

Se alzó un murmullo furibundo procedente de la multitud. El alguacil que rebuscaba en el baúl sacó de este unas patillas postizas, y una de las mujeres ebrias se echó a reír ruidosamente.

—Veo que la purga ha llegado a Westminster —masculló Harsnet, airado—. Supongo que a eso había venido Bonner.

—Debo ir al tribunal —dije. No quería verme envuelto en lo que prometía convertirse en una escena desagradable—. Dejad paso —ordené, intentando abrirme camino. Sin embargo, el gentío no hacía más que empujar y propinar codazos para ver la escena más de cerca, impidiéndome alcanzar la puerta.

Barak, que se hallaba delante de mí, empezó a abrirse paso a empellones. En torno a la multitud se habían reunido más mendicantes, que pedían con los brazos extendidos. Un joven harapiento se cruzó en mi camino.

—¡Apártate! —ordené, irritado, y acto seguido lo hice a un lado con violencia.

—¡Eh! ¡Cuervo jorobado! —exclamó.

Justo cuando alcanzamos el extremo del gentío, sentí un dolor intenso en la parte superior del brazo izquierdo. En ese preciso instante, oí pronunciar mi nombre; fue

poco más que un susurro.

—Shardlake.

Solté un grito y me llevé la otra mano al brazo. Al apartarla, tenía la palma manchada de sangre. Harsnet y Barak giraron en redondo cuando grité. Me recogí la túnica y descubrí un largo desgarrón en el tafetán. Estaba empapado de sangre.

—Me han apuñalado —dije, y de pronto me sentí mareado.

—Quitaos la túnica —me urgió Barak. Buscó entre la muchedumbre, pero era imposible descubrir al responsable del ataque.

Hice lo que me ordenó. Los transeúntes nos miraron con curiosidad mientras Barak desgarraba la manga de la túnica y lanzaba un silbido.

—Menudo corte. Por suerte no ha alcanzado la arteria. —Armado de su daga, se dispuso a hacer jirones la túnica. Luego se sirvió de ellos para vendarme el brazo e improvisar un torniquete. La sangre goteó a mayor velocidad, pero al cabo lo hizo poco a poco.

—Habrá que coser —advirtió Harsnet. Estaba pálido.

—Lo llevaré al juzgado, y luego mandaré llamar al doctor Malton —dijo Barak —. ¿Podéis ayudarme?

—Ha sido él —dije entre jadeos—. He oído… pronunciar mi nombre justo en el momento en que me apuñalaba. —Me sentía muy débil.

Cruzamos con dificultad New Palace Yard hasta Westminster Hall. Me dolía el brazo y tenía la ropa empapada de sangre. Harsnet habló con el guardia y me condujeron a una salita lateral, donde me senté en un banco, con el brazo en alto tal como me había indicado Barak.

—Iré a ordenar que avisen al anciano moro —dijo.

—Antes acércate al Tribunal de Apelaciones —pedí—. Diles que me han herido, solicita que se aplacen los casos que debía atender hoy. Luego ve en busca de Guy. No pasa nada, ya no sangra tanto —añadí al ver la expresión de duda con que me miraba—. Ve, deprisa.

—Yo me quedaré con él —dijo Harsnet.

Barak asintió y se marchó.

—¿Habéis visto de quién se trataba? —pregunté con apremio al forense.

Harsnet negó con la cabeza.

—No. Había tanta gente apiñada que puede haber sido cualquiera de esos desgraciados que se acercaban a ver qué pasaba con los pobres tenderos.

—Ha sido él. —Apreté los dientes cuando sentí una punzada de dolor en el brazo —. Primero fue por Tamasin, y ahora ha ido por mí. Me ha abierto el brazo con un cuchillo. Esto es otra advertencia.

—Pero ¿cómo iba él a saber dónde encontraros hoy? Nadie, exceptuándonos a Barak y a mí, estaba al corriente de vuestros planes.

—¿No le contasteis a Cranmer que ibais a reuniros conmigo? ¿O a los Seymour?

—No. Anoche no hubo tiempo. —De pronto me pareció asustado—. Dios mío,

¿qué poderes ha otorgado el diablo a ese animal?

Estaba demasiado cansado para hallar un modo racional de responder a eso, de asimilar la capacidad de ese hombre para acecharnos sin ser visto, de saber dónde nos encontrábamos en cada momento. Volví a sentirme mareado. Cerré los ojos y debí de desmayarme, porque lo siguiente que recuerdo es que alguien me zarandeaba del hombro y, al abrir los ojos, encontré al joven Piers de pie ante mí, contemplándome con una mirada de interés profesional. Guy y Barak se hallaban a mi lado, a todas luces preocupados.

—Os habéis desmayado —me informó Guy—. Fue debido a la impresión. Lleváis una media hora inconsciente.

Me di cuenta de que seguía tumbado en el banco de la salita. A través de la puerta cerrada alcancé a oír el ajetreo y el rumor de las conversaciones que tenían lugar en las salas de justicia. A cierta distancia alguien llamó a las distintas partes para que entrasen en la sala del juzgado.

—A estas alturas os habréis cansado de verme, Guy.

—Tonterías. Echemos un vistazo a esa herida. —Deshizo el torniquete.

En el brazo, justo debajo del hombro, tenía un corte profundo, de unos cinco centímetros de largo. La herida, roja y con los bordes blancos debido al rato que había pasado vendada, me trajo el vivido recuerdo del cadáver de Roger, y sentí que volvía a darme vueltas la cabeza.

—Tumbaos —me indicó suavemente Guy mientras inspeccionaba la herida con los dedos—. Voy a extender un ungüento que impida que se infecte —me informó—. Luego tendremos que coserla. Me temo que os dolerá.

—Haced lo que sea necesario —repuse, aunque sentí un nudo en el estómago—. Barak, ¿has ido al juzgado?

—Sí, les he comunicado que estabais indispuesto. Los escribientes fueron al juez, que ha aceptado aplazar vuestros casos. —Titubeó por un instante y continuó—: Dice Harsnet que quizá deberíais aplazar todos vuestros casos, hasta que lleguemos al fondo de este asunto. Cranmer y lord Hertford podrían allanaros el camino.

—Quizá sea lo más adecuado. Al menos, algunos de ellos. Sin embargo, el día cuatro debo asistir a la vista de Adam Kite. Es un asunto demasiado delicado para ponerlo ahora en manos ajenas.

Guy me extendía una sustancia densa en el brazo. Ardía.

—Vamos a limpiar la herida antes de coser. Os dolerá un rato —advirtió—. También os sentiréis algo fatigado, debido al esfuerzo que realiza vuestro organismo para recuperar la salud. —Me dio una palmada en el brazo—. Cosámoslo. Piers lo hará. No os preocupéis, lo ha hecho muchas veces. Yo lo supervisaré.

El joven se acercó, hurgó en el hatillo y sacó una aguja muy fina con el hilo negro ya enhebrado.

—Y ahora, recuerda —dijo Guy, dirigiéndose a él—: lenta y cuidadosamente.

Piers dejó el hatillo y se arrodilló a mi lado con una sonrisa en los labios.

—Tendré cuidado, señor —dijo en voz baja al tiempo que me introducía la aguja en la piel.



Dos horas después me encontraba de nuevo en casa, tumbado sobre unos cojines en el salón, cuando entró Barak.

—¿Todo solucionado? —pregunté.

—Sí. El otro abogado de apelaciones se hará cargo de algunos casos. Sin embargo, los escribientes se mostraron un poco puntillosos al respecto. Creo que un mensaje de Cranmer o lord Hertford al juez no perjudicaría vuestra causa.

—Enviaré una breve nota a Harsnet. Fue muy amable al prestarse a ayudarte a llevarme a Westminster Hall; no muchos forenses lo habrían hecho.

—Para mi gusto, está demasiado seguro de sus convicciones en materia de religión. Realmente parece creer que el asesino está poseído —dijo negando con la cabeza—. Casi empiezo a preguntarme si podría estar en lo cierto.

—No me dirás que tienes miedo a los demonios, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé, pero no puedo explicarme a qué está jugando ese maldito encapuchado con nosotros. Primero atacó a Tamasin, y ahora a vos; desaparece cada vez, como un espíritu que se desvanece en el aire. ¿Y cómo se las ingenia para seguirnos sin que lo advirtamos?

—Mientras estaba aquí sentado pensaba precisamente en eso. —Me incorporé, torciendo el gesto cuando sentí una punzada de dolor en el brazo—. Primero el asesino mató al granjero, y supongo que confiaba en que se produjera un gran revuelo cuando se hallase el cadáver. Sin embargo, todo el mundo culpó a la prostituta galesa.

—Así es.

—Después mató al doctor Gurney y dejó el cadáver en ese charco… Fue el asesinato de un hombre importante, algo que tendría que haber provocado una oleada de terror. Quizá, también, a juzgar por el modo en que mató al buen doctor, creía que alguien relacionaría los hechos con el Libro de las Revelaciones. Sin embargo, Cranmer silenció lo sucedido.

—Y de ese modo no causó el revuelo planeado.

—Por lo tanto, seguidamente asesinó a Roger. Lo hizo de forma que se enterase el mayor número de personas posible. Luego se apostó en el marjal, a la espera de que llegásemos nosotros.

—Tiene que ser un hombre artero y calculador como un zorro. Y paciente como un felino.

—Y muy convencido de lo que hace. ¿Recuerdas cómo se escondió en el marjal cuando lo perseguimos? Claro que a esas alturas ya nos había visto y nos conocía. Te siguió a tu casa, y a mí a la mía.

—Sin que reparáramos en ello… Por favor, que yo también lo he hecho antes,

para lord Cromwell. No es fácil, sobre todo si solo hay una persona siguiendo al objetivo. Y si se trata de Goddard, se supone que tiene un lunar enorme en un costado de la nariz.

—Lo sé. Aún no se me ha ocurrido cómo se las apaña.

—Y mientras nosotros lo perseguimos, él nos da caza. Y hoy, disimulado entre el gentío, aprovechó la oportunidad que se le brindaba.

—Sí.

—¿Cómo demonios iba a saber que hoy visitaríamos Westminster? —estalló Barak.

Antes de aventurar una opinión, negué con la cabeza.

—Quizá supiese que nos acercaríamos al tribunal; pero ¿cómo averiguó en qué tribunal trabajo, y en qué horario? —Me mordisqueé un padrastro—. A menos…

—¿Qué?

—A menos que alguien lo esté ayudando, que esté poniéndolo al corriente de nuestros movimientos.

—¿Thomas Seymour? —aventuró Barak, abriendo desmesuradamente los ojos—. No confío en él.

—No. Seymour quiere que atrapen al asesino. Pero creo que alguien podría estar ayudándolo. Eso tiene más sentido que la posibilidad de que el diablo le haya otorgado poderes sobrenaturales. —Solté un suspiro ante la mera idea—. Me parece que pasa toda su vida planeando, esperando. Trabaja interminable y obsesivamente para la siguiente vez que se vea libre de toda atadura y lleve a cabo un nuevo asesinato. Y cuando mata, quiere que se vea, ya que eso es lo que le gusta.

—Esa es la teoría del viejo moro —señaló Barak con astucia—. Sea como fuere, he aquí otra pregunta que tengo: ese tipo se está arriesgando mucho al atacaros en público. Pero en medio de aquel gentío podría haberos matado. También podría haber asesinado a Tamasin. —Al terminar la frase, tragó saliva con dificultad, y entonces comprendí hasta qué punto lo había afectado lo sucedido—. ¿Por qué no lo ha hecho?

—¿Por qué quiere que me retire del caso?

—Si lo hicierais, nombrarían a otro en vuestro lugar.

—Sí, en efecto.

—Es casi como si el muy villano nos estuviese desafiando. Una cosa es segura: vos y yo tenemos que vigilar cada paso que demos. Menos mal que contamos con el hombre de Harsnet en la cocina. —Apretó los dientes con fuerza—. Si encuentro al cabrón que nos está haciendo todo esto lo mato con mis propias manos.

—No. Lo necesitamos vivo. —Sacudí la cabeza—. Barak, ¿crees que se trata de Goddard?

—Lo ignoro.

—Estamos tan embrollados en el misterio y el terror que resulta tentador aferrarse a cualquier posibilidad… —Hice una pausa y, ceñudo, añadí—: Sea quien sea, confío en que lo atrapemos antes de que cometa un nuevo asesinato. Antes de que vuelva a

demostrarnos cuán inteligente es, porque estoy convencido de que eso forma parte del ritual.

El rostro de Barak seguía ensombrecido por el miedo y la perplejidad. Para distraerlo, dije:

—Daba la impresión de que no iba a salir nada bueno de ese gentío.

—Bonner también está acosando a las compañías teatrales —comentó Barak sin demasiado interés.

—Tal como demuestra lo sucedido esta mañana, podría estar sacudiendo un avispero. Un avispero del tamaño de una ciudad.

—Sí. Podría suceder que algún día los sectarios decidiesen devolver los golpes recibidos. Ay, ojalá les cayese una plaga a ambos bandos —agregó, irritado.

—Ojalá. Y, por cierto, ¿qué te ha parecido el joven Piers, el ayudante de Guy?

—No me ha inspirado mucha confianza. A pesar de lo educado que es y esa cara bonita que tiene, me da la impresión de que es de los que se te acercan sin hacer ruido. Es muy listo, y os ha cosido con pericia la herida del brazo. El problema es que parecía disfrutar con ello.

—Guy diría que estaba aprendiendo a tomar la distancia propia de un practicante de la medicina. —Reí sin demasiadas fuerzas—. ¿Te acuerdas de lo que pasó hace dieciocho meses, cuando te heriste en aquella caída, en York, y quedaste impedido? Pues al parecer ahora me toca a mí.

Barak sonrió.

—Hemos pasado algunos apuros.

—Bastantes, sí.

Barak, sin embargo, aún se mostraba preocupado.

—¿Cómo se encuentra Tamasin? —pregunté.

—Duerme —respondió—. Necesita reposo. Yo…

Nos interrumpieron una serie de golpes en la puerta, seguida de voces apremiantes, tanto las de Joan como las de un hombre. Se oyeron pasos en el recibidor. Barak y yo cruzamos una mirada.

—Es él otra vez —dije, sin aliento.

Pero cuando se abrió la puerta, fue Daniel Kite quien apareció; tenía el cabello enmarañado.

—¡Señor! —exclamó entre jadeos—. ¡Debéis acompañarme! ¡Por el amor de Dios, venid conmigo!

—¿Qué…?

—Se trata de Adam, señor. Se ha escapado. ¡Se ha encaramado a lo alto de la muralla de Londres, a la salida de Bishopsgate, y está gritando a la muchedumbre que se arrepienta, que reniegue de los sacerdotes y que no se aparte de Dios! ¡Esta vez lo condenarán a la hoguera!

Capítulo 20

Había unos dos kilómetros hasta Bishopsgate, lo que representaba para mí un doloroso paseo, debido a mi brazo herido, a través de la bulliciosa ciudad de Londres. Daniel y Minnie caminaron tan rápido como les fue posible, aquel con expresión resuelta, esta con aspecto de ir a desmayarse en cualquier momento. Un viento racheado arrastró otro chaparrón que estuvo a punto de hacerme perder el bonete. Me había puesto la mejor túnica y el mejor bonete, porque tenía la sensación de que tendría que ejercer cierta autoridad en Bishopsgate.

Daniel me había explicado que un amigo se había presentado en su taller hacía una hora, para contarle que Adam se había subido a la muralla de Londres, animando a voz en cuello a la multitud a que se humillara ante Dios pidiendo por su salvación. Se había acercado a ver a su hijo arengar al gentío, cada vez más numeroso, y finalmente había decidido mandar a buscarme porque no tenían nadie más a quien recurrir. Me pregunté enfadado cómo había conseguido Adam fugarse de Bedlam. Pensé de pronto que aquel frenético sermoneo era algo nuevo en él. Había enviado a Barak en busca de Guy, con cierta punzada de culpabilidad por el hecho de importunarlo de nuevo. Sin embargo, él se había acercado más que nadie a la hora de comunicarse con Adam, y si no lográbamos que el joven bajase de la muralla, lo más probable, en efecto, era que acabase en la hoguera.



Mientras avanzábamos por All Hallows Street, oímos el rumor de la muchedumbre y el estruendo de las risotadas. Al cabo de un instante, divisamos a Adam. Estaba de pie en lo alto de la antigua muralla, gritando a la multitud que se había reunido al pie de la misma. Harapiento, con el pelo revuelto y una mirada febril, Adam parecía uno de esos lunáticos que abandonan a sus familias y se ocultan en el inaccesible bosque de turno hasta que mueren de hambre. De algún modo había logrado encaramarse a la caseta para trepar hasta lo alto de la muralla. Por lo visto, nadie había reparado en él o se lo había impedido. La antigua muralla de la ciudad era amplia, pero estaba desmoronándose en varios puntos. Precisamente pensaba en ello cuando vi a Adam pisar una piedra de tamaño considerable, que fue a caer sobre la multitud.

—¡Eh, ten cuidado! —exclamó alguien.

Adam estuvo a punto de resbalar, pero consiguió recuperar el equilibrio.

—¡Tenéis que humillaros ante Dios! —rugió a la muchedumbre—. ¡Tenéis que hacerlo, tenéis que aseguraros de pertenecer a aquellos que obtendrán la salvación! ¡El fin se acerca y el Anticristo ha llegado! Por favor, ¡rezad!

Vi al reverendo Meaphon entre el gentío; estaba rojo como la grana. Nos abrimos

paso a codazos hasta el lugar donde se encontraba. Había otro clérigo a su lado, un tipo alto y delgado de nariz aguileña y una espesa mata de pelo blanco, limpio y bien cepillado. Qué bien solían cuidar aquellos predicadores radicales su cabello, lo único de lo podían presumir debido a la sobriedad que se imponían al vestir. Minnie cogió a Meaphon del brazo.

—¡Ah, señor, habéis venido!

Cuando Meaphon se volvió hacia mí, comprobé que estaba muy asustado.

—Tiene que bajar inmediatamente de ahí —dijo el reverendo en tono apremiante —. Si lo apresan me interrogarán, ¡interrogarán a toda la congregación!

—¡Y a la mía! —exclamó el otro clérigo—. Soy William Yarington, rector de la iglesia vecina de la del reverendo Meaphon —añadió en tono muy serio, dando por sentado que yo simpatizaba con el ideario radical—. Nuestra verdad, nuestra fe verdadera, está amenazada por papistas y pecadores reincidentes como nunca antes lo había estado. Deberían encerrar a ese muchacho en compañía de alguien que rece con él continuamente. —Y miró con los ojos muy abiertos a Meaphon.

—Diría que no necesita ayuda para rezar —repuse.

Yarington me miró fríamente de arriba abajo, antes de darme la espalda. También masculló algo parecido a «otro infiel» cuando yo me volvía hacia Meaphon para preguntarle:

—¿Habéis intentado hablar con él?

—¡Sí, sí! Le he ordenado que bajara, que dejase de gritar. Le he advertido que podía poner en peligro a sus padres, pero no hay manera de que me escuche.

—Si nos encuentran aquí, si lo asocian conmigo… —El clérigo de pelo blanco masculló algo y miró en torno, como quien busca una salida, antes de dirigir de nuevo la atención hacia Adam cuando este gritó que sufría como todos ellos, al igual que Jesucristo en la cruz.

—Bonner no tardará en enterarse de esto. ¡Incluso es posible que se presente aquí! —Meaphon negó con la cabeza.

—Sería mejor para todos que se cayera y se rompiera el cuello —opinó el otro clérigo.

Minnie, desesperada, sollozaba en los brazos de su marido.

—Haced algo, señor —me imploró Daniel—. ¡Por favor!

En esos momentos la multitud se echó a reír. Algún desgraciado había llevado un oso bailarín para entretener al gentío, y el animal, encadenado, abozalado y con tiras de colores cosidas a las orejas, contemplaba muy asustado a la gente. Su cuidador le arreó un golpe seco en el morro, le ordenó a voz en cuello que bailara, y el pobre animal empezó a mover las patas. Acto seguido, el cuidador se quitó el sombrero y lo dejó boca abajo en el suelo para que le arrojasen unas monedas.

—¡Eh! —exclamó alguien dirigiéndose a Adam—. ¡Baila tú también! ¡Vamos, dedícanos una danza!

Había a mi lado un par de hombres de mediana edad, vestidos con túnicas de la

guilda de cuchilleros.

—Esto es una blasfemia —dijo uno, enfadado—. Tendrían que avisar al Concejo Municipal, y deberían arrestarlo y castigarlo por este escándalo público.

—Alguien ha ido al palacio de Bonner —aseguró su compañero en tono de satisfacción—. Ya lo creo que lo castigarán.

—¡Estáis en lo cierto, hermano! —gritó a Adam alguien entre la multitud—. ¡Vos sí tenéis la fe que hay que tener!

Vi que la mayoría consideraba aquello un espectáculo, una broma, pero al igual que había sucedido con los arrestos de los sastres, la situación podía deteriorarse en el momento menos pensado.

Me situé a la cabeza de la multitud, justo debajo de Adam, y levanté la vista hacia él. Se había quedado quieto y parecía jadear. Vi que estaba temblando. Si se desmayaba…

—Adam —lo llamé—. ¡Baja, por favor! ¡Tu madre está muy preocupada!

Me miró antes de fijar de nuevo su atención en el gentío.

—¡El fin del mundo se acerca! —gritó—. ¡El Anticristo ya está aquí! ¡Si no negáis a Satán y acudís a Jesús arderéis eternamente en el infierno!

—¡Y el loro que no para de hablar! —se burló alguien.

—¡Cura el brazo del jorobado como Jesús curó a los enfermos! ¡Venga, haz un milagro!

No solo sentí desesperación, sino también ira. No había manera de comunicarse con Adam, era como hablar con una pared. Ninguno de los predicadores radicales escuchaba, se limitaban a delirar: o bien uno aceptaba cuanto decían como si fuese la palabra de Dios, o en nombre de Dios lo condenaban al tormento eterno. Adam estaba loco, y era de su fe de donde había surgido su locura. Quizá sucedía lo mismo que con el asesino, aunque este no se limitaba a enunciar la cruenta palabra de Dios, sino que iba más allá y la ejecutaba. Me llevé la mano al brazo dolorido, sintiéndome totalmente inútil.

Se alzó un murmullo a mi espalda. Unos hombres se abrían paso entre la multitud. Con el corazón en un puño, alcancé a vislumbrar el brillo de las picas en alto. Finalmente, vi al obispo Bonner, bajo, fornido y poderoso, vestido con túnica y bonete negros, rodeado por sus guardias. El gentío se apartó a su paso, y él avanzó. Meaphon, los Kite y yo quedamos al descubierto. El otro sacerdote se escabulló entre la gente. Por encima de nosotros, Adam había empezado a declamar las Sagradas Escrituras, y reconocí uno de los fragmentos de las Revelaciones: «Para los cobardes e incrédulos, para los abominables y homicidas, para los fornicadores y hechiceros, para los idólatras y los mentirosos, su herencia será el lago que arde con fuego y azufre».

—¡Que cese esta blasfemia! —rugió Bonner, silenciando a la multitud.

Hasta Adam calló por un instante. Observé el rostro del obispo, redondo, con una gran papada, los ojos oscuros y febriles de la ira.

—¡Papista! —gritó alguien.

Bonner miró con los ojos muy abiertos, furioso, pero entre tanta gente no había manera de descubrir quién había hablado. El obispo reparó en mí.

—¿Quién sois, abogado? ¿Pertenecéis a su familia? Y vos… —dijo clavando la vista en un temeroso Meaphon—. Ah, a vos os conozco, sois el líder de esa atolondrada pandilla de cismáticos.

Había oído hablar de las rabietas de Bonner: su ira era intensa, y una vez que despertaba no había modo de aplacarla.

—¡Hereje! —exclamó mirando fijamente a Meaphon.

El clérigo dio un respingo, acobardado.

—No es culpa suya, señor —intervino Daniel Kite con valentía—. Intentaba convencer a Adam de que bajase de ahí. Es nuestro hijo. Está loco, señor, loco de rema…

—«Dios todo lo juzga, Jesucristo vendrá espada en mano» —había empezado de nuevo Adam.

—¡Vosotros! —señaló Bonner, tras volverse hacia sus soldados—. Subid y bajadlo de ahí. Si se cae, no se perderá gran cosa.

Los soldados se acercaron a la muralla, pero entonces se detuvieron, mirando hacia lo alto. Se alzó un murmullo procedente de la caseta cuando tres hombres asomaron por la ventana superior y se encaramaron a la muralla. Eran Guy, Piers y Barak. Avanzaron lentamente por la muralla en dirección a Adam. Barak y Piers iban con los brazos abiertos para ayudarse a mantener el equilibrio, pero Guy, que cerraba la marcha, caminaba recto, recogiéndose un poco la túnica para no tropezar con ella. La multitud guardó silencio. Incluso el iracundo Bonner se quedó callado.

—Hola, Adam —dijo Guy—. ¿Me recuerdas? ¿Recuerdas que estuvimos hablando?

El muchacho lo miró absorto, preguntándose quizá cómo había aparecido allí. Barak y Piers se hallaban casi a la altura de Adam. Por la expresión de sus rostros comprendí que sentían miedo. Si intentaban coger a Adam, este podía arrastrarlos consigo al vacío.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Guy.

Para mi sorpresa, Adam respondió.

—Pensé que podría acercar a otras personas a Dios, y que eso demostraría que estoy salvado —dijo.

—Pero no todos los que están salvados pueden ejercer de mensajeros ante el mundo. —Guy hizo un gesto para abarcar a la multitud—. Mira, echa un vistazo a esta gente. No eres lo bastante fuerte para convertir a esta muchedumbre de paganos. Y eso no es ninguna vergüenza.

Entonces Adam rompió a llorar y, lentamente, cayó de rodillas. Algunos pedazos de argamasa cayeron sobre la gente. Barak y Piers se agacharon a su lado, lo ayudaron a levantarse y, con cierta dificultad, lo condujeron por la muralla en

dirección al tejado de la caseta, por cuya ventana lo hicieron a entrar. Guy encabezó tan peculiar comitiva.

Bonner hizo chascar los dedos y se dirigió a la caseta, seguido por los guardias. Daniel y Minnie fueron tras él, titubeantes. Meaphon dudó por un instante, pero acabó por retroceder y se perdió en la multitud. Lo vi marcharse. ¿Se trataba de un acto de cobardía, o simplemente estaba convencido de que su presencia no haría sino enfadar a Bonner? Entonces me puse tenso. Sentí que alguien me observaba; lo vi con el rabillo del ojo, fue cosa de un segundo. Era alguien con barba. Giré en redondo. Vi a alguien perderse entre la muchedumbre, alcancé a distinguir un jubón pardo. El corazón me dio un vuelco. ¿Sería él, que me seguía de nuevo? Me quedé paralizado donde estaba, consciente de que la preocupación que sentía por Adam me había hecho bajar la guardia.

—¡Maese Shardlake, por favor, ayudadnos! —exclamó Minnie Kite, y me volví hacia el lugar de donde procedía su voz.



Adam había salido de la caseta. Guy y Barak lo sostenían de los brazos, porque las piernas parecían negarse a sostenerlo; tenía los ojos cerrados y movía los labios en una plegaria silenciosa. El portero, que de vez en cuando miraba inquieto al obispo, los seguía. Bonner se situó ante Adam, y puso los brazos en jarras.

—Dichosos los ojos —dijo con su retumbante voz—. ¿Qué creías que estabas haciendo, muchacho?

Adam hizo caso omiso de él. Permanecía con la vista fija en el suelo, y no había dejado de rezar ni por un instante.

—Será mejor que respondas, joven predicador —añadió el obispo—, o terminarás en la hoguera, como le pasó a Mekins.

—No sé cómo se habrá subido ahí —dijo el portero—. Debió de introducirse por la casa. Os lo juro, señor, no sé cómo lo hizo, a menos que sea hechicero y pueda hacerse invisible.

Bonner soltó un bufido.

—¡Esclavo de la puta romana! —gritó alguien entre el gentío.

Bonner se volvió de nuevo, muy ceñudo.

—¡Traidor! —exclamó otra voz, y en esta ocasión se alzó de la multitud un murmullo aprobador. Los soldados asieron con fuerza las picas. La muchedumbre empezaba a reaccionar, y el ambiente se caldeaba por momentos.

Daniel y Minnie habían actuado como meros observadores; siempre que miraba a Bonner, en la expresión de Daniel se atisbaba una mezcla de temor y desagrado. Minnie, no obstante, dio un paso al frente, se postró de rodillas ante Bonner, lo asió de la túnica y dijo:

—Por favor, señor. Mi hijo no está en sus cabales. Tiene una enfermedad de la

mente. El Consejo Privado lo encerró en Bedlam, de donde sin duda ha escapado. Puede ser muy astuto, a pesar de lo trastornado que está.

Bonner no se dejó conmover.

—He oído mencionar el caso, pues el obispo Gardiner me habló de él —dijo—. El Consejo Privado se equivocó. Este espectáculo demuestra que vuestro hijo es un hereje descontrolado. —Miró en torno con los ojos desmesuradamente abiertos—. En breve pondré las cosas tan difíciles para los que son como vosotros que desearéis reuniros con Dios. —Contempló a Adam con expresión de profundo desprecio—. Empezaré por esta criatura babeante. —De nuevo miró alrededor, esta vez desafiante; había que admitir que no le faltaba coraje.

Aspiré hondo y di un paso al frente.

—Señor, Adam está loco —dije con cierto apremio en la voz, para después señalar a Guy—. Este hombre es su médico, y él lo certificará. Anteriormente ya he manifestado mis dudas respecto a la seguridad del recinto donde se confinaba al muchacho, así como de los cuidados que le prodigan en él. El asunto será atendido en breve en el Tribunal de Apelaciones. —Hablé en un tono de voz lo bastante elevado para que el gentío pudiese oírme. Se había impuesto un murmullo continuo.

Bonner miró con curiosidad a Guy.

—De modo que vos sois el doctor Malton —dijo—. He oído hablar de vos. El antiguo monje.

—Sí, milord.

—He oído que destacáis en vuestra profesión —continuó Bonner—. ¿Por qué estáis trabajando con estos herejes?

Guy no pudo hallar mejor respuesta que la que ofreció en ese momento al obispo:

—El Consejo Privado dictaminó que el joven estaba loco, milord, no que era un hereje. En efecto, estoy convencido de que está loco y confío en que llegue a curarse, que pueda volver a estar en sus cabales —añadió, poniendo cierto énfasis en sus palabras.

Uno de los guardias se volvió hacia la multitud, y acto seguido se inclinó para susurrar algo al oído de Bonner. Este se volvió también hacia el gentío, y luego volcó de nuevo su atención en Guy y en mí.

—De acuerdo —dijo—. Pero haré que me informen de sus progresos. —Miró fijamente a Guy y después, volviéndose hacia mí, añadió—: En lo que respecta a vos, abogado, aseguraos de que lo mantengan bien encerrado. Puede que la próxima vez no me muestre tan magnánimo. —Inclinó levemente la cabeza con mirada inflexible y se alejó seguido de su guardia.

—Bien hecho —dije, casi sin aliento.

Guy me miró muy serio.

—Creo que ha comprendido que si decide enviar a la hoguera a un joven, cuya locura ha certificado un médico, Londres se le habría revuelto más de lo que lo hizo cuando lo de Mekins. Pero no olvidará lo sucedido. Matthew, es necesario que Adam

esté bien custodiado.

—¿Vamos a llevarlo de vuelta a Bedlam? —preguntó Barak.

—Sí. Es un corto paseo. Veamos qué tiene que decir el guardián Shawms sobre lo que ha sucedido —añadí con hosquedad.

Piers, que se había mantenido en un segundo plano durante la conversación con Bonner, se adelantó para tomar a Adam del brazo, mientras que Barak lo hacía del otro.

Partimos observados por la multitud, decepcionada ante el hecho de que los hubiesen privado del espectáculo. Daniel y Minnie cerraron la marcha. No hicieron el menor esfuerzo de hablar con su hijo, conscientes de que no serviría de nada.



El alargado y achaparrado edificio que albergaba Bedlam mostraba al mundo su deterioro. Llamé a la puerta y Ellen, la guardiana, abrió. Se había descubierto la cabeza y tenía la oscura cabellera enmarañada y una expresión de temor en el rostro. Al ver que nos acompañaba Adam, el miedo dio paso a una visible sensación de alivio.

—Por el amor de Dios, ¡lo habéis encontrado! ¿Dónde estaba?

—Predicando a la multitud desde lo alto de la muralla de Londres.

Un grupo de personas, al parecer muy inquietas, nos miraban desde el salón; entre ellas estaba la mujer que se había desnudado en mi última visita.

—Dios mío. —Ellen se apoyó en el marco de la puerta—. Sabía que Adam volvería a mostrarse en público.

—¿Dónde está Shawms?

—Ha salido, señor. Estoy aquí sola con los pacientes. Uno de los guardianes se ha puesto enfermo y el otro ha ido a Kent a visitar a su familia. Maese Shawms dijo que tenía que salir y se hizo acompañar por el tercer guardián, Leaman. Tengo bajo mi cargo a treinta personas. Creía que Adam se encontraba a salvo, que estaría encadenado. Debió de salir por la ventana, porque cuando entré en la celda ya no estaba…

—Llevémoslo de nuevo a su celda.

Gracias a las indicaciones de Ellen, Barak y Piers arrastraron a Adam, que seguía mascullando, convertido en un peso muerto, hasta la puerta abierta de la estancia. Daniel y Minnie nos siguieron, acompañados por Guy.

—De modo que Shawms os ha dejado sola… —dije a Ellen.

—Sí, señor. —Titubeó antes de añadir—: Creo que lo hizo a propósito; me da la impresión de que dejó a Adam desencadenado para que pudiera escaparse. Es el único que tiene las llaves de las cadenas.

—¿Cuándo descubristeis que Adam se había fugado?

—Hace una hora.

—¿Y no disteis la alarma? —pregunté, ceñudo e intrigado. ¿Por qué Ellen, siempre tan concienzuda, no había movido un dedo?

Ella se sonrojó.

—No puedo salir —susurró. Se frotó las manos, en un ademán que transmitía una terrible sensación de inquietud—. No supe qué hacer. Los demás pacientes estaban asustados. Creo que Shawms quería que Adam se fugara, lo arrestasen y lo acusaran de herejía. Y a mí me echarían la culpa por haberlo permitido. Ay, es un hombre cruel, un animal…

—Pero ¿por qué, Ellen? Cuando me contasteis que no podíais abandonar Bedlam, no pensé que os refirieseis a que no podíais salir del edificio. ¿Por qué?

—No me preguntéis, señor —respondió con expresión de súplica.

Empecé a preguntarme si aquella mujer habría hecho algo terrible en el pasado, algo que quizá la impedía abandonar el edificio por orden del tribunal. Pero entonces ¿por qué ponían a los pacientes a su cuidado?

Se abrió la puerta principal y entró Shawms, seguido de otro guardián. Al verme, esbozó una sonrisa.

—Buenos días, maese abogado. ¿Cómo está vuestro cliente?

—A salvo en su celda —respondí con hosquedad—. Con sus padres y el doctor.

—Ah. —Shawms no pudo disimular la decepción que sintió al oír aquello.

—Se fugó, tal como planeasteis —continué—, pero lo hemos devuelto a su celda sano y salvo. —Di un paso hacia él—. Y ahora, señor, prestad atención a lo que voy a deciros. Hemos descubierto vuestro desalmado plan para que Adam Kite se fugase y todas las culpas recayeran en esta pobre mujer. Si vuelve a suceder algo parecido contaré cuanto habéis hecho al arzobispo Cranmer. —Al ver que Shawms abría los ojos como platos, añadí—: Sí, hasta ese punto llega mi confianza con el arzobispo. ¿Me habéis entendido?

—No sé cómo se ha fugado —protestó con mirada de desesperación. El otro guardián aprovechó para retirarse silenciosamente.

—¡Sois un salvaje, un animal! —exclamó Minnie, quien acababa de asomar desde la celda de Adam acompañada de su esposo. Detrás de ellos vi a Barak, muy enfadado, mientras que Piers, a sus espaldas, sonreía. Estaba disfrutando de lo lindo con la situación.

—Ya me habéis oído, pues: tened cuidado, maese guardián. —Me volví hacia Ellen—. Y no le echéis la culpa a ella. No sé qué poder ejercéis sobre esta mujer, para impedirle abandonar el recinto, pero no la convertiréis en cabeza de turco.

Shawms soltó una risotada ronca.

—¿Qué yo tengo poder sobre ella? ¿Es eso lo que os ha contado?

—No me ha contado nada.

—Apuesto a que no. —Rio de nuevo, miró a Ellen con cómica crueldad y, luego, miró hacia la puerta que daba al salón—. Vamos, vamos, que por hoy ya se ha acabado el espectáculo.

Los pacientes se retiraron a medida que avanzó hacia ellos, y Ellen pasó rápidamente por mi lado y subió las escaleras.

Con un suspiro, me volví hacia Daniel y Minnie, que seguían junto a la puerta de la celda de Adam.

—El doctor nos pidió que saliéramos de la celda mientras hablaba con él —explicó Daniel—. No tiene ninguna esperanza, ¿verdad? Con Bonner decidido a ir tras él… —Se estremeció—. Que Dios me ayude, en la calle hubo un momento en que deseé que Adam resbalara y pusiera fin a su sufrimiento.

—No, Daniel, no —lo reprendió Minnie, furiosa—. Es nuestro hijo.

—Hasta el reverendo Meaphon nos ha abandonado.

—Yo no lo haré —prometí.

Daniel asintió, pero seguía abatido y desesperanzado.

—Será mejor que volvamos a encadenarlo —dijo Shawms con expresión severa, tras regresar con un enorme llavero.

—¿Es necesario, señor? —preguntó Minnie, mirándome.

—Me temo que sí, puesto que no queremos que vuelva a fugarse.

Shawms entró en la celda. Se oyó un sonido metálico. Después, Barak y Piers salieron tras el guardián.

—Entrad —dijo Barak—, aunque sería mejor que os fuerais a casa, teniendo el brazo en ese estado.

—Sí. Mañana podemos buscar a esa… a esa gente. —Escogí cuidadosamente mis palabras bajo la atenta mirada de Piers. De pronto me sorprendí dándole vueltas a la idea de que era como un pájaro: un depredador curioso y oportunista, cubierto de un colorido plumaje. Se alejaron caminando, Barak delante, a cierta distancia del aprendiz, cuya compañía al parecer quería evitar.



En el interior de la celda encontré a Guy arrodillado frente a Adam, que había vuelto a acuclillarse en un rincón. Se las había ingeniado para atraer de nuevo la atención del joven, que susurraba en voz muy baja. Observé la escena.

—¿De veras pensabas que si convertías a la gente podrías salvarte? —preguntó Guy.

—Sí —repuso Adam—. Pero me equivocaba. ¿Cómo iba a salvarlos, si yo no estoy salvado?

—El ángel oscuro te dijo que no te contabas entre los salvados. ¿Cuándo sucedió eso?

—Fue en un sueño. Después de pecar.

—¿En qué consistió tu pecado?

—No. —Adam cerró los ojos con fuerza—. No. He pecado de muchos modos. No.

—De acuerdo. —Guy puso una mano en el hombro del muchacho, que empezó a sollozar—. Estás cansado, Adam. Después de todo lo que has corrido, después de subir a la muralla.

—El cansancio no tiene importancia —murmuró Adam—. Debo rezar.

—Pero el cansancio atenta contra la concentración. ¿Cómo ibas a rezar adecuadamente, o a ser capaz de escuchar la palabra de Dios?

A veces resulta muy difícil escucharlo. Y dime, ¿qué hubiera sucedido si te llegas a caer de esa muralla? No habrías tenido ocasión de seguir rezando.

—Tenía miedo. Sentía que podía caerme, y estaba muy alto. —Y con esas tres frases, las primeras que yo había oído de sus labios relacionadas con el mundo real, Adam adoptó la expresión propia de un joven de su edad, de un joven normal, aunque asustado.

—Yo también tuve miedo cuando subí —admitió Guy—. En cuanto pones un pie en lo alto de esa muralla, todo empieza a darte vueltas.

Para mi asombro, Adam sonrió.

—Sí, es verdad —dijo, y volvió a fruncir el entrecejo, al recuperar el hilo de sus anteriores pensamientos—. Tengo que rezar —añadió.

—No, ahora no. Estás demasiado cansado. Con un poco de sueño y algo de comida después, rezarás mucho mejor. Yo no acudo a Dios demasiado cansado y débil como para tenerme en pie. —Guy se inclinó sobre Adam, clavando en él los ojos pardos—. Aún hay tiempo, aún hay tiempo de ser salvado. Pero ahora duerme, duerme. Vamos, pero si se te cierran los ojos… —El muchacho pestañeó—. Se cierran. Duerme. Duerme. —Cogió a Adam de los hombros y lo ayudó suavemente a tumbarse en el suelo. El joven no opuso resistencia; de hecho, ya se había quedado dormido. Guy se levantó, torciendo el gesto cuando sus articulaciones protestaron. Adam permaneció inmóvil.

—Habéis logrado algo increíble —dije a Guy.

—Ha sido fácil. Estaba totalmente agotado. —Y, tras mirarme, añadió—: También vos parecéis muerto de cansancio, Matthew. Y pálido. ¿Cómo tenéis el brazo?

—Dolorido. Debería reunirme con Daniel y Minnie…

Guy apoyó una mano en mi brazo.

—Me tenéis preocupado, Matthew. Todo esto os está afectando… Me refiero al otro asunto.

—Hoy lo he visto, Guy, allí, entre el gentío. El asesino. Lo vi con el rabillo del ojo. Era él. Lo sé. Me desafía. ¡Me siento demasiado débil para todo esto! —protesté, enfadado.

—No. Seguiréis adelante. Os conozco perfectamente —dijo con una expresión que era a un tiempo de preocupación, tristeza y complacencia.

—Mañana por la tarde se celebra el funeral de Roger. Dorothy me ha enviado una nota para informarme de la hora.

—Pues deberíais ir a casa y reposar el brazo.

—Lo sé. No obstante, temo que pueda atacar de nuevo. Y pronto. —Hice una pausa y continué—: Esto me está afectando, Guy, no como a Harsnet, quien está convencido de que nos enfrentamos a la víctima de una posesión; ni como a Barak, que nunca se había enfrentado a nada semejante, y está asustado, buscando a ciegas una respuesta. Es el horror que destila este asunto lo que más me sobrecoge. Ay, con lo contento que estaba antes del asesinato de Roger. Me sentía bien por primera vez en mucho tiempo. Y ahora… —Negué con la cabeza—. Creo que tenéis razón respecto a la causa, Guy. Se trata de una forma de locura terrible y extraña. Tuvisteis que sufrir lo indecible los años que dedicasteis al estudio de algo tan peculiar y horrible.

—En efecto. Ya os lo conté. A pesar de todo, valió la pena estudiarlo, observar cosas e intentar comprender sus pautas ocultas. Por sí solos, los libros de medicina pueden convertirse en cadenas y grilletes, igual que a veces sucede con la Biblia cuando cae en las manos equivocadas.

—¿Creéis comprender la pauta que sigue la mente de este asesino?

Negó con la cabeza.

—No. Es demasiado oscura y extraña. Espero llegar a comprender a Adam Kite, pero a este hombre… no. —Su rostro reflejaba una angustia profunda.

—Vos también sufrís, ¿verdad?

—Todos sufrimos, Matthew. Tenemos que hallar nuestro medio de superar el dolor, con la ayuda de Dios. —Esbozó una sonrisa forzada—. Creo que hoy el joven Piers se comportó con valor. Se prestó voluntario para acompañarme y subió a la muralla tras Barak. Ya veis que lo habíais juzgado mal.

—Lo vi sonreír cuando Minnie Kite abroncó a Shawms. No deberíais confiar en él tan ciegamente.

—Aprenderá a tener piedad.

No quise discutírselo. No obstante, dudaba que fuera posible lo que decía. Aunque también era consciente de los escasos motivos que había para albergar esperanzas en el mundo, de modo que no debería culparse a quien se aferra a lo que más consuelo le proporciona.

Capítulo 21

Fue a última hora de la tarde cuando abandoné Bedlam. Estaba exhausto, me dolía el brazo y no había probado bocado desde el desayuno. El sol se ponía cuando llegué a casa. Encontré a Barak esperándome en el salón, y tardé un instante en recordar que Tamasin y él se habían mudado a mi vivienda.

—Ha llegado un mensaje de Harsnet —dijo—. Sigue intentando dar con Goddard. Quiere que nos reunamos con él mañana por la noche para informarle de lo que descubramos tras interrogar a esos dos antiguos monjes. Según parece, acudirá a una iglesia que va a reabrirse después de que se derrumbó el campanario. Saint Agatha, río abajo.

—Será una iglesia radical, sin duda.

—En efecto. Alguien con quien colaboré cuando trabajaba a las órdenes de lord Cromwell solía ir a esa iglesia. El vicario es alguien llamado Thomas Yarington. Hoy tuvimos ocasión de conocerlo.

—¿De veras?

—Era el clérigo de cabello blanco que acompañaba a Meaphon. El que se perdió entre la multitud en cuanto se presentó Bonner.

—Ah, ese.

—Dice la nota que también estará presente *sir* Thomas Seymour. —Me la tendió —. Harsnet os invita de paso a cenar.

La nota era muy breve.

—De acuerdo —dije—. Mañana visitaremos a los antiguos monjes, después de ir al tribunal. Por la mañana he de atender personalmente un caso, pero tenemos la tarde libre, al menos hasta las cinco, que es cuando se celebrará el entierro de Roger.

—¿Dónde será el funeral?

—En Saint Bride. Será una ceremonia tranquila, únicamente para familiares y amigos. Samuel ya debe de haber llegado a casa. —Me froté el brazo dolorido—. Podemos visitar primero al antiguo monje que reside en Westminster, y luego acercarnos a caballo a ver al otro, que vive… ¿Dónde vive?

—En Charterhouse, más allá de Smithfield. Se llama Lockley; es el hermano laico.

—Voy a cenar algo y luego me iré a la cama. ¿Cómo se encuentra Tamasin?

—Está durmiendo. Le ha estado doliendo el diente roto. Mañana irá a ver al sacamuelas.

—Sube a hacerle compañía. Nos veremos por la mañana.

Me dirigí a la cocina para comer algo. Joan estaba preparando un potaje, y parecía más cansada que nunca. Tenía que contratar alguien que la ayudara. Yo llevaba oculto bajo el jubón el brazo vendado; no quería preocuparla más de lo que ya estaba.

—Os serviré un plato de comida fría, señor —dijo.

Miré detrás de ella, a través de la puerta abierta que daba al fregadero, donde vi a Orr, el hombre que me había enviado Harsnet, sentado a la mesa con Peter, el pinche de cocina. Había un libro abierto ante ambos.

—Está enseñando a Peter a leer —dije.

—Sí, pero leen las partes más escabrosas de la Biblia —explicó Joan en tono desaprobador—. El muchacho tendrá pesadillas.

Subí a mi cuarto, desde donde miré por la ventana. Era una hermosa noche primaveral, y en mi jardín los azafranes estaban en todo su esplendor, mientras que los narcisos empezaban a asomar. Era un mundo muy distinto del desorden y la oscuridad que me rodeaban. Durante la noche tuve el extraño sueño de que alguien lloriqueaba y me tiraba del brazo malherido. Al girar en redondo me encontraba a Bealknap, cansado y débil.

—Podríais haberme ayudado —me decía en tono de ruego—. Podríais haberme ayudado.



A la mañana siguiente, Barak y yo cabalgamos hasta Westminster. Me sentía más seguro yendo a caballo, a cierta altura por encima de la multitud, lo que me permitía observarla mejor. Me dolía el brazo, aunque mucho menos que el día anterior. Había que admitir que Piers había hecho un buen trabajo al coserme la herida. Barak había permanecido muy callado durante el desayuno, y Tamasin ni siquiera había hecho acto de presencia.

—Fue muy valiente por tu parte subir a la muralla de Londres —dije.

—Tenía miedo de que el joven Kite nos arrojase a los tres al suelo.

—No es esa la clase de locura que sufre.

—Quién sabe de qué es capaz un loco…

—Él estuvo allí, ¿sabes? Me refiero a nuestro asesino —dije—. Lo vi con el rabillo del ojo cuando se perdía entre la multitud, justo cuando estabais en la caseta.

—¿Qué visteis?

—Me dio la impresión de que vestía un jubón pardo. Era alto, creo.

—Quizá no fuese más que alguien que había decidido marcharse.

—No lo creo. Lo percibí. Presiento que me vigila.

Barak guardó silencio unos instantes. Por fin, preguntó:

—¿Creéis que está haciéndose pasar por un sectario en alguna parte, mezclado con radicales?

—Sí, y recabando los nombres de sus próximas víctimas. Probablemente los sectarios pasen la mitad de su tiempo maldiciendo y criticando a los pecadores reincidentes.

Estuve toda la mañana en el tribunal, y luego cabalgamos lentamente en dirección

a Westminster, por las angostas calles atestadas de gente. Cuando se me acercó un mendigo di un respingo en la silla.

—¡Seguid adelante! —me apremió Barak—. No ocurre nada —añadió para tranquilizarme—. Lo conozco de haberlo visto otras veces.

Llegamos al recinto meridional, que bullía de actividad. Barak miró alrededor.

—Los registros dicen que vivía en la misma calle en que está la taberna del Roble Blanco. Mirad, ahí. —Señaló una casa de dos plantas, de modestas dimensiones y la fachada desconchada. Al otro lado de la casa había una puerta doble, cerrada con candado. Encima de la puerta, en letras descoloridas, podía leerse «Adrian Cantrell, carpintero». Contemplamos el edificio—. Pensaba que a todos los monjes se les ofreció una vivienda al igual que una pensión —añadió—. Sin embargo, ni Cantrell ni Lockley parecen haberla aceptado.

—Lockley no era más que un hermano laico, de modo que no le ofrecerían beneficio alguno. Todo lo contrario que Cantrell. Aunque hubo algunos que no aceptaron la oferta.

—Quizá se procuró una esposa.

Cruzamos el camino fangoso.

Llamé a la puerta, pero no hubo respuesta. Me disponía a llamar de nuevo cuando oí ruido de pasos procedente del interior. Al abrirse la puerta, apareció un hombre de unos treinta años y aspecto cadavérico. Vestía un raído jubón de cuero sobre una camisa sucia. Tenía el rostro chupado, enmarcado por una mata de pelo pajizo, y llevaba lentes con montura de madera, de cristales tan gruesos que sus ojos eran como borrosos charcos azules.

—¿Sois Charles Cantrell? —pregunté.

—Sí.

Sonreí para tranquilizarlo.

—Vengo en nombre del ayudante del forense real. Confiamos en que nos ayudéis a resolver algunas dudas. ¿Podemos entrar?

—Si lo deseáis… —El joven nos condujo al interior de la casa, que desprendía un olor acre, a suciedad, hasta llegar a un corredor débilmente iluminado y, de allí, a un salón en el que solo había una mesa de tablones de madera y algunos taburetes. A través de una ventana de vidrios polvorientos vimos un patio con un huerto invadido por las malas hierbas y un cobertizo que debía de haberlo utilizado su padre. Reparé en que Cantrell pegaba un par de dedos a la pared cuando caminaba, como si el gesto lo ayudara a orientarse por la casa. Nos señaló los taburetes, tomó asiento en uno de ellos y se volvió hacia nosotros, adoptando una postura cargada de hombros, abatida.

—Tengo entendido que fuisteis ayudante en la enfermería de los monjes de Westminster —dije—, antes del cierre de los monasterios. Estamos buscando información sobre vuestro maestro, el doctor Goddard.

Cantrell torció el gesto, adoptando una expresión de absoluto desagrado.

—¿Ha muerto? —preguntó, y por primera vez tuve la impresión de que parecía

interesado.

—No, pero es necesario que demos con él. Hemos de hacerle algunas preguntas. Nos preguntábamos si vos sabríais dónde encontrarlo.

Cantrell soltó una breve y amarga carcajada.

—Como si él se hubiera mantenido en contacto conmigo. Me trataba como a un piojo. No quise dejar de ser monje cuando hace tres años nos cerraron el monasterio, pero me alegró perder de vista a Goddard. —Hizo una pausa—. ¿Ha matado a algún paciente? Porque no sería la primera vez.

—¿Cómo? —pregunté, mirándolo fijamente—. ¿A qué os referís?

Cantrell se encogió de hombros.

—Hubo uno o dos a quienes envió a la tumba por adelantado debido a un mal tratamiento. Goddard era una mierda de tío —concluyó.

—¿Estáis seguro de ello? —pregunté.

—Yo no pude hacer nada, entre otras cosas porque el abad Benson no me habría prestado atención. Además, Goddard no era de esas personas a las que uno puede tener como enemigo.

—¿Le teníais miedo? —preguntó Barak.

—Era mejor no cruzarse en su camino. —El joven tragó saliva, lo que hizo que la prominente nuez que había mencionado el deán Benson subiera y bajara visiblemente. Se humedeció los labios en un gesto de inquietud y le vi un instante los dientes grises.

—Hemos tenido ocasión de hablar con el abad Benson —dije—. Nos contó que Goddard os procuró unas lentes. ¿Tenéis problemas de visión?

—Sí. Me las procuró porque así podía serle de ayuda.

Reparé en la amargura del tono de voz de Cantrell, a pesar de que esta vez fui incapaz de interpretar su expresión. Aquellos vidriosos ojos azules tras los cristales eran muy desconcertantes.

—No quería tomarse la molestia de adiestrar a nadie —prosiguió—. Menos aún cuando la abadía pronto sería derruida.

—¿Durante cuánto tiempo fuisteis monje?

—Entré de novicio a los dieciséis años. Fue cosa de mi padre, que hacía trabajos de carpintero para la abadía. No quería que yo trabajara para él, decía que era torpe. Pero todo se debía a mi vista, claro. —Cantrell había adoptado un tono melancólico y monocorde.

—¿Cómo llegasteis a trabajar en la enfermería?

Se encogió de hombros y respondió:

—Goddard quería adiestrar a alguien, y yo era el único monje joven que había. No me importó, pensé que sería mejor que copiar textos antiguos, que era a lo que me dedicaba antes. Los quemaron cuando echaron abajo el lugar. —Rio con amargura.

—¿Echáis de menos aquella vida?

—Me gustaba la rutina, y al cabo de un tiempo me creí lo que decían acerca de

que servíamos a Dios. Pero, en fin, todo era una equivocación, o eso afirman ahora. Es tan inútil pronunciar la misa de difuntos como arrojar una piedra al viento. —Hizo una pausa—. El mundo se ha torcido, ¿no os parece, señor?

—Habladme del doctor Goddard —pedí—. ¿Qué hizo para matar a sus pacientes?

—¿No me veré envuelto en problemas? —quiso saber, inquieto.

—Lo haréis si no respondéis a la pregunta —lo amenazó Barak.

—El doctor Goddard era un hombre impaciente —explicó Cantrell, tras meditar sus opciones—. A veces solía prescribir lo que a mí se me antojaba un exceso de medicación, y el paciente fallecía. Recuerdo que un monje anciano se cayó por la escalera y se fracturó el brazo de mala manera. Había que amputarlo. Por lo general, Goddard se encargaba personalmente de las operaciones, pues costaba dinero avisar al cirujano, así que administró al monje una fuerte dosis de algo que te adormece. El monje se pasó dormido toda la operación, pero después no volvió a despertar. Goddard lo atribuyó a que probablemente le había dado más de la cuenta. Dijo que así al menos no tendría que oírlo renegar nunca más.

—Ese medicamento, ¿no sería la belladona?

—Sí, señor. —Pareció sorprendido de que yo estuviera al corriente.

—Si pensabais que el doctor facilitaba la muerte de sus pacientes, deberíais haberlo denunciarlo.

Cantrell se movió incómodo en el taburete.

—No estaba seguro del todo, señor. No soy médico. Sin duda, él se las habría ingeniado para justificar la muerte del pobre viejo, y yo me habría visto en apuros. No sabéis qué clase de hombre era. —Titubeó antes de continuar—: A veces me miraba como quien mira un escarabajo encima de la mesa. —Rio, incómodo—. Había días en que estaba yo trabajando en la enfermería sin abrir una sola vez la boca, porque no le gustaba conversar con subordinados, como yo. Entonces, de pronto, la tomaba conmigo por algún error sin importancia que hubiera cometido, cualquier minucia, de veras. —Esbozó una sonrisa amarga, tensa—. Creo que lo hacía solo para asustarme. ¿Qué ha hecho, señor? —preguntó de nuevo.

—Lamento deciros que no puedo contároslo. ¿Aún tenéis problemas con la vista?

—Ni siquiera veo bien con las lentes. Dicen que ahora el rey también lleva unas. —Rio de nuevo—. Apuesto a que él ve mejor que yo. —Pareció encogerse aún más en el taburete—. Cuando abandoné el monasterio, volví a trabajar para mi padre, pero no se me daba bien. Cuando murió abandoné el oficio. —Señaló con la cabeza una puerta que daba a la estancia—. Ese era mi taller. ¿Queréis verlo?

Me volví hacia Barak, que se encogió de hombros. Yo me levanté.

—Gracias por la oferta, pero no podrá ser. Sin embargo, os agradecemos vuestra ayuda —insistí—. Si se os ocurre algo que pueda ayudarnos, cualquier cosa, me encontraréis en el Colegio de Lincoln. Lamento que tengáis problemas con la vista —añadí tras vacilar por un instante—. ¿Os ha visitado un médico?

—Nadie ha podido hacer nada —se limitó a responder—. Con el tiempo me

quedaré ciego.

—Conozco a alguien…

—Tengo poca fe en los médicos, señor. —Esbozó una sonrisa sarcástica—. Lo entenderéis si os paráis a pensar en todo el tiempo que pasé trabajando para el doctor Goddard.



Fuera, Barak negó con la cabeza.

—Sois capaz de enviar al viejo moro a todas las palomas que se caen del árbol.

Reí de buena gana. Entonces Barak me cogió del brazo.

—Mirad, ahí. Esa anciana que nos llama con un gesto.

Miré en la dirección que me señalaba. Una matrona de aspecto respetable, tocada con una cofia blanca y un cesto colgándole del brazo, de cuyo interior asomaban un par de conejos muertos, nos hacía gestos desde el extremo opuesto de la calle. Nos acercamos a ella, y nos dirigió una mirada penetrante.

—¿Habéis ido a visitar a Charlie Cantrell? —preguntó.

—¿Qué tiene eso que ver con vos? —preguntó Barak.

—Decidme, no se habrá metido en líos, ¿verdad?

—No, solo nos ha prestado ayuda en una investigación, eso es todo.

—Pobre Charlie, no creo que salga mucho de esa casa. Su padre falleció el año pasado, y él heredó la propiedad y el negocio. Yo era amiga de su padre. Adrian era tan diestro con la madera que siempre estaba rechazando encargos. Charlie no puede dedicarse a la carpintería, debido a que es corto de vista, así que no le queda más que la pensión de monje. —Nos miró esperando una respuesta, sin duda deseosa de cotillear.

—¿Vivís cerca? —pregunté.

—Cinco casas más abajo. Le dije a Charlie si quería que alguien lo ayudase con la limpieza, porque tiene la casa sucia y con su pensión puede permitírselo, pero no quiere que entre nadie. Tengo la impresión de que está avergonzado.

—Pobre —dije, y la miré impasible, y al ver que no iba a sacarnos nada, dio media vuelta y se alejó.

—Bruja entrometida —masculló Barak.

—El pobre Cantrell no es precisamente uno de esos cuya situación mejoró tras la disolución de los monasterios.

—Pobre idiota. No sé si alguna vez tuvo mucho que ofrecer, aunque hubiese tenido bien la vista.

—No. Pero maldice a Goddard, más que nunca.

—Sí. Ahora cuanto debemos hacer es encontrarlo.

Suspiré.

—A ver qué puede revelarnos el otro ayudante.

Capítulo 22

Cabalgamos hasta Smithfield a través de una campiña que reverdecía tras el largo invierno. El ganado pastaba de nuevo en la pradera, después de los meses que había pasado a resguardo. En los campos, los hombres araban mientras las mujeres marchaban tras los caballos de cascos peludos, arrojando grano de sacas que se colgaban a la cintura. Me pregunté qué aspecto tendría Lockley. Un antiguo monje que vivía en una taberna, o la regentaba, era algo muy poco frecuente, pero después de los miles de ellos que se habían visto expulsados de los monasterios lo cierto era que circulaban historias todavía más extrañas.

Llegamos a la plaza mayor de Smithfield. No era día de mercado, así que los rediles para el ganado estaban desmontados, apilados contra las paredes del extremo septentrional. A un lado se alzaba la imponente iglesia de Saint Bartholomew, donde, tres años atrás, Barak me había salvado la vida en ocasión del primer trabajo que hicimos juntos. Vi que, tras los altos muros, todos los edificios monásticos habían sido derruidos. Cerca se encontraba el hospital; estaba desierto, lo que de nuevo me hizo pensar en la promesa que había hecho a Roger. Únicamente quedaban unas horas para que se celebrara su funeral.

Barak se volvió hacia mí, señalando la iglesia con la cabeza.

—¿La recordáis? —preguntó.

—Sí —respondí—. Corrían tiempos tan peligrosos como estos.

Negó con la cabeza.

—No. Entonces tratábamos con políticos. Cuando cometen una villanía tienen motivos para hacerlo. La locura no los empuja a matar porque sí.

—La mayor parte de las veces lo hacen en beneficio de su propio poder y riqueza.

—Al menos eso puedo llegar a entenderlo.

Seguimos cabalgando por Chapterhouse Lane hasta pasar por debajo de la arcada de piedra que llevaba a Chapterhouse Square. Era una amplia zona herbosa y aquí y allá se alzaban árboles junto a las fosas comunes donde se había enterrado a los fallecidos doscientos años atrás, en tiempos de la Gran Plaga. En el centro había una capilla, dentro de la cual buscaban refugio unos cuantos mendigos harapientos. Al norte, más allá de un muro de ladrillo, se levantaban los edificios de la casa capitular, cuyos monjes habían desafiado al rey después de que este rompiese con Roma. La mayoría habían sido brutalmente ejecutados a consecuencia de ello. Cromwell fue el responsable de aquello y también de la mayor parte de las cosas. Por aquel entonces, los edificios se utilizaban como almacenes, aparte de los que yo sabía que estaban destinados a servir de alojamiento para los músicos que el rey había hecho traer de Italia con ingentes gastos.

Al igual que sucedía en todas las casas monásticas, los monjes habían arrendado

tierras de su propiedad. A este lado de la plaza, las casas eran pequeñas y modestas, edificaciones de madera con una o dos plantas, pero enfrente había una hilera de espléndidas casas de piedra y ladrillo. Había oído que la mejor pertenecía a lord Latimer, y que por tanto la había heredado Catalina Parr. Observé una gran mansión de ladrillo rojo, con altas chimeneas y un sendero particular. De pronto, un jinete vestido con librea roja entró al galope por el camino, y luego giró en el sendero, levantando una nube de polvo. ¿Más presión por parte del rey?

Barak me devolvió a la realidad señalándome un letrero que colgaba de un destartalado edificio cercano.

—Ahí tenemos lo que andábamos buscando. El Hombre Verde. —El letrero mostraba a un hombre cubierto de vides, pintado en un verde muy vivo.

Los mendigos se nos acercaron cuando desmontamos frente a la taberna. Quizá la capilla quedó abandonada cuando se disolvió la casa capitular, y ellos habían hallado refugio allí. Estaban muy delgados, y tendieron las manos sucias en nuestra dirección mientras atábamos los caballos a la entrada de la taberna.

—Idos al infierno —espetó Barak, apartando de un manotazo un par de manos.

Después de lo que había sucedido entre el gentío de Westminster, ambos mirábamos precavidos los rostros macilentos y la ropa harapienta y maloliente. Entre ellos había algunos niños.

—¡Eh! —llamé a un crío hambriento de unos diez años, que tenía la cabeza medio calva y medio pelirroja, pues alguna enfermedad se le había llevado parte del cabello—. Vigila los caballos y te daré cuatro peniques cuando salga.

—¡Yo lo haré mejor! —Otras manos se me aferraron a la manga.

—Pero si ese es un jodido inútil —aseguró otro niño—. ¡Harry el Calvo!

—No, no —dije, sacudiéndomelos de encima—. Quiero que lo haga él.

Llamamos a la puerta de la taberna y aguardamos, haciendo caso omiso de las súplicas de los mendigos. Se oyeron pasos y una mujer abrió. Llevaba un delantal manchado, encima de un vestido muy arrugado, y se cubría con una cofia blanca de la que escapaban mechones de pelo negro. Era de constitución robusta, baja y recia, aunque el rostro delataba que en otra época había tenido cierto atractivo. Sus ojos eran grises y su mirada penetrante e inteligente.

—No abrimos hasta las cinco —nos informó.

—No hemos venido a tomar nada —respondí—. Estamos buscando a Francis Lockley.

Nos estudió con expresión suspicaz.

—¿Qué negocios venís a tratar con él?

—Es un asunto privado —respondí con una sonrisa—. No os traerá complicaciones.

—Supongo que será mejor que entréis —dijo tras dudar unos instantes. Nos miró las botas, enfangadas por el barro del recinto sur—. Limpiaos los pies, no quiero que pongáis el suelo perdido. Acabo de limpiar.

Entramos en una taberna no muy grande, con paredes encaladas y mesas y sillas diseminadas en un suelo cubierto de juncos. La mujer puso los brazos en jarras y se volvió hacia nosotros.

—¿Habéis dado algo a esos mendigos? —preguntó—. Ahora se pasarán medio día dando vueltas por aquí. Por lo general a esta hora se largan a Smithfield. No culpo a los pobres desgraciados que se refugian en la antigua capilla, pero no quiero que incordien a mis clientes.

Ya me había cansado de su comportamiento.

—¿Trabajáis aquí? —pregunté sin más.

—Este lugar me pertenece. Soy Ethel Bunce, viuda y dueña de este lugar, a vuestro servicio —añadió, irónica.

—Ah.

—¡Francis! —exclamó de pronto. Se abrió una trampilla en la pared y asomó por ella un hombre gordo y bajo, calvo y con la cara redonda y rellena. Llevaba puesto un delantal, y tras él vi una cuba en cuya agua sucia flotaban varias jarras de madera.

—¿Sí? —Cuando nos vio, entornó los ojos y puso cara de preocupación.

—Estos caballeros quieren hablar contigo. ¿En qué lío te has metido? —Rio, pero al volverse hacia nosotros reparé en que estaba tan preocupada como el hombre gordo.

Lockley salió por la trampilla lateral. Su cuerpo tenía forma de tonel, pero parecía haber sido fuerte en otro tiempo. Me pregunté si la señora Bunce lo habría acogido debido a ello, pues una viuda podía heredar la licencia de una taberna, pero necesitaba a un hombre que bregara con los parroquianos difíciles. No obstante, me pareció detectar cierto cariño en la mirada que dedicó a Lockley cuando este se sentó a su lado. Al cabo, aventuré una suposición de qué era lo que tanto los preocupaba: vivían en pecado.

—No nos interesan los arreglos domésticos que pueda haber entre ambos —dije para tranquilizarlos—. Venimos de parte del ayudante del forense real. Queremos averiguar el paradero del antiguo hermano Goddard, de la abadía de Westminster.

Ambos reaccionaron de forma muy distinta. La señora Bunce pareció aliviada de que nadie hubiese acudido a poner en tela de juicio la relación que mantenían. Lockley, sin embargo, entornó de nuevo los ojos y apretó la mandíbula. A juzgar por el modo en que su pecho subía y bajaba, respiraba con dificultad.

—¿Qué pasa con ese cabrón de Goddard? —preguntó.

—¿No congeniabais?

—Me trató como una mierda. Todo porque mi padre era un simple empleado. Como yo ahora —añadió, volviéndose hacia la viuda y dedicándole una mirada difícilmente discernible. Ella le puso la mano en una de las suyas.

—Tú eres para mí mucho más que eso, cariño.

Me pregunté si debía pedir a la dueña que nos dejara a solas, pero di por sentado que cualquier cosa que nos contara Lockley la repetiría después, cuando nos

hubiéramos ido.

—Tengo entendido que trabajasteis para Goddard en la enfermería laica —dije—. Le echabais una mano con los enfermos que acudían del pueblo de Westminster en busca de ayuda.

—Mucho sabéis acerca de mi Francis —dijo la señora Bunce con desconfianza.

—Estamos interrogando a los antiguos monjes que colaboraron con Goddard. Hasta el momento hemos tenido ocasión de entrevistar a maese Cantrell, además de al propio deán.

De pronto, Lockley se mostró preocupado.

—¿Qué os contaron? —preguntó.

—Eso es confidencial —respondí.

—Conque el joven Charlie, ¿eh? —Lockley rio, nervioso—. Goddard no le puso las cosas precisamente fáciles.

—¿Tenéis idea de dónde podría estar el doctor Goddard?

Lockley negó con la cabeza.

—Afortunadamente no he vuelto a verlo desde el día en que todos abandonamos la abadía.

—¿Recordáis adónde fue?

—Ni siquiera se despidió. Se limitó a decirme que, antes de marcharme, debía sacar a los últimos pacientes y entregar la llave al tesorero. —Hizo una pausa y preguntó con expresión de duda—: ¿Puedo preguntaros por qué motivo lo buscáis?

—Estamos investigando una muerte.

—¿La muerte de quién? —quiso saber, tenso de la cabeza a los pies.

—No puedo responderos; pero, decidme, ¿qué sabéis del hecho de que el doctor Goddard utilizase una hierba llamada belladona?

Lockley había dejado la mano encima de la mesa, y en ese momento la crispó en un puño.

—Sabía que el doctor Goddard empleaba algo para hacer que los pacientes durmiesen si tenía que operarlos en la enfermería de los monjes. Pero jamás hubiera desperdiciado nada por el estilo en los pacientes ingresados en la enfermería laica. —Se encogió de hombros—. No le interesaba demasiado lo que sucedía allí. Entraba de vez en cuando y echaba un vistazo a la gente, daba algún que otro consejo y unas hierbas, o recolocaba algún hueso roto. Pero en general dejaba en mis manos los cuidados de los pacientes. —Me miró a los ojos mientras se explicaba, había vuelto a recuperar el control de sí mismo.

Asentí lentamente.

—Dadme más detalles acerca de la opinión que os merecía el doctor Goddard.

—Se tenía a sí mismo muy bien considerado. Aunque me atrevería a decir que todos los médicos son iguales. Podía ser muy áspero y muy grosero. —Se inclinó con la sonrisa de quien se dispone a hacer una confidencia—. Tenía un lunar enorme en un lado de la nariz. El mayor que he visto. Si alguien se lo miraba, se ponía colorado

e intentaba tapárselo con la mano. Era el modo de sacarlo de sus casillas, si uno se atrevía a ello, aunque después el enfado le duraba un buen rato. —Miró a Barak y esbozó una sonrisa inquieta. Supe que estaba guardándose algo, pero no tenía pruebas, nada que me permitiera sonsacarle esa información.

—¿Cuáles eran vuestros antecedentes en la profesión? —preguntó Barak.

—Serví de aprendiz de barbero-cirujano antes de acudir a Westminster. Estuve allí diez años, y después volví a trabajar de barbero y cirujano.

—Comprendo —dije—. Tampoco el joven Cantrell congeniaba con Goddard. —Lo observé, recordando su mirada de preocupación cuando mencioné que había entrevistado a Cantrell y al deán Benson. Sin embargo, ya había recuperado el aplomo—. Sí, Goddard se lo puso muy difícil a ese muchacho. Tenía una lengua muy afilada. Claro que Charlie Cantrell siempre fue un zoquete redomado.

—Ayer visité la enfermería. Ahora está vacía, por supuesto. No era un lugar muy acogedor.

—Es verdad. Y todo no hizo más que empeorar durante el tiempo que pasé allí. Benson quería que cerrasen la abadía. Cromwell le pagó bien. La antigua Iglesia papista estaba podrida —añadió con repentina ferocidad.

—Entonces ¿vos no sois de los apegados a la antigua fe?

—No —respondió Lockley, ceñudo—. Aunque el barbero y cirujano para quien trabajé al dejar la abadía era uno de esos píos fanáticos. No hay nada peor; se creen superiores porque están convencidos de que tienen las llaves de la muerte y el infierno.

—Y así fue como llegaste aquí, a mi lado —intervino entonces la señora Bunce, apretándole la mano—. Para descansar.

Lockley no respondió a aquel gesto; en lugar de ello, me dirigió una mirada furibunda.

—Puede que ni los radicales ni los papistas hayan dado en el clavo; quizá sean los infieles turcos quienes estén en lo cierto. —Rio con amargura. En ese momento percibí en él cierta desesperación descontrolada. No podía decirse que estuviese en paz consigo mismo.

La señora Bunce volvió a cogerle la mano.

—Vamos, vamos —susurró, dirigiéndonos una mirada nerviosa—. A veces dice las cosas sin pensar. No hablabas en serio, ¿verdad?

Se oyó un súbito estruendo procedente del sótano de la taberna, y sentí que las losas del suelo vibraban. Levanté la vista, sorprendido. Surgido de las profundidades nos llegó el sonido de una tromba de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Barak.

—Los nuevos clientes siempre se llevan un buen susto —explicó Lockley con un amago de sonrisa—. Creen que al diablo le ha dado por subir desde el infierno a buscarlos. Estamos conectados con el antiguo acometimiento que se construyó como desaguadero de la casa capitular. Discurre bajo la bodega. A los monjes siempre se

les dio bien la fontanería. La mayor parte de los edificios que hay en el recinto están conectados a su antigua red de tuberías, por las cuales fluye el agua que procede de los manantiales que riegan los campos de Islington.

—Sí. —La viuda aprovechó la ocasión para dirigir la conversación hacia otros derroteros—. Tenemos nuestro propio cuarto de aseo. Sus aguas van a parar allí, y todos los desperdicios que genera la taberna los arrojamos a las cañerías por la portezuela de la bodega. Lo único es que hay que acordarse de avisar al vigilante de la casa capitular, para que abra las compuertas que hay debajo del antiguo monasterio, o el nivel del agua sube hasta que corres peligro de inundación, como ha dado la impresión de que ocurría ahora. Es un borracho. Pero ya nadie vive allí, exceptuando a esos músicos italianos del rey, y no son más que un hatajo de estúpidos extranjeros.

Lockley me dirigió de nuevo una mirada desafiante.

—Ethel estuvo aquí cuando la casa capitular desafió a Cromwell y se negó a aceptar la supremacía real. El prior Houghton fue ahorcado, ahogado y descuartizado en Tyburn; finalmente, clavaron uno de sus brazos en la puerta principal. Te acordarás de eso, Ethel, ¿verdad?

—Ha llovido mucho desde entonces —respondió ella, incómoda.

—Gente de religión. —Lockley hizo una mueca que transmitía algo más que desprecio; dolor, quizá. A su modo, al igual que sucedía con Cantrell, era una de esas personas que habían sufrido las consecuencias de los cambios. Se puso de pie—. Bueno, señores, tenemos que volver al trabajo. Lamento no poder seros de más ayuda.

—Gracias —dije tras levantarme también—. Si os acordáis de algún otro detalle que pueda sernos de utilidad, no dudéis en poneros en contacto conmigo. Soy maese Shardlake, y me encontraréis en el Colegio de Lincoln.

—Así lo haré. —Me pareció que se sentía aliviado porque la entrevista hubiese tocado a su fin.

—Podríamos volver a visitaros —añadí sin darle mayor importancia.

Pareció desasosegado. Ocultaba algo, de eso estaba seguro.

—Yo los acompañaré. —La señora Bunce se puso de pie y nos condujo hasta la puerta. En la entrada, miró en torno para asegurarse de que Lockley no pudiese oírla, y luego bajó la voz y dijo—: Lamento esas palabras que ha pronunciado acerca de la religión, señor. Francis lo ha pasado muy mal. Se había hecho a la vida de la abadía. La vida en el exterior le parecía dura, sobre todo con ese cirujano que no dejaba de importunarlo para que se uniera a su fe. Empezó a beber; venía aquí todas las noches y se emborrachaba. Fue entonces cuando lo acogí. Conozco a los borrachos, y sabía que el amor, el cariño y algo de lo que ocuparse podían ayudarlo. —Me miró, ya sin esos aires de dueña que se había dado antes, sino más bien como una mujer cansada y vulnerable—. Ya no bebe, pero a veces habla con amargura.

—No os preocupéis —la tranquilicé—. Las creencias de maese Lockley no me

interesan en absoluto.

—Le amarga la idea de verse trabajando en una taberna, como hizo su padre. —Había en los ojos de aquella mujer una mirada de cansancio absoluto—. Es extraño ver qué vueltas da la vida, ¿no os parece, señor?



Nos alejamos a caballo de la taberna, sumidos en nuestros pensamientos. Fue Barak quien rompió el silencio.

—Estaba ocultando algo, ¿verdad?

—Creo que sí. Y se refería a Goddard.

—Podría habérselo sacado a la fuerza.

—No. Eso es trabajo de Harsnet. Esta noche se lo diré.

—No creo que la mujer sepa nada.

—Pobre mujer. Me da la impresión de que no recibe todo el agradecimiento que merece por cuidar de él.

—Quizá lo interroguen con malas artes.

—Sí. —No me gustaba la idea de que maltrataran a ese hombrecillo amargado y desilusionado, pero si nos estaba ocultando algo teníamos que averiguar de qué se trataba.

Regresamos a mi casa. Yo estaba cansado, y me dolía el brazo al moverlo. No me hubiera ido mal pasar la velada descansando en casa, pero tenía que acudir a la capilla donde se celebraba el funeral. Me pregunté cómo sería Samuel; no lo había visto desde que era un mocoso.

Cuando entramos, Tamasin estaba tumbada en el salón, sobre un montón de cojines. La hinchazón de sus ojos había remitido, pero todavía estaba cubierta de cardenales, y tenía los labios tumefactos. Parecía exhausta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Barak con lo que se me antojó que era una alegría fingida.

—Dolorida. Me duele la mandíbula —farfulló. Al abrir la boca, vi unas torundas de algodón empapadas en sangre. Sentí un escalofrío, y me toqué instintivamente con la punta de la lengua el hueco que tenía en la boca, allí donde dos años atrás un torturador de la Torre me había arrancado un diente.

—Sí que debe de doler —dijo mi ayudante—; pero como el diente estaba en un costado, conservarás esa bonita sonrisa que tienes.

—Ah, bueno, entonces no pasa nada —dijo ella, sarcástica.

—No he querido decir…

En ese momento, Tamasin se dirigió a mí:

—¿Sabéis qué me propuso el desgraciado del sacamuelas? Cuando me contó que la tarifa eran cinco chelines, le dije que era demasiado. Me ofreció un trato: me lo perdonaría, y me daría además diez chelines, si le daba permiso para sacarme todos

los dientes. Por lo visto, los tengo en tan buen estado que con ellos podría hacerse una buena dentadura postiza. Luego me mostró esos bloques de madera que tienen forma de mandíbula, y pretendió compararlo con el tamaño de mi boca. Dijo que la tenía de tamaño normal. Le respondí que se olvidara de ello y se pusiera a trabajar, que era un desalmado por mostrarme esas cosas cuando estaba tan dolorida. Me sorprendió que el doctor Malton me lo hubiese recomendado.

—Ha tenido suerte de que no estuviera yo allí —dijo Barak—. El muy cabrón.

—Aunque supongo que hizo el trabajo rápidamente, y con menos dolor de lo que yo esperaba. —Tamasin se estremeció—. Era un hombre malvado, tenía el delantal salpicado de sangre y un collar de dientes colgaba del letrero de la entrada.

—Tendrías que irte a la cama, Tamasin —dije—. A descansar.

—¿Acudiréis al funeral de maese Elliard, señor? —preguntó ella.

—Sí. Debo cambiarme. Voy a casa de Dorothy y acompañaré a la familia. Cuando regrese, Barak, tomaremos una cena rápida y luego iremos a ver a Harsnet.

—Estaba pensando… —dijo—. Esa iglesia… Saint Agatha, de Irish Lane, ¿no es a la que se le cayó el campanario hace un par de años?

—Sí. Es una de las iglesias reformistas. No es necesario que vengas —añadí, mirando a Tamasin.

Barak se encogió de hombros.

—Harsnet nos mencionó a ambos en la carta. Podría tener algún encargo para mí.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré de inmediato. Si discutía con él delante de Tamasin, no haría más que empeorar las cosas.

—Estaré bien —dijo ella.

—Estupendo —dijo Barak—. Tú descansa.

Miré a Tamasin a los ojos. Advertí que estaba furiosa.



Por primera vez desde la muerte de Roger, Dorothy se había puesto sus mejores galas. A su lado se hallaba de pie un delgado joven de dieciocho años, muy atractivo con su jubón negro; guardaba tal parecido con su padre que casi se me cortó la respiración. Fue como si Roger hubiera regresado de entre los muertos.

—Samuel —dijo Dorothy—, seguramente no recuerdas a maese Shardlake, pues no eras más que un niño cuando nos trasladamos a Bristol.

—Os recuerdo, señor —dijo el muchacho, haciendo una reverencia—. Me regalasteis un trompo por mi cumpleaños. Era de vivos colores, y me pareció una maravilla. —Su voz era como la de Roger, clara y un poco aguda, aunque Samuel hablaba con las vocales llanas propias del oeste del país.

—Sí —dije con una sonrisa—. Ahora me acuerdo. Teníais cinco años. Me inclino ante vuestra memoria.

—Yo me inclino ante vuestra amabilidad, señor. Debo agradeceros todo cuanto

habéis hecho por mi madre. —Y puso la mano en la de Dorothy.

—Ha sido muy valiente.

—¿No creéis que Samuel es la vida imagen de Roger? —Había lágrimas en los ojos de Dorothy.

—Sí, lo es.

—Eso me consuela. Roger sigue vivo en mi hijo. Pero, Matthew, ¿qué es esa extraña postura que adoptáis con el brazo? ¿Os habéis hecho daño?

Cuán observadora era.

—Un accidente sin importancia. Nada serio. ¿Os quedaréis mucho tiempo en Londres, Samuel?

El muchacho negó con la cabeza.

—Debo regresar a Bristol la semana próxima, porque hay una feria de telas a la que debo asistir. Espero que para entonces todos los asuntos estén resueltos y mi madre pueda reunirse allí conmigo.

—Oh. —No había pensado en la posibilidad de que se marchara tan pronto. La noticia me desconcertó.

—Ya habrá tiempo de pensar en eso —dijo Dorothy—. Hay asuntos pendientes. No puedo dejárselo todo a Matthew, por mucho que cuide de mí, pues ha sido mi bastón y mi cayado. —Me sonrió con dulzura.

—Hago lo que puedo —dije, incómodo.

—Mi hijo se ha prometido en matrimonio, Matthew —me informó Dorothy en un tono que era casi de confidencia—. ¿Qué os parece eso? Con la hija de un mercader de Bristol.

Samuel se sonrojó.

—Vaya, felicidades —dije.

—Gracias, señor. Esperamos casarnos el año que viene.

Llamaron a la puerta y entró Margaret.

—Ha llegado el féretro —nos informó.

Dorothy se estremeció, y luego recuperó la expresión de desconsuelo que la caracterizaba desde la muerte de Roger.

—Yo los acompañaré —dijo.

—Dejad que lo haga yo —se ofreció Samuel.

—No. No. Permíteme hacerlo yo sola. —Le apretó el brazo y abandonó la estancia, dejándonos a solas a Samuel y a mí. Por un instante solo se oyó el tictac del reloj. Observé el friso de madera, y clavé los ojos en la chapucera reparación, antes de sonreír a Samuel.

—¿Hay alguna noticia, señor? Me refiero a la investigación —preguntó. Comprendí que debía de resultarle difícil el que aquella tragedia lo hubiese convertido de pronto en el cabeza de familia—. Mi madre no deja de pensar en ello —continuó—, porque, al fin y al cabo, aún no sabe por qué mi padre tuvo una muerte tan horrible. Ya habría sido malo que lo mataran durante un robo, pero ese

espantoso… espectáculo. —Me miró inquieto—. Dijisteis que quizá mi madre corría peligro.

«Dorothy ha mantenido su palabra de no compartir con nadie lo que sabe acerca del resto de los asesinatos. Ni siquiera con su hijo», pensé.

—No es más que una medida cautelar —repuse—. Hacemos progresos, Samuel. Ahora no puedo contaros gran cosa, pero si os sirve de algo os diré que pensamos que vuestro padre no fue asesinado por alguien que lo odiara. Al parecer llamó la atención de… un loco, digámoslo así. Creo que podríais contárselo así a vuestra madre.

—Pero ¿por qué mantenerlo tan en secreto? —preguntó—. A mi madre eso le preocupa, aunque no esté dispuesta a admitirlo.

Titubeé y, si bien con precaución, decidí hablar.

—Me temo que la política está de por medio. Hubo otro asesinato muy similar al de vuestro padre. La víctima era un hombre de cierta importancia, aunque no lo mataron por ese motivo, sino sencillamente porque ese loco del que os hablo lo escogió.

—Un lunático. —Samuel frunció el entrecejo—. Sí, alguien tendría que estar loco de atar para asesinar a un hombre tan bueno como mi padre.

—Roger era, como bien decís, un buen hombre y un buen amigo. Pero no me presionéis más, Samuel, pues ya os he dicho más de lo que debería.

Asintió lentamente.

—Mi pobre madre, con lo que se amaban. —Sonrió—. A veces me sentía excluido; esa fue una de las razones de que escogiera quedarme en Bristol cuando ellos volvieron a Londres. Pero yo quería a mi padre, hizo tanto por mí… —De pronto, volvió a convertirse en el muchacho que era. Se sonrojó y vi que tenía los ojos arrasados en lágrimas—. Cuidad de mi madre, señor. Dice que Margaret y vos sois los únicos amigos de verdad que conserva.

—Lo haré —prometí—. Lo haré.

—Me gustaría que me acompañara a Bristol, pero es una mujer muy obstinada.

Dorothy reapareció en la puerta; aunque estaba pálida, aguantaba la situación con firmeza.

—Los demás deudos se están reuniendo fuera. Sus amigos, los sirvientes… Tenemos que salir.

Respiré hondo y abandoné la estancia con Samuel.

Capítulo 23

Roger fue sepultado en un silencioso rincón del antiguo cementerio de la iglesia de Saint Bride. Durante el oficio fúnebre, mientras el sacerdote decía que mi amigo se había reunido con el Señor, solo podía pensar en que todo aquello estaba produciéndose con veinte o treinta años de antelación. Después, me despedí de Dorothy y de Samuel, decidido a dejar que disfrutaran de su mutua compañía a solas. Recogí a Barak en casa y cabalgamos hacia el sur, dispuestos a reunimos con Harsnet.



La iglesia de Saint Agatha se alzaba en una vereda que discurría desde Thames Street hasta los muelles. Era una zona variopinta, en la que las antiguas y destartaladas casas de vecindad se veían desplazadas por casas de piedra más modernas. La iglesia era pequeña y muy antigua, aunque al levantar la vista reparé en que tenía un nuevo tejado con plomería y un campanario puntiagudo. Recordé entonces haber oído comentar que el antiguo campanario se había venido abajo dos años atrás, durante una tormenta; dos familias de las casas colindantes murieron en el derrumbamiento. Llegamos al atardecer, cuando el sol se alzaba apenas sobre la ciudad y proyectaba largas sombras en la vereda. Al fondo de esta fluían las aguas grises del río, y las chalanas que las surcaban encendían ya las luces. Con la marea baja, las riberas cubiertas de desperdicios desprendían un fuerte hedor.

Había unos caballos atados a una barandilla frente a la antigua puerta de madera, donde se había reunido una cuadrilla de hombres vestidos de negro. Se volvieron hacia nosotros al acercarnos, y uno se interpuso en nuestro camino.

—¿Puedo ayudaros, caballeros? —Era pequeño, con barba grisácea, vestido con sobriedad y con ropa de buen corte. Parecía un mercader o un comerciante.

—El forense Harsnet nos ha citado en este lugar —le dije.

De pronto, la expresión de su rostro se tornó amistosa, casi servil.

—Ah, sí. Aquí lo encontraréis, con *sir* Thomas Seymour, y también con lord Hertford, pues ambos nos han honrado con su presencia. —Muy ufano, añadió—: Nos hacen un gran honor acudiendo a la reapertura de nuestra iglesia. Soy Walter Finch, el sacristán, a vuestro servicio.

Finch nos condujo a la entrada de la iglesia.

—Amigos del forense —murmuró a los demás, quienes se inclinaron a nuestro paso.

Lo seguimos a través del patio hasta un lugar donde se había reunido más gente, hombres y mujeres, alrededor de un fuego que habían encendido junto al muro. Sobre

el fuego se asaba un jabalí pequeño. De hacer girar el espetón se encargaban un par de jóvenes que se cubrían la ropa de calidad con sendos delantales blancos. La grasa del animal caía en una bandeja colocada debajo. El olor a carne asada impregnaba el aire.

—¡Que arda el Papa, que arda! —exclamó uno de los muchachos, lo que hizo reír al otro.

Miré la iglesia. Solo quedaba una vidriera de colores; las demás eran transparentes.

—Cuando se vino abajo el campanario hace dos años, fue una tragedia —dijo Finch con una sonrisa—; el interior quedó tan destruido como el techo. Tuvimos que reconstruirla por completo. Pero a veces el Señor nos ofrece oportunidades a través de los infortunios. Nos libramos de las estatuas y demás ídolos, vaciamos las capillas laterales y sustituimos dos vidrieras rotas con cristales transparentes. Así es como Dios quiere que sea esta casa de culto, en lugar de verla atestada de oro e incienso. Me gustaría eliminar el comulgatorio, aunque eso nos causaría problemas. Os mostraría el interior, pero el reverendo Yarington tiene la llave y aún no ha llegado.

—Comprendo. —Pensé en las familias que habían muerto en el derrumbe.

Finch me guiñó un ojo.

—Y si los hombres de Bonner dicen que se parece demasiado a una iglesia luterana, siempre podemos replicar que no hemos recaudado dinero suficiente para restaurarla como es debido. Tal como rezan las escrituras, los siervos del Señor tienen que ser astutos como serpientes.

Observé a quienes se habían congregado en el patio. Supuse que hacía tiempo que aquella iglesia era reformista. Era la clase de gente que acudía a la iglesia de Meaphon, adónde iban los Kite, por ejemplo. Había mercaderes y miembros de los gremios, y un modesto grupo compuesto por integrantes de las clases trabajadoras, apoyados en el muro, con aspecto de sentirse incómodos. También había varios clérigos; de hecho, vi al propio Meaphon hablar muy animadamente con un mercader. Nuestras miradas se cruzaron; nos saludamos con una leve inclinación de cabeza y miramos hacia otro lado. Supuse que se sentía incómodo por cómo había retrocedido el día anterior en presencia del obispo Bonner. Me pregunté si la presunta sabiduría de la serpiente los salvaría de Bonner cuando este decidiese ir por ellos. Lo recordé junto a la muralla de Londres y no pude evitar sentir un escalofrío.

Sir Thomas Seymour y lord Hertford se hallaban de pie en compañía de Harsnet, cerca del jabalí asado; el forense hablaba muy serio con lord Hertford. *Sir* Thomas contemplaba a los presentes con expresión de hastío. Enarcó las cejas al vernos y avisó a su hermano con un codazo.

—Ahí está el jorobado —dijo sin molestarse en bajar el tono de voz.

—Maese Shardlake —me saludó lord Hertford cuando nos acercamos—. Y este debe de ser Jack Barak.

—Sí, milord. —Barak se inclinó ante él.

—Recuerdo que mi pobre amigo Thomas Cromwell hablaba muy bien de vos —dijo con un deje de tristeza en la voz.

Hertford y su hermano lucían sus mejores galas; lord Hertford jubón rojo bajo una capa oscura con cadena de oro alrededor del cuello, y Thomas jubón amarillo y unas mangas acuchilladas que dejaban al descubierto el forro verde, además de un bonete negro con un broche que lucía engarzada una deslumbrante esmeralda.

—¿Alguna novedad, Shardlake? —preguntó Harsnet.

Lo puse al corriente de mis entrevistas con Cantrell y Lockley, y de la sensación que tenía de que Lockley ocultaba algo. Harsnet asintió.

—Volveremos a hablar con él. Y también con el deán Benson. —Me dirigió una de sus miradas significativas—. Según parece, Goddard es nuestro hombre, ¿no?

—Pienso que aún es temprano para decirlo con seguridad.

—Sí, quizá. Hasta el momento, he sido incapaz de dar con el rastro de la familia de Goddard. Estoy investigando en las guildas, y también entre los propietarios de tierras alrededor de la ciudad.

—Pero fue monje durante años —intervino *sir* Thomas—. Si su familia procede de los alrededores de Londres será fácil encontrarla.

—Quizá su familia se trasladó aquí desde donde fuera que vivieran mientras él servía en la orden —sugirió lord Hertford—. Mucha gente de posibles acaba acudiendo a la ciudad, sobre todo si tiene un familiar en Londres, bien para incrementar su fortuna, bien para perderla —añadió—. ¿Cómo tenéis el brazo, procurador Shardlake? El forense Harsnet me contó que os agredieron. —Miró a Barak—. Y también a vuestra esposa.

—Sí, milord —confirmó Barak—. Sufrió diversas contusiones y acabó con un diente roto.

Sir Thomas dio una palmada en el hombro a Barak.

—No sabía que estuvieseis casado. Pensé que erais un jovenzuelo pendenciero.

—Ya no, *sir* Thomas.

—Este asunto no podría haber sucedido en peor momento —terció lord Hertford —. Siguen interrogando a esos carniceros por haber vendido carne durante la Cuaresma a pesar de las restricciones impuestas. Aunque, valientes como son, no hay forma de que den nombres al obispo Bonner.

—Creo que el asesino está poseído —dijo Harsnet.

—Sea como sea, tenemos que atraparlo —repuso Hertford.

Un sirviente se acercó para ofrecernos jabalí asado. Miré hacia el fuego. Ya habían terminado de asar el jabalí, y los sirvientes, secándose el sudor de la frente, se apartaban del fuego; la grasa goteaba sobre las ascuas con un siseo. Anochecía por momentos; tras las casas, al sur, el Támesis relucía, cada vez más blanco a medida que el sol se ocultaba tras el horizonte.

—Huelo a pescado podrido —dijo Barak.

—Yo también. Debe de venir del río.

En efecto, el olor a carne asada se mezclaba con un fuerte olor a pescado y sal.

—¿Dónde está el reverendo Yarington? —preguntó alguien—. Ya tendría que haber llegado.

Di un respingo cuando *sir* Thomas me cogió del brazo herido.

—Dice Harsnet que uno de esos antiguos monjes vive ahora en Charterhouse Square.

—El hermano laico, Lockley. Vive en una taberna que hay allí.

—Conozco esas casas y tabernas que hay en los extremos del antiguo recinto —dijo, ceñudo—. En la más grande vive *lady* Catalina Parr. Es ahí donde he tenido ocasión de visitarla.

—Tranquilízate, Thomas —le advirtió su hermano—. Está claro que no hay relación entre ella y los asesinatos.

—Prefiero saberla lejos de todo peligro.

Sir Thomas adoptó una expresión de profunda inquietud. Me pregunté si se debía a que amaba a la dama en cuestión, o a que era una viuda rica que aún podía rechazar al rey.

—¿Hay alguna noticia del planeado matrimonio? —pregunté a lord Hertford en un tono discreto. Al fin y al cabo, ese fue el motivo que empujó a los presentes a involucrarse en el caso.

Él cortó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca.

—La dama sigue negándose a dar una respuesta al rey —respondió—. Dice que necesita más tiempo.

Harsnet gruñó.

—Esa es la táctica que emplearon Ana Bolena y Juana Seymour. Lo tuvieron en ascuas, y únicamente lograron que el rey se obstinara aún más en lograr lo que quería.

—No —dijo *sir* Thomas con una sonrisa—. Si *lady* Catalina lo rechaza es porque no quiere casarse con él. ¿Qué mujer iba a quererlo?

—Habla en voz baja —le advirtió Hertford—. Thomas, espero que no hayas vuelto a visitar a la dama. Si el rey se entera…

—No he hecho tal cosa —respondió Thomas, molesto.

—Me gustaría marcharme —dije discretamente a Harsnet—. Me duele el brazo y necesito descansar.

—Por supuesto. —Harsnet asintió—. Yo me quedaré. —Miró en torno antes de añadir—: Qué raro que el reverendo Yarington no haya llegado aún. Lamento que estéis herido.

—Me encuentro mucho mejor.

—Bien —dijo con una sonrisa—. Mi esposa y yo os esperamos mañana para cenar. Así conoceréis a mis hijos.

—Gracias, señor. ¿Cuántos tenéis?

—Cuatro. Todos gozan de buena salud y son muy obedientes. Y tengo una esposa estupenda. Deberíais casaros, señor.

—No creo que tenga ocasión.

—¿No tenéis a nadie especial, pues?

Pensé en Dorothy.

—De esperanzas se vive —respondí con una sonrisa melancólica.

—Empecinaos, maese Shardlake; como el joven Barak, aquí presente.

—Empecinado lo soy, en efecto —dijo mi ayudante con un hilo de voz.

—Buenas noches, señor. —Estreché la mano de Harsnet y me di la vuelta dispuesto a marcharme, seguido de Barak, a quien miré ceñudo.

—¡La iglesia! —exclamó de pronto una mujer—. ¡La iglesia está ardiendo!

Todo el mundo dejó de comer y hablar. A través de la vidriera de colores, alcanzamos a distinguir una luz temblorosa que proyectaba extrañas sombras en el patio casi a oscuras.

El reverendo Meaphon fue el primero en acercarse a la iglesia y coger el tirador de la puerta.

—¡Está cerrada! —exclamó—. ¿Quién tiene la llave?

—¡El reverendo Yarington!

Todos miraron alrededor, pero aún no había ni rastro del sacerdote de cabello blanco.

—¡Acercaos a la vicaría! —sugirió alguien a voz en cuello.

—No permite visitantes en la vicaría —advirtió, inquieto, el sacristán—. Teme que alguien descubra sus ejemplares de las obras de Lutero y Calvino.

—De todos modos no hay tiempo para eso. Hemos de entrar y apagar el fuego.

—¡Echad la puerta abajo!

Sir Thomas contempló la sólida puerta de roble y rio.

—¡Necesitaréis un ariete para echarla abajo!

—Hay una entrada lateral.

Un par de hombres rodearon la iglesia a la carrera, pero regresaron al cabo de un instante e informaron de que también estaba cerrada. Miré hacia la vidriera. Las llamas parecían haber cobrado intensidad.

—¡Tengo una llave! —anunció el sacristán, dando un paso al frente—. Pero ¡me la he dejado en casa!

—¡Pues ve a buscarla, estúpido! —le espetó Harsnet al tiempo que daba un empujón al sacristán.

Finch lanzó otra horrorizada mirada a la temblorosa luz procedente de las vidrieras de la iglesia y se alejó a toda prisa. Alguien se arrodilló y empezó a rezar para que el Señor evitase que otra desgracia se abatiera sobre su iglesia.

Lord Hertford reapareció a nuestro lado. Se inclinó y dijo en voz baja a Harsnet:

—Creo que tendría que marcharme. No hay nada que pueda hacer, y si el templo se incendia habrá una escena.

Harsnet asintió con la cabeza.

—Sí, milord, será lo mejor.

—Yo me quedo —dijo *sir* Thomas—. Quiero verlo. —A juzgar por su expresión, estaba muy emocionado. Su hermano lo miró ceñudo, se encogió de hombros y se alejó a buen paso.

Harsnet contemplaba la vidriera.

—¡Mirad! Parece que el fuego está localizado en un punto concreto —señaló en voz baja—. Y no huelo a humo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Barak.

A la voz del hombre que clamaba al cielo y el horrorizado murmullo del resto de los presentes, se imponía un peculiar sonido procedente del interior del templo. Eran unos gruñidos ahogados, más animales que humanos.

—Dios mío, ¿qué está sucediendo ahí dentro? —preguntó Harsnet, cuyo temor era visible a la tenue luz del patio.

Finch regresó corriendo con una llave enorme en la mano. A continuación hubo cierta actividad en torno a la puerta, que el sacristán abrió de par en par. Media docena de personas entraron, pero se detuvieron de inmediato. Alguien soltó un grito de terror. *Sir* Thomas Seymour se abrió paso a través del gentío. Barak, Harsnet y yo lo seguimos. Nos alcanzó enseguida el hedor a carne quemada, y algo más: la peste a pescado que Barak había percibido en el patio. Una vez dentro, nos quedamos petrificados ante la horripilante escena que presenciamos.



Un hombre vestido con la túnica blanca de un clérigo estaba encadenado a un pilar de piedra, envuelto en llamas. Ardía en la oscuridad como una antorcha humana, a pesar de que no había leña ni nada que se le pareciese en torno a él, ninguna razón evidente por la que tuviera que arder como lo hacía. Alguien se desmayó en la puerta, y otros cayeron de rodillas y elevaron plegarias a Dios. Barak y *sir* Thomas Seymour avanzaron, seguidos por Harsnet y por mí. El calor que desprendía la antorcha humana era tan intenso que tuvimos que pararnos a menos de tres metros de distancia. Nunca olvidaré aquella horrible visión. Era el reverendo Yarington quien ardía en el pilar; tenía la ropa chamuscada y la carne roja le asomaba debajo; la sangre siseaba a medida que goteaba sobre las llamas. Nos miraba presa de un dolor horrible, y vi que estaba amordazado mediante un trozo de tela atado con cuerda. Fueron sus aullidos ahogados lo que oímos procedente del interior.

Nos miró con ojos desorbitados. Todos estábamos petrificados por el terror, hasta que alguien gritó:

—¡Agua! ¡Id por agua!

Tres hombres salieron a toda prisa de la iglesia, y vi que Yarington los miraba desesperado. Pero era demasiado tarde. Ya era demasiado tarde antes incluso de que lográsemos acceder al interior de la iglesia. Ante nuestra mirada, las llamas engulleron por completo la cabeza de Yarington. Contemplé horrorizado cómo la

orgullosa cabeza cubierta de pelo blanco se convertía por un instante en un halo amarillo, antes de desaparecer con un siseo. A medida que las llamas le desfiguraban el rostro, la cabeza cayó hacia delante y cesaron los terribles gritos.

—No hay humo —dijo a mi lado Harsnet, con voz temblorosa—. No hay humo ni leña. Esto es obra del diablo.

Los hombres que habían salido corriendo entraron con antorchas y cubos llenos de agua. Iluminaron las paredes encaladas de la iglesia y el bulto negro atado al pilar. Arrojaron el agua a Yarington, y las llamas se apagaron con un chisporroteo. Acto seguido, se alzaron del cadáver unas casi imperceptibles columnas de humo. *Sir* Thomas Seymour dio un paso al frente y miró el rostro quemado.

—Está muerto —concluyó al tiempo que retrocedía—. Apesta.

Contemplé el cadáver de Yarington; estaba cargado de cadenas, y sus vestiduras se habían fundido en la piel quemada. Alguien se volvió y vomitó. Incluso Barak, que tenía el estómago de hierro, estaba pálido. No era solo la visión de aquel cadáver, sino el olor que desprendía a carne asada, mezclado con ese hedor a pescado podrido… Clavé la vista en el suelo. Había rastros de un líquido denso. Me incliné para tocarlo con la yema de los dedos, y poder así olerlo mejor.

—Es aceite de pescado —dije—. Estaba cubierto de aceite de pescado, probablemente el mismo que proviene de esos peces enormes que se venden por doquier. —Me volví hacia Harsnet—. Eso era el combustible. —Contemplé de nuevo la cara del cadáver, pero se me revolvió el estómago. La mordaza se había quemado y era complicado distinguir la tela de la carne quemada. Al granjero Tupholme lo habían amordazado. Supuse que a Yarington lo habrían drogado y que estaba inconsciente cuando lo llevaron allí y lo encadenaron al pilar. Al despertar, conmocionado, debió de verse envuelto en llamas.

Alrededor de nosotros la gente no paraba de susurrar. Todos estaban horrorizados y se abrazaban los unos a los otros; las mujeres lloraban. Harsnet, respirando agitadamente, se acercó al cadáver. En voz muy baja recitó el pasaje correspondiente del Libro de las Revelaciones:

—«El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol y le fue dado el afligir a los hombres con ardor y fuego».

Barak se acercó a una puerta lateral y tiró de ella para asegurarse de que estuviera cerrada. Hice mentalmente un resumen de los sucesos: Yarington estaba maniatado en alguna parte, inconsciente, y mientras tanto el asesino utilizaba el juego de llaves del propio vicario para cerrar el templo por dentro. Más tarde, después de prender fuego al pobre Yarington, escapó por una puerta lateral, que cerró tras de sí.

—El asesino sabía que estaríamos aquí —dije—. ¿Cómo no iba a saberlo?

—Dios mío, tenéis razón —admitió Harsnet—. Este espectáculo no solo estaba dirigido a los feligreses, sino a nosotros. Pero no puede ser una coincidencia que también nosotros nos hallemos presentes. Mi vicario. Mi pobre vicario. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Una vez más, nos desafía —dije con amargura—. Juega con nosotros, demostrándonos que estamos indefensos.

Alguien se dispuso a desatar las cadenas, pero de inmediato apartó las manos de estas al tiempo que soltaba un quejido de dolor. Estaban al rojo vivo. Meaphon se acercó. Se quitó la sotana y la arrojó con cuidado sobre la irreconocible cabeza de Yarington.

Harsnet miró a la asombrada congregación.

—¡Escuchadme todos! —exclamó—. ¡Investigaré este ultraje, y creedme si os digo que atraparemos al asesino! Pero hasta entonces, no digáis nada, ni una palabra, de lo que ha sucedido aquí hoy, pues con ello no haríais más que proporcionar armas a nuestros enemigos.

Se oyeron rumores entre los presentes.

—¡Nada! ¿Lo habéis oído? —insistió Harsnet—. Si se propagara la noticia, podría causar una oleada de pánico. ¡Ya penden sobre nosotros suficientes amenazas! —exclamó con un acento del oeste del país más exagerado que nunca—. Finch, os haré responsable de que la gente se mantenga en silencio hasta que yo vuelva. Bajad el cadáver del sacerdote cuando las cadenas se hayan enfriado lo suficiente. Venid —añadió, mirándonos—. Venid todos. Es necesario que hablemos de inmediato con el arzobispo.

Capítulo 24

Al llegar al palacio de Lambeth encontramos a Cranmer reunido con lord Hertford. Nos hicieron entrar, aunque de nuevo Barak tuvo que esperar fuera.

El arzobispo parecía agotado. Lucía una barba de días que le salpicaba de negro las cetrinas mejillas. Lord Hertford se encontraba a su lado. El arzobispo nos invitó a sentarnos con un gesto.

—¿De modo que se ha cometido otro asesinato? —preguntó Hertford. Tuve la impresión de que estaba asustado.

—Sí, milord —respondió Harsnet, que a continuación contó lo sucedido en la iglesia.

Cranmer guardó silencio unos instantes y finalmente dijo:

—Pobre hombre. Ruego que después de tan terrible sufrimiento haya encontrado un lugar en el cielo. —Y, volviéndose hacia Hertford, añadió—: Cada asesinato es más espectacular que el anterior. A este paso será imposible evitar que el asunto trascienda.

—¿Existe forma de mantener en secreto lo sucedido? —quiso saber Hertford en tono inflexible, al parecer resuelto a salirse con la suya. De hecho, daba la impresión de que tenía mejor aferradas las riendas que Cranmer.

—He hablado con los feligreses de Yarington —repuso Harsnet—. Me han jurado que guardarán silencio. He dejado al reverendo Meaphon a cargo de todo. Regresaré cuando salga de aquí, haré que retiren el cadáver e insistiré una vez más en que Bonner sería el único beneficiado si el asesinato de Yarington sale a la luz.

—Habrá que evitar de nuevo que se lleve a cabo una investigación pública —señaló Hertford.

—Estamos interfiriendo en la acción de la justicia —dijo Cranmer—, pero no tenemos alternativa si de verdad queremos mantener esto en secreto. ¿Dónde atacará la próxima vez? —De pronto, fue como si perdiera los nervios—. ¿Y cómo fue capaz de meter a Yarington en la iglesia y montar este horrible espectáculo sin que nadie lo viera? —preguntó, mirándome.

—Creo que el asesino siguió el mismo procedimiento que en los casos del doctor Gurney y maese Elliard —dije—. Citó a Yarington en algún lugar, lo drogó con belladona, utilizó la propia llave del vicario para abrir la iglesia y atarlo durante el día, cerró la puerta y esperó a que empezase la reunión para prender fuego al aceite de pescado que había comprado a tal efecto.

—Solo que ha coincidido que nosotros también estábamos presentes —apuntó Harsnet—. Ver al pobre Yarington ardiendo en la iglesia, sin ningún combustible aparente, ni humo, me hizo creer que era obra del diablo. Si no hubiéramos logrado de algún modo tranquilizar a los feligreses, creo que ahora mismo estarían corriendo

por las calles, diciendo a voz en cuello que el diablo era el responsable. Aunque, en tal caso, no estoy muy seguro de que estuviesen equivocados —añadió en voz baja.

Hertford me dirigió una mirada penetrante.

—Tenemos que detenerlo —dijo—. Bonner y Gardiner siguen interrogando a los cortesanos y a los miembros del gabinete del arzobispo que fueron detenidos la semana pasada. No han descubierto nada, pero siguen insistiendo.

—Eso no bastará para que el rey actúe contra nosotros —terció su hermano—. Y he oído que los carniceros de Londres dicen que no pueden recordar a quién vendieron carne durante la Cuaresma.

Por una vez, Hertford estuvo de acuerdo con *sir* Thomas.

—Eso es verdad. Y creo que Bonner no está convencido de que deba arrestar a más gente. Ayer lo abuchearon al pie de la muralla de Londres.

Lo miré. De modo que estaban informados de lo sucedido.

—Y el rey no se contentará con pruebas apañadas a partir de rumores o medias verdades que os relacionen con los radicales. Os ama más que a ningún otro hombre. No olvidéis eso, milord.

Cranmer soltó un profundo suspiro.

—Eso dijeron de Cromwell y Wolsey. Vigilad por mí al rey, Edward; vigilad quién entra y sale de los reales aposentos, quién le susurra al oído…

—Lo haré.

Hubo un momento de silencio.

—¿Me permitís, milord? —Cogí una hoja de papel en blanco del escritorio del arzobispo. Tenía que establecer un mínimo de orden entre tanto caos. Cranmer me autorizó con un gesto. Escribí deprisa, observado atentamente por el resto de los presentes. Luego puse el resultado de mi trabajo encima de la mesa. Todos se inclinaron para ver lo que había escrito.

Copa 1: una llaga infectada.

Tupholme - granjero - reformista radical convertido en pecador - enero (¿asesinado en diciembre?).

Copa 2: muerte en agua salada.

Doctor Gurney - médico - reformista radical convertido en moderado - 20 de febrero

Copa 3: muerte en agua dulce.

Roger Elliard - abogado - reformista radical convertido en moderado - 25 de marzo

Copa 4: muerte por fuego.

Reverendo Yarington - clérigo - reformista radical - 3 de abril

Copa 5: muerte en la oscuridad y con gran dolor.

Copa 6: el río se seca.
Copa 7: gran terremoto.

—Cada vez va más deprisa —concluyó Hertford en voz baja.

—Creo que es Goddard —aventuró Harsnet—. Estoy seguro de que el deán Benson y ese tal Lockley saben algo sobre él e intentan ocultarlo. Tendríamos que detenerlos y someterlos a un serio interrogatorio en vuestra prisión, milord.

—No —dijo Cranmer con firmeza—. No vamos a interrogarlos por un asunto religioso. No podemos dedicarnos a detener gente por las calles de Londres con el ambiente que se respira en este momento.

—Y además no estamos seguros de que sea Goddard —dije—. Al menos, por el momento.

—¿Qué imagen os habéis hecho de él? —preguntó Cranmer.

—Todos coinciden al describirlo como alguien frío. Un buen médico a quien no le importaban los pacientes. Se sentía abrumado por una malformación que tenía, una especie de lunar enorme en un costado de la nariz. De algún modo, por lo que cuentan de él quienes lo conocían, no acaba de parecerme capaz de realizar esos terribles asesinatos.

—A menos que esté poseído —apuntó Harsnet.

Se produjo un breve silencio.

—Si Yarington seguía siendo un reformista radical, no encaja en la pauta que habéis trazado —dijo Cranmer.

—Hasta donde sabemos —puntualicé—. Quizá había cosas que ignorábamos de él. Tendríamos que entrar en su casa. Si Yarington era tan beato como parece, entonces hay que descartar mi teoría de que el asesino se dedica a castigar a quienes abandonan el camino recto del radicalismo. Pero si no es así, lo cierto es que el número de posibles víctimas se reduciría mucho.

Thomas Seymour lanzó un gruñido.

—Lo cual incluye a todos los radicales que se han vuelto moderados en Londres. ¿En cuántos centenares nos deja eso?

—En muchos —admití. Me froté el brazo; me tiraban los puntos.

Lord Hertford estudió de nuevo el texto que había escrito.

—De acuerdo con la revelación de la siguiente copa, tenemos que la gente se morderá la lengua en la oscuridad, con gran dolor. Eso podría significar cualquier cosa. —Se acarició la barba, ceñudo.

—A mí aún me gustaría saber cómo se las apañará para secar las aguas de un río, tal como se supone que sucede cuando se vierte la sexta copa —dijo, burlón, Thomas Seymour—. O cómo provocará un enorme terremoto con la séptima.

—Encontrará el modo de hacerlo —dije—. Algo que encaje.

Cranmer se volvió hacia Harsnet.

—¿No habéis avanzado en la búsqueda de Goddard?

—Aún no, milord. Estoy investigando en colaboración con las autoridades de Surrey, Kent y Sussex. Con discreción, claro.

El arzobispo asintió antes de volverse hacia mí.

—Matthew, representáis a ese muchacho que está encerrado en Bedlam. El vecino de Yarington, Meaphon, es el reverendo de su parroquia, ¿verdad?

—Sí. Ayer estuvo allí cuando el joven Kite subió a lo alto de la muralla de Londres. También Yarington se hallaba presente.

—Aseguraos de que el muchacho esté a buen recaudo, fuera de la vista.

—Lo haré, milord. Parece ser que el guardián de Bedlam dejó que se marchara deliberadamente, con objeto de librarse del problema. No volverá a hacer semejante cosa. Mañana habrá una vista en el Tribunal de Apelaciones para disponer lo necesario en relación con los cuidados del joven.

Cranmer reparó en mi brazo mientras asentía.

—¿Y creéis que el asesino os sigue, que os desafía?

—Sí.

—¿Solo a vos?

—Eso parece. La esposa de Barak también resultó herida, aunque temo que eso se deba únicamente a que me conoce. Quiere que abandone el caso.

Thomas Seymour soltó una risotada.

—Os dais demasiada importancia. ¿Por qué ibais a contar para él?

—No lo sé —respondí. Y, dirigiéndome a Harsnet, añadí—: ¿Vos habéis notado algo fuera de lo común?

—No. Aunque trabajar en el palacio de Whitehall me convierte en un blanco menos asequible.

Cranmer se acarició la barbilla.

—No hay nada más que podamos hacer, a excepción de continuar con la cacería. Mañana visitad de nuevo al deán Benson y a ese tipo, Lockley. ¿Dónde vive?

—Junto a la casa capitular.

—Milord, ya he dicho que no me gusta la idea de que *lady* Catalina Parr se halle tan cerca de alguien que podría estar involucrado en esos asesinatos —insistió *sir* Thomas.

—Está rodeada de sirvientes —replicó su hermano con voz cansina—. Y no encaja en el patrón que cumplen las víctimas. Esa mujer practica una fe sincera y discreta.

—Yarington tampoco encajaba en esa pauta, pero eso no le impidió convertirse esta noche en un cirio.

—Milord —intervino Harsnet—, creo que deberíamos ir ahora mismo a casa del reverendo Yarington. El sacristán me contó que vivía en la rectoría, a un par de calles de la propia iglesia, solo a excepción del servicio. Le ordené que todavía no les comunicara lo sucedido.

Cranmer consideró un instante si la propuesta de Harsnet era pertinente.

—De acuerdo. Matthew, Gregory, id ahora mismo a casa del pobre Yarington, hablad con los sirvientes, averiguad cuanto podáis sobre su vida. Llevaos un par de guardias, y si pensáis que vale la pena arrestar a algún miembro del servicio, traedlo aquí con discreción. Matthew, antes de que os vayáis, querría tener unas breves palabras con vos.

Los demás salieron, dejándome a solas con el arzobispo.

—Este terrible asunto os afecta particularmente, Matthew, ¿me equivoco?

Me sentía al borde de las lágrimas. El arzobispo podía mostrarse muy perspicaz.

—Sí —respondí.

—¿Se debe a que vuestro pobre amigo se cuenta entre las víctimas, y porque quien perpetró el asesinato os sigue y se burla de vos?

—Sí. Y también porque jamás había visto semejante… —Titubeé antes de terminar la frase—. Semejante maldad.

—También a mí me preocupa. He visto a muchos hombres, demasiados, asesinados por motivos políticos. Pero esto es distinto. Percibo que este hombre disfruta con lo que hace.

—Eso creo también.

—¿Cómo iba nadie a hacer tales cosas y creer que ejecuta la voluntad de Dios? —preguntó Cranmer, en uno de sus repentinos estallidos de ira—. ¿Se trata de una burla blasfema a la religión, inspirada directamente por el diablo? Gregory Harsnet así lo cree.

—No lo sé, milord. Procuro no pensar demasiado en eso.

—Quemado —musitó—. Qué modo más horrible de morir. Los herejes con quienes he pleiteado me rogaban sin retractarse, y yo los asustaba hablándoles del modo en que se encoge la piel, en la grasa que se funde, el siseo, el chisporroteo. —Cerró los ojos y suspiró—. Los habría salvado si hubiese podido, pero el rey se muestra inexorable a la hora de aplicar el castigo más severo. En tiempos fue a los católicos a quienes decidió perseguir, pero poco a poco recupera las viejas ideas religiosas. Un catolicismo sin el Papa. Y cada año que pasa resulta más difícil convencerlo de lo contrario. —Negó con la cabeza, cerró los ojos por un instante y luego me dirigió una mirada penetrante—. ¿Podréis soportarlo? —preguntó.

—Sí, milord. He jurado vengar a mi amigo y haré honor a mi palabra. Sea como fuere, hallaré el coraje necesario.

—En tal caso, también yo debo hacerlo —dijo con una sonrisa—. Catalina Parr aún se resiste, ¿sabéis? No dará una respuesta al rey, está asustada, pobre mujer, lo que apenas puede sorprendernos, puesto que no ha transcurrido ni un año de la ejecución de Catalina Howard. No obstante, debo apremiar a sus amistades para que la empujen a ceder, debido a la influencia que podría ejercer sobre el rey.

—Correrá peligro.

—Sí. —Cranmer asintió—. Todos nosotros debemos enfrentarnos a eso, por amor a la verdad de Jesucristo. Él soportó el peor horror posible, y lo hizo por nosotros. —

El arzobispo guardó silencio unos instantes más; asustado, entristecido, compasivo a la par que implacable. Entonces me señaló la puerta con un gesto—. Resolved este asunto. Dad con ese hombre.



Barak y Harsnet me esperaban en el corredor. El ayudante del forense caminaba arriba y abajo, ceñudo. Barak permanecía sentado en una silla, moviendo una pierna, nervioso. Estaba impaciente, enfadado, asustado. Harsnet me miró con curiosidad.

—Quería intercambiar conmigo algunas impresiones relativas a los asesinatos —dije—. Los hechos lo perturban.

—¿Siente la presencia del diablo en esto?

—No lo sabe, y tampoco yo estoy seguro. No es una especulación que pueda sernos de provecho —dije, algo molesto—. Vamos, nos acercaremos a la casa de Yarington —añadí mirando a Barak.

Salimos, y fuera se nos unieron un par de guardias de palacio, dos hombretones cubiertos con yelmo y con la espalda ceñida a la cintura, y es que el palacio del arzobispo necesitaba contar con protección, tanto como la residencia de cualquier otro gran hombre de Estado. Descendimos al muelle y volvimos a la ciudad en la chalana del arzobispo; luego recorrimos diversas callejuelas en dirección a la iglesia de Yarington. La oscuridad y el silencio reinaban en las calles, puesto que hacía horas del toque de queda y los alguaciles levantaban las linternas para alumbrar los rostros de quienes circulaban tarde. Nos saludaron con una inclinación de la cabeza al ver nuestra ropa de calidad y la escolta de guardias de uniforme.

—Me llevé un susto de muerte cuando vi arder a ese hombre —confesó Barak—. El pobre ardía como un cirio, y por un instante llegué a convencerme de que un poder sobrenatural le había prendido fuego.

—Era aceite de pescado —repliqué con aspereza—. Toda esa historia del diablo no nos hace ningún bien.

Llegamos a la iglesia, que encontramos solitaria y silenciosa, con las ventanas renegridas. Anduvimos un poco hasta dar con una acogedora rectoría, que se alzaba en un jardincillo bien cuidado. Harsnet llamó a la puerta. Una luz titiló tras las ventanas cuando alguien encendió una vela.

—¿Quién va? —preguntó un hombre. A través de la puerta, la voz se me antojó asustada.

—Venimos en nombre del arzobispo Cranmer —respondió Harsnet. Siguió cierto ruido cuando descorrieron los cerrojos, y al abrirse la puerta apareció un anciano menudo que tenía revuelto el ralo cabello gris y se había metido por debajo de los calzones la camisa de noche. Al ver a los guardias que nos acompañaban, compuso una expresión de pasmo.

—¿Es el señor? —preguntó—. Ay, Dios, no lo habrán arrestado, ¿verdad?

—No se trata de eso. Vosotros quedaos fuera —ordenó Harsnet a los guardias, antes de pasar junto al anciano y entrar en el recibidor, cuyo espacio se repartía entre unas puertas y la escalera. Yo lo seguí—. ¿Sois el sirviente?

—Su mayordomo, señor, Toby White. ¿Qué ha…?

—¿Por qué iban a arrestarlo? —preguntó Harsnet.

—Dicen que Bonner detendrá a todas las personas piadosas —respondió, quizá con demasiada premura. No me gustó el mayordomo, tenía la mirada aviesa.

—¿Quién más vive aquí?

El sirviente titubeó por un instante, mientras nos miraba alternativamente a Harsnet y a mí.

—Solo el mozo, que duerme en el establo.

—Me temo que traigo malas noticias, White —anunció el ayudante del forense real—. Vuestro señor falleció esta noche.

El anciano abrió los ojos como platos.

—¿Ha muerto? No sabía dónde estaba. Estaba empezando a preocuparme, pero… ¿muerto? —Nos miró con incredulidad.

—Fue asesinado —aclaró Harsnet, lo que provocó una mirada de sorpresa en el mayordomo—. ¿Cuándo lo visteis por última vez?

—A última hora de la tarde de ayer recibió un mensaje. Una carta. Dijo que tenía que marcharse a visitar a un colega. No mencionó adónde. Pensé que debía de haberse quedado a pasar la noche…

—¿Qué ha sido de la carta?

—El señor se la llevó consigo.

Harsnet se volvió hacia mí.

—Igual que con el doctor Gurney y con vuestro amigo. —Encaró de nuevo al tembloroso mayordomo, a quien preguntó—: ¿Sabíais que se disponía a reabrir la iglesia esta noche?

—Sí, señor. Pensé que quizá había ido directamente allí.

Harsnet, pensativo, guardó silencio un instante. Advertí que el sirviente miraba de reojo en dirección a la escalera.

—Deberíamos registrar la casa —sugerí.

—Aquí no hay nadie —se apresuró a informarnos White, de nuevo con demasiada premura—. Solo yo.

—Sabed que no nos importa que vuestro señor pueda tener libros prohibidos —dije.

—No, pero…

Harsnet lo miró con suspicacia.

—Dadme esa vela —ordenó con firmeza, y al ver que el anciano no obedecía de inmediato, añadió—: Y quedaos aquí —le dijo Harsnet—. Barak, vos vigiladlo. —Me hizo un gesto con la cabeza y lo seguí escalera arriba.

La primera estancia que registramos era un estudio, con libros desgastados por el uso que reposaban sobre papeles y plumas en un escritorio amplio. Cogí uno y entorné los ojos para leer el título: *Institución de la religión cristiana*, por Juan Calvino. Había oído hablar de él. Era uno de los reformistas radicales más intransigentes de la nueva generación.

Harsnet levantó una mano.

—He oído algo —susurró. Señaló una de las puertas que había en el corredor y acto seguido se acercó a ella y la abrió de par en par. Se oyó un grito agudo procedente del interior.

Era un dormitorio. Había en él una amplia cama sobre la que yacía una mujer desnuda; era joven, no habría cumplido los veinte años, su piel era suave y su cabello rubio. Asió la sábana y se cubrió con ella hasta el cuello.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Ladrones!

—¡Silencio! —ordenó Harsnet—. Soy el ayudante del forense real. ¿Quién sois vos?

Nos miró con los ojos muy abiertos, pero no respondió.

—¿Eres la furcia de Yarington? —insistió el forense, furibundo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté en un tono de voz más moderado.

—Abigail, señor, Abigail Day.

—¿Eres la mujer del sacerdote? No tiene ningún sentido que nos mientas.

Ella se sonrojó y asintió. El rostro de Harsnet adoptó una expresión de repugnancia.

—Sedujiste a un hombre de Dios.

La muchacha lo miró desafiante.

—No fui yo quien se encargó de la seducción.

—¡No hables si no se te pregunta! Una criatura como tú en la cama de un sacerdote… ¿No temes por tu alma? ¿Y por la suya? —Harsnet alzaba cada vez más la voz y la ira le había transformado las facciones. En el transcurso de los últimos días yo había llegado a respetar, incluso a apreciar al forense, pero los terribles sucesos de aquella velada ponían de manifiesto otra cara de su personalidad: la del implacable hombre de fe.

La joven respondió sin morderse la lengua, pues el temor se había transformado en ira.

—Mantener cuerpo y alma juntos es lo único que me ha preocupado desde que ahorcaron a mi padre. Eso mató a mi madre.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Harsnet, a quien no le había afectado el relato de aquellas miserias.

—Cuatro meses.

—¿Dónde te conoció Yarington?

—Estaba en una casa de Southwark a la que él solía acudir —respondió ella tras titubear por un instante—. Allí recibimos a muchos sacerdotes —añadió con osadía.

—Son hombres débiles, y vosotras los tentáis con vuestras malas artes. —La ira y el desprecio hicieron que a Harsnet le temblara la voz.

Estábamos perdiendo el tiempo.

—¿Has oído hablar de una puta llamada Elizabeth la Galesa? —pregunté.

—No, señor —contestó, y de nuevo tuve la impresión de que estaba asustada—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Yarington ha muerto —respondió Harsnet sin rodeos—. Lo asesinaron esta noche.

—¿Asesinado? —dijo Abigail, boquiabierta.

—Y ahora vístete. Voy a conducirte a la prisión del arzobispo —dijo Harsnet—. Allí te haremos más preguntas. Nadie te echará de menos —agregó con crueldad—. Y después, si de mí depende, te azotarán por puta, atada a la parte posterior de un carro.

—Solo se trata de unas preguntas relativas al sacerdote —intervine cuando la desdichada joven rompió a llorar—. Vamos, levántate y vístete. Te esperaremos abajo. —Cogí a Harsnet del brazo y lo llevé fuera de la habitación.

Una vez en el corredor, el forense negó con la cabeza, entristecido.

—La de artimañas a que recurre el diablo para hacernos pecar —musitó.

—Los hombres son hombres —dije con impaciencia—. Y siempre lo serán.

—Sois un cínico, maese Shardlake. Un hombre de poca fe. Un laodicense.

Enarqué las cejas.

—Esa frase proviene del Libro de las Revelaciones.

Harsnet pestañeó, frunció el entrecejo y levantó una mano.

—Lo siento. Lo que ha sucedido esta noche me ha afectado mucho. Pero ¿os dais cuenta de que si Yarington no hubiera estado manteniendo a esa puta, esta noche no habría muerto? Lo mató su hipocresía, ¿verdad?

—Sí. Creo que así fue.

Harsnet cerró los ojos con gesto cansino.

—¿Por qué le habéis preguntado por Elizabeth la Galesa?

—Así es como se llamaba la mujer del granjero Tupholme. Me preguntaba si el asesino podía haber obtenido su información en el burdel. Acerca de los dos fornicadores a quienes castigó con la muerte —añadí—. Ahora salta a la vista que Yarington encajaba en ese perfil.

—Sí, en efecto. —Harsnet adoptó una expresión severa—. Averiguaré qué burdeles frecuentaba.

—No os excedáis con ella, por favor. La violencia no nos llevará a ningún sitio.

—Eso ya lo veremos —dijo acompañando sus palabras con un gruñido.



Toby el mayordomo estaba sentado en la cocina, junto a un mozo de unos diez años con cara de asustado, sucio, maloliente y harapiento. Nos miró con los ojos abiertos como platos, bajo un flequillo castaño.

—¿Quién es este? —preguntó Harsnet.

—Timothy, señor, el mozo de cuadra —respondió Toby—. Ponte en pie para saludar a quienes son superiores a ti, desgraciado.

El muchacho se puso en pie con piernas temblorosas.

—Déjanos a solas, niño —ordenó Harsnet. El joven dio media vuelta y se alejó corriendo—. Bueno —prosiguió entonces el forense, adoptando un tono sarcástico—. Conque no había nadie en casa, ¿eh?

—Me pagaba bien para mantener en secreto la presencia de esa mujer —se excusó Toby.

—Hacíais la vista gorda ante un pecado.

—Todos pecamos.

—¿Quién más lo sabía? —pregunté.

—Nadie más.

—Alguien debió de ver a la joven entrar y salir de la casa —sugerí.

Toby negó con la cabeza.

—Solo la dejaba marcharse cuando ya era de noche. En invierno era muy fácil, porque ella tampoco quería irse con toda esa nieve. Me preguntaba cómo se las apañaría cuando empezase el buen tiempo, ya que los días son más largos. Probablemente no habría tardado en sacudírsela de encima. —Esbozó una sonrisa irónica, dejando al descubierto una dentadura tan desigual como amarillenta—. Tenía una buena excusa para mantener alejada a la gente, con los ejemplares que poseía de la obra de Lutero y ese libro nuevo de Calvino.

—¿Cuánto lleváis sirviéndole? —preguntó Barak.

—Cinco años. Me pagaban para ser un leal mayordomo que no se cuestionase las acciones de su señor, y eso era lo que hacía. —Tras una pausa, preguntó—: ¿Cómo murió? ¿Lo asaltaron? Hoy en día ni siquiera puede uno caminar por Londres, con la de mendigos fornidos que hay.

—No —respondió Harsnet, que no prestaba demasiada atención—. Y en efecto no es recomendable.

Toby sacudió la cabeza con expresión de tristeza. No obstante, percibí que no sentía un gran aprecio por su señor.

—De modo que conoció a la joven en una mancebía —intervine.

—Creo que iba allí a menudo —respondió Toby tras encogerse de hombros—. Es gracioso, pero desde que trajo a Abigail en lugar de estar más contento, peroraba sobre el pecado a todas horas. La mala conciencia, supongo. En mi opinión, la gente religiosa es muy rara. Yo solo atiendo a los servicios religiosos que ordena el rey.

—¿Y el muchacho? Debía de saber que ella estaba aquí.

—Le advertí que mantuviera la boca cerrada o perdería el empleo. No se atrevería

a hacer nada: es huérfano y, si lo echáramos de aquí, terminaría en la calle. El amo la tuvo bien oculta. Si los sacristanes llegan a descubrirlo, lo hubiesen exclaustrado.

—Tenemos motivos para creer que su asesino sabía que ocultaba aquí a una joven —dije.

Toby se irguió en el asiento, muy alarmado.

—Os aseguro que no he dicho nada a nadie…

—Entonces ¿de qué otro modo iba alguien a enterarse? —preguntó Harsnet—. ¿Recibía visitas aquí?

—Cuando tenía asuntos que tratar se citaba en la iglesia con los interesados. Nadie entraba en la casa, exceptuándome a mí, que además me encargaba de la limpieza. Cuando me veía obligado a salir, daba instrucciones a Timothy de que informase a quien viniera que volviese más tarde. Era un hombre muy listo, sabía cómo hacer las cosas.

—Vendréis conmigo, White —dijo Harsnet al tiempo que se ponía de pie—. La mujer y vos podéis pasar la noche en la Torre de Lollards, a ver si así recordáis algo más. ¡Jacobs! —llamó.

Entró uno de los guardias, a quien Toby miró con temor.

—Yo no he hecho nada —dijo, levantando un poco el tono de voz.

—Entonces no tenéis nada que temer —replicó Harsnet cuando el guardia obligó al mayordomo a levantarse.

Yo también me puse de pie.

—Me encargaré de interrogar al mozo de cuadra —dije.

—Buena idea.

Salí al modesto patio que había en un lateral de la casa. La luz de una vela que temblaba a través de la puerta abierta me condujo al establo. Allí encontré al muchacho, sentado en un cubo vuelto boca abajo, apoyado en el flanco de una yegua gris a la que acariciaba. Observé el camastro de paja que había en un rincón. El muchacho me miró aterrado; en su cara sucia se veían las marcas que habían dejado las lágrimas. Sentí esa ternura que siempre se apoderaba de mí al enfrentarme a un muchacho solitario e infeliz.

—¿Eres Timothy? —pregunté en tono coloquial.

—Sí, señor —susurró—. Señor, dice Toby que el amo ha muerto; ¿fue un hombre malo quien lo mató?

—Me temo que sí.

—¿Qué será de maese Toby?

—Va a acompañar al forense. Me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Sí, señor. —A pesar de la tranquilidad con la que había encarado el interrogatorio, el pequeño seguía asustado, lo que no pudo sorprenderme, después de que un grupo de extraños hubiesen irrumpido en la casa a medianoche.

—¿Sabes lo de Abigail, la mujer que vive aquí? —pregunté.

No respondió.

—¿Tenías que guardar el secreto? Ahora ya no importa.

—Toby dijo que, si mencionaba su nombre, el amo me pegaría. El señor me pegó una vez por jurar en voz alta. Pero yo no habría dicho una palabra, señor, porque ella era buena conmigo, a pesar de que para Toby era una gran pecadora. Señor, ¿qué le pasará a Abby? ¿Estará bien?

«No, si Harsnet hace las cosas a su manera», pensé.

—¿No hablaste a nadie de ella? Si dices la verdad nadie te castigará.

—No. No, os juro que no lo hice. Pondré la mano en la Biblia, señor, pondré la mano en la Biblia si queréis. No hablé a nadie de ella. Me gustaba verla aquí. Era buena; a veces, este último invierno, me daba algún que otro penique, y me dejaba sentarme junto al fuego, en la casa, si el amo y Toby salían. Decía que sabía lo que era pasar hambre y frío. —De nuevo se le empañaron los ojos de lágrimas. Supuse que ni Yarington ni el mayordomo lo habían tratado con amabilidad. Solo la furcia lo había hecho.

Intuí que había algo más, y que callaba por miedo. Pero si compartía con Harsnet mi opinión, el muchacho sería arrastrado junto a los demás a la prisión del arzobispo. Algo en mí me empujó a hacer lo posible para impedirlo.

—¡Maese Shardlake! —Se oyó la voz de Harsnet procedente del exterior, y el grito bastó para que el muchacho diera un respingo.

—Ahora debo marcharme, Timothy —dije—. Pero vendré a verte mañana. Vas a quedarte sin trabajo ahora que el amo ha muerto. Dice Toby que no tienes familia.

—No, señor. —Se sorbió los mocos—. Tendré que mendigar.

—Intentaré encontrarte una colocación. Te prometo que volveré mañana y hablaremos un poco más, ¿de acuerdo? Por el momento, cierra bien la puerta del establo y ve a dormir.

—Os he dicho la verdad, señor —dijo—. No hablé con nadie de Abigail.

—Te creo.

—¿Atraparon los alguaciles al hombre que asesinó al amo?

—Aún no. Pero lo harán.

Salí del establo. ¿Y si huía?, me pregunté. Pero con la perspectiva que le había proporcionado de ir a parar a otro lugar no era probable que lo hiciese. Sabía algo, y para mí sería más sencillo averiguarlo en cuanto el muchacho superase la conmoción inicial.

—¡Maese Shardlake! —llamó de nuevo Harsnet, cada vez más impaciente.

—¡Voy! —«Dejad que los niños vengan a mí, porque de los que son como ellos es el reino de Dios», pensé con amargura.



Me reuní con Harsnet, que había recorrido ya un buen trecho de calle y se encontraba observando la iglesia, junto a Barak.

—¿Cómo supo el asesino lo de la furcia de Yarington? —preguntó—. Haré que interroguen con dureza a la mujer y al sirviente, pero no creo que sepan nada. ¿Qué me decís del pequeño?

—No mencionó a nadie la existencia de Abigail. Le he dicho que mañana, cuando esté más tranquilo, lo visitaré de nuevo. Va a perder el trabajo, y le prometí que intentaría buscarle una casa en la que servir.

Me miró con curiosidad.

—¿Dónde?

—Aún no lo sé.

—Espero que lo logréis. Si no, se convertirá en otro mendigo que se muere de hambre en la calle y supone una amenaza para la paz. —Sacudió la cabeza—. Ojalá hubiera un modo de cuidar de ellos y acercarlos a Dios. —Ya no parecía tan furioso.

—Mi amigo Roger estaba organizando una suscripción entre los abogados para fundar un hospital para los pobres.

—Bien hecho —dijo—. Es muy necesario, tanto como los predicadores. Los mendigos carecen por completo del temor de Dios. He tenido ocasión de comprobarlo personalmente.

—Son descastados.

—También lo fueron Nuestro Señor y sus discípulos. Pero tenían fe.

—Creían que el mundo estaba a punto de convertirse en un lugar mejor.

—Y lo hará —dijo Harsnet en voz baja, con una sonrisa—. Lamento haberme mostrado tan furioso antes. ¿Vendréis mañana a cenar?

—Por supuesto.

—Me pregunto si Yarington tenía familia. Se lo preguntaré a esos dos. —Harsnet se volvió cuando los guardias salieron por la puerta. Abigail y Toby caminaban entre ambos, aterrorizados—. Debo acompañarlos. —Se despidió con una inclinación de la cabeza y se alejó.

—No los envidio —comentó Barak mientras los conducían a prisión.

Capítulo 25

Barak y yo caminamos de vuelta a Chancery Lane. Estaba exhausto y los puntos del brazo me tiraban hasta tal punto que tuve la impresión de que iban a abrirse.

—Deberíamos aprovechar para dormir unas horas cuando volvamos —dijo Barak. A la luz de la luna, también él parecía agotado—. Mañana tenemos que atender el caso de Adam Kite, luego la visita a Smithfield con Harsnet, y por último el deán. —Gruñó solo de pensarlo.

Anduvimos en silencio un rato. Entonces, Barak añadió:

—Conque ese pobre idiota de Yarington era un libertino, ¿eh? —Casi parecía haber recuperado el carácter burlón de siempre; quizá le alegraba la perspectiva de haber topado con un caso de debilidad mundana, después del horror que habíamos presenciado en la iglesia.

—Sí. Y el asesino lo sabía.

—¿Cómo?

—Lo ignoro. Pero, si llegamos a averiguarlo tal vez logremos dar con él.

—¿Cuál será su siguiente paso?

—Es imposible decirlo. Tal como afirma Hertford, la quinta profecía es muy vaga.

—¿Qué creéis que ocultan esas personas, Lockley y el deán? Porque hay algo que no nos dijeron.

—Sí, yo también lo creo. Mañana lo averiguaremos.

—¿Pensáis que formaban parte de un nido de sodomitas? En los monasterios abundan esos cochinos degenerados.

—No lo sé. Lockley no da la impresión de tener esas inclinaciones.

—Nunca se sabe.

—Te veo tan empeñado en combatir el pecado como lo está el propio Harsnet.

—Únicamente aquellos pecados por los cuales no siento la menor inclinación —dijo con una sonrisa y un atisbo de su antiguo sentido del humor—. Esos siempre resulta más fácil condenarlos.

Alcanzamos Chancery Lane.

—Antes que nada, mañana debo acercarme a visitar al pequeño Timothy —dije, cansado. Vi que alguien levantaba la lámpara al otro lado de la ventana. Era Orr, el hombre de Harsnet, que estaba de guardia.

—¿Y si aprovecha la noche para huir?

—No lo hará. Te lo dije, necesita un lugar al que ir.

—Y ¿cómo vais a conseguirle una casa donde pueda trabajar?

—Tengo una idea. No lo dejaré en la estacada. Vamos, también estoy muy cansado para seguir hablando. Necesitamos unas cuantas horas de sueño, o mañana

no nos tendremos en pie.



Cuando llegamos a casa, le pedí a Barak que no me despertara más tarde de las primeras luces, y, muy cansado, me dispuse a subir la escalera que me llevaría a mi habitación y la comodidad del lecho. Sin embargo, a pesar del cansancio no logré dormir. Estaba tumbado en la cama, a oscuras, y no podía evitar pensar en la horrible muerte de Yarington, intentando que encajara en la pauta trazada por las demás. Al cabo, me levanté, me puse la capa sobre el blusón y encendí una vela. El fulgor amarillento se extendió sobre la superficie de la mesa que tenía en el dormitorio, y de algún modo me confortó.

Me senté a la mesa, dispuesto a reflexionar. Tenía el convencimiento de que el asesino estaba presente entre la multitud cuando logramos bajar a Adam de la muralla de Londres. Yarington también había estado allí. ¿Fue entonces cuando el asesino decidió que este sería su siguiente víctima? No, debía de haber planeado semejante espectáculo mucho tiempo atrás, y tenía que saber que Yarington fornicaba con esa pobre muchacha. Pero ¿cómo era posible, si el clérigo se había preocupado tanto de mantenerlo en secreto? No era un asunto de dominio público como el que Roger y el doctor Gurney abandonaran la vía del reformismo radical, o como la escandalosa relación que Tupholme mantuvo con Elizabeth la Galesa.

Era importante visitar al muchacho al día siguiente, averiguar si sabía algo. Aún no había reunido suficientes pruebas para cerciorarnos de la culpabilidad de Goddard. Pero si no era Goddard, entonces ¿quién era ese hombre que sabía tanto de medicina y leyes, y que se mezclaba, o se había mezclado recientemente, con sectarios radicales? Me pregunté, intranquilo, si Harsnet presionaba a los reformistas radicales lo necesario para obtener información; sin duda se mostraría mucho más comprensivo con los suyos que con Abigail.

El antiguo libro de leyes descansaba sobre la mesa. Lo había tomado prestado de la biblioteca. Lo abrí de nuevo por el caso que hacía referencia a Strodyr, y percibí una vez más el olor a polvo y tinta antigua. También Strodyr tuvo que planear los asesinatos con cuidado, para pasar inadvertido durante años. Leí de nuevo cómo se negó a decir nada en su juicio, excepto que a menudo había atacado con especial delectación el «lúbrico» oficio de las prostitutas. ¿Acaso nuestro asesino también consideraba que estaba realizando la obra de Dios? ¿O se trataba de una especie de juego macabro? ¿O ambas opciones eran una sola en su mente insondable? Recordé a los anabaptistas germanos, quienes al rebelarse contra la sociedad en Múnster creían cumplir la voluntad de Dios, acelerando la llegada del Juicio Final. Quizá el asesino creía que cada paso que daba lo acercaba más al cumplimiento simbólico de las profecías del Libro de las Revelaciones, un paso más hacia el fin del mundo. Decidí tratar de nuevo del tema con Guy. Finalmente, me quedé dormido.

Seguía profundamente dormido cuando Joan llamó suavemente a la puerta. Me levanté poco a poco, con la espalda tensa y dolorida, aunque lo cierto era que el brazo me dolía menos. Decidí librarme del cabestrillo. Me acerqué a la ventana y miré al exterior. El cielo clareaba, limpio y azul con esponjosas nubes translúcidas como gasa. Por primera vez en varios días, hice los ejercicios de la espalda, gruñendo a medida que me retorcía y estiraba. Luego me vestí y bajé. Me acaricié el mentón, consciente de que necesitaba una visita al barbero.

En el salón encontré a Barak, vestido con la blusa y los calzones, desayunando un poco de pan y queso y unas manzanas arrugadas.

—La cosecha de manzanas del año pasado se está echando a perder —comentó.

—Pediré a Peter que abra otro barril. Dentro se habrán conservado mejor.

—¿Tenéis mejor el brazo?

—Sí, hoy sí.

—El joven Piers hizo un buen trabajo, pues.

Cogí una rebanada de pan.

—¿Aún no se ha levantado Tamasin?

—Está en ello. Se está volviendo perezosa.

Lo miré y se sonrojó.

—Ha disminuido la hinchazón y ya no le duele tanto la mandíbula, pero todavía no quiere que nadie la vea. Dentro de uno o dos días se encontrará bien. Sigue furiosa por la oferta del sacamuelas.

—Podrían haberla matado esa noche —dije, muy serio—. Y todo debido a mi trabajo. A mi trabajo.

Barak desechó los restos de la manzana. Estuvo en silencio unos instantes, y, al cabo, dijo:

—Odio tener que perseguir a ese lunático, esté o no poseído por el diablo, me da igual. Supongo que lo he estado pagando con Tamasin. —Se movió en el asiento, incómodo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque estaba allí, supongo. No es modo de tratar a una esposa, lo sé.

—¿Aún quieres que sea tu esposa?

—Por supuesto que sí. —Me miró sorprendido, y me pregunté si había ido demasiado lejos. Luego suspiró y negó con la cabeza antes de añadir—: Sé que he sido un estúpido, pero… —Se pasó los dedos por el abundante y sucio pelo castaño —. De algún modo, empiezas a comportarte de un modo determinado, y luego cuesta dejar de hacerlo. —Volvió a suspirar—. Sin embargo, he decidido que, cuando todo esto haya terminado, abandonaré la Vieja Barcaza y veré si encuentro una casita decente que podamos alquilar cerca del Colegio de Lincoln.

—Espléndidas noticias, Barak. Tamasin estará encantada con ellas.

—Y pienso pasar más tiempo en casa y menos en las… Bueno, en las tabernas. —Sus titubeos me empujaron a preguntarme si Tamasin había acertado en sus sospechas y su marido había estado alternando con otras mujeres.

—¿Se lo has dicho ya? —pregunté.

—No. Voy a esperar a que la situación se haya aclarado un poco.

—Pues tendrías que decírselo ahora mismo.

Frunció el entrecejo y comprendí que me había excedido.

—Se lo diré cuando crea que es el momento adecuado —replicó con cierta brusquedad—. Iré a vestirme, y después le diré a Peter que ensille y prepare a *Sukeyy* a *Génesis*. —Se puso de pie y abandonó el salón.

El que mencionara a Peter me recordó la promesa que había hecho la noche anterior al pequeño Timothy. Me entretuve comiendo un poco de pan con queso, luego me guardé en el bolsillo una de aquellas manzanas arrugadas y me acerqué a la cocina. Allí encontré a Joan y a Tamasin. Esta estaba sentada a la mesa, cortando hortalizas para la cena. No tenía tan hinchados los moretones, pero aún se veían con claridad, rojos y negros, y tenía la cara inflamada. Joan levantó la vista y me sonrió, pero Tamasin se tapó el rostro con una mano.

Joan estaba lavando, inclinada sobre un cubo de madera. Cubierta con una cofia blanca, el esfuerzo de frotar el tejido húmedo la había fatigado. Reflexioné con una punzada de culpabilidad que casi había cumplido los sesenta. Su difunto marido fue en tiempos mi mayordomo, y cuando murió, quince años atrás, la retuve en calidad de ama de llaves. Para un soltero no era un arreglo muy habitual, a pesar de la diferencia de edad que había entre ambos, pero siempre me había gustado el modo maternal y sereno con que me había tratado. Tenía pensado preguntarle si sabía de alguna casa del vecindario que pudiera necesitar a alguien, pero la noche anterior se me había ocurrido una idea.

—Me preguntaba, Joan, si te vendría bien la ayuda de otro joven en la cocina —dije.

Ella consideró mi sugerencia por un instante.

—Peter tiene mucho que hacer, entre los establos y echarme una mano aquí. —Sonrió, cansada—. Pero no sé cómo iba a encajar él eso de tener a otro mozo en la casa.

—El joven de quien hablo es menor que Peter —expliqué—. Le diremos claramente que él es el mayor. Sin embargo, antes tengo que hablar un poco más con este otro muchacho.

—Estaría bien contar con otro par de manos, señor.

—En tal caso, veré qué puedo hacer hoy.

—Gracias —dijo, agradecida. Levantó el cubo con la ropa en el agua sucia y se dirigió al patio. Tamasin se levantó para abrirle la puerta, y luego volvió a sentarse a la mesa.

—Ha bajado la hinchazón, Tamasin. Tienes mejor aspecto.

—Aún da aprensión mirarlos, señor. Pero supongo que pronto desaparecerán.

—¿Cómo tienes la boca?

—Ya me duele muy poco. A pesar de todo, por lo visto ese sacamuelas hizo un buen trabajo.

—Guy no nos habría recomendado a alguien que fuese malo en su oficio.

—Todavía me cuesta creer que me ofreciera sacarme todos los dientes y comprármelos. Me estremezco solo de pensarlo. —Adoptaba un tono triste, carente a veces de emoción—. ¿Qué pasó anoche? —preguntó a continuación, mirándome a los ojos—. Jack no quiso contármelo anoche cuando llegó. Se limitó a decirme que me volviera a dormir.

—No debía de querer que te preocuparas, Tamasin. Me temo que ha habido otro asesinato.

—¿Jack y vos corristeis peligro? —quiso saber, inquieta.

—No, no, pero hallamos el cadáver.

—¿Es que no va a acabar nunca? —dijo—. Está afectando mucho a Jack. A vos también, señor, salta a la vista. —Me dedicó una sonrisa carente de alegría, que la avejentó unos cuantos años—. O puede que me confunda que Jack se halla cansado de mí mientras perseguís a ese salvaje.

—¿Aún lo amas? —le pregunté sin más.

—Sí —respondió sin titubear—. Pero no pienso seguir así siempre, no pienso dejarme aplastar, como hacen otras mujeres.

Sonreí.

—Sé que fue ese carácter fuerte lo que más le atrajo de ti en York.

Esbozó una sonrisa a modo de respuesta, teñida aún de cierta afectación.

—¿No fue la belleza de mis facciones? Claro que de bellas ya no tienen nada.

—También fue tu belleza, sí. Y vas a recuperarla, ya verás. Tamasin, quizá no debería decirte esto, pero lo haré de todos modos. Jack te quiere. Es consciente de que no se ha comportado como debería. Me ha dicho que cuando todo esto haya terminado os mudaréis de la Vieja Barcaza a una casa como Dios manda.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, por mi honor. Pero hazme el favor de no contarle lo que acabo de decirte.

Ella frunció el entrecejo.

—Pero ¿por qué no me lo ha contado a mí?

—Supongo que me lo dijo ya harto de mi insistencia. Ya sabes cómo es.

—¿Sí? Pensé que lo conocía bien, pero…

—Dale tiempo, Tamasin. Sé que es difícil, pero… dale tiempo.

Me miró muy seria y dijo en voz baja:

—Lo haré, pero todo tiene un límite. Todo tiene un límite.

Se abrió la puerta del patio y regresó Joan, con el cubo apoyado en la cadera.

—Será mejor que me dirija al establo —apunté—. Jack se estará preguntando qué ha sido de mí. Tenemos que hacer unas cuantas visitas esta mañana. Piensa en todo lo

que te he dicho, Tamasin.

Ella asintió y sonrió. Me acerqué al establo, donde Barak charlaba con Orr, el hombre de Harsnet, que se caló bien la gorra al ver que me acercaba. Me gustaba. Era tranquilo, observador y discreto.

—¿Ha sido apacible la noche? —pregunté.

—Sí, señor.

Miré a Barak, y de pronto me sentí irritado con él. ¿Cómo podía ser alguien tan estúpido para enfurruñarse tanto tiempo con una mujer con las cualidades de Tamasin? Si hubiésemos sido Dorothy y yo… Pensé que era mejor pensar en otra cosa.

—¿Todo listo? —pregunté con cierta brusquedad—. En tal caso, pongámonos en marcha.



Cruzamos la ciudad hacia la casa de Yarington. Los caballos avanzaban con dificultad entre el gentío, pero también con garbo. Cuando llegamos a la casa, atamos a *Sukey* y a *Génesis* y, por un instante, temí que el muchacho hubiese optado por huir. En ese caso, mi ternura podría habernos costado una prueba vital. Sin embargo, Timothy se encontraba en el establo, sentado en el cubo, junto al caballo. Había estado llorando; tenía las fosas nasales llenas de mocos.

—Buenos días, Timothy —dije—. Este es mi ayudante, Barak.

Nos contempló asustado.

—Hace frío en este establo —comentó Barak con cierta aspereza. Timothy debía de recordarle cuando él mismo era un pilluelo.

—Tengo una colocación para ti —informé al muchacho—. Trabajarás en mi casa. Repartirás tu tiempo entre la cocina y el establo. ¿Qué te parece eso?

—Gracias, señor —repuso, y se le iluminó el rostro—. Haré… Lo haré lo mejor que pueda.

Respiré hondo y le advertí:

—No obstante, hay una condición.

—¿Cuál, señor?

—Se trata de algo que tienes que hacer por mí. Debes contarme una cosa. Ayer me dijiste que no habías hablado con nadie de Abigail.

—Y así es, señor; no lo hice —dijo. Sin embargo, se sonrojó al tiempo que se movía incómodo. La yegua, sensible a los cambios de humor, volvió la cabeza para mirarlo.

—Pero hay algo que no me estás contando, ¿verdad?

Titubeó y nos miró alternativamente a Barak y a mí.

—Vamos, muchacho —lo apremió mi ayudante.

—Te prometo que Abigail no saldrá perjudicada —añadí—. Pero insisto: creo que

hay algo que no me contaste.

Timothy parecía agitado; una burbuja de mucosidad le asomó por una de las fosas nasales.

—Venga, cuéntanoslo —lo instó Barak—. La casa de maese Shardlake es muy cálida. Te gustará trabajar allí.

—Vigilo a la gente —explicó de pronto el muchacho. Señaló un agujero que había en la puerta del establo—. A través de eso. Me cansa estar aquí metido todo el tiempo.

—Maese Toby no te dejaba salir mucho, ¿verdad?

—Solo cuando tenía que echar una mano para limpiar la casa. Siento haber hecho algo malo… lo de mirar, quiero decir.

—¿Y qué veías? —pregunté.

—Pues a los vendedores que llamaban a la puerta. Al vendedor de huevos, al deshollinador y al carpintero que reparó la mampara de madera cuando Toby se la llevó por delante. Pero eso fue antes de que llegara Abigail.

—¿Y después?

—A veces recibía la visita de un hombre, cuando el amo se ausentaba y Toby tenía el día libre. Toby no lo sabía. —Inclinó la cabeza.

—¿Quién era ese hombre? —pregunté.

—No lo sé —respondió, negando con la cabeza.

—¿Venía a menudo?

—Lo hizo unas cuantas veces. Este invierno. Cuando el suelo estaba cubierto de nieve.

—¿Era un hombre alto, un caballero? —inquirí, pensando en Goddard.

—No, señor. —Timothy negó de nuevo con la cabeza—. Era joven.

—¿Cuán joven?

Se tomó unos instantes para pensarlo detenidamente.

—No lo sé, puede que tuviera unos veinte años.

—¿Qué aspecto tenía?

—Más alto que vos. Y fuerte, como él —añadió, señalando a Barak.

—¿Su pelo era claro u oscuro?

—Oscuro. Abigail decía que era guapo.

—¿Te hablaba de él? —Intenté contener la emoción que me embargaba.

—No mucho, señor. Le confesé que lo había visto. Ella dijo que, cuanto menos supiera yo, menos podría contar. No le gustaba que yo estuviese enterado.

—De modo que él la visitaba discretamente.

—Sí.

—¿Sabes si ella lo conocía antes de que viniese a la casa?

—No lo sé —respondió Timothy—. De veras, señor, no sé nada de eso.

—¿Formaba él parte de la congregación del reverendo? —pregunté.

—Tampoco puedo responder a eso, señor. Únicamente lo vi porque entraba por la

puerta de atrás. Cuando el amo se ausentaba. Por favor… —Adoptó de pronto una expresión contrariada—. Por favor, señor, os he contado todo lo que sé.

—De acuerdo —dije—. Gracias, Timothy. Y ahora, acompáñanos. Barak, lleva estos documentos al tribunal. Me reuniré allí contigo en cuanto deje a Timothy en casa.

—¿No deberíais hablarlo con Harsnet, antes de llevaros al crío? —preguntó mi ayudante, con la duda dibujada en el rostro.

—No. El amo de Timothy ha muerto, y yo estoy contratando sus servicios. —Me incliné sobre Barak—. Y quiero tenerlo a salvo en casa. Podría ser la única persona que ha visto al asesino y ha vivido para contarlo.

—Quienquiera que sea el joven que nos ha descrito, no se parece a la descripción que teníamos de Goddard.

—En efecto. —Asentí—. No se parece en nada, ¿verdad?

Timothy se puso de pie y acercó la mano al costado del caballo.

—Por favor, señor, ¿puedo llevarme también a *Dinah*?

—Lo siento, muchacho, pero no. Ya tenemos dos caballos.

Se mordió el labio inferior. Pensé que probablemente Abigail y la yegua eran los únicos amigos que había tenido en la vida. Pero no podía llevarme otro caballo que no necesitaba.

Barak tendió la mano hacia el muchacho.

—Vamos —dijo con amabilidad—, acompáñanos para que podamos llevarte sano y salvo a casa.

Capítulo 26

Recorrí lentamente a caballo Chancery Lane. Timothy trotaba a mi lado, con una mano en el arnés de mi montura para evitar separarse en las atestadas calles. Pensé que a Harsnet no lo complacerían mis noticias, convencido como estaba de que Goddard era el asesino. Lo que había descubierto no descartaba por completo esa posibilidad, pero ahora había que averiguar la identidad de ese hombre que había visitado a la prostituta. Aún era temprano, los tenderos abrían las puertas de sus negocios y expulsaban a los mendigos que se habían refugiado en sus portales. Uno, un joven, se había desmayado en la calle y en ese momento otros dos lo ayudaban a levantarse. Timothy contempló la escena y luego se volvió hacia mí, asustado. Me detuve y le dije que subiese a la grupa del caballo.

Llegamos a mi casa; a juzgar por su expresión, Timothy estaba asombrado por su tamaño. Lo llevé hasta la cocina, donde Joan estaba trabajando. Me complació ver que el hombre de Harsnet, Orr, estaba ayudándola a pelar patatas. Joan protestó ante la suciedad del muchacho, le dio un cubo de agua y le ordenó que fuese al establo a asearse. Timothy salió, obediente. El joven Peter se hallaba en la cocina y saludó al muchacho con un gesto desabrido.

—Será mejor que trates bien a Timothy —le advirtió Joan, ceñuda—. Es más joven que tú y acaba de llegar. Te alegrará saber que se encargará de algunas de las tareas que menos te agradan. Y ahora llévale esa ropa vieja tuya que he estado remendando.

—Sí, señora Joan. —Peter abandonó la estancia.

Joan me sonrió, y yo le devolví la sonrisa.

—Todo importa, ¿verdad? —dije—. Incluso tratándose de un pinche de cocina.

—Tienen tanto miedo de perder el trabajo… En Londres abundan los niños mendigos, así que siempre puede encontrarse uno más barato que el que tienes en casa.

—Sí. Semejante competencia genera miedo. —Tomé entonces la decisión de contratar a un hombre para que ayudase a Joan en las tareas más duras cuando todo esto hubiera terminado. Podía permitírmelo.

Subí a la primera planta para ponerme mi mejor toga. Aunque era el día más caluroso del año, yo tenía frío. Me dolieron los puntos del brazo cuando me cambié. Repasé los argumentos que había preparado para el caso de Adam, a fin de que el tribunal recibiese informes con regularidad y las cuotas las afrontasen los fondos de Bedlam. Había citado a Guy, porque quería que estuviera presente y testificara que Adam estaba tan enfermo que necesitaba la protección del tribunal. En lo que concernía a su liberación, no me cabía la menor duda de que estaba más seguro en su celda.

Me pregunté si llegaría a curarse o si permanecería encerrado para siempre, víctima de ese terrible tormento que sufría su alma. ¿Y qué decir del asesino a quien andábamos buscando? ¿También sufría? Yo tenía la sensación de que disfrutaba con lo que hacía, con el modo meticuloso con que planeaba las cosas y la ejecución cruel de sus planes. A esas alturas, estaría planeando su siguiente asesinato. Me había aprendido de memoria el fragmento del Libro de las Revelaciones que hablaba de los siete ángeles: «Y el quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la Bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas». Sabía que el trono de la Bestia era, supuestamente, la guarida del diablo.

—«Y mordían de dolor sus lenguas» —murmuré con un escalofrío.



Barak me esperaba en el concurrido vestíbulo del Tribunal de Apelaciones. Contemplé a mi alrededor aquel panorama que tan familiar me resultaba: los clientes sentados junto a la pared, observando a los abogados que negociaban. Reconocí a una pareja de ancianos junto a mi compañero del tribunal, maese Ervin, en cuyos hombros habían recaído todos los casos que yo había abandonado. Ervin me saludó con una inclinación de cabeza, y supuse que iba a perder dinero, pero tenía suficiente, de modo que no me preocupaba. La pareja de ancianos, que habían presentado una reclamación contra su arrendatario y habían hecho todo el camino desde Lancashire en busca de justicia, me miraron dolidos. Daniel y Minnie Kite se hallaban junto a la puerta, en compañía de Guy, vestido con túnica de médico. Barak y yo nos reunimos con ellos.

—Adam no está aquí, señor —dijo Daniel, inquieto.

—Hemos llegado un poco temprano. Lo traerán.

—¿Se portarán bien con él? —preguntó Minnie, tan nerviosa como su marido.

—Este juez es un hombre justo. ¿No os acompaña hoy el reverendo Meaphon?

—Ha tenido que oficiar en la parroquia vecina. Según parece, el párroco enfermó y él lo sustituye de momento.

Me interrumpió un golpe fuerte en el brazo malherido, un golpe que me hizo torcer el gesto de dolor. Al volverme, me encontré frente a un hombre bajo y enjuto de unos cuarenta años, que llevaba bonete de seda y terciopelo y vestía túnica de piel. El rostro chupado poseía la hinchazón rojiza y las venas quebradas de un bebedor.

—¿Habéis acudido en representación del joven Kite? —preguntó en tono perentorio.

—En efecto, señor.

—Soy George Metwys, custodio de Bedlam. Me hallo aquí a petición del arzobispo Cranmer. —Miró a los Kite y a Guy—. No sé por qué el arzobispo se ha tomado un interés tan personal por este caso.

—Agradezco mucho vuestra presencia, señor —dije en tono amable—. Quizá

podáis indicarme si vais a oponeros a mis peticiones, que consisten en que el bienestar de maese Kite sea comunicado regularmente al tribunal, y que los fondos de Bedlam satisfagan las cuotas derivadas de su estancia. —«Que vos renunciéis a parte de los beneficios que obtenéis de los internos que pagan esas cuotas», pensé. «Vamos, que tendréis un poco menos de dinero con el que emborracharos».

—No me opondré —gruñó Metwys—. Me ha sido sugerido por personas próximas a Cranmer. Claro que si de mí dependiera… —Se interrumpió cuando en la atestada sala se oyó un traqueteo seguido de un gemido. Todos giramos en redondo. El guardián Shawms, ayudado por dos fornidos ayudantes, arrastraba a Adam al interior del vestíbulo. Llevaba grilletes en los tobillos, y los guardianes lo sostenían de unos brazos que más bien parecían palillos. Adam hacía lo posible por caerse al suelo a rezar, y gruñía cuando se lo impedían. Shawms estaba rojo de vergüenza. Daniel Kite se mordió el labio inferior y a su mujer se le escapó un quejido. Adam, con la cabeza gacha, ni siquiera nos miró al pasar de largo. Noté que desprendía muy mal olor.

Permanecí atento mientras los guardianes llevaron por la fuerza a Adam a un banco y se sentaron a su lado. La gente se apartó; incluso hubo un hombre que se santiguó. De algún modo, la condición en que se encontraba Adam parecía más terrible en aquel ambiente, tan familiar para mí, de lo que me lo había parecido en Bedlam o, incluso, cuando lo vi desgañitarse en lo alto de la muralla de Londres. Minnie se acercó a él. Guy la cogió del brazo.

—No, ahora no —le susurró.

—Menudo espectáculo —dijo Metwys, observando a Adam y a sus guardianes. Shawms, al ver al custodio, se levantó e hizo una profunda reverencia.

Esperamos, en aquella atmósfera de incomodidad, otra media hora. Desde donde se hallaba Adam nos llegaba periódicamente el ruido de las cadenas cuando intentaba postrarse en el suelo. Guy se acercó para intentar hablarle, pero en esta ocasión no logró causar el menor efecto en él, así que volvió derrotado.

Barak había estado observando la escena con gran atención.

—Dios mío —murmuró al ver que Adam intentaba de nuevo caer de rodillas—. Esto es una pesadilla.

Finalmente, apareció el ujier y llamó a todos los presentes al tribunal. Me senté en el banco reservado a los abogados, al frente de la sala, y preparé la documentación del caso. Metwys tomó asiento al fondo, lejos de Adam y de sus guardianes. Barak, Guy y los Kite se sentaron con Adam en uno de los bancos delanteros. El juez Ainsworth apareció procedente de una puerta interior y se sentó en su silla. Al mirar hacia la sala, Adam soltó un quejido. Ainsworth se volvió hacia mí.

—Creo que podríamos encauzar primero el caso de Adam Kite —dijo—. ¿Maese Shardlake?

Enumeré las peticiones ante el juez. Ainsworth asintió y luego dirigió una mirada severa a Shawms.

—Ese pobre muchacho parece a las puertas de la muerte —dijo—. ¿Lo estáis alimentando adecuadamente?

Shawms se levantó, sonrojado e incómodo.

—A veces se niega a comer, señoría. Hay que alimentarlo como a un niño, y a menudo escupe la comida a los cuidadores.

—En tal caso, amigo, nos tenéis más remedio que redoblar vuestros esfuerzos. —Y, volviéndose a Metwys, añadió—: *Sir* George, vos sois el custodio de Bedlam. ¿Qué decís a estas solicitudes?

Metwys se puso de pie para hablar.

—Estoy dispuesto a aceptarlas, señoría. Deseo desempeñar mis responsabilidades lo mejor que pueda. Sin embargo, una de nuestras normas dice que únicamente podemos aceptar el ingreso en Bedlam de aquellos pacientes que puedan curarse, y durante un tiempo limitado.

—Pero estoy seguro de que hay allí algunos pacientes que llevan años ingresados, puesto que sus familiares corren con los gastos.

Pensé en Ellen, la guardiana, y en aquello que me dijo acerca de que nunca abandonaría aquel lugar.

Dio la impresión de que a Metwys se le había atragantado algo.

—Solamente cuando los parientes no pueden cuidar de los enfermos.

—Y son lo bastante ricos para pagar y librarse de ellos —apostilló Ainsworth, tamborileando en el escritorio con la pluma—. Me inclino por aceptar estas peticiones, aunque normalmente este asunto debería recaer en el Tribunal de Equidad. Sin embargo, me preocupa que esta situación pueda prolongarse. —Se volvió hacia Guy y dijo—: Doctor Malton, vos que habéis estado tratando a este joven, ¿qué opinión os merece el caso?

Guy se puso de pie.

—Adam Kite está muy enfermo, señoría. Ha llegado a creer que Dios lo ha rechazado, por motivos que aún no alcanzo a comprender. No obstante, creo que puedo ayudarlo.

—Entonces ¿no es una especie de hereje?

—No, señoría —respondió Guy—. Aunque ahora entiendo por qué sus acciones pueden interpretarse de ese modo. —Hizo una pausa—. Desde el punto de vista del orden público, es más conveniente que permanezca en Bedlam. Pero tampoco yo querría que se convirtiera en un paciente crónico de esa institución.

—Sería injusto para la bolsa de *sir* George Metwys. —Ainsworth se permitió esbozar una sonrisa, antes de mirar de nuevo a Adam—. ¿Serviría de algo interrogarlo? —preguntó dirigiéndose a mí.

—No serviría de nada, señoría. Dudo que sepa siquiera dónde se encuentra en este momento.

—Aun así, ¿de veras creéis que es posible ayudarlo? ¿Cuánto tiempo pensáis que será necesario para curarle?

—No lo sé —dijo Guy en tono vacilante—. Pero estoy dispuesto a tratarlo sin necesidad de pago alguno.

—En tal caso, extenderé la orden. Los informes deberán enviárseme cada catorce días. Los pagos se harán con los fondos de Bedlam, sujetos a mi supervisión. Dentro de dos meses acordaremos fecha para una vista en la que haremos un seguimiento del caso. —Miró de nuevo a Adam—. Este muchacho es muy joven. Demasiado para que lo dejen pudrirse en Bedlam solo porque a causa de su locura dice cosas peligrosas. —Se volvió hacia mí—. Por ley, si está loco, debería asignársele un tribunal que lo tutelara. No obstante, el Consejo Privado no se ha prestado a tal efecto, así que, de momento, desde el punto de vista jurídico no existe.

—Así es, señoría.

—Por voluntad del Consejo Privado. Sin embargo, supongo que así son los tiempos que nos ha tocado vivir. Aseguraos de que se lo atienda adecuadamente, procurador Shardlake.

—Así lo haré, señoría.

Ainsworth consultó sus papeles y yo le hice un gesto a Barak, quien a su vez dio un codazo a Shawms. Los guardianes sacaron a Adam al corredor, y yo anduve detrás en compañía de Daniel y Minnie. Metwys nos siguió a cierta distancia.

Fuera, Daniel y Minnie me dieron las gracias. Guy se ofreció a acompañarlos parte del camino de vuelta a su casa. Ambos aceptaron la propuesta y miraron con tristeza a Adam, a quien los guardianes sacaban por la puerta, observados por varios curiosos. Barak y yo nos despedimos de ellos en la escalera. Había dejado de llover, aunque el cielo seguía igual de plomizo.

—Ni rastro de Harsnet —dijo Barak.

—Habrá que esperar. —Observé las siluetas lejanas de Guy y los Kite. Mi amigo había inclinado la cabeza para escuchar algo que estaba diciéndole Minnie.

—Ese viejo moro tendrá que echar mano de cuanto sabe —dijo Barak en tono de ira.

—¿Tanto te ha trastornado la vista de hoy? —le pregunté.

—¿A quién no iba a trastornarle algo semejante? Últimamente… —Titubeó, dejando la frase a medias.

—¿Qué?

—Últimamente tengo la sensación de que allá donde miro no hay más que locura, oscuridad y demonios.

—Ahora estamos tan obligados a ayudar a Adam Kite como a dar con ese asesino —reflexioné en voz alta.

—Sí, y aquí llega el hombre seguro de su fe para decirnos adónde tenemos que ir a continuación. —Barak señaló con un gesto a Harsnet, que se abría paso a empellones a través del gentío. Parecía muy cansado.

—La chica huyó —dijo sin más.

—¿Abigail? —pregunté—. ¿La prostituta? Pero ¿cómo?

—Preguntó si podía ir a las letrinas, y una vez allí escapó por una ventana. Están en la primera planta, así que tuvo suerte de no romperse el cuello al caer.

—¿Y el mayordomo de Yarington?

—Ah, ese está a buen recaudo en la Torre de Lollard. Se queja por nada. Pero no hay gran cosa que podamos sacarle.

—Yo tengo algunas noticias —dije.

Le conté lo que me había confesado el pequeño Timothy.

Harsnet reflexionó por un instante, negó con la cabeza y dijo:

—Podría no tener la más mínima importancia. El visitante de Abigail no es necesariamente el asesino.

—Pero ¿quién más podía saber que Yarington mantenía a una furcia? A menos que tuviese cierta reputación.

—Y no era el caso. —Harsnet negó de nuevo con la cabeza—. He hablado con todos los miembros de la congregación. En lo que a ellos concierne, Yarington era absolutamente célibe. Pero hace unos meses empezó a mostrarse reservado con las visitas.

—¿Algún progreso por lo que respecta a Goddard?

—He solicitado al Concejo Municipal de Londres, y a los forenses y *sheriffs* de Kent, Surrey y Middlesex, que busquen una familia próspera con ese apellido y que tenga un hijo que se ordenó monje. De momento, nada. Y he corrido la voz para que las iglesias y grupos religiosos radicales sepan de nuestro interés por dar con él. —Me miró muy serio—. Se trata de un asunto delicado, es una suerte contar con la confianza de quienes se mueven en esos círculos. Sin embargo, hasta el momento nadie sabe nada de un sujeto que encaje con la descripción de Goddard.

—Quizá deberíamos buscar a un atractivo joven de pelo negro, tal como me lo describió Timothy.

—Esa descripción podría corresponder a cientos de personas —replicó Harsnet, irritado—. Pero preguntaré —añadió con mayor comedimiento—. Hoy voy a cambiar nuestros planes. Debo reunirme con lord Hertford. Bonner ha ampliado sus registros de carniceros y actores de obras prohibidas hasta Westminster, lugar que no es de su jurisdicción. Vamos a intentar detenerlo. —Miró al patio hacia la llamada Torre Pintada, donde se reunía el Parlamento, y vio, al pie de la escalera, a dos guardias con la librea roja del rey, en posición de firmes y armados con picas—. Van a aprobar el acta que prohíbe la lectura de la Biblia a todo aquel que no tenga el rango de caballero —explicó—. El rey ha dado el visto bueno, de modo que estamos entre la espada y la pared. —Lanzó un suspiro antes de continuar—: Tendré que dejar que vayáis a ver a solas a Lockley, procurador Shardlake, pero decid que vais en mi nombre y actuáis bajo mi responsabilidad y que será arrestado si no coopera. Hacedme saber qué deriva de vuestra entrevista. ¿Podréis reuniros conmigo aquí mismo dentro de tres horas?

—Sí. Quizá valdría la pena aprovechar la visita para ver de nuevo al joven

Cantrell —sugerí—, aunque no creo que sepa nada más.

—Sí. Lo que sea. Cualquier cosa que pueda sernos de ayuda, maese Shardlake. —En la mirada apresurada que me dirigió percibí un deje de desesperación; finalmente se volvió, dispuesto a marcharse.

—Entonces ¿damos por anulada nuestra cena? —pregunté mientras se alejaba.

—No, no —respondió, acompañando las palabras con gestos—. Tenemos tiempo para eso. —Y se perdió entre el gentío.



Regresamos a Chancery Lane. Las calles estaban muy concurridas, y me sentí inquieto y vulnerable mientras las recorríamos. Además, me dolía el brazo. Cuando llegamos a casa, encontramos a Philip Orr sentado en la cocina, reparando una caja rota.

—¿Ni rastro de gente sospechosa en los alrededores? —pregunté.

—Ni rastro, señor —respondió muy serio—. Gracias a Dios, únicamente los mendigos de rigor en Chancery Lane.

—¿Perdiendo el tiempo y empeñados en negocios turbios, como los abogados?

Me miró extrañado. Al igual que muchos radicales, no tenía demasiado sentido del humor.

—Espero que cuando todo esto haya terminado os alegre volver a vuestras ocupaciones habituales —dije. De pronto, caí en la cuenta de que no sabía cuál era el trabajo que desempeñaba Orr.

Él sonrió con cierta tristeza.

—Pasar los días en la cocina supone un cambio para bien, comparado con mis quehaceres normales, señor. Ayudo a maese Harsnet recogiendo los cadáveres de los difuntos. Los llevo al lugar donde los almacenan. Y también me encargo de hacer cumplir el orden en el tribunal, y a veces tengo que perseguir al testigo de turno que no desea comparecer.

—En tal caso, vuestro jefe debe de echaros de menos. —Comprendí entonces el sacrificio que había llevado a cabo Harsnet para garantizar nuestra seguridad.

—Tengo un ayudante, y él le atenderá en la medida de sus posibilidades.

Partimos de nuevo hacia Smithfield.

—A juzgar por su tono de voz, no da la impresión de que Harsnet esté teniendo mucho éxito en sus investigaciones —señaló Barak. Habíamos alcanzado los caminos de las afueras y habíamos relajado un poco la guardia.

—Londres y los condados vecinos constituyen una zona muy amplia que registrar. Sesenta mil personas viven en Londres, o eso dicen, y el número aumenta año tras año.

—Sí. E incluso Harsnet tendrá que interrogar a los reformistas más radicales.

—En eso se apoya nuestro hombre. En el anonimato de esta urbe en constante

crecimiento. No podría hacer lo que hace en una parroquia de la campiña, ni siquiera en una ciudad de provincias, sin correr un riesgo considerablemente mayor de ser atrapado.

—Loco y poseído, eso dijo Harsnet.

—No está poseído. —Decidí entonces compartir con Barak la conversación que había mantenido con Guy. Al girar hacia Holborn y pasar de largo las imponentes casas de los ricos que miraban al norte, le hablé de De Rais y Strodyr—. Hicieron lo que hicieron en aras de su pervertido sentido del placer, y ni Dios ni el diablo tuvieron nada que ver.

Asintió lentamente y dijo:

—Bueno, también puede decirse eso de la mayor parte de los impulsos más importantes a que se ve sometido el hombre. Si alguien desea golpear a las furcias, o sodomizar niños, el impulso, la necesidad, se apodera de él y tiene que responder en consecuencia. A veces, son hombres que, por lo demás, se comportan con absoluta normalidad. —Me miró de reojo—. Lord Cromwell era consciente de ello, y se aprovechaba enviando a sus espías a los burdeles de Southwark que ofrecen servicios a quienes tienen preferencias especiales.

—Lo sé. Obsesión —dije en voz baja—. Una obsesión capaz de consumirte, una obsesión secreta que empuja a asesinar.

Cruzamos la concurrida Smithfield, que disfrutaba del día de mercado semanal. Al cabo, llegamos a Charterhouse Square, donde no encontramos más que un par de pordioseros sentados en la escalera de la antigua capilla, dos ancianos y una anciana que daban la impresión de que no llegarían demasiado lejos caminando. Supuse que el resto debían de estar mendigando en Smithfield. Me pregunté si mantenían a esos ancianos, si compartían la escasa caridad que recibían.

Había un par de caballos atados a la barandilla a que sujetamos las riendas de *Sukey* y *Génesis*, y encontramos abiertas las puertas de la taberna. Estaba llena de parroquianos, entre ellos, un grupo parecido a los ganaderos que habíamos visto en Smithfield, sentado a la misma mesa. Tres hombres que por lo harapientos y curtidos por el sol debían de ser mendigos, ocupaban otra mesa y tomaban cerveza. La señora Bunce y Lockley andaban ajetreados, este último entre las mesas, y la primera sirviendo tras la barra.

La clientela nos miró con curiosidad al entrar. Lockley reparó en nuestra presencia y cruzó una mirada con la viuda.

—Querríamos tener otra charla con vos, señor —dije en voz alta.

—Venid al fondo —respondió con voz ronca y enfado evidente.

La clientela siguió mirándonos con interés mientras seguía a Lockley a una habitación trasera, donde poco después se reunió con nosotros la señora Bunce. La estancia estaba pelada; una mesa llena de marcas y algunos taburetes eran los únicos muebles que había.

Pensé que no nos perjudicaría permitir la presencia de la señora Bunce, puesto

que quizá se le escapaba algo que fuese de interés para nosotros.

—¿Y ahora qué diantre sucede? —nos preguntó Lockley, adoptando una actitud de abierta hostilidad. Seguía de pie con las manos crispadas, mirándonos con aquellos ojos penetrantes y hundidos suyos.

—Vamos, vamos —dijo Barak, irritado—. Ese no es modo de hablar a quien actúa en nombre del forense de su majestad.

Lockley suspiró, se encogió de hombros y se sentó a la mesa. La señora Bunce se situó de pie a su lado.

—¿Qué queréis? —preguntó Lockley en un tono de voz más templado.

—Aún no hemos dado con el paradero del enfermero Goddard.

—Por mí como si se lo lleva la peste.

—¿Estáis seguro de que no sabéis nada de él que pueda sernos de ayuda?

—La última vez ya os conté cuanto sabía. Goddard no estaba interesado en la enfermería laica. Se burlaba de mí por mi ignorancia, pero me permitía seguir tratando a los pacientes. Tenía que apañármelas yo solo. En lo que a él concernía, los pacientes de la enfermería laica no eran más que una molestia.

—¿Y los de la enfermería de los monjes? Me refiero a los que atendía el joven Cantrell.

—Goddard tuvo que cuidar mejor de ellos, o habría respondido ante la comunidad. Mantenía vigilado al joven Cantrell. Le hizo incluso unas lentes cuando se demostró que no veía bien.

—Os contamos en nuestra anterior visita que estamos investigando una muerte. Pensamos que es posible que Goddard haya asesinado a alguien.

—¿Cómo?

—No puedo daros detalles. Solo puedo revelaros que fue de forma muy violenta.

Habría jurado que Lockley acababa de quitarse un peso de encima. Rio con desprecio.

—Goddard jamás hubiera atacado a nadie. Era un hombre frío, y un vago que nunca estaba disponible cuando se lo necesitaba. Además, tenía mucho dinero, eso lo sé. ¿Por qué iba él a matar a nadie?

Asentí lentamente.

—Sí, veo que creéis lo que decís —dije. Lo miré a los ojos y añadí—: Y también creo que estáis ocultándonos algo relacionado con Goddard. Os aconsejo que me digáis de qué se trata.

Lockley apretó aún más los puños sobre la mesa. Eran puños fuertes, recios tras años de duro trabajo. Se puso rojo.

—¿Es que no vais a dejarme en paz?

Me sobresaltó lo repentino de aquel exabrupto, y vi que Barak llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—No sé nada. ¡Nada! —añadió—. ¡Dejadme en paz! Me he pasado la vida siendo un apestado, ¡un apestado, un apestado! Los pacientes, Goddard, ese condenado

cirujano y esa iglesia suya, todos ellos no dejaban de decirme que estaba maldito. ¡Y tú! —Giró en redondo para encararse a la señora Bunce. Luego hundió el rostro en las manos y gimió—. Ya no sé ni adónde voy ni de dónde vengo.

Miré a Barak, asombrado ante aquel estallido pueril. Ethel Bunce tenía los labios apretados y los ojos empañados en lágrimas.

—¿Qué ocultáis, maese Lockley? —pregunté, templado—. Decídnoslo y quizá os ayude a resolver vuestra confusión.

—No sabe nada, señor, estoy segura de ello —intervino la señora Bunce—. Deberíais haber visto cómo estaba cuando lo conocí. Era bebedor, y se gastaba todo lo que tenía en bebida. Francis no es tan fuerte como parece…

Lockley se levantó de un salto, y el taburete cayó con un sonoro golpe al suelo, a su espalda.

—¡Fuera! ¡Los dos! ¡Fuera de aquí! —exclamó.

—Podríais veros encerrado y sometido a interrogatorio en un lugar mucho más incómodo, si os negáis a responder a mis preguntas —le advertí sin levantar el tono de voz.

—¡Pues adelante! ¡Arrestadme! ¡Ya no me importa! ¡Al infierno con todos vosotros! ¡Y ahora me vuelvo a servir a los clientes! —Hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero Barak se le interpuso en el camino. Hice un gesto negativo con la cabeza. Lockley abandonó la habitación, dando largas zancadas impropias de alguien tan grueso. La señora Bunce dudó entre seguirlo o no, y al final nos miró con expresión suplicante.

—Francis no tiene mucha fortaleza mental, señor —dijo—. Lo que afirma es verdad, se ha pasado toda la vida despreciado por quienes se han creído mejores que él.

—Igual que mucha otra gente —apuntó Barak sin un atisbo de piedad en la voz.

—Pero Francis no puede soportarlo, eso lo afecta. He intentado ayudarlo, pero creo que no he logrado más que convertirme para él en otro… perseguidor. Aunque no lo soy, porque yo le quiero. —Nos miró desolada.

—De acuerdo, señora, dejadnos —le pedí.

—Tendríamos que arrestarlo —dijo Barak cuando la mujer se hubo retirado.

—No tenemos la autoridad necesaria para hacerlo —objeté con un suspiro—. Le contaremos a Harsnet lo sucedido. Supongo que esta misma noche, cuando cierre la taberna, enviará algunos hombres.

—¿Cabe la posibilidad de que Lockley sea nuestro hombre? —preguntó Barak—. A la mayoría de la gente le aterrorizaría la perspectiva de un arresto, pero a él no parecía importarle. Su propia mujer dijo que no está muy bien de la cabeza.

—Una taberna exige trabajar en ella todo el día —dije—. ¿Cómo iba a ser él el asesino sin que lo supiera la señora Bunce? No puedo imaginármelo asesinando a Roger o a los demás. Sencillamente, no me lo imagino.

—Eso no podéis saberlo.

—Si Lockley fue el asesino, ¿crees que iba a permitirnos apresarlo vivo? —le pregunté, mirándolo muy serio—. No, dejemos que Harsnet se encargue de él.

Capítulo 27

Decidimos cabalgar de regreso a Westminster desde Smithfield; tardaríamos menos que si llevábamos los caballos a casa y esperábamos luego la barcaza. Pasamos por Holborn para adentrarnos en la campiña, tomando un atajo por el campo en dirección a Drury Lane. Un par de liebres correteaban y saltaban de un lado a otro.

—Ya ha llegado la primavera —dijo Barak.

—Sí, aunque últimamente siempre tengo frío. Es como si el invierno se negara a soltarme.



Durante todo el camino a Westminster me sentí inquieto, imaginando un peligro tras cada ruido. En Sanctuary, bajo la antigua torre del campanario, vimos un grupo de gitanos que había montado un puesto, con una lona de fondo, pintada con colores brillantes, la luna y las estrellas, y una mesa enfrente. Dos tocaban la flauta para llamar la atención de los transeúntes, mientras una anciana sentada a la mesa leía el futuro en las cartas. Barak se detuvo a mirar; con aquellos rostros tan oscuros como el de Guy, los fantásticos atavíos de turbantes y brocados y los llamativos pañuelos que ondeaban al viento, costaba mostrarse indiferente ante la visión de aquellos gitanos. Estos peculiares recién llegados a nuestras costas habían sido expulsados hacía unos años por el rey, pero muchos habían escapado y algunos habían vuelto a Sanctuary. Parecían hacer prósperos negocios, aunque un hombre vestido de negro que se mantenía a cierta distancia los denunciaba en voz alta por prácticas paganas. La multitud hacía caso omiso de él; Sanctuary no era lugar para fanáticos.

—Vamos —dije, atento e inquieto ante la presencia del gentío—. No quiero parar aquí, donde somos un objetivo demasiado fácil.

Barak tiró de las riendas de *Sukey*. Pasamos junto al predicador.

—¡Apiadaos de todos aquellos que sigan la senda del diablo! —exclamó.

Accedimos al recinto sur. Habíamos visto en la torre del reloj de Palace Yard que llegábamos con media hora de antelación a nuestro encuentro con Harsnet. Giramos en dirección a la casa de Cantrell. Cerca, una manada de perros lobo olisqueaba y tanteaba una pila de desperdicios que había en una esquina. Llamé a la puerta que había bajo el despintado letrero de la carpintería, mientras Barak ataba los caballos a la barandilla. No me hacía la menor gracia dejarlos allí, pero no teníamos elección, y al menos *Sukey* relincharía y se pondría a cocear si se le acercaba un extraño con intención de desatarla. De nuevo oímos pasos procedentes del interior, aunque en esa ocasión se detuvieron a cierta distancia de la puerta, momento en que Cantrell preguntó con voz algo temblorosa:

—¿Quién va? ¡Estoy armado!

—Soy maese Shardlake —respondí, alzando la voz—. El abogado que lo visitó hace poco. ¿Qué sucede?

Tras una breve pausa, descorrieron el cerrojo y la puerta se abrió un palmo. Cantrell asomó la cara y nos miró tras de las gruesas lentes.

—Ah, señor —dijo, aliviado—. Pero si sois vos… —Abrió un poco más la puerta. Observé el palo grueso y fuerte que empuñaba, en el extremo del cual había una enorme mancha de algo que parecía sangre seca.

—Alguien me atacó —dijo.

—¿Podemos entrar? —pregunté educadamente.

Titubeó, pero abrió la puerta del todo para dejarnos pasar. De nuevo percibimos aquel olor desagradable. Nos condujo al salón vacío. Encima de la mesa había una escudilla de madera con restos de comida, y al lado una cuchara de peltre, negra de suciedad. Reparé en que la ventana que daba al patio estaba rota y había restos de cristales en el suelo alfombrado.

Cantrell tomó asiento en una silla y Barak y yo nos sentamos a la mesa. Evité mirar la mugrienta escudilla, pero vi excrementos de rata en un rincón. El rostro tenso de Cantrell mostraba una expresión de profunda desdicha, y, bajo el flequillo de pelo rubio y grasiento, tenía la frente salpicada de granos. Dejó el palo en el suelo.

—¿Qué se os ofrece, señor? —preguntó—. ¿Habéis encontrado al enfermero Goddard?

—Aún no.

—Ya os conté cuanto sé.

—Solo he venido a haceros unas preguntas más. Pero antes contadme qué ha pasado aquí. ¿Ese bastón de madera vuestro está manchado de sangre?

—Fue hace dos noches. No podía dormir. Oí que rompían un cristal, abajo. Siempre tengo un garrote junto a la cama, por miedo a los ladrones.

—¿Qué iban a robaros? —preguntó Barak.

—¿Cómo iban a saber los ladrones que aquí dentro no hay nada? Bajé. Estaba oscuro, pero vi la ventana abierta de par en par. Había alguien, un hombre. Cuando entré en el salón, se quedó quieto. No creo que viera el garrote. Como dijo algo, pude intuir dónde tenía la cabeza, así que descargué un golpe.

—El extremo de ese bastón está afilado —dijo Barak—. Le habréis hecho daño.

—Sí, le di en la cabeza. Lanzó un gruñido y reculó antes de que yo lo golpeara de nuevo. Luego salió por la ventana y se alejó cojeando.

—¿Qué fue lo que os dijo?

—Algo muy extraño en boca de un ladrón —respondió Cantrell, ceñudo.

—¿Qué fue?

—«Ha llegado vuestra hora». ¿Por qué iba a decir algo así?

Lo miré asombrado. ¿Acaso Charles Cantrell había evitado convertirse en la quinta víctima del asesino?

—¿Se lo contasteis al alguacil? —pregunté.

Encogió los hombros enjutos.

—¿De qué iba a servir? En Dean’s Yard se producen robos continuamente. Pero ese no volverá a intentarlo aquí. Espero haberle dado fuerte, y que se haya quedado seco en cualquier zanja —añadió Cantrell con rencor.

—¿Hubo algo de ese hombre que os resultara familiar? —pregunté, escogiendo cuidadosamente las palabras—. ¿Su voz, quizá?

Me miró con aquellos ojos medio ciegos.

—No era más que un bulto en la oscuridad, una sombra. No veo nada, a menos que lo que miro esté cerca. Desde aquí, vuestro rostro no es más que un borrón, a pesar de las lentes.

—¿Era bajo o alto?

—Debía de ser alto, por la altura a la que dirigí el garrotazo. —Reflexionó por un instante—. Había algo que me resultaba familiar en su voz. Tenía un tono agudo.

—¿Es posible que se tratara de vuestro antiguo maestro, el enfermero Goddard? —pregunté.

Me miró en silencio durante unos segundos.

—Hummm… Supongo que podría ser; pero ¿por qué…? ¿Por qué iba a atacarme ese viejo cabrón en mi propia casa? Hace tres años que no lo veo.

—Debía de saber que la casa de vuestro padre se encontraba cerca de la abadía.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha hecho, señor? No llegasteis a contármelo la última vez que vinisteis. —El tono de voz de Cantrell había adoptado un deje de pánico.

—¿Podría inspeccionar ese pedazo de madera?

—¿No iré a tener problemas por esto, señor? No hice más que defenderme.

—Lo sé. Solo quiero echarle un vistazo.

Me tendió el garrote, a regañadientes. Había reparado en la presencia de unos pelos entre la sangre. Eran de color negro. El mismo color que tenía el cabello de Goddard; por no mencionar al misterioso visitante de Abigail, la prostituta.

—Por lo que parece, le propinasteis un par de buenos golpes. Las heridas en la cabeza sangran abundantemente. El dolor y la conmoción debieron de ser superiores al daño. —Devolví el garrote a Cantrell. Tenía las muñecas muy delgadas, puro hueso, y al reparar en ellas me acordé de Adam.

—No habéis respondido a mi pregunta, señor —insistió Cantrell.

Exhalé un suspiro.

—Existe la posibilidad de que el enfermero Goddard haya… perdido el juicio.

—Pero ¿por qué iba a atacarme?

Observé los restos de cristales rotos que había en el suelo. Sí, alguien había irrumpido en la casa tras golpear la ventana. Cantrell aún no había barrido los cristales. Me pregunté si, teniendo en cuenta lo mal que veía, no temía pisarlos por accidente.

—¿Habéis tenido alguna relación con religiosos radicales reformistas? —

pregunté—. Me refiero a la gente piadosa.

Guardó silencio un instante. Luego asintió con la cabeza.

—Es importante —insistí—. Podría explicar el motivo de que os atacaran.

—Cuando era monje, mi padre se convirtió en reformista —empezó a explicar en voz baja, inclinando la cabeza como si estuviera avergonzado—. Se sumó a un grupo que solía reunirse en la casa de un predicador que carecía de permiso, situada en Sanctuary. Cuando abandoné la abadía y volví a casa, no dejaba de decirme: «Los monjes habéis recibido lo que os merecíais, e iréis al infierno a menos que sigáis la verdadera senda de la Palabra». —Percibí la ira de Cantrell cuando imitó la voz ronca, áspera, de su padre—. Por entonces estaba perdiendo la antigua fe, así que dejé que me arrastrara a una de esas reuniones. Solo había media docena de personas; creían que tenían que prepararse para el fin del mundo, y también estaban convencidos de que Dios les había encomendado la misión de dar con quienes había escogido salvar y convertirlos. Eran estúpidos, no se sabían más que algunos pasajes de la Biblia, los que más se acomodaban a sus argumentos, y ni siquiera esos los entendían bien. Algunos no sabían ni leer. Yo pasé años leyendo la Biblia, y por eso sé hasta qué punto llegaba su ignorancia.

—Hay mucha gente así —señalé.

—No hacían más que hablar por hablar y decir tonterías. —Cantrell había elevado el tono de voz, lleno de amarga angustia—. Yo solamente iba para que mi padre se callara. Siguieron diciendo que podían salvarme, que me bautizarían en la verdadera fe. —Negó con la cabeza—. Mi padre ya estaba enfermo cuando volví a casa, y a su muerte dejé de acudir a las reuniones. —Levantó de nuevo la vista y miró alrededor —. Tuvo un tumor. —Hizo una pausa y, bajando la voz, continuó—: Cuando murió, temí que volviera de algún modo a regañarme y persuadirme de que debía regresar a las reuniones. Pero no lo ha hecho; desde su muerte, solo ha habido silencio en esta casa. —Suspiró y guardó silencio, extraviado en su mundo propio.

Miré la mesa sucia y la ventana rota. Cantrell apenas salía adelante con la pensión de monje, y necesitaba ayuda, alguien que cuidara de él.

—¿Cómo repararéis la ventana? —pregunté. Él se encogió de hombros—. Quizá los vecinos podrían ayudaros —sugerí.

Negó con la cabeza, convencido.

—Son unos entrometidos. La vieja arpía que vive más arriba, en esta calle, solía acercarse a limpiar, pero se metía en mis asuntos e insistía en que me casara. —Soltó una carcajada—. Quizá podría buscarme una ciega y ambos andaríamos tropezando por la casa. Apenas me atrevo a salir en busca de alimentos, por temor a que me arrolle un carro.

—¿Qué pasó con ese grupo del que hablabais? ¿Sigue reuniéndose en Westminster?

Cantrell negó con la cabeza.

—El vicario de Saint Margaret se enteró de las prácticas de aquellos radicales.

Hizo arrestar al cabecilla y los demás se dispersaron. Eso fue el año pasado. —De nuevo la risa amarga—. Ya veis hasta qué punto estaban dispuestos a defender la Palabra Verdadera. Huyeron como ratas.

De modo que lo sucedido al grupo se había hecho público. Me pregunté qué habría sido de ellos. Probablemente los miembros se habían integrado en otros grupos, en otras iglesias. Quizá el asesino fuera uno de ellos y que en su compañía hubiese oído pronunciar el nombre de Cantrell, a quien debían de calificar de converso arrepentido. Si el asesino era Goddard, sin duda habría reconocido ese nombre.

—¿Recordáis los nombres de los que integraban ese grupo? —pregunté. Me dio media docena. No reconocí ni uno, pero podrían serle de utilidad a Harsnet.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Goddard, señor? —Cantrell pestañeó. No me atreví a contarle toda la historia.

—No estoy seguro. Sin embargo, creo que quizá necesitéis protección. Podría encargarme de que venga un guardia a la casa, y que se quede aquí con vos.

—No. No quiero a nadie aquí. No quiero a nadie que esté todo el día criticando la casa, quejándose de lo sucia que está. —Me miró de nuevo con los ojos vidriosos—. Dejemos que Goddard vuelva, si eso es lo que quiere. No vais a contarme por qué me sigue la pista, y a mí poco me importa si vivo o muero.

Miré a Barak, que se encogió de hombros. Dijera lo que dijese Cantrell, pensaba solicitar la presencia de un guardia.

—¿Me creéis un gran pecador por no importarme si muero? —preguntó inesperadamente Cantrell.

—Me parece una lástima.

—De todos modos, ¿qué es la muerte? Después vendrán la bendición o el tormento eternos, uno u otro, y en los tiempos que corren, ¿quién sabe qué será? —Soltó una risa ronca, carente de humor.

—Hay una última cosa que querría preguntaros —señalé—. Acabo de visitar por segunda vez a Francis Lockley. Tengo la impresión de que hay algo que nos oculta del enfermero Goddard. Algo que no quiere que sepamos acerca de él. ¿Se os ocurre de qué podría tratarse?

—No, señor. Yo no tuve nada que ver con la enfermería laica. Tan solo veía a Francis cuando este visitaba a maese Goddard, o cuando acudía a pedir prestado algún utensilio. —Se encogió de hombros y pensé que realmente había llegado un punto en que nada le importaba, ni siquiera su propia vida.



Abandonamos la casa y nos sumergimos de nuevo en el hedor y el estruendo que imperaban en Dean’s Yard.

—Está muy mal —comentó Barak.

—Me aventuraría a diagnosticar que se halla sumido en un estado de profunda melancolía. Lo cual no resulta sorprendente, teniendo en cuenta en qué se ha convertido su vida, por no mencionar que prácticamente no ve.

—Podría intentar animarse un poco. Aceptar la ayuda que se le ofrece. Imaginad lo que debe de ser que a uno no le importe si vive o muere, a pesar de lo mucho que parecía pesarle el hecho de que un desconocido pudiera pensar que tiene la casa sucia.

—Cuando veamos a Harsnet, veré si puedo conseguir que aposten un guardia en la casa. No podría soportar ver a Cantrell torturado como el resto. —No creía que el asesino regresara a la casa de Cantrell, puesto que su víctima ya estaba puesta sobre aviso, pero no había forma de estar seguro de ello—. Al menos hemos averiguado algo —añadí—. Ahora andamos tras la pista de un hombre que tiene una herida en la cabeza.

Condujimos los caballos al otro lado del camino, hasta la puerta que se levantaba en el muro de la abadía. Barak saludó con la cabeza al guardia. Aún faltaba una hora para que Harsnet saliera. Sentí la necesidad de estar a solas un rato.

—Barak, ve a buscar un sitio donde podamos dejar los caballos —dije—. Voy a dar un paseo por el interior del recinto. Te veré aquí dentro de una hora.

—¿De veras os parece seguro?

—No saldré del recinto. Hay guardias apostados. Nos vemos dentro de un rato. —Para zanjar la discusión giré en redondo, haciendo un gesto al guardia. Al reconocerme, me abrió la puerta para dejarme pasar, y de nuevo me adentré en el recinto de la abadía de Westminster.



Ya en el interior, emprendí el camino a través del laberinto de escombros hasta el antiguo claustro. Reinaban el silencio y la quietud. Caminé por las antiguas losas, contemplando el desierto patio interior, meditando. Había reunido algunas pistas, pero estas no hacían sino ahondar el misterio. ¿Era Goddard a quien buscábamos, o el joven que había visitado a Abigail? ¿Y por qué el asesino había decidido que Cantrell fuese su quinta víctima, pues todo hacía apuntar a que así era? Si se trataba de Goddard, a todas luces tenía que saber que el joven apenas podía valerse por sí mismo. Sentí una peculiar satisfacción al pensar en el golpe que Cantrell había arreado en la cabeza a su asaltante. Me dije que Cantrell, al igual que Meaphon, compartía conmigo cierto nexo, pero al pensarlo negué con la cabeza. Era peligroso e insensato creer que el asesino podía haberse fijado de algún modo en mí para que le sirviera de espectador. ¿Acaso no se había apartado de su habitual modo de actuar, para infundirme miedo con tal de que abandonase la investigación? Sin embargo, no pude evitar una punzada de miedo al recordar que yo encajaba en el perfil de alguien que se había apartado de las prácticas religiosas radicales.

De pronto caí en la cuenta de lo cansado que me sentía. Para tranquilizarme, decidí dar un paseo por la antigua abadía de Westminster. Mientras caminaba lentamente, vi entreabierta la puerta que daba a la casa capitular y oí voces procedentes del interior. Me acerqué. Para mi sorpresa, oí golpes de martillo cuando accedí al vestíbulo.

Un grupo de escribientes vestidos con hábitos negros sacaban cuidadosamente gruesos pergaminos amarillos de antiguos arcones, para luego depositarlos en el suelo enlosado. Por su parte, los trabajadores, algunos de ellos subidos a escaleras, montaban estantes de madera en las paredes. Uno tras otro, los retablos que representaban las escenas del Libro de las Revelaciones quedaban ocultos a la vista. Ante mi mirada, uno de los trabajadores atravesó el cuerpo del monstruo de las siete cabezas con un enorme clavo.

Uno de los escribientes, un joven de estatura elevada, levantó la vista hacia mí con expresión interrogativa.

—¿Venís de Rolls House, señor?

—No… Pasaba por aquí y he oído los golpes… Claro, ahora lo recuerdo. La casa capitular va a convertirse en un archivo de documentos oficiales.

El joven asintió con cierta gravedad.

—La cantidad de documentos oficiales no hace más que aumentar, así que hay que poner los antiguos en alguna parte.

Miré las paredes.

—De modo que vais a cubrir los viejos frescos.

—Y, por lo que he oído, también los ventanales —dijo, encogiéndose de hombros —. En fin, no son más que reliquias de los antiguos monjes. Además, ¿qué valor tienen esas pinturas? Ni siquiera son buenas.

—Es el Apocalipsis de san Juan. La historia de las revelaciones.

Al oír mis palabras uno de los escribientes volvió la vista hacia mí, y uno de los trabajadores dejó de darle al martillo. El escribiente con quien había estado conversando se acercó a la pared y observó incómodo el retrato de la Gran Ramera.

—¿De veras lo es? —preguntó. Pareció meditarlo un momento—. Pues pienso que no habría que representar el fin del mundo en unas imágenes tan toscas como estas.

«Otro fanático religioso», pensé.

Seguí después el camino del claustro hasta la puerta que daba a la iglesia de la abadía. Estaba desierta, a excepción de unos asistentes vestidos con hábito negro que caminaban lentamente de un lado a otro, y cuyos pasos reverberaban en las losas de piedra. Aquel espacio de silencio, despojado de todas las imágenes y adornos, estaba tenuemente iluminado por una luz mortecina procedente de las vidrieras. Los monjes habían rezado durante siglos en aquel lugar, y ya no había más que quietud y silencio. Solo había un guardia, junto a la puerta, y estaba dormido. No quedaba nada de valor que pudiera ser robado. El rey se había apropiado de todo.

Anduve hasta la capilla de Enrique VII, donde descansaban los restos mortales del padre del rey. El imponente mausoleo seguía en su lugar, y la piedra blanca relucía a causa de la luz que entraba por las vidrieras, contrastando con la penumbra que reinaba en el resto de la abadía. Volví a la nave y caminé entre las antiguas tumbas de la realeza.

Me encontré frente a la piedra desnuda del sarcófago de Eduardo el Confesor. Había tenido ocasión de contemplarlo en la época anterior a la disolución, asombrosamente enmarcado por estatuas e imágenes de oro y plata que reflejaban el brillo de un millar de velas. Recuerdo que había muletas y bastones apilados, puesto que se creía que la tumba tenía el poder de curar a los inválidos. También recuerdo que, supuestamente, un jorobado fue de los primeros que se beneficiaron de tales curas. No eran más que supercherías, pero tenían un gran poder.

Reparé en la presencia de un grupo cercano de personas, apiñadas frente a un altar de piedra desnuda, que únicamente estaba adornado por una cruz. Había cuatro hombres fornidos con librea y el gorro en la mano, mientras que la otra descansaba en la empuñadura de la espada. Frente a ellos vi una mujer arrodillada en el suelo de piedra, orando. Lucía un vestido de seda roja con puños negros recamados con pan de oro y anillos con piedras engarzadas en todos los dedos. El tocado negro estaba adornado con perlas. Uno de los guardias, al ver que los observaba, me advirtió con una mirada significativa que no me acercara. Entonces, la mujer bajó las manos con un suspiro, y reconocí en ella a *lady* Catalina Parr. Se puso en pie con un frufrú del vestido. Su expresión guardaba cierto parecido con la que le había visto de camino al funeral de su marido: hermética a la vez que preocupada. Sin embargo, al levantarse, se le relajó y dirigió a sus guardias una sonrisa llena de templanza y dulzura. Inclinó la cabeza y echaron a andar.

Se hallaban a medio camino de la puerta cuando se produjo una conmoción repentina. Vi un mendigo que rezaba junto a una de las tumbas; en cuanto reparé en su presencia, se levantó y se dirigió corriendo hasta postrarse a los pies de *lady* Catalina. Hice ademán de acercarme, debido quizá al impulso que sentí de protegerla, pero sus guardias se ocuparon de ello. Uno de ellos amenazó con la espada al mendigo. *Lady* Catalina permanecía de pie con la mano en el pecho, tan asustada como sorprendida. El hombre levantó la cabeza y reconocí al mendigo loco a quien Barak y yo habíamos encontrado en la enfermería, el que nos había contado que andaba buscando sus dientes.

Otro hombre surgió de las sombras con la espada desenvainada. Era *sir* Thomas Seymour, vestido con jubón azul marino y joyas a juego. *Lady* Catalina palideció.

—¿Os encontráis bien, *milady*? —preguntó Seymour.

—Muy bien, Thomas —respondió *lady* Catalina, que acto seguido frunció el entrecejo—: Envainad la espada, insensato. —Y se volvió hacia el mendigo.

—Buena señora, no puedo dar con mis dientes —dijo el desdichado—. No puedo comer; por favor, *milady*, ¡haced que me los devuelvan!

—Eh, tú, loco —dijo el guardia, cuya espada amenazaba al mendigo—. ¿Qué crees que estás haciendo, acercándote así a *lady* Catalina?

—Mis dientes, necesito mis dientes…

—Dejad que se vaya —ordenó *lady* Catalina—. No rige. No sé nada de tus dientes, buen hombre. Veo que te faltan. Pero si los has perdido, los has perdido. Yo también perderé los míos algún día.

—No, buena señora, es que no me entendéis…

—Tendríamos que ponerlo bajo custodia de alguien, *milady* —sugirió uno de los guardias.

—No —respondió ella con firmeza—. No puede valerse por sí mismo. Dadme un chelín.

El guardia bajó la espada, hundió la mano en su bolsa y sacó de ella una moneda de plata. *Lady* Catalina la cogió, se inclinó y se la ofreció al mendigo, que seguía mirándola como hechizado. Ella le obsequió con una sonrisa dulce que me recordó la de Dorothy, aunque ambas no se parecían físicamente en nada.

—Aquí tienes, buen hombre, ve a comer unas buenas gachas.

El mendigo observó a *lady* Catalina y los rostros inflexibles de los guardias; luego se puso de pie, inclinó la cabeza y salió corriendo a toda prisa. *Sir* Thomas presenciaba la escena con aspecto de estar divirtiéndose. Los guardias desviaron la mirada cuando ella se le acercó.

—Thomas —dijo con voz temblorosa—. ¿Os contaron…?

—Uno de vuestros sirvientes me dijo que hoy acudiríais a la abadía —la interrumpió él—. Únicamente quería veros, miraros desde lejos. —Adoptó una repentina actitud grave—. Pero cuando vi que quizá corríais peligro, tuve que desenvainar la espada. —Se llevó la mano al corazón, gesto que me pareció en ese momento propio de un actor, aunque por un instante el rostro de *lady* Catalina reveló una gran emoción.

—Sabéis que no debéis intentar verme. Es muy cruel por vuestra parte, y también peligroso. —Miró en torno con preocupación, y reparó en mi presencia, pues yo seguía de pie a cierta distancia.

Sir Thomas se echó a reír.

—El jorobado no dirá nada, lo conozco. Y he sobornado a los trabajadores para que se mantengan apartados de esta parte de la iglesia un rato.

Lady Catalina titubeó por un instante, y, luego de hacer un gesto a sus guardias, se alejó a buen paso seguida de sus hombres. *Sir* Thomas se encogió de hombros imperceptiblemente, antes de volverse hacia mí.

—No diréis nada, ¿verdad? —preguntó muy tranquilo, a pesar del tono amenazador que se le intuía—. Ni a mi hermano, ni a Cranmer.

—No. ¿Por qué iba a querer involucrarme en esto?

Seymour sonrió y sus blanquísimos dientes relucieron, enmarcados por la recortada barba pelirroja.

—Bien hecho, jorobado. —Dio media vuelta y se alejó. Sus pasos se me antojaron tan poco discretos como llenos de confianza.

Capítulo 28

Me reuní con Barak en la puerta de Dean's Yard. Lo encontré junto a los caballos, muy atento a la gente que iba de un lado a otro. Le hablé de mi encuentro con Catalina Parr y Thomas Seymour.

Mi ayudante enarcó las cejas.

—Pues vaya riesgo que corre al verla en la abadía de Westminster, si es cierto que el rey le ordenó que la dejase en paz.

—No creo que Seymour se hubiera propuesto hablar con ella. Solo quería verla a escondidas, comprobar que no la había olvidado.

—No me parece a mí que ese hombre sea muy galante.

—No. Pero creo que ella podría serlo. Al menos, en lo que a él concierne. —Sacudí la cabeza—. Me da la impresión de que hablamos de una mujer inteligente y de buen corazón. ¿Qué podría ella ver en alguien como Seymour?

—¿Un compañero de cama? Estuvo casada con un hombre mayor, y ahora le espera otro, si se casa con el rey.

Volví a sacudir la cabeza.

—Mientras rezaba, parecía temerosa, desesperada incluso…

—Diría que *lady* Catalina os ha causado una honda impresión —comentó Barak con una sonrisa.

—No seas tonto. Es solo que… Daba la impresión de que había algo bueno y honesto en ella, algo que no suele uno ver en las cortesanas.

—De hecho, no suele verse en nadie que deambule por la corte… —Barak decidió de pronto cambiar de tema—. Vigilad, que ahí viene Harsnet. Doy por sentado que no debemos mencionar la presencia de Seymour en la iglesia.

—En efecto. No es de nuestra incumbencia. Sobre todo desde que llegamos a la conclusión de que estos asesinatos no tenían nada que ver con Catalina Parr.

Observé a Harsnet cruzar Dean's Yard con paso confiado, sin mirar a derecha ni a izquierda. Los mendigos y los vendedores ambulantes ni se le acercaron; quizá fueran conscientes de quién era y de que tenía la autoridad necesaria para arrestarlos sin más. Había oído que contaban con sus propias fuentes de información.

—Buenas tardes —saludó el forense, a quien vi más contento que cuando nos habíamos despedido.

—¿Fue bien la reunión? —pregunté.

—Podremos impedir que Bonner extienda su cruzada a este lugar. Westminster queda fuera de su jurisdicción. —Clavó en mí su penetrante mirada—. ¿Qué noticias traéis de Lockley?

Le comenté que sospechaba que Lockley no nos lo había contado todo, así como del ataque que había sufrido Cantrell.

—Haré que arresten a Lockley para interrogarlo, después de que haya visitado al deán —dijo—. ¿Qué me decís de la esposa? ¿Tendríamos que arrestarla?

—No. No creo que sepa nada.

—¿Así que atacaron al joven Cantrell? —Miró alrededor hasta localizar la ruinosa carpintería, y frunció el entrecejo—. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué iba Cantrell a rechazar que apostemos un guardia en su casa?

—Dice que no le importa que vuelvan a atacarlo. No estoy muy seguro de que esté en sus cabales.

—¿Y eso?

—Está medio ciego, lo expulsaron de la abadía de Westminster y luego sufrió la muerte de su padre. Son muchos reveses.

—No obstante, su padre y sus amigos le ofrecieron la salvación. Sé que algunos de estos grupos poseen un entusiasmo desmedido que luego no está a la altura de su fe. Pero siguen el camino correcto —aseguró Harsnet, muy serio.

—Lo sigan o no, Cantrell se unió a ese conventículo y, después, se retiró de él. Eso bastaría para convencer a nuestro asesino de que ese joven merece la muerte.

—Ordenaré que lo proteja un guardia. Lo apostaré allí lo quiera Cantrell o no. —Suspiró y añadió—: Pero me quedo sin hombres. Tendré que hablar con lord Hertford, a ver si puede suministrarme más gente. ¿Qué me decís de los nombres que os dio Cantrell?

Entregué a Harsnet el listado de las personas que componían el grupo al que había pertenecido el padre de Cantrell. El forense se acarició el mentón.

—Hay uno o dos nombres de esta lista que me resultan familiares. Hablaré con mis contactos. —Respiró hondo y añadió—: Y ahora, vamos a ver qué podemos sacarle al deán Benson.



Encontramos de nuevo al deán en su estudio, en la espléndida casa que se alzaba en mitad de los edificios monásticos medio derruidos o medio reconvertidos, enfrascado en el papeleo. El estruendo de los martillazos y las sierras era si cabe más audible y, a juzgar por la expresión de su rechoncho rostro, el deán estaba irritable. Cuando nos hicieron pasar, nos dirigió una mirada hostil y nos invitó a sentarnos con un gesto condescendiente.

—Deduzco por vuestras caras que este asunto no está solventado —dijo—. Confieso que considero de muy mal gusto la mera insinuación de que antiguos monjes de Westminster puedan estar involucrados.

—La cosa va más allá del mal gusto —replicó Harsnet sin ambages, lo que hizo que Benson enarcara las cejas—. Se ha cometido otro asesinato y no podemos dar con una sola pista que nos conduzca a Goddard o a su familia. No hay ni rastro de ellos —añadió impertérrito, mirando fijamente al deán, que frunció el entrecejo.

—¿Y tenéis constancia de que exista una relación directa entre Goddard y estos asesinatos? —preguntó sin más—. Me refiero a algo que vaya más allá de la sospecha del uso de la belladona y de esa divisa de peregrino. Tenéis poca cosa a la que agarraros.

—Es posible. Debemos encontrarlo.

—Os he contado cuanto sé. Ignoro por completo el paradero de Goddard.

—Maese Shardlake ha estado charlando con el hermano laico que trabajó en la enfermería pública: Francis Lockley.

El deán soltó un gruñido.

—¿Dónde reside Lockley ahora? Supongo que donde haya una botella a mano.

—No os preocupéis por ello —dijo Harsnet—. El asunto es que creemos que sabe algo acerca de Goddard, y que nos lo está ocultando.

—No creo que conozca el paradero de Goddard —intervine—. Pero sabe algo.

—Al contrario que yo.

—Voy a detener a Lockley para interrogarlo —dijo el forense.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —Benson permaneció imperturbable, pero cogió una pluma que había sobre el escritorio y empezó a juguetear con ella con su mano regordeta—. Tened mucho cuidado en vuestro trato conmigo. Dispongo de contactos importantes. Cuento con la gratitud del rey en persona por el modo en que dirigí la secularización pacífica de la abadía de Westminster. Ahora soy deán, tengo a mi cargo esta importante iglesia y las tumbas de la realeza que albergan sus muros.

—Estamos buscando a un asesino —dijo Harsnet—. Alguien que ha asesinado brutalmente a cuatro personas y que ha intentado asesinar a una quinta.

—Y yo os repito que este asunto no tiene nada que ver con la abadía. —Percibí una nota de impaciencia en su voz—. Diantre, yo conocí a Goddard. Solía conversar con él y era uno de los pocos monjes de este lugar capaz de mantener un diálogo inteligente. Sin embargo, las únicas cosas que le importaban eran su comodidad y su posición social. La idea de que esté asesinando gente para llevar a cabo una especie de profecía bíblica resulta… ridícula.

—Si un hombre está poseído por el diablo, no importa cómo se comportara con anterioridad a la posesión —aseguró Harsnet—. Se verá consumido por el deseo de hacer cuanto le ordene el diablo.

Benson dejó de juguetear con la pluma.

—Posesión. —Soltó una risa cínica—. ¿Esa es vuestra teoría? Así no llegaréis a ninguna parte.

—Vi los retablos de la casa capitular que contaban la historia del Apocalipsis —intervine—. Los están cubriendo tras estantes de documentos.

—Sí, fue idea mía aprovechar la casa capitular para almacenar el exceso de papeleo. Ahora disponemos de mucho espacio libre en el recinto. ¿Qué tiene eso de malo?

—Los monjes habrán visto esas pinturas cientos de veces. Al igual que vos. No

creo que nadie sea capaz de verlas todos los días sin meditar sobre la historia que representan.

El deán se encogió de hombros.

—Antes apenas reparaba en ellas, excepto cuando pensaba en su escasa calidad artística.

—Aun así, podrían afectar a cierta clase de hombre —aseguré, mirando a Benson a los ojos.

Él me devolvió la mirada un instante y luego me señaló con la pluma.

—Ahora recuerdo quién sois. He estado pensando en por qué vuestro nombre me resultaba familiar. Sois el abogado de quien se burló el rey hace dos años, en York. ¿Cómo os llamó? ¿Araña encorvada? Oí esa historia a su regreso. La gente decía que os había comparado con un hombretón de Yorkshire con quien estabais. Por lo visto, la broma caló entre los lugareños.

No respondí.

—Vos no sois un hombre de Dios, señor —lo acusó Harsnet sin levantar un ápice el tono de voz.

Benson se volvió hacia él, airado.

—Soy realista —dijo—. Al final, los que somos como yo causamos menos problemas en el mundo. Cuando era un joven monje, tuve ocasión de ver lo podrido y corrupto del sistema, de modo que me di a conocer a lord Cromwell, hombre realista, si es que ha habido uno en el mundo. Él obtuvo para mí el puesto de abad. Y me aseguré de que hubiera una transición tranquila en esta casa, sin oposición ni escándalos, porque el rey no habría querido tal cosa en el lugar donde reposan los restos mortales de la realeza. Desea que, cuando llegue su hora, lo entierren aquí. Y si se os ocurre montar un escándalo, se enfadará. De modo que quedáis advertidos. Y la próxima vez, con toda probabilidad vos recibáis algo más que un simple insulto. —Se puso de pie, dando por terminada la entrevista.

A juzgar por la expresión de Harsnet, comprendí que en ese momento nada le habría gustado más que detenerlo para interrogarlo personalmente. Pero Benson estaba en lo cierto: era un hombre poderoso, y, a falta de pruebas, Harsnet tenía que proceder con cautela. Pensé que el forense no había manejado adecuadamente al deán, al hacer tan patente su hostilidad.



Una vez fuera, Harsnet se volvió hacia mí. Comprendí que estaba tragándose la ira que sentía.

—¿Vos le creéis? —preguntó.

—Creo que también nos oculta algo. Pero o bien piensa que no aportaría nada a nuestra investigación, o se cree a salvo porque cuenta con contactos poderosos.

—Sus contactos no lo protegerían si esta fuera la cuarta vez que se empeñara en

ocultarnos información relativa a un asesino.

—No —convine—. Al menos, eso espero.

—Veamos si Lockley menciona algo que nos sirva para presionar un poco a Benson —dijo el forense—. Ahora debo procurarme un par de alguaciles para ir a detenerlo. Os veré esta noche a las seis, procurador Shardlake. —Se despidió con una inclinación de cabeza y se alejó caminando.

—No envidio a Lockley —comentó Barak.

—No. —Volví la vista hacia la residencia del deán—. Benson se ha definido a sí mismo como alguien realista. Ya lo creo que lo es. Supongo que como la mayoría de los monjes que ayudaron a Cromwell, sus motivos fueron el dinero y el poder. Me pregunto si piensa alguna vez en los monjes que fueron expulsados, me pregunto si alguna vez tiene remordimientos de conciencia.

—No me ha dado la impresión de que tenga conciencia —dijo Barak, y dio un respingo cuando un enorme bloque de piedra se precipitó al suelo desde el refectorio. Contempló las obras de demolición que se llevaban a cabo a su alrededor y rompió a reír.

—¿Qué encuentras tan gracioso?

—Ese canalla de Benson no dejaba de hablar de cómo se había convertido en deán de este lugar. Miradlo. Es el amo de un montón de escombros.

—Pues dirige la abadía de Westminster con el beneplácito del rey —repliqué, muy serio.

Barak contempló la enorme iglesia.

—Así que Enrique quiere que lo entierren allí —dijo en voz baja.

—Y cuanto antes, mejor —sentencié, bajando aún más la voz.



Harsnet residía en un extremo de Westminster, en la hilera de antiguas casas señoriales de King Street, justo bajo la puerta del palacio de Whitehall, donde ondeaban los pendones, recortado contra el azul del cielo y con el sol poniente reflejado en los altos ventanales. Me volví hacia la puerta principal de la casa del forense, que tenía una aldaba brillante con forma de cabeza de león. Aunque me preguntaba cómo sería cenar en compañía de su familia, sentía mayor curiosidad por lo que Lockley podía haberle contado.

Llamé a la puerta y un sirviente me condujo a un espacioso salón. En un copero alto de madera brillaba la plata, y en la pared colgaba un cuadro del viaje de los Reyes Magos a Belén, con los camellos y las caravanas que los seguían representados en tonos suaves.

Harsnet se encontraba presente junto a su esposa. El forense tenía un aspecto impecable, vestido con jubón de terciopelo negro, la barba recién recortada y con algún que otro mechón cano en contraste con el cabello oscuro. No obstante, tenía

aspecto de sentirse preocupado. Su esposa era una mujer pequeña, rubia, de cara redonda y expresión de curiosidad en la mirada. Lucía un vestido pardo de buena calidad y había estado sentada sobre una pila de cojines, bordando. Nada más entrar yo, se levantó e hizo una reverencia.

—Elizabeth —dijo Harsnet—, permíteme presentarte al procurador Matthew Shardlake, que colabora conmigo en un encargo que entraña cierta… dificultad. Después de la cena, tendríamos que tratar de ciertos asuntos —añadió. Me dedicó una mirada de advertencia, y comprendí que su esposa no estaba al corriente de los asesinatos, de modo que debería esperar a que concluyese la velada para tener noticias de Lockley.

—Últimamente no es nada fácil ver a Gregory —dijo Elizabeth en un tono de voz agudo pero agradable—, y cuando tengo ocasión de verlo está muy cansado. Espero que vos no seáis responsable de todo el trabajo que está haciendo, señor.

—Por supuesto que no, señora. Yo solo soy su compañero de fatigas.

—Gregory habla en términos muy elogiosos de vos.

Miré a Harsnet algo sorprendido, puesto que siempre lo había considerado incapaz de respetar a alguien que no comulgase con su rígida visión de la fe. Él sonrió, incómodo, y corroboré la impresión que tenía de él, de que era un hombre tímido.

—Aún no os he agradecido adecuadamente que me hayáis cedido a vuestro hombre —dije—. Es una buena persona, y las mujeres se sienten seguras teniéndolo allí.

A Harsnet pareció complacerle la información.

—Sabía que os prestaría un buen servicio; es miembro de mi iglesia.

Elizabeth me invitó a sentarme a la mesa, cubierta con un resplandeciente mantel bordado.

—Confío que os guste el cordero asado, señor —dijo.

—Es uno de mis platos favoritos —respondí con sinceridad.

Ella hizo sonar una campanilla y los sirvientes aparecieron con una espléndida bandeja de cordero, además de recipientes con verdura. Comprendí que era la primera vez que cenaba fuera desde aquella última noche en casa de Roger y Dorothy. Samuel ya se habría marchado a esas alturas, así que Dorothy debía de estar sola otra vez. Decidí visitarla al día siguiente.

Se abrió de nuevo la puerta y una doncella acompañó a cuatro niños, dos varones y dos niñas, cuyas edades estarían comprendidas entre los diez y los cuatro años; llevaban el cabello cepillado, y los dos más pequeños vestían el blusón de noche.

—Adelante, niños, venid a conocer a maese Shardlake —dijo Harsnet. Los pequeños entraron y se situaron obedientemente junto a su padre; los dos varones se inclinaron ante mí, y las pequeñas me hicieron una reverencia. Harsnet sonrió—. Los muchachos son Absalom y Zealous, y las niñas Rachel y Beulah.

Todos aquellos nombres correspondían al Antiguo Testamento, exceptuando a

Zealous; uno de esos nombres extraños que los reformistas radicales les ponían entonces a sus hijos, como Temor de Dios, Perseverancia y Salvación. Las dos niñas pequeñas me miraron la espalda con interés no disimulado; el niño más pequeño tenía la cabeza gacha, mientras que el mayor, Zealous, tenía una mirada furibunda. Su padre le puso la mano en la cabeza.

—Espero que los azotes te hayan ayudado a aprender la lección —dijo muy serio —. Pronunciar el nombre de Nuestro Salvador en vano constituye un grave pecado.

—Sí, padre —respondió el muchacho en un tono de voz templado, a pesar del enfado que transmitían sus ojos.

Harsnet despidió a los niños, mirándolos mientras abandonaban la estancia, y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tuve que dar unos azotes a Zealous con la vara por jurar cuando entré —explicó—. Es la parte más desagradable de ser padre. Pero es necesario hacerlo. No tenía la menor idea de que él conociera esas palabras. —Guardó de nuevo silencio, y volví a reparar en aquella mirada de preocupación.

—Los niños suelen ponernos a prueba —aseguró Elizabeth—, aunque también constituyen un gran consuelo, y el futuro. —Me dirigió una sonrisa—. Mi marido me dijo que no estabais casado.

—No —respondí, conciso, sirviéndome con el cuchillo otro filete de cordero.

—El matrimonio es un estado al que Dios llama al hombre —dijo, mirándome fijamente.

—Eso dice vuestro marido —contesté—. Será que Dios no me ha llamado. —Y, volviéndome hacia Harsnet, le pregunté—: Mencionasteis que lleváis seis años trabajando de ayudante de forense. ¿Dónde aprendisteis leyes, señor?

—En Middle Temple. Después trabajé unos años en Lincolnshire, de donde eran oriundos mis padres. Luego se produjo la revuelta del norte hace unos seis años. Recluté una tropa para luchar contra esos papistas. Pero no hubo necesidad de reñir, pues se rindieron de inmediato.

—En Yorkshire fue otra historia —apunté.

—Gracias a Dios que la Peregrinación de Gracia se aplacó también allí abajo. Pero después recibí instrucciones de presentarme ante Thomas Cromwell. Por lo que sé, vos también tuvisteis ocasión de conocerlo. —Harsnet me observó con aquella mirada penetrante tan propia de él.

—Sí, en sus tiempos de joven radical.

—Entonces se encontraba en la cumbre de su poder. Me comentó que había reparado en que era un hombre de cierta capacidad, y me pidió que aceptara el cargo de ayudante del forense real, puesto que el anterior había fallecido recientemente. —Harsnet suspiró—. Éramos muy felices en Lincolnshire, no queríamos trasladarnos, y, aunque el puesto comporta un buen salario, como todos los cargos reales, el dinero nunca ha sido nuestra principal preocupación en la vida.

—No era fácil rechazar las propuestas de lord Cromwell.

—Ah, pero si yo no quería rechazar su oferta… —protestó—. Me confesó que mi nombramiento supondría para la corte contar con un hombre más de nuestra fe.

—Es un trabajador incansable, maese Shardlake —apuntó Elizabeth—. Pero todos nosotros debemos representar nuestro papel según los designios del Señor. —Sonrió, y me pregunté si acababa de lanzarme otra indirecta relacionada con mi soltería.

—Dijisteis que os estáis planteando iniciar la suscripción para un hospital para los pobres —dijo Harsnet.

Me alegró que cambiara de tema.

—Sí, de hecho fue idea de Roger Elliard. Aceptar suscripciones de los miembros del Colegio de Lincoln, y quizá ampliarlo a todos los colegios de la corte, para fundar un hospital para los pobres y los enfermos. Mi intención es empezar a trabajar en ese asunto cuando tenga el tiempo necesario.

—Me parece un plan estupendo —dijo al tiempo que asentía—. Entre estas cuatro paredes, os confesaré que el rey no tiene la menor intención de gastar el dinero obtenido de los monasterios para sustituir los hospitales que albergaban por algo mejor.

—Ya. Lo único que le interesa es construir palacios y hacer la guerra al francés, puesto que ya ha logrado derrotar a Escocia.

Harsnet volvió a asentir.

—Ay, sí, y todo por vanagloriarse.

—Gregory… —intervino, incómoda, su mujer.

—Lo sé, amor mío, tenemos que ser cuidadosos. Pero volvamos al tema del hospital, procurador Shardlake. Me gustaría ayudaros cuando pongáis el proyecto en marcha. Aún conservo ciertos contactos en Middle Temple. ¿Dónde querríais construirlo?

—Os confieso que no he pensado en ello. Aunque no será por falta de tierras en Londres desde que derruyeron los monasterios.

—Que sea en el centro, pues —dijo, asintiendo una vez más—. Ahí es donde se reúnen para mendigar. Cada día somos testigos de lo mucho que sufren. Y puesto que sufren y son ignorantes, constituyen una gran tentación para poner en duda la providencia y los cuidados de Dios.

—En el hospital podría enseñárseles la Biblia —sugirió Elizabeth.

—Sí. —Harsnet inclinó la cabeza, pensativo—. Después de que se les cure el cuerpo.

Habíamos terminado de cenar, y Harsnet reparó en mi mirada.

—Si nos disculpas, querida… —dijo a su esposa—. El procurador Shardlake y yo tenemos que hablar. ¿Os parece bien que vayamos a mi despacho, señor?

Me puse de pie y me incliné ante la señora Harsnet.

—Os quedo muy agradecido por esta espléndida cena, señora.

Ella inclinó levemente la cabeza para corresponderme.

—Me alegra saber que habéis disfrutado de ella. Pensad, señor, en que si algún día os casáis, podríais disfrutar cada noche de una mesa así.



Harsnet me condujo a su despacho, una estancia pequeña en la que había un escritorio cubierto de papeles y pocos muebles más. En una pared había un trozo grande de vidriera, enmarcado. Representaba un motivo de rosas rojas y blancas, con hojas doradas sobre fondo oscuro entre unas y otras. Resultaba agradable verlo, quizá por el modo en que iluminaba la estancia.

—Procede del antiguo convento de Bishopsgate —me dijo—. Me pareció que era muy bonito, y no hay en él ninguna de esas horribles imágenes de santos.

—Es muy bello, sí. Pero, señor… ¿qué me decís de Lockley?

Se le ensombreció el rostro; me hizo un gesto para señalarme la silla que tenía enfrente, y el corazón me dio un vuelco al comprender que me esperaban malas noticias.

—Ha desaparecido —dijo—. Huyó. Cuando llegaron mis hombres a la taberna, encontraron muy agitada a esa tal Bunce. Según parece, Lockley había salido tres horas antes para hacer un encargo en la bodega, pero no había vuelto. La viuda contó que vuestra última visita lo había alterado mucho.

—Bueno, al menos eso nos demuestra que ocultaba algo.

El forense apoyó una mano crispada en la mesa.

—Lockley ha desaparecido. Podría ser nuestro asesino.

—No lo creo. Me explico, para empezar no creo que sea lo bastante inteligente. No, debe de conocer algún secreto relacionado con las enfermerías de la abadía. Barak especuló acerca de la posible existencia de sodomitas en ese lugar, aunque eso también lo dudo, la verdad.

—Ahora mismo ordenaría la detención y custodia del deán Benson, pero no es fácil. Mañana tengo cita con lord Hertford, de modo que ya veré qué puede hacerse al respecto. No estará complacido —añadió.

—No tenemos mucha suerte que digamos.

—Pero el asesino sí la tiene. Quizá eso no debería sorprendernos. Lleva dentro al diablo y le sale bien todo cuanto hace. Parece invisible, intocable. —Clavó en mí una mirada teñida por la desesperación.

—Fracasó con Cantrell —dije—. ¿Habría permitido el diablo tal cosa?

Harsnet siguió mirándome, y su mirada recuperó la fuerza y la dureza de antaño.

—Sé que no creéis que el asesino esté poseído, señor. Pero ¿de qué otro modo ibais a explicaros que alguien sea capaz de llevar a cabo actos tan diabólicos? Y sin que redunde en provecho propio.

—Es que precisamente el asesino tiene que obtener algún provecho de ello. Creo que siente una necesidad compulsiva de matar. Y no debe de ser el primero en

hacerlo.

—¿Lo atribuís a la locura? Si vais a justificar esa definición, señor, si se trata de algo más que de una simple palabra, tenéis que decirme de qué modo su mente se encuentra trastornada, cuánto y el porqué de su locura.

—No puedo —admití—. Únicamente puedo deciros que en el pasado se han registrado casos similares.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido.

Le hablé acerca de Strodyr y de De Rais. Cuando hube terminado, extendió las manos con una sonrisa entristecida.

—Pero, señor, los casos que mencionáis son, claramente, de posesión, no de locura, al menos tal como la conocemos. Y tanto da lo que opine ese antiguo monje, el doctor Malton.

—Quizá nunca exista una explicación para hombres como estos.

—Es que la posesión constituye una explicación —insistió Harsnet, inclinándose hacia mí—. Actos que únicamente tienen sentido como malvada burla de la religión verdadera.

—¿La religión verdadera? —pregunté en voz baja—. ¿Es así como vos definiríais el Libro de las Revelaciones?

—¿De qué otro modo ibais a definirlo? —Harsnet extendió aún más las manos—. Se trata de un libro de la Biblia, y esta es, toda ella, la palabra de Dios; nos dice cómo vivir y cómo encontrar la salvación, cómo empezó el mundo y cómo terminará. No podemos escoger qué partes de la Biblia creer y cuáles no.

—Desde los primeros padres de la Iglesia hasta el propio Erasmo, ya en nuestros tiempos, son muchos los que han puesto en tela de juicio que el Libro de las Revelaciones fuese inspirado por Dios.

—Pero los padres de la Iglesia lo aceptaron. Y Erasmo se mantuvo fiel a sus ideas papistas, pues no se atrevió a convertirse en un auténtico reformista. La Biblia son las Sagradas Escrituras, y el diablo ha penetrado en el cuerpo de ese hombre para blasfemar.

No respondí. Harsnet y yo nunca nos pondríamos de acuerdo. Para mi sorpresa, vi que sonreía.

—Ya veo que no seré capaz de convenceros —dijo.

—Me temo que no —respondí con una sonrisa—. Ni yo a vos.

Me miró, pero no lo hizo con hostilidad, sino con compasión.

—Lamento que mi esposa se mostrara tan insistente respecto a las virtudes de la vida conyugal. Hoy en día, las mujeres hablan cuanto les place. Sin embargo, tiene razón. Matthew, si me permitís que os llame así…

—Por supuesto.

—Os he observado con gran interés a lo largo de esta pasada semana. Trabajar juntos le proporciona a uno la oportunidad de sopesara un hombre. Sois astuto, y un hombre poseedor de una gran altura moral.

—Os agradezco el cumplido.

—Erais un abogado con éxito, cercano en los afectos al Thomas Cromwell de la primera etapa —continuó, mirándome fijamente—. Creo que podríais haberos convertido en uno de los vocales nombrados para la secularización de los monasterios.

—No quería ese trabajo. Requería de personas más implacables que yo.

Harsnet asintió.

—Sí, un hombre de una gran estatura moral. Pero no es posible que alguien así carezca de fe.

—En una ocasión compartí mis habitaciones con un buen hombre, practicante de la nueva fe. Partió para convertirse en predicador. Imagino que sigue ahí fuera, en algún lugar. Pienso en él a menudo. Claro que también he conocido buenas personas que se aferraban a la antigua fe. Por no mencionar, por supuesto, a que también hay hombres malvados que profesan una y otra.

—Creo que dudáis, que sois lo que la Biblia denomina un laodicense.

—Os referís a la Iglesia que, como a otras, san Juan de Patmos critica en las Revelaciones… Pues, sí, dudo —dije adoptando un tono de cierta frialdad. No quería mantener aquella conversación, no quería que Harsnet intentara convertirme a su manera paternalista, pero tampoco quería mostrarme impertinente. Sentía una compasión sincera, y yo tenía que trabajar con él.

—Perdonadme —dijo—, pero ¿no creéis, quizá, que el estado de vuestra espalda os vuelve amargo, os indispone y hace que os resistáis a Dios? Vi cómo os afectó la mención que hizo el deán Benson de la burla del rey en York. Lamentablemente, esa es la clase de cosas que algunos hombres recuerdan y que luego os mentan.

Sentí ira. Había ido demasiado lejos.

—Cuando era hombre de fe ya tenía esta giba —dije con firmeza—. Si ahora dudo, si ahora me he convertido, tal como decís, en un laodicense, se debe a que durante diez años he visto a hombres pertenecientes a ambos bandos que hablaban de la gloria de Dios, lo que no les impedía perseguir y asesinar a sus congéneres. Por sus frutos los conoceréis, ¿no es eso lo que dice la Biblia? Mirad los frutos de la religión en estos últimos diez años. Este asesino cuenta con infinidad de muestras de crueldad y violencia en las que inspirarse.

Harsnet frunció el entrecejo.

—Los agentes del Papa no muestran piedad alguna para con la religión verdadera, de modo que tenemos que ser fuertes. Sabéis muy bien qué está haciendo Bonner. No me gustan las medidas drásticas, las odio, pero a veces son necesarias. —Un tic le frunció momentáneamente la mejilla.

—¿Vos qué creéis, Gregory? —pregunté, más calmado—. ¿Estáis con Cranmer y pensáis que el rey ha sido nombrado por Dios para supervisar la doctrina de la Iglesia, y que todo debería hacerse según su voluntad?

—No. Creo que la verdadera Iglesia cristiana debería gobernarse a sí misma. Ni

obispos ni ceremonias. Tal como se regía la Iglesia al principio, así debería ser al final. Creo que se acerca el fin de los tiempos —concluyó.

—Sí. Ya me ha parecido.

—Veo las señales, los sucesos extraños que se producen por doquier, en todo el mundo, como que las aguas nos devolvieran a esos enormes peces, y la persecución que sufren los cristianos. El Anticristo está aquí, y es el Papa. No es momento para medidas poco enérgicas.

—Yo creo que el Libro de las Revelaciones lo escribió un falso profeta —dije—, quien se limitó a repetir sus sueños y fantasías.

Pensé que Harsnet se mostraría furioso ante mi comentario, pero en su rostro volvió a aparecer aquella mirada compasiva. Soltó un hondo suspiro y dijo:

—Veo que creéis en lo que decís, Matthew. Y hay ciertas cosas que puedo contemplarlas desde vuestro punto de vista. Creedme, a veces no me gustan las cosas que hago, como por ejemplo el modo en que tuve que conducir aquella malhadada vista. —De nuevo percibí el tic en la mejilla, que esta vez se contrajo dos veces—. Aquel día recé mucho. Y creo que Dios me respondió, que me confirmó que debía de mantener en secreto la verdad sobre el asesinato del pobre maese Elliard. Nunca actúo sin rezar, y Dios me responde, y entonces sé que he tomado el camino correcto. —Sonrió—. Y, al final, yo responderé ante Él, no ante los mortales. —Me miró con gran seriedad—. También yo dudé de joven; creo que todos dudamos entonces. Pero un día, cuando rezaba para aclararme, sentí que Dios acudía a mí y fue como si despertara de un sueño. Tuve claro el amor que Él sentía por mí, como si hubiera limpiado mi mente —añadió con pasión.

—Yo también sentí una vez lo mismo —admití, melancólico.

—¿Y no os bastó?

—No.

Harsnet sonrió.

—Quizá vuelva a sucederos. Cuando hayamos dejado atrás todo este horror. —Titubeó, y la timidez afloró de nuevo a su rostro—. Me gustaría ser vuestro amigo, Matthew —agregó—. Soy un amigo leal.

—¿Lo sois incluso con los laodicenses? —inquirí con una sonrisa.

—Incluso con ellos, sí.

Nos estrechamos la mano, y me pregunté si, al final de aquel cúmulo de horrores, yo recuperaría mi fe, o él perdería la suya.

Capítulo 29

Era de noche cuando cabalgué por el Strand, cansado tras una larga jornada, pasando por delante de las casas de los ricos que flanqueaban el camino entre Westminster y Londres. Las tenues luces de las velas titilaban en las ventanas, iluminando débilmente el camino. Había poca gente en las calles tras el toque de queda londinense, pero, como en todo momento desde hacía unos días, yo me mantenía atento.

Reinaba un ambiente templado, pero húmedo, y al levantar la vista al cielo vi que una nube ocultaba las estrellas. Iba a llover. Los puntos del brazo parecían tirar más que antes. Al día siguiente, si me lo permitían mis compromisos, visitaría a Guy para preguntarle cuándo me los quitarían. También quería volver a hablar con él acerca de Adam Kite y de la clase de criatura que podía ser el asesino. No me quitaba de la cabeza la conversación con Harsnet; no creía que el asesino estuviese poseído, pero tampoco podía decir con total seguridad que tuviese una hipótesis mejor al respecto. Y no sabía cuándo volvería a atacar, ni dónde.

Cuando entré en casa, el hombre de Harsnet, Orr, se encontraba sentado en el salón, leyendo la Biblia.

—¿Todo en orden, Philip? —pregunté.

—Sí, señor. Di un par de vueltas por la calle, para que se me viera bien. Los transeúntes de costumbre. Mucha gente de toga y un vendedor ambulante con el carro, voceando las mercancías durante buena parte de la mañana.

—Pues anda un poco extraviado. No creo que venda mucho por aquí.

—Últimamente hay tantos hombres que se quedan sin trabajo que uno se encuentra vendedores ambulantes por todas partes.

—Es verdad. —Entré, satisfecho de contar con la presencia de Orr en la casa. Me gustaba su sólida escrupulosidad. Su presencia servía de disuasión, si nuestro temido visitante se planteaba volver a causarnos algún daño.

En el interior de la casa reinaba la tranquilidad. Me dispuse a subir por la escalera, pero me detuve en el primer escalón al oír un ruido procedente de la cocina, cuya puerta estaba cerrada. Era el llanto de una mujer. Me acerqué en silencio y abrí la puerta.

Hallé a Tamasin sentada a la mesa, llorando. Era un llanto conmovedor, provocado sin duda por una honda desdicha. Joan estaba a su lado, con un brazo por encima de los hombros de la joven. Miré por la ventana y vi a los dos muchachos, Peter y Timothy, de pie en el patio, con la nariz pegada al cristal. Les hice un gesto, y ambos giraron en redondo y se alejaron corriendo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Tamasin levantó la cabeza y me miró. Casi le había desaparecido la hinchazón,

pero tenía la cara roja y surcada de lágrimas. Reparé en que hacía mucho tiempo que no la veía tal como era.

—No es nada —respondió.

—Pues claro que pasa algo —repliqué, consciente de la impaciencia de mi tono de voz.

—No es más que un desacuerdo entre Jack y ella —intervino Joan.

—Llegó borracho… hace una hora —explicó Tamasin, desolada—. Entró en el dormitorio y me respondió de malos modos cuando le pregunté qué le pasaba. No pienso aguantarlo más —añadió con repentina ira.

Fruncí el entrecejo.

—Hablaré con él. No permitiré que duerma la borrachera en esta casa.

Salí de la cocina y subí a la primera planta. Estaba muy molesto con Barak, y también conmigo mismo. Me había ofrecido a ayudarla, pero no había logrado absolutamente nada.

Encontré a Barak en su habitación, sentado en un taburete que había junto a la cama. Cuando levantó la cabeza, vi que también tenía la cara roja, pero era debido a la bebida.

—No empecéis —me advirtió.

—Estoy en mi casa y haré lo que me plazca. ¿Así es como cumples tu promesa de arreglar las cosas con Tamasin?

—Eso no os incumbe —masculló.

—El que le causes semejante disgusto me incumbe. ¿Dónde has estado?

—Tomando algo con unos antiguos compañeros. En la ciudad.

—Antes no bebías así. ¿Por qué lo haces ahora? ¿Aún te pesa haber perdido a tu hijo? —añadí con mayor templanza.

No respondió.

—¿Y bien? —lo urgí.

—Este asunto me pone enfermo —dijo—, y vos sabéis a qué me refiero. Podría matar de nuevo esta misma noche. No tenemos nada, excepto retazos de información.

—Lo sé —admití, más calmado—. Yo me siento igual. Pero no tienes derecho a hacérselo pagar a Tamasin.

—No lo hice. —De nuevo se le enturbió la voz—. Entré aquí y ella empezó a reprocharme que estuviese borracho. Le dije que me dejase en paz, y como no lo hizo, la insulté. No sabe cuándo tiene que dejarme en paz.

—Podrías haberle contado qué es lo que te preocupa.

—¿Cómo? —me preguntó, volviéndose hacia mí—. ¿Contarle que el hombre que la atacó sigue libre, que no sabemos absolutamente nada y que esperamos que vuelva a matar? ¿Qué cabe la posibilidad de que vuelva a atacarnos? Odio estar tan indefenso. Ojalá diéramos con él. —Y negó con la cabeza.

—Creo que deberías dormir la borrachera —dije—. Y cuando despiertes, discúlpate con Tamasin. O la perderás.

—Quizá me ha poseído uno de los demonios de Harsnet —aventuró con amargura.

—Sí, un demonio salido de una botella. —Cerré la puerta, dejándolo a solas en la habitación.



A pesar de lo que había previsto, esa noche dormí de un tirón, como si haberle expresado a Barak mi frustración hubiese liberado algo en mí. Empezó a llover con fuerza cuando me dispuse a acostarme. El sonido de las gotas al repicar contra las ventanas fue lo último que recuerdo haber escuchado. Desperté temprano; el cielo seguía encapotado, pero al menos por el momento había dejado de llover. Debía de haber caído una buena durante toda la noche, porque había charcos en el sendero del jardín, al pie de mi ventana.

El silencio reinaba en el resto de la casa. Barak y Tamasin no se habían levantado aún, y me pregunté si se las habrían apañado para arreglar las cosas entre ambos. A juzgar por el estado en que se encontraba Barak la última vez que lo había visto, tenía motivos sobrados para ponerlo en duda. Me había resultado extraño regañarlo, puesto que hacía tiempo que lo consideraba más un amigo que un subordinado.

Hasta que recibiera noticias de las investigaciones e interrogatorios de Harsnet, y de sus esfuerzos de presionar al deán Benson, tenía abundante trabajo pendiente en Chancery Lane. Sin embargo, lo primero que tenía que hacer era visitar a Dorothy. Me preguntaba cómo le iba sin Samuel. Quise tener algunas noticias que darle respecto al asesino de Roger. Había oído la voz de Joan en la cocina, hablando con Orr, pero no quería enredarme con ella a hablar de Tamasin y Barak, y tampoco me apetecía desayunar, así que me fui de casa sin decir nada. Recorrí el corto tramo de Chancery Lane que me separaba del Colegio de Lincoln. El camino se había enfangado y me alegró haberme puesto las botas de montar.

En el Colegio de Lincoln había empezado la jornada laboral, y los abogados, vestidos con sus togas negras, caminaban de un lado a otro por Gatehouse Court, con documentos bajo el brazo, mientras el agua de la fuente salpicaba bajo el cielo gris.

Margaret abrió la puerta y me condujo a las habitaciones de Dorothy. Me indicó que la señora estaba en casa, repasando unos papeles.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Creo que intenta volver a la rutina, señor. Pero le está costando.

Encontré a Dorothy en el salón. Seguía pálida y algo débil, pero al entrar me saludó con una sonrisa.

—Os veo cansado —dijo.

—Esta persecución… —Hice una pausa—. Aún anda suelto. Lo sé, dentro de poco habrán pasado dos semanas desde lo sucedido.

—Sé qué hacéis todo lo posible, Matthew. —Se levantó de la mesa, limpió la

pluma y la dejó junto a los papeles—. Bueno, puesto que ha dejado de caer esa condenada lluvia, ¿qué os parece si me lleváis de paseo a Coney Garth? Necesito tomar el aire.

—Será un placer. —Me complacía mucho ver que podía prestarle atención a cosas tan mundanas—. Pero poneos las botas, que el suelo está mojado.

—Voy por ellas.

La esperé en el salón. Me quedé de pie junto al fuego, frente a la atenta mirada de los animales que me observaban medio ocultos por la maleza del friso de madera. Dorothy regresó vestida con una capa negra con capucha y botas altas de montar, y salimos de la casa para cruzar Gatehouse Court. Los abogados nos saludaron con leves inclinaciones de cabeza, y en sus miradas me pareció leer una mezcla de curiosidad e incomodidad. Reparé en que Dorothy no dirigió una sola mirada a la fuente.

Llegamos a los jardines del Colegio de Lincoln. El asesino había huido a través de ellos después de matar a Roger. Cerca había una loma, con las pendientes salpicadas de madrigueras de conejo, donde los estudiantes acudían a procurarse el alimento tras las clases. Cogimos un sendero que llevaba a la cima de la loma, donde el suelo estaría más seco. Dorothy anduvo en silencio, pensativa.

—A estas alturas, Samuel ya debe de haber llegado a Bristol —dije.

—Sí. Insistió mucho en que lo acompañara.

—También dijo que no habría manera de convenceros.

—No, no me iré. Seguiré aquí hasta que atrapen al asesino. Y aún tengo algunos asuntos pendientes. Maese Bartlett ha tenido la amabilidad de procurarme una lista de los honorarios que se le deben a Roger por los casos que llevaba. Y no puede decirse que esté sola. He tenido muchas visitas. —Sonrió con tristeza—. ¿Recordáis a *madame* Loder, que acudió a la cena que dimos el mes pasado? Hace dos días me visitó. Acababa de sentarla sobre unos cojines, y le había servido una copa de vino, cuando se inclinó y esos dientes falsos suyos se le cayeron en el regazo. —Rio—. Pobre mujer, se sintió muy incómoda. Me dijo que iba a tener unas palabras con el sacamuelas que le pergeñó la dentadura.

La anécdota me recordó la experiencia vivida por Tamasin. Me pregunté si a la señora Loder se le había ocurrido plantearse alguna vez de dónde habían salido sus dientes.

—¿Seguiréis evitando salir a la calle sin ir con alguien que os acompañe? —pregunté—. Únicamente se trata de una medida de precaución, pero creo que es lo correcto.

—Sí.

—Qué pensáis al respecto: ¿os quedaréis en Londres u os trasladaréis a Bristol? A la larga, me refiero.

Ella exhaló un suspiro.

—Creo que me resultaría difícil comprar una casa en Londres. Quizá en Bristol

podría hacerlo. —Enarcó las cejas—. El tesorero Rowland me ha enviado un mensaje; más allá de la redacción y los términos amables, está claro que quiere que abandone la casa lo antes posible.

—Ese hombre es un desalmado.

—Se ha abierto una vacante en el Colegio y querrá cubrirla —lo excusó ella, encogiéndose de hombros. Y con una mirada escrutadora, dijo—: Samuel quiere que me traslade a Bristol con carácter permanente. Pero la obstinación no es el único motivo de que me quede. Es que es algo pronto para tomar una decisión a ese respecto —concluyó con un suspiro—. Me resulta muy difícil pensar con claridad. Me sigue a todas partes el vacío que ha creado la ausencia de Roger. Es como si hubiera un agujero en el mundo. Pero ¿sabéis una cosa?, esta mañana me he dado cuenta de que he trabajado durante media hora sin pensar siquiera en él. Me he sentido culpable, como si lo hubiera traicionado.

—Creo que así es como se manifiesta el dolor. Ese agujero en el mundo que mencionáis estará siempre ahí, pero poco a poco seréis capaz de ver otras cosas. No tendríais que sentiros culpable.

Dorothy me miró con curiosidad.

—¿También vos habéis experimentado ese sentimiento?

—Una mujer que conocí murió en la peste de mil quinientos treinta y cuatro. Hace nueve años, pero aún pienso en ella. Antes llevaba un anillo en señal de duelo por su muerte.

—No lo sabía.

—Fue después de que Roger y vos os trasladarais a Bristol. —La miré—. Dorothy, ¿puedo preguntaros algo?

—Lo que sea.

—Se trata de ese asunto que os empuja a quedaros, ¿tiene algo que ver con que sea atrapado el asesino? Porque no sé cuándo será posible hacerlo.

Ella dejó de caminar, se volvió hacia mí y me puso la mano en el brazo. La palidez de su rostro, perfilado por la capucha negra, se caracterizaba por una honda preocupación.

—Matthew —dijo, bajando el tono de voz—. Soy consciente de que hay algo terrible que os devora por dentro. Lamento haber sido yo quien os hizo emprender esta investigación. Pensé que a los estamentos oficiales no les importaba este asunto. Pero, ahora que sé que están buscando a ese hombre, quiero que os retiréis, que dejéis el asunto en sus manos. Esto os está afectando.

Negué con la cabeza, entristecido.

—Ahora estoy atado a esta investigación, atado y lastrado por esas cadenas y grilletes oficiales de los que habláis. Él ha… Ha vuelto a matar.

—Oh, no.

—Tenéis razón, Dorothy, el horror me devora por dentro, pero ahora ya es demasiado tarde para apartarse. Además, he involucrado a otros: Guy, Barak.

—«Incluso si estuviera dispuesto a dejar en paz al asesino», pensé, «¿estaría él dispuesto a dejarme en paz a mí?»—. No os preocupéis —continué diciendo—. Casi tenemos la certeza de la identidad del asesino. Lo atraparemos. Y una cosa de la que sí estamos seguros a estas alturas es que Roger fue una víctima casual, en el sentido de que el asesino podría haber escogido a cualquier otra persona.

—Oír eso no solo me aporta poco alivio, sino que, además, empeora las cosas. Pero así ha sucedido y debo soportarlo. Ya nada me devolverá a Roger.

—Se os ve mucho más tranquila —dije, sonriéndole—. Vuestra fuerza os está ayudando.

—Puede.

—¿Sentís que Dios os conforta en vuestro dolor? —pregunté impulsivamente—. ¿Qué os socorre?

—Rezo. Lo hago para que me ayude a superar lo sucedido. Pero no pediría a Dios que me librase del dolor. Debo soportarlo. Aunque no puedo entender cómo Dios permite que un buen hombre muera de ese modo. A eso me refería al decir que no solo no me alivia, sino que empeora las cosas.

—Supongo que podría aludirse que el asesino es un hombre malvado, que ha dado la espalda a Dios y a todo lo que es bueno. Y Dios nos concede el libre albedrío para actuar así.

—Últimamente no tengo ánimos para especular a ese respecto —dijo ella, negando con la cabeza.

Anduvimos un rato en silencio.

—Poseéis un gran coraje, Matthew, para llevar a cabo una labor tan odiosa —dijo, al cabo, sonriéndome—. Sería difícil para cualquiera, pero es que a vos… A vos os afectan las cosas.

—También a Barak le ha afectado. Y a Guy, creo.

—¿Estáis seguro de que no podéis abandonar?

—No. Ahora no.

Habíamos llegado al extremo de una suave pendiente y nos hallábamos contemplando los jardines del Colegio de Lincoln y los campos de Long Acre, que se extendían más allá. Las nubes surcaban el cielo en diversas tonalidades de gris, promesa de más lluvia.

—¿Recordáis cuando nos conocimos? —preguntó de pronto Dorothy—. ¿Aquel asunto del documento de maese Thornley?

—Lo recuerdo como si fuera ayer —respondí con una sonrisa.

Hacía veinte años, Thornley era un estudiante, compañero de Roger y mío. Los tres habíamos habilitado un tabuco para que nos sirviera de oficina en el Colegio. Era una tarde de verano. Yo había estado sentado, trabajando con Roger, cuando Dorothy se presentó con un mensaje de su padre, mi rector, acerca de un caso urgente para el cual requería de mi ayuda. Apenas acababa de contármelo, cuando Thornley entró a toda prisa.

—Era un tipo tan gordo y pequeño —recordó Dorothy—. ¿Os acordáis de él? Era rubicundo y tenía la cara redonda, pero aquella noche estaba blanco.

Lo recordaba perfectamente. A Thornley le habían planteado un problema increíblemente complejo de leyes de tierras, en torno al cual tenía que articular un ensayo para presentarlo al día siguiente.

—La historia que nos contó. —Reí solo de recordarlo—. No podría presentar el ensayo porque se lo había comido el perro. Era la excusa más lamentable del mundo, pero en ese caso era cierta. ¿Llegasteis a conocer al perro?

—No, pero vivía en su alojamiento, ¿verdad?

—Era uno de esos perrazos criados en la campiña. Lo tenía encerrado en la alcoba diminuta que alquilaba en Nuns Alley. El animal le hizo pedazos el mobiliario a dentelladas, y luego la emprendió con el contenido de la carpeta. De ahí sacó algunos pedazos de papel a medio masticar. Algunos seguían húmedos, recién regurgitados por el animal, pero toda la tinta se había corrido.

—Y lo ayudamos. Vos ordenasteis de nuevo los fragmentos, mientras Thornley, Roger y yo transcribíamos el ensayo. Había una parte ilegible y Thornley tuvo que estrujarse el cerebro para recordar lo que había escrito.

—Roger lo ayudó a llenar algunos blancos.

—Y al día siguiente, Thornley leyó el ensayo, y recuerdo que lo felicitaron por la precisión de que hacía gala el texto.

—¿Qué fue de Thornley? No volví a verlo después de licenciarnos. ¿Fue ese día cuando Roger y vos os conocisteis? —pregunté.

—Sí, en efecto, aunque ese día fue a vos a quien fui a ver.

—¿A mí?

—¿Es que no os dais cuenta de que mi padre podría haber enviado a un sirviente a entregar el mensaje? —preguntó ella con una sonrisa—. Me presté a llevároslo para poder veros.

—No me di cuenta —dije—. Pero recuerdo cuando reparé en que vos y Roger congeniabais, y la punzada de celos que sentí.

—Creía que yo no os interesaba. De modo que cuando conocí a Roger…

—De modo que vinisteis a verme a mí —dije en voz baja. Algo parecía tirarme del corazón. Contemplé la mezcla de tonos verdes y pardos del paisaje—. Apenas nos conocíamos —dije, al cabo—. Qué fácil resulta cometer errores.

—Sí —admitió ella con una sonrisa melancólica.

—Hace poco… No estoy seguro de conocer a Guy tan bien como había pensado. —Titubeé, invadido por emociones contradictorias, pero al final me volví hacia ella —. Espero que no os trasladéis a Bristol, Dorothy. Os echaré de menos. Pero tenéis que decidiros.

Ella bajó la mirada.

—Siento que soy una carga para mis amigos.

—No lo sois para mí. Eso jamás.

Dorothy contempló también los campos. Hubo un incómodo silencio.

—Tendríamos que volver —dijo ella.

Se dio la vuelta y echó a andar, y la falda del vestido acarició la hierba húmeda. Temí haberla incomodado. Pero entonces supe, entre toda aquella confusión mía, que si decidía quedarse, entonces, tras un período discreto, volvería a hacer lo posible para ganarme su afecto. Pensé que con el tiempo podría recuperar lo que había sentido en el pasado por mí. Quizá esos sentimientos reverdecían ya en ella; ¿por qué iba a contarme si no esa anécdota? Tuve la súbita certeza de que Roger lo habría aprobado.



El hecho de reconocer mis sentimientos hacia Dorothy, los cuales era muy posible que siempre hubieran estado allí, y pensar también que podía albergar esperanzas en un futuro, bastó para levantarme el ánimo. Entre todo el peligro y la confusión, había algo positivo a lo que aferrarse. Entonces, al cruzar el patio que separaba la casa de Dorothy de la mía, vi de nuevo a Bealknap. Estaba cruzando Gatehouse Court, encorvado, y reparé en que necesitaba ayudarse de un bastón. Caminaba con la cabeza gacha, de modo que podría haberlo evitado perfectamente, pero no lo hice. No solo recordé el encuentro que tuve con su médico en la botica de Guy, sino la confianza en las purgas y el sangrado de que hizo gala.

Bealknap levantó la vista al acercarme. Su rostro chupado podía tacharse de esquelético. Me miró con los ojos muy abiertos y una expresión llena de desprecio y malicia. Recordé cómo, cuando estaba bien de salud, era incapaz de mirarle a uno a la cara.

—Lamento veros caminar con bastón —dije.

—Apartaos de mi camino. —Bealknap asió el bastón con más fuerza, como si quisiera golpearme con él—. Terminaréis lamentando el modo en que me tratasteis.

—¿En el Tribunal de Apelaciones? No tuve otro remedio, pero, creedme o no, no me gusta ver a nadie enfermo. —Titubeé y reprimí la necesidad repentina de alejarme de él—. Hace unos días tuve ocasión de conocer a vuestro médico —dije—. El doctor Archer.

Entornó los ojos con suspicacia.

—¿Qué tiene que ver mi médico con vos?

—Lo conocí en la botica de mi amigo el doctor Malton, a quien había ido a visitar. Mencionó que tenía un paciente en el Colegio de Lincoln y nos dio vuestro nombre. Parecía uno de esos médicos empeñados en purgarlo todo.

—Y lo es. Me sangra y me purga constantemente, dice que mi cuerpo sufre de graves trastornos y que sigue produciendo malos humores que deben ser expulsados por la fuerza. —Se llevó una mano al estómago y torció el gesto—. Precisamente, hace poco me ha recetado una nueva purga. La flojera se produce tan rápido que es

como si me arrancaran el estómago.

—Algunos doctores no piensan más que en purgar. ¿Habéis pensado en procuraros una segunda opinión?

—El doctor Archer era el médico de mi padre. ¿De qué iba a servir otro médico, excepto para… confundirme? Por no mencionar el gasto que supondría. Con el tiempo, Archer logrará curarme. —Me miró, desafiante. Me sorprendió que precisamente Bealknap depositara su confianza en un médico que a todas luces estaba empeorándole el estado de salud. Pero un hombre puede ser astuto como una serpiente en un ámbito concreto, e inocente como un escolar en otro.

—Bealknap, ¿por qué no vais a visitar a mi amigo el doctor Malton? —le pregunté tras aspirar aire con fuerza—. Para que él os dé otra opinión.

—¿A ese moro de piel oscura? ¿Y si el doctor Archer lo descubre? Dejaría de tratarme.

—El doctor Archer no tiene por qué enterarse.

—Supongo que el doctor Malton querrá que se le pague por adelantado. Un nuevo ingreso para él.

—No —dije. Aunque, si Bealknap acudía a Guy, estaba dispuesto a pagarlo de mi bolsillo, antes que permitir que mi amigo tuviese que andar tras él para que le satisficiera la minuta.

Al entornar de nuevo los ojos, Bealknap adoptó una expresión calculadora. Vi que se preguntaba si de nuestra conversación iba a derivarse una visita gratuita al médico, lo que para él constituía un modo peculiar de anotarse un tanto.

—De acuerdo —dijo decidido, como quien acepta un desafío—. Iré. Ya veremos qué tiene que decir él al respecto.

—Estupendo. Lo encontraréis en Bucklersbury. Mañana iré a visitarlo, ¿queréis que os concierte una visita?

—¿Por qué hacéis esto? ¿Para qué vuestro amigo os deba un favor, quizá? —preguntó.

—No me gusta ver a nadie empeorar por culpa de un mal tratamiento médico. Ni siquiera en vuestro caso, Bealknap.

—¿Cómo es capaz de distinguir un neófito un tratamiento bueno de uno deficiente? —murmuró antes de darme la espalda y alejarse caminando sin darme siquiera las gracias.

Lo vi alejarse; anduvo apoyando el bastón en las losas de piedra. También yo me pregunté por qué lo había hecho. Comprendí que si Guy era capaz de ayudar a Bealknap, y cabía la posibilidad de que lo fuera, sería yo quien me habría anotado un tanto contra mi viejo enemigo. Y también, en cierto modo, me convertiría en alguien virtuoso. Me pregunté si eso formaba parte del motivo de mi oferta, aunque, si no actuásemos hasta estar convencidos de la pureza de nuestros motivos, jamás moveríamos un dedo.

Capítulo 30

Durante el resto del día trabajé con denuedo en mi despacho. Se puso a llover de nuevo, y estuvo cayendo con ganas toda la tarde. Barak me hizo compañía; no estaba de humor para charlar, y de vez en cuando torcía el gesto, probablemente por los dolores de cabeza causados por la resaca. Desde mi punto de vista, se los tenía bien merecidos. Hacia el anochecer, llegó un jinete del despacho de Cranmer, quien requería mi presencia en la reunión que debía celebrarse la tarde siguiente en Lambeth. Pensé que no podía haberse producido ningún avance importante, o habría querido verme de inmediato. Más bien, el motivo de la reunión debía de ser la falta de avances. Me fui temprano a la cama. Aquella noche llovió con fuerza otra vez, y el repiqueteo de la lluvia en el tejado me despertó un par de veces. Pensé en el asesino, que andaba suelto en algún lugar. Podía estar vigilando la casa en ese momento, puesto que ni la lluvia ni el frío suponían para él un obstáculo. O quizá estaba sentado en cualquier habitación de aquella enorme ciudad, tan atento como yo al sonido de la lluvia, mientras solo Dios sabía qué pensamientos le cruzaban por la cabeza.

A la mañana siguiente, el día amaneció soleado de nuevo, tanto que prometía ser el más caluroso hasta el momento. La primavera seguía avanzando. Al sentarme a desayunar, vi a Tamasin caminando a solas en el jardín, deteniéndose a mirar los azafranes y los narcisos. Regresó a la casa y se sentó en el banco que había junto a la puerta de la cocina. Salí afuera para hacerle compañía. Ya no había ni rastro de contusiones, y su rostro había recuperado su belleza. Sin embargo, parecía preocupada. Se medio levantó al acercarme yo, y al verlo le hice un gesto para que siguiera sentada.

—¿No está mojado ese banco? —pregunté.

—El alero del tejado lo ha mantenido seco. Tenéis un jardín precioso —añadió, pensativa.

—Me he pasado años trabajando en él. ¿Cómo se encuentra Jack esta mañana? Creo que anoche no salió.

—No. Sigue con dolor de cabeza. —Llenó de aire los pulmones antes de continuar—. Pero se ha disculpado. Me dijo lo que os contó a vos: que cuando este asunto haya terminado, nos trasladaremos a una casita en alguna parte. Quizá incluso con jardín. Dijo que eso me mantendría ocupada. Me hubiera gustado que me lo contara antes que a vos.

—¿Os alegró la noticia?

—Me gustaría tener un jardín —respondió sin la menor inflexión en la voz—. Pero dudo que podamos permitírnoslo.

—Quizá haya llegado el momento de revisarle el salario.

—Me sorprende que no lo hayáis despedido, después de cómo se ha comportado

estando en vuestra casa —dijo con frialdad.

—Todos nosotros nos hemos visto sometidos a una gran tensión, Tamasin.

—Lo sé. —Me miró muy seria—. Pero los problemas con Jack comenzaron mucho antes que esto, como bien sabéis.

—Es consciente de haber obrado mal, Tamasin. Cuando todo termine, cuando os mudéis a otra casa, las cosas irán a mejor. Ya lo verás.

Ella negó con la cabeza.

—Sabéis cuán afilada tiene la lengua. Se enfurruñaba, se emborrachaba y me insultaba antes. Luego siempre lo lamenta mucho y dice cuánto me quiere, pero va y vuelve a hacerlo de nuevo, y luego vuelta a disculparse, y así siempre. Es la pérdida de nuestro hijo lo que nos ha distanciado.

—Hay maridos peores —dije—. Nunca te ha pegado.

—¿Acaso debo estarle agradecida por ello?

—Dale tiempo, Tamasin.

—A veces me pregunto por qué tengo que soportar todo esto. Pienso incluso en dejarlo, pero no tengo adónde ir. —Se mordió el labio inferior—. No debería abrumaros con esto, señor.

—Pero es que no tienes a nadie más. —La miré muy serio—. Si te sirve de algo, creo que deberías recordar que Jack se encuentra en este momento sometido a una gran presión.

—Solía admirar su espíritu aventurero, al mismo tiempo que deseaba que sentara la cabeza. Después de lo sucedido, creo que querrá disfrutar de una vida tranquila. Pero la pregunta es: ¿querrá vivirla conmigo?

—Eso creo. Lo siento mucho. Al fin y al cabo, fui yo quien lo involucró en este asunto, porque asesinaron a mi amigo.

—¿Cómo se encuentra la viuda? —preguntó ella.

—Es una mujer fuerte, pero en ocasiones la abruma el peso del dolor.

Tamasin me observó con mirada penetrante, tanto que no pude evitar preguntarme si habría adivinado parte de mis sentimientos hacia Dorothy. Me puse de pie.

—Tengo que trabajar un poco, antes de partir al palacio de Lambeth.

—¿Visita al arzobispo?

—Sí.

—Cuidaos, señor.

—Y tú también, Tamasin.

En cuanto me despedí de ella, me acerqué al establo. Decidí marcharme sin Barak, porque pensé que si se quedaban a solas, quizá Tamasin y él tuvieran ocasión de hablar largo y tendido. La idea de ir caminando sin compañía a Westminster no me habría seducido, pero la perspectiva de ir a caballo me hacía sentir más seguro, aunque últimamente ya no tenía aquella sensación de que me estuvieran siguiendo. Lo lamentaba por Tamasin, y ahora tenía motivos para lamentarlo también por Barak. Pensé de nuevo en Dorothy. Tenía dudas; los sentimientos que me inspiraba habían

permanecido ocultos todos aquellos años, pero no había motivos para pensar que ella pudiera albergar tales sentimientos hacia mí. Sin embargo, quizá con el tiempo… Me dije que debía esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos durante los próximos meses.

Encontré al joven Timothy en el establo, barriendo la paja manchada de excrementos y arrojándola a un cubo. Junto a la puerta estaba la paja nueva. *Génesis* se hallaba a en su establo, mirando al frente con placidez. Me alegró comprobar que el caballo se sentía a gusto en compañía del muchacho.

—¿Cómo te va, Timothy?

—Bien, señor. —Cuando me sonrió, los dientes blancos le relucieron enmarcados en la cara sucia. Era la primera vez que lo veía sonreír—. Maese Orr nos ha estado enseñando a Peter y a mí las letras.

—Ah, sí, lo vi con Peter. Es bueno conocerlas.

—Sí, señor, pero…

—Pero ¿qué?

—Habla continuamente de Dios.

«Y, claro, tú no tienes mucho tiempo que dedicarle a Dios, después de los años que pasaste sirviendo a Yarington», pensé.

—¿Qué tal te llevas con Peter? —pregunté, deseoso de cambiar de tema.

—Muy bien, señor, siempre y cuando no me meta en su trabajo y me dedique al mío.

—Estupendo. Parece que te has hecho amigo de *Génesis*.

—Es un caballo dócil. —Titubeó—. ¿Sabéis, señor, qué ha sido del caballo del señor Yarington?

—Me temo que no. Lo habrá comprado alguien. —Timothy se mostró abatido—. No necesito otro caballo —dije—. Anda, vamos, ensíllame a *Génesis*.

Al salir de la casa a caballo, pensaba en lo triste que era que el único amigo de aquel niño hubiese sido el caballo de Yarington. Pero había trazado la línea en ese punto, y había decidido no comprárselo. Además, el establo no era lo bastante grande. Tiré de las riendas para evitar a un vendedor ambulante de barba gris que empujaba un carro de ropa. «Granujas y perdidos —pensé—. Mendigos y buhoneros». Los había por todas partes… El hospital. «Cuando todo esto haya terminado debo ponerme a trabajar en el hospital».

†

La cabalgada hasta las escaleras de Westminster me llevó más de lo que era habitual, porque las calles estaban inundadas y una o dos estaban desbordadas. Oí decir a la gente que el curso superior del río Tyburn se había desbordado, inundando los campos. Reparé en un taller de impresión, cerrado y abandonado, y me pregunté si los hombres de Bonner habrían detenido al dueño.

Cuando entré en el despacho de Cranmer en el palacio de Lambeth, la atmósfera que se respiraba era muy tensa. Todos los poderosos involucrados en aquella terrible búsqueda se hallaban reunidos allí. Harsnet se encontraba cerca de la puerta, muy alicaído. Lord Hertford estaba enfrente, pasándose la mano por la larga barba, con la ira en los ojos saltones. Su hermano, *sir* Thomas, se hallaba de pie a su lado, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Como era habitual, vestía ropa poco discreta, muy cara y de un corte exquisito: jubón verde oscuro, con las mangas acuchilladas para dejar al descubierto el forro de seda bermellón. Cranmer se sentaba tras el escritorio, cubierto con su sotana blanca y la estola. En su rostro había una expresión severa.

—Espero no haber llegado tarde, milord.

—No puedo quedarme mucho rato —dijo—. Debo atender unos asuntos. —Lo vi cansado e inquieto—. Entre ellos, intentar convencer al Consejo Privado de que me permita traer bajo custodia al deán Benson, para interrogarlo sin decir por qué. —Rio con amargura—. Eso a pesar de que es a mí, y no a él, a quien la mayoría de ellos querría arrestar.

—Hemos estado preguntando al forense Harsnet por qué razón no podemos dar con ese tal Goddard, pese a todos los recursos que hemos puesto a su alcance —informó Hertford, mirándome.

—Es fácil desaparecer en Londres —expliqué.

Harsnet me dedicó un breve gesto de agradecimiento.

—Pero por fuerza ese hombre tendrá antecedentes. —Hertford descargó un violento manotazo en la mesa, un gesto inesperado que hizo que todos los presentes diéramos un respingo—. Tuvo que estar en alguna parte antes de llegar a la abadía, o ¿acaso salió de las profundidades de la tierra como un demonio del infierno?

—No creo que su familia sea de Londres —dijo Harsnet—. Pienso que podrían provenir de las zonas de Middlesex, Surrey o Kent más próximas a nuestra ciudad. Lo suficientemente cerca para que pueda cubrir a caballo la distancia que lo separa de Londres. Sigo haciendo pesquisas en colaboración con los oficiales de estos condados, pero la cosa lleva su tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos —dijo Cranmer—. Aún quedan tres copas por derramar, tres asesinatos que han de producirse, y con cada uno de ellos se vuelve más complejo ocultar lo que está sucediendo. —El arzobispo me miró con severidad—. Maese Harsnet dice que creéis que podría haber otro sospechoso. Un joven que visitaba a la furcia de Yarington. La furcia, por cierto, que se escapó —añadió con una mirada de reojo a Harsnet, a quien por lo visto culpaban de todo: de la falta de avances, de la huida de la prostituta y de la desaparición de Lockley.

—El hecho de que supiera que Yarington albergaba en casa a una chica convierte a este visitante en sospechoso —expliqué—. Pero no hay nada que nos sirva para relacionarlo con los demás crímenes. No obstante, todas las pruebas reunidas contra Goddard también son circunstanciales. —Miré de nuevo a Harsnet, y luego centré la

atención en el arzobispo—. Milord, el hombre que buscamos es muy inteligente. Parece haber convertido el asesinato en una especie de objetivo vital para él.

—Más que como un loco, se comporta como si estuviera poseído por el diablo —observó lord Hertford.

Me pregunté si también compartía las tesis de Harsnet.

—No sabemos qué es —repliqué.

—Algo nuevo —dijo *sir* Thomas—. Bueno, el mundo está repleto de cosas nuevas. —Compuso una sonrisa de medio lado, tan fugaz como cínica. Pensé que para él todo aquello no debía de ser más que una especie de interesante rompecabezas —. Quizá tendríamos que dejarle cumplir la profecía —añadió—. Concentrarnos en tapar los asesinatos. Cuando haya asesinado a su séptima víctima, se detendrá, eso seguro. Puede que piense que entonces llegará el fin del mundo. Cuando vea que no es ese el caso, es posible que sea tal la impresión que acabe suicidándose.

—No creo que alguien tan inclinado a matar sea capaz de dejar de hacerlo —opiné, templado.

—Estoy de acuerdo —dijo Cranmer—. ¿Y cómo íbamos a permitir que continúen estas atrocidades? —Se volvió de nuevo hacia Harsnet—. ¿Cuántos hombres tenéis a vuestra disposición, Gregory?

—Cuatro.

—¿Habéis puesto en circulación la lista de nombres de los hermanos radicales que os proporcionó Cantrell?

—Sí.

—Y ahora necesitamos dar tanto con Lockley como con esa chica, Abigail —concluyó Cranmer—. Necesitáis más gente. Personas competentes que sean capaces de llevar a cabo una investigación. No me atrevo a proporcionaros gente de mi casa, pues sé de la existencia de espías en ella.

—También yo debo ser cuidadoso —admitió lord Hertford.

—Quizá yo pueda seros de ayuda —se ofreció *sir* Thomas—. Tengo una casa llena de jóvenes muy hábiles, además de un buen mayordomo. Podría prestaros a una docena, si queréis.

Su hermano y Cranmer cruzaron miradas. Comprendí que se estaban preguntando hasta qué punto podían confiar en él. Por mi parte, me pregunté por qué había propuesto semejante oferta. Quizá para él aquel asunto se había convertido en una mera aventura, como la guerra con el turco pero a menor escala. Hertford titubeó antes de condescender con un gesto.

—De acuerdo, Thomas —dijo Cranmer—. Si podéis proporcionarnos discretamente algunos hombres, eso nos sería de gran ayuda. Pero deben someterse a la supervisión directa del forense Harsnet.

Seymour miró al forense.

—¿Poner a mis hombres a las órdenes de un funcionario?

—Si quieres ayudarnos, tendrá que ser así —respondió lord Hertford con

aspereza.

Sir Thomas lo miró a los ojos un instante, pero acabó encogiéndose de hombros.

—Haré buen uso de ellos —aseguró Harsnet—. Puedo enviarlos a visitar a todos los alguaciles de los pueblos cercanos a Londres, desde Barnet y Enfield a Bromley y Surbiton, para que averigüen si han oído mencionar el apellido Goddard.

—Quizá no tendría que haberlo demorado tanto —se lamentó el arzobispo, volviéndose hacia Harsnet—. Me refiero a lo de proporcionaros más recursos.

Lo observé con respeto; no era habitual que alguien que tuviera semejante poder admitiera un error. Harsnet inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Y vos, Matthew, seguid dándole vueltas al asunto —dijo Cranmer—. Ese es vuestro cometido. Y manteneos, a vos y a los vuestros, a salvo. —Se pellizcó el labio inferior con el índice y el pulgar—. ¿Qué creéis que hará cuando haya vertido las siete copas?

—Encontrará una nueva excusa para matar —respondí—. Hay de sobra en el Libro de las Revelaciones.



Poco después, Cranmer dio por concluida la reunión, aunque pidió a los hermanos Seymour que permanecieran en el despacho. Harsnet y yo anduvimos juntos por los oscuros corredores del palacio del arzobispo.

—Esos hombres de más nos serán de gran ayuda —dijo.

—Sí. Cranmer es consciente de lo mucho que os estáis esforzando —señalé.

—Siempre se ha mostrado leal a quienes le sirven. No obstante, tengo la sensación de haberle fallado al permitir que esa zorra se escapase, y también por haber perdido a Lockley. Por cierto, solté al mayordomo. No sabía nada más.

—Todos cometemos errores, Gregory.

—Debí servirle mejor —insistió él, y negó con la cabeza—. Sobre todo teniendo en cuenta la tensión a la que está sometido ahora. Ya habéis visto cuán apesadumbrado está.

—¿No han hallado pruebas de herejía entre los asociados suyos que fueron arrestados?

—No. Y no hay pruebas que buscar. El arzobispo es demasiado cauto a la hora de contratar a hombres que los papistas podrían tachar de herejes.

—En tal caso, quizá esté a salvo. Sus enemigos no pueden acudir al rey sin pruebas.

—No se darán por vencidos tan fácilmente. Y las cosas no están yendo bien en el Parlamento. El acta para impedir que las mujeres y las clases humildes lean la Biblia avanza a buen paso. Pero Jesucristo y todos sus santos obtendrán sin duda la victoria final, pues así se nos ha dicho que será. —Su discurso adquirió un tono intenso—. La Iglesia perseguida es la Iglesia verdadera. —Me lanzó una mirada penetrante. De

pronto se había convertido en un fanático.

—¿Qué noticias hay de Catalina Parr? —pregunté, decidido a cambiar de tema.

—Sigue sin aceptar la propuesta matrimonial del rey. Dicen que no deja de pensar en el destino de Catalina Howard. Sería mejor para ella pensar en la voluntad de Dios, en la oportunidad que le ha brindado el Señor de influir en las decisiones del monarca.

—Mas ¿cómo podemos tener la certeza de cuál es la voluntad de Dios?

Él sonrió, y al ver aquella sonrisa comprendí que su anterior enardecimiento había desaparecido tan pronto como había hecho acto de presencia.

—Ah, pero es posible hacerlo, Matthew. Si uno reza. Lo comprenderéis algún día, creedme, estoy seguro de ello.



Cabalgué siguiendo la ribera hasta llegar al Puente de Londres. Pasé por el punto donde habían encontrado el cadáver del doctor Gurney. En la lontananza distinguí las granjas donde Tupholme había sido mutilado y abandonado a su suerte. Aquel día, las aguas del río centelleaban a la luz del sol primaveral, y tras el sendero los lechos de las cañas se mecían suavemente a merced de la suave brisa. Me pregunté si llegaría el día en que sería capaz de apreciar de nuevo la belleza que ofrecía aquel paisaje.

Crucé el río por el Puente de Londres y entré en la ciudad. Las calles estaban muy concurridas. Si bien me sentía mucho más seguro yendo a caballo, seguía mirando alrededor mientras avanzaba. En una esquina de Thames Street y New Fish Street vi un par de mendigos sentados a la sombra de la nueva torre del reloj que estaban construyendo entre un sinfín de andamios y cuerdas. Dos jóvenes de aspecto fornido, vestidos con andrajos y gorros ajados, permanecían sentados contemplando la multitud. Una mujer se encontraba entre ambos, harapienta también, y con la mirada gacha. Al pasar, levantó la vista, y advertí que era muy bella y no debía de tener más de dieciséis años. Me miró a los ojos con tristeza. Pensé en los sacamuelas, quienes estarían dispuestos a pagar un buen dinero por destruir aquel rostro.

El más alto de los dos jóvenes se apercibió de que la había observado. Se levantó y dio un par de pasos en mi dirección.

—¡No mires a mi hermana! —exclamó, y por su acento comprendí que no debía de ser de Londres—. Te crees superior a nosotros por ir vestido así, ¿no, jodido jorobado? ¡Danos dinero, que nos morimos de hambre!

Me alejé tan rápido como pude entre la multitud. El corazón me latía con fuerza, consciente como era de los pasos del mendigo, que intentaba seguirme mientras profería un aluvión de insultos y exigencias de dinero a mis espaldas. La gente se volvía hacia él.

—¡Contemplar a la gente normal tiene un precio, jorobado!

Miré por encima de mi hombro. El amigo del mendigo lo había arrastrado de

vuelta a la torre del reloj, por temor a llamar la atención del alguacil. Seguí adelante, satisfecho de que aquel encuentro no se hubiese producido en plena noche.



A la mañana siguiente cabalgué hasta la botica de Guy. Después de trabar a *Génesis*, llamé a la puerta. Los puntos de la herida me molestaban, de modo que deseaba que me los quitaran cuanto antes.

Guy abrió la puerta. Para mi sorpresa, llevaba unas lentes con montura de madera.

—Ahora las necesito para leer —se justificó, y rio al ver mi expresión—. Me hago viejo. Antes me las quitaba cuando tenía visitas, pero he llegado a la conclusión de que pecaba de vanidad.

Lo seguí al interior. Al verle los ojos tan grandes tras las lentes me acordé de Cantrell, y lo imaginé dando traspiés en la lastimosa choza en que vivía.

Guy estaba sentado a la mesa cuando llamé a la puerta. El enorme tomo de anatomía estaba abierto en una de aquellas repugnantes ilustraciones. Junto a él vi una pluma y el tintero; Guy había estado tomando notas en una hoja de papel. Me indicó con un gesto que tomara asiento, y cogí un taburete. Frente a mí, Guy señaló el libro, que yo había evitado mirar.

—Cuanto más estudio este texto, más comprendo que lo cambia todo —explicó, sumamente emocionado—. Todos los estudios médicos que hemos consultado durante cientos de años, de Galeno e Hipócrates y los demás griegos y romanos, contienen abundantes errores. Y si yerran en cuestiones de anatomía, ¿por qué no iban a hacerlo en el resto de los preceptos?

—Si os empeñáis en hacer esas afirmaciones, tened cuidado con el Colegio de Médicos. Para ellos, esos libros son como las Sagradas Escrituras.

—Pero es que no son las Sagradas Escrituras. Son obra del hombre, nada más y nada menos. Y se han convertido en cadenas y grilletes, hasta tal punto que nadie puede cuestionarlos. Al menos en vuestro ámbito de estudio se producen avances, cambios. Las leyes progresan.

—Por lo general, a la velocidad que se desplaza un viejo caracol. Pero sí, lo hacen.

—Empiezo a concebir estos antiguos libros de medicina como un caos de oscuridad infinita.

—También podríais decir lo mismo de las leyes. Pero sí, tenemos tendencia a dar por sentadas las enseñanzas de los antiguos —admití—. Como el Libro de las Revelaciones. Pero es que la gente necesita certezas, sobre todo en estos tiempos turbulentos sumidos en la desorientación.

—Por mucho que esas certezas sean perjudiciales para ellos y para los demás —dijo Guy, frunciendo el entrecejo—. El otro día escuché en Physicians' Hall el relato que hizo uno de esos predicadores fanáticos que piensan que el Armagedón está a

punto de abatirse sobre nosotros. Se había roto la pierna y se negaba a que lo trataran, aunque el hueso le asomaba por la piel desgarrada y no tardaría en infectarse. Estaba convencido de que la Segunda Venida tendría lugar antes de su muerte. De hecho, consideraba que la rotura de su pierna era una prueba de Dios. Es una paradoja. Me refiero a la revelación —añadió—, y al modo en que ha dominado la imaginería cristiana. Creo que mucha gente pensaba que el año mil se acabaría el mundo, y hubo quienes se subieron a las colinas a esperar el fin de los tiempos. Qué libro tan vil tiene que ser para afirmar que la humanidad no es nada, que no vale nada. —Suspiró, negó con la cabeza y esbozó una sonrisa melancólica—. ¿Cómo tenéis el brazo?

—Me tiran los puntos. Me gustaría que me los quitarais.

—Solo han pasado cinco días —dijo—. Pero permitidme echarles un vistazo.

Sonrió satisfecho cuando me quité la toga y el jubón, y le mostré el brazo. Estaba prácticamente curado.

—Piers hizo un buen trabajo. Y ha sanado bien; sois de los que se curan enseguida, Matthew. Sí, creo que ya podemos quitar los puntos. ¡Piers! —Por lo visto, el joven iba a quitarme los puntos, igual que me los había cosido—. Hace grandes progresos. —A Guy se le iluminó la cara—. Aprende muy rápido.

Hubo varias preguntas que pude haber hecho, pero me mordí la lengua. En lugar de ello, hablé a Guy de Bealknap.

—Fue a visitar al doctor Archer, aquejado de debilidad y náuseas, y este lo ha estado purgando y sangrando de tal modo que a duras penas se le reconoce. Tengo la sensación de que podría morirse.

Guy se mostró pensativo.

—Me temo que no sería el primer paciente que Archer remata con su tratamiento. Es el más tradicional de los tradicionalistas. A pesar de ello, no debería visitar al paciente de otro médico.

—Bealknap busca una segunda opinión. Empieza a darse cuenta de que Archer lo está perjudicando. Comenzó sintiendo mareos y malestar en el estómago, y creo que ahora está muy enfermo.

—Bealknap. Recuerdo ese nombre. Os causó algún perjuicio en el pasado, ¿verdad?

—Sí. Es el mayor canalla de todo el Colegio de Lincoln. De hecho, yo mismo os satisfaré los honorarios, porque de otro modo tendríais que perseguirlo. Supongo que Archer debe de llevar tiempo esperando para cobrar.

—¿Ayudaréis a vuestro enemigo?

—Así él contraerá una deuda moral conmigo —expliqué con una sonrisa—. Me gustará ver cómo se comporta después. No atribuyáis a mis motivos una nobleza que no tienen.

—¿Y quién tiene motivos nobles hoy en día? —preguntó con aire melancólico—. Aunque también creo que no os gusta ver sufrir al prójimo.

—Es posible.

La sonrisa se me esfumó del rostro en cuanto se abrió la puerta y Piers entró en la estancia. Iba pulcramente vestido con la bata azul de aprendiz, y la habitual expresión de respeto en su atractivo rostro. Guy se levantó y le tocó el brazo.

—Piers. Aquí tienes a tu paciente. Acompáñalo a la otra sala, ¿quieres?

Piers inclinó la cabeza.

—Buenos días, maese Shardlake.

Me levanté a regañadientes y lo seguí. Pensé que Guy nos acompañaría para supervisar la labor, pero se quedó con su libro. En la sala de tratamiento, con las jarras de boticario alineadas en los estantes, la larga mesa y el instrumental de aspecto temible, Piers sonrió y señaló un taburete situado junto a la mesa.

—Por favor, señor, descubríos el brazo y sentaos allí.

Volví a remangarme. Piers se dio la vuelta y observó el instrumental de Guy. Contemplé la espalda ancha, cubierta con la tela azul. Cuando apenas hacía un instante Guy lo había alabado, me pareció sorprender en sus ojos una mirada obsesionada, como si intentara consolarse apelando a la destreza del joven. Pero ¿qué estaría ocultando?

Piers cogió un par de tijeras pequeñas, las abrió y cerró para comprobar que estuvieran en buen estado, y luego se volvió hacia mí con una sonrisa deferente, aunque me pareció advertir en sus ojos cierta diversión fría y calculadora. Observé con cierta aprensión cómo se inclinaba para cortar las costuras negras. Lo hizo, no obstante, con gran cuidado; luego tomó unas pinzas y lentamente retiró los restos de hilo. Exhalé un suspiro de alivio cuando todo hubo terminado, pues los tirones que habían sido una constante aquellos últimos días habían desaparecido. Piers me inspeccionó el brazo.

—Ya está. Todo curado. Es maravilloso comprobar cómo previenen la infección los emplastos del doctor Malton.

—Sí, es verdad.

—Por supuesto, quedará cicatriz, fue un corte muy feo.

—¿Aprendes mucho del doctor Malton?

—Mucho más que de mi antiguo maestro —respondió—. Era uno de esos boticarios que creían en las hierbas exóticas preparadas en conjunción con las cartas astrológicas.

—¿Un tradicionalista?

—Si me permite la osadía, señor, creo más bien que no era del todo honesto. Guardaba en la botica el cadáver disecado de una especie de lagarto enorme y horrible de larga cola. Lo cortaba a pedacitos, después los machacaba bien y recetaba el polvillo a los clientes. Puesto que el lagarto era tan peculiar, los pacientes consideraban que tenía un gran poder. —Esbozó una sonrisa cínica que lo hizo parecer mayor de lo que era—. La gente siempre cree en el poder de lo extraño y lo desconocido. Es estupendo trabajar con el doctor Malton. Es un hombre honesto, un hombre racional.

—Tengo entendido que tu antiguo maestro falleció.

—Sí. —Piers alcanzó una de las vasijas. Cuando la abrió, percibí el malsano olor del ungüento que Guy había empleado con anterioridad. Piers untó un poco en el extremo de una espátula y me lo aplicó en el brazo, extendiéndolo a continuación con suavidad.

—Se lo llevó la viruela. Lo más extraño era que no empleaba ninguno de sus propios remedios. Creo que ni siquiera creía en ellos. Simplemente se metió en cama y esperó a ver si la viruela lo mataba. Y lo hizo. Bueno, ya está, señor.

El tono carente de emoción que empleaba Piers para hablar de la muerte de su antiguo maestro me pareció desagradable.

—¿Tenía familia?

—No. Solo éramos él y yo. Al final acudió el doctor Malton e hizo cuanto pudo por él, pero la viruela sigue muchas veces su propio camino, ¿no os parece? A veces mata, otras desfigura. Mis padres murieron de ella cuando yo era muy pequeño.

—Lo lamento.

—El doctor Malton ha sido un padre y una madre para mí desde que me acogió.

—Me contó que iba a ayudarte en los estudios de medicina.

Piers clavó en mí una mirada penetrante, preguntándose, quizá, por qué razón me interesaba yo tanto en sus asuntos. Era consciente de que no me gustaba.

—Sí. —Titubeó antes de añadir—: Aprecio mucho toda la amabilidad que me ha dispensado.

—Sí, su amabilidad es extraordinaria. —Me levanté—. Gracias por atenderme la herida.

Piers se inclinó.

—Me alegra que haya mejorado.

Abandoné la sala, y el joven no me siguió. Recordé aquella vez que lo sorprendimos escuchando a escondidas tras la puerta, mientras hablábamos de asesinos. «Quizá Guy sea amable, pero tú no —pensé—. Eres un hombre calculador, frío como un depredador. Algo te permite tener a mi amigo bajo control, y yo descubriré de qué se trata».



Al abrir la puerta contigua vi que Guy seguía leyendo el libro. Me ofreció una copa de vino y me pidió echarle un vistazo al brazo. Asintió con aire satisfecho.

—Piers ha hecho un buen trabajo.

—Me pregunto si posee la humanidad que uno espera encontrar en un médico.

—Ha tenido pocas ocasiones de desarrollarla. Sus padres fallecieron cuando era muy joven, y mi antiguo vecino, el boticario Hepden, lo hizo trabajar duro sin enseñarle mucho a cambio.

—Me habló de su muerte. No parece que lo estimase mucho.

—Sí, Piers es capaz de mostrarse muy duro, pero creo que también lo es de ser amable y generoso, o al menos creo que puedo enseñarle a serlo.

—Dice que sois un padre y una madre para él.

—¿Os ha dicho eso? —Guy sonrió, pero al instante se le ensombreció el rostro.

—¿En qué estáis pensando? —pregunté en voz baja.

—En nada —repuso, y decidió cambiar de tema—: He ido a visitar de nuevo a Adam Kite. ¿Sabéis?, creo que podemos hablar de una mejoría. Esa guardiana, Ellen, se emplea a fondo con él. Lo obliga a comer y a asearse, y hace lo que puede para mantenerlo alejado de su obsesión de rezar constantemente.

—¿Sabíais que es una antigua paciente, y que no se le permite abandonar el recinto?

—No. —Guy se sobresaltó un poco—. Me sorprende eso que decís.

—Me lo contó ella misma.

—Es muy atenta con Adam, pero también muy firme. Ese comportamiento ha tenido sus consecuencias. El otro día, sin ir más lejos, incluso estuvo hablando de cosas cotidianas durante unos instantes. Dijo que empezaba a hacer más calor, y que no tenía tanto frío. Sin embargo, aún no he conseguido averiguar por qué está obsesionado con el pecado. Me pregunto qué le sucedió para que así sea.

—¿Qué dicen sus padres? Vi que los acompañabais después de la vista en el tribunal.

—Aseguran que no tienen ni idea. Y les creo.

—Gracias por todo lo que hacéis. No debe de ser… fácil tratar con Adam.

—Me conmueve, pero también me intriga —confesó Guy—. De modo que al igual que os pasa a vos con Bealknap, mis motivos no son totalmente altruistas.

—Tendría que volver a visitarlo.

—Yo iré mañana por la mañana a verlo. ¿Os gustaría acompañarme?

—De acuerdo. Si puedo.

—No da la impresión de que queráis hacerlo.

—Me perturba. Está tan enfermo… Y la locura religiosa me hace pensar en el hombre tras cuya pista andamos, el mismo que por cierto me ha seguido la pista en el pasado. —Me miré el brazo—. ¿Cómo puede creer que Dios inspira todo lo que está haciendo?

—¿Acaso no hemos podido comprobar durante estos últimos años que el hombre es capaz de obrar con crueldad y maldad, al tiempo que se cree en comunión con Dios? Pensad en el rey.

—Sí. Creer en Dios y en la bondad de los hombres pueden ser cosas muy distintas. No obstante, el asesino es algo distinto. Esa violencia obsesiva… —Miré fijamente a Guy—. Aún tiene que cometer tres asesinatos. Si se sale con la suya, ambos sabemos que no se detendrá. Así se lo dije a Cranmer el otro día.

—No. La inercia lo empujará a seguir adelante. Hasta que lo atrapen, o muera.

—¿Cómo se sentiría si llega a verter las siete copas de la ira y no se produce el fin

del mundo?

—Ha habido muchos a lo largo de estos últimos años que creyeron tener la certeza de que el mundo tocaría a su fin. Cuando no sucede así, vuelven a recurrir al Libro de las Revelaciones en busca de pistas que hayan pasado por alto. Y eso es sencillo. No se trata de una historia secuencial, sino de una serie de narraciones virulentas que sugieren modos alternativos de cómo llegará el fin del mundo. Así que siempre encuentran una nueva fórmula.

Asentí lentamente.

—Me pregunto si sufre.

—¿El asesino? —Guy negó con la cabeza—. No lo sé. Yo supongo que los asesinatos, el acto de matar, suponen para él una especie de éxtasis, aunque quizá, aparte de eso, viva en un mundo poblado de dolor.

—Pero lo oculta. Me refiero a que es capaz de llevar una vida normal o algo parecido. Sin llamar la atención.

—Sí. Creo que, entre otras muchas cosas, es un buen actor.

—¿Se trata de Goddard? —Hice un gesto de negación con la cabeza—. No lo sé. Harsnet sigue pensando que está poseído.

—No. Es una persona obsesiva, y todas las obsesiones provienen de algún desajuste del cerebro. No del diablo. —Apretó la mandíbula.

«¿Por qué estáis tan seguro?», pensé.

Guardamos silencio un rato. Al cabo, pregunté:

—¿Qué sucede después de que se vierten las copas? En el Libro de las Revelaciones, me refiero, ¿qué sucede a continuación?

Guy se levantó para acercarse al estante, del que sacó un ejemplar del Nuevo Testamento. Luego lo hojeó hasta llegar al Libro de las Revelaciones.

—Las siete copas de la ira aparecen en los capítulos quince y dieciséis. Ya antes se ha descrito otra versión del fin del mundo, desastres producidos después de que los siete ángeles toquen las trompetas. —Volvió las páginas con sus largos y oscuros dedos—. Granizo y fuego, una gran montaña que se precipita al mar. Pero no hay semejante concentración en los tormentos de los hombres como se produce más adelante, en la historia relativa a las siete copas. Quizá eso fue lo que atrajo al asesino. —Hizo una pausa y volvió la página—. Lo que sigue es el juicio a la Gran Ramera.

—Cuando los leí, esos pasajes me parecieron los más indescifrables de todos. ¿Quién se supone que es esa Gran Ramera?

—Antes se pensaba que simbolizaba el Imperio romano, pero ahora los radicales afirman que representa a la Iglesia de Roma. Después le siguen la guerra en el cielo y la victoria final de Jesucristo. —Me tendió el libro. Había estudiado hasta el último detalle los pasajes relativos a las siete copas.

—«Y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos» —leí en voz alta. Recordaba el

retrato que había visto de esa criatura en la casa capitular de Westminster—. «Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata… Y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la grande, madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra… Y la bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición… Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades». —Exhalé un suspiro y dejé el Nuevo Testamento encima de la mesa—. No sé qué sentido puede tener.

—Yo tampoco.

Ambos dimos un respingo cuando oímos un estruendo procedente de la puerta principal. Nos miramos. Mientras Guy se disponía a abrirla, la puerta interior se abrió y entró Piers. Me pregunté si habría vuelto a escucharnos a escondidas.

—¿Quién va? —preguntó Guy.

—¡Soy yo, Barak!

Guy abrió la puerta. Vi más allá a *Sukey*, atada a la barandilla junto a *Génesis*. La yegua jadeaba; Barak debía de haberla traído al galope. No había ni rastro de resaca en mi ayudante, estaba sobrio y alerta, la expresión seria y compuesta. Entró y anunció:

—Se ha producido otro asesinato. Según parece, está envuelto en ciertas circunstancias misteriosas. Doctor Malton, señor, ¿podríais acompañarnos?

Capítulo 31

—¿De quién se trata? —pregunté.

Barak se volvió hacia Piers, y Guy hizo lo propio.

—¿Podrías acercarme el caballo a la puerta principal? —le pidió.

Piers titubeó un momento antes de salir. Barak nos miró con una expresión de absoluta seriedad.

—Se trata de la esposa de Lockley.

—¿Ha matado a una mujer? —preguntó Guy tras contener una exclamación de sorpresa.

—*Sir* Thomas envió a un hombre para apostarlo de guardia en la taberna. Por lo visto, llegó demasiado tarde. La encontró tendida en el suelo. La habían mutilado. El mensaje decía algo extraño, algo acerca de aire envenenado. Tenemos que reunimos allí con Harsnet de inmediato.

—¿Se sabe algo de Lockley?

—Lo ignoro.

A través de la ventana vi a Piers conducir la vieja yegua de Guy hasta el frente de la casa. Salimos.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó el joven a Guy cuando montamos.

—No, Piers, tienes cosas que estudiar. Debiste hacerlo anoche.

El aprendiz retrocedió un paso y una expresión de furia apareció por un instante en su rostro.

—¿Hasta qué punto está informado el muchacho acerca de lo que ha estado sucediendo? —pregunté a Guy cuando enfilamos la calle.

—Solo está al corriente de que se ha producido una serie de asesinatos. Era muy difícil que eso escapase a su atención —añadió Guy con cierta aspereza—, puesto que me ha estado ayudando durante las autopsias. Sabe que debe mantener la boca cerrada.

—Sois consciente de que escucha a escondidas las conversaciones ajenas, supongo —dije.

Guy no hizo comentario alguno.



Cabalgamos rápidamente por Smithfield hasta Charterhouse Square. Encontramos la plaza desierta, a excepción de dos hombres que aguardaban ante la puerta, bajo el letrero de la taberna del Hombre Verde. Uno de ellos era Harsnet, y el otro era un individuo alto que ceñía su espada a la cintura y que tosía en un pañuelo. Vi algunos de los mendigos de pie junto a la capilla, mirando la escena, sin atreverse a acercarse.

Tiramos de las riendas y aseguramos los caballos a la barandilla, junto a la montura del forense. Guy se acercó al hombre alto.

—¿Qué os aflige? —le preguntó.

El hombre apartó el pañuelo de los labios. Debía de tener unos veintitantos años y llevaba la barba negra pulcramente recortada. Antes de responder, contempló un instante el rostro moreno de Guy.

—No lo sé. Llegué hace unas dos horas. Llamé, pero no hubo respuesta. —Volvió a toser con fuerza—. Las contraventanas estaban cerradas, así que entré. Había una mujer tumbada en el suelo, está… mutilada. —Escupió ruidosamente—. Hay algo en el aire, un veneno, me arde la garganta.

—Permitidme —pidió Guy, que se dispuso a abrir la boca del hombre para echarle un vistazo—. Hay algo que os ha irritado la garganta —dijo—. Sentaos en el escalón, intentad respirar hondo.

—Fue horrible. Era como si algo me asfixiara.

Observé la puerta. La cerradura estaba destrozada. El guardia la había cerrado al salir.

—¿Habéis entrado? —pregunté a Harsnet.

—No. Eché un vistazo dentro, pero me bastó con aspirar una vez; es tal como lo ha descrito él, como si algo te asfixiara. —Miró a Guy—. ¿Cómo habéis llegado vos aquí?

—Estaba con el doctor Malton cuando me informaron de lo sucedido —respondí —. El doctor Malton podría sernos de gran ayuda. Guy, ¿qué pensáis que puede haberle sucedido al aire?

—Solo hay un modo de comprobarlo. —Se tapó la nariz con un pañuelo y abrió la puerta de par en par.

Di un paso atrás cuando algo áspero y muy picante me alcanzó las fosas nasales. Guy entró en la taberna. Dado que los postigos estaban cerrados, la oscuridad reinaba en el interior. Distinguí un bulto de color claro con algunas manchas oscuras, tendido al pie de la barra. Era el cadáver.

Guy abrió las ventanas de par en par. Una corriente de aire fresco inundó la estancia, que se iluminó a su vez. Miramos desde el umbral. Vi que la taberna estaba sumida en el caos; había sillas y mesas volcadas por todas partes. El bulto de color claro al pie de la barra era, efectivamente, el cadáver de la señora Bunce, tumbada boca abajo en el suelo de piedra. Le habían quitado la cofia, de modo que su largo pelo negro quedaba al descubierto. Le habían subido el vestido hasta la altura de las axilas y le habían arrancado las enaguas, que estaban hechas un ovillo debajo de una de las mesas. El cuerpo rechoncho de piel blanca estaba semidesnudo, los brazos atados con una cuerda a la espalda.

—Mierda —masculló Barak.

Vi los verdugones rojos que tenía en las muñecas. La pobre mujer había forcejeado para liberarse, pero la habían maniatado a conciencia. Había otra prenda

junto al rostro, cubierta de algo de color rojo.

—Dios mío, ¿qué le ha hecho ese animal? —preguntó Harsnet, pronunciando las palabras con dificultad. Reparé en que había crispado las manos en puños.

Guy se acercó al cadáver y se quedó observándolo. Acto seguido, se santiguó. Harsnet, que miraba desde el umbral, entornó los ojos al reparar en aquel gesto.

—Ya se puede entrar —aseguró Guy—. Los vapores se han disipado. Pero, para asegurarnos, será mejor que os tapéis la nariz y la boca con un pañuelo, y que procuréis no aspirar con fuerza.

Harsnet, Barak y yo hicimos lo que nos dijo y entramos con cautela.

—¿Qué era esa sustancia? —preguntó Barak.

—Vitriolo —respondió Guy—. Muy concentrado.

Contemplamos el cadáver. La piel blanca del tronco y las piernas estaba surcada de enormes marcas rojas semejantes a quemaduras. Horrorizado, vi que la mitad del trasero de la mujer estaba quemado, y en su lugar había quedado una enorme y monstruosa herida roja. No había sangre a su alrededor, únicamente un charco de un líquido incoloro.

—¿Qué es el vitriolo? —preguntó Harsnet a Guy. La atmósfera era respirable, pero seguía percibiéndose un olor fuerte y picante—. Por el amor de Dios, ¿qué le ha hecho? —preguntó, levantando la voz.

—El vitriolo es un líquido que quema y disuelve cuanto toca —respondió Guy—. Es una sustancia bien conocida; los alquimistas, por ejemplo, la utilizan constantemente para disolver la piedra. Creen que posee propiedades especiales, debido a que el oro es una de las pocas cosas que no puede destruir. Debe haberle llevado horas hacer esto, usando aplicación tras aplicación. —Entonces, hizo algo que jamás le había visto hacer, por terribles que fueran las circunstancias a las que se había enfrentado: se estremeció.

Harsnet se inclinó sobre el líquido que se extendía debajo del cadáver.

—¿Qué es esto? —preguntó, acercando la yema de un dedo.

—¡No lo toquéis! —le advirtió Guy, lo cual hizo que Harsnet se apartara rápidamente. Guy cogió una espátula del bolsillo de la bata y tocó el líquido con ella. Se produjo un leve siseo y un hilo de humo se alzó de ella—. Vitriolo —dijo—. Ved cómo ha devorado la madera. Incluso ha dejado marca en las losas de piedra.

—Si es tan venenoso, ¿cómo se las apañó para esperar aquí durante horas? —pregunté.

—Sospecho que era de noche, y que tenía abiertas las ventanas que dan al patio. Aun así, tuvo que acercarse constantemente a estas para tomar aire.

Barak estaba mirando por la trampilla de servicio. Había copas, tazas y cubiertos en una cubeta para su secado; había más en la tina donde las lavaban. Por lo visto, el asesino se había introducido en la taberna tras cerrar. Quizá había sido uno de los últimos parroquianos.

—¡Janley! —llamó Harsnet.

El guardia entró a regañadientes, contemplando horrorizado el cadáver.

—Registra el resto del lugar —le ordenó el forense—. ¡Vamos!

Con la mano a la espada, Janley abrió una puerta que daba a las habitaciones interiores y la franqueó.

—¿Fue Lockley? —Respiraba con cierta dificultad—. ¿Es él el asesino?

—Quizá Lockley también ha sido asesinado. Puede que esté en otra de las habitaciones —opinó Barak, que se secó la frente empapada en sudor.

—«Y el quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la Bestia» —dije, citando el pasaje del Libro de las Revelaciones, cuyos capítulos a esas alturas todos conocíamos muy bien—. «Y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras».

Guy se inclinó y, con mucho cuidado, dio la vuelta al maltratado cadáver. Soltó un gruñido. Hice un esfuerzo por mirar el rostro de la señora Bunce. La mitad inferior estaba cubierta de sangre. Jamás olvidaré aquellos ojos, muy abiertos, que asomaban saltones del rostro, pendientes de los últimos coletazos de agonía y horror. Guy le palpó la mandíbula, sacó a continuación la espátula y, con mucho tiento, tocó la tela que estaba junto al rostro y el objeto rojo que había encima de ella. Pellizcó la esquina de la tela y lo cubrió con esta.

—¿Qué…? —pregunté.

—Es su lengua. La amordazó con esta tela mientras la torturaba. Luego, al final, se la quitó. Para satisfacer la parte del verso que habla de morderse la lengua. Le tiró de ella y luego hizo que se la mordiese hasta cortarla. —Palpó el mentón del cadáver —. Sí, le rompió la mandíbula. En algún momento posterior a eso, murió; probablemente sufrió un ataque al corazón.

—¿Qué clase de animal le haría eso a una mujer? —dijo Harsnet, incrédulo.

—No es la primera persona a la que tortura hasta la muerte —recordó Barak—. Al granjero le practicó una serie de cortes y lo abandonó a su suerte hasta que se desangró. Pero esto es aún peor.

—Cuando la Biblia habla del asiento de la Bestia, se refiere al lugar que rige el diablo, no al… trasero humano —dijo Harsnet—. Es una especie de broma blasfema, propia del sentido del humor del demonio.

Nos volvimos cuando Janley entró de nuevo en el local.

—No hay nada —dijo—. El resto de la casa parece normal.

—¿Fue Lockley quien lo hizo? —quiso saber Harsnet.

—Después de todo, da la impresión de que podría ser el asesino —opinó Barak tras mirarme.

—Aun así, me cuesta creerlo. Es más que probable que conozca la belladona, pero ¿y el conocimiento de leyes que demostraba la carta que recibió Roger? Yo no afirmaría que Lockley sea alguien capaz de escribir una carta como Dios manda.

—Pero ¿dónde está? —estalló Harsnet, a quien había perturbado mucho aquella

terrible escena.

—Lockley desaparecido y la señora Bunce muerta —dije, reflexionando en voz alta—. Goddard desaparecido y Cantrell se convirtió en víctima de un asalto en su propia casa. Los tres trabajaban en la enfermería de Westminster.

—Todo apunta a que Goddard atacó a los otros dos —concluyó Harsnet.

—Siguiendo esa lógica, Lockley podría haber atacado a Goddard y Cantrell. El cadáver de Goddard podría estar escondido en cualquier parte —dije, moviendo la cabeza.

—Esa mujer no trabajó en la enfermería —dijo Harsnet—. Ni siquiera había sido religiosa, a juzgar por lo que me habéis contado. —Miró de reojo el cadáver, antes de volverse hacia Janley—. Por el amor de Dios, ¡cúbrela!

El joven, lívido, extendió su pañuelo sobre el rostro ensangrentado de Ethel Bunce. Las terribles heridas que mostraba el cuerpo seguían al descubierto. Guy recuperó el blusón que el asesino había arrojado al suelo y cubrió el cadáver.

—¿Pertenecéis a la casa de Thomas Seymour? —pregunté a Janley.

—Sí. Soy su caballerizo mayor.

—Estoy convencido de que no esperabais presenciar semejante horror.

—No, señor. Me enviaron a vigilar una taberna. —Soltó una risa nerviosa.

Me volví hacia Barak y dije:

—Creo que deberíamos registrar esta casa de arriba abajo. Vamos, empecemos por los dormitorios.



Subimos por la angosta escalera de madera. Había dos dormitorios. En el de Lockley y la señora Bunce había una carriola. No había más muebles, a excepción de un baúl grande lleno de ropa de mujer.

—Pobre zorra —dijo Barak mientras lo registraba—. Creo que Lockley la mató. No pudo ser Goddard.

—¿Por qué?

—Pues porque tendría que haber vigilado la taberna, así como sus movimientos habituales, y comprobar si vivía alguien más aquí. No se me ocurre otro modo de hacerlo que entrar como un cliente más. Si hubiese sido Goddard, Lockley lo habría reconocido y nos lo habría contado, digo yo.

—Eso tiene sentido —admití, observando los vestidos baratos y remendados, así como la ropa interior que Barak había dejado encima de la cama. Aquella violación de la intimidad de la desdichada mujer que yacía muerta en el piso de la taberna me pareció en ese momento una nueva humillación para ella—. Vamos, guarda eso donde estaba. Veamos qué encontramos en la otra estancia.

En el otro dormitorio había sillas rotas y demás restos de cosas, además de otro baúl, cerrado con candado. Pedí a Barak que intentara abrirlo, y que diera buen uso a

una habilidad que había aprendido en los tiempos en que trabajaba para Cromwell. Al cabo de un par de minutos, abrió la tapa del baúl. En esta ocasión, encontramos en el interior ropa de hombre y, en el fondo, unas cuantas cajitas de madera.

Barak sacó las cajas y empezó a abrirlas. Una contenía dos libras en monedas pequeñas, otra algunas baratijas. Pero la tercera guardaba algo totalmente distinto, un molde con una bisagra con forma de mandíbula humana. Había agujeros para colocar los dientes.

—¿Qué es esto? —preguntó Barak.

—Un molde para colocar una dentadura —respondí al tiempo que la cogía de sus manos—. Recuerda que Tamasin nos contó que el sacamuelas le había mostrado uno. Colocan los dientes en estas cavidades y luego ajustan los moldes a la mandíbula. La anciana esposa de un abogado del Colegio de Lincoln tiene un postizo así, pero no consigue que el molde ajuste adecuadamente, así que se le cae cada dos por tres.

—Pues igual podría probar con algunas de estas —sugirió Barak, que había abierto las cuatro cajitas restantes, para revelar otras tantas dentaduras postizas, todas ellas de distintos tamaños—. ¿Para qué las querría? —preguntó, incrédulo—. Lockley no era barbero-cirujano, ¿verdad? Trabajó para uno, pero lo dejó.

Inspeccioné en la mano aquellos desagradables objetos de madera. Nadie había llegado a usar los moldes, puesto que no había ni rastro de pegamento en las cavidades destinadas a los dientes. De pronto, algunos datos que almacenaba dispersos en la mente se ordenaron de forma distinta, y algunas de las piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

—No —dije—. No lo era. Creo que era algo muy distinto. Ahora entiendo; por fin creo saber el motivo por el que se mostraron tan reservados. Vamos, tenemos que ver al deán Benson ahora mismo. Trae esas cajas.

Tras bajar la escalera encontramos a Guy y Harsnet sentados a una mesa, cuya superficie conservaba las marcas de humedad que habían dejado las jarras de cerveza. Harsnet parecía agitado, y Guy triste y cansado. Janley se hallaba de pie junto a la ventana, contemplando el patio de la taberna.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó el forense, levantando la mirada hacia nosotros.

—Sí —respondí—. Es necesario que vayamos a ver al deán…

Callé de inmediato porque se produjo un repentino estruendo que hizo temblar las losas bajo nuestros pies. Harsnet abrió los ojos, pasmado.

—En el nombre de Dios, pero ¿qué ha sido eso?

—Este lugar está conectado a la vieja red de cañerías de la antigua casa capitular —expliqué—. Deben de haber abierto la esclusa desde allí. Nos pasó también cuando vinimos la primera vez. Tendríamos que investigar la bodega. Tiene que haber un modo de bajar.

—Acompañaré a maese Janley a echar un vistazo —se ofreció Barak, al tiempo que dejaba en la barra las cajitas de los moldes.

—¿Qué haréis con ella? —pregunté a Harsnet, mirando en dirección al cadáver.

—La llevaremos a mis almacenes en Whitehall. Con Yarington. —Me miró angustiado—. Y lo mantendremos en secreto.

Asentí.

—¿Por qué habéis dicho que debíamos ir a ver al deán?

—Creo saber qué nos estaba ocultando.

—¡Hemos encontrado la bodega! —gritó Barak desde el interior de la casa—. Hay una trampilla metálica en el corredor.

—Tendríamos que echar un vistazo ahí dentro —dije. Me dirigí al corredor, seguido por Harsnet.

Barak había levantado la trampilla y estaba de pie, mirando hacia abajo. Había una escalera. Una corriente de aire frío inundó el corredor. Janley apareció con una lámpara en cuyo interior ardía la luz de una vela. Barak aspiró aire con fuerza.

—Muy bien, veamos qué hay ahí abajo.

—Ten cuidado —dije.

En la bodega no encontramos nada. La luz de la lámpara solo iluminó las losas del suelo y los toneles pegados a las paredes. Barak y Janley encontraron allí otra trampilla que conducía a las cloacas. Cuando Janley la abrió, nos llegó un soplo del hedor característico de las alcantarillas.

—¿Bajamos? —preguntó el hombre de Thomas Seymour, mirando de reojo la oscuridad que se abría a sus pies.

—No —repuso Barak—. Escuchad. —Oímos el sonido del agua en movimiento, que en un principio nos pareció imperceptible, pero que de pronto cobró fuerza cuando alguien en la casa capitular abrió la esclusa y el exceso de agua circuló con libertad. El edificio sufrió una nueva sacudida, y una vaharada de aire hediondo inundó la bodega y llegó hasta la trampilla del corredor.

—Eso es mucha agua —dijo Barak desde abajo.

—Con toda la lluvia que ha caído, probablemente se hayan desbordado los estanques de Islington —concluyó Harsnet.

Barak y Janley subieron al corredor y todos regresamos al salón de la taberna. Encontramos a Guy de pie junto al cadáver, y reparé en que tenía sucio el faldón de la bata. Había estado rezando de rodillas.

—¿Qué nos oculta Benson? —quiso saber Harsnet.

—Os lo contaré de camino. Tene…

Llamaron a la puerta. Fue un golpe débil, titubeante. Cruzamos miradas.

—¡Entrad! —ordenó el forense.

La puerta se abrió. Una pareja de ancianos entró. Parecían nerviosos, eran bajos y delgados, de pelo gris; gente humilde, sin duda. Nos miraron y a continuación dirigieron la vista al bulto que había en el suelo. La mujer dejó escapar un grito muy breve y salió corriendo de la taberna. El hombre se volvió para seguirla, pero Harsnet lo retuvo. A través de la puerta, vimos a la esposa del anciano de pie en los escalones

que llevaban a la puerta principal. Estaba temblando.

—¿Quién sois? —preguntó Harsnet de malos modos.

—Vecinos de la taberna —explicó el hombre con un hilo de voz mientras se frotaba las manos, nervioso—. Oímos ese ruido y nos preguntamos qué estaba pasando.

—La señora Bunce ha sido asesinada. Maese Lockley ha desaparecido. Yo soy maese Harsnet, ayudante del forense real.

—Ah.

—Por favor, decid a vuestra esposa que entre. Desearía haceros unas preguntas.

—Está muy alterada —dijo el anciano, pero ante la mirada inflexible de Harsnet salió de la taberna y regresó con su mujer, que se aferraba a él, evitando mirar el cadáver.

—Creemos que los hechos se produjeron anoche —dije—. Una vez que hubo cerrado la taberna, ¿oísteis algo extraño?

El anciano observó a Guy, cuyo rostro de piel oscura y la larga bata de médico le empujaron a preguntarse cómo había aparecido él allí.

—Anoche —insistió Harsnet con aire impaciente.

—Hubo mucho ruido cuando cerró la taberna.

—¿De qué hora estamos hablando?

—Cerraron a las doce. Nosotros estábamos en la cama y el ruido nos despertó. Era como si estuvieran volcando las mesas. Claro que ahora hay muy mala gente en la taberna, por ejemplo los mendigos de esa capilla la frecuentan cuando reúnen unas monedas. Sabíamos que Francis se había marchado. Ethel estaba muy inquieta, y preguntaba a todos los vecinos de la plaza si lo habían visto. A ella le gustaba ser la dueña del gallinero. Pobre Ethel… —Miró alrededor y finalmente el cadáver—. ¿La mató un borracho?

—Sí. ¿Oísteis algo más avanzada la noche?

—No.

—Ay, por favor, dejadnos salir de aquí —rogó la mujer, llorando.

—Enseguida. ¿Conocíais bien a la señora Bunce y a Lockley, su marido?

—Hace diez años que somos vecinos de la taberna. Conocimos a maese Bunce antes de su muerte. Llevaba el negocio con mano firme. Era un hombre piadoso.

—¿A qué os referís? —pregunté para asegurarme.

El vecino nos miró con cierta inquietud.

—Que pertenecía a una de las congregaciones radicales. Si hablabas con él un rato, siempre acababa mencionando la Biblia y la salvación del alma.

—¿Y tenía una taberna? —preguntó Harsnet, incrédulo.

El anciano se encogió de hombros.

—Creo que se convirtió cuando ya era el dueño. Era su sustento. Y como digo, la llevaba con mano firme. Nadie maldecía o se peleaba aquí dentro.

—Y la cerraba los domingos —intervino su mujer, que miró el cadáver y se

persignó—. Ethel lo pasó muy mal y trabajó muy duro. Era una mujer que intentaba llevar una taberna sin ayuda de nadie.

—¿Cuándo se juntó con Lockley?

—¿Francis? Llegó hará unos dos años. Primero le echó una mano sirviendo las mesas, y luego se juntaron. —La anciana meneó la cabeza—. A veces pensaba que Eddie Bunce debía de estar removiéndose en la tumba, pensando en que Ethel se había juntado con un antiguo monje.

—¿Ella intentó integrar a maese Lockley en la congregación de su marido?

—No, el caso es que no volvió a oírse hablar de la Biblia tras la muerte de Eddie, y la taberna empezó a abrir los domingos. Supongo que Ethel dejó de acudir a la iglesia.

—También empezó a haber más clientes ruidosos —señaló su esposo, molesto.

Harsnet y yo nos miramos por un instante. Como el resto de las víctimas, la señora Bunce era apóstata de una congregación radical.

—¿A qué iglesia acudía maese Bunce? —preguntó el forense.

—Clerkenwell. Será mejor que esos radicales se anden con cuidado, con ese obispo Bonner siguiéndoles la pista.

—¿Conocéis a algún pariente de la señora Bunce?

—No, señor. No teníamos mucha relación. —El anciano miró de nuevo el cadáver —. Puede que vivieran en pecado, pero Ethel era una mujer decente. Francis podía ser muy gruñón.

—Nos gustaría asistir al funeral —dijo su esposa.

—Por favor, señores, ¿qué creéis que ha pasado? —preguntó él, mirándonos—. Nos preocupa que pueda haber ladrones en las inmediaciones y que no estemos muy seguros aquí.

—No corréis el menor peligro —aseguró Harsnet—. Pero eso es cuanto puedo contaros hasta que hayamos avanzado en la investigación. Entretanto, lo sucedido no debe salir de aquí. No contéis a nadie que la señora Bunce ha fallecido, porque podría poner en peligro nuestras pesquisas.

—Pero ¿cómo…?

—Lo mantendréis en secreto. Lo ordeno en nombre del rey. Un guardia permanecerá aquí por ahora. Gracias por vuestra ayuda —concluyó a modo de despedida.



Harsnet movió la cabeza cuando los ancianos abandonaron la taberna.

—Pobrecillos —dijo—. Partamos, pues, Matthew, si es que pretendemos acercarnos ahora mismo a Westminster. Quiero saber qué habéis averiguado. Janley, quedaos aquí, cerrad la puerta y mantened lejos a los curiosos. Daré orden de que vengan a retirar el cadáver.

—¿Puedo irme a casa? —preguntó Guy.

—Sí —respondió, sucinto, el forense.

Saltaba a la vista que seguía sin gustarle Guy, o quizá no confiaba en él. Para la mayoría de la gente, el punto de conflicto era el color de la piel, pero tratándose de Harsnet estaba convencido de que era la religión.



Salimos de la taberna, aliviados al vernos fuera de tan terrible lugar. Nos quedamos de pie en lo alto de la escalera, contemplando la espaciosa plaza. Al otro lado, en la distancia, vimos un carruaje rodeado de cuatro jinetes que entraba en el patio de la casa propiedad de Catalina Parr.

—*Lady* Catalina tiene visita —dije—. Quizá sea el arzobispo.

—Si lo es, que Dios la acompañe. La religión verdadera necesita de la ayuda que pueda prestarle esa dama —opinó Harsnet, que bajó la escalera y desató el caballo de la barandilla. Hice ademán de seguirlo, pero Barak me cogió del brazo.

—¿Qué viene a continuación? —preguntó—. ¿Qué sucede cuando se vierte el contenido de la sexta copa?

—El Libro de las Revelaciones habla de la sequía que sufren grandes extensiones de agua —dijo Guy—. El Éufrates.

—¿Cómo va ese cabrón a cometer un asesinato que simbolice semejante cosa? No planeará secar el Támesis, ¿verdad?

—Encontrará un modo —respondí, muy serio—. Sea cual sea, Dios sabe que lo hará de tal modo que pueda torturar hasta la muerte a algún pobre desdichado.

Capítulo 32

Guy cabalgó con nosotros de regreso a Smithfield. Allí tomó el camino que partía a la izquierda, en dirección a Londres, momento en que se despidió de nosotros con la mano.

—¿Os veré mañana por la mañana en Bedlam, Matthew? Yo llegaré a las nueve.

Acordé reunirme con él allí al día siguiente, y luego lo vimos alejarse, inclinado en su montura, de vuelta a la ciudad.

—Veamos, Matthew. ¿Qué es eso que habéis deducido? —preguntó Harsnet—. ¿Qué contienen esas cajitas que lleva Barak?

Compartí con ellos mi teoría. Lockley no nos había contado toda la verdad. Tampoco el deán lo había hecho, y cabía la posibilidad de que Cantrell también se hubiese callado esa parte de la historia.

—Quizá tendríamos que hablar primero con Cantrell —sugirió Barak—. Para ver si puede confirmarlo.

—Ya habrá tiempo de hablar con él —replicó Harsnet—. Quiero encararme con el deán.

—Podrías irte a casa, Jack. Pasar un rato con Tamasin —sugerí.

—No, quiero llegar al fondo de este asunto —dijo, negando con la cabeza. Me miró y vi que, al igual que a Harsnet y a mí, lo que le habían hecho a la señora Bunce lo había conmocionado profundamente—. Ojalá hubiésemos sido capaces de salvarla.



Continuamos hasta Westminster. Era sábado; tanto el Parlamento como los tribunales estaban cerrados, así que no había mucha gente en los alrededores. Los tenderos y los buhoneros nos observaron al pasar, y uno o dos intentaron llamar nuestra atención, pero no hicimos caso. En Sanctuary pasamos por delante de un carro cargado con tablones de madera recién talada. El olor dulzón a resina impregnaba la atmósfera viciada de la ciudad. Aunque encontramos cerradas las puertas de la catedral, oímos el sonido de los cánticos procedente del interior, ya que sin duda el coro se preparaba para el servicio religioso.

—Me pregunto dónde estará el deán —dije.

—Iremos a su casa.

Cabalgamos hasta Dean’s Yard y franqueamos la muralla hasta el patio de la abadía, donde volvimos a atar los caballos frente a la casa antigua que se alzaba entre el caos de las obras de construcción de los edificios colindantes. Tras preguntar al mayordomo, averiguamos que el deán Benson estaría ocupado todo el día en la catedral. Harsnet redactó un mensaje, en el que solicitaba que nos atendiera en un

asunto urgente que podía concernir a su propia seguridad.

—Así seguro que nos atenderá —dijo cuando el mayordomo se hubo alejado a buen paso, tras acomodarnos en el recibidor.

Al cabo de un rato oímos pasos en el sendero del jardín. El deán entró en la casa. Estaba jadeando; debía de haberse puesto en camino en cuanto recibió el mensaje. Nos miró airado.

—Por el amor de Dios, ¿puede saberse qué pasa ahora? —preguntó—. ¿A qué viene eso de que corro peligro?

—¿Podemos hablar en vuestro despacho? —preguntó Harsnet.

—De acuerdo. —El deán suspiró y nos condujo por el corredor. Apenas había dado unos pocos pasos cuando giró en redondo y miró a Barak, quien cargaba con las cajitas de Lockley—. ¿Y os habéis propuesto incluir a vuestro sirviente en la entrevista? —preguntó con arrogancia, dirigiéndose a mí.

—Esta vez Barak nos acompañará, en efecto —intervino Harsnet, mirando al deán a los ojos. Así habíamos acordado de antemano que sería—. Tiene algo que mostraros.

El deán reparó en las cajitas que llevaba Barak, se encogió de hombros y siguió caminando.

En cuanto entramos en su despacho, Harsnet puso al corriente al deán Benson del asesinato de Ethel Bunce, de la desaparición de Lockley y del ataque sufrido por Cantrell.

—De modo que ya veis, deán, que el asesino parece haber centrado la atención en quienes tuvieron relación con la enfermería —concluyó.

—¿Por qué iba eso a ponerme en peligro? —El deán observó las cajas que Barak tenía sobre el regazo, y de pronto contuvo una exclamación. Comprendí que había intuido lo que contenían.

—Hubo una conexión entre vos y ellos —expliqué—. Estoy convencido de que iba más allá del mero hecho de que vos representabais la autoridad superior tanto en la enfermería de los monjes como en el hospital laico. Creo que eso es lo que nos habéis estado ocultando.

Barak abrió las cajas y las dentaduras postizas quedaron al descubierto. A juzgar por el modo en que abrió los ojos el deán y se recostó en la silla, comprendí que mis sospechas eran acertadas.

—Permitid que os cuente lo que creo que pasó —continué—. Goddard solía administrar la belladona, un soporífero potente y muy peligroso, para dejar inconsciente a sus pacientes al realizar las intervenciones. Entretanto, los ricos adoptaron la moda de llevar dientes falsos clavados en una pieza de madera. Los dientes suelen obtenerse de jóvenes saludables, y de ser posible con la dentadura completa. Hace poco, la mujer de maese Barak tuvo que arrancarse un diente, y el sacamuelas le ofreció sacárselos todos a cambio de una buena suma de dinero.

—¿Todo esto que contáis tiene algún objeto? —me interrumpió el deán,

furibundo pero incapaz de apartar la vista de las cajas.

—No sé cuán a menudo visitáis ya las partes abandonadas del monasterio antiguo, pero me he cruzado en dos ocasiones con un mendigo que sigue introduciéndose en el recinto, y que aprovecha la presencia de cualquier persona dispuesta a escucharle para preguntarle si ha visto dónde están sus dientes, pues no conserva uno solo en la dentadura. Por supuesto, no está en su sano juicio, pero me pregunto qué pudo empujarlo a la locura. ¿Algo que le hicieron aquí? ¿Quizá le sacaron los dientes, aprovechando los efectos de la belladona? Tal vez compararon su tamaño con una de las cajas que encontramos en el baúl de Lockley. Uno de los motivos de que los sacamuelas tengan tantas dificultades para que la gente se preste a que les extraigan los dientes, a pesar del dinero que ofrecen, es que se trata de una operación dolorosa. Pero a los indigentes que acudían a este lugar para que se les tratara una enfermedad podían suministrarles una dosis de belladona para que el proceso fuera indoloro.

Se hizo el silencio en la estancia. En ese momento, se oyeron los estruendosos martillazos de las obras, y el deán sufrió un sobresalto. Antes de hablar, llenó de aire los pulmones.

—Si Goddard y Lockley, y, por lo que yo sé, Cantrell, estaban conchabados en la enfermería con algún fin, yo no estaba al corriente de ello. ¿Y qué tiene eso que ver con la búsqueda que lleváis a cabo del paradero del asesino?

—Tenemos que saberlo todo, deán. Y por el modo que habéis mirado esas cajas, está claro que todo esto no es nuevo para vos.

Un segundo martillo se sumó al primero. El deán cerró los ojos.

—Ese ruido —dijo para sí—. No acaba nunca. ¿Cómo se supone que voy a poder pensar? —Abrió de nuevo los ojos. Nos miró a los tres y respiró hondo—. Os felicito, procurador Shardlake. Sí, tenéis razón. Hace cuatro años, en mil quinientos treinta y nueve, descubrí que Goddard estaba proponiendo a los pacientes del hospital laico que vendieran sus dentaduras. Por aquel entonces, la moda de las dentaduras postizas estaba en sus comienzos, y había llegado a un acuerdo con un barbero-cirujano de Westminster, un hombre llamado Snethe, cuyo negocio se anuncia con el letrero de Bloody Growth. Compra dientes, y también otras cosas, por lo que he oído. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Lockley trabajaba con Goddard. Entonces, todo el mundo sabía que los monasterios no tenían futuro y muchos de los monjes intentaban asegurarse la situación económica de varios modos. Ese fue el modo que escogió Goddard, porque estaba decidido a conservar su posición cuando se clausurara el monasterio. Supongo que Lockley se gastaría su parte en bebida.

—¿Cómo averiguasteis todo esto?

—Me lo contó el joven Cantrell. Trabajaba en la enfermería de los monjes y se entrometía poco, o nada, en los asuntos del hospital laico, pero descubrió qué sucedía porque una vez escuchó una conversación entre Goddard y Lockley. Goddard le dijo que guardara silencio o sufriría las consecuencias, pero Cantrell sospechaba que una

o dos de las personas que Goddard y Lockley dejaron inconscientes nunca volvieron a despertar.

—Cantrell —dije—. La sola mención del nombre de Goddard bastaba para aterrorizarlo.

—Lord Cromwell me había instruido para que tomara buena nota de cualquier escándalo que pudiera producirse, para utilizarlo en caso de que fuera necesario presionar a los monjes y obligarlos a rendirse —prosiguió Benson—. Sí, y vosotros también trabajasteis para él, de modo que no tenéis motivos para mostraros tan virtuosos conmigo. Me ordenó que les dejara continuar con lo que hacían, de tal forma que pudiésemos tenderles una trampa llegado el momento, convertirlo en un escándalo. Pero, al cabo, prefirió que se clausurase el monasterio sin armar alboroto, sin escándalo alguno, porque eso era lo que el rey quería. Y eso es lo que yo logré.

—¿Llegó Goddard a saber que Cantrell lo había delatado?

—No. Nunca tuve que decirle que lo sabía.

—¿De manera que aún pudo morir más gente? —inquirió Harsnet.

—Es posible. Yo cumplía órdenes de lord Cromwell. Como bien sabéis, nadie las desafiaba a la ligera. —Se inclinó sobre el escritorio, recuperada la confianza en sí mismo—. Y al rey no le gustaría saber de un escándalo en Westminster, ni siquiera a estas alturas. Obedecí a lord Cromwell porque él ostentaba entonces el poder, aunque no sentía la menor inclinación por su radicalismo extremo en materia de religión. Además, era consciente de que algún día iría demasiado lejos y sus enemigos del Consejo Privado lo derribarían. Eso es lo que sucedió. Y ahora se nos avecina una época de cambios, una época más razonable.

—De modo que dejasteis que os meciera el viento —afirmó Harsnet.

—Mejor dejarse mecer por el viento que acabar arrastrado por él, como les ha sucedido a muchos. —Benson señaló al forense con uno de sus rollizos dedos—. El rey no sabe nada de esto, ¿verdad? Me refiero al asesino al que estáis buscando. He hecho algunas averiguaciones muy discretas, no os preocupéis. Al rey no le haría la menor gracia saber que el arzobispo Cranmer le ha estado ocultando cosas, no en estos tiempos en que se alzan tantas voces en su contra. —Se volvió hacia mí—. Vuestra investigación se ha estancado, ¿no es así? Parecéis preso de una pegajosa telaraña, maese jorobado. No querríais importunar por segunda vez al rey.

Harsnet se volvió hacia mí, pasando por alto los comentarios de Benson.

—¿Esto adónde nos lleva? ¿Es el asesino algún antiguo paciente suyo?

—Lo dudo —respondí—. Todos ellos eran gente humilde, falta de medios. Sin embargo, existe una relación, tiene que haberla.

—Es Goddard —opinó Harsnet—. Escoge a las víctimas entre sus conocidos. —Miró al deán—. ¿Nos lo habéis contado todo?

—Absolutamente todo. Tenéis la palabra del deán de Westminster.

—Ya sabemos qué valor tiene vuestra palabra, señor —replicó Harsnet con desprecio.

Benson le miró fijamente, para después volverse hacia mí.

—¿Puedo considerarme a salvo? —preguntó.

—No creo que corráis peligro —respondí—. Hasta el momento, las cinco víctimas estaban relacionadas con el radicalismo religioso, pero se distanciaron de él. Vos siempre fuisteis un oportunista —me atreví a añadir.

—Oportunista, no, sino pragmático, tal como os he dicho antes, maese jorobado.



—Apenas hemos progresado —dije una vez nos hallamos en el patio.

—Al menos ahora sabemos cuán crueles y despiadados podían llegar a ser tanto Lockley como Goddard. ¿Por qué no nos lo confesó Benson antes? Sabe que, cuente lo que cuente, es intocable —comentó Harsnet con amargura.

No respondí. Estaba convencido de que la agresividad con que Harsnet había tratado al deán desde nuestra primera entrevista no nos había servido precisamente de ayuda. Se había dejado arrastrar por la antipatía que le inspiraba. A veces, cuando uno trata con animales políticos, es menester disimular y fingirse afable, tal como hacen ellos.

—¿Y por qué Cantrell tampoco quiso contárnoslo? —preguntó.

—Creo que tenía demasiado miedo. Además, lo cierto es que no le sirvió de gran cosa contárselo a Benson en su momento. Será mejor que vayamos a ver qué puede decirnos. Podemos dejar los caballos aquí mismo. —Señalé la puerta que había en la muralla que llevaba a Dean's Yard—. Allí, allí es donde vive. Aunque quizá sería más adecuado decir «existe».

Cruzamos el camino hasta la ruinosa entrada de la antigua carpintería.

—No veo ningún guardia —señaló Harsnet.

—Conociéndolo, es perfectamente posible que haya rechazado la protección.

—En tal caso, habrá que imponérsela.

—En eso estamos de acuerdo.

Llamamos a la puerta. Al cabo de un momento, Cantrell la abrió.

—Vos otra vez, señor —dijo sin el menor entusiasmo. Miró a Harsnet—. ¿Quién es este?

—Soy el ayudante del forense de Londres —se presentó Harsnet, bastante templado para lo que solía ser habitual en él—. Maese Shardlake trabaja conmigo. Queríamos ver cómo os iba. Esperábamos ver apostado un guardia en la casa.

—Está detrás.

—¿Podemos entrar?

Seguí a Cantrell por el húmedo corredor, mientras el joven seguía a su vez al forense hasta el salón. El lugar conservaba su olor a humedad, y vi que habían sustituido el cristal de la ventana que daba al patio. Fuera, un hombre fornido que llevaba una espada al cinto permanecía sentado en una caja de madera, comiendo pan

y queso. Cantrell lo señaló con un gesto.

—Insistió. No quiero a nadie dentro de mi casa, pero puede quedarse ahí el tiempo que quiera.

Miré alrededor. Había un plato roto en el suelo, junto a la mesa, y los restos de un caldo se filtraban entre los tablones.

—Mi cena —dijo Cantrell—. Se me cayó al suelo cuando llamasteis a la puerta. Intenté dejarla en la mesa, pero no acerté.

—Deberíais permitir que os visitara un médico —dije—. ¿Recordáis que os hablé de un médico conocido mío que no os cobraría nada? —Tomé la decisión de satisfacer yo mismo los honorarios de Guy. Si podía hacerlo por Bealknap, ¿por qué no iba a hacer lo mismo por el pobre Cantrell?

El joven me miró. Me pregunté qué aspecto tendrían sus ojos sin las lentes, qué enfermedad los aquejaba. Guardó silencio unos instantes.

—Me temo, señor… que diría que me estoy quedando ciego.

—O quizá llegaría a la conclusión de que unas lentes nuevas os serían de ayuda. Permitid que os concierte una cita.

—¿Cuánto tiempo voy a seguir teniendo a ese hombre protegiéndome? —preguntó de malos modos.

—Quizá sea necesario que siga aquí un tiempo —respondió Harsnet—. Tengo que contaros que Francis Lockley ha desaparecido y que la mujer con quien vivía amancebado ha sido asesinada. El hombre que entró aquí a la fuerza… ¿Creéis posible que se tratara de Lockley?

Cantrell se quedó boquiabierto.

—No, no fue Francis. Era bajo, y el hombre que entró aquí era alto. El doctor Goddard era un hombre alto.

—El procurador Shardlake mencionó que le habíais contado que tenía un enorme lunar en un lado de la nariz.

—Así es.

—Y también tendrá un corte en la cabeza, después del golpe que le disteis con el garrote —añadió Barak en tono aprobador.

—No lo sé, no lo sé —dijo Cantrell con repentino malhumor—. ¿Por qué tenéis que venir todos aquí a hacerme tantas preguntas? No entiendo lo que está pasando. Solo quiero que me dejéis en paz.

Harsnet lo miró un momento sin decir nada hasta que le llamó la atención.

—Venimos de ver al deán Benson —dijo—. Nos contó todo lo relacionado con el plan de Goddard y Lockley de extraer los dientes de los pacientes, aprovechando los efectos de la belladona. Nos contó que vos le informasteis de ello.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? —pregunté a Cantrell.

Cantrell se encogió de hombros en el taburete, gesto que daba fe de un cansancio absoluto.

—¿Esa es la razón por la que el doctor Goddard anda detrás de mí? —preguntó

—. ¿Por haber hablado?

—El deán Benson no llegó a hablar de ello con Goddard —dije—; pero ¿por qué no me lo contasteis?

—De mucho me sirvió la primera vez que lo confesé —repuso en tono irónico—. Siempre sospeché que el doctor Goddard intuía lo que había hecho, aunque nunca me lo dijo de forma abierta. Simplemente, después de mi entrevista con Benson su lengua se volvió más afilada, si cabe. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Hacer el bien no sirve de nada. Es mejor que a uno lo dejen en paz. —Levantó la vista hacia nosotros con aquellos ojos vidriosos que se intuían tras las lentes—. No solo les quitaban los dientes a los pacientes, ¿sabéis? Corrió la voz entre los mendigos y los vendedores ambulantes de que era una forma indolora de obtener dinero para los jóvenes que tuvieran buena dentadura, así que la enfermería empezó a llenarse de pacientes sanos —añadió, y no pude evitar pensar en la atractiva joven que había visto el día anterior—. El doctor Goddard tenía dónde escoger. Siempre me sorprendió que nadie con autoridad cayera en la cuenta de lo que se traían entre manos esos dos, porque todos los mendigos lo sabían. Pero nadie se para a pensar en ellos, ¿verdad? —Agachó la cabeza y guardó silencio de nuevo.

—Debo intercambiar algunas impresiones con el guardia. —Harsnet miró a Cantrell, hizo un gesto de negación y salió por la puerta trasera. Habló brevemente con el guardia y regresó al salón—. No ha habido nada sospechoso que llamara la atención de nuestro hombre, pero no le satisface la idea de que no lo dejéis entrar en la casa. Según parece, tiene incluso que dormir en el cobertizo, que está lleno de herrumbrosos útiles de carpintero. ¿Por qué no lo dejáis entrar, buen Cantrell?

—Solo quiero que me dejen solo —repitió el joven.

Temí que rompiera llorar. Apoyé la mano en el brazo de Harsnet, y este me siguió fuera del salón. Ya en el umbral, me volví hacia Cantrell.

—Hablaré con mi amigo el médico. Os concertaré una cita con él —aseguré.

Pero no respondió. Siguió sentado, contemplando los tablones que había en el suelo.



Una vez fuera, Harsnet dijo:

—Cómo olía ese lugar. ¿Habéis visto lo sucia que tiene la ropa? —Sí, está en un estado lamentable. Pobre hombre.

—Tiene todo el aspecto de tomar en breve el mismo camino de Adam Kite —opinó Barak.

—Si puedo lo ayudaré —dije.

—Vos ayudaríais a todos los locos de Londres. Al final os volverán tan loco como ellos.

—El procurador Shardlake solo desea ser útil —dijo Harsnet en tono de reproche,

y al ver que me frotaba el brazo, porque había notado un repentino picor en la zona de la herida, inquirió—: ¿Cómo tenéis el brazo? Había olvidado preguntároslo.

—Mucho mejor, aunque acaban de quitarme los puntos. Espero que el guardia sea diligente. No querría perder también a Cantrell.

Harsnet me observó, y reparé en ese momento en que coincidía con Barak al pensar que me estaba involucrando demasiado en los problemas del antiguo monje.

—Es competente. Es el último hombre de que dispongo. Si necesitamos más, tendremos que confiar en *sir* Thomas Seymour. —Suspiró—. Aunque al final se hará la voluntad de Dios.



Harsnet regresó a su despacho de Whitehall, y Barak y yo cabalgamos de vuelta a casa por el Strand. Era última hora de la tarde y las sombras se alargaban.

—¿Qué diantre sucedió anoche en la taberna? —preguntó Barak—. ¿Acaso es Lockley el asesino, y matar a su mujer formaba parte del plan? De ser así, digo yo que la habría dejado para el final, que le habría reservado el papel de séptima víctima, para evitar revelar su identidad tan temprano.

—No puedo imaginármelo en el papel de asesino. No tiene esa inteligencia fría y calculadora que por fuerza tiene que poseer nuestro hombre. A menos que sea muy buen actor. Guy opina que el asesino podría estar actuando la mayor parte del tiempo, que podría estar aparentando ser una persona normal. —Negué con la cabeza—. Pero ¿cómo iba Lockley a saber lo suficiente de leyes, para redactar, al menos, la carta que recibió Roger?

—No lo sé. Sin embargo, tampoco me da la impresión de que sea Goddard. Por alguna razón, no me encaja.

—En eso estamos de acuerdo. El doctor Goddard se nos dibuja cada vez con mayor claridad como alguien interesado en el dinero y la posición social, no parece imbuido de un gran sentimiento religioso.

—Al contrario que nuestro hermano puro, el forense Harsnet —comentó Barak con una sonrisa.

—No es tan malo. Posee algunas cualidades buenas.

—Le encantaría convertiros. Hacer de vos un hombre piadoso. —Soltó un bufido —. ¿Cómo iba nadie a creer en un Dios misericordioso después de todo lo que hemos visto en la taberna?

—Supongo que algunos dirían que Dios da libre albedrío al hombre, quien por tanto es libre de abusar del mismo, por lo que él, y solo él, es el culpable, no Dios.

—Intentad explicarle eso a la señora Bunce.



Cuando tomamos Chancery Lane, recordé que me había comprometido a ver cómo se encontraba Adam Kite. Además tenía que pedir a Guy que visitase a Cantrell. Comprendía los temores del joven. ¿Y si Guy le decía que iba a terminar irremediablemente ciego?

Llevamos los caballos al establo y luego entramos en casa. En cuanto abrí la puerta, Joan bajó a toda prisa por la escalera.

—Ha venido Margaret, la doncella de Dorothy Elliard, a traeros un mensaje —me informó.

—¿Le ha sucedido algo? —De pronto tenía el corazón en un puño.

—No. Ella está bien, pero tiene a maese Bealknap en su casa. Según parece, se desmayó al pasar por delante de su puerta. Margaret dice que se halla al borde de la muerte.

—¿Bealknap? —pregunté, incrédulo—. Pero si apenas conoce a Dorothy…

—Ese era el mensaje, señor. Margaret vino hace media hora a pediros que os acercarais en cuanto regresarais.

—Iré ahora mismo.

Salí y me dirigí a buen paso al Colegio de Lincoln. Llegué cuando ya oscurecía y se encendían las velas tras las ventanas. Margaret me hizo entrar; la vi muy inquieta.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Oí llamar a la puerta a primera hora de la tarde, señor, y cuando respondí encontré a ese hombre vestido con toga de abogado, desmayado en la puerta. La señora ordenó al cocinero que lo llevara a la cama. Dijo que vos le conocíais…

—Estoy aquí —nos informó Dorothy desde el salón.

—Será mejor que vuelva a cuidarlo, señor —dijo Margaret—. Está muy mal.

Se marchó y entré en el salón, donde Dorothy se encontraba de pie junto al fuego, estudiando la parte descolorida del friso de madera.

—A ver cuándo me ocupo de que alguien rehaga esta sección del friso. No lo repararon bien, y me pone enferma verlo cada vez que paso un rato aquí. —Estaba pálida, y comprendí que se esforzaba por controlarse—. Gracias por venir, Matthew.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hace aquí Bealknap?

—Margaret lo encontró en el suelo, ante nuestra puerta. Pedía ayuda. Margaret me avisó. Estaba ahí tumbado, blanco como el papel, jadeando.

Percibí un leve temblor en su voz, y en ese momento caí en la cuenta de que todo aquello debía de haberle recordado a Roger, tendido junto a la fuente. «Maldito sea Bealknap», pensé.

—Margaret me ha contado que ordenasteis al cocinero que lo llevara a la cama.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —repuso, extendiendo las manos—. Nos dijo que se estaba muriendo y me pidió ayuda. Aunque apenas lo conozco, congenio tanto con él como podáis hacerlo vos.

—Es consciente de que una mujer no lo rechazaría —dije con ceño—. Iré a ver qué quiere.

—Matthew, no seáis demasiado duro —me rogó Dorothy—. Creo que está muy enfermo.

—Eso ya lo veremos.



Habían dejado a Bealknap en un dormitorio; a juzgar por la raqueta de tenis diminuta, propia de un escolar, que había encima de un baúl, supuse que se trataba de la antigua habitación de Samuel. Margaret permanecía inclinada sobre la cama, intentando que Bealknap bebiera algo de una taza. Yacía con el blusón puesto. Me sorprendió el mal aspecto que tenía, pues a la luz de la vela que ardía en la mesilla situada junto al lecho costaba distinguir la palidez de su rostro de la blancura de la almohada. Sin embargo, estaba consciente. Al verme entrar me miró con ojos desorbitados.

Margaret se volvió hacia mí. Estaba angustiada. También ella había visto el cadáver de Roger.

—Intento que beba un poco de cerveza caliente —dijo.

—Quiero estar a solas con él.

Dejó la taza y abandonó la estancia. Miré a Bealknap. Era extraño verlo tan cerca, y tan indefenso. Tenía el cabello enmarañado, y le raleaba tanto que en la coronilla se adivinaba una calva. Alrededor de la boca tenía restos de la bebida que Margaret se había empeñado en darle. Estaba desamparado, y a juzgar por su mirada era consciente de ello.

—¿Por qué habéis venido aquí? —pregunté—. Ya sabéis cuánto han sufrido en esta casa.

—Sabía que… la señora Elliard… seguía aquí —explicó con voz entrecortada y débil, entre jadeo y jadeo, pues su respiración era trabajosa—. Sabía de su amabilidad. No tengo a nadie… más que pueda ayudarme.

—Cualquiera ayudaría a un colega abogado que está al borde del colapso.

—A mí no. Todos me odian. —Suspiró y cerró los ojos un instante—. Estoy acabado, Shardlake. No puedo comer, no retengo los alimentos. El doctor Archer dijo que pasarían los efectos de la última purga, pero no lo han hecho. Y a veces sangro, sangro ahí abajo.

—Me encargaré de que el doctor Malton venga a visitaros aquí —dije, resignado.

—Creo que es demasiado tarde. Se me enturbia la visión y me siento a punto de desmayarme a cada instante. —No sin un esfuerzo considerable, sacó la huesuda mano de debajo de la sábana para aferrarme la muñeca. Intenté no retroceder ante lo inesperado de aquel ademán—. Nunca he creído en Dios —susurró, observándome con su mirada agónica—. Desde que era niño. El mundo es un campo de batalla, dividido en presas y depredadores. Las reglas y las convenciones de la ley no hacen más que disimular ese hecho. Pero ahora tengo miedo. Los católicos dicen que si confiesas tus pecados y te arrepientes llegado el final, Dios te acoge en el cielo.

Necesito un sacerdote, a uno de los de antes.

Aspiré aire con fuerza.

—Haré que venga ahora mismo el doctor Malton, y seguramente conocerá un sacerdote que pueda confesaros. Pero creo, Bealknap, que con un tratamiento adecuado saldríais de esta. Entretanto, haré que Margaret cuide de vos. —Me dispuse a marcharme, pero seguía cogiéndome la muñeca con fuerza sorprendente.

—Vos creéis, ¿verdad? —preguntó.

—Desde hace un tiempo no tengo… la certeza —respondí tras titubear.

Pareció sorprendido.

—Siempre pensé que erais creyente. Con toda esa preocupación vuestra por las normas y la ética, el modo en que siempre me mirabais como si fuera alguien indigno, pensé que erais uno de esos hombres píos.

—Pues ya veis que no.

—Entonces ¿por qué me ayudáis ahora? ¿Por qué me odiáis? En ocasiones me he portado muy mal con vos. Lo hacía porque me mirabais como si fuera un piojo, en lugar de un hombre. —Un repentino destello de ira iluminó sus ojos claros.

—A pesar de todo, sois un ser humano.

Bealknap pareció meditar aquella respuesta. Se mordió el labio inferior, mostrándome unos dientes largos y amarillentos.

—Puede que el sacerdote no llegue… a tiempo —dijo—. Al menos, dejad que os cuente un pecado… que os cuente lo que hice. Aunque no sé por qué me lo pidió…

—¿A qué os referís, Bealknap? Todo eso que decís no tiene ningún sentido.

Cerró los ojos antes de continuar.

—Fue hace casi dos semanas. Después de que me hicierais perder el caso relacionado con ese granjero. Al día siguiente, un hombre vino a verme a mi despacho. Se llama Colin Felday. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Es notario, y frecuenta Sanctuary, en Westminster, en busca de clientes; yo soy uno de los abogados de quienes se sirve. No es un hombre honesto, sino más bien es uno de esos a quienes vos desaprobaríais. —Intentó reír, pero acabó tosiendo. Abrió de nuevo los ojos, superado por el miedo y el dolor—. Dijo que tenía un cliente que estaba dispuesto a pagar una buena suma a cambio de toda la información relativa a vos que pudiera proporcionarle.

—¿Qué clase de información?

—Cualquiera que pudiese darle. Acerca de vuestros hábitos y costumbres, dónde vivíais. Incluso la clase de persona que sois. Y también todo lo relativo a vuestro sirviente, Barak. Le conté que erais un mojigato amargado por vuestra joroba, y un abogado tozudo como un condenado terrier. También le dije que no erais estúpido. —Intentó reír de nuevo—. Ay, no, eso jamás.

Lo miré fijamente. Tenía que ser el asesino. Tenía que serlo. Así era como se las había ingeniado para averiguar cosas sobre mí; ese notario era quizá el mismo que había enviado la carta a Roger.

—¿Quién es el cliente de Felday? —pregunté entonces—. ¿Cómo se llama?

—Dijo que no podía darme esa información. Solo que no os deseaba ningún mal. Me bastó con eso. —Había ira en su mirada. Quizá se trataba de una confesión, pero comprendí que no estaba verdaderamente arrepentido; era solo el miedo que sentía ante la proximidad de la muerte.

—Creo que el cliente de Felday ha asesinado a cinco personas —dije—. Lo he estado persiguiendo. Y él ha estado persiguiéndome a mí. Me hirió en el brazo con un cuchillo, y dio una buena paliza a la esposa de Barak.

Bealknap cerró los ojos.

—No sabía nada de eso. Nadie puede culparme por ello.

Sonreí al ver reaparecer al viejo Bealknap; de algún modo, supe entonces que sobreviviría.

—¿Dónde vive Felday? —pregunté.

—En una buhardilla junto a la catedral. En Addle Hill.

—Haré que venga Guy —dije—. Y pediré un sacerdote.

Bealknap asintió débilmente, pero no volvió a abrir los ojos. La confesión lo había dejado exhausto, o quizá se sentía incapaz de mirarme a la cara. Lo dejé ahí tumbado y cerré la puerta en silencio al salir.



Encontré a Dorothy sentada en la silla que había junto al hogar. Margaret le hacía compañía. A juzgar por su aspecto, ambas estaban agotadas.

—Margaret —dije—, ¿tendrías la amabilidad de volver a su lado? Creo que si logra ingerir líquido se pondrá mejor.

—¿Va a morir? —preguntó sin rodeos Dorothy en cuanto Margaret abandonó el salón.

—No lo sé. Desde luego él cree que sí. Le pediré a Guy que venga a verlo. Bealknap también quiere un sacerdote, para confesarse.

Ella soltó una risa carente de alegría.

—Jamás pensé que Bealknap sería de los que conservan las antiguas creencias.

—Imagino que para él es una especie de seguro —dije, negando con la cabeza—. Es un hombre peculiar. Se comenta que en su casa guarda un enorme baúl lleno de oro. Pero no tiene esposa ni amigos, solo enemigos. ¿Qué le llevaría a ser así?

—¿Quién sabe? —respondió ella—. En fin, espero que sobreviva. Desde luego, no quiero que haya más muertes aquí. Gracias por venir, Matthew —añadió con una sonrisa—. Margaret y yo… no sabíamos qué hacer. Ni siquiera éramos capaces de pensar.

—Eso es comprensible, dadas las circunstancias.

—Al menos permitidme que os dé de cenar —propuso Dorothy poniéndose de pie —. Estoy segura de que hoy no habéis probado bocado.

—No. Debo encargarme de algo que no puede esperar.

—¿Está relacionado con esos asesinatos?

—Sí. Se trata de una posible pista.

Se acercó a mí, me cogió de la mano y se quedó mirándola.

—Habéis soportado una gran tensión. Se os ve más cansado que nunca.

—Creo que podríamos estar cerca de resolver el caso.

—Cuando vi a ese Bealknap tirado en la puerta, tan pálido, recordé todo lo sucedido. La primera vez que vi el cadáver de Roger…

De pronto rompió a llorar y hundió el rostro entre las manos. No pude contenerme más y la abracé.

—Oh, Dorothy, pobre Dorothy…

Ella levantó hacia mí su rostro bañado en lágrimas y me miró a los ojos. Sentí que, si la besaba, correspondería a mi beso, pero entonces pestañeó y retrocedió un paso con una sonrisa melancólica en los labios.

—Pobre Matthew —dijo—. Yendo de un lado a otro para ayudarme.

—Haré por vos cuanto sea necesario en todo momento.

—Lo sé —respondió ella con un hilo de voz.

Me incliné y salí de la casa. Hice un alto en la entrada, sobrecogido de pronto por la emoción. Ella sentía algo por mí, de eso estaba seguro. Volví la vista hacia Gatehouse Court. Estaba oscuro, solo había luz en algunas ventanas. Aspiré aire con fuerza y eché a andar a buen paso en dirección a mi casa. Enviaría a Peter a buscar a Guy, porque Barak y yo teníamos otra misión: dar con Felday. El corazón, que ya me latía con fuerza, me retumbaba en los oídos y me temblaban un poco las piernas al pensar que quizá, por fin, habíamos hallado un modo de dar con el asesino.

Capítulo 33

Al entrar en casa sentí un leve mareo. Me apoyé en la puerta por un instante, mientras aspiraba aire con fuerza. Luego subí por la escalera hasta la habitación que compartían Barak y Tamasin. Llamé y Barak me dijo que entrase.

A simple vista ambos componían la perfecta y pacífica escena doméstica. Tamasin se hallaba sentada a la mesa, cosiendo; Barak estaba tumbado en la cama. Lo vi relajado, al menos hasta que reparé en el entrecejo fruncido y en que movía el pie arriba y abajo.

—Jack —dije—, mucho me temo que voy a requerir de tus servicios un rato.

—¿No se habrá producido otro…? —preguntó, abriendo desmesuradamente los ojos.

—No.

Tamasin nos miró con cierta inquietud. Sonreí con ánimo de tranquilizarla.

—No es más que un simple recado.

—¿De qué se trata? —me preguntó Barak cuando bajamos por la escalera. Lo noté contento, puede que aliviado, ante la perspectiva de moverse un poco, después de haberse asegurado de que no tendría que ver el cadáver de otra víctima torturada. Le hablé de la confesión que me había hecho Bealknap en referencia al notario Felday—. Tú ve a tomar algo con algunos de esos notarios desocupados, a ver qué averiguas —propuse—. No conocerás a ese hombre, ¿verdad?

—Una vez me lo señalaron —respondió Barak—. Es delgado, de facciones angulosas. Consigue la mayoría de sus clientes en Sanctuary, en Westminster, donde es muy conocido. —Me miró muy serio—. Mis amigos me contaron que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero. Y ellos no son precisamente unos angelitos.

Hice una pausa al pie de la escalera.

—Pues, en ese caso, olvida lo de alternar. Tenemos que ir a verlo ahora mismo. Si su cliente es el asesino, ¿y quién iba a ser si no, para hacer preguntas de ese calibre acerca de nosotros?, al fin podríamos identificarlo. —Titubeé al llegar a la puerta—. Quizá tendríamos que ir a buscar a Harsnet para que nos acompañe.

—No perdamos la oportunidad de acorralar a Felday, o puede que se nos escape —me aconsejó Barak.

—Sí, es la mejor pista que hemos tenido hasta el momento.

—De modo que así fue como ese canalla supo dónde vivía —dijo Barak al tiempo que entornaba los ojos con expresión de furia—. Y claro, también le contó que vos trabajabais en el Tribunal de Apelaciones. Lo más probable es que nos haya estado siguiendo de un lado a otro.

—Ya ves que no hay nada que atribuir a los supuestos poderes sobrenaturales

concedidos por el diablo. No hay nada sobrenatural en sobornar a un notario bandido para obtener información de un abogado más bandido aún. Y debe de tener dinero, si es que puede permitirse contar con un notario y un abogado como espías.

—Seguimos sin saber cómo se las ha ingeniado para seguirnos sin ser visto.

—Pronto lo averiguaremos.

—¿Qué vais a hacer con Bealknap?

—Enviaré a Peter a avisar a Guy. Pero antes vamos a buscarlo.

—Yo lo dejaría pudrirse dondequiera que esté.

—Está en casa de Dorothy, así que no me parece buena idea. Vamos.

Me dirigí a la cocina. Philip Orr estaba sentado a la mesa, con una jarra de cerveza en la mano. El taburete crujía bajo su considerable peso, mientras hablaba con los dos jóvenes, Timothy y Peter, que se encontraban sentados en el suelo.

—Y entonces el rey entró en la ciudad —estaba diciendo, como si les contara un cuento—. Jamás habéis visto a nadie como su majestad. Es un hombre enorme, les sacaba una cabeza a todos los cortesanos y sirvientes que formaban parte de su séquito. Las joyas le relucían en el jubón y el bonete. Y a su lado caminaba la reina Ana Bolena, de quien más adelante se descubriría que era una ramera redomada… —Se puso de pie al vernos entrar. Los jóvenes lo imitaron—. Lo siento, señor —se disculpó—. Les estaba contando algunas cosas de mi época de alguacil municipal…

—No pasa nada, pero tengo que hacerle un encargo a Peter. Ven, acércate —le dije al mayor de los muchachos—. Voy a escribir una nota que quiero que lleves a Bucklersbury lo más rápido que puedas. —Miré a Timothy—. ¿No deberías estar en la cama?

—Sí, señor.

Me complació ver que Peter y Timothy congeniaban. Había una nueva luz en los ojos de Timothy, que en otro tiempo me habían parecido muy apagados.

—Buenas noches, pues —dije.

Peter nos siguió. Me dirigí al salón, redacté a toda prisa una nota dirigida a Guy y se la entregué al joven, que salió de la casa a buen paso.

—Perfecto, y ahora veamos qué tiene que contarnos maese Felday… —dije mirando a Barak—. Addle Hill no está lejos. Ah, y no olvides coger la espada.



Recorrimos a paso ligero Fleet Street hasta la muralla de la ciudad. Los guardias nos dejaron pasar al ver mi toga de abogado. La imponente silueta de la catedral de Saint Paul no era más que una vasta sombra al frente. Era una noche oscura como boca de lobo, pues la luna había quedado oculta tras las nubes, y me pareció oler a lluvia en el ambiente.

—Me ha dado la impresión de que Tamasin y tú os habíais reconciliado.

—Intento comportarme. Pero me cuesta porque no dejo de pensar en todo este

asunto.

—Todo se resolverá satisfactoriamente, ya lo verás.

Al girar en Carter Lane advertimos cierto alboroto más adelante. Dos alguaciles habían levantado del cuello a un hombre vestido con harapos.

—Solo quiero dormir en el portal —dijo—. No tardará en llover.

—¡Pues mójate! —Los alguaciles lo golpearon con el extremo de las varas, y el mendigo trastabilló en la calle—. ¡Lárgate, pordiosero!

El vagabundo se alejó y los alguaciles, al oír nuestros pasos, se volvieron hacia nosotros.

—Soy abogado y me dirijo a visitar a mi notario —dije al ver que levantaban las lámparas. Ambos inclinaron la cabeza y nos dejaron pasar.

Addle Hill era una calle larga que desembocaba en el río. En la parte alta, las casas eran amplios edificios de cuatro plantas con alero, la mayoría de aspecto ruinoso. Construidas como estaban sobre el fango del Támesis, la mayor parte de ellas se habían desplazado con los años y daba la impresión de que iban a desmoronarse de un momento a otro. Una mujer nos miró desde un portal, para fundirse de inmediato en la oscuridad.

—Hay unas cuantas rameras por aquí —me informó Barak en voz baja.

—Pero ni un alma, aparte de ellas. Tendremos que llamar a un montón de puertas antes de dar con él.

Algunas personas pasaron por nuestro lado, varias con lámparas, otras charlando tranquilamente. Un hombre y una mujer abandonaron el grupo y, después de desear las buenas noches a los demás, se introdujeron en una de las casas.

—Podríamos preguntar a esa gente —propuso Barak.

—Disculpadme —dije tras acercarme al grupo.

El anciano que caminaba en cabeza levantó la lámpara. Vi que tanto él como quienes lo seguían llevaban ropa oscura y ejemplares de la Biblia. Debían de regresar de alguna reunión. Le pregunté si sabía dónde residía un notario llamado Felday. El anciano hizo un gesto negativo, pero en cambio un joven dio un paso al frente.

—Yo lo conozco —dijo, reparando en mi toga de abogado—. ¿Colabora con vos, señor?

—Tengo unos asuntos que resolver con él.

—No es hombre muy querido por sus vecinos —aseguró el joven en tono de censura. No debía de superar los veinte años—. Se lo conoce por ser poco escrupuloso e impío.

Se alzó un murmullo aprobatorio por parte del grupo. Arrugué el entrecejo ante el joven.

—Mis asuntos son cosa mía —me limité a responder—. Y ahora, ¿tendréis conmigo el gesto de caridad cristiana de decirme dónde vive?

Un tanto afligido, el joven negó con la cabeza y señaló hacia la colina.

—Hay media docena de casas, y, a la derecha, encontraréis una con una puerta

azul.

—Gracias —respondí con aspereza al tiempo que me alejaba de ellos.

El grupo reemprendió la marcha, y mientras se alejaba oí decir a uno de sus miembros:

—Vaya hombre irrespetuoso, Thomas, mira que apelar con esa ligereza a la caridad cristiana.

Barak los observó alejarse.

—Más gente piadosa —dijo—. Nunca desperdician la ocasión de decirle al prójimo que no es tan puro como ellos.

—Muy atrevidos son para andar de noche en grupo, teniendo en cuenta lo belicoso que Bonner se ha vuelto con ellos.

—Probablemente confíen en convertirse en mártires de la causa, que en realidad es a lo que aspiran la mitad de ellos.

—En fin —dije con un suspiro—. Vamos a buscar a Felday.



La casa que nos habían señalado estaba menos destartalada que el resto, y hacía poco que habían pintado la puerta de azul. Tiré de ella, pero estaba cerrada. Llamé varias veces antes de que acudiera a abrirla una mujer que debía de tener unos treinta y tantos años. Nos saludó con su mejor sonrisa.

—¿Señores?

—Buscamos a maese Felday.

La sonrisa se transformó en una mueca de disgusto.

—Y no sois los únicos —dijo—. Hace días que no dejo de abrir la puerta a gente que anda buscándolo.

—Quizá podríamos subir a sus habitaciones. ¿Dónde podemos encontrarlas?

—Primera planta a mano izquierda. Ah, y decidle cuando lo encontréis que, si vuelve a ausentarse, se lo haga saber a la gente. A ver si va a resultar que los vecinos no tenemos otra cosa que hacer que abrir la puerta a sus visitas cada dos por tres.

Subíamos la escalera cuando pronunció estas palabras. Había un amplio descansillo en la primera planta, y dos puertas. La disposición era similar a la Vieja Barcaza, donde vivían Tamasin y Barak, solo que más grande y más limpia. Llamamos a la puerta que encontramos a mano izquierda. No obtuvimos respuesta. Barak intentó abrirla, pero estaba cerrada.

—¿Dónde se habrá metido ese cabrón? —dijo—. ¿Creéis que ha huido?

—No lo sé. —Titubeé antes de añadir—: Ábrela a golpes.

—¿Estáis seguro? —me preguntó—. No sería legal…

—Si alguien se queja, no creo que Harsnet tardé en llegar.

—Antes tendríamos que procurarnos una vela. Iré a pedir una a esa mujer.

Bajó la escalera mientras yo contemplaba la puerta cerrada. Me pregunté si parte

del trato del asesino con Felday, pues a esas alturas estaba seguro de que el asesino era su cliente, consistía en ausentarse una temporada, por si yo lograba atar cabos y llegar a él por medio del notario. En ese caso, no tenía más remedio que dar con Felday.

Barak regresó con una vela.

—Creo que esa mujer de abajo es una buscona de las caras. Me preguntó si el abogado querría visitarla. Le dije que os lo pensaríais. —Aunque esbozó una sonrisa, percibí cierta inquietud tras ella.

—En tal caso, se llevará una decepción. Dame esa vela y entremos de una vez.

Barak retrocedió un paso y descargó una fuerte patada a la puerta, que se abrió de par en par con estruendo, golpeando la pared interior. Dentro nos sorprendió la oscuridad y una inesperada corriente de aire que me obligó a proteger la llama de la vela con la mano.

—Debe de haber una ventana abierta en alguna parte —dije.

—Si se ha marchado quizá haya dejado abierta una ventana para ventilar la casa, porque con lo pequeña que es… —Barak desenvainó la espada y nos adentramos con cuidado. Había varias puertas en el recibidor. Una estaba entornada, y por el hueco se filtraba la corriente de aire. Barak se sirvió de la punta del arma para abrirla del todo poco a poco.

Distinguí una pared cubierta de estantes. Frente a la ventana abierta había un amplio escritorio, y me llevé la mano a la daga al ver la silueta de un hombre sentado en una silla, tendido sobre el escritorio. Vestía camisa blanca y tenía un brazo apoyado sobre una pila de papeles, cuyos bordes se movían a merced de la corriente.

Entramos. Barak tanteó el cuerpo con la punta de la espada, pero no se movió un ápice. Acerqué la vela, cuya luz iluminó la cabeza de un hombre. Era joven, no podía superar la treintena, tenía una abundante cabellera castaña y un rostro delgado de facciones atractivas. Estaba con los ojos cerrados y su rostro mostraba una expresión pacífica. Daba la impresión de que se había quedado dormido.

—Es Felday —dijo Barak.

Se produjo un movimiento en la estancia. Giramos en redondo y Barak señaló un rincón con la espada. Luego soltó una risotada cuando caímos en la cuenta de que un tapiz de vivos colores que colgaba de la pared se mecía también movido por la corriente.

—Me ha dado un vuelco el corazón —confesó.

—A mí también.

Se acercó a la ventana y la cerró. Luego aprovechó la vela para encender una lámpara que encontramos junto a la mesa. A continuación, cogió suavemente el cadáver por los hombros y lo incorporó en la silla. Tenía la pechera de la camisa empapada en sangre. Barak dejó la espada y rasgó la blusa del cadáver. Al ver la herida en el pecho, justo a la altura del corazón, torcí el gesto.

—Por lo menos este pobre diablo sí tuvo una muerte rápida —comentó Barak en

voz baja—. Una puñalada en el corazón. Ni siquiera debió de enterarse de qué lo mató. Entonces ¿estamos ante la sexta víctima?

—No —respondí—. Este asesinato es limpio y mucho menos elaborado que los demás. No se parece en nada a los precedentes. Y no veo ningún nexo simbólico que relacione esta muerte con el hecho de que se sequen las aguas.

—¿Queréis decir que alguna otra persona asesinó a Felday? —preguntó Barak, asombrado.

—No, creo que fue cosa de nuestro asesino —respondí—. Me refiero a que esta muerte no forma parte de la secuencia de asesinatos relacionados con las revelaciones. Creo que Felday fue asesinado para evitar que nos sirviésemos de él para dar con el asesino, para evitar que pudiera hablar. —Suspiré—. Bealknap le contó a Felday que yo era obstinado. —Miré al pobre notario—. Creo que el asesino vino a verlo con algún pretexto de carácter jurídico. Supongo que ambos estaban sentados a la mesa, charlando, cuando le hundió la daga en el corazón. —Tenía que haber sucedido de ese modo, pues había una silla frente al lugar que ocupaba Felday. Contemplé de nuevo la extraña expresión pacífica del notario—. Por lo que hemos oído decir de él, Felday era hombre poco religioso. Suerte ha tenido, porque de haber sido apóstata de los más piadosos, sin duda habría tenido una muerte lenta. —Me puse a caminar por la habitación—. No quería que dieran rápidamente con él cadáver. A eso se debe que abriera la ventana, para evitar que el hedor se extendiera por la casa antes de la cuenta.

—Debe de llevar muerto unos pocos días —aventuró Barak—. Se está descomponiendo, de eso puede uno darse cuenta si se acerca al cadáver. Dios mío, ese canalla es listo.

—Ven —le pedí—. Ayúdame. Quiero registrar el escritorio y todos esos papeles. A ver si encontramos algo que nos sirva de pista. Una nota, un recibo… Cualquier cosa.

Pasamos una hora registrando el despacho del notario y el resto de su ordenada, limpia y sencilla morada. Empezó de nuevo a llover con ganas y, fuera, la lluvia que golpeaba las tejas se precipitaba al suelo desde el alero. En toda la documentación no hallamos nada que nos sirviese, solo una marca en el polvo que cubría uno de los estantes, allí donde alguien había cogido unos papeles, probablemente las notas que había tomado Felday en su labor de espía. El rastro acababa allí.

Capítulo 34

Volvimos a casa. Envié un mensaje a Harsnet y después tomé una cena frugal a solas; Barak no quiso probar bocado. La muerte de Felday, que seguía tan de cerca a la de la señora Bunce, era más de lo que cualquiera podía soportar.

Casi me complació el hecho de que aquella noche, más tarde, me interrumpiera la velada un antiguo cliente de Roger, quien acudió a mi casa presa de una gran inquietud. Se trataba de maese Bartholomew, el mismo que había organizado aquel interludio en el Colegio de Lincoln. Habían transcurrido dos semanas de ello, aunque a mí se me antojaba una eternidad. Dos de los actores habían sido arrestados una semana atrás por posesión de obras prohibidas del dramaturgo John Bale. Si bien él se había mantenido al margen de posibles controversias religiosas, Bartholomew descubrió que muchas de las personas con las que trabajaba no deseaban que nadie pudiese asociar sus nombres con él, tal era el clima de temor en que vivía sumida la ciudad de Londres.

—La persona que me proporciona el vestuario ha renunciado a hacerlo a partir de mi próxima función, y el carpintero que tenía que levantar todo el escenario también se ha retirado. Se trata de una representación de *El castillo de la perseverancia*, en casa de su excelencia el alcalde, que debía representarse el próximo jueves. Están incumpliendo sus contratos, ¿hay algo que pueda hacer? Normalmente habría acudido a maese Elliard, pero desde su muerte…

Le dije que podía demandarlos, pero que no llegaría a tiempo de salvar la función. Le aconsejé que intentara persuadirlos. Maese Bartholomew se marchó, abatido pero quizá un poco menos asustado, dispuesto a intentar convencer a los contratistas. Ya en la puerta, se cubrió la cabeza con la capucha de la capa para protegerse de la lluvia, que caía de nuevo con fuerza.

—¿Se ha realizado algún avance para atrapar al asesino de maese Elliard, señor? Me enteré de que el forense dictó un aplazamiento de la vista, a fin de poder investigar el caso.

—Me temo que aún no se sabe nada.

Hizo un gesto de desaprobación y dijo:

—Y es posible que nunca lo atrapen. Si no se detiene rápidamente a un asesino, sucede a menudo que este acaba por escapar.

Cuando se hubo marchado, me dio por pensar en la oleada de pánico que se desataría si la ciudadanía se enteraba de la verdadera historia, sobre todo teniendo en cuenta la inquietud que se respiraba en Londres.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y cabalgué hacia Bedlam. Había pasado una noche incómoda, pues la lluvia me había despertado a menudo. Por el camino, al tiempo que *Génesis* daba pasos cuidadosos en las calles cubiertas de fango, no solo me sentía cansado, sino también preocupado. Aún le daba vueltas a la muerte de Felday; si no me hubiera convertido en el centro de atención del asesino, el notario no habría muerto. Claro que, si él no hubiera sido tan rastrero, tampoco lo habría hecho, concluí. Aún no había recibido respuesta de Harsnet, y había dejado un mensaje en casa informando de mis pasos.

Aquella mañana había recibido una breve nota de Dorothy. Guy había visitado a Bealknap. Mi amigo había diagnosticado que, con cuidados y descanso, el abogado se recuperaría, pero que, si insistía en las purgas y las sangrías, lo más probable era que muriese.

«Vuestro amigo el médico aconseja que permanezca con nosotros unos días, descansando, hasta que se sienta con fuerzas», concluía Dorothy. Leyendo entre líneas comprendí que la pobre preferiría no tenerlo más tiempo en casa.

Al divisar al frente las puertas de Bedlam, volví a la realidad. Mientras cruzaba a caballo el patio, vi salir a dos personas que desde lejos me eran familiares. Eran Minnie y Daniel Kite, quien rodeaba los hombros de su mujer con el brazo. Se lo veía muy atento con ella, aunque Minnie estaba más calmada. Levantaron la vista al acercarme, y detuve a *Génesis* a su altura.

—Buenos días —dije—. ¿Venís de visitar a Adam?

—Sí, señor —respondió Daniel.

—Voy a reunirme aquí en breve con el doctor Malton, que llevará a cabo una de sus visitas.

A Minnie se le iluminó el rostro.

—Es un buen hombre. Creo que está ayudando mucho a Adam. Dice que tardará un tiempo, pero me ha parecido ver un poco mejor a mi hijo.

—Ahora, a veces, nos hace un poco de caso y deja de rezar, siquiera por un rato —intervino Daniel—. Ah, y también come. Me pregunto… si, al fin y al cabo, será capaz de sucederme en el negocio —añadió casi en tono de ruego, como si con ello me diera pie a ofrecerle mi opinión.

—Quizá algún día —dije sin comprometerme.

—Aunque no estoy muy segura de que ese sea el oficio que Adam quería. —Minnie me miró a los ojos—. Me pregunto si mi hijo no estará enfadado con nosotros por algún motivo. A juzgar por cómo nos trata, me refiero…

—Si podéis esperar un poco, el doctor Malton no tardará. Así podréis plantearle a él vuestras dudas.

Ambos se miraron, dudosos.

—Quizá podríamos… —dijo Minnie, pero calló al ver a su marido negar con la cabeza.

—No. Tenemos que ir a misa. En los tiempos que corren, tenemos que mostrar

nuestro apoyo al predicador. —Me miró de nuevo. Su rostro se tornó menos expresivo.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra el reverendo Meaphon? —pregunté en tono neutro.

—Está muy preocupado, señor. Por el hostigamiento de las autoridades y todo eso. En la iglesia tememos que uno de nuestros vecinos, el reverendo Yarington, haya podido ser arrestado. Hace días que no se lo ve. Nadie de su congregación suelta palabra de lo sucedido, pero el reverendo Meaphon está muy inquieto por él. Dice que, en estos tiempos, los cristianos debemos unirnos contra el diablo, y tiene razón.

—En tal caso, me despediré de ambos. ¿Queréis que le diga al doctor Malton que vaya a veros?

—Claro, señor —contestó él—. Sería muy amable por su parte.

Nos despedimos. Me pregunté cómo era posible que incluso Minnie antepusiera sus creencias a su hijo. Si Adam se había enfadado con ella en el pasado, quizá esa fuese la razón. Todo se exacerbaba. La semana anterior, un sacerdote tradicionalista había sido arrestado por pincharse la yema del dedo y dejar caer unas gotas de sangre en la hostia consagrada, empeñado como estaba por demostrar a su congregación que, en efecto, el pan se convertía en el cuerpo y la sangre de Cristo.



Até a *Génesis* frente a la entrada del bajo y alargado edificio y llamé a la puerta, que abrió el guardián Shawms. Al verme, frunció el entrecejo y forzó una sonrisa.

—Maese Shardlake —dijo entre dientes, antes de hacerse a un lado para dejarme entrar—. Todavía no ha llegado. Ellen está haciendo compañía a Kite, que está recibiendo los mejores cuidados. —Aunque Shawms habló en tono respetuoso, tenía una mirada desagradable.

—Estupendo. Debéis enviar el primer informe para el tribunal la próxima semana. Sin embargo, me gustaría echarle un vistazo antes de que lo hagáis. ¿Cómo se encuentra Adam?

—El doctor negro dice que está mejorando, aunque a mí no me lo parece. Ellen y él gustan de sacarlo de la celda, para llevarlo al salón y sentarse con él. Eso incomoda a los demás pacientes.

—Estoy seguro de que podréis soportarlo.

Hacía unos instantes que era consciente de un griterío ahogado, y en ese momento se abrió la puerta para dejar paso al gordo guardián Gebons, que llegó acalorado.

—El rey está muy alterado, señor —explicó a Shawms—. Quiere que se le restituya la corona en perfecto estado. ¿Podéis calmarlo?

Shawms dejó escapar un profundo suspiro, pasó de largo junto a Gebons y abrió de par en par la puerta de la estancia. Dentro vi al anciano que se creía su majestad sentado en la cómoda con la túnica hecha de retales cosidos. La corona de papel que

ceñía en la frente había sufrido un percance, y tenía dobladas varias de las puntas.

—¡Repararéis mi corona! —gritó, amenazándolos con el puño en alto—. ¡Sois mis súbditos y me obedeceréis!

Shawms le quitó la corona de papel de la cabeza y la aplastó.

—¡Hasta aquí hemos llegado con la bobada de la corona! —exclamó—. El día menos pensado farfullaréis tanto que luego no podréis recuperar de nuevo la lengua. Y ahora, callaos u os quedáis sin almuerzo.

El anciano se encogió y, luego de hundir el rostro entre las manos, se echó a llorar desconsolado. Shawms le dio la espalda y cerró con fuerza la puerta al salir.

—Ya veis qué fácil ha sido conseguir que se calle —dijo a Gebons con satisfacción—. Y ahora, maese Shardlake, estamos ocupados, de modo que os acompañaré hasta la celda de Adam.

Encontramos la puerta de la celda abierta. Ellen estaba sentada en un taburete frente a él. Adam seguía encadenado, pues no podíamos permitir que se repitiera un incidente como el registrado en la muralla de Londres.

—Vamos, Adam —decía Ellen—, tómate esta cucharada, que te alimentará. No pienso llevártela a los labios como si fueras un niño pequeño. Vamos. —Adoptó un tono infantil—. A la una, a las dos…

Para mi sorpresa, Adam respondió ante aquella burla bien intencionada con una breve sonrisa y, tras un suspiro, aceptó la cuchara y el cuenco de manos de Ellen y, bajo la atenta mirada de la guardiana, ingirió el potaje.

—Bien hecho, Ellen —dije—. Jamás había visto sonreír a Adam.

Ella se puso en pie y me dedicó una leve reverencia.

—No os había visto, señor —dijo, sonrojándose.

—Me he citado aquí con el doctor Malton.

—Sí, sabía que iba a venir. Intento hacer reír a Adam. Aún no lo he logrado del todo, pero de vez en cuando me regala una sonrisa, como bien habéis podido ver.

—Así es.

Adam comía tan rápido como le era posible e hizo caso omiso de mi presencia en la celda.

—He oído decir que el rey ha propuesto una ley que prohíbe a las mujeres la lectura de la Biblia —comentó Ellen.

—En efecto. Y también a las personas incultas.

—Todo vuelve a ser como era antes —opinó ella con una sonrisa de tristeza en los labios—. En fin, quizá deba ser así, pues fueron los nuevos tiempos los que sumieron al pobre Adam en este estado.

La miré, preguntándome si acaso no permitían a Ellen abandonar Bedlam debido a alguna desavenencia religiosa por su parte. Sin embargo, había hablado con cierto distanciamiento. Reparé de nuevo en el grillete que Adam tenía en torno al tobillo.

—Ellen —dije en voz baja—, no sé por qué razón no podéis salir de Bedlam, pero si puedo serviros de ayuda, sería un placer.

Ella me dedicó de nuevo aquella sonrisa melancólica.

—Gracias, señor. Pero aquí estoy bien. —No obstante, su expresión hablaba de tristeza.

«¿Cómo una mujer tan inteligente puede soportar la idea de pasar toda la vida metida en este lugar, sin ansiar conocer el mundo exterior de primera mano?», pensé.

Adam, después de apurar la comida, se había hecho un ovillo y había empezado a rezar.

—Perdóname, padre nuestro —susurró—, pues he pecado contra la luz. La luz…

—Voy a dejarle rezar un poco ahora que ha comido —dijo Ellen—, al menos hasta que llegue el doctor Malton. Esa es otra de sus ideas: pactar con Adam para permitirle disponer de tiempo para rezar, a cambio de que haga otras cosas.

—¿Ha experimentado algún cambio?

—Creo que está un poco mejor, pero es un trabajo muy duro. Ayer despertó diciendo que creía que los pájaros que cantaban fuera lo que hacían era lamentarse por los pecados que él había cometido.

—Es una labor agotadora para una mujer, Ellen —reconocí—. Yo no sería capaz. Pasaros las horas con estas personas debe de ser muy duro para vos. No puede ser fácil tratar con ellas.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Y con quién es fácil tratar en este mundo?

Comprendí que la había ofendido. Se produjo un silencio incómodo.

—He visto a los padres de Adam —dije—. Me contaron que había hecho ciertos progresos.

—Sí. Creo que su padre se siente muy desvalido, me entristece ver ahí de pie a semejante hombretón, incapaz de mover un dedo.

—¿Ha habido algún otro problema con el guardián Shawms?

—No. —De nuevo, sonrió—. Gracias a vos, señor. Ahora me permite acompañar a Adam al salón para que trate con los demás pacientes. Dice el doctor Malton que es importante que Adam tenga más contacto con otra gente, lo que sea con tal de distraerlo de ese lúgubre mundo en el que se ha sumido.

—Shawms me ha comentado que Adam aún incomoda a los demás pacientes.

—Menos que antes. Le piden que se calle, que deje de rezar. Pero eso no le perjudica —dijo con su sonrisa triste—. Aquí todo el mundo carga un poco con los problemas del prójimo. Lo único que no se soporta son los problemas propios.

—Por descontado —dijo una voz desde la puerta.

Guy entró. Sorprendido, vi que llevaba bajo el brazo un ejemplar del Nuevo Testamento. Parecía cansado y me sentí culpable por haberlo importunado la noche anterior pidiéndole que acudiera al Colegio de Lincoln.

—¿Cómo se encuentra Bealknap? —pregunté.

—Al doctor Archer deberían encerrarlo por asalto con violencia —repuso—. Según parece, maese Bealknap había ido a hacerle una consulta, aquejado de un

simple dolor de estómago que le duraba más de la cuenta. No comía y estaba debilitado. Las purgas y las sangrías que le ha recetado Archer no han hecho más que empeorar su estado. No me extraña que pensara que se estaba muriendo. Le he recomendado que coma adecuadamente y que guarde cama una semana; después podrá volver a su casa y, con un poco de suerte, cuidar mejor de sí mismo.

—Estupendo. Gracias.

—Me temo que a la señora Elliard no la complació demasiado oírme decir que el paciente tenía que estar bien atendido.

—Dorothy está pasando una etapa difícil, como es comprensible. Por lo visto, se acordó de nuevo de todo lo que le sucedió a Roger cuando encontró a Bealknap desmayado en la puerta de su casa.

—Es una mujer muy generosa. Me temo que he abusado un poco de ello. Sin embargo, ahora Bealknap es mi paciente y debo anteponer eso a cualquier otra consideración.

—Ya lo imagino. —«Maldito miserable», dije para mis adentros, pensando en Bealknap.

—Volveré a visitarlo esta noche, para ver cómo se encuentra.

—¿Os acompañó un sacerdote?

—No. No lo necesita. Si llego a hacerlo se habría convencido de que no le quedaba mucho de vida.

—Venid a cenar luego al Colegio de Lincoln, cuando lo hayáis visitado. Así os compenso por las molestias que os habéis tomado. También satisfaré vuestros honorarios en nombre de Bealknap.

—Es un hombre peculiar —dijo Guy con una sonrisa—. Respondió a todas mis preguntas relativas a sus síntomas, porque tenía mucho miedo, pero en cuanto le dije que no iba a morirse apenas pronunció una palabra más. Ni para darme las gracias, ni para agradeceros el gesto que habíais tenido con él.

—Así es Bealknap. Después os cuento la última que me ha hecho —dije, malhumorado.

Guy enarcó las cejas antes de volverse hacia Ellen y preguntarle:

—¿Cómo se encuentra Adam?

—Ha desayunado un poco. Incluso hubo un instante en que me sonrió.

—En ese caso, está haciendo progresos. —Guy se acercó a Adam y le tocó el hombro con suavidad.

El muchacho dejó de rezar frenéticamente, lanzó un suspiro y levantó la cabeza hacia él.

—Necesito rezar, doctor Malton. Apenas he tenido tiempo para hacerlo.

Guy se puso en cuclillas frente a él. Envidié la flexibilidad de sus articulaciones.

—He vuelto a traerte la Biblia —murmuró—. He pensado que podríamos repasar algunos pasajes. A ojos de Dios, leer las escrituras es tan importante como rezar, ¿no te parece?

—Iré a ver si los demás pacientes necesitan algo —anunció Ellen—. Cissy vuelve a lloriquear por cualquier cosa, y no creo que hoy esté de humor para retomar su labor.

—Gracias por todo cuanto hacéis —dijo Guy.

Ella nos dedicó una reverencia y salió. La vi marcharse. El largo cabello castaño ondeaba sobre sus hombros, bajo la cofia. Me volví de nuevo hacia Guy, quien había abierto la Biblia y se esforzaba para hacer conversar a Adam.

—Si lees los evangelios, verás que Jesús no quiere que sus seguidores sufran innecesariamente. Quiere que vivan en el mundo y, por encima de cualquier otra cosa, juntos y en armonía, no que se aparten del mundo, como tú has hecho.

—Pero Dios pone a prueba a su gente, examina su fe. Recordad el caso de Job. Lo puso a prueba y examinó su fe. —Adam descargó un golpe en el suelo de piedra con la mano huesuda.

—¿Así te sientes, como si Dios te estuviera poniendo a prueba?

—Eso espero. Es preferible eso a ser olvidado y sufrir en el infierno por toda la eternidad. Temo al infierno. He leído en el Libro de las Revelaciones que…

—Lee los cuatro evangelios, Adam. Comprobarás que nadie que se arrepienta es rechazado. Mira el caso de María Magdalena, sin ir más lejos…

Adam sacudió enérgicamente la cabeza y se puso a rezar de nuevo, moviendo los labios en silencio. Las vértebras se le dibujaban perfectamente en el cuello. Guy se levantó con un suspiro.

—Voy a dejarlo rezar unos minutos —dijo—. Ese es nuestro pacto.

—Guy, tenéis una paciencia infinita.

—Le sigo la pista a un misterio. Intento comprender mediante la observación de las reacciones de Adam.

—¿No le prestáis la Biblia para que la lea?

—Ah, no. Buscaría todos los pasajes relativos a la condenación y a verse rechazado por los pecados cometidos, y se los aprendería de memoria. Me pregunto qué ha desatado todo esto. A menudo pienso en lo terrible que es cuanto sucede en el mundo para empujar a las personas desequilibradas a refugiarse en uno propio.

—Su madre sigue pensando que está enfadado con Daniel y ella.

—Pienso que quizá eso forma parte de la historia, pero no lo es todo. —Contempló a Adam, acariciándose la barbilla.

—Me intriga saber qué mundo interno habrá creado el asesino para sí mismo. —Miré a Guy—. Hay otra víctima. —Le conté lo que había hecho Bealknap, y también lo puse al corriente del asesinato de Felday. Hablé en voz baja para evitar que Adam nos oyese, aunque este se hallaba tan concentrado en sus plegarias que dudaba que escuchase nada, aunque hablase en voz alta.

Guy meditó un instante en cuanto le había contado.

—El mundo del asesino tiene, por fuerza, que ser muy distinto del de Adam. Creo que se ha sumergido en un estado obsesivo de ensalzamiento propio tan fuerte que no

hay modo de volver atrás. Sabréis, Matthew, que hay pocos obsesivos en la Biblia. Y ciertamente no hay ni uno en todo el Nuevo Testamento.

—¿Qué me decís de san Juan? ¿Y el Libro de las Revelaciones?

—La cristiandad viviría más tranquila sin ese libro. No predica más que la crueldad y la destrucción. Enseña que el aniquilamiento del género humano no importa, incluso se regodea en él. Es un libro pernicioso. No me extraña que el asesino lo haya escogido —añadió con vehemencia—. Matthew, tendría que dedicarle más tiempo a Adam. Esta noche tendremos ocasión de tratar el asunto más a fondo. —Sonrió—. Creo que sus cuidados están garantizados. Shawms y el custodio Metwys temen las represalias del tribunal.

—Guy —dije con cierto reparo—, ¿puedo pediros otro favor?

—Por supuesto.

Le hablé de la vista de Charles Cantrell.

—Sí, iré a verlo. Hasta que no lo visite no puedo dar una opinión, por supuesto, pero cabe la posibilidad de que se trate de un problema sencillo, o que realmente se esté quedando paulatinamente ciego —me dijo muy serio.

—En ese caso, mejor será que tenga la certeza de ello.

Me despedí de Guy para que pudiera atender a Adam. No lamenté marcharme. Al dirigirme a la salida, eché un vistazo al salón. Ellen permanecía sentada junto a Cissy, intentando hacerla coser, igual que antes había intentado que Adam comiera. Cissy estaba hundida en la silla, con la mirada perdida.

—Coge la aguja —decía Ellen—. Es una blusa tan bonita…

Pensé que había algo angelical en la paciencia de que hacía gala. Estaba seguro de que me había oído acercarme a la puerta, pero no levantó la mirada.



Aquella noche le pedí a Joan que preparara un suculento estofado de pollo. Guy llegó a las seis, puntual como era habitual en él, y ambos nos sentamos dispuestos a disfrutar de la cena. Tamasin me había contado que Barak había salido de nuevo a beber con sus amigos. Me pareció cansada y molesta. No era buena señal. Mientras cenábamos, aproveché para dar más detalles a Guy acerca de Felday.

—De modo que habéis topado con otro cadáver.

—Sí. Barak está muy afectado.

—¿Cómo les va a su esposa y a él? —Había puesto a Guy un poco al corriente de los problemas que tenía la pareja.

—No dejo de decirme que cuando acabe esta pesadilla, Barak arreglará las cosas con ella. —De pronto, me dejé llevar por la ira—. Bien sabe Dios que todo este asunto se ha adueñado por completo de nuestras vidas. Esta noche iba a ponerme un rato a trabajar en la lista de suscripciones para el hospital de Roger, pero me cuesta concentrarme.

—Lo lograréis —dijo—. Eso complacería mucho a su viuda.

—Sí.

—La señora Elliard necesitará tiempo para poner todos sus asuntos en orden, Matthew —dijo Guy—. Mucho tiempo, por muy fuerte que sea.

—Lo sé. —No pude evitar sonreír al comprender que Guy había reparado en mis sentimientos hacia ella—. ¿Cuánto tarda en curarse un alma herida? ¿Y Adam? ¿Llegará a curarse algún día?

—Eso creo. Con la ayuda de Ellen, que se está esforzando mucho en cuidarlo, creo que podría volver al mundo real. He decidido desentrañar qué lo empujó a emprender un camino tan terrible. Pero quiero traerlo de vuelta a la realidad, que es donde tenemos que vivir si pretendemos permanecer cuerdos —añadió con repentina pasión.

—Lo habéis dicho con una gran vehemencia.

Asintió lentamente. Luego me miró de nuevo y dijo:

—Disto mucho de estar tan seguro de todas las cosas como aparento, Matthew.

—Dijisteis que hubo un tiempo en que estuvisteis desesperado.

—Sí.

—¿Y ahora? ¿Volvéis a sentiros afligido?

—Sí, sí, lo estoy. —Hizo una pausa y lanzó un suspiro que fue en parte gemido —. No respecto a Dios ni a su bondad, sino a mi naturaleza.

Aspiré aire con fuerza.

—¿Tiene esto algo que ver con Piers?

Me dirigió una mirada penetrante, pero no respondió.

—¿Ejerce él algún control sobre vos, Guy?

—No, al menos no en el sentido al que os referís. —Adoptó una expresión angustiada—. Era tan dúctil cuando llegó… hacía cualquier cosa con tal de ayudarme. Pero ahora sale por ahí cada noche, va a donde le place. Y sí, teníais razón, escucha tras las puertas cuando paso consulta a mis pacientes. Y creí… —Dejó la frase sin concluir y apoyó la cabeza en el puño.

—¿Qué creísteis?

Cuando Guy retomó el hilo de su discurso, lo hizo con la cabeza gacha y en un tono de voz roto.

—Tengo cincuenta y siete años, Matthew, de modo que soy prácticamente un anciano. Fui monje durante treinta años, y hace cinco que volví al mundo. Cuando te haces monje adoptas ciertos votos: pobreza, castidad y obediencia. Si te tomas en serio los votos, y sé que no todos los monjes lo hicieron, tal como pudisteis comprobar personalmente cuando nos conocimos en Scarnsea, te distancias a ti mismo de las pasiones terrenales. Eso no es algo que deba hacerse a la ligera. Ya os hablé de la mujer a la que amé cuando era joven.

—La mujer que falleció.

—Sí. Y también os conté hasta qué punto me trastornó su muerte, tanto que me

puse furioso con Dios. Sentí que me había arrebatado a Eloise para empujarme al claustro. —Movió la cabeza—. Pasé de esa ira a poner en duda la bondad divina, a dudar si era fiel a la verdad la imagen que daba la Iglesia de Dios, a creer que los salvajes del Nuevo Mundo tenían derecho a pensar que Dios era un ser cruel y vengativo que exigía sacrificios humanos, puesto que estaba convencido de que Eloise había sido sacrificada. Durante mis estudios de medicina empecé a investigar enfermedades mentales que encajasen con mi visión truncada de Dios y del hombre.

La apasionada ira que impregnó su voz me pareció impropia de él. Inclinó un poco la cabeza antes de sonreír de nuevo.

—Pero ese fue mi nadir, Matthew, ese fue el punto más bajo que alcancé, quizá el punto más bajo que Dios me permitió alcanzar, porque estaba muy próximo a la desesperación. Seguí rezando. No quería hacerlo, pero sentí que era importante; por extraño que resulte, eso me mantuvo ligado al mundo real, al que poco a poco perdía de vista. Un buen día, oí una suave voz que parecía decir: «No me llevé a Eloise del mundo. ¿Por qué tu vida iba a ser más importante que la suya?». Y esa amable reprimenda me mostró que todo ese tiempo, sin siquiera pensar en ello, había dado por sentado que mi vida como hombre de ciencia era más importante para Dios que la de ella, que Él había sido capaz de privarlo de la suya para empujarme a vestir el hábito. —Se recostó—. Ahí lo tienes. Cuando Dios nos reprende por nuestra arrogancia, podemos tener la certeza de que es Él quien nos habla, y no es toda esa gente que acaba de rezar y está persuadida de que debe convencernos de nada.

—Amén.

—Después, lentamente me abandonó la amargura. Sin embargo, en ocasiones todavía siento cierta turbación. Es extraño que estemos persiguiendo a un asesino obsesivo precisamente ahora, porque es en este momento en que me siento presa de pensamientos inquietantes, y sí, esta vez, si os soy sincero, tienen que ver con Piers. —Titubeó, antes de añadir—: Me he preguntado si lo que siento por él es honorable.

De modo que era eso. Y Piers, tal como yo sospechaba, se aprovechaba de ello.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado? —le pregunté.

—No estoy seguro —dijo, entristecido—. Cuando lo conocí, cuando su antiguo maestro se estaba muriendo, y creedme si os digo que ese embustero no trató bien a Piers, por cierto, fue su inteligencia lo que me asombró, un intelecto que estaba siendo desperdiciado. Pero reparé en su rostro y su físico, y cuando vino a casa descubrí que albergaba sentimientos que me eran nuevos y ajenos.

No se me ocurrió nada que decir. Pensé, con egoísmo, que Guy era la roca a la que yo me aferraba, y que en ese momento no podía permitir que se derrumbase.

—Ah, he meditado a fondo en ello —prosiguió—. Y también he rezado. ¿Y sabéis qué pienso? Creo que lo que quiero, lo que siempre he querido, es un hijo. Para educarlo, para intercambiar ideas con él, para que venga a verme cuando yo haya dejado de trabajar. En el claustro siempre tenía compañía, pero en el mundo exterior a menudo me siento solo. Por eso muchos monjes sufren tanto. —Me miró con gran

tristeza—. ¿Habéis sentido alguna vez algo semejante, Matthew? Me refiero a la necesidad de un hijo, o de algo que pudiera suplir esa falta…

—Bueno, yo acojo en casa a granujas y descarriados —respondí—. Supongo que siempre lo he hecho. Ahí tenéis a Timothy y a Peter, o al joven Cantrell. En cierto modo, incluso Barak y Tamasin son mis ovejas descarriadas. Y no hablemos del viejo maese Wrenne —recordé con un suspiro—, y a mi ayudante Mark, a quien conocisteis en Scarnsea. —Lo miré fijamente—. Incluso si los motivos propios son honorables, podemos escoger a la persona equivocada para que ejerza de… hijo putativo, a falta de un término mejor.

—Sí. —Titubeó y respiró hondo—. Piers… Él… tontea conmigo. —Se mordió el labio inferior—. El modo en que sonríe, cómo me toca a veces… Es como si me invitara a hacer algo. Y parte de mí, me temo, estaría dispuesta a dejarse llevar. Él lo sabe, sabe cómo aprovechar esa ventaja que tiene sobre mí cuando me enfado con él. Me temo que ha despertado algo en mí que no sabía que anidara en mi interior, algo aparte de esa necesidad de ser como un padre para él.

—Guy, en cierto modo no importa cuáles sean vuestros sentimientos. Importa más quién es Piers en realidad. Es frío, calculador y se aprovecha de vos. He visto cómo escucha a escondidas conversaciones ajenas, por no mencionar su arrogancia y cómo os engatusa cuando estáis juntos.

Guy hundió el rostro entre las manos.

—Ahora ha sucedido otra cosa —dijo—. He reparado en que me ha desaparecido dinero. Echo de menos pequeñas cantidades de la bolsa, de vez en cuando, pero las he ido sumando y alcanzan ya las siete libras.

—Tenéis que libraros de él —dije.

—¿Echarlo, después de haberlo acogido?

—Le abristeis vuestra puerta a una víbora.

—¿De veras? ¿O acaso Piers está perturbado, no está bien de la cabeza, hasta el punto de robarme? No tiene necesidad de robar, pues le doy suficiente.

—Libraos de él.

—¿Creéis que Piers es uno de esos que prefieren a los hombres a las mujeres? —preguntó de pronto.

—No lo sé. De lo que sí estoy convencido es que estaría dispuesto a utilizar cualquier recurso que tuviera a su alcance para salirse con la suya.

Joan entró para servirnos el siguiente plato, de modo que guardamos silencio. Guy no volvió a hablar hasta mi ama de llaves se hubo marchado.

—Rezaré por esto, Matthew. No hablaré con Piers todavía. —Negó con la cabeza —. No puedo creer que sea tan malo como pensáis. Tiene una mente clara.

—Y un corazón malvado.

Cuando Guy se despidió, regresé al salón y me senté a pensar en la soledad que sienten tantos hombres de edad avanzada, y en cómo se aprovechan algunos de ella.

Entonces adoptó forma otro pensamiento, uno que me provocó un escalofrío.

Habíamos hablado acerca de Piers, acusándolo de ser frío e implacable. Él estaba al corriente de nuestra búsqueda del asesino. Escuchaba detrás de las puertas y había visto los cadáveres de las víctimas. Pero negué con la cabeza. Era imposible; trabajaba para Guy, y el asesino tenía libertad para ir y venir a su antojo. No era posible que fuese Piers quien había estado siguiéndonos. No, Piers no era ningún asesino. En cierto modo, era demasiado egoísta y poseía una mente cuya frialdad podía tacharse de cuerda. Yo, en cambio, debía de estar perturbado. ¿Cuánto tardaría en sospechar de Joan o de Tamasin? ¿De veras se trataba de Goddard? Y si no era él, ¿quién? ¿Quién?

Capítulo 35

Otra noche agitada. Tuve un sueño horroroso en el que me veía de nuevo aquella gélida y oscura mañana en que entraba en el Colegio de Lincoln, para topar con la pareja de estudiantes que se hallaban junto a la fuente cubierta de una capa de hielo. Pero en mi sueño, cuando ambos se volvían hacia mí, veía que uno se fundía en la oscuridad. El otro era Piers. Tendía el brazo y volvía a ver el cadáver, y era Guy quien estaba tendido en el agua con el corte en la garganta. Desperté ahogando un grito. Llovía con fuerza y la lluvia golpeaba la ventana, y entonces me dio un nuevo vuelco el corazón cuando oí que alguien subía por la escalera. Exhalé un suspiro de alivio al reconocer los pasos de Barak. Debía de ser muy tarde.



A la mañana siguiente seguía lloviendo, y distinguí los charcos que se formaban en el jardín. Mientras me vestía miré en dirección al muro que dividía mi parcela del huerto perteneciente al Colegio de Lincoln. El agua que procedía del huerto inundaría mi jardín, tal como había sucedido dos años atrás. El suelo se cubría poco a poco de agua.

Encontré a Barak sentado a la mesa del salón, mirando indeciso una bandeja de pan y queso.

—Te oí llegar anoche, muy tarde, por cierto —dije.

—Salí por ahí con unos amigos.

—¿Otra vez? —Cogí una hogaza de pan—. ¿No podrías llevarte a Tamasin una noche de estas? —Me miró con ojos legañosos.

—Tenía que salir a tomar un trago. Estoy harto de esperar de brazos cruzados a que ocurra el siguiente suceso espantoso.

—¿Dónde está Tamasin?

—Sigue en la cama, roncando. Despertó anoche cuando llegué y la emprendió conmigo, así que supongo que se estará recuperando del esfuerzo.

Comprendí que su reconciliación no estaba yendo como yo había planeado. A juzgar por la expresión de Barak, comprendí que no pensaba seguir hablando del asunto.

—Guy estuvo aquí anoche. Cenamos juntos —dije.

—Le hablaríais acerca de nosotros, ¿verdad? —Ahí estaba el peor Barak, el zumbón.

—Estuvo poniéndome al corriente de sus problemas. Según parece, últimamente le ha desaparecido dinero. Cree que es cosa de Piers, pero se resiste a creerlo.

Barak me dirigió una mirada penetrante.

—Cuando vi al moro con Piers tuve la impresión de que el viejo ha llegado a creer que el sol sale por el culo de su aprendiz.

—Quiere compartir sus conocimientos con alguien por quien sienta afecto, eso es todo. Sin embargo, empieza a ver a Piers tal como es en realidad.

—¿Estáis seguro?

Me pregunté hasta qué punto habría sido capaz Barak de leer entre líneas, de imaginarse que los sentimientos de Guy no eran tan simples como creía.

—Sí, pero aún no lo acusará. Y Piers sabe mostrarse… persuasivo.

—¿Y si le hago una visita al joven Piers y le aprieto un poco las tuercas? Podríamos ver cómo reacciona y adoptar un rumbo u otro a partir de allí. —Una sonrisa fugaz. Una sonrisa dura.

—Cuando Guy no esté presente, quieres decir.

—Supongo que no nos permitiría hacerlo estando él presente, ¿verdad?

—Sé que Guy va a ausentarse esta noche —dije tras meditarlo—. Irá a ver de nuevo a Bealknap. Conociendo sus costumbres, después irá a cenar, probablemente a eso de las siete.

—¿Entonces nos acercaremos a Bucklersbury?

—Pero solo para hablar con él —puntualicé tras asentir—. Nada de violencia.

—Aunque no sea él quien le sisa el dinero, es un fisgón. No le hará ningún mal que le advirtamos un par de cosas.

—De acuerdo. —Terminé el pan y el queso que me había servido, y me levanté —. Tenemos que irnos —dije—. Anoche recibí noticias: Harsnet ha convocado una reunión para hablar de los últimos acontecimientos. Esta vez no será en el palacio de Lambeth sino en Whitehall.

Barak se puso de pie nada más oír la noticia.

—Cuando queráis. Si no hago algo acabaré tan loco como Adam Kite.



Cuando llegamos a Whitehall, nos informaron que lord Hertford y *sir* Thomas Seymour se encontraban reunidos con el forense. A Barak le prohibieron asistir a la reunión, y de nuevo no tuvo más remedio que aguardar sentado en el banco que había junto a la puerta del despacho de Harsnet.

—Lo siento —le susurré cuando el guardia llamó a la puerta.

—Empiezo a acostumbrarme. Al fin y al cabo, no soy más que un miembro del vulgo. —Barak me ofreció una de sus sonrisas irónicas y estiró las piernas. Iba calzado con las botas de montar, que estaban cubiertas del fango que cubría las calles de Londres. El guardia arrugó el entrecejo, pues se esperaba que en el palacio real la gente se comportase con cierta educación. La voz de Harsnet me invitó a entrar en el despacho. Llené de aire los pulmones y la abrí.

Encontré a Harsnet sentado a un escritorio. Lord Hertford se hallaba de pie junto

a la pared. Ambos me parecieron muy serios. *Sir* Thomas Seymour estaba junto a su hermano, con una mirada furibunda en el atractivo rostro. Como siempre, vestía como un pavo real: jubón de un azul intenso y sombrero con una enorme pluma en la cinta.

—Cerrad la puerta, Matthew, y acercaos. No quiero que nadie nos escuche —me pidió Harsnet.

—Barak está sentado fuera, pero no escuchará lo que digamos.

—Ahora mismo, no podemos fiarnos de nadie —dijo Hertford—. Y las paredes oyen. —Me miró fijamente a los ojos—. Teníamos que reunimos en el palacio de Lambeth, pero hoy su gracia el arzobispo tenía otros asuntos de que ocuparse.

—Espero que no haya más malas noticias, milord.

—No por parte de los cortesanos que fueron arrestados, a quienes van a soltar en breve. Sin embargo, Bonner sigue presionando a los radicales londinenses. Esta mañana, temprano, los hombres del obispo y los alguaciles de Londres arrestaron a ocho hombres, acusados de posesión de libros ilegales, así como a tres impresores y un puñado de aprendices, acusados de difundir obras prohibidas. Voto a Dios que no da descanso a los alguaciles. El arzobispo intenta descubrir si pueden vincularlo con alguno de los arrestados.

—¿Existe el peligro de que eso suceda? —quiso saber Thomas Seymour.

—Él no lo cree.

—El rey siempre ha sentido por él un gran aprecio —dijo Harsnet en voz baja.

—También apreciaba mucho a Ana Bolena, a Cromwell y a Wolsey —dijo con amargura Thomas Seymour—, y eso no le impidió acabar con ellos. Nunca ha confiado en nadie y nunca lo hará.

—Chitón, Thomas —espetó su hermano, muy serio—. La situación no es tan nefasta. —Miró primero a Harsnet, y luego se volvió hacia mí—. Pero sería muy peligroso que este asunto saliese ahora a la luz, que se extendiera la noticia de que el arzobispo había organizado en secreto la caza de un loco que está matando a radicales que se han vuelto moderados, un asesino que actúa inspirado por el Libro de las Revelaciones. Y cuanto más tardemos, más difícil resultará ocultarlo. ¿Habéis descubierto algo más, Gregory? —preguntó a Harsnet con súbita vehemencia.

—Desearía haberlo hecho. He estado trabajando día y noche. Ningún miembro de los grupos radicales ha oído hablar de Goddard. No hay ni rastro de él en Londres o en los condados vecinos. Es como si tras abandonar sus dependencias se hubiese evaporado.

Lord Hertford se volvió hacia mí.

—Y vos habéis descubierto que el asesino utilizó como agente a un abogado a quien también acabó asesinando.

—Así es. —Le relaté la historia de Bealknap y Felday. Cuando hube terminado, se acarició la larga barba con aire pensativo, tirándose, en ocasiones, de la misma. Fuera, la lluvia repiqueteaba en la ventana.

—De modo que se han producido ya cinco asesinatos vinculados con las copas de la ira. Quedan dos. Y ese hombre, Felday, también ha muerto a manos del asesino. Tenemos que atraparlo. —Hertford se volvió hacia su hermano—. A juzgar por tus noticias, el rey está decidido a casarse con Catalina Parr, por mucho que ella quiera hacerlo esperar.

—¿A qué noticias os referís, milord? —preguntó Harsnet muy interesado.

—Han nombrado a mi hermano embajador en la corte del regente de Holanda.

—El rey teme que *lady* Catalina pueda seguir queriendo casarse conmigo —aclaró *sir* Thomas. Quizá fue la ira lo que le hizo bascular el peso del cuerpo en el otro pie, y tambalearse levemente al hacerlo.

—No podemos estar seguros de que esa sea la razón de que lo hayan escogido —apuntó su hermano—. Pero si lo es, considérate afortunado de que el rey te envíe de embajador en lugar de enviarte a la Torre.

—Quizá… —*Sir* Thomas me miró con curiosidad—. Vos, señor. Alguien mencionó que el rey se burló de vuestra espalda cuando estuvo en York hace dos años.

Llené de aire los pulmones antes de responder.

—Así fue, señor. —Me pregunté también quién le habría contado esa historia.

—Ahora no podría viajar a York —dijo Seymour—. Está tan gordo que apenas puede andar. Tiene las piernas llagadas. Cuando le duelen, tienen que llevarlo por todo el palacio en silla de ruedas. Dicen que, cuando las llagas supuran, el olor que despiden bastaría para tumbar a un toro que entrara en el dormitorio real. Cuando salgáis de aquí, maese Shardlake, si oís el chirrido de las ruedas en el corredor, yo que vos echaría a correr como alma que lleva el diablo en la dirección opuesta. —Soltó una risa amarga.

Harsnet se movió incómodo en la silla. Lord Hertford negó con la cabeza.

—Algún día tus indiscreciones te perderán, Thomas. Pero es verdad que la salud del rey empeora cada mes. No puede vivir muchos años más. Si contáramos con una reina que simpatizase con la Reforma, dispuesta a asumir la regencia hasta que el joven príncipe Eduardo… —Extendió las manos.

Pensé que habían planeado aquel matrimonio con una gran visión de futuro. Hasta ese punto se había enredado mi búsqueda del asesino de Roger con la política de la corte.

—¿Cuándo partiréis al extranjero, *sir* Thomas? —preguntó Harsnet.

—No lo sé. Quizá dentro de unas semanas.

Harsnet asintió con rostro inexpresivo, aunque imaginé que, al igual que yo, preferiría que el deslenguado de *sir* Thomas partiese al día siguiente. Sin embargo, necesitábamos el apoyo que su casa podía proporcionarnos.

Di un respingo cuando llamaron ruidosamente a la puerta. Después de las palabras que había pronunciado *sir* Thomas con respecto a que las paredes oían, la atmósfera que reinaba en la estancia se tiñó de miedo.

—Adelante —ordenó con voz firme lord Hertford.

Era Barak. Sabía cómo mostrarse humilde, así que inclinó la cabeza ante la mirada atenta y sorprendida de Hertford.

—Lamento interrumpiros, milord, pero el guardia que vigilaba en la taberna de Lockley está aquí. Se llama Janley. Lo han encontrado.

—¿Vivo? —La esperanza iluminó el rostro de Harsnet.

—No, señor. Muerto. —Barak miró a todos los presentes y respiró hondo antes de continuar—. Hallaron el cadáver en la casa capitular. A juzgar por el modo en que murió, puede decirse que se trata de la sexta víctima.

Lord Hertford se mostró abatido.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó, llevándose una mano a la frente.

—Nadie que importe, milord. Por el momento.

—Shardlake, Harsnet, id ahora mismo.

—Me gustaría acompañarlos —dijo *sir* Thomas.

—De acuerdo —aceptó lord Hertford, que quiso abarcarnos a todos con la mirada —. Ese hombre nos hace ir de un lado a otro a su antojo, ¿no os parece? Empiezo a preguntarme si llegará el momento en que seamos nosotros quien lo hagamos ir de un lado a otro, balanceándose colgado de una soga.

Capítulo 36

Siguió lloviendo durante la larga cabalgada a la casa capitular. Pestañeaba continuamente para evitar que el agua me entrase en los ojos, mientras *sir* Thomas, Barak, Harsnet y el guardia, Janley, cabalgaban a mi lado. Los demás prestaron atención cuando formulé a voz en cuello algunas preguntas a Janley acerca de lo ocurrido. Avanzábamos tan rápido como podíamos por caminos que eran verdaderos lodazales. Nuestras monturas salpicaban el barro al pisarlo, y teníamos las botas cubiertas de lodo.

—Esta mañana, el vigilante de la casa capitular llegó corriendo al Hombre Verde —nos contó Janley—. Allí solo estaban los miembros de la familia Bassano, los músicos italianos del rey; han convertido algunas de las antiguas celdas de los monjes en sus dependencias.

—¿No vive nadie más en ese lugar? —preguntó *sir* Thomas.

—No, señor. Utilizan el lugar para almacenar los atavíos de caza del rey, así como las tiendas y los disfraces para los bailes. Todo el mundo sabe que el vigilante es un borracho redomado. Por lo visto, solía pasar la mayor parte de las noches en la taberna, emborrachándose a conciencia. Lockley y la señora Bunce a menudo tenían que echarlo cuando llegaba la hora de cerrar. Una de sus tareas consiste en cerrar la esclusa en la antigua casa capitular y abastecer de agua los sótanos de las casas de la plaza. Cuando se le olvidaba, los vecinos acudían a recordárselo.

—¿Alguno de los vecinos está enterado de lo sucedido? —quiso saber Harsnet.

—No, señor. El vigilante llegó corriendo hará una hora, hablando atropelladamente de inundaciones y de un muerto en el conducto. Sabía que yo era una especie de guardia oficial. Me dijo que se trataba de Lockley. Lo envié de vuelta a su puesto y cabalgué hasta el despacho del forense, tal como me ordenaron hacer en el caso de que sucediera cualquier cosa.

—¿Habéis podido mantener en secreto lo que le sucedió a la señora Bunce? —pregunté a Janley, y reparé en lo cansado y tenso que parecía.

—Sí. Le he dicho a todo el que ha preguntado que, por lo visto, Lockley regresó, la asesinó y huyó. He sugerido que todo apuntaba a que fue por un asunto de dinero. Muchos de los vecinos y los antiguos clientes no insistieron.

—Estupendo, bien hecho.

—Para mí será un alivio volver a casa con la familia. No dejo de pensar en esa pobre mujer ahí tumbada. Sobre todo cuando es de noche.

—No era más que una tabernera —gruñó *sir* Thomas—. Dad gracias de que no se tratara de alguien más importante, ya que en tal caso hubiera sido más difícil tapar lo sucedido.

Llegamos a Charterhouse Square y seguimos el sendero que serpeaba entre los árboles que cubrían la antigua fosa común de tiempos de la peste. Pasamos por delante de la desierta capilla. La puerta estaba cerrada y los mendigos debían de estar en la ciudad pidiendo limosna. Nos acercamos a la caseta que había en el propio muro de ladrillo del monasterio. Había un poste al que atar los caballos, y eso fue lo que hicimos. *Sir* Thomas frunció el entrecejo al ver el barro que le cubría los calzones.

Janley llamó a la puerta. Se oyeron pasos dentro y un hombre delgado de mediana edad, rubicundo y con una imponente nariz que semejaba una patata, la abrió y nos observó con ojos asustados.

—He traído a algunas personas que inspeccionarán el cadáver, Padge —anunció Janley con cierta amabilidad.

El vigilante nos miró con suspicacia.

—Tendrán que bajar a la alcantarilla. No sé si vais a poder sacarlo de ahí. Se ha empotrado en la compuerta de la esclusa, y la está obstruyendo. Está desnudo. Es horrible. ¿Por qué iba alguien a hacer algo semejante? ¿Por qué? —se preguntó, levantando la voz.

—Dejad eso de nuestra cuenta, compañero —dijo Barak, intentando tranquilizarlo.

Seguimos al vigilante a través de la antigua iglesia monástica, que carecía de ventanas y techo, hasta llegar a un patio cuadrado y amplio cubierto de hierba. En medio del patio se alzaba una construcción de planta octogonal y tejado de cobre, con espitas a los lados. Tenía que ser el antiguo conducto monástico, alimentado por los arroyos de Islington, donde los monjes sacaban el agua que luego discurría para vaciarse en las alcantarillas que había bajo las casas de la plaza. En los laterales del patio estaban las celdas de los monjes, casetas cuadradas de dos habitaciones, de cuyos aleros se precipitaban las gotas de lluvia; todas contaban con un pequeño huerto detrás. En tiempos, aquel debió de ser un lugar muy tranquilo. Los monjes de la casa capitular habían llevado vidas solitarias en las celdas que se repartían en torno a la plaza central, una disposición arquitectónica única entre los edificios monásticos. Las celdas tenían puertas de madera cerradas con candado. A nuestra izquierda se alzaba un edificio mayor, cuyas puertas estaban abiertas. Vi gente dentro.

—He alojado ahí a la familia Bassano —nos informó el vigilante—. Se acercaron antes a la caseta para contarme que se les había inundado el piso. —Señaló el conducto y vi que el agua se filtraba y burbujeaba entre las losas de piedra que la rodeaban. Un lateral de la plaza cuadrada que separaba el conducto de las celdas estaba encharcado. Además, no había dejado de llover. El vigilante se secó la frente con mano temblorosa—. Fui a echar un vistazo a la caseta del conducto, donde está la esclusa, y encontré el cadáver empotrado en ella. Me incliné sobre el pasamano y

pude verle el rostro. Así fue como reconocí al pobre Francis.

—Detuvo las aguas del Éufrates —dije con un hilo de voz—. Maese Padge, ¿oísteis algo anoche?

—No. Todos tenemos que dormir —respondió entre dientes.

—No si su oficio consiste en vigilar —apuntó *sir* Thomas enseguida—. ¿Dónde están los italianos?

Padge nos condujo al edificio de la puerta abierta. Saltaba a la vista que en el pasado había servido de casa capitular monástica, puesto que había bancos en todas las paredes, como sucedía en la abadía de Westminster. Sin embargo, aquella estancia era más pequeña y tenía un aire más austero. La mayor parte del espacio estaba ocupada por baúles que, sin duda, contenían los disfraces para los bailes de máscaras. Había también un par de imponentes armaduras, además de un puñado de lanzas de justa apoyadas contra una pared. Algunas personas se habían hecho sitio en los bancos y permanecían sentadas, muy juntas, con aspecto de estar asustadas. Eran de piel morena y tenían el pelo negro; eran cuatro hombres y tres mujeres, con los críos sentados en el regazo. Todos ellos aferraban sus instrumentos musicales, laúdes y tambores, incluso un arpa. Vi que los jubones de los hombres y los vestidos de las mujeres estaban empapados.

—¿Alguno habla inglés? —pregunté.

Uno de los hombres se levantó.

—Yo lo hablo —respondió con marcado acento.

—¿Pertenecéis a la familia Bassano, los músicos del rey?

—Sí, señor. —Se inclinó ante mí—. *Signor* Granzi, para serviros.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó *sir* Thomas—. Parecéis un hatajo de ratas ahogadas.

—Al despertar esta mañana descubrimos que el suelo de nuestros aposentos estaba cubierto de agua que nos llegaba hasta los tobillos —explicó el italiano—. El suelo desciende en una pendiente desde el conducto. El agua había descendido hasta nuestras habitaciones. Tuvimos que rescatar nuestros instrumentos. Vinimos aquí, y luego avisamos al vigilante. ¿Qué sucede, señor? Hemos oído llorar al vigilante.

—Nada que deba preocuparos.

—¿Alguno de vosotros oyó anoche algo extraño? —pregunté.

Maese Granzi consultó a los demás en su extraña lengua musical, y al volverse respondió haciendo un gesto negativo.

—No, señor. Estábamos durmiendo.

—Vamos, Padge —gruñó *sir* Thomas—. Llevadnos a donde encontrasteis el cadáver. —Y dio un leve empujón al vigilante para sacarlo a la lluvia, comportándose como el fanfarrón que era.

Cuando cruzamos el patio, Harsnet se situó a mi lado.

—Esos italianos interpretan música para el rey. Si descubren que aquí se ha cometido un asesinato, no perderán ocasión de mencionarlo en la corte. No deben

averiguar lo sucedido.

—Estoy de acuerdo —dije, y me pregunté si habría sido esa la intención del asesino.

—Diremos que fue un accidente.

—Padge es un borracho. Acabará hablando por los codos.

—Me lo llevaré cuando nos marchemos —decidió Harsnet—. Lo mantendré en algún lugar seguro y apostaré aquí a uno de los hombres de *sir* Thomas, al menos por el momento. Ya lo arreglaré con el tribunal.

Padge nos condujo de vuelta a la caseta. Se había apropiado de un cuartucho, ocupado casi por completo por un camastro. El lugar apestaba a cerveza. Ardía un fuego en el hornillo, con el cual encendió tres lámparas que tendió a Barak, a Janley y, por último, a mí.

—Las necesitaremos, señor —dijo al tiempo que encabezaba la marcha de vuelta al patio.

Lo seguimos hasta un edificio bajo que se alzaba solitario, inclinando la cabeza para resguardarnos de la lluvia. En medio del suelo de piedra había una abertura cuadrada, rodeada por una verja. Una escalera de hierro clavada a un lado descendía a un pozo artificial de ladrillo parcialmente cubierto de liquen verde. A un lado había una rueda.

—Anoche dejé algo abiertas las compuertas —dijo Padge—. Después de tanta lluvia, se filtra mucha agua y es necesario dejarla circular. Cuando llegué esta mañana pensé abrirlas del todo con la rueda, pero enseguida se trabaron. Miré por el pozo y… Bueno, ahora lo veréis. —La mano que sostenía la lámpara experimentó un ligero temblor.

Nos acercamos a la verja y miramos hacia abajo, con las lámparas en alto. Había una caída de siete metros. En el fondo, a un lado, había dos pesadas compuertas metálicas de unos dos metros y medio de altura en la pared de ladrillo. Estaban entornadas, lo suficiente para permitir que se filtrara el agua. Abrí los ojos desmesuradamente al reparar en el cadáver desnudo de un hombre en el fondo del pozo. Había adoptado una postura extraña, con las piernas extendidas sobre las compuertas de madera. Estaba mirando hacia arriba y, aunque era un borrón blanco en la penumbra, identifiqué a Lockley más allá de toda duda.

—El cadáver está como clavado a las compuertas —dijo Padge.

—¿Bajasteis a comprobarlo? —preguntó *sir* Thomas.

Padge negó con la cabeza.

—Será mejor que nosotros lo hagamos, pues. Barak, Harsnet, acompañadme. Vos también, Shardlake, si es que podéis bajar por esa escalera —añadió con una sonrisa desagradable, que hizo que la hilera de dientes reluciera blanca a la tenue luz que reinaba en aquel lugar.

—Pues claro que puedo —repliqué enseguida, a pesar de que no ansiaba hacerlo.

Sir Thomas superó con soltura la verja e inició el descenso. Barak y Harsnet lo

siguieron. Yo cerraba la marcha, asido con fuerza a los peldaños.

En el fondo nos encontramos en una resbaladiza construcción de ladrillo cuya pendiente descendía hasta un canal central, donde el agua se perdía en la oscuridad tras franquear una entrada en forma de arco. Contemplamos las compuertas de la esclusa, mudos ante lo que vieron nuestros ojos. El cadáver desnudo de Francis Lockley estaba tendido en el fondo, y a modo de terrible burla de la crucifixión le habían clavado una mano a una compuerta y un pie a la otra. Eran clavos de punta ancha, hundidos hasta la cabeza. Era imposible abrir las compuertas sin desmembrarlo, y además tal medida requería de más fuerza que el peso del agua y también de la que podría generarse girando la rueda desde arriba. Vi que tenía restos de sangre seca en la nuca, pero no se apreciaban indicios de que las terribles heridas que le habían infligido sangrasen. Al menos, Lockley había tenido una muerte rápida. Supuse que, si lo hubieran drogado con belladona y le hubieran permitido despertar en la oscuridad de la esclusa, cabía la posibilidad de que viviera lo bastante para vocear y que lo rescataran. El asesino, por tanto, había antepuesto su propia seguridad a la vena de sadismo cruel que había caracterizado la mayor parte de los crímenes cometidos. No obstante, su barbarie era inenarrable.

Un crujido procedente de las compuertas nos hizo dar un respingo.

—Allí hay mucha agua —señaló Barak, inquieto.

—¿Cómo diantre se las ingenió el asesino para bajarlo ahí? —preguntó *sir* Thomas.

—Supongo que lo arrojó al pozo —sugirió Barak—, y luego descendió por la escalerilla.

De nuevo crujieron las compuertas.

—Creo que deberíamos salir —dijo Barak en tono apremiante—. Con la lluvia que está cayendo cada vez se acumula más agua allí. Esos clavos parecen seguros, pero cederán en el momento menos pensado.

—Tienes razón —admitió *sir* Thomas—. Vámonos.

Subimos de nuevo por la escalera. Encontramos a Janley y Padge sentados en sendos taburetes en la penumbra que reinaba en el cuartucho. Hicimos un alto allí, conmocionados y abrumados por aquel último asesinato. Entonces, Harsnet dijo:

—Tengo que salir de aquí.

Lo seguimos hasta el patio. La lluvia había remitido un poco.

—Nos va a costar Dios y ayuda sacar de ahí el cadáver —añadió—. Y como bien has dicho, Barak, bajar es muy arriesgado. Tendremos que bloquear las compuertas antes de retirar el cadáver, y luego subirlo con la ayuda de unas cuerdas.

—Iré a ultimar los preparativos —se ofreció *sir* Thomas. Incluso él parecía impresionado—. Lo haremos con un puñado de hombres de mi casa en quienes puedo confiar para que se manejen con discreción. No podemos esperar.

—En efecto —convine—. No solo se mojarán los instrumentos de los músicos, sino todas las posesiones del rey que se almacenan aquí. Sin embargo, no entiendo

cómo entró con Lockley en el recinto, cómo sabía dónde encontrar la caseta del conducto. —Miré a nuestro alrededor—. Si se dedicó a vigilar, no tardaría en descubrir hasta qué punto le gusta beber al vigilante —aventuré—. No iba a costarle gran cosa introducirse aquí de noche y explorar los edificios para ver si podían servir a su propósito, el cual imagino que ya había concebido.

—Quizá ese vigilante inútil se acuerde de él si hablaron —señaló *sir* Thomas, con un brillo de emoción en los ojos.

—Dudo que hablara con él.

—¿Por qué?

—Porque Padge sigue vivo. Será interrogado, eso por supuesto, pero recordad que el asesino ya ha matado a un hombre que podría habernos servido para averiguar su identidad.

—En tal caso —sugirió Harsnet—, tenemos que interrogar de nuevo a los parroquianos de la taberna, preguntarles si algún extraño se ha interesado últimamente por la casa capitular.

Señalé con la cabeza la capilla.

—Y también podríamos preguntar a esos mendigos.

—Sí. Es posible que alguien les haya dado limosna a cambio de cierta información.

—¿Creéis que tiene algún significado el hecho de que los dos últimos asesinatos se hayan producido en los alrededores de la casa capitular? —me preguntó *sir* Thomas—. Porque no olvidemos que *lady* Catalina Parr vive en el vecindario. Y el asesino podría estar al corriente de ello. El doctor Gurney acudía a menudo allí cuando fue asesinado, lo que aumenta la cifra a seis asesinatos que guardan relación con Charterhouse Square.

—No lo creo. Pienso que escogió de forma deliberada a Lockley y a su esposa porque por alguna razón estaba al corriente de su pasado. La presencia del doctor Gurney al otro lado de la plaza es mera coincidencia.

—Debe tener una gran fortaleza para haber traído el cadáver hasta este lugar —dijo Barak.

—También cargó a cuestas con el cadáver de mi amigo Roger Elliard a través del huerto del Colegio de Lincoln, hasta el propio recinto de este. Suponiendo que asesinó a Lockley antes de venir, imagino que obró del mismo modo. Lockley era un hombre bajo, como Roger, aunque más grueso. Sí, tiene que ser muy fuerte.

—¿Echamos un vistazo a los alrededores para ver si localizamos el lugar por el que se introdujo aquí? —preguntó Barak.

—Sí. No tenemos nada que perder, pues ya estamos calados hasta los huesos.

Nos volvimos y en ese instante reparamos en las tres personas que se acercaban a nosotros; su ropa estaba tan manchada de barro como la nuestra. Vi que Barak llevaba la mano a la empuñadura de la espada cuando advertí que quien encabezaba la marcha era el deán Benson. Iba cubierto por una gruesa capa. Indicó a los dos

acompañantes que se quedasen donde estaban, en medio del patio, con la lluvia goteándoles del bonete, y después se nos acercó. A juzgar por la expresión de su rechoncho rostro, estaba muy alterado.

—¿Qué hacéis aquí, señor? —le preguntó Harsnet, dando un paso al frente.

Antes de responder, el deán se secó la frente con la manga.

—He recorrido a caballo la mitad de Londres bajo la lluvia para buscaros, señor. Al principio, vuestro sirviente en Whitehall no quiso decirme dónde estabais, y me las vi y me las deseé para sonsacárselo. ¿Podemos entrar, por favor? Estoy cubierto de barro de la ca…

—¡Me tiene sin cuidado vuestro barro! —lo interrumpió *sir* Thomas, furioso—. ¿Quién sois vos y qué es lo que queréis?

Benson se engalló al dirigirse hacia él.

—Soy William Benson, deán de la abadía de Westminster. ¿Quién sois vos?

—*Sir* Thomas Seymour, hermano de lord Hertford.

—¿Seymour? —El deán frunció el entrecejo y casi me pareció ver cómo encajaba las piezas: «De modo que la familia Seymour está involucrada en esto…».

—¿Qué se os ofrece, señor? —preguntó de nuevo Harsnet.

—Será mejor que entremos. Lo que os traigo no debería mojarse.

El ayudante del forense titubeó por un instante antes de llevarnos de vuelta a la caseta del conducto. Janley y Padge se inclinaron cuando entró el deán, que miró alrededor, intrigado.

—¿Qué está pasando aquí?

—No os preocupéis por eso ahora —dijo Harsnet—. Por favor, contadnos a qué habéis venido.

Benson hurgó en el bolsillo, de cuyo interior sacó una hoja de papel.

—Alguien pasó esta nota por debajo de la puerta de mi casa antes del alba. Me la trajo el mayordomo. —Tendió el papel a Harsnet y los demás nos situamos alrededor del forense. El papel estaba doblado, y el nombre del deán Benson, así como la palabra «urgente» figuraba escrito al dorso. Harsnet lo desdobló y pudimos leer lo siguiente, escrito en letras mayúsculas:

LANCELOT GODDARD
KINESWORTH VILLAGE
JUNTO A TOTTERIDGE
HERTFORDSHIRE

Contemplamos la sencilla y escueta nota que correspondía a una dirección.

—Hertfordshire —murmuró Harsnet—. No se me había ocurrido investigar tan lejos.

—Yo he estado en Totteridge Village —dijo Barak—. Está en el extremo de esa parte de Hertfordshire que apunta a Londres, a un par de horas a caballo.

—Decís que alguien introdujo esta nota por debajo de vuestra puerta —dijo *sir* Thomas—. ¿Por casualidad no la escribiríais vos mismo?

—Por supuesto que no —respondió Benson.

—El asesino sabía que pronto encontraríamos la sexta víctima —señalé.

—¿Y ahora nos facilita su propia dirección? —dijo Harsnet, incrédulo—. ¿Desea entregarse, acaso?

Cogí la nota pero no me atreví a posar la yema de los dedos sobre la escritura del asesino.

—No. Eso equivaldría a abandonar su misión. Además, olvidáis que Goddard podría ser la víctima, no el asesino. Podría invitarnos a acudir a este pueblo no para entregarse, sino para mostrarnos la séptima víctima. La última. El gran terremoto que anunciará el fin del mundo.

Se produjo un breve silencio. El deán nos miró, intrigado.

—¿Ha habido una sexta muerte? ¿Quién? ¿Ha sido aquí? —Miró alrededor, antes de clavar la vista en el pozo.

—Ahí abajo —lo informé sin levantar la voz—. Se trata de vuestro antiguo hermano laico, Francis Lockley.

El deán contempló el pozo con el rostro pálido, y retrocedió.

—Deán —dijo Harsnet—. Volved a casa y quedaos allí por si fuera necesario ponernos de nuevo en contacto con vos. Y no habléis con nadie de esto. Ya que habéis visto que los Seymour están involucrados en este asunto, e imagino que comprenderéis el alcance del mismo.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Benson.

—Tomar medidas —respondió el ayudante del forense, que no estaba por la labor de darle demasiadas explicaciones.

—Idos, que estáis perdiendo el tiempo —ordenó Thomas Seymour—. ¿O queréis que os lleve abajo para ver de cerca lo que hay en la esclusa? Os advierto que no os agradará.

El deán retrocedió de nuevo. Miró a todos y cada uno de los presentes, luego dio media vuelta y se alejó. Ordenó a sus hombres que lo siguieran, y poco a poco oímos que el eco de sus pasos agonizaba en las losas.

—Tendríamos que cabalgar ahora mismo a Totteridge —dijo Harsnet—. *Sir* Thomas, ¿podríais obtener algunos hombres…?

—No estoy seguro de que eso sea lo más adecuado —lo interrumpí—. Es lo que él espera que hagamos. Podríamos caer en su trampa.

—Pero si *sir* Thomas nos procura algunos hombres y nos presentamos ahí con fuerza… —apuntó Barak.

—El jorobado tiene razón —dijo Seymour—. Este animal nos tiene preparada una sorpresa. Sería mejor que enviase un par de hombres de confianza al pueblo, mi mayordomo y otro hombre, un antiguo soldado que estuvo conmigo en Hungría. Podrían inspeccionar los alrededores, descubrir si Goddard vive allí, establecer

contacto con el juez local. Esta noche nos podrían informar de sus pesquisas. Forense Harsnet, vos podríais informar al arzobispo de lo sucedido, que yo le informaré después, personalmente, de lo que averigüemos.

—Tendríamos que asaltar esa casa —insistió Barak.

—Veamos antes qué aspecto presenta el terreno —sugirió Seymour—. Mañana todavía estaremos a tiempo de acudir con más efectivos. —Miró al forense—. Aunque necesitaremos la aprobación del arzobispo.

A pesar del insultante modo en que se comportaba conmigo, miré a *sir* Thomas con renovado respeto. Había servido en Hungría al mando de un ejército enviado por el rey, y en ese momento estaba pensando desde un punto de vista estratégico.

—Acompañaré a vuestros hombres —propuso Harsnet.

—No, Gregory —objeté—. Hay muchas posibilidades de que el asesino os reconozca, puesto que nos ha estado siguiendo. Cabe la posibilidad de que los hombres de *sir* Thomas puedan hacer algunas preguntas sin revelar su identidad.

—Creéis que ese hombre está poseído por el diablo —intervino Seymour—. Si es ese el caso, tenemos que mostrarnos tan astutos como él.

—Necesitamos hombres de confianza —dijo tras meditarlo.

Seymour soltó una risotada.

—No os preocupéis, forense, mi mayordomo no solo es digno de confianza, sino un hombre serio. Incluso acude los domingos a la iglesia, cuando no necesito que me organice alguna jornada de caza.

Harsnet me miró, y asentí.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes.

Seymour miró a Padge, el vigilante.

—Y también ordenaré a alguien que reemplace a ese hombre y mantenga a la gente alejada de este lugar. Será mejor que lo tengáis a salvo en algún sitio, a cambio de algo con que mojar el gaznate. Esos orejones que tiene no han perdido detalle en ningún momento.

El vigilante le dedicó una mirada amarga, pero no se atrevió a objetar nada.

—Janley, vos mejor regresáis a la taberna —concluyó Seymour, dirigiéndonos de pronto una sonrisa torcida—. La cacería continúa, caballeros, y a punto está de concluir.



Cuando *sir* Thomas Seymour se hubo marchado, Harsnet ordenó a Janley y al vigilante que siguieran en el conducto, y nos pidió a Barak y a mí salir al patio. Por suerte, la lluvia había cesado y el sol intentaba abrirse camino tímidamente a través de las nubes.

—Vos sugeristeis que podría haber un rastro, Barak —dijo Harsnet—. ¿Lo comprobamos? Luego iré enseguida a informar de lo sucedido al arzobispo.

Harsnet permaneció en silencio, pensativo, mientras los tres franqueábamos la puerta principal y seguíamos el muro que delimitaba el recinto. Una puerta nos llevó a un huerto, lo que de nuevo me recordó la muerte de Roger en el Colegio de Lincoln.

Barak se situó en cabeza y atravesamos la extensión herbosa que bordeaba los árboles. Caí en la cuenta de que el paseo me empaparía aún más tanto los pies como los calzones.

—No veo nada —dijo—. Todo está encharcado. No, aguardad; mirad eso. —Señaló al suelo. Había una especie de surco trazado en la hierba. Al aplastarla, había dejado huella.

—¿Qué es? —pregunté.

—La huella de la rueda de una carretilla. —Donde fuera que había ocultado a Lockley, tuvo que trasladarlo cierta distancia, y así era como lo había hecho.

—Pero ¿cómo iba a pasar inadvertido alguien que transporta un cadáver en una carretilla?

—Le bastó con cubrirlo. Me preguntó adónde llevará el rastro. —Empezó a seguir la huella que atravesaba el jardín, y al cabo salimos de nuevo a Aldersgate Street. Continuaba por un hueco que había en un seto y desapareció en la hierba corta de un sendero que bordeaba un campo. Barak se volvió a contemplar el lejano camino.

—La de tiempo y cuidado que le pone —comentó Harsnet—. Debió de asesinar a Lockley y luego regresar por la señora Bunce; ocultó en alguna parte el cadáver de Lockley, y finalmente ayer lo introdujo en el conducto.

—Y lo que hizo a la señora Bunce debió de llevarle buena parte de la noche —reflexioné en voz baja.

—¿Cómo se las apañó para acabar con ambos?

—Es posible que se las ingeniara para administrar belladona tanto a Lockley como a la señora Bunce. Quizá llegó tarde a la taberna y los convenció de que se tomaran una cerveza con él. De sobra sabemos que tiene inteligencia para eso y para más —añadí con cierta amargura.

—Y ahora quiere que vayamos al pueblo —dijo Barak.

—Sí. —Harsnet se volvió hacia mí—. Creo que estáis en lo cierto. La séptima copa será vertida de algún modo en ese pueblo… Hertfordshire. Tendría que haberlos acompañado.

Admiré aquella muestra de coraje, por mucho que no estuviera de acuerdo con él.

—Sería decisivo poder llevar a cabo algunas investigaciones sin levantar sospechas.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó, tenso, tras admitir a regañadientes que yo estaba en lo cierto—. ¿Quién será la séptima víctima? ¿Será uno de los nuestros, o alguien más perteneciente a la abadía? Probablemente haya muerto ya, y el cadáver esté en algún lado, esperando a que demos con él.

—¿O la víctima es el propio Goddard? Alguien tendría que comprobar que el

joven Cantrell esté a salvo —sugerí.

—Sí, a salvo, en lugar de con un chichón en la cabeza y transportado a alguna parte en carretilla —apuntó Barak con furia inesperada. La tensión había asomado de nuevo a su voz. Se volvió hacia mí antes de añadir—: ¿Qué condenada pesadilla se le habrá ocurrido esta vez? ¿Cómo se las ingeniará para lograr que la tierra tiemble?

Capítulo 37

Anduvimos de vuelta hasta donde habíamos atado a *Sukey* y a *Génesis*. Eché un vistazo a la puerta en que habían clavado el brazo del prior Houghton; casi me pareció distinguir el rastro rojo en la madera.

—Ha habido tanta violencia en estos últimos diez años… —lamenté—. Quizá tendría que producirnos más extrañeza el hecho de que no haya habido más casos como este. —Me vino a la mente la imagen del pobre Lockley crucificado en el fondo de la esclusa. Cada vez me costaba más esfuerzo visualizar el rostro de Roger. Era como si todo el horror de lo que había presenciado de un tiempo a esa parte se me hubiera agolpado en la mente.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Barak—. ¿Regresamos a casa y aguardamos nuevas instrucciones?

—No. Vayamos ahora mismo a ver a maese Piers. Averigüemos si es cierto que ha estado robando, puesto que es posible que más tarde nos reclamen en Hertfordshire.

—Pero ¿y si encontramos allí al viejo moro?

—Siempre habrá tiempo de poner alguna excusa para visitarlo. Ah, y me gustaría que dejases de llamarlo así.

—No lo digo con mala intención. Estoy seguro de que le han dicho cosas peores. ¿Queréis que os eche una mano para subir a la silla?

†

Nos alejamos a lomos de los caballos. Una media docena de mendigos se había reunido en los peldaños de la capilla. Todos presentaban un detalle peculiar, dos de ellos llevaban muletas, y los demás estaban pálidos y desmejorados. Entre ellos estaba el muchacho de cabello ralo que había vigilado nuestras monturas la primera vez que visitamos a Lockley y la señora Bunce. Quizá se habían metido dentro, empujados por la actividad que se registraba en los alrededores de la puerta de la casa capitular. Al vernos echaron a caminar y cojear hacia nosotros, pidiendo limosna.

—¡Apartaos de nuestro camino, que nos reclaman asuntos urgentes! —ordenó Barak.

Seguimos cabalgando.

—Espero que Harsnet recuerde interrogarlos —añadió—. Podrían saber si alguien estuvo preguntando por la casa capitular.

—Lo hará. Es una persona muy concienzuda.

—Un estudiante más aplicado que brillante, ¿no os parece?

—De acuerdo, admito que no tiene mucha imaginación.

—Es un fanático religioso.

—Vaya, veo que nunca te ha gustado, ¿eh? —le pregunté con una sonrisa.

—Tampoco a vos, al menos al principio. ¿O es que habéis olvidado la vista que amañó?

—Es mucho mejor que la mayoría de los hombres que trabajan en la corte real. Tiene principios y también posee cierta capacidad para ponerse en la piel de los demás. Quizá sea un poco lento a veces, pero jamás se había enfrentado a nada parecido a esto. —Miré muy serio a Barak—. Ni él, ni ninguno de nosotros.

—En eso tenéis razón. ¿Sabéis qué es lo que más me aterra de todo? —preguntó de pronto Barak.

—¿Qué?

—El modo en que está concebido cada asesinato. Es como si el autor pretendiera demostrarnos que es mucho más inteligente que nosotros. Nos los presenta como si de trofeos se tratara. Yarington, la señora Bunce, Lockley… Los tres crímenes que se han producido desde que nos metimos en esto.

—Lo sé. Cuando atacó a Tamasin pretendía impedir que siguiéramos tras su pista; luego me atacó a mí, pero cuando vio que eso no daba resultado, se volcó en… como bien dices, demostrarnos que puede superarnos en astucia.

—Pero ¿por qué? —preguntó Barak—. ¿Por qué?

—No lo sé. Quizá esa faceta forme parte de su locura.

—Y ahora nos da su dirección —dijo, incrédulo—. Eso sí es una locura.

—Nos ha dado una dirección, pero no es necesariamente la suya. Sigo sin estar convencido de que se trate de Goddard. Digo yo que las diversas sectas debían de conocerlo, al menos de vista. Con ese lunar en la nariz que dicen que tenía… —Suspiré—. No dejo de preguntarme si podría tratarse de otra persona. —Reí al percibir una nota de insensatez en mi tono de voz—. ¿Sabes que en una ocasión consideré incluso la posibilidad de que Piers fuera el asesino?

Barak negó con la cabeza.

—Todo lo que hace requiere de mucho tiempo y una gran planificación. ¿Cómo iba a ser Piers, si se pasa todo el día trabajando para Guy? Además, Piers no tiene nada que ver con grupos religiosos. Dudo incluso que crea en nada.

—Lo sé, es una locura. He llegado a un punto en que me aferro a cualquier cosa.

—¿Por qué no creéis que sea Goddard?

—Es que no estoy convencido. —Torcí el gesto, pues me dolió el brazo al dar otro tirón a las riendas.

—¿Os encontráis bien?

—Sí. Es el brazo. Y tengo frío.

—Ha salido el sol.

—Ya. Ahora me paso la mayor parte del tiempo con esa sensación de frío a cuestas.



Barak y yo partimos hacia la casa de Guy poco después de las tres y media. Los boticarios trabajaban en sus tiendas de Bucklersbury; a través de la ventana contigua a la de Guy, vi a un hombre vestido con un largo guardapolvo, que vertía un polvillo en una vasija de boticario. Atamos los caballos fuera.

—¿Me permitiréis que lleve las riendas del interrogatorio? —me preguntó Barak en voz baja.

—¿Crees que seré demasiado blando con él? Porque te prometo que no será así.

Me miró muy serio antes de responder:

—Creo que si me muestro un poco duro con él podríamos lograr que bajase la guardia.

Medité en ello por un instante y dije:

—De acuerdo.

Mi ayudante llamó enérgicamente a la puerta. Oímos pasos en el interior, y al cabo Piers abrió con un candelera en la mano.

—El doctor Malton ha salido, señor.

—Lo sabemos. Es a ti a quien hemos venido a ver, jovenzuelo —dijo alegremente Barak, apartándolo de un leve empujón para entrar.

Lo seguí al interior de la tienda, ofreciendo a Piers una leve sonrisa. Vi que Piers o Guy habían estado experimentando: la mesa situada en el extremo de la habitación estaba atestada de frascos y viales llenos de líquidos.

—¿Has abierto a alguien hoy? —preguntó Barak.

—Estaba arriba, estudiando. No entiendo a qué os referís —respondió Piers en tono tranquilo, con expresión sumisa, pero me pareció identificar cierta ira en su mirada cuando se volvió hacia mí—. ¿Por qué permitís que vuestro hombre me hable de ese modo, señor?

—Tengo algunas preguntas que formularte, pero dejaré que sea Barak quien lo haga, y así la cosa quedará entre leales sirvientes.

—He oído que al doctor Malton le han desaparecido algunas monedas —dijo Barak—. ¿Sabes algo al respecto?

—Pues yo no he oído nada de eso —respondió Piers sin cambiar de expresión—. Seguro que si el doctor Malton no encontrase su dinero me lo diría.

—Ah, pero es que resulta que aquí maese Shardlake es su abogado.

Piers nos miró a ambos, desorientado ante el cariz que tomaba el interrogatorio y la rapidez de las réplicas de Barak.

—No puedo creer que el doctor Malton os haya autorizado a interrogarme como lo hacéis —dijo.

—Pues así son las cosas. Robar es un delito capital.

Piers abrió los ojos como platos.

—Yo no he hecho nada. Hablaré con el doctor Malton de esto. No le complacerá

nada saberlo.

—Pues fue él quien nos contó lo del dinero —intervine.

—¿Dónde está tu cuarto? —preguntó Barak.

—Arriba, pero no tenéis permiso para entrar. ¡Cómo aprendiz tengo mis derechos! —En ese momento alzó la voz y la ira le sonrojó.

—Malo. —Barak se volvió hacia mí—. ¿Le echo un vistazo a la habitación?

—Yo lo haré. Tú quédate aquí y vigílalo. —Miré a Piers, que parecía asustado.

El muchacho retrocedió, bloqueando la puerta con su fornido cuerpo.

—¡No! ¡No tenéis ningún derecho!

Barak desenvainó la espada y lo apartó con ella de la puerta. Cuando pasé por su lado, Piers me miró con los dientes apretados, respirando trabajosamente. Subí por la angosta y oscura escalera. Guy no tenía ninguna confianza en que los miembros del servicio se mantuviesen alejados de sus pertenencias, de modo que no había nadie más en la casa. Ya en la primera planta vi una puerta abierta.

El libro de Vesalius, preciada posesión de Guy, estaba abierto en el escritorio por la imagen de un esqueleto que colgaba de una horca, como si de un reo se tratara. Piers se había tomado la molestia de hacer una copia de aquella imagen tan despreciable, y la pluma descansaba en la mesa. Era una copia muy precisa.

Registré la habitación. En el estante, entre los libros que versaban sobre hierbas y medicina, encontré un ejemplar del *Libro negro*, el sumario de los casos más pavorosos de sodomía y fornicación que los agentes de Cromwell habían descubierto ocho años antes en las investigaciones que llevaron a cabo en los monasterios. Se habían vendido numerosos ejemplares a lectores lascivos. Había un baúl con ropa, alguna de sorprendente calidad. Examiné el lecho, volviendo el colchón del revés, y allí encontré una bolsita de cuero. Dentro había una colección de monedas de plata, cuyo valor total ascendía a algo más de una libra: mucho más dinero del que podía reunir un aprendiz. Lo cogí, abandoné la estancia y bajé por la estrecha escalera.

Encontré a Piers apoyado en la mesa. Barak estaba situado frente a él, con la espada aún en la mano. Al entrar en la habitación levanté la bolsita de las monedas.

—Dinero —anuncié.

—De modo, encanto, que eres un ladrón —dijo, hosco, Barak.

El rostro de Piers experimentó un cambio, pues adquirió una mirada dura y calculadora. Tuve la impresión de que acababa de quitarse la máscara.

—Si quisiera podría contar algunas cosas de ese viejo moro negro —dijo en un tono que de pronto me pareció afilado como un cuchillo—. Por ejemplo, cómo se postra ante la enorme cruz que tiene en su dormitorio para adorar ídolos. O podría hablar también del sacerdote al que acude, de quien todo el mundo sabe que es papista. Por no mencionar su pederastia, o los actos inmorales que me obliga a cometer con él.

—¡Mentira! —grité, enfadado.

—Quizá lo sea. Aunque hay una parte de él a la que le gustaría que fuese verdad.

Lo conozco lo suficiente para saber que se mostraría incómodo e intranquilo ante tales acusaciones. Vos sois abogado, imaginad qué pensaría el jurado. El hecho de que sea un antiguo monje no lo beneficiaría, y la sodomía es una ofensa que se castiga con la horca, igual que el robo. Si lo pierdo todo me aseguraré de que también él lo haga. —Me dirigió una mirada feroz.

—Menuda inmundicia, ¿eh? —preguntó Barak.

El siguiente movimiento de Piers fue tan repentino que nos sorprendió a ambos. Extendió la mano tras la mesa, cogió un frasco de líquido y arrojó el contenido a los ojos de Barak. Este soltó un grito y retrocedió con torpeza, soltando la espada al llevarse las manos al rostro. Piers echó a correr hacia la puerta, que abrió de par en par antes de perderse en la oscuridad de la noche. Oí sus pasos alejarse en las desiertas calles de Bucklersbury.

Corrí junto a Barak y le aparté suavemente las manos del rostro, temiendo lo que pudiera encontrar. Tenía los ojos enrojecidos y llorosos, pero no había otras marcas, y al reparar en ello mi olfato captó el dulce aroma del limón.

—Mis ojos —gruñó.

—Iré a la cocina por agua. Creo que no es más que zumo de limón, así que no te preocupes. —Salí a toda prisa y regresé con un aguamanil y un paño que humedecí para escurrirle agua en los ojos—. ¡Pestañea, idiota! —le ordené de malos modos.

Después de enjuagárselos a conciencia, el escozor fue remitiendo, aunque Barak no dejó de tener los ojos inyectados en sangre.

—¿Para qué estaría experimentando Guy con limones? —preguntó—. No son precisamente baratos.

—Alguna cura, imagino.

—A estas alturas, esa rata habrá puesto una buena distancia de por medio.

—Sí. Creo que lo mejor que podríamos hacer es quedarnos hasta que regrese Guy —dije. Lo cierto era que no deseaba que llegara el momento de darle explicaciones a mi amigo.



Tardó una hora en volver, y al vernos sentados y esperándolo dentro de la botica se llevó una sorpresa. Barak seguía frotándose los ojos con el paño.

—¿Qué ha pasado?

Lo puse al corriente de lo sucedido, aunque no mencioné las amenazas que había pronunciado Piers contra él. Cuando hube terminado, tomó asiento en un taburete. Permaneció sentado unos minutos, y por fin se puso lentamente de pie. Me dio la impresión de que había envejecido diez años.

—Déjame echarles un vistazo a tus ojos, Barak —dijo, cansado. Tomó la candela y los inspeccionó—. Te los has lavado con agua. Eso es bueno. No era más que un emplasto que estaba preparando con limón. —Luego se volvió hacia mí, y en un tono

que no le había escuchado nunca, me dijo—: Debisteis acudir antes a mí. No tendríais que haber actuado a mis espaldas.

—Pensé que enfrentarnos a Piers era lo mejor.

—Creíais que yo me interpondría.

No pude responder a eso.

—Acabo de visitar a Bealknap —dijo—. Se encuentra mejor, como yo pensaba, y no deja de quejarse de que los sirvientes de la señora Elliard no vacían el orinal tan a menudo como querría. Acepté como paciente a ese hombre ridículo porque vos me lo pedisteis, el mismo motivo que me empujó a involucrarme en la cacería de ese asesino. Y así es como me lo pagáis. Pensé que confiabais en mí, Matthew.

—No me pareció que fuerais capaz de juzgar a Piers con ecuanimidad. Y esto era urgente. Es un ladrón, Guy.

—Y ahora se ha ido.

—Lo lamento, de verdad. ¿Qué puedo deciros?

—Nada. —Agachó la cabeza, aferrando con fuerza el paño húmedo.

Se produjo un silencio que duró unos instantes que dieron la impresión de ser horas.

—Ha habido otro asesinato —anuncié al cabo. Le hablé de Lockley y de la nota que nos había mostrado el deán Benson con la dirección de Goddard.

—No hay nada que yo pueda hacer, ¿verdad? —preguntó, mirándome.

—No.

—En tal caso os deseo suerte en Hertfordshire. —Guy me dirigió una mirada inflexible, casi displicente—. No acusaré a Piers si lo detienen —añadió—. No seré la causa de que un joven de dieciocho años sea ahorcado por robar unas monedas, tal como dicta la ley. —Cogió la bolsita de las monedas que yo había dejado encima de la mesa y se la guardó en el bolsillo—. Ahí lo tenéis, las pruebas han desaparecido. Y ahora me gustaría que os marchaseis, Matthew. Espero que encontréis a Goddard. —Su mirada me informó de que daba por concluida su participación en el caso.

—Guy…

Levantó la mano.

—No. Por favor, idos. Debo ir a Bedlam a ver a Adam. —De pronto, miró a Barak con dureza y comprendí que estaba preguntándose si habría compartido con mi ayudante los sentimientos confusos que Piers había despertado en él.

—No le he…

—Idos, Matthew, por favor —me interrumpió, y su tono frío, hosco incluso, me dolió en el alma.

Barak y yo salimos de la botica. Al desatar los caballos, Barak me preguntó con curiosidad:

—¿Qué es lo que no me habéis contado?

—Nada. Asuntos privados de Guy.

Nos alejamos en silencio a caballo. Al pensar en el daño que había causado a

nuestra larga amistad sentí ganas de gemir.

Capítulo 38

Cabalgamos de vuelta a casa. Las calles estaban atestadas de gente. La mayoría de los alguaciles parecían estar de servicio, junto a varios guardias cubiertos con la librea del obispo Bonner, a quienes más de uno contemplaba con hostilidad o miedo. Me pregunté qué estarían haciendo los radicales; probablemente, pensé, se mantenían al margen, a la espera de que amainase la tempestad. Sin embargo, esa última persecución tan solo los llevaría a considerarse mártires. Se me ocurrió pensar que Harsnet, que trabajaba para el rey y era un radical, podía correr peligro. ¿O bastaría con el hecho de contar con la protección de Cranmer y lord Hertford?

Estaba agotado. Al llegar a casa me metí en la cama y dormí varias horas de un tirón. Luego cené a solas, pues Barak y Tamasin no salieron de sus habitaciones. Los hombres de Seymour debían de haber llegado ya a Hertfordshire. Me acosté temprano. Por la mañana seguía sin haber noticias. Barak bajó a desayunar.

—¿Qué estará pasando? —pregunté.

—Quizá los hombres de Seymour se hayan encargado discretamente de Goddard —dijo Barak, muy serio.

Negué con la cabeza.

—Nos lo habrían comunicado —repuse—. ¿Dónde está Tamasin? ¿Va a saltarse otra vez el desayuno?

—Sigue en la cama. No sé cómo lo ha hecho, pero ha llegado a la conclusión de que se ha producido otro asesinato, a pesar de que ayer no le conté adónde iba. Está llorando tumbada en la cama. Parecía tan… triste.

—¿Por qué crees que ya no podéis comunicaros?

—No lo sé. —Como solía sucederle cuando tocábamos aquel asunto, cambió de tema—. Entonces ¿no vais a denunciar al joven Piers?

—No.

—¿Qué sucedía entre él y el viejo moro? —inquirió Barak.

—Creo que tanto la necesidad de tener a alguien de quien cuidar como la de traspasar los conocimientos son tan fuertes en él que han acabado por nublarle el juicio. Sin embargo, al final no importa. Al menos ahora se ha librado de ese chico. Espero que haya huido, que se haya marchado muy lejos de Londres.

—Y lo habrá hecho, si tiene algo de sentido común. Sabrá que, si lo declaran culpable de robo, le espera la horca.

Me puse de pie y dije:

—Voy a acercarme a Bedlam. Guy mencionó que iría a visitar a Adam. Intentaré hablar con él, solucionar, al menos en parte, las cosas.

—Parecía muy enfadado —me advirtió Barak.

Estuve a punto de replicarle que cuidase de su esposa, que también estaba

enfadada, pero me mordí la lengua a tiempo.

—No puedo dejar las cosas así.

—¿Queréis que os acompañe?

—No. No, iré solo.

Me miró preocupado. Caí en la cuenta de que era capaz de ver que empezaba a ceder ante la presión; su propio rostro ya delataba la tensión a la que vivíamos sometidos. Le puse la mano en el hombro.

—Iré a caballo —dije—. Estaré a salvo. Envíame una nota si recibes noticias de Hertfordshire, sean las que sean.



Llegué a Bishopsgate sin sufrir ningún percance. No obstante, al franquear a caballo las puertas que daban al patio de Bedlam, oí un ruido inesperado: una mujer gritaba y lloraba víctima de un gran temor. Por un terrible instante temí que el asesino hubiese vuelto a despistarnos, y que el séptimo crimen estuviera produciéndose allí, en ese preciso momento. Entonces, vi a una mujer aporrear las puertas cerradas del edificio de Bedlam, pidiendo a gritos que la dejasen entrar. Se habían reunido algunos curiosos a contemplar la escena, y algunos de ellos reían ante aquella extraña muestra de enajenación. Me pregunté por qué nadie acudía a abrir la puerta. Entonces, al llegar a la altura de los curiosos, descubrí que la mujer era Ellen, la guardiana. Desmonté y aseguré apresuradamente a *Génesis* a la barandilla.

Ellen no parecía reparar en la gente. Había pegado el cuerpo a la puerta y voceaba presa de lo que se antojaba un terror absoluto:

—¡Dejadme entrar, maese Shawms! ¡Por favor! ¡Por favor!

Me abrí paso entre la gente y le puse una mano en el hombro.

—Ellen —dije en voz baja.

Ni siquiera volvió la cabeza. Se puso rígida y tuve la impresión de que se pegaba con más fuerza a la puerta.

—¿Quién es? —susurró.

—Soy yo, maese Shardlake. ¿Qué sucede?

—Por el amor de Dios, maese Shardlake, haga que me dejen entrar. —De pronto, sus rodillas flaquearon y, deslizándose pegada a la puerta, rompió a llorar desconsoladamente.

Golpeé la puerta con fuerza.

—¡Shawms! —exclamé—. ¡Abrid la puerta! ¿Qué está pasando aquí? —Oí voces procedentes del interior, voces que susurraban. Y ya en el interior del edificio oí gritar a los pacientes, incluso me pareció distinguir la voz de Adam.

Alguien introdujo una llave en la cerradura y Shawms se asomó con el grueso guardián Gebons muy cerca de él. Gebons estaba ceñudo; Shawms, enfadado. En cuanto la puerta se abrió lo suficiente, Ellen se arrojó al interior y se pegó por

completo a la pared opuesta. Allí se quedó, jadeando. Un grupo disperso de pacientes asomaron con expresiones confundidas y temerosas por la puerta abierta del salón. La anciana Cissy dio un par de tímidos pasos al frente, tendiendo un brazo hacia la guardiana.

—Ay, Ellen —murmuró—. Mi pobre Ellen.

Observé que las puertas de las celdas estaban cerradas. Oí al hombre que creía ser el rey exigiendo a sus súbditos que se comportaran, mientras que, procedente del corredor, el paciente al que llamaban Sabio Encadenado se arrojaba una y otra vez sobre la puerta, lo que producía sonoros estampidos. Entre ambos oí la voz de Adam, que rogaba a Dios que ayudase a Ellen, que salvase a la pobre y buena Ellen.

Shawms cerró la puerta en las narices de los curiosos.

—¿Qué les estáis haciendo a estas personas? —pregunté.

Me miró como si le hubiera gustado golpearme, pero al responder lo hizo en un tono de voz calmado:

—Ellen necesitaba una lección. Desde que está a cargo de los cuidados de Adam Kite, incluso se atreve a decirme cómo hemos de tratarlo. Y ahora ha volcado su atención en los demás pacientes. Ha llegado a exigir que soltemos a la loca de la vieja Cissy, para que sea su familia quien la cuide. —Miró fijamente a la anciana, que se encogió de miedo—. Como si su familia quisiera tomarse las molestias, tanto como la familia de Ellen quiere cuidar de ella, por cierto. —Levantó la voz—. Aún no habéis comprendido la naturaleza de este lugar, maese Shardlake. Es un cúmulo de desperdicios. Aquí es donde la gente con dinero abandona a los familiares que han enloquecido. Quizá tengamos algunos pacientes a los que tratamos por pura caridad, incluso los hay que se curan, o que al menos lo fingen para salir de aquí, pero principalmente este lugar es un estercolero, un montón de mierda que genera dinero para el custodio Metwys, igual que las ratas prosperan entre los desperdicios.

—Aunque hubo un tiempo en que Ellen fue paciente de este lugar, ahora es miembro de los cuidadores. ¿Qué demonios le habéis hecho?

Shawms soltó una risotada y dijo:

—¿Es eso lo que os contó? Ellen sigue siendo una paciente, y siempre lo será. Le adjudiqué algunas tareas de guardiana porque se le da bien tratar con los pacientes, a pesar de lo blanda que se muestra con ellos a veces. —La miró—. Sin embargo, en ocasiones se le olvida y tengo que recordarle qué y quién es, echándola a la calle. —Se volvió hacia Ellen, que seguía inmóvil, pegada a la pared, respirando con dificultad, sin atreverse a mirar la puerta cerrada—. Esa es su locura —continuó sin piedad—. No soporta la idea de verse fuera de este lugar, dice que el mundo acabaría por engullirla. Así ha sido desde que en Sussex, que es de donde procede, una pandilla de críos le tendió una encerrona y la hizo mujer antes de tiempo. ¿No es así, Ellen?

Ellen se apartó con gran esfuerzo de la pared y, más calmada, respondió:

—Sí, maese Shawms. —Nos miró. Parecía avergonzada—. Y ahora, maese

Shardlake, ya lo sabéis todo sobre mí.

Sentí lástima por aquella desdichada mujer, pero comprendí instintivamente que demostrarla sería lo peor que podía hacer.

—No tiene importancia, Ellen —dije en voz baja—. Escuchad, el pobre Adam está afligido. ¿Me acompañaríais a ayudarlo? Vos tenéis mejor mano que nadie con él. Si os sentís capaz, por supuesto.

—Sí, por supuesto que sí —respondió con una mirada de agradecimiento, y echó a andar por el corredor, palpándose la ropa en busca de las llaves.

—Espero que a Adam no le haya perjudicado este incidente —advertí a Shawms —. Tendría que informar al tribunal de lo sucedido.

Me miró furibundo. Al darle la espalda, Gebons me dedicó una mirada que solo podía ser de admiración.

Me reuní con Ellen ante la puerta cerrada de la celda de Adam.

—¡Ellen! —gritaba el joven desde el interior—. ¿Qué os han hecho?

—Me encuentro bien —respondió ella—. Estoy aquí.

—¿Ha llegado el doctor Malton? —inquirí.

—No, señor, lo esperábamos pero aún no ha llegado. —Tanto la voz como el comportamiento de Ellen eran normales; solo se la veía algo agitada, como si la enajenación que había sufrido hasta hacía unos instantes formase parte de un sueño. Abrió la puerta. Ya en el interior encontramos a Adam de pie, tan cerca de la puerta como se lo permitía el grillete. Estaba ruborizado, y su expresión de azoramiento se transformó en alivio al ver entrar a Ellen.

—¿Os encontráis bien? —preguntó a Ellen—. Os he oído gritar.

—Sí, Adam. No te alteres y siéntate. —Vi que habían puesto un taburete en la celda. No sin ciertos titubeos, el muchacho se sentó—. Traer ese taburete fue idea del doctor Malton —me informó Ellen al ver que había reparado en él—. Dijo que sería mejor que rezase sentado, en lugar de hacerlo en cuclillas en el suelo.

Caí en la cuenta de que era la primera vez que Adam se mostraba preocupado por alguien que no fuese él mismo. Luego volvió su delgado y demacrado rostro hacia mí y dijo algo que me resultó incomprensible:

—Mi preocupación por Ellen era honorable, señor. Por favor, decid que así fue si alguien os pregunta. No estaba pecando de nuevo, ni siquiera de pensamiento. No fue como con la malvada mujer del reverendo. —De pronto su rostro adoptó un rictus de dolor, y se habría arrodillado si Ellen no lo hubiese sostenido por los hombros.

—Vamos, Adam —dijo.

El joven hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar.

Y entonces comprendí la verdad. Su vicario, Meaphon, era amigo del reverendo Yarington. Timothy había descrito al muchacho que había visitado a la prostituta Abigail como un hombre alto y de pelo oscuro. Adam era alto y tenía el cabello negro, y su madre me había contado que antes era atractivo, hasta que su desesperada obsesión lo había convertido en un saco de huesos.

Me acerqué a él y dije:

—Adam, ¿significa algo para ti el nombre de Abigail?

Al oír eso, el muchacho se apartó de Ellen y retrocedió hasta la pared, contemplándome horrorizado.

—Han descubierto mi pecado —susurró—. Oh, Dios, perdóname, no me fulmines.

—Señor, ¿qué estáis haciendo? —preguntó, indignada, Ellen.

—Estoy introduciendo una llave que debe abrirme una puerta —respondí, enigmático, mientras me acercaba aún más al joven—. Adam, un día fuiste a casa del reverendo Yarington con un mensaje de tu vicario, ¿verdad? —pregunté adoptando un tono de voz muy suave.

—Sí —respondió al tiempo que me miraba con terror.

—Abigail te vio y te invitó a entrar. Tenía necesidad de un hombre joven. Te mostró cosas en las que habías pensado, pero que aún no habías experimentado. ¿Me equivoco?

—¿Cómo es posible que lo sepáis? —susurró—. ¿Os ha escogido Dios como instrumento de mi castigo?

Esbocé una sonrisa benevolente.

—No, Adam. El mozo de cuadra de Yarington vio a alguien desde el establo, y yo acabo de caer en la cuenta de que quizá se refería a ti. Eso es todo. Abigail ha huido y yo necesitaba establecer una relación entre Abigail y un caso que tengo entre manos. —No quise contarle que Yarington había sido asesinado.

—Ese es mi gran pecado —dijo—. Sabía que si mis padres y la Iglesia descubrían lo que había hecho me repudiarían, porque he perdido mi lugar entre los elegidos. —Adam me miró—. ¿Se lo contaréis a mis padres, señor?

—No, te lo prometo.

—Yo era como barro en sus manos —explicó Adam—. Jesús, mi protector, era incapaz de contenerla. Debió de enviármela el diablo.

—No era más que una pobre mujer, igual de desamparada que tú, en manos del hipócrita de Yarington.

—Sí. Es un hipócrita —dijo, asintiendo con vehemencia—. Sabía que debía contárselo a mis padres, decirlo en la iglesia… Recurrí a Dios en busca de consejo, pero no sentí nada, absolutamente nada. ¿Me ha abandonado?

—No soy teólogo, Adam, pero una cosa sí sé: tú no has abandonado a Dios. Diría quizá que te has dedicado a buscarlo del modo erróneo.

Aquello fue demasiado para el muchacho. Hundió el rostro entre las manos y lloró de nuevo desconsoladamente. Me levanté con cierta dificultad, acompañado por el crujir de las articulaciones, y me volví hacia Ellen.

—Ahora debo irme. La información que me ha revelado Adam es muy importante para… un caso. No sé cuándo llegará el doctor Malton. ¿Podría dejar a Adam en vuestra compañía?

—¿Os referís a si estoy en condiciones de que se me confíe a alguien? —preguntó con una fugaz expresión de amargura.

—No… Me refe…

—No os preocupéis por mí —me interrumpió—. Estaré bien, a menos que me obliguen a salir. —Llenó de aire los pulmones—. Sabed que me comporto con normalidad la mayor parte del tiempo.

—Sé que con vos lo dejo en buenas manos.

Se sonrojó.

—¿Lo decís en serio?

—Por supuesto. Si viene el doctor Malton, contadle por favor lo que Adam acaba de explicarme. Y decidle también que… que había venido a verlo.

—A juzgar por vuestra expresión veo que se trata de algo serio —dijo Ellen—. ¿Adam tiene problemas?

—No, os juro que no se trata de eso —respondí con una sonrisa tranquilizadora —. Sois una buena mujer, Ellen. No permitáis que un cerdo como Shawms os haga pensar lo contrario.

Ella asintió con una humedad repentina en los ojos. Salí de la celda. No dejaba de darle vueltas a un sinfín de cosas. De modo que había sido Adam quien visitó a Abigail. Él era el muchacho de pelo oscuro que yo había estado buscando hasta entonces. De pronto me pregunté si realmente podía confiar en que Ellen cuidaría de Adam, pues aquel terrible ataque de pánico me había alarmado. Pero no, pensé. Aparte de aquella peculiar enfermedad, era una persona muy cuerda, más que muchas de las que caminaban en ese instante por las calles de Londres.

Capítulo 39

Cabalgué de regreso a casa, pensativo. No podía enfrentarme a la muchedumbre que todas las mañanas llenaba las calles, así que tomé los caminos que había al norte de la muralla de la ciudad. Allí, además, me sentía más seguro, puesto que eran muy poco frecuentados. La tranquilidad hizo que valiera la pena atravesar la hedionda Houndsditch, donde, a pesar de las órdenes del Concejo Municipal, la gente seguía arrojando los perros y los caballos muertos. Pensé en Adam, en lo fácil que era olvidar que quienes habían enloquecido habían sido en tiempos personas normales. Al fin comprendí que el rostro de facciones afiladas y de expresión trágica de Adam pudo haber sido atractivo, y cómo él pudo también haberse comportado como un joven cualquiera, despreocupado y alegre. Un muchacho así habría sido considerado por determinados feligreses de su iglesia alguien necesitado de cierto control, de cierta disciplina, alguien a quien atemorizar amenazándolo con el fuego eterno. Y qué bien había funcionado esa medida. Pensé también en Ellen, en su trágica historia y en cómo debió de ser de moza, antes de sufrir tan terrible experiencia.

Tomé Chancery Lane procedente del norte; de pronto se llenó de gente. Yo seguía sumido en mis pensamientos, pero al oír el grito de «¡Eh, mirad esto!», vi frente a *Génesis* a un vendedor ambulante que arrastraba una carretilla repleta de abalorios. Al tirar de las riendas distinguí fugazmente una capa raída y un rostro mugriento, enmarcado por una densa mata de cabello gris y una barba poblada.

—Vais a pasarme por encima, ¡y si me rompéis la mercancía tendréis que pagarla! —masculló al tiempo que apartaba de mi camino la carretilla. Controlé a *Génesis*, que a punto había estado de tropezar, y le puse la mano en el flanco para que se tranquilizara mientras seguía cabalgando. Para cuando pude echar un vistazo atrás, el vendedor ambulante casi había llegado a Holborn. Pasé por delante de la puerta del Colegio de Lincoln en dirección a mi casa. Solo eran las cuatro y media.

Cuando subí por la escalera para quitarme la ropa que me había puesto para montar, pensé en que al menos había resuelto una parte del misterio; el muchacho que había visitado la casa de Yarington había permanecido encerrado en Bedlam aquellas últimas tres semanas. Al fin y al cabo, el asesino debía de ser Goddard. Pero ¿por qué nos había facilitado su propia dirección?

Tomé mi ejemplar de la Biblia, dispuesto a consultar de nuevo el Libro de las Revelaciones.

Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Y entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la

Tierra.

Me retrepé en la silla. Cada asesinato había constituido una simulación, una parodia cruel de lo que los sietes ángeles hacían a las muchedumbres de pecadores del Libro de las Revelaciones. Había utilizado el cadáver del pobre Lockley para interrumpir el flujo del agua, lo que simbolizaba la acción de la sexta copa, capaz de secar las aguas del Éufrates. Pero, tal como había dicho Barak, ¿cómo se las ingeniaría para provocar un terremoto?

Al dejar el ejemplar de la Biblia en el escritorio, se abrió por una página anterior; un pasaje me llamó la atención. Correspondía a la Primera Carta de Pablo a los Corintios.

Ya podría tener el don de la profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener fe como para mover montañas, que si no tengo amor, no soy nada.

Me pregunté si el asesino habría leído alguna vez ese pasaje. Si lo había hecho, no debía de haberle dejado huella alguna, no debió de encajar en su terrible afán de violencia, de modo que lo más probable era que ni siquiera reparase en él. Cerré el libro, acongojado al pensar qué había hecho el ser humano a su Dios.

Bajé por la escalera. Al pasar por delante del salón vi a Tamasin colocar flores en un jarrón. Había en su rostro una expresión de tristeza resignada. Al verme, sonrió.

—He pensado que alegrarían un poco el salón —dijo—. Las cogí del jardín, espero que no os importe.

—Servirán para que recordemos que ha llegado la primavera. ¿Dónde está Jack?

—Ha ido al Colegio de Lincoln a ver cómo se las apaña Skelly.

—Debería acercarme hasta allí —dije en tono vacilante, antes de mirarla con seriedad—. Tamasin, es posible que el asunto que tenemos entre manos esté a punto de alcanzar una conclusión. Hemos localizado cerca de Barnet la casa del hombre que creemos que está detrás de todo esto. *Sir* Thomas Seymour ha organizado un grupo de hombres para que vayan allí a apresarlo. Quizá tengamos que ir esta noche.

—¿Habéis descubierto al asesino? —preguntó.

—Estamos casi seguros de su identidad.

—De modo que Jack tendrá que ausentarse otra vez —dijo.

—Jack lamenta mucho todo este asunto; tanto como yo, que soy el único responsable de haberlo involucrado en él.

—Tenéis razón —dijo—. Teme a ese animal al que estáis persiguiendo. —Entonces tendió los brazos en un gesto de desesperación—. Pero yo no le sirvo de ningún consuelo. Cuando intento hablar con él en serio me acusa de regañarlo. —Suspiró—. Siempre es lo mismo, una y otra vez, como el asno que hace girar la noria.

—Tamasin…

—No, señor —me interrumpió, levantando una mano—. Sé que tenéis buena intención y os lo agradezco mucho, pero no vais a convencerme. —Me dedicó una ligera reverencia y abandonó la estancia.

Seguía inquieto, así que decidí caminar hasta el Colegio de Lincoln para visitar a Dorothy. Si Bealknap se encontraba mejor, quizá podía avergonzar lo suficiente a ese viejo canalla para que regresase a su propia casa. Pero, cuando llegué, Margaret me dijo que Dorothy había salido a atender unos asuntos.

—Es bueno ver que vuelve a ocuparse de todo —dijo.

—Sí. —Enarqué las cejas y pregunté—: ¿Y cómo se encuentra mi colega abogado, maese Bealknap?

—En la vida he conocido a nadie que se queje más por todo. Cualquiera diría que él es el dueño de esta casa y yo su sirvienta.

—¿Sería posible verlo?

—Iré a ver cómo se encuentra. —Margaret se marchó y regresó enseguida, sonrojada—. Dice que no desea veros, señor. Se encuentra indispuesto. Lo siento mucho, pero sin la señora aquí…

—Por supuesto. Creo que podré soportar su actitud hacia mí. —Me pregunté si Bealknap seguía avergonzado por haber proporcionado a Felday información sobre mi persona. Aún no lo había informado de que Felday había muerto—. ¿Le dirás a la señora que lamento mucho que le esté causando tantas molestias?

—Por supuesto, señor.

Al marcharme me detuve por primera vez en casi un mes a contemplar la fuente. El agua borbotaba plácidamente en la amplia pila de piedra.

«¿Cómo sabría el asesino que Roger había sido en el pasado un reformista radical?», pensé. Seguí ahí de pie, mirando el agua, cuando algo me vino a la mente, algo que había oído el día que fui a la casa de Yarington y hablé con Timothy. ¿Qué era? Quise recuperar ese recuerdo mientras iba de camino al despacho, lo cual no hizo sino aumentar el desasosiego que me invadía.



Cuando llegué, Barak acababa de marcharse. Regresé a casa, donde lo encontré comiendo un poco de pan con queso en el salón.

—Gracias por echar un ojo al trabajo —dije.

—¿Cómo os fue con el viejo… con el doctor Malton?

—No lo encontré allí.

—¿Os apetece comer algo?

—No. No tengo hambre. —Lo miré muy serio—. Creo que tendrías que ir a tus habitaciones, a ver a Tamasin. Hoy se siente muy desdichada.

Barak soltó un suspiro y asintió. Ya en la puerta, se volvió hacia mí.

—Por cierto, Orr dijo que el vendedor ambulante que frecuenta desde hace un tiempo Chancery Lane se ha convertido en una molestia. Dice que ha llamado a la puerta estos dos últimos días preguntando por las mujeres de la casa, dispuesto a venderles abalorios.

—Aguarda —dije en voz baja—. Cierra la puerta. —Acababa de ocurrírseme algo —. Ese vendedor ambulante, ¿es el de la barba gris?

—Sí, sí. El mismo que lleva días dando vueltas por los alrededores.

—¿El que lleva sus mercancías en una carretilla de tres ruedas?

—¿No estaréis pensando…? Pero si es un anciano… Además, la mitad de los vendedores ambulantes de Londres tienen carretillas de tres ruedas.

—Pero qué mejor modo de seguirnos, de vigilarnos sin llamar la atención. Barak, ¿es eso lo que ha estado haciendo? ¿Es él?

—El hombre al que os referís está en Hertfordshire.

—No, querrás decir que ha hecho que creamos que lo está. Ve a buscar a Orr —le ordené—. Después intenta localizar a ese vendedor. No dejes que él te vea.

Barak me miró, dubitativo, pero al cabo salió a toda prisa. Orr se presentó un minuto después.

—¿Qué ofrecía ese vendedor? —pregunté.

—Lo habitual: baratijas, cepillos y pasadores para el pelo. Le dije que se marchara.

—No es usual que los vendedores ambulantes se molesten en llamar una segunda vez si no han tenido suerte la primera.

—Preguntó por las mujeres de la casa. Quizá pensó que podía engatusar a Tamasin o Joan para que le comprasen algo. Cuando llamó a la puerta intentó una y otra vez mirar por encima de mi hombro, hacia el interior de la casa.

Barak regresó en ese momento.

—Acaba de enfilar Chancery Lane, procedente de Aldgate. Tardará un minuto en llegar. —Frunció el entrecejo—. Tenéis razón, esto huele muy mal. Está empujando la carretilla por la calle, pero no se detiene en las casas ni se acerca a los transeúntes.

—Creo que podría ser el asesino —dije en voz baja—. ¿Qué mejor modo de pasar inadvertido, de seguir a la gente, de escuchar conversaciones ajenas, que disfrazarse con harapos? Todo el mundo huye de ellos cuando reparan en su presencia, y así habría sacado partido del rechazo que sentimos hacia todo aquello que no queremos ver.

—Pero es un anciano… —objetó Orr.

—No estoy seguro de que lo sea —dijo Barak—. Camina como un hombre joven. ¿Y acaso no celebramos hace poco el Domingo de Ramos, que es cuando la gente se viste como los antiguos profetas y abundan las barbas falsas?

—Dios mío, ¿lo atrapamos? —preguntó Orr.

—¿Creéis que podríamos atraparlo entre los dos? —le preguntó a su vez Barak.

—Parece desarmado —repuso Orr.

—Hagámoslo pues —dijo Barak—. Tenemos que darnos prisa o se confundirá entre la multitud que llena Fleet Street.

—Os acompaño —dije al tiempo que me ponía de pie. Lo dije con mayor bravura de la que sentía en realidad—. Y si lo atrapamos, y resulta ser un demonio que se marcha volando a Holborn, al menos sabremos que Harsnet tenía razón.

—Iré por la espada. ¿Tenéis la vuestra en la habitación?

—Sí. —Llevaba años allí. Al fin y al cabo, los abogados no tiramos de espada.

—La mía está en la cocina.

Orr salió con ademán decidido.

Miré alrededor: el alto aparador que contenía la vajilla, el fresco de la escena de caza que cubría la pared… Aquella estancia era el centro de mi vida. Apreté los dientes con fuerza y fui a mi habitación en busca de la espada. De nuevo en el pasillo, estaba ciñéndome el cinto cuando la puerta de Barak se abrió de pronto y él salió.

—¡Llevo prisa, mujer! —exclamó sin volverse—. ¡Lo tenemos! —Bajó a toda prisa por la escalera.

Orr ya nos esperaba junto a la puerta abierta. Tamasin salió de la habitación, furiosa, y me cogió del brazo.

—Por el amor de Dios, ¿qué está pasando? ¿Va a contármelo alguien?

—Creemos que el asesino está fuera —le dije—. Al parecer se ha disfrazado de vendedor ambulante. Es nuestra oportunidad de acabar de una vez por todas con esto, pero tenemos que irnos ya.

Bajé por la escalera. Orr y Barak ya habían salido. Vi de reojo a Joan, de pie en la puerta de la cocina, con ambos jóvenes pegados a ella, asomándose para mirar qué estaba pasando.



El sol lucía bajo en el cielo, y la casa proyectaba alargadas sombras sobre Chancery Lane. Desde el portal observé que el vendedor ambulante había pasado de largo y empujaba la carretilla por la calle, que formaba una suave pendiente. Los tres echamos a correr atropelladamente tras él. Los abogados y los escribientes que nos cruzamos se quedaron inmóviles, mirándonos sorprendidos. Tras pisar un charco vi que había salpicado la toga del tesorero Rowland, que se había pegado al muro para apartarse de nuestro camino. Sentí una momentánea punzada de satisfacción.

—Si no es más que un viejo buhonero solo habremos hecho el ridículo —señaló Orr. Yo no tenía aliento para responder.

Mientras corríamos tras él, el vendedor ambulante oyó que nos acercábamos y se volvió, echando el freno a una de las ruedas traseras de la carretilla. Tal como Barak había observado, se movía muy deprisa para tratarse de un anciano. Vi de nuevo la barba gris, el cabello enmarañado y los ojos febriles que destacaban en aquel rostro mugriento. Entonces dio media vuelta para huir de nosotros.

Barak se arrojó sobre él y lo cogió del cuello raído de la capa. La mayoría de los hombres hubiesen cedido bajo su peso, pero el buhonero siguió de pie y cogió el brazo de Barak, impidiéndole agarrar la espada. Orr lo aferró de la barba y tiró con fuerza, produciéndole un corte en la mejilla. La falsa barba quedó colgando, torcida, sobre la boca. El buhonero no acusó el dolor. Propinó un rodillazo a Barak en la entrepierna. Mi ayudante se inclinó, sin aire. Acto seguido, el buhonero tendió el brazo hacia la carretilla y sacó un espadón que, al asomar, arrastró algunos abalorios que salieron volando por los aires. Asentó los pies, dando la espalda a la carretilla; Orr y yo, ambos con la espada desenvainada, lo habíamos acorralado. De pronto fui consciente de que nos rodeaba un gentío que contemplaba la escena a una distancia segura.

Intenté mirar el rostro del buhonero. La barba todavía se lo ocultaba en parte, y le sangraba la mejilla. Me pareció raro el color y el tamaño de su nariz, y comprendí que, al igual que la barba, era falsa. Lo que yo había tomado por un rostro mugriento era, en realidad, maquillaje de actor. Solo los ojos azules, que centelleaban con odio, eran reales.

El buhonero se arrojó inesperadamente sobre mí. Gracias a la suerte más que a la habilidad, me las ingenié para parar el golpe. Entonces, Barak, pálido de dolor, se situó de un salto a mi lado y lanzó una estocada al brazo con que el buhonero empuñaba el arma, pero un grito repentino logró distraerlo y falló.

—¡Dejad de pelear! —exclamó el tesorero Rowland como si no fuéramos más que una cuadrilla de estudiantes pendencieros.

El buhonero aprovechó nuestra momentánea distracción para lanzar una estocada a Barak que le alcanzó el brazo y lo obligó a soltar la espada. Después saltó hacia un lado y corrió en dirección a un hombre que se había sumado al gentío, un estudiante que acababa de desmontar del caballo y sostenía las riendas del animal. El buhonero le hizo un corte en la mejilla, soltó la espada, el muchacho hizo lo propio con las riendas para llevarse la mano a la herida, y el atacante se encaramó a la silla, espoleó al caballo y, en un abrir y cerrar de ojos, se alejó a galope tendido por Chancery Lane hacia Holborn. El pobre estudiante cayó de rodillas lamentándose, mientras Barak se sostenía el brazo herido y lanzaba una maldición. Pensé en tomar prestado un caballo para emprender la persecución, pero para cuando lo lograse el asesino ya habría puesto mucha distancia de por medio. Me volví cansado hacia la escena que se desarrollaba en torno a la carretilla.

Barak solo tuvo que lamentar un corte superficial, pero el desdichado estudiante estaba muy malherido, pues el corte que había recibido le cruzaba la nariz y la mejilla y le dejaría una cicatriz de por vida. Fue un milagro que no quedara tuerto. El tesorero Rowland ordenó llevarlo al Colegio de Lincoln. Entonces se volvió hacia mí, furioso, exigiendo saber por qué habíamos atacado al vendedor ambulante, aunque no tardó en cerrar la boca cuando le conté que se trataba del hombre que había asesinado a Roger Elliard.

La multitud se dispersó lentamente; Barak, Orr y yo nos quedamos solos junto a la carretilla. La inspeccionamos a conciencia, pero no encontramos más que baratijas, algunas telas, paños y botellas de vinagre para limpiar la plata.

—Lo bastante grande para ocultar un cadáver —comentó Barak. Cogió una de las telas para hacerse un torniquete y evitar que la sangre siguiera manando de la herida.

—Así es como nos seguía, escuchando sin duda nuestras conversaciones. No recuerdo haber visto ningún vendedor ambulante de barba gris que empujase una carretilla entre el gentío el día que me atacaron, pero es muy posible que tenga otros disfraces.

—¿Era Goddard, señor? —preguntó Orr.

—Imposible tener la certeza debido a la barba postiza y la sangre que le cubría en el rostro.

—No vi ni rastro del lunar —dijo Barak—. Si es tan grande como todos aseguran, sería difícil disimularlo.

—¿Qué estaría haciendo aquí? —preguntó Orr.

—Quizá estudiar nuestros movimientos. Tal vez planeaba asustarnos de nuevo, o incluso hacerles algo a las mujeres. —Reflexioné por un instante y luego hundí la mano en la carretilla para sacar media docena de botellines de vinagre. Uno a uno los fui vaciando. El contenido del cuarto produjo un siseo y quemó la madera de la carretilla.

—Vitriolo —dije—. Esta es la razón de que haya estado llamando a nuestra puerta. Seguramente se había propuesto arrojárselo a Joan o a Tamasin.



Los tres regresamos lentamente a casa. Dejamos la carretilla donde estaba, pues no podía revelarnos más información. Antes de alejarnos, arrojé dentro la barba postiza.

Joan nos esperaba en la puerta. Parecía asustada, y al ver la herida que Barak tenía en el brazo abrió los ojos como platos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz temblorosa.

—Vimos frente a la casa al hombre que nos atacó a Tamasin y a mí —expliqué—. Pero ha logrado escapar. —Observé la expresión de preocupación en su rostro arrugado. No podía contarle lo que probablemente le habría sucedido si, en lugar de Orr, hubiese abierto ella la puerta al vendedor ambulante—. ¿Dónde están los muchachos?

—Les dije que no salieran del establo.

Asentí, cansado.

—Ya pueden salir, que está todo solucionado. Buen Orr, gracias por tu ayuda.

El hombretón asintió y siguió a Joan a la cocina. Barak se apoyó en el balaustre, más pálido a medida que comprendía el alcance de lo sucedido.

—Le habría atravesado el brazo si no hubiese sido por el pelele de Rowland —

dijo, furioso.

—Sí, eso creo yo también.

—No puedo contarle a Tammy lo del vitriolo. Ni siquiera me atrevo a pensar en ello. —Exhaló un suspiro—. No podrá salir hasta que todo esto haya terminado. Iré a decírselo.

—¿Por qué no iba a poder salir si quiero?

Nos volvimos y vimos a Tamasin en lo alto de la escalera, observándonos. Debía de haber oído las últimas palabras de Barak. Entonces reparó en la herida que su marido tenía en el brazo.

—¿Qué coño te ha pasado ahora? —preguntó, furiosa y asustada a la vez. En ese instante reparé en que nunca la había oído decir una palabra gruesa.

—El asesino estaba fuera. Casi lo atrapamos, pero escapó. No es más que un rasguño. Ve por agua y límpialo, ¿quieres?

—Pero ¿por qué dices que no voy a poder salir? —preguntó Tamasin.

—Porque aún podría andar cerca.

—Llevaba tres semanas rondando la casa. ¿Vas a contarme lo que ha pasado o no?

—Creo que tendrías que contárselo —le sugerí a Barak en voz baja, para evitar que ella me oyese—. Lo soportará.

—No puedo. Soy yo quien no soporta pensar en lo que le podría haber pasado, porque es mi esposa. —Un temblor lo estremeció.

—¿Se puede saber qué estáis murmurando? —inquirió Tamasin.

—¿Harás lo que te he pedido, mujer? —preguntó a su vez Barak, volviéndose hacia la escalera, por donde ella se había marchado. Y sin apartar la mano del brazo herido, subió hasta donde estaba Tamasin, con una expresión en la que se mezclaban la angustia y la perplejidad. Pasó por su lado, en dirección a la habitación que compartían. Ella lo siguió y cerró de un portazo.

De nuevo se puso a llover; las gotas repiqueteaban con fuerza en las ventanas.



Dispuesto ya a meterme en la cama, contemplaba la lluvia tras la ventana preguntándome si habrían retirado el cadáver de Lockley, que impedía que se abrieran las compuertas del conducto de aguas de la casa capitular, cuando alguien llamó a mi puerta. Era Barak.

—¿Hay noticias de Harsnet? —pregunté.

—No. —Vestía el blusón y tenía vendado el brazo derecho. En la piel desnuda, sobre el vendaje, distinguí otras cicatrices, recuerdo de antiguas peleas. Parecía muy cansado—. ¿Puedo entrar? —preguntó de modo brusco—. Necesito hablar.

Asentí y, una vez dentro, se sentó en la cama. Permaneció callado un rato, pero al cabo negó con la cabeza y dijo:

—He sido incapaz de contarle que podría haberle sucedido algo tan horrible. Solo pensar en que ese canalla podría haberle hecho algo así a su rostro… —Guardó silencio antes de terminar la frase y advertí que estaba a punto de echarse a llorar.

—Vamos, tú la conoces y sabes que es una mujer fuerte. De hecho, eso es lo primero que te atrajo de ella cuando os conocisteis en York. ¿O lo has olvidado?

—Pero ahora soy su marido. Tendría que ser capaz de protegerla. —Hizo una pausa y añadió—: Debería haberle dado un hijo. —Permaneció callado por un instante—. Sé que se supone que la mujer tiene la culpa de que muera un niño después de alumbrarlo, pero en los tiempos que corren, ¿quién es capaz de estar seguro de nada? ¿Y si yo tuve la culpa? Lo único que quería era cuidar de ella, mantenerla a salvo, darle una familia. Perpetuar el antiguo apellido judío de mi padre. Y no he sido capaz de hacer nada de todo eso. —Volvió hacia la puerta una mirada inexpresiva—. La amo, jamás he sentido por una mujer lo que siento por ella, y Dios sabe que he conocido a muchas.

—Quizá ahí radique el problema —advertí—. Has construido una fantasía de cómo tiene que ser la vida conyugal, y ahora te resulta muy duro afrontar la realidad de una unión que sabe Dios que ha sido bendecida con escasa fortuna. Si ambos pudierais hablar libremente…

Me miró con los ojos entornados.

—Tratándose de alguien que siempre ha vivido solo, os las estáis dando de sabiondo, ¿no os parece?

—Resulta muy fácil ver los problemas de los demás. Yo he cometido el error contrario con Dorothy. Le he dicho demasiadas cosas, y además me he precipitado al hacerlo.

—Ah, me estaba preguntando qué había pasado.

—Nada, eso es lo que ha pasado. Y si le cuentas a alguien una palabra de esto, me encargaré de ponerte de patitas en la calle y echarte del Colegio de Lincoln más rápido de lo que tarda un cuervo en sobrevolarlo —bromeé para aliviar la tensión.

Barak sonrió.

—Hablando de cuervos… —dijo—, ¿no teméis que Bealknap os haga la competencia? Quizá no esté tan indispuesto como aparenta, y pretenda granjearse las simpatías de la dama.

—A Bealknap solo le interesaría una mujer si estuviera hecha de oro macizo y pudiera fundirla.

Hallamos un consuelo momentáneo en la breve carcajada que siguió.

—¿Podréis arreglar las cosas con el viejo moro? —preguntó Barak.

—No lo sé. Lo intentaré. Igual que tendrías que hacer tú con Tamasin.

Se levantó con un suspiro.

—Tengo que volver a su lado. Gracias.

—Jack —dije—, ¿recuerdas que en una ocasión, en York, me contaste que te sentías dividido entre tu antigua vida aventurera y la necesidad de sentar la cabeza?

Escogiste hacer lo último con Tamasin, de modo que tomaste una decisión. Pasaste de una vida en la que solo tenías que preocuparte por ti a una en la que lo compartes todo. Tienes mucho coraje, así que ahora has de ser lo bastante valiente para abrirte a ella.

Al llegar a la puerta, se detuvo y, en tono sombrío, dijo:

—Hay distintos tipos de coraje. Pocos los poseen todos en buena medida.



El jinete procedente del palacio de Lambeth acudió pasada la medianoche, cuando todos nos habíamos retirado a dormir. Sin embargo, yo aún no había conciliado el sueño, puesto que tumbado en la cama oía los gritos ahogados que procedían de las habitaciones de Barak y Tamasin; otra vez estaban discutiendo. El ruido cesó de pronto cuando llamaron a la puerta principal.

Barak y yo teníamos órdenes de acudir inmediatamente a palacio para entrevistarnos con el arzobispo Cranmer. Nos vestimos sin demora, preparamos los caballos y cabalgamos a través de la oscura ciudad hasta las escaleras de Whitehall, donde nos aguardaba una embarcación para que cruzásemos el Támesis. Había dejado de llover y la brillante luz de la luna relucía en el argénteo y desierto río.

Fuimos conducidos al despacho de Cranmer. Cuando Barak y yo llegamos a la puerta, otro escribiente se acercó a nosotros acompañado por Harsnet. A juzgar por su aspecto, al ayudante del forense acababan de sacarlo de la cama.

Encontramos al arzobispo sentado al escritorio. Se lo veía tenso y tenía unas profundas ojeras. Lord Hertford no estaba presente, aunque sí *sir* Thomas Seymour, vestido llamativamente, como era habitual en él, con los brazos cruzados y, a juzgar por la expresión de sus ojos, muy emocionado.

Les hablé del incidente del buhonero.

—¿No pudisteis ver quién era? —preguntó Harsnet cuando hube terminado.

—No. Iba muy bien disfrazado.

—Goddard tenía un gran lunar en el rostro —apuntó Cranmer.

—No se lo vi, pero estaba embadurnado de maquillaje.

Cranmer meditó mis palabras un instante; luego se volvió hacia *sir* Thomas y le ordenó:

—Contadme las noticias que tengáis de Hertfordshire.

—Encontré Kinesworth sin mayores problemas. Se trata de un pueblecito situado no lejos de Totteridge. El juez local conocía hasta el último detalle relacionado con la familia Goddard. Vivían en una mansión, a las afueras del pueblo. Hubo un tiempo en que fueron ricos, pero el padre de Goddard era un borracho y lo perdieron todo. Sus tierras ya habían sido vendidas cuando su padre falleció, de eso hace treinta años. Por aquel entonces, Goddard no era más que un muchacho. Su madre y él se quedaron en la casa, y allí vivieron como pudieron; según parece, la mujer era de buena cuna y le

avergonzaba lo que le había sucedido a la familia. Cuando tuvo edad suficiente, Goddard acudió a la abadía de Westminster para convertirse en monje. La anciana vivió sola en la casa, como una reclusa, hasta que murió hace unos meses y Goddard la heredó.

—Momento en que se despidió de las habitaciones que había alquilado en Londres —señalé—. De modo que se trasladó. ¿Se encuentra en la casa?

—Por lo visto, viene y va. Ayer mismo lo vieron yendo a caballo en dirección a Londres. Esperamos todo el día para ver si regresaba, pero no hubo ni rastro de él hasta muy entrada la noche. Entonces vimos el humo que salía de la chimenea de la casa.

—De modo que está allí —comentó Cranmer.

—Teniendo en cuenta esos datos horarios, puede tratarse del buhonero —dije—. Nuestra pelea con él fue al atardecer.

—Sí.

—Vamos por él —propuso *sir* Thomas, que no pudo disimular la emoción.

—Aguardad un instante. ¿Qué más cosas cuentan sobre él los lugareños? —quiso saber el arzobispo.

—Lo tienen por alguien desagradable, pues no se lleva bien con los vecinos. No acude al pueblo, sino que hace que se lo lleven todo. Dicen que la casa está poco menos que en ruinas.

—¿Tiene dinero? —preguntó Harsnet.

—Algo tendrá. —Pensé en la de mendigos que habrían acudido a él a venderle la dentadura.

—¿Visteis la casa? —preguntó el arzobispo.

—Fui a echar un vistazo, pero desde una distancia segura —dijo Seymour—. Fue bastante fácil, pues está rodeada de árboles. Es una mansión que quizá fue impresionante en el pasado, pero que ha perdido mucho. Todos los postigos estaban cerrados. El jardín está invadido por la maleza. Y he aquí lo más interesante. —Hizo una pausa y añadió—: A la muerte de su madre, Goddard despidió a los pocos sirvientes que quedaban, todos ellos ancianos. Esa decisión provocó un gran resentimiento en el pueblo.

—¿De modo que ahora vive solo allí? —pregunté.

—Sí. Dejé a uno de mis hombres apostado, vigilando la casa discretamente, y luego cabalgué de regreso acompañado por mi mayordomo.

—¿Podemos confiar en ese juez? —inquirió Harsnet.

—Eso creo. Parece un hombre capaz.

—¿No le revelaríais que yo estaba involucrado? —quiso saber Cranmer.

—No, milord. Tan solo le dije que se trataba de un asunto de Estado y que era secreto.

Cranmer asintió, se volvió hacia Harsnet y dijo:

—*Sir* Thomas ha sugerido que enviemos un grupo de jinetes armados para que

irrumpan en la casa.

—Pues adelante. —El ayudante del forense rio con amargura—. Después de todas las preguntas que hice en Londres y en los condados vecinos, preguntas que no sirvieron de nada… Ojalá se me hubiera ocurrido ampliar el alcance de las pesquisas.

—Hicisteis todo lo posible —dijo Cranmer, volviéndose hacia *sir* Thomas—. ¿Cuántos hombres estáis en condiciones de aportar?

—Una docena, milord —respondió *sir* Thomas con aplomo. Caí en la cuenta de que estaba disfrutando del hecho de haberse convertido en el centro de atención—. A las órdenes de Russell, mi mayordomo. Todos jóvenes, fuertes y amantes de la aventura, como quiero que sean los hombres dispuestos a servirme —concluyó con una sonrisa complacida.

—¿Qué les diréis?

—Tan solo que gente de la corte anda tras la pista de un villano y que nos hemos propuesto ayudarla a atraparlo.

—Creo que eso es precisamente lo que tenemos que hacer —dijo Cranmer, mirando a los presentes—. Terminar con este asunto de una vez por todas.

—Tras recibir esa nota que nos envió —intervine al fin—, creo que muy probablemente eso sea lo que él quiere que hagamos. Esto está relacionado con el asesinato de la séptima víctima.

—Lo sé —admitió Cranmer en voz baja—; pero ¿qué otra cosa podemos hacer, aparte de enviar a ese lugar a un puñado de hombres? —Al ver que yo no tenía una propuesta alternativa, continuó—: Matthew, quiero que vos acompañéis a la gente de *sir* Thomas. Parece ser que para el asesino vos estáis relacionado con su misión. Eso ha quedado claro después de la pelea con el presunto buhonero. —Me miró con severidad, esperando quizá que yo pusiera alguna objeción.

—Como desee vuestra gracia —me limité a decir.

—Acordaos bien de estas palabras, *sir* Thomas —dijo el arzobispo tras volverse hacia Seymour—. No se trata en absoluto de una partida de caza. Si algo se tuerce y el rey descubre lo que nos hemos traído entre manos, no seré yo el único que sufra las consecuencias. Poned coto a vuestro entusiasmo por la aventura. Y recordad que si atrapamos a Goddard, nunca se celebrará un juicio. El caso debe darse por cerrado, en silencio y con total discreción. Esta misma noche.

Sir Thomas Seymour se sonrojó.

—Comprendo perfectamente la importancia de este asunto, milord —dijo con cierta arrogancia.

—Bien. Y gracias por todo lo que habéis hecho hasta ahora. Veamos, ¿cómo han ido las cosas en la casa capitular?

—Mis hombres han retirado el cadáver de Lockley, pero resulta imposible abrir las compuertas. Por algún motivo, se han atascado. Mi hermano enviará un ingeniero para intentar solucionar el problema.

—Y yo he interrogado a los mendigos —dijo Harsnet—. Hubo uno que fue allí

hará unas semanas, y que se quedó en esa capilla que utilizan de refugio. Según parece, se interesaba mucho tanto por la taberna como por la casa capitular, a pesar de que nunca se acercó. —Me miró—. Un anciano con el rostro mugriento, cabello y barba grises. No caía bien a los demás mendigos, creo que intuyeron que no era quien fingía ser.

Seymour rio.

—Ese hombre es un genio. El rey tendría que aceptarlo a su servicio en calidad de espía.

—Sus habilidades provienen del diablo —aseguró Harsnet.

—¿Y eso cuándo ha importado?

Cranmer se dirigió entonces a Barak, que había permanecido de pie y en silencio junto a la puerta.

—Quiero que vos ayudéis a *sir* Thomas a organizar a sus hombres en un grupo armado —dijo—. Trabajasteis para lord Cromwell y tenéis experiencia en estos asuntos.

—Sí, milord. —Barak inclinó la cabeza.

Me pregunté si el arzobispo quería que Barak se asegurase de que *sir* Thomas lo organizaba todo adecuadamente y no revelaba más información de la cuenta a sus hombres. A juzgar por la hosca mirada que *sir* Thomas le dirigió, supuse que él se había preguntado lo mismo.

—Rezaré para que consigáis acabar con este horror —dijo el arzobispo, poniéndose de pie. Al volvernos para marcharnos, me miró y vi conmiseración en sus ojos.

«Bueno, al fin y al cabo, fui yo mismo quien se metió en esto la mañana en que hallé el cadáver del pobre Roger», pensé.



Al caminar por el corredor me situé junto a Harsnet.

—¿Será esto el final, Matthew? —preguntó procurando que los demás no lo oyeran.

—No lo sé.

—Acertáis al insistir en que debemos mostrarnos cautos. Tengo la sensación de que estamos a un paso de mirar de frente al diablo.

—Dispondremos de numerosos hombres.

—No confío en Seymour. Es un aventurero.

—En efecto, pero ha demostrado tener ciertas habilidades que nos han sido de utilidad en esta empresa. Su experiencia militar ha sido importante para nosotros.

—Quizá. —Harsnet guardó silencio unos instantes—. Esta tarde vi a *lady* Catalina Parr entrar a caballo en su casa de Charterhouse Square, acompañada por su séquito. Posee extensas propiedades en el norte, a pesar de lo cual sigue en Londres.

Debe de ser porque aún está considerando la propuesta del rey.

—No podrá marcharse sin el permiso de su majestad. En cierto modo está atrapada aquí.

—Tiene que casarse con el rey para que la reforma sobreviva —dijo con inesperada pasión—. Y hemos de detener a Goddard —añadió—. Por los medios que sean.

Salimos de palacio. *Sir* Thomas se encontraba en el muelle, junto a la embarcación, iluminado por las luces de las antorchas que llevaban los tres hombres que la gobernaban.

—A mi casa —ordenó—. Por los hombres y los caballos. —De pie con los brazos en jarras, dominando por completo la escena, tal era su planta que me recordó al rey. Y eso me hizo estremecer.

Capítulo 40

Algo más de una hora después, monté a caballo frente a mi casa. La luz de la luna iluminaba los charcos de una desierta Chancery Lane. Los animales estaban inquietos al verse fuera a una hora tan inusual. Por mi parte, estaba cansado y me dolía la herida del brazo.

Sir Thomas Seymour había ido a su casa en el Strand para prepararse para el viaje a Hertfordshire. Puesto que Chancery Lane le caía de camino, había aceptado reunirse con nosotros allí, de modo que dejé una nota para Tamasin y Joan informando de que no regresaríamos hasta última hora del día siguiente. Cuando pregunté a Barak si quería escribir una nota a Tamasin, negó con la cabeza.

Se oyó un sonido de arneses procedente del Strand. Una docena de hombres, armados todos con espada, cabalgaron tranquilamente hasta mí. La luna los bañó con su luz clara. Un hombre alto, de unos treinta y tantos años, encabezaba a los jinetes, escoltado a ambos flancos por Harsnet y Barak. Todos los hombres que los acompañaban eran fornidos, y muchos de ellos destilaban cierta emoción contenida. Llevaban ropas oscuras. Reparé en que *sir* Thomas no estaba presente.

—¿Preparado? —preguntó Harsnet.

—Sí.

Señaló con la cabeza al hombre alto.

—Este es Edgard Russell, mayordomo de *sir* Thomas.

Lo saludé con un gesto, y él hizo lo propio. Su expresión, seria y autoritaria, me tranquilizó.

Barak contempló las ventanas de la casa.

—¿Todos duermen? —preguntó.

—Sí. He dejado una nota. Incluí un par de líneas para decir que lamentabas no poder ver a Tamasin hasta mañana.

—Gracias.

—¿Dónde está *sir* Thomas?

—Ha ido a sacar al deán Benson de la cama para traerlo a Hertfordshire —explicó Barak con una sonrisa—. Se reunirá allí con nosotros.

—Y lo de Benson, ¿a qué obedece?

—Supongo que pretende que identifique a Goddard, si damos con él.

Sukey, el caballo de Barak, piafó. Barak me miró con emoción contenida.

—¿Preparado?

—Sí.

—Vamos pues, a ver si atrapamos a ese cabrón —dijo Barak volviéndose hacia el mayordomo.

—No hay necesidad de jurar —le advirtió Harsnet en tono de desaprobación.

—Llamar «cabrón» a ese animal no es jurar. Jurar es usar el nombre de Dios en vano.

Se alzaron varias risas. Russell se volvió en la silla.

—Silencio —murmuró, y todos obedecieron. Me alegró comprobar que el mayordomo parecía tener a sus hombres bajo control—. Ahora hemos de darnos prisa, si de veras nos proponemos llegar allí antes del alba —me dijo.

Asentí. Recorrimos Chancery Lane, y los cascos de los caballos y el tintineo de los arneses resonaron en la quietud de la noche.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a Kinesworth? —pregunté a Harsnet.

—Emplearemos como base una fonda situada a las afueras del pueblo. El dueño es un hombre pío, amigo de maese Goodridge, el juez. Antes del alba apostaremos hombres en el bosque que rodea la casa, y estrecharemos el cerco cuando salga el sol. —Se acercó a mí—. Russell, el mayordomo, es un buen elemento. Tiene autoridad sobre estos hombres. Estuvo en Hungría con *sir* Thomas, y sabe de guerra. Fue él quien insistió en que todos ellos se vistieran de negro para llamar menos la atención.

Cabalgamos por oscuros y silenciosos caminos, sin que se oyese más que el canto de las lechuzas. A veces era posible distinguir las siluetas del ganado en los prados. Fue monótono y en una ocasión estuve a punto de quedarme dormido en la silla. Aún era noche cerrada cuando Russell levantó la mano para detener la marcha. Habíamos llegado a una modesta fonda apartada del camino. Había luz dentro. Desmontamos en silencio.

—El juez Goodridge nos estará esperando —dijo Russell—. Forense, maese Shardlake, acompañadme. Que alguien se haga cargo de los caballos. Que Barak nos acompañe también —añadió con una sonrisa—. Cuantas más mentes pensantes tengamos dentro, mejor.

En el interior encontramos una alargada estancia de techo bajo llena de mesas, que sin duda de noche hacía las veces de taberna. Me hizo recordar a Lockley y a la pobre señora Bunce. Ardía el fuego en el hogar que había en medio de la sala, como antiguamente. La calidez que despedía fue bienvenida tras la larga y fría cabalgada.

Un hombre de unos sesenta años estaba sentado a una de las mesas, con un mapa trazado a mano ante sí. Se levantó para saludarnos. Era de piel morena y tenía unos ojos de mirada triste y penetrante. Supuse que se trataba de un juez competente y experimentado. Se presentó como William Goodridge.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Harsnet.

Nos invitó a sentarnos, señaló el mapa y dijo:

—Ahí encontraréis la casa, a poco más de un kilómetro del pueblo. Hay pastos por los cuatro costados, la hierba es alta y está descuidada. Más allá, la casa está rodeada de bosque.

—Un escenario ideal para apostar vigilantes —opinó Russell.

—La casa parece grande —dije—. ¿De cuántas habitaciones estamos hablando?

—De una docena, creo recordar. El anciano Neville Goddard era un hombre

hospitalario, y recuerdo haber asistido allí a festines y celebraciones cuando era joven. No pudo controlar su afición a la bebida, y además su esposa lo trataba muy mal, tenía muy mal carácter.

—¿Recordáis al joven Goddard? —pregunté.

—Era muy taciturno —dijo, asintiendo—. E inteligente, aunque… No sé, había algo estéril en él. Se comportaba con un gran aire de superioridad para tratarse de alguien cuyo padre se había endeudado por culpa de la bebida. No me sorprende que se hiciera monje a la muerte de Neville Goddard, en lugar de seguir junto a esa arpía. A esas alturas habían perdido todas sus tierras a manos de los acreedores. Cuando la anciana murió y Lancelot Goddard reapareció en el pueblo, confiábamos que haría algo con la casa, pero no ha movido un dedo y ha dejado que se pudra en la ruina. Goddard va y viene, y no cruza palabra con nadie.

—¿Y cuándo decís que regresó ayer?

—No estoy muy seguro, pero salía humo de la chimenea cuando maese Russell y yo nos acercamos anoche a echar un vistazo.

—¿Y nunca se acerca al pueblo? ¿Ni siquiera para acudir a la iglesia?

—No. Aquí la mayoría somos reformistas, quizá nuestras ceremonias no le parezcan lo bastante papistas. Circulan abundantes rumores sobre él, como podréis suponer; aquí la gente se muestra incómoda con él.

—El hombre a quien buscamos tiene una idea muy particular de la religión —dije.

—¿Estáis seguro de que lo encontraremos en casa? —preguntó Harsnet.

—Ah, sí. El hombre al que aposté para que vigilase me envió un mensaje hace media hora diciendo que había luz en las ventanas.

Russell se levantó.

—Oigo caballos. Se acerca alguien.

Nos volvimos hacia la puerta cuando esta se abrió. *Sir* Thomas entró acompañado de cuatro sirvientes armados más, aparte del deán Benson, abrigado hasta la nariz con la pesada capa de piel, con aspecto entre desdichado y espantado. Al igual que los hombres de Russell, los recién llegados sirvientes de *sir* Thomas vestían con sobriedad, aunque el propio Seymour llevaba un gorro con pluma roja, guantes de seda y un jubón recamado de perlas.

—Vaya —dijo con una sonrisa—, ya estamos todos. Me llevó un tiempo convencer al deán, aquí presente, pero al final se dignó acompañarnos. —Dirigió una reverencia burlona a Benson y añadió—: Probablemente podamos prometeros emociones fuertes.

El deán no abrió la boca, pero le dedicó una mirada furiosa. *Sir* Thomas se echó a reír al tiempo que se acercaba al mapa y lo estudiaba con actitud casi profesional. El mayordomo lo puso al corriente de las características y ubicación de la casa de Goddard. *Sir* Thomas consideró aquella información unos instantes, y al cabo se volvió hacia los presentes.

—Tendríamos que entrar en cuanto amanezca. Ahora disponemos de dieciséis hombres, que es un número considerable. —Miró a los presentes—. ¿Estáis dispuestos a asaltar la ciudadela de ese villano? —preguntó.

—¡Sí, *sir* Thomas! —se alzó la respuesta, como si de un coro se tratara.

Harsnet y yo nos miramos. Aquellos hombres no tenían ni idea de a qué se enfrentaban.

El juez llamó al tabernero y le pidió que preparara el desayuno. Solamente consistió en pan y queso, pero nos sentó de maravilla después de la larga marcha. Mientras desayunábamos, llegó un hombre para informarnos de que seguía saliendo humo de la chimenea de Goddard.

—¿Ha estado encendida toda la noche? —pregunté.

—Sí, señor.

—Qué extraño —dijo Russell.

—Nos está esperando —dije en voz baja.



Después de comer no había más que hacer, aparte de esperar a que amaneciera. Aguardamos en silencio. El deán Benson se sentó aparte, fingiendo leer un libro que le temblaba en las regordetas manos. Algunos de los hombres de Goddard cerraron los ojos para dormir un poco y recuperar las fuerzas; también Barak lo hizo. Yo estaba demasiado tenso, de modo que me senté a mirar por la ventana. Al cabo, la luz experimentó un cambio y el cielo adoptó una tonalidad grisácea en lugar de la negritud a la que nos habíamos acostumbrado. Oí el canto de los pájaros. Algunos piaron al principio, pero poco a poco fueron ganando confianza. Russell inquirió con la mirada a *sir* Thomas. Este asintió y se puso en pie. Los hombres que estaban despiertos espabilaron a codazos a los adormilados camaradas. Sentí que aumentaba la tensión en la sala.

—Ha llegado el momento de partir —anunció *sir* Thomas—. Venid todos y echad un vistazo al plano.

Cuando nos hubimos reunido en torno a la mesa, *sir* Thomas señaló con la mano enguantada el mapa trazado a mano.

—Apostaré ocho hombres alrededor de la casa, en el bosque. El resto, incluido el joven Barak, entrará conmigo en la mansión. —Se volvió hacia donde yo estaba; era la primera vez que reparaba en mi presencia—. Vos también, maese jorobado; quiero que nos acompañéis. Goddard ha mostrado un gran interés por vos.

—De acuerdo —dije. El corazón me latía con fuerza.

—Forense Harsnet, venid vos también, aunque no quiero que entréis en la casa. Juez Goodridge, me gustaría que nos condujerais allí, ya que conocéis bien el camino. En cuanto a vos, deán Benson, podéis mantener vuestro culo gordo pegado a esa silla.

El deán se encogió de hombros, aliviado.

Fuera, en el patio, habían dispuesto un par de tinas. Estaban llenas de barro. A petición de Russell, todos nos embadurnamos el rostro de fango para evitar ser vistos mientras vigilásemos la casa. Al salir oí al mayordomo sugerir a *sir* Thomas que quizá debía cubrirse la ropa con una capa. *Sir* Thomas accedió, no sin antes lanzar un suspiro de resignación, y se puso una capa que tomó prestada al tabernero. Cuando me embadurné el rostro observé que miraba con desagrado la basta capa. Me dio por pensar en las muchas personas de buena cuna cuya estupidez algún sirviente debe disimular en más de una ocasión. *Sir* Thomas frunció el entrecejo al advertir que lo miraba. Me pregunté por qué le desagradaba tanto. Quizá ofendía su idea de cómo debía ser un hombre, qué aspecto debía tener, como me ocurrió en aquella ocasión en que ofendí al rey.



Recorrimos los senderos a medida que asomaba el sol sobre los campos, revelando árboles salpicados del verde claro de las hojas nuevas. Una mujer llegaba a un prado donde pacía el ganado con sendos baldes colgados de los extremos de un palo que llevaba a hombros, dispuesta a ordeñar a las hermosas vacas que daban su nombre al pueblo. El humo de las chimeneas se alzaba de algunas de las humildes casas que moteaban los caminos, aunque nadie araba ni sembraba aún. La mujer contempló con asombro la tropa de gente armada.

—No tardará en extenderse el rumor en el pueblo —dijo Barak.

Finalmente llegamos a un trecho de bosque. La casa se alzaba en una pequeña hondonada situada en medio del mismo; de hecho, pudimos verla asomar antes de cabalgar entre los árboles. A pesar de que no había mucha luz, me pareció distinguir una antigua mansión de piedra blanca. Un penacho de humo salía de una de las altas chimeneas de ladrillo. Russell susurró a sus hombres que avanzaran por el bosque haciendo el menos ruido posible.

Nos desplazamos lentamente hasta la linde, y nos encontramos contemplando un largo trecho de hierba descuidada que en tiempos había sido césped y que conducía a la casa. Todas las contraventanas estaban cerradas. De no haber sido por aquel solitario penacho de humo que se alzaba de la chimenea, el lugar nos hubiera parecido abandonado. La hiedra y una capa verde de moho cubrían parte de los muros. Russell apostó a sus hombres entre los árboles mediante susurros y gestos. El aire de eficacia militar de que hacía gala Russell, así como el hecho de acudir con bastantes hombres, me infundió esperanzas de que quizá acabáramos por conseguir nuestro objetivo.

—¿Qué está haciendo ahí Goddard? —susurró Harsnet, que estaba a mi lado.

—Sea lo que sea, lo tenemos acorralado —dijo Barak.

—Eso ya se verá antes de que acabe el día —replicó Harsnet en tono agorero.

—Si lo atrapamos, Cranmer lo quiere muerto, ¿verdad? —pregunté—. A eso se refería cuando dijo que el asunto tenía que resolverse esta noche.

—¿Creéis que obra mal?

—Atenta contra todo aquello en lo que creo.

—A mí tampoco me gusta, pues también soy hombre de leyes. —Me miró antes de añadir—: Pero ¿cómo íbamos a llevarlo a juicio, sin mencionar el hecho de que el arzobispo y los Seymour han llevado a cabo una investigación a espaldas del rey? Además es una criatura impura, y como tal debería ser destruida en la oscuridad.

Eché un vistazo al lugar donde *sir* Thomas, Russell y el juez conversaban animadamente en voz baja.

—Todos nosotros somos peones de un juego político, maese Harsnet —dije con cierto énfasis.

—Pero ¿quién mueve las piezas? Dicen algunos que el rey, pero yo digo que Dios mueve a sus siervos para que cumplan sus elevados propósitos.

—Ay, las estratagemas de Dios… —dije—. Gregory, no es que eso sirva de consuelo a muchos.

Capítulo 41

Nos volvimos cuando Russell se acercó a nosotros caminando en silencio.

—Estamos listos para entrar —dijo—. *Sir* Thomas, Barak, maese Shardlake, otros seis hombres y yo. Diez en total. Entraremos en la casa y luego dos grupos de dos personas registrarán la planta superior, mientras que otros dos grupos registran la planta baja. El resto de los hombres permanecerán en el bosque, atentos por si se nos escapa.

—Yo dirigiré el asalto —dijo *sir* Thomas, que se había sumado al grupo mientras Russell nos ponía al corriente de los pormenores.

Aspiré aire con fuerza cuando asomó de la linde del bosque en dirección a la casa, caminando con calma y tiento. Lo seguimos en silencio. *Sir* Thomas llegó a la zona cubierta de hierba, y en ese momento dimos un respingo cuando se produjo un estruendo a sus pies y unas formas blancas echaron a volar. *Sir* Thomas soltó un grito, y a su espalda se oyó con claridad el siseo metálico de las espadas que abandonan la vaina.

—No es más que una bandada de gansos —anunció Barak entre risas.

Vi dos docenas de furibundos gansos alejarse volando del lecho de hierba entre graznidos airados.

—Esto es peligroso —le dije a Barak—. Esos gansos estaban ahí para advertir de la presencia de intrusos. Es una práctica común en el campo. Ahora sabe que estamos aquí. —Contemplé las ventanas cerradas—. Hemos perdido el factor sorpresa.

Russell salió de la linde del bosque para reunirse con su señor, y nos hizo un gesto para que nos sumáramos a él. Todos recorrimos el trecho de hierba que nos separaba de la puerta principal, que estaba cubierta por un porche cuyas tablas estaban podridas de la humedad, a pesar del aspecto recio que tenía la puerta.

—Abridla de una patada —ordenó *sir* Thomas a un joven fornido que venía con nosotros.

Este dio un paso al frente y se dispuso a descargar un buen golpe en la puerta. Sin embargo, antes de que llegara a hacerlo, Barak se le adelantó y asió el tirador. La puerta se abrió sin problemas; los goznes estaban bien engrasados.

—Nos lo está poniendo fácil —murmuró.

Nos apiñamos ante la entrada, echando un vistazo al interior de la casa. Con las contraventanas cerradas, el interior estaba sumido en la penumbra de un nuevo día. Distinguí suelos desnudos con muebles polvorientos. *Sir* Thomas se abrió paso y entró. Pensé que no le faltaba coraje. Lo seguimos, mirando a uno y otro lado con cierto temor.

Nos hallábamos en un espacioso recibidor, delimitado al fondo por un gran mamparo de madera. A ambos lados, dos escaleras ascendían a la galería de la

primera planta con habitaciones a ambos lados. Junto a las escaleras surgían sendos corredores que llevaban a otras estancias distribuidas en la planta baja.

Sir Thomas se dirigió al recio mamparo y lo empujó con una mano, mientras con la otra sostenía la espada en alto. Cayó al suelo con un estampido, levantando una nube de polvo. Detrás no había nada, a excepción de un tapiz raído. El estruendo había reverberado en toda la casa, pero el eco desapareció al poco tiempo y volvió a imponerse un silencio sepulcral, únicamente mancillado por las toses de algunos debido a la presencia del polvo.

—Vosotros dos, por la escalera —ordenó Russell a sus hombres—. Y vosotros dos, por la otra. Brown y yo iremos por la izquierda.

—Maese Shardlake y yo iremos por la derecha —dijo Barak.

—Muy bien. Maese Harsnet, *sir* Thomas, por favor preparaos para ayudarnos a atrapar a esa rata si se nos escapa.

Harsnet asintió muy serio. *Sir* Thomas sonrió, con la mano en la empuñadura de la espada.

—Yo me encargaré de él —dijo. Comprendí que se refería a matarlo. Goddard no saldría de allí con vida.

Los hombres obedecieron las órdenes del mayordomo tras desnudar los aceros. Los pasos resonaron en la escalera. Seguí a Barak por el corredor de la derecha.

—Me ha parecido ver una luz tenue ahí —susurró—. Vamos a atraparlo. —Empuñó con fuerza la espada con el brazo sano.

No se había confundido. Al entrar en un vestíbulo polvoriento con las ventanas cerradas, vi entornada una de las puertas situadas en el extremo. Una tenue luz rojiza que titilaba provenía del interior. Debía de ser la estancia donde estaba encendida la chimenea, puesto que sentí que despedía calor. Entonces, se oyó un ruido de cristales rotos, y a este siguió otro sonido que surgía de la habitación: un siseo grave, constante, como el de una serpiente.

—¿Qué diantre es eso? —susurré vuelto hacia Barak con los ojos muy abiertos—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé. —Barak titubeó antes de dirigirse a la puerta a buen paso, con la espada por delante.

Al llegar, se detuvo a escuchar unos instantes. El siseo era más audible. Echó la vista atrás y la abrió de par en par. Ambos nos asomamos para presenciar una escena que parecía salida del infierno.

La estancia era muy amplia, probablemente se trataba del dormitorio principal. Un gran fuego ardía en el hogar, y la atmósfera era sofocante. Justo enfrente de nosotros estaba el único mueble que había: una silla labrada de respaldo alto, como la que podría utilizar un alto funcionario. Había un hombre sentado en ella, vestido con el hábito negro de un monje benedictino, con la capucha sobre los hombros. El rostro correspondía a un hombre de mediana edad, con pómulos muy marcados. El hombre nos miró, y las llamas del fuego se reflejaron en sus pupilas. Tenía un enorme lunar

en un lado de la nariz larga, y una cicatriz roja en la mejilla. Goddard nos observó. Sus labios dibujaban una terrible sonrisa triunfal. Descansaba parte del peso del cuerpo en el brazo de la silla, y el otro le colgaba del costado. A sus pies se extendían los restos de una lámpara, lo que sirvió para justificar el ruido de cristales rotos que habíamos oído antes. La vela aún ardía en el suelo, sobre el rastro de una especie de ceniza grisácea que llevaba hasta una llama que discurría a gran velocidad por un reguero de pólvora hasta dos toneles enormes situados al pie de la ventana cerrada. Se encontraban en el extremo opuesto de la habitación; lo más probable era que no lográsemos alcanzar el reguero de pólvora antes de que los prendiese. De pronto vi que los postigos no estaban cerrados del todo.

Por una vez reaccioné más rápidamente que Barak, que parecía paralizado por el miedo. Lo cogí del brazo, tiré de él y grité:

—¡Corre!

Abandonamos la habitación y echamos a correr por el corredor. *Sir* Thomas, Russell y Harsnet se quedaron mirándonos.

—¡Qué todo el mundo salga ahora mismo! —exclamé—. ¡La pólvora! ¡Va a volar la casa!

Oí en todo el edificio los pasos que se dirigían al recibidor. Quienes ya estaban allí echaron a correr hacia la puerta. Barak y yo los seguimos a grandes zancadas, casi saltando.

Entonces sentí un fuerte golpe en la espalda que me levantó del suelo como si fuera una muñeca de trapo. Tuve la sensación de que todo a mi alrededor se sacudía, aunque fue extraño, porque no oí ningún ruido. Lo último que pensé antes de perder el conocimiento fue que lo había logrado, que había hecho temblar la Tierra.

Capítulo 42

Nada más despertar, pensé que había muerto y que me habían enviado al infierno por descreído, puesto que todo en torno a mí era humo, y tras el humo no lograba distinguir más que la cortina que formaban las llamas. Entonces vi luces blancas y circulares que perforaban el humo. Una de ellas se acercó y, por un breve y confuso instante, temí ver un demonio. Sin embargo, la silueta que al cabo se dibujó resultó corresponder al conmocionado rostro de Harsnet. Se arrodilló a mi lado y caí en la cuenta de que estaba tumbado en la hierba húmeda, y también que tenía la espalda desnuda. Eso lo supe por la caricia del viento frío.

—Quedaos quieto, maese Shardlake —me ordenó Harsnet en tono tranquilizador —. Os habéis quemado la espalda, no mucho, pero ha venido el curandero del pueblo a poneros lavanda.

Cobré conciencia entonces de lo mucho que me dolía; al mismo tiempo, el eco de una lejana y tremenda explosión resonó en mis oídos. La voz de Harsnet me sonaba extrañamente amortiguada.

Me incorporé, negando con la cabeza. Me habían cubierto con una manta, así que la aproveché para taparme la espalda con ella, lo que reavivó el dolor.

—Ya les advertí que eso sería lo primero que haríais nada más despertaros —dijo alguien situado detrás de mí.

Al volverme vi a Barak, que también tenía la mitad inferior del cuerpo tapada con una manta. Había otros hombres tendidos en posturas similares en la hierba alta que antiguamente había sido césped. Giré el cuello a pesar del dolor. A mi espalda, más allá de la hierba, la casa de Goddard escupía humo y fuego por las ventanas y el hueco que había dejado el techo al derrumbarse.

—Tenía pólvora… —dije, cogiendo a Harsnet del brazo—. Estaba allí, fue él quien hizo estallar los barriles…

—Sí —dijo el forense—. Todo ha terminado. La parte posterior de la casa se ha venido abajo y el resto está ardiendo. Nos salvasteis la vida, señor, al advertirnos.

—¿Han logrado salir todos?

—Sí, aunque varios resultaron heridos por la explosión. Uno de los hombres de *sir* Thomas salió despedido por los aires y cayó de cabeza. Probablemente muera. Han ido a Barnet en busca de un médico. Nos teníais muy preocupados, señor, llevabais una hora inconsciente.

—¿Te encuentras bien? —pregunté a Barak.

—La caída fue algo aparatosa, como la vuestra. Creo que me he roto un par de costillas.

—¿Por qué tienes las piernas cubiertas con una manta?

—La explosión me arrancó los calzones, y a vos la parte posterior de la toga y el

jubón. —Lo dijo como si no tuviera importancia, pero al mirarlo a los ojos reconocí el mismo horror que él debía de percibir en los míos.

—Todo ha terminado ya —murmuró Harsnet—. Vertió la séptima copa e hizo temblar la tierra. Al hacerlo se suicidó; probablemente creyese que ascendería derecho al cielo. —Apretó la mandíbula con fuerza y añadió—: Pero ¡a estas alturas ya debe de estar ardiendo en el infierno! —Titubeó—. Pensamos que la séptima víctima erais vos.

—¿Cómo iba a saber él que yo estaría presente?

—Sabía que vos erais crucial para la investigación —explicó. Se llevó la mano al hombro izquierdo e hizo una mueca de dolor. También había resultado herido—. Vos mismo dijisteis que debía de prever que un grupo de hombres armados se presentaría en su casa. Pensó que vos los acompañaríais. La mecha debía de ser un poco más larga de la cuenta, porque de otro modo habrían muerto cuantos estaban en esa parte de la casa. De todos modos, no era algo que le importase —añadió con amargura—. Ah, ahí tenéis al doctor.

Vi a *sir* Thomas y a Russell acompañados por un hombre vestido con la bata de médico. Caminaban entre los heridos tendidos en la hierba.

—Estamos explicando a los hombres que Goddard era un alquimista —continuó Harsnet—. Que íbamos tras él por realizar experimentos prohibidos, y que hizo saltar la casa por los aires debido a un accidente. Se ha acercado la mitad de los habitantes del pueblo; los hombres de *sir* Thomas los mantienen a raya al otro lado del bosque.

—¿Por qué iba Goddard a suicidarse para culminar su plan maestro? —dije—. Si creía que iba a provocar el fin del mundo, debía de querer presenciarlo.

—Quién sabe qué pasaba por su mente… Creo que estaba poseído, maese Shardlake, y ahora el diablo se habrá llevado su alma.

La voz de Harsnet aún me sonaba amortiguada. Albergaba la esperanza de que el daño que habían sufrido mis oídos no fuese permanente. Me tumbé sobre un hombro, exhausto.

—¿Queréis que os traiga un poco de agua? —me ofreció.

—Por favor. —Cuando se hubo alejado, me recosté en la hierba, torciendo el gesto por el dolor que sentí en toda la espalda. Luego me incorporé de nuevo, tapándome con la manta, y contemplé la casa devorada por las llamas. Se produjo un estruendo seguido de una nube de chispas cuando se hundieron los restos del tejado. Me volví hacia Barak.

—Aún no ha terminado —dije.

—Pero ¡si lo vimos con nuestros propios ojos! Ese era Goddard, con el lunar en la nariz y el corte en la mejilla que Orr le causó al arrancarle la barba postiza. Nos tendió una trampa, tuvo tiempo de sobra y, después de lo de los gansos, era consciente de nuestra presencia, así que se metió en la habitación y prendió la mecha para hacernos saltar por los aires y provocar el fin del mundo.

—Pero no lo logró. Todos conseguimos salir.

—Por los pelos.

Me volví lentamente, frotándome la mejilla con la mano, y por un instante me sentí algo mareado.

—¿Viste la ventana que había sobre los toneles de pólvora? La contraventana estaba entreabierta. Quizá se apostó alguien ahí y saltó tras encender la mecha. Podría haberse apostado alguien ahí, alguien que encendió la mecha y luego saltó. ¿Y si el auténtico asesino había calculado cuándo encender la mecha para que el primero en asomar por la puerta pudiese declarar después que el asesino, o el presunto asesino, en realidad, había muerto en la explosión?

—Pero si lo vimos allí sentado, sonriendo… ¡Ambos lo vimos!

—¿Y si Goddard no era el asesino? ¿Y si las siete copas solo han sido el prolegómeno de un espectáculo más importante? El asesino podría emprender la siguiente función sin que nadie lo molestase, pues todos lo habrían dado por muerto. —Me levanté, tambaleándome. Barak me cogió por la manta.

—Tumbaos. Habéis pasado una hora inconsciente.

Mas planté los pies en la hierba y llamé la atención de la gente de *sir* Thomas, a pesar de que tuve la impresión de que mi voz sonaba como si estuviese bajo el agua. Barak volvió a tirarme de la manta.

—Si le contáis a *sir* Thomas que, a pesar de todo lo sucedido, aún no hemos dado con el asesino, se pondrá furioso. Y creedme, está peor de lo que imagináis.

Sin embargo, me aparté de él cuando *sir* Thomas y Russell se me acercaron, acompañados por el doctor. Tuve la impresión de ver alicaído a *sir* Thomas.

—Bueno, Shardlake —dijo—. He aquí un final espectacular para nuestra caza. Habéis salido indemne. —Me dirigió una mirada acusadora—. Es probable que uno de mis hombres fallezca.

—Lamento oír eso. Pero precisamente lo que quería deciros es que no estoy convencido de que Goddard fuese el asesino —declaré—. Creo que había otra persona presente en la habitación, y que es muy posible que lograse escapar. —Me volví hacia Russell—. ¿Alguno de vuestros hombres vio u oyó algo en el bosque tras producirse la explosión?

—Estáis confundido —dijo, muy molesto, *sir* Thomas.

El médico, un hombre delgado y mayor con una larga barba, me miró con los ojos entornados. Russell, no obstante, asintió.

—Sí. Justo después, uno de los nuestros vio moverse algo en el bosque y dijo que le pareció ver un hombre. Pero allí reinaba el caos, casi no había luz y todo el mundo estaba aturdido por la explosión y los animales espantados, yendo de un lado a otro entre el humo.

—Un ciervo —concluyó *sir* Thomas.

Sin embargo, a juzgar por la mirada que me dirigió Russell comprendí que él también ponía en duda que se tratase de un animal.



Se había establecido un cuartel general en los establos situados tras la casa de Goddard. Pedí a Russell que me ayudase a llegar allí, y luego le rogué que fuera a buscar al hombre que había visto algo. Era otro de los jóvenes sirvientes de *sir* Thomas, un hombre de vista aguda y muy despierto.

—Estoy seguro de que alguien pasó por mi lado corriendo —me explicó—. Apenas vi una sombra que se escabullía entre los árboles, pero juraría que tenía piernas y no patas.

Yo estaba sentado en una bala de heno, y Barak estaba a mi lado. Este miró al joven y luego me miró a mí.

—Que Dios nos asista. Pero, si no se trata de Goddard, entonces ¿quién es el asesino?

—No lo sé. —Me volví hacia Russell—. ¿No se prendió fuego la parte trasera de la casa?

—No. Se derrumbó a causa de la explosión, y sepultó los restos de Goddard.

—Me gustaría que apartaran los escombros, y que el deán Benson se acercase a identificar el cadáver, si eso es posible.

—No va a gustarle —opinó Barak—. Sigue aquí, pero le han contado que Goddard se suicidó.

—*Sir* Thomas quiere dar por zanjado el asunto, señor —apuntó Russell en tono de advertencia.

—Quizá si le exponemos con claridad la necesidad de asegurarnos de que el asesino no esté aún en libertad, advirtiéndole que si se niega a ello y alguien más muere asesinado su intervención en el caso no quedará en buen lugar… —Dirigí una sonrisa al mayordomo—. Estaréis acostumbrado a exponer asuntos que a vuestro señor le resultan desagradables, y algo me dice que lo hacéis con la mayor diplomacia del mundo.

El joven se pasó una mano por el pelo. Estaba tan sucio y desgreñado como todos los allí presentes.

—Veré qué puedo hacer.

—Yo abordaré a Harsnet —dije.



Había llegado a respetar la perspicacia de Harsnet, pero cuando se acercó al establo, frotándose el hombro herido a consecuencia de la explosión, se mostró horrorizado ante mi sugerencia.

—No podemos hacer tal cosa —dijo—. Todo por la palabra de un sirviente que creyó ver algo en la oscuridad. Tendremos problemas con el deán Benson, y *sir* Thomas se enfurecerá. No siente por vos un gran aprecio que digamos, maese

Shardlake. No es hombre que os convenga tener de enemigo.

—He hecho peores enemigos que él.

Harsnet negó con la cabeza.

—Todo ha terminado. Cierto que fue Goddard quien escribió el final que quería, pero es un final, al fin y al cabo. Ahora nuestro deber consiste en explicar lo sucedido al arzobispo, y debemos hacerlo cuanto antes.

—Soy perfectamente consciente de lo mucho que le gustaría a todo el mundo creer que todo ha terminado —dije, mirándolo a los ojos—. Sin ir más lejos, a mí me encantaría creerlo. Pero no siempre podemos creer lo que más nos conviene.



Russell, el mayordomo de *sir* Thomas, resultó mucho más persuasivo que yo, y al cabo de una hora los hombres de *sir* Thomas que no estaban malheridos pusieron manos a la obra para apartar la montaña de escombros que era cuanto quedaba de la parte trasera de la casa. Russell trabajó hombro con hombro junto a su gente. La explosión había derruido buena parte de la obra, proyectándola hacia el exterior, aunque parte del tejado se había venido abajo sobre el interior de la casa. Me quedé observando cómo retiraban las tejas. A mi lado, *sir* Thomas contemplaba ceñudo las tareas de desescombro. Harsnet se hallaba a cierta distancia, y de vez en cuando lo veía mover la cabeza. A su lado, el deán Benson estaba sentado en una montaña de ladrillos.

—Esté donde esté, ese viejo canalla siempre encuentra un lugar donde sentarse —dijo Barak, que se hallaba a mi lado frotándose la venda que el doctor le había puesto alrededor de las costillas.

Me alivió mucho darme cuenta de que empezaba a oír con mayor claridad.

—Sí.

Contemplé aquella escena sobrecogedora. De la antigua e imponente casa no quedaban más que algunas paredes maestras, entre las cuales aún ardían los cascotes. Los hombres que se dedicaban al desescombro miraban con ciertos reparos la pared más próxima, por temor a que se derrumbase. En el patio aún yacían los heridos, cubiertos con mantas, contemplando la casa quemada donde habían estado a punto de perder la vida. Llegó un carro procedente de Barnet, y se procedió a subir al vehículo a quienes habían salido peor parados de la explosión, todo ello supervisado por el médico y el juez Goodridge.

Un grito de Russell me hizo volver la cabeza. *Sir* Thomas y Harsnet se me sumaron a la hora de trepar por las ruinas. El mayordomo señalaba algo que estaba a sus pies. Vi que había descubierto un brazo con la manga chamuscada de un hábito de monje; la mano, de un blanco espectral, estaba intacta. Al cabo, un hombre levantó una teja y retrocedió de un salto al tiempo que soltaba un juramento. Bajo los escombros vimos una cabeza separada del cuerpo, apenas reconocible debido a que

estaba cubierta de tierra y polvo. *Sir* Thomas, a quien la naturaleza del hallazgo había dejado indiferente, sacó un pañuelo y se puso a limpiarla.

Correspondía al hombre que habíamos encontrado sentado en la silla con aspecto de trono. No tenía ojos, solo las cuencas vacías y rojas, pero reconocí el lunar en la nariz y la cicatriz de la mejilla. Asombrosamente, la cabeza seguía sonriendo, y entonces, mientras combatía las náuseas, comprendí el porqué: alguien se había servido de unos clavos diminutos para perforarle la piel y la mandíbula a fin de que mantuviese la boca abierta. Levanté la vista hacia Harsnet.

—Este hombre ya estaba muerto cuando entramos en la habitación —dije.

Seymour se inclinó y cogió la cabeza del cabello como quien coge una pelota. Recordé entonces la terrible anécdota que nos había relatado acerca de las cabezas de soldados turcos en Hungría. La llevó, dejando a su paso un leve reguero de sangre, hasta donde se encontraba sentado el deán Benson. El clérigo dio un respingo y abrió los ojos con expresión de pasmo.

—¿Eso es…?

—Sí, una cabeza —dijo el noble, levantándola a la altura del hombro—. ¿La reconocéis?

—Es Lancelot Goddard —respondió Benson antes de desmayarse.

A primera hora de la mañana del día siguiente, Barak y yo nos sentamos a disfrutar del desayuno. El viaje de vuelta desde Kinesworth había resultado muy incómodo para ambos y nos habíamos retirado a dormir temprano, pero hasta muy avanzada la noche no habíamos logrado conciliar el sueño. Yo no había dejado de dar vueltas en la cama para encontrar la postura adecuada, ya que las heridas de la espalda me dolían si me ponía boca arriba. Al tanteármela comprobé que me estaban saliendo ampollas.

—¿Cómo tienes las costillas? —pregunté.

—Me duelen —respondió Barak haciendo una mueca—. Pero no sufrieron más que un fuerte golpe; al menos no se rompieron. He estado peor.

—¿Desayunará Tamasin con nosotros?

—No lo sé. Cuando salí del dormitorio se estaba vistiendo. —Suspiró—. A veces me pregunto si piensa que me dejo moler a palos solo para importunarla.

—¿Las cosas entre vosotros siguen mal?

—Supongo que sí. Cuando regresamos intenté decirle que solo quería dormir, pero ella deseaba saberlo todo. Yo estaba demasiado cansado para hablar. —Y añadió —: Y muy preocupado también, puesto que esto no ha terminado.

Antes de dejar atrás los restos de la casa de Goddard, Harsnet, *sir* Thomas Seymour y yo hablamos en privado. Estaba claro que Goddard había sido una víctima más, y no el perpetrador de los asesinatos. Me pregunté si también él habría tonteado

con el protestantismo radical tras abandonar la abadía de Westminster. Quizá se había echado finalmente atrás y, por tanto, había cumplido los requisitos para convertirse en la séptima víctima. El asesino seguía estando libre, no teníamos la menor idea de su identidad, ni de dónde volvería a atacar.

—¿Quién es ese cabrón? —preguntó Barak—. ¿Cómo llegó a conocer a toda esa gente tan distinta, por no mencionar sus afinidades religiosas?

—Al menos sabemos cómo dio con nosotros. Observando y espiándonos disfrazado de buhonero. Por cierto, la cicatriz que Goddard tenía en la cara estaba en la mejilla errónea. El asesino se la hizo para convencernos de que nos hallábamos ante el mismo hombre a que nos habíamos enfrentado en Chancery Lane.

—Ahí dio un paso en falso —dijo Barak.

—El único que ha dado.

—¿Cómo localizó a Goddard? ¿Cómo descubrió dónde vivía?

—Sabe Dios. El juez comentó que hacía días que nadie veía a Goddard hasta su regreso la noche anterior. Apuesto a que el asesino se introdujo en la casa, lo ató y luego envió aquella nota al deán Benson. Mientras preparó la que sería su representación más importante hasta la fecha. —Crispé las manos en puños—. ¿Quién es? ¿Dónde está ahora?

—Volvemos al principio.

—Y el problema es que no tenemos ni idea de cuál será su próximo paso. Aunque una cosa si tengo clara: el asesino no dará su labor por terminada.

—¿Creéis que irá por vos?

—No lo sé. ¿Por qué no se limitó a volar la casa por los aires con nosotros dentro? —Exhalé un suspiro. Deseé tener la libertad de hablarlo con Guy. Desde nuestra discusión no había vuelto a saber nada de él. No me hubiera sorprendido saber que Piers había vuelto a la botica y que había engatusado de nuevo a mi amigo.

Aparté el plato y me levanté, torciendo el gesto ante el dolor de espalda.

—Tendría que acercarme hoy a Bedlam. Shawms habrá preparado el informe que debe presentar al tribunal y quiero echarle un vistazo, además de visitar a Adam. Más tarde iré a ver a Dorothy. Supongo que Bealknap sigue allí.

—¿Os sentís con fuerzas para salir? —preguntó Barak.

—No puedo quedarme aquí sentado. Iré al despacho e intentaré resolver un par de asuntos, después de visitar a Dorothy. Yo…

Se abrió la puerta y Tamasin entró en el salón. Llevaba un vestido sencillo y se había soltado el cabello rubio, que le caía sobre los hombros. Nos dirigió a ambos una mirada hostil.

—Veo que ambos volvisteis ayer de la guerra —dijo.

—¿Dónde tienes la cofia? —preguntó Barak—. Con el pelo así suelto pareces una mujer soltera.

Ella hizo caso omiso del comentario y se volvió hacia mí.

—Dice Jack que aún no lo habéis atrapado.

—No —respondí—. Tenemos que seguir investigando.

—Ha matado a ocho personas —dijo Barak—. A nueve, si fallece el hombre de *sir* Thomas que resultó herido durante la explosión. Siete de sus víctimas murieron de forma horriblemente lenta.

—Hemos de seguir investigando —insistí.

Tamasin se sentó enfrente de su marido. Lo miró a los ojos con una expresión de enfado y tristeza a la vez.

—No es a lo que te dedicas ahora lo que hace que me enfade contigo, sino lo que has estado haciendo desde que murió nuestro hijo.

Barak me miró, sorprendido, y luego volvió la vista hacia ella.

—No tendrías que decir esas cosas en presencia de terceros. Aunque ya imagino que esta no es la primera vez que tratas el asunto con otros.

—Hablo en presencia de terceros porque tú no me escuchas cuando estamos a solas —replicó Tamasin levantando el tono de voz, y descargó un fuerte golpe en la mesa, lo que nos sobresaltó a ambos—. ¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que ha sido mi vida desde que murió el niño? ¿Crees que pasa un solo día sin que lo recuerde todo, sin que recuerde el día que nació? Tú no estabas allí, porque estabas por ahí bebiendo. Sí, fue en ese momento cuando empezó todo…

—Tamasin… —dijo Barak, elevando también el tono de voz.

—El dolor —lo interrumpió ella—, este terrible dolor. Jamás había sentido algo parecido. Tú no sabes lo que soportamos las mujeres. Y luego la comadrona me dijo que el niño estaba torcido en el vientre, tanto que no tenía forma de sacarlo con vida, y que yo moriría a menos que le partiese el cráneo. Tú no oíste el crujido que hizo. ¿Sabes? No fue un ruido estruendoso, pero no me lo quito de la cabeza. Luego, lo levantó y lo vi muerto. Cualquiera se hubiera dado cuenta de que lo estaba, pero yo seguía queriendo escuchar ese primer llanto, oírlo llorar… —Estaba llorando y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Barak se había puesto pálido. Seguía sentado, inmóvil.

—No me lo habías contado —balbuceó.

—¡Quise evitarte ese sufrimiento! —voceó ella—. Pero tú no me evitaste nada. Volvías borracho, hablando siempre de tu hijo, de tu pobre hijo. También era mi hijo.

—No sabía qué había pasado —dijo Barak—. Solo que había nacido muerto.

—Por el amor de Dios, ¿qué creías que había pasado?

Barak tragó saliva antes de responder.

—Había oído… que cuando viene un niño así de torcido, a menudo sucede que la mujer ya no puede tener hijos. Nosotros…

—¡No sé si esa es la razón de que no hayamos tenido más! —gritó Tamasin—. ¿Eso es lo único que te importa? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—No, no, Tammy, no quise… —Barak levantó una mano. Seguramente deseaba acercarse a ella, abrazarla y confortarla, pero ante aquel arrebato de ira solo fue capaz de eso, de levantar la mano. Tamasin se puso de pie, le dio la espalda y abandonó el

salón.

—Ve tras ella —dije—. Ve tras ella ahora mismo.

Pero siguió ahí sentado, indefenso, conmocionado.

—Vamos —dije más calmado—. Después de todo lo que hemos pasado juntos, seguro que puedes sobreponerte y consolar a tu esposa.

Asintió y se levantó con una mueca al acusar la punzada de dolor que sintió en las costillas.

—Pobre Tamasin —susurró. Y justo en ese instante se oyó un portazo.

—Tamasin ha salido —nos informó Joan, que se encontraba en el recibidor—. Le recordé que no debíamos andar solas por ahí, pero no me ha hecho caso.

Barak salió de la casa y yo lo seguí. No vimos ni rastro de Tamasin. Miramos a un lado y otro del camino. Al cabo de un momento, el caballo de Barak, *Sukey*, salió por la puerta al galope corto, con Tamasin sentada de lado en la silla. Supongo que al salir de casa se dirigió al establo. Barak la llamó, pero ella se alejó por Chancery Lane en dirección a Fleet Street.



Dos horas después ataba a *Génesis* delante de Bedlam. Barak había ensillado mi montura para ir en busca de Tamasin, pero esta se había perdido en el gentío. No teníamos ni idea de adónde podía haber ido. Era huérfana y, aparte de Barak, no tenía a nadie a quien acudir. En la época en que fue sirvienta de la reina Catalina Howard hizo algunos amigos, pero Barak me dijo que apenas los veía ya. Comprendí cuán profundamente sola tenía que haberse sentido aquellos últimos meses.

Barak me devolvió el caballo y fue a ver si lograba encontrar alguna de aquellas viejas amistades. Por lo visto, aquel arrebato de su mujer lo había conmocionado lo bastante para comprender que con su comportamiento había perjudicado mucho la situación, y estaba arrepentido. Recé para que no volviera a cubrirse con su coraza cuando diera con Tamasin. Era algo a lo que tenía que enfrentarse solo, de modo que yo había seguido adelante con mi plan de visitar a Adam.

Hob Gebons me abrió la puerta. Me acompañó al despacho de Shawms, donde el guardián me hizo entrega de un documento que contenía un informe escrito para el tribunal, en el que se daba fe de que Adam comía adecuadamente, cuidaban de él y recibía visitas regulares por parte de su médico. Me sorprendió ver lo bien redactado que estaba, teniendo en cuenta que lo firmaba Shawms.

—¿El custodio Metwys os ayudó a redactar este documento? —pregunté.

Shawms me miró con hosquedad.

—No se me da bien escribir. No crecí precisamente en el seno de una familia acomodada.

—Iré a ver qué tal está hoy Adam. Si lo veo bien aprobaré este informe. —Hice una pausa y pregunté—: ¿Lo ha visitado el doctor Malton?

—Es imposible mantenerlo lejos de aquí.

—¿Vendrá hoy?

—Viene y va como le place.

—Y Ellen, ¿cómo se encuentra? Espero que no hayáis vuelto a torturarla.

—Ah, ahora se está comportando. ¡Hob! —Llamó a su gordo ayudante, que entró de nuevo—. Adam Kite tiene visita. Ha recibido a más gente en un mes que la mayoría de los pacientes en cinco años.

Gebons me acompañó hasta la celda de Adam. Estaba solo, encadenado, como de costumbre, aunque para mi sorpresa estaba de pie, contemplando el patio trasero a través de la ventana.

—Adam —lo saludé en un tono suave.

Se volvió y, nada más verme, se acercó a la pared y se arrodilló a rezar. Me aproximé e imité el gesto, aunque al arrodillarme no lo hice con la misma soltura que él, puesto que me dolía mucho la espalda.

—Vamos, Adam —dije—. Soy yo. No te haré daño. Hace un momento no rezabas. —De pronto se me ocurrió algo—. ¿Recurres a la oración para evitar hablar con los demás?

Titubeó un instante, y entonces me miró con el rabillo del ojo.

—A veces. La gente me asusta. Solo quieren descubrir mis pecados. —Dudó de nuevo antes de añadir—: No contaríais a mis padres lo que… lo que hice con esa Jezabel, ¿verdad?

—¿Te refieres a Abigail? No. No diré una palabra, y tampoco Guy lo hará. Estamos obligados legalmente a ser discretos con todo aquello que nos cuentes. Pero tus padres te quieren mucho, Adam. He podido ver el amor que te tienen.

Adam sacudió enérgicamente la cabeza.

—Siempre me criticaban, me decían que me callara, que me mostrara más respetuoso. Me hablaron de los peligros del pecado. Saben que soy un pecador.

—¿No crees que se limitan a repetir lo que les dice el reverendo Meaphon? —pregunté.

Adam lanzó un hondo suspiro.

—Es un hombre de Dios. Lo único que quiere es que la gente se salve…

—Tus padres quieren más que eso. Quieren que correspondas a su amor. Sé que tu padre quiere que algún día aprendas su oficio.

—No lo sé. Dicen que un hijo que hereda el oficio de su padre puede acabar arruinándole la reputación. —Titubeó antes de añadir—: Y no quiero ser pedrero, no me gusta ese trabajo. Nunca me ha gustado. Ese es otro de mis pecados —se lamentó, negando con la cabeza.

—Mi padre era granjero, pero a mí no me interesaba su oficio. Quería ser abogado. No creo que eso sea pecado, la verdad. ¿Acaso Dios no nos dotó de libre albedrío?

—Él nos llama a la salvación. —Adam cerró con fuerza los ojos—. Padre,

mírame, mírame y sálvame, contempla mi arrepentimiento…

Me puse lentamente en pie con el ceño fruncido. Hubo algo en las palabras del muchacho que me causó una sensación extraña que no supe explicar. Entonces relacioné sus palabras con lo que me había contado el pequeño Timothy acerca de las visitas. Había pasado tanto tiempo pensando en la identidad del joven que visitaba a Abigail que había ignorado por completo el resto de lo que el pequeño me había revelado. Adam, accidentalmente, me había proporcionado la respuesta. Si estaba en lo cierto, había dado con la identidad del asesino, y ese descubrimiento me conmocionó.

Di un respingo cuando oí que se abría la puerta detrás de mí. Era Ellen, que entraba con una bandeja. Al verme allí, se sonrojó.

—Traía la comida a Adam, señor —dijo—. Tal como debe hacer un buen sirviente.

—Vos habéis sido mucho más que eso para el pobre Adam, Ellen. —Aspiré aire con fuerza—. Me gustaría hablar de nuevo con vos, Ellen, aunque ahora debo irme. Me ha surgido un asunto que debo resolver con urgencia. Pero no me marcho sin antes daros otra vez las gracias por los cuidados que dispensáis a Adam. Nos veremos pronto.

Me miró intrigada. Hice una rápida inclinación de cabeza y salí por la puerta andando a buen paso, cruzando por delante de la celda del interno que creía ser el rey y que me regañó por hacer tanto ruido al andar en su real presencia. Primero tenía que acercarme a casa y hablar con Timothy. Luego iría a ver a Dorothy, porque, si estaba en lo cierto, era ella quien tenía la última pieza del rompecabezas.



Al cabo de una hora llamé a su puerta. Antes había pasado por casa. Timothy se asustó cuando lo interrogué de nuevo acerca de Yarington, y, aunque no pudo darme el nombre que estaba buscando, me dio una descripción, la cual, si bien no corroboraba totalmente mis sospechas, al menos no las refutaba. Me bastó para acudir directamente a casa de Dorothy, aunque me tomé unos minutos para buscar a Joan y averiguar que Barak aún no había regresado.

Margaret, la doncella, abrió la puerta.

—¿Está la señora Elliard? —pregunté.

—Ha ido al despacho a hablar con el escribiente de maese Elliard acerca de unos impagos. Según parece, algunos clientes no han pagado porque se han enterado de la muerte del señor. Creen que podrán salirse con la suya. —Alzó indignada la voz, cuyo acento irlandés se disparó al exclamar—: ¡Y dicen que los abogados son malas personas!

A pesar de lo impaciente que estaba, dirigí una sonrisa a Margaret. Había sido el sostén a que se había aferrado Dorothy durante las últimas semanas, y con su

compañía seguramente la había ayudado más que nadie en el mundo.

—Sufres mucho por la señora, ¿verdad? —pregunté.

—Siempre ha sido muy buena conmigo. A pesar de mis torpezas, fue muy paciente cuando empecé. Ay, también lo fue maese Elliard. Me alegraba tanto verlos tan enamorados…

—Sí, lo estaban. —Me sorprendió reparar en que, solo una semana antes, Dorothy no habría bajado a tratar con el escribiente de aquellos impagos, sino que me lo habría encargado a mí. Pensar en ello me entristeció, pero al cabo me regañé por aquella muestra de egoísmo mía—. Poco a poco vuelve a ser la misma de siempre —agregué.

—Sí, señor. Lentamente. Aunque le convendría librarse de ese pajarraco que se ha instalado en el nido —dijo bajando el tono de voz, al tiempo que inclinaba la cabeza en dirección a la habitación que ocupaba Bealknap—. Está volviendo loco al servicio con sus exigencias, y ahora que ha recuperado el apetito no me extrañaría que acabase vaciando la despensa de la señora. Es un invitado, pero el precio que hay que pagar…

—No se hable más. Voy a poner fin a esta situación —dije, serio.

Entré en el vestíbulo. La tela de la blusa me rozó la espalda. Antes de que llegara el fin de semana, procuraría que Guy le echase un vistazo, pero por el momento no podía recurrir a nadie, pues no me gustaba que me viesen la espalda desnuda. Llené de aire los pulmones, abrí la puerta de un empujón e irrumpí en el dormitorio que ocupaba Bealknap.

Lo encontré tumbado boca arriba, durmiendo, tranquilo como un niño pequeño, presuntamente enfermo pero de mejillas sonrosadas. En efecto, había recuperado su buen color. En el suelo había una bandeja y en ella un plato con restos de pollo en salsa. Me acerqué a la cama y la sacudí con un pie.

Bealknap despertó de inmediato y me dirigió una mirada displicente. Acto seguido, cogió el borde de la manta con sus huesudas manos.

—¿Qué os habéis propuesto, entrando aquí de ese modo y sacudiendo la cama? —preguntó—. Soy un invitado, señor.

—Un invitado que no para de incordiar a la servidumbre de su anfitriona y se aprovecha de la generosidad de esta para engullir cuanto se le pone por delante.

—El doctor Malton dijo que debía seguir aquí otra semana —replicó, indignado —. Por fuerza tengo que estar muy enfermo, y mi organismo sigue recuperándose.

—Paparruchas. Guy jamás diría eso sin consultar antes con la señora Elliard. Tiene modales. Es un caballero. —Y volví a descargar una patada en la cama.

—¿Por qué estáis tan furioso? —Lo meditó un instante y entonces arrugó el entrecejo, apartando la mirada—. ¿Se debe a todo lo relativo al notario del que os hablé? Estoy seguro de que tan solo se limitaba a llevar a cabo una investigación preliminar para algún cliente. —Hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama—. No podéis denunciarme por ello. Os lo confesé mientras temía por mi vida, de modo que

puede considerarse que me acogí temporalmente al *non compos mentis*.

—Me pregunto si no lo habéis estado alguna vez —dije, mirándolo a los ojos. Era tan absolutamente egoísta que probablemente ni siquiera se daba cuenta del efecto que causaba en la casa. Me incliné sobre él y añadí—: O bien os vestís y regresáis esta misma tarde a vuestras dependencias, o invitaré a la señora Elliard a mi casa mañana, mientras os envío a Barak para que os arrastre con el blusón puesto. Margaret lo dejará entrar, y no os quepa la menor duda de que será muy discreta con el motivo de vuestra marcha.

Bealknap esbozó una desagradable sonrisa.

—Vaya, ahora lo entiendo todo. Queréis a la señora Elliard para vos solo. A eso se debe todo esto. —Rio—. Ella jamás se interesaría por un feo jorobado como vos.

—Le diré a Barak que os arrastre sobre un par de charcos cuando os saque a patadas de aquí. Ah, y aseguraos de enviar a la señora Elliard algún dinero de ese arcón vuestro lleno de oro —dije—. Ahora es una pobre viuda. Dos medios ángeles de oro bastarán para cubrir los gastos. Más tarde le preguntaré si con eso es suficiente.

—Soy un invitado. Los invitados no pagan. —Había gran indignación en su voz.

Oí que fuera la puerta se abría y cerraba de nuevo. Dorothy había regresado.

—Os quiero fuera esta misma tarde, Bealknap —lo urgí—. O sufriréis las consecuencias. —Le di una patada a la cama y salí de la habitación.



Encontré a Dorothy en el salón. No estaba de pie o sentada junto a la chimenea, lugar del que apenas se había separado tras la muerte de Roger, sino ante la ventana, contemplando la fuente. «De modo que ya es capaz de mirarla», pensé. Caí en la cuenta de los días que habían pasado sin verla, desde aquel amago de beso. Temí que estuviera molesta conmigo, pero solo me pareció cansada.

—Bealknap se marchará esta tarde —le anuncié.

—Gracias —dijo con alivio—. No deseo mostrarme poco caritativa, pero es que ese hombre es insoportable.

—Lamento que Guy le recomendase que guardara reposo. Me siento responsable…

—No. Fui yo quien dejó que maese Bealknap se quedara. El doctor Malton vino a verlo ayer. Bealknap dijo que le había recomendado quedarse aquí otra semana…

—Mentiras. —Cambié levemente la postura y sentí una punzada de dolor en la espalda.

—Matthew, ¿qué os sucede? —me preguntó ella al tiempo que se me acercaba—. ¿Os encontráis bien?

—No es nada. Una quemadura leve. Se incendió una casa en Hertfordshire. —Respiré hondo y continué—: Creíamos que al fin habíamos atrapado al asesino, pero

consiguió huir.

—Empiezo a pensar que nunca lo lograréis —dijo ella en voz baja—. Ay, lo siento, os veo cansado y malherido. Soy tan egoísta y estoy tan pendiente de mis propias cuitas… Soy una mujer insensata e inconstante. ¿Podréis perdonarme?

—No hay nada que perdonar.

Dorothy había regresado a su lugar preferido, ante el fuego que ardía en el hogar, con el friso de madera a su espalda. Lo observé mientras ella servía licor en un par de copas y me tendía una.

—*Aqua vitae* —dijo con una sonrisa—. Creo que necesitáis un trago.

Bebí, agradecido, un sorbo del ardiente licor.

—Sois tan amable conmigo… —dijo. Sonrió con tristeza, y sus bonitas mejillas se sonrojaron—. La última vez que nos vimos… Lo siento, me siento muy confusa y tengo los humores perturbados. —Me miró a los ojos—. Necesito tiempo, Matthew, mucho tiempo antes de que pueda siquiera vislumbrar cómo será el futuro sin Roger.

—Lo comprendo. Quedo en vuestras manos, Dorothy. No os pido nada.

—¿No estáis enfadado conmigo?

—No —respondí con una sonrisa—. Pensaba que vos estabais molesta conmigo, por Bealknap.

—Ah, no, tan solo estoy irritada con él más allá de lo que puedo explicaros con palabras. Nosotras las mujeres podemos mostrarnos muy pendencieras cuando se nos antoja.

—Vos nunca lo haréis, por mucho que viváis hasta los ochenta años.

Dorothy volvió a sonrojarse. La luz de la ventana iluminó el friso, mostrando los diferentes colores que delataban la defectuosa reparación que habían hecho de una parte.

—Es una lástima que ese remiendo descolorido llame tanto la atención —dijo, cambiando de tercio la conversación para tocar temas más mundanos—. Recuerdo lo mucho que eso irritaba a Roger.

—Sí.

—El hombre que lo hizo era un experto. Volvimos a contratarlo cuando la esquina se nos rompió, pero acababa de fallecer. Se hizo cargo su hijo, pero realizó una labor pésima.

Respiré hondo. No quería pronunciar las palabras que tenía en mente.

—El carpintero y su hijo. ¿Por casualidad recordáis su apellido?

Me miró fijamente.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Una de las víctimas del asesino también llamó a un carpintero para que le reparase una pieza dañada.

Dorothy palideció y se llevó la mano a la garganta.

—¿Cuál era su apellido? ¿Cómo se apellidaban el padre y el hijo?

—Cantrell —respondió al fin—. Se apellidaban Cantrell.

Capítulo 43

Corrí de regreso a casa para ensillar a *Génesis* y luego partí al galope, más rápido de lo que había cabalgado en años, para descender por Fleet Street, pasar de largo junto a Charing Cross y llegar a Whitehall. Tenía la espalda muy dolorida, pero hice un esfuerzo por soslayar el dolor. La gente se paraba a mirarme, y en una o dos ocasiones tuvieron que apartarse de un salto. Le habría pedido a Barak que me acompañara, pero Joan me dijo que aún estaba buscando a Tamasin por las calles de Londres. Me lo dijo alterada; sentía un gran aprecio por ambos.

Me las apañé para convencer a los guardias del palacio de Whitehall de que me urgía entrar a ver al ayudante del forense. Harsnet había estado en su despacho aquella mañana, pero luego se había acercado a la casa capitular. Enviaron a alguien a avisarlo, y mientras lo esperaba en su despacho un sirviente me encendió el fuego, mirándome con curiosidad mientras yo caminaba arriba y abajo por la estancia.

Transcurrió lo que me pareció una eternidad. No podía evitar preguntarme una y otra vez qué otros horrores estaría planeando Cantrell. Mi primer impulso fue acercarme personalmente a su domicilio en compañía de Barak, pero, aunque hubiese encontrado a mi ayudante en casa, a este aún le dolían las heridas que había sufrido en la explosión. Pensé un instante en llevarme a Philip Orr, pero no quería dejar sola a Joan y a los niños. Y para hacer lo que me proponía no me bastaba con un hombre.

Finalmente, a primera hora de la tarde, llegó Harsnet. Estaba exhausto. Yo me había sentado a su escritorio, pero me levanté dolorido nada más verlo entrar.

—¿Qué ha pasado, Matthew? —me preguntó—. No se habrá producido otro asesinato, ¿verdad?

—No. —Reparé en su expresión de alivio—. Lamento haberos distraído…

—Hay problemas en la casa capitular —dijo—. El ingeniero ha logrado reparar el engranaje que abría las compuertas de la esclusa; se atascaron cuando el vigilante intentó abrirla, estando Lockley crucificado ahí abajo, como recordaréis. Pero el caso es que ahora hay tanta agua acumulada que teme que, si abre las compuertas, la fuerza del agua las arranque de los goznes e inunde todas las bodegas de Charterhouse Square, hasta las de la mismísima Catalina Parr. —Miró por la ventana; volvía a lucir el sol, de lo cual apenas me había percatado—. Al menos, de momento no ha aumentado el nivel del agua en la plaza —añadió con un suspiro.

—Creo que sé quién es el asesino —anuncié.

Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos. Le conté todo lo relativo al trabajo que Cantrell y su padre habían llevado a cabo tanto en casa de Roger como en la de Yarington. Harsnet se inclinó hacia mí, tenso, casi de puntillas mientras yo continuaba con la explicación. Cuando concluí el relato, permaneció quieto, reflexionando.

—Tendríamos que actuar sin tardanza —dije.

—Pero ¿y la vista de Cantrell? —preguntó—. Si es medio ciego. Ambos lo hemos visto. Según el guardia, nunca sale.

—¿Y si no tenía la vista tan mal como fingía tenerla? Uno puede tener dificultades para leer lo que está escrito en una vasija y ver lo necesario para asesinar. ¿Qué mejor disfraz que esa presunta ceguera? ¿Dónde iba a refugiarse mejor que tras esas lentes? Nunca ha permitido que el guardia entrase en la casa. Probablemente tenía un modo de salir sin que se enterara.

—Y conocía a Lockley —apuntó Harsnet—. Y a Goddard. Y ahora, también sabemos que conocía las casas de Roger Elliard y del reverendo Yarington. Cuando formó parte del grupo de lectura al que le llevó su padre, oyó hablar de gente que había abandonado los círculos radicales reformistas.

—Tiene Westminster a un tiro de piedra —observé.

—Sé dónde viven los alguaciles —dijo más decidido—. Podría reunir a dos o tres y acercarnos ahora mismo.

—Antes de que vuelva a atacar.

—¿Creéis que hará tal cosa?

—Siempre he pensado que lo haría, maese Harsnet —repuse mirándolo a los ojos.

—Coincido con vos. El diablo lo ha atrapado con puño de hierro y no le permitirá escapar de sus garras.



Nos dirigimos a buen paso a Westminster. Me corroía la impaciencia mientras aguardaba bajo el gran campanario de la ajetreada plaza, a la espera de que Harsnet encontrase a los alguaciles. Al cabo, regresó seguido por tres recios jóvenes armados con garrotes y con la espada a la cintura. Westminster era un lugar problemático, y allí los alguaciles solían ser jóvenes y fuertes.

Harsnet explicó a los alguaciles que estábamos persiguiendo a un sospechoso de asesinato y que se trataba de un hombre muy peligroso. Luego caminamos hasta Dean’s Yard. Un grupo de prostitutas que conversaban en un portal se dispersó al ver acercarse a los alguaciles. Cuando Harsnet levantó la mano para llamar a la puerta de Cantrell, lo detuve.

—No, dejad aquí a dos hombres y los demás rodearemos la casa para hablar con el guardia.

—De acuerdo.

Nos hicimos acompañar por el tercer alguacil y nos adentramos en la hedionda callejuela que discurría junto a la casa; el eco de nuestros pasos reverberó en los estrechos muros. Fue el alguacil quien abrió la puerta del patio trasero de Cantrell.

Estaba desierto, y encontramos cerrada la puerta que daba a la caseta. Fui con Harsnet a la mugrienta ventana trasera de la casa y ambos miramos el interior de la

vivienda. En el ruinoso salón no había nadie. Entretanto, el alguacil se dirigió a la caseta y abrió la puerta. Oímos una risa. Cuando nos reunimos con él, vimos en el interior de la caseta al guardia que tenía asignada la custodia de Cantrell, despatarrado en el suelo sobre una pila de sacos sucios. Dormía como un tronco, y a juzgar por el olor que despedía, no tardamos en caer en la cuenta de que estaba borracho.

—Eh, despierta, despierta —espetó el alguacil, al tiempo que le daba una patada.

El guardia despertó, soltó un gruñido y, cuando abrió los ojos, vio a Harsnet contemplándolo furioso.

—¿Así es como cumplís con vuestra obligación? —preguntó Harsnet, furibundo —. El arzobispo se enterará de esto.

El guardia trató de incorporarse. Reparé en un grifo que goteaba, colocado en el lateral de un barril. Al levantar la tapa comprobé que estaba medio lleno de cerveza.

—Se aseguró de que no pudiera rechazar la tentación —dije.

—¿Dónde está? —preguntó Harsnet al adormilado guardia—. ¿Está Cantrell ahí dentro?

—No lo sé —masculló el guardia—. A mí me obliga a quedarme fuera. No me deja entrar, señor. Ese es el problema. Ese tipo no es normal —añadió.

—Tú no eres quién para hacer juicios de valor, palurdo. —Harsnet dio media vuelta—. Adelante, entremos en la casa.

No perdimos el tiempo con remilgos. A un gesto de Harsnet, el alguacil hizo añicos la ventana, cuyo cristal había sido repuesto recientemente, y uno tras otro entramos en la casa. El guardia ebrio se tambaleaba en el patio, observándonos con cara de preocupación, consciente de que lo más probable era que hubiese perdido el empleo.

Ya en el interior solo nos recibió el silencio.

—Otra vez como en la casa de Goddard —susurró Harsnet.

Reparé en el ensangrentado garrote que Cantrell, según había dicho, había empleado para defenderse de su atacante. Estaba apoyado contra una pared, y me pregunté a cuál de sus víctimas habría golpeado con él.

—Vamos a buscar a los alguaciles que siguen en la entrada y registremos la casa —propuse.

Así lo hicimos. Pedí a los alguaciles que procuraran no desordenar mucho el lugar. Regresaron al cabo de unos minutos para confirmar que estaba vacío.

—Veamos qué podemos encontrar —dije mirando a Harsnet.

No había nada en el salón, y tampoco en la cocina contigua a este, ni en la despensa, solo mugre y restos de comida en mal estado. Nos volvimos hacia la puerta del salón que Cantrell había dicho que conducía al taller de su padre. Era una recia puerta de roble y estaba cerrada. Tuvimos que recurrir a dos de los alguaciles para echarla abajo. Dentro estaba oscuro, porque las contraventanas se encontraban cerradas. A la luz que procedía del salón me pareció distinguir losas de piedra y lo

que quizá fuera una carretilla apoyada contra una pared. Titubeamos por un instante en el umbral, hasta que finalmente entré y me acerqué a la ventana. La abrí, y la luz y el ruido procedentes de la calle inundaron la estancia.

Había tres baúles grandes junto a la pared. También reconocí la carretilla que debía de haber utilizado Cantrell cuando se disfrazaba de buhonero. Me acerqué. En la carretilla debía de haber llevado las telas y baratijas, pero también a sus víctimas, inconscientes o muertas. De pronto sentí que me embargaba la ira, ira por todo lo que Cantrell había hecho, pero también por lo que yo había dejado de hacer.

—¿Cómo pude ser tan estúpido? —me lamenté en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Harsnet—. Ese hombre ha logrado que todos parezcamos estúpidos.

—Pues por permitir que me engañara tan fácilmente, por verlo tal como Cantrell quería que lo vieran, como otra víctima de la vida.

—Tenemos que inspeccionar los baúles —propuso el ayudante de forense.

—Yo me encargaré de este. Vos encargaos de aquel. —Levanté la tapa del baúl más cercano, temiendo lo que pudiera encontrar dentro. Había una pila de ropa asquerosa, andrajos, barbas postizas y pelucas; todo un vestuario.

—Eso debió de costarle un buen dinero —comentó Harsnet cuando le echó un vistazo al contenido del baúl.

—Parte de esta ropa tiene aspecto de ser muy vieja y haber sido usada muchas veces. —Saqué una capa cubierta de remiendos—. Esto es el manto multicolor de José. He visto mantos similares en mascaradas. No creo que necesitara todo esto.

El baúl que había abierto Harsnet contenía botellas, vasijas de hierbas y sustancias medicinales, todo ello envuelto en harapos. Los abrí con sumo cuidado. Un botellín contenía un líquido amarillento que desprendía un olor amargo. Lo puse al contraluz.

—Creo que es belladona.

—¿Dónde pudo obtenerla?

—Supongo que partiendo de la fórmula de maese Goddard. —Cogí otro botellín, husmeé el contenido y luego vertí unas gotas en el suelo. El ácido produjo un siseo.

—Ahora no cabe ninguna duda —dijo Harsnet.

—No.

—¿De dónde provendrá tanta furia incontenible? —pregunté.

—Del diablo —respondió Harsnet sin dudarlo un instante. A continuación me miró, pero yo negué con la cabeza.

—Supongo que eso simplificaría mucho las cosas. Hace que resulte más fácil soportar la verdad.

—Quizá la verdad sea así de sencilla. Habéis pensado mucho en este hombre.

—Tengo motivos para ello. Recordad que asesinó a mi amigo. —Me incliné para abrir el tercer baúl, y ambos miramos dentro. Allí, bajo algunas prendas, había una caja de madera alargada. Recordé haber visto algo similar en casa de Guy. Nada más

abrirla, retrocedí ahogando una exclamación.

Dentro de la caja, dispuestos ordenadamente, había cuchillos de tamaños diferentes, un hacha pequeña y una cuchilla de carnicero. Las bandejas incluían garfios y alfileres, tenazas y pinzas de varios tamaños. La cuchilla de carnicero y algunos de los cuchillos estaban manchados de sangre, y la caja despedía un olor nauseabundo.

—El material quirúrgico de Goddard —dije.

—Tal como he dicho, posesión demoníaca. —Harsnet se hizo a un lado. El asco que sentía le hizo fruncir los labios.



Subimos a la primera planta, donde encontramos dos dormitorios. En el primero solo había un viejo camastro que imaginé debía de haber pertenecido al padre de Cantrell. El otro dormitorio era el del asesino. Había una carriola, otro baúl, viejo y cubierto de arañazos, y una mesa sobre la que había un ejemplar, de tamaño considerable, de la Biblia en inglés. En el baúl encontramos parte del modesto vestuario que habíamos visto ponerse a Cantrell, una raquítica mesita y un taburete.

Harsnet había abierto la Biblia.

—Mirad lo que ha hecho con ella —dijo.

Me acerqué a la mesa. Había abierto el Nuevo Testamento por el Libro de las Revelaciones. Los amplios márgenes estaban repletos de notas escritas con tinta roja, en una letra tan diminuta que resultaba prácticamente ininteligible, aunque distinguí palabras como «venganza», «castigo» y «fuego», gracias a que las había repasado varias veces y también las había subrayado. Al volver las páginas comprobé que todos los pasajes que trataban sobre las consecuencias de que los ángeles vertieran las copas de la ira también estaban subrayados: «Una llaga cruel», «los ríos y sobre las fuentes de las aguas… se convirtieron en sangre», y «mordían de dolor sus lenguas».

—Qué blasfemia. —A Harsnet le temblaba tanto la voz que pensé que nunca lo había visto tan alterado, a pesar de las cosas que habíamos visto juntos. Recogí la Biblia y me puse a hojear pasajes sueltos, como el correspondiente a la destrucción de Sodoma y Gomorra, que también estaba señalado, aunque, aparte del Libro de las Revelaciones, no había subrayado prácticamente nada más del Nuevo Testamento. De hecho, del propio Libro de las Revelaciones solo había señalado una parte: la correspondiente a las siete copas de la ira y, luego, inmediatamente después, el capítulo relativo al juicio de la Gran Ramera.

—Mirad los subrayados de esta parte —dije—. Hay incluso más que en los pasajes relativos al vertido de las copas. ¿Puede tratarse de una pista de lo que se propone hacer a continuación?

—Ese libro está corrompido —dijo Harsnet—. Contaminado.

—La Gran Ramera… ¿A quién le habrá atribuido ese papel?

—A estas alturas sabemos que simboliza al Papa, mientras que Babilonia representa a Roma —explicó Harsnet.

—San Juan de Patmos no lo sabía cuando escribió este libro.

—Eso fue lo que él preconizó —insistió el ayudante del forense—. Eso ha quedado bien claro para quienes estudian a fondo el texto.

—Pero no fue eso lo que vio Cantrell. No, debía de tener en mente a alguien más cercano que el Papa.

Harsnet guardó silencio unos instantes. Finalmente se volvió hacia mí y dijo:

—¿Dónde está, Matthew? Os confieso que tengo miedo.

Se oyeron pasos en la escalera y uno de los alguaciles se asomó por ella.

—Abajo hay una anciana que dice conocer a Cantrell —nos informó.

—La vecina —dije a Harsnet.

Al bajar encontramos de pie en el umbral de la puerta principal a la arrugada anciana con quien había conversado la primera vez que visité a Cantrell. Miraba más allá del fornido alguacil que se interponía en su camino. Al reconocerme, sonrió mostrando una boca desdentada.

—Ah, maese abogado, señor. Tuvimos ocasión de hablar anteriormente. Vi que estaba pasando algo. ¿Le ha sucedido alguna cosa a Charlie? —preguntó con ojos vivaces, llenos de curiosidad.

—No se encuentra aquí. Lo estamos buscando.

—En relación con un crimen —apuntó Harsnet—. ¿Qué sabéis de él?

—Vivo a unas puertas de aquí. Era amiga del padre de Charlie, hasta que se metió en eso de la religión y se volvió demasiado puro para hablar con gente como yo. ¿Qué se supone que ha hecho Charlie? —insistió, intentando de nuevo mirar hacia el interior de la casa. Finalmente, negó con la cabeza y añadió—: Sea lo que sea, no estará haciendo daño a nadie. No es más que un pobre chico, muy débil.

—¿Cómo os llamáis?

—Jane Beckett.

—Entrad, Jane —dije—. Deseo haceros un par de preguntas.

—De modo que esta vez sí queréis hablar conmigo.

La anciana arrugó la nariz y la acompañé hasta el salón. Me siguió hasta el antiguo taller y, al volverme hacia ella, vi que había adoptado una expresión melancólica.

—Mirad qué aspecto tiene ahora este lugar —dijo—. Qué triste y vacío se ve. Adrian lo mantenía muy limpio, y siempre estaba lleno de cosas. A él nunca le faltaba trabajo.

Abrí el baúl de la ropa.

—¿Sabéis de dónde proceden estas prendas? Hay muchas. —Saqué el manto multicolor.

La anciana asintió.

—Ah, sí, eso es de Adrian. Reunió una verdadera colección. Trabajaba para

compañías teatrales. Lo contrataron para hacer los decorados para las representaciones al aire libre. En una ocasión se encargó de una para una mascarada que iba a celebrar el rey, en Hampton Court. También alquilaba los disfraces. —Me miró—. Era un buen negociante, ¿sabéis? Estas cosas valen un buen dinero, no tendrían que estar ahí metidas.

—¿Y su hijo lo acompañaba a las funciones?

—¿Charlie? Sí, al menos de pequeño. Le encantaban. Era la única vez que se lo veía feliz. Si se trataba de una representación local te encontrabas a muchos vecinos. Creo que Charlie quería ser actor, pero no se le daba bien; vamos, digo yo, porque el caso es que se metió a monje. —Soltó una risa despreciativa, me dio la espalda y añadió—: Pero Adrian tenía tanto talento que se las ingeniaba para hacer poleas capaces de desplazar por el escenario los dragones de madera que fabricaba, como si fueran de verdad. —Acarició el manto con una mano huesuda y volvió a guardarlo en el baúl. Cuando levantó los ojos sorprendí de nuevo aquella mirada penetrante y llena de curiosidad—. ¿Qué ha hecho ahora el inútil de Charlie?

—No insistáis —intervino Harsnet.

—¿Cómo murió Adrian Cantrell? —pregunté, inspirado por una idea repentina.

—Una noche se cayó por la escalera, o al menos eso dijo Charlie. Se rompió el cuello. —Rio con amargura—. A pesar de todo, según esa religión en la que creía, habrá ido derecho al cielo. ¿Qué es eso otro que hay en el baúl? Esa caja no es de Adrian.

La cogí del brazo y la conduje de nuevo afuera. Se mostró muy decepcionada al ver que no iba a contarle más cosas.

—La carretilla que hay en el taller, ¿pertenecía también a Adrian Cantrell? —pregunté cuando ya habíamos llegado al umbral.

—Sí. La utilizaba para transportar las cosas que hacía para sus clientes.

Para cubrir la distancia que separaba Westminster de Hertfordshire, Cantrell debía de tener un caballo.

—¿Qué ha sido de su caballo? —pregunté.

—Imagino que Charlie lo vendió.

—¿Qué aspecto tenía?

La anciana se encogió de hombros.

—Pardo, con un triángulo blanco en el hocico.

—¿Nunca lo visteis entrar o salir con el caballo y la carretilla?

—Pero, señor, si apenas ve tres en un burro —respondió tras soltar un bufido—. No. Lo vi salir a comprar alguna cosa en un par de ocasiones, pegado a la pared, tanteando a cada paso.

—¿Alguna vez lo visteis salir de noche?

La anciana soltó una carcajada.

—No me habría parecido muy normal, desde luego. En fin, el caso es que me voy a la cama temprano y siempre cierro las puertas. Este lugar no es seguro. Mirad,

señor, ¿me podríais decir a qué viene…?

—No tiene importancia. Gracias. —Cerré suavemente la puerta y me volví hacia Harsnet—. De modo que aprendió a actuar —dije—. Quizá incluso de pequeño necesitaba actuar para parecer alguien normal. Me pregunto si asesinó a su padre. Me pregunto si lo hizo cuando descubrió su verdadera vocación.

—Especulaciones que no nos conducen a ninguna parte —opinó Harsnet.

—Es cierto.

—¿Y a qué vienen tantas preguntas acerca del caballo?

—Debía de tener uno.

—¿Ve lo suficiente para cabalgar?

—Empiezo a creer que ha exagerado ese problema de la vista que aseguraba padecer. Tuvo que ser capaz de cabalgar para llegar a casa de Goddard. —Me volví hacia la escalera—. Quiero echar otro vistazo a esos pasajes subrayados de la Biblia, a ver si extraigo algún significado de esos garabatos.

—Subiré con vos.

Harsnet estaba demasiado cegado para servirme de ayuda.

—No, gracias, Gregory. Trabajo mejor solo.



Subí de nuevo por la escalera. Me parecía extraño sentarme al escritorio de Cantrell, junto a su cama, con la habitación en absoluto silencio, exceptuando los ruidos que provenían de la calle. Me senté, apoyé la cabeza en las manos y me incliné sobre el libro. Igual que un abogado que intenta introducirse en la mentalidad de su adversario a través del texto de una declaración jurada, busqué lo que Cantrell podía leer en esos pasajes, a qué último enemigo pretendía destruir. Mi mente vagabundeó entre las palabras del breve capítulo. «Ven aquí y te mostraré la sentencia contra la Gran Ramera… con la cual han fornicado los reyes de la tierra». Hasta llegar al punto en que el ángel afirma que explicará su misterio al santo: «Y la bestia que fue, y no es, es también el octavo; y es de entre las siete, y va a la perdición».

Pensé que tras las siete copas, la siguiente víctima sería la octava; igual que las siete, pero de una clase distinta. La víctima más importante, puesto que al juicio le sucede finalmente el Armagedón. Hice un esfuerzo por extraer un sentido a aquellas palabras. ¿Sería la víctima una mujer? Para que simbolizara a la Ramera tendría que serlo, por no mencionar el fornicio con los reyes de la tierra. Seguro que para Cantrell tendría que ser una mujer protestante que, por algún motivo, había cometido un desliz en lo relativo a su fe, como la desdichada señora Bunce, que vivió en pecado con el antiguo monje Lockley. Me centré en aquellos tres elementos: el fornicio, un rey, el octavo. Una mujer que no había abandonado aún la verdadera religión, pero que lo haría si se casaba con un conservador religioso. «La bestia que fue, y no es, es también el octavo». El rey Enrique VIII, que en tiempos había sido un reformista

religioso, pero que ya no ejercía como tal. No se trataba del rey, sino de la mujer que iba a convertirse en su esposa.

Me levanté, me acerqué a la ventana y miré hacia el patio. El guardia ebrio se había sentado en un balde puesto del revés. Bajé por la escalera, fui hasta donde estaba Harsnet e hice un esfuerzo por no mostrarme alterado.

—Creo… creo que Cantrell se ha propuesto asesinar a Catalina Parr.

Capítulo 44

Me hallaba ante el escritorio cubierto de papeles del arzobispo Cranmer. Este me miraba con fijeza, y sentí la fuerza de la poderosa mente que había tras aquellos ojos azules. En torno al escritorio, también contemplándome, se encontraban los hermanos Seymour. Harsnet y yo acabábamos de ponerlos al corriente de nuestra visita al domicilio de Cantrell. Habíamos acudido de inmediato al palacio de Lambeth, momento en que se requirió la presencia de los Seymour.

—Entonces, según parece Cantrell es el asesino —dijo Cranmer—. ¿Habéis dejado a alguien de guardia en la casa?

—Tres alguaciles —respondió el ayudante del forense real—. Están ocultos en la casa, en la caseta que hay en el patio trasero. Si regresa, lo sorprenderán y lo detendrán.

—Pero ¿y si no vuelve a casa? —preguntó lord Hertford sin andarse por las ramas, como siempre—. ¿Y si en este preciso momento anda en pos de su octava víctima?

—Tenemos que enviar de inmediato un puñado de hombres a la residencia de Catalina Parr —dijo *sir* Thomas—. Acudir en su ayuda, asegurarnos de que esté protegida. Puesto que ya dispongo de gente en la casa capitular…

—No —dijo Cranmer con voz firme—. ¿Qué pensaría el rey si descubriera que hay una turba compuesta por hombres vuestros en casa de Catalina Parr? Dios mío, si algo le sucediera a la dama… Están empezando a liberar a los cortesanos detenidos, por falta de pruebas. Y Bonner teme llevar a cabo más arrestos en Londres, pues empieza a ser consciente de la resistencia popular. Esta tarde he estado con el rey y me ha reiterado su confianza. Pero si en este momento le pasara algo a Catalina Parr, después de todo lo que le he estado ocultando…

—No podemos tener la certeza de que Shardlake esté en lo cierto —opinó Hertford—. Cantrell pudo haber elucubrado cualquier fantasía en torno a la historia de la Gran Ramera.

—Sí, es cierto —admitió Cranmer—. Podría haberlo hecho, sí, pero he leído a fondo el Libro de las Revelaciones y creo que Matthew tal vez esté en lo cierto. Enviaremos gente de mi guardia a la casa de la dama, con el pretexto de que me he enterado de una amenaza proferida por un peligroso ratero.

Cranmer había tomado una decisión, así que avisó a su secretario, a quien ordenó reunir una docena de sus mejores hombres de la guardia de palacio y que la embarcación transportase quince caballos al otro lado del río.

El secretario se mostró momentáneamente confundido.

—Una docena de hombres, ¿milord? Vais a dejar el palacio prácticamente desguarnecido.

—¡No me importa! ¡Vos haced lo que os mando! —Aquella fue la primera vez que vi perder los nervios a Cranmer—. Que el sargento los escoja personalmente, id vos mismo al establo y encargaos de que me preparen los caballos. ¡Quiero los mejores corceles, listos para montar en veinte minutos!

Lord Hertford extendió la mano y le tocó suavemente el hombro. El arzobispo asintió y siguió hablando, ya más calmado.

—Y lo que es más importante, quiero que un jinete rápido parta cuanto antes hacia la casa de *lady* Latimer, en Charterhouse Square. Le dirá a la señora que una pandilla de ladrones se ha propuesto entrar en la casa. El mayordomo procederá a cerrar todas las puertas y ventanas y mantendrá a *lady* Catalina a salvo hasta que lleguen mis guardias. ¡Obedeced de inmediato!

El secretario abandonó el despacho a la carrera. Cranmer se volvió entonces hacia Harsnet y dijo:

—Gregory, lo dejo todo en vuestras manos. Barak y vos lo acompañaréis, Matthew.

—Sí, milord. —Barak estaba esperándome fuera. Había enviado un mensaje a casa antes de cabalgar a Lambeth y, tras leerlo, se había acercado a palacio. Había localizado a Tamasin en casa de unos amigos de ella, pero su mujer se había negado a verlo. El arrepentimiento y la ira se habían adueñado de él.

Torcí el gesto cuando sentí una punzada de dolor en la espalda.

—¿Qué os pasa? —preguntó Cranmer.

—Sufrí quemaduras en la explosión de la casa de Goddard. Nada grave.

—Sé que habéis soportado un gran peso, Matthew. —Me dedicó una mirada seria e intensa—. Espero que el mayordomo de *lady* Catalina tenga un poco de sentido común. Esto aún no ha terminado —concluyó.



Cogimos las capas y bajamos apresuradamente la escalera, atravesamos el Gran Hall y salimos a los jardines de palacio. De camino se nos unió Barak. Anochecía ya, y el sol teñía las nubes de una luz rosácea. Sentí un escalofrío.

—¿Dónde están esos hombres? —preguntó Harsnet con impaciencia.

—El sargento ha ido a reunirlos —respondió Barak.

—¿Estáis en condiciones de cabalgar hasta la casa capitular, Matthew? —quiso saber Harsnet—. Esas quemaduras…

—Llevo en esto desde el principio. Si ha llegado el final, quiero presenciarlo.

Un jinete partió de palacio a galope tendido entre el repiqueteo de los cascos y el tintineo de un arnés.

—Ahí va el mensajero —dijo Barak.

Al cabo de un instante, una docena de hombres armados y cubiertos con yelmo dobló la esquina de la casa, encabezados por un sargento. Habían prescindido de las

picas e iban armados con espada. Parecían intrigados ante aquella súbita alteración de la rutina a la que estaban acostumbrados, pues solían patrullar los alrededores del palacio y no montar a caballo por todo Londres. Eran hombres fuertes sin excepción, y el sargento tenía un aspecto muy competente. Era un hombre alto de unos treinta y tantos años, con nariz aguileña y mirada penetrante. Al vernos, se dirigió a Harsnet.

—¿Maese forense?

—Sí.

—Soy el sargento Keeble, señor.

—¿Están vuestros hombres dispuestos a montar a caballo, sargento?

—Sí, señor. Me han dicho que iremos a Charterhouse Square.

—En efecto. Venid, os lo explicaré de camino al embarcadero.

—Cantrell ha tenido un día entero para introducirse en casa de *lady* Parr —me susurró Barak—. ¿Y qué os apostáis a que llevaba tiempo preparándose el terreno?

—Seguro que *lady* Catalina estará bien protegida, teniendo en cuenta la importancia que ha cobrado de un tiempo a esta parte.



El secretario del arzobispo había hecho su trabajo, pues cuando llegamos al río encontramos la embarcación esperándonos, y en la ribera de Londres estaban los caballos dispuestos.

Nos dirigimos a galope tendido hacia la casa capitular, mientras las sombras nos envolvían por momentos. Las sacudidas del caballo me producían mucho dolor en la espalda, y el camino fangoso nos ponía las cosas aún más difíciles. Los cuervos, espantados, levantaban el vuelo a nuestro paso. Cabalgamos a través de Smithfield hasta Charterhouse Square. En la esquina se alzaba la taberna del Hombre Verde, que encontramos cerrada. Cruzamos la plaza y nos detuvimos ante Charterhouse Gate. Un poco más allá había un grupo de mendigos, de pie ante la entrada abierta de la antigua capilla abandonada. Siguieron donde estaban, pendientes de nosotros; no iban a acercarse a un grupo de hombres armados. *Sir* Thomas sofrenó el caballo.

—Creo que antes tendríamos que registrar la zona —propuso—. Si está en los alrededores, con las prisas podríamos pasar por alto su presencia y se nos podría escapar de nuevo. Esta vez quiero atraparlo. —Concluyó dirigiéndome una mirada inflexible. Espoleó el caballo en dirección a la puerta de la casa capitular, que encontramos abierta, lo cual nos permitió acceder al recinto.

Russell, el mayordomo de *sir* Thomas, salió de la caseta del conducto. Seymour lo puso al corriente de lo ocurrido.

—Sugiero enviar tres o cuatro de los hombres del arzobispo a pie a batir la zona —propuso *sir* Thomas—. Si anda cerca y enviamos gente a registrar la plaza, podríamos espantarlo y quizá lograse huir. Shardlake, Barak, ambos deberíais manteneros al margen por el momento, pues el asesino os conoce.

De nuevo la estrategia me pareció loable. Tres de los hombres de Cranmer llevarían a cabo un reconocimiento de la zona; el resto esperaríamos en el patio. Un hombre con un blusón manchado surgió de la caseta del conducto y se nos acercó, limpiándose las manos con un trapo.

—He hecho todo lo posible, *sir* Thomas —explicó—. Envié un hombre a Islington Fields. Según parece se han desbordado las aguas del arroyo, así que hay agua a raudales. Las compuertas no hacen sino rechazar el embate del agua, pero…

—No podemos dejar las cosas tal como están, maese ingeniero —advirtió Harsnet.

—Si no llueve más, el agua que proviene de Islington empezará a filtrarse lentamente en el terreno y se reducirá la presión que soportan las compuertas en este momento. Luego podríamos abrirlas unos días. Esperemos que haya dejado de llover.

—Quiero marcharme de aquí —protestó *sir* Thomas—. ¿Y si alguien del Tribunal de Desamortización realiza una de sus visitas sorpresa y encuentra la casa capitular a rebosar de mi gente, justo al otro lado del camino que la separa de la casa de Catalina Parr? La noticia no tardaría en llegar a oídos de Richard Rich, y este se lo contaría al rey. Vamos, maese ingeniero, mostrádmelo. —Se adentró en la caseta del conducto, seguido por Russell y el ingeniero.

Sonreí con ironía a Harsnet.

—*Sir* Thomas va a explicar al experto cómo debe desempeñar su oficio —dije.

—Pero tiene razón —dijo con un suspiro el ayudante del forense—. No nos conviene que Rich se entere de lo que sucede aquí y que descubra que las compuertas se vieron bloqueadas por el cadáver de un tabernero crucificado.

—No, claro. —Miré la caseta del conducto, cuya puerta entornada se perfilaba gracias a la luz caprichosa de una vela—. Me las he visto con Rich en una ocasión. Ese hombre es capaz de hacer lo que sea, siempre y cuando redunde en su propio beneficio. Como la mayoría de los cortesanos, claro.

—El arzobispo es diferente —dijo Harsnet—. Tiene principios, es un hombre bueno. Es la esperanza de cuantos deseamos que la Reforma sobreviva.

Lo miré con curiosidad.

—No obstante —dije—, cree que Dios ha escogido al rey para que sea su representante en la Tierra. Vuestra escuela de pensamiento no reconoce la existencia de intermediarios entre el hombre y Dios.

—Él es todo cuanto tenemos. Él y lord Hertford, por supuesto. —Harsnet esbozó una tímida sonrisa—. Si lord Hertford llegara algún día a gobernar esta tierra… Pero, al menos por ahora, el arzobispo es nuestra vara y nuestro cayado. Haría lo que fuera para protegerlo. Cualquier cosa —añadió con énfasis.

Nos volvimos al oír pasos que se acercaban. Los tres hombres del arzobispo habían regresado. Entraron en la caseta del conducto y, al cabo de un instante, *sir* Thomas y Russell salieron y se dirigieron a buen paso hacia nosotros.

—Maese Shardlake —dijo *sir* Thomas—, vos mencionasteis que el caballo de

Cantrell tenía una marca en el hocico, blanca y con forma de triángulo, ¿verdad?

—En efecto. Eso me contó la anciana. Por lo demás, el caballo es pardo.

—Hay un animal que responde a esa descripción atado en la calle, tras unas casas. No hay ni rastro del propietario.

Harsnet respiró hondo y se estremeció.

—De modo que estabais en lo cierto —dijo—. Lamento haberlo puesto en duda. —Se volvió hacia *sir* Thomas y añadió—: Deberíamos agrupar a los hombres del arzobispo. Ya no es momento de disimulos. Hemos de ir a la casa de Catalina Parr cuanto antes.

—Yo los conduciré —se ofreció *sir* Thomas.

—No creo que sea buena idea, señor —objetó Harsnet—. Sería mejor que nadie os viese allí.

—El forense tiene razón, señor —opinó Russell, siempre en un segundo plano.

Sir Thomas titubeó antes de ceder. Miró primero a Harsnet y luego se volvió hacia mí.

—Será mejor que no metáis la pata —nos advirtió fríamente—. Si le sucede algo a *lady* Catalina, me encargaré de que lo paguéis con vuestras cabezas. —Giró sobre sus talones y se alejó.

—Cabrón —masculló Barak en cuanto se hubo asegurado de que no lo oiría.

—No es más que una bravuconada, señores —aseguró Russell con discreción—. No puede hacer nada sin el permiso de su hermano.



Cruzamos la plaza a buen paso y salimos frente a las espléndidas casas que había en la parte este. La mansión de lord Latimer era imponente, contaba con tres plantas y estaba algo alejada del camino, del cual la separaban sus propios terrenos. Había luz en varias ventanas. Caminábamos por el camino de grava, cuando la puerta se abrió y un hombre asomó por ella llevando una lámpara en alto; a continuación, se acercó a Harsnet. Era de mediana edad, tenía la barba larga y a juzgar por la expresión de su rostro parecía inquieto. El escudo de armas de lord Latimer, aspas rojas sobre campo gris, destacaba en su jubón.

—¿Maese forense? —preguntó.

—Sí. ¿Se encuentra bien la dama?

—Hemos registrado la casa —explicó tras confirmar que *lady* Catalina se encontraba a salvo—, pero no hemos encontrado a nadie. Le hemos contado a la señora lo de los ladrones, y también hemos intentado convencerla de que permaneciese en sus aposentos, pero quiere estar a cargo de la situación.

—No sabe a qué se enfrenta —dije.

—Está en alguna parte. Lo percibo —murmuró Barak mientras contemplaba las sombras que proyectaba la imponente casa.

Había árboles y arbustos pegados a la parte interna del muro, más de un recoveco donde Cantrell podía ocultarse.

—¿Qué queréis decir? —El mayordomo se volvió hacia mí con los ojos entornados—. Me habían dicho que se trataba de un hatajo de ladrones.

—Estamos buscando a un hombre —explicó Harsnet, mirando al mayordomo a los ojos—. Un asesino, un loco. Es menester que alguien explique a *lady* Catalina que se encuentra en peligro.

Al oír aquello, el mayordomo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿De cuántas entradas dispone la casa?

—De dos. Esta y la de servicio, que está situada en la parte trasera.

—¿Ha habido visitas hoy? —pregunté.

—Llegó un mensajero del rey con una nota para *lady* Catalina. —El mayordomo titubeó—. Se la ve algo alterada desde entonces.

—¿Dónde está ella? —inquirió Harsnet.

—En sus habitaciones de la primera planta.

—De acuerdo. Id y decidle que no debe salir de allí —indicó Harsnet—. Que la acompañen y protejan en todo momento un par de vuestros hombres. —Después de que dos de los hombres del arzobispo se marcharan con el mayordomo al interior de la casa, se volvió hacia los demás y añadió—: Quiero que seis hombres patrullen alrededor de la casa. Todos los demás, adentro conmigo.

Cuando los hombres se pusieron en movimiento para obedecer sus órdenes, no pude por menos que admirar su habilidad para el mando, su capacidad a la hora de tomar decisiones. Condujo a los otros cuatro, a Barak y a mí, a la casa.

Entramos en un espacioso recibidor, cuyas paredes estaban cubiertas de caros tapices que representaban divinidades griegas y romanas en paisajes pastoriles. Ante nosotros apareció una amplia escalera que conducía a las plantas superiores; al pie de la balaustrada vimos el escudo de armas de Latimer, que reposaba sobre un par de leones pintados. Varias puertas daban del recibidor. En el extremo opuesto a donde nos encontrábamos, vi que una de ellas estaba abierta y asomaban un par de pajes de mirada espantada.

—Meteos dentro —ordenó Harsnet.

Los pajes obedecieron sin rechistar. Levantamos la vista cuando el mayordomo bajó por la escalera. Me complació observar que parecía más tranquilo, más concentrado incluso.

—*Lady* Catalina dice que permanecerá en sus habitaciones. También ha expresado su deseo de veros, maese forense.

—De acuerdo. —Harsnet suspiró.

—¿Qué vais a decirle? —pregunté.

—Que hemos obtenido información acerca de un asesino, nada más. —Se volvió hacia el mayordomo, a quien ordenó—: Y vos aseguraos de localizar a todos los sirvientes.

El mayordomo asintió y se dirigió hacia el ala del servicio. Harsnet aspiró aire con fuerza y subió por la escalera. Barak y yo nos quedamos con cuatro hombres, que, alertas, no apartaban la mano de la empuñadura de la espada.

—Entonces es cierto, señor, que hay un loco que persigue a *lady* Catalina —comentó uno de ellos.

—Eso parece.

Harsnet regresó al cabo de unos minutos. Estaba muy serio.

—*Lady* Catalina permanecerá en sus habitaciones —explicó sin elevar demasiado el tono de voz—. Es una mujer espléndida, me recibió muy serena e hizo gala de una gran cortesía. Sin embargo, me di cuenta de que estaba asustada.

Se abrió la puerta que daba al ala del servicio y reapareció el mayordomo.

—Todos los miembros de la servidumbre se encuentran en la casa, señor. Están en la cocina, a excepción de las doncellas de *lady* Catalina, que la acompañan. Les he contado lo de los ladrones, señor. Están algo asustados.

—¿Esperabais hoy alguna entrega? —quiso saber Barak.

—Hay entregas casi todos los días. Eso lo sabrá el cocinero.

—En ese caso, id a preguntárselo —le pidió Harsnet—. Barak está en todo. Que los soldados sigan aquí. —Y, volviéndose de nuevo hacia el mayordomo, añadió—: Id junto a la dama. Es mejor que estéis con ella.

Franqueamos la puerta que daba al ala del servicio y recorrimos un pasadizo enlosado que desembocaba en una espléndida cocina. Estaban asando medio ciervo en una parrilla; un muchacho hacía girar el espetón, mientras otro vertía jugos sobre la res. Destacaba en la sala un grupo numeroso de asustados sirvientes, sentados a una mesa alargada.

—¿Dónde está el cocinero? —preguntó Harsnet.

Un hombre de complexión robusta con un delantal manchado se puso de pie.

—Aquí me tenéis, señor. Soy Greaves.

—¿Qué entregas esperabais hoy?

El cocinero señaló el ciervo con la cabeza.

—George y Sam nos trajeron ese ciervo de Smithfield. Y esta mañana vino el carbonero con un nuevo cargamento, que almacenamos en la bodega.

—¿Dónde obtenéis el carbón? —pregunté.

—Se lo compramos a uno de Smithfield, el buen Roberts, que nos lo proporciona desde hace años.

El joven pecoso que hacía girar el espetón levantó la vista.

—Esta semana nos ha enviado a su nuevo ayudante —intervino el joven con timidez—. Y también la semana pasada. Yo mismo lo dejé entrar.

Barak y yo nos miramos.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunté al muchacho.

—No he podido verle bien la cara, señor, porque la tenía negra a causa del carbón, como si se hubiese rebozado en él.

—¿Era alto o bajo?

—Alto, señor, y muy delgado. Llevó el carbón a la bodega, como es habitual. Le conté dónde encontrarla la semana pasada.

—¿Lo viste salir de allí?

El muchacho negó con la cabeza.

—Maese Greaves me envió a la alacena a pelar nabos.

El cocinero se mostró inquieto.

—No puedo estar presente para recibir todas las entregas…

—¿Alguien vio salir al mozo del carbonero?

Todos los sirvientes sentados a la mesa negaron con la cabeza.

—Tendrías que haberlo acompañado a la bodega, James —dijo el cocinero al joven en tono de reproche—. En esta casa hay cosas muy valiosas…

—Llevadnos a la bodega —lo interrumpió Harsnet, y de inmediato se volvió hacia mí—. ¿Podría tratarse de nuestro hombre?

—A juzgar por la descripción, sí.

—Pero ¿cómo iba a hacerse con todo ese carbón…?

—Estando atento a los pedidos que se entregaban a esta casa, y luego tratando directamente con el buen Roberts, igual que trató con el notario —respondí con una sonrisa desabrida—. Vamos, deprisa —añadí mirando al cocinero.



Maese Greaves nos llevó de vuelta por el corredor hasta una trampilla de madera provista de una argolla metálica. Harsnet fue a buscar a los hombres que habíamos dejado apostados en el recibidor y regresó con ellos.

—¿Qué hay exactamente ahí abajo? —preguntó el ayudante del forense.

—Botellas de vino y barriles de hortalizas, además del carbón. También hay otra trampilla, que conduce al pasaje de la cloaca.

—¿Forma parte del alcantarillado de la casa capitular?

—Así es, señor. El conducto termina en esta casa. Tras circular por nuestra cloaca, el agua desemboca en una corriente que discurre más allá. Hay una verja de hierro en una pared por la que sale el agua. Nadie podría entrar o salir por ella.

—¿Creéis que podría estar ahí abajo? —preguntó Harsnet.

—Lo dudo. Estaría atrapado. No. Si está en la casa, supongo que será en un lugar desde el que pueda huir.

—Tendríamos que realizar un registro concienzudo —dijo Harsnet—. Vosotros dos, inspeccionad la casa —ordenó a un par de los soldados—. Y vosotros dos, bajad ahí y registrad la bodega y la cloaca.

—La cloaca está seca —señaló el cocinero—. Ha habido no sé qué problemas con el mecanismo en la casa capitular.

—Lo sé.

Se encendieron antorchas, se abrió la compuerta y los hombres de Cranmer se introdujeron por ella para descender a la bodega. Atisbé una espaciosa sala llena de barriles y una montaña de carbón en una esquina. Los hombres echaron un vistazo detrás de los barriles, tanteando con la espada el carbón, para asegurarse de que nadie se hubiese ocultado allí. Luego se dirigieron a la trampilla.

—Está cerrada desde dentro —nos informó uno de ellos—. Ahí no puede haber nadie.

—Aseguraos de todos modos.

Cuando abrieron la trampilla, una corriente de aire frío arrastró hasta nosotros un miasma fétido.

—Bajad —ordenó Harsnet.

Los hombres descendieron, y poco después oímos de nuevo el eco de las botas en los peldaños de metal.

—¡Ni un alma!

En ese instante regresó uno de los hombres que Harsnet había enviado a registrar la casa.

—Aquí no hay nadie, señor —informó.

Harsnet y yo nos miramos.

—Quizá logró salir de la casa cuando llegó el mensajero de Cranmer y empezó el registro —sugirió Barak—. Debió de olerse que pasaba algo raro.

—Si ese es el caso, habrá que vigilar muy de cerca a *lady* Catalina durante un tiempo —declaró Harsnet—. Vosotros cuatro, registradlo de nuevo todo, hasta el último rincón.

Regresamos al recibidor.

—Voy a hablar de nuevo con el mayordomo —anunció Harsnet, y se marchó dejándonos a Barak y a mí a solas. Barak hizo ademán de seguirlo.

—¿Y tú adónde vas? —pregunté.

—He pensado que podría echar una mano —respondió con una sonrisa—. Para olvidarme de otros problemas.

—Aguarda, que te acompaño.



Subimos por la amplia escalera. Al llegar a la primera planta encontramos otro corredor, y, enfrente de nosotros, un par de majestuosas puertas entreabiertas, al otro lado de las cuales vimos a dos guardias, de pie. Una joven rubia con un elegante vestido de terciopelo rojo miraba con cara de inquietud hacia fuera. Supuse que se trataba de una de las doncellas de *lady* Catalina.

Al acercarnos, observé que un par de puertas interiores estaban abiertas. Distinguí fugazmente una cama con dosel y unos tapices espléndidos. Junto a la cama, Harsnet y el mayordomo conversaban con una mujer. Reconocí la silueta alta y las hermosas

facciones de Catalina Parr, cuya expresión correspondía a la gravedad de las circunstancias. Entonces, se dio la vuelta y se quedó mirándome, momento en que sus ojos oscuros se abrieron en respuesta a un súbito temor. Me di cuenta de que no me recordaba del día que nos vimos en Westminster. Imagino que pensó que aquel tipo tan extraño debía de ser el asesino.

—¡No deberíais mirar ahí dentro! —protestó la doncella, escandalizada.

—Lo… lamento —tartamudeé—. No pretendía…

Me cerró la puerta en las narices.

Barak me dirigió una mirada de conmiseración.

—¿Cómo ibais a saber que…? —dijo, y en ese instante oímos unos gritos que procedían del exterior de la casa.

—¡Fuego! ¡Ayuda! ¡Fuego!

Capítulo 45

Harsnet abandono a toda prisa las habitaciones de *lady* Catalina. Me miró a los ojos una fracción de segundo y ambos nos acercamos a la ventana más próxima, a través de la cual vislumbramos el fulgor de las llamas que se recortaban en la oscuridad. A continuación, llamó a voces al mayordomo de *lady* Catalina, que dudaba en el umbral de la puerta entre permanecer junto a ella o atender al ayudante del forense.

Al otro lado de la extensión de césped, una glorieta de madera estaba ardiendo; el viento empujaba el humo hacia la casa. Los guardias y los sirvientes iban de un lado a otro llevando cubos de agua. La disciplina se había desvanecido por completo, enfrentados como estaban al terror constante de un incendio.

—¿Qué demonios se habrá propuesto hacer? —preguntó Harsnet, sin aliento.

—Distraernos —respondí con cierto apremio—. ¡Avisad al sargento de que todos esos hombres tienen que regresar a la casa!

El forense me miró por un instante, dio media vuelta y bajó a toda prisa por la escalera. Barak abrió la ventana y se asomó. La glorieta estaba envuelta en llamas, no había nada que pudiera hacerse para apagar el incendio, pero se hallaba lo bastante lejos de la casa para que el fuego no la alcanzase. Mientras observábamos el terrible espectáculo, vimos a Harsnet salir corriendo, llamando la atención de todos los hombres. Me volví hacia la puerta cerrada que daba a las habitaciones de *lady* Catalina.

—Si pretendía alejar a todo el mundo de la dama, lo cierto es que ha fracasado. ¡Vamos!

Descendimos a la planta baja. La brusquedad de nuestros movimientos me provocó de nuevo una punzada de dolor en la espalda, y tuve que apretar con fuerza los dientes para contener un grito. A través del hueco de la puerta principal vimos correr a los guardias, mientras el sargento les ordenaba que vigilasen puertas y ventanas. El acre hedor del humo cayó sobre el edificio.

—Esto es un caos —dije—. Los incendios siempre provocan situaciones de pánico, y Cantrell lo sabe perfectamente.

—¿Opináis que sigue fuera? —preguntó Barak.

—Es posible que haya vuelto a entrar tras provocar el incendio.

Barak no hizo ningún comentario. Se llevó el dedo índice a los labios y, con un movimiento de cabeza, señaló la puerta entreabierta que había detrás de nosotros.

—En esa habitación hay una ventana abierta —susurró—. ¿No sentís la corriente de aire?

Desenvainó la espada y yo hice lo propio con la daga. Barak retrocedió un paso, aguardó un instante y luego descargó una patada sobre la puerta, que se abrió de par

en par. Ambos nos arrojamos al interior.

Nos hallábamos en una despensa. Había sillas y mesas amontonadas, además de una pila de cojines junto a una de las paredes. Por lo demás estaba vacía, aunque una de las tres ventanas, la que daba al jardín, estaba entreabierta. Barak miró detrás de la puerta para asegurarse de que el asesino no se hubiese ocultado ahí. Luego la cerró con fuerza y empezó a lanzar estocadas bajo las sillas y las mesas apiladas. Yo me dirigí a la ventana, tosiendo debido al humo. A la luz de la luna vi que la glorieta se desplomaba entre una nube de chispas que hizo retroceder a toda prisa a los pocos hombres que seguían en el jardín. Recordé el humo que se había levantado tras la explosión en casa de Goddard y el tremendo golpe que recibí en la espalda. Entonces oí detrás un martilleo, seguido de un golpe seco.

Giré sobre los talones. Barak estaba tendido en el suelo con la frente cubierta de sangre y la espada a un lado. De pie junto a él, con la montaña de cojines de que se había servido para ocultarse desparramada en torno a él, estaba el propio Cantrell, vestido con uno de sus harapientos blusones. Empuñaba un garrote como el que me había mostrado cuando lo visité en su casa. No llevaba puestas las lentes, y caí en la cuenta de lo que había querido decir la anciana al referirse a sus peculiares ojos. Eran grandes y de un azul claro, y tenían una expresión de fatiga como jamás había visto en los ojos de nadie. Era como si al tiempo que me observaba estuviese contemplando su propio interior y viera algo terrible y agotador. Pero no pestañeaba ni entornaba los ojos como hacen los miopes, lo que significaba que veía perfectamente. Había estado exagerando sus problemas de visión para despistarnos. Sin duda era un actor consumado.

Llevé la mano a la daga, pero Cantrell fue más rápido que yo. Con un raudo y ágil movimiento se agachó, cogió el arma de Barak y me lanzó una estocada a la garganta. Comprobé que su presunta torpeza también había formado parte del disfraz. Miré desesperado a mi ayudante, pero debía de estar inconsciente, o algo peor.

—El judío no podrá ayudaros —masculló Cantrell en un tono muy distinto del que yo le conocía y que me hizo pensar que estaba disfrutando con sus palabras.

Arrojó el garrote al suelo, sobre uno de los cojines, y se pasó la espada a la otra mano, amenazándome la garganta con la punta, arañándome la piel.

—Ya os tengo —dijo—. Dios os ha entregado a mí. ¡Sabía que prender fuego a la glorieta haría correr a todo el mundo como hormigas! —Soltó una risilla infantil que por alguna razón me causó escalofríos.

—Catalina Parr está bien protegida —dije, intentando mantener la calma.

—Creí que pensaríais que todo había terminado con Goddard cuando se vertió la última copa. —Negó con la cabeza, ceñudo—. Claro que el diablo sabe que Catalina Parr es la Gran Ramera de que hablan las Revelaciones. El diablo os contó la verdad, ¿no es así? Ahora estará bien protegida. —Frunció aún más el entrecejo, y por un instante me pareció un niño contrariado; entonces, sonrió de nuevo y añadió—: Pero el Señor os ha entregado a mí para que pueda eliminar a un enemigo y salir reforzado.

—Miró un instante a Barak, que seguía tumbado e inmóvil, lo sacudió con la punta del pie y sonrió.

Barak estaba pálido. Recé para que siguiera con vida. Oía a los demás fuera, pero el hecho de que Cantrell siguiera amenazándome la garganta me impidió llamarlos.

—Arrodillaos —ordenó en voz baja, aflojando levemente la presión de la espada.

Titubeé antes de postrarme en el entarimado. El movimiento hizo que la quemadura de la espalda me causara un dolor insoportable, y además se me clavó una astilla al arrodillarme. Cantrell extrajo algo del bolsillo. Era un frasco diminuto, medio lleno de un líquido amarillento. Sin apartar la espada de mi garganta, flexionó la rodilla y lo acercó a mi boca.

—Bebed.

Yo sabía que era belladona, y temí lo peor, que aquello significase la antesala de la tortura y la muerte.

—Nunca lograréis sacarnos de esta habitación —dije—. Todos en la casa están alerta.

—¡Bebedlo u os corto la garganta y luego degüello al judío! —Presionó levemente la espada y sentí una fuerte punzada, y a continuación la sangre correr por mi cuello.

—¡De acuerdo! —Por el olor, advertí que había echado miel en el bebedizo. Me temblaba la mano. «Si me niego y me mata, al menos tendré una muerte rápida», pensé. Sin embargo, Barak también moriría. Si me tomaba la belladona viviría un poco más, y es a esa esperanza a la que nos hace aferramos el instinto. Me llevé el frasco a los labios. Fue como si se me cerrara la garganta, por un instante temí no poder hacerlo, pero engullí el contenido de un trago. Me pregunté cuánto tardaría la belladona en surtir efecto. Quizá llegaría alguien antes de que lo hiciera. Sin embargo, enseguida me sentí raro, como si me pesara mucho el cuerpo. Intenté llenar de aire los pulmones, pero no pude. Entonces el mundo se desvaneció ante mis ojos.



Desperté en medio de la oscuridad y de inmediato percibí un olor espantoso que me provocó fuertes arcadas. Sentía una gran pesadez y la espalda me dolía más que nunca. Advertí de pronto que Cantrell me había maniatado, y no solo eso, sino que también me había atado los tobillos. Me encontraba sentado, con la espalda apoyada contra una pared de ladrillo y las piernas en un suelo áspero y resbaladizo. Había luz a un lado. A pesar del dolor, me volví hacia ella. La luz procedía de una lámpara. En ella ardía una gruesa vela de cera de abeja que iluminaba el suelo cubierto de inmundicia de un estrecho pasadizo. Cantrell estaba sentado junto a la vela, con las piernas cruzadas, contemplándome ceñudo. Sus ojos febriles reflejaban la luz de la lámpara. Estaba cerca, a poco más de un metro de distancia. La espada de Barak se hallaba a su lado.

Caí en la cuenta de que estaba helado, y me estremecí. El gesto hizo que me doliera el corte que Contrell me había provocado.

—¿Estáis despierto? —preguntó con voz carente de emoción.

—¿Dónde estamos? —quise saber. Me costaba articular las palabras, pues tenía la boca muy seca.

—En la cloaca. Debajo de la casa.

Miré alrededor. Vi unos nichos alargados y estrechos en la pared de ladrillo que debían de conectar con los excusados de la mansión. Más allá, el pasadizo se perdía en la negrura. Al frente, a medida que mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí el contorno de una reja metálica, a través de la cual alcancé a ver un retal de cielo iluminado por la luz de la luna. La rejilla de hierro presentaba algunos boquetes, alrededor de los cuales los hierros asomaban retorcidos en ángulos impropios, a pesar de lo cual no había apenas espacio para introducir el brazo. Estábamos atrapados. Más allá de la reja oí el sonido de una corriente de agua. Debía de ser el arroyo al que desembocaba la cloaca.

—Aproveché esos cojines para escondernos —explicó Cantrell en un tono casi propio de una conversación. Sonrió y continuó—: Cuando entraron, creyeron que habíamos salido por la ventana. Estaban muy espantados y solo pensaban en proteger a la ramera. Os bajé aquí cuando reinó de nuevo la tranquilidad en la casa.

—¿Y Barak?

—Sigue oculto bajo los cojines. Lo encontrarán.

—¿Está muerto?

Cantrell se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no me importa. —Frunció el entrecejo, sumido en sus propios pensamientos.

—¿Por qué sigo vivo? —pregunté al cabo de unos minutos.

—No me distraigáis —espetó, enfadado—. Maldito seáis, me estáis distrayendo.

Guardé silencio de nuevo. La vela iba consumiéndose. Cantrell siguió sentado, ceñudo. Al cabo de un rato exhaló un suspiro y se volvió hacia mí para dirigirme de nuevo su mirada despiadada.

—Habéis entorpecido los planes de Dios —dijo—. No sé qué hacer. No había previsto la secuencia, y por eso he fracasado.

—No lo entiendo.

Se llevó las manos a las mejillas.

—La cabeza me da vueltas. Desde que Dios me habló por primera vez, tantos mensajes, tantos pensamientos… —Lanzó un suspiro que más bien fue un gemido prolongado—. Dios me ordenó encender esa mecha a fin de que os diera tiempo para escapar, para que pensaseis que Goddard era el responsable de todo, pero Goddard no era un apóstata de la religión verdadera, así que las profecías no pudieron cumplirse. Vos sois el apóstata sobre el que hay que verter la séptima copa, y también sois un enviado del diablo. Tenéis que morir, a pesar de todo, en un terremoto. —Hablaba

rápidamente, para sí mismo más que dirigiéndose a mí—. Para que se cumplan las profecías, para que sea capaz de matar a la Gran Ramera. Ahora lo comprendo. —Me miró—. Pero aquí no puedo pensar en cómo hacerlo, y no puedo sacaros con vida. —Me señaló con un dedo huesudo—. En cuanto llegasteis al lugar donde abandoné al doctor Gurney, supe que erais un enviado del diablo. Reparé en vuestra joroba, que es la marca de un alma retorcida, y averigüé que erais apóstata de la Reforma. Parecíais triste, perdido. Reconocí eso en vuestro rostro cuando os vi por primera vez junto al río. Y pensé que ese sería el aspecto que tendría alguien poseído por el demonio.

Me pregunté con un escalofrío si habría pronunciado aquellos monólogos con Tupholme, o con la señora Bunce, mientras estos agonizaban lentamente. El escalofrío se convirtió en un temblor. Estaba congelado. Llevaba semanas sintiendo frío, pero no se parecía ni de lejos a esa sensación de gelidez que tenía. No daba la impresión de que Cantrell acusara el frío que hacía.

—Tendré que encontrar un modo de sacaros de aquí con vida, para después mataros —dijo.

Me invadió una sensación de alivio. De modo que no me torturaría ni me mataría ahí abajo, a menos que algo en su mente atormentada le ordenase hacerlo. Di un respingo cuando Cantrell hundió la mano en el bolsillo y sacó unas tenazas largas y finas. Las sostuvo en alto y sonrió.

—No creáis que van a rescataros. No tienen modo de saber que estamos aquí. Después de arrastraros a este lugar las utilicé para devolver el cerrojo a su posición desde dentro. Tuve el espacio justo para hacerlo, entre una rendija de la trampilla. La estuve estudiando cuando estuve aquí la semana pasada; la primera vez me hice pasar por el mozo del carbonero. —Se miró la mano; se la había ensuciado con los excrementos que cubrían el suelo. Se sirvió de la túnica para limpiársela y arrugó la nariz al hacerlo—. Este lugar es asqueroso. —Me dirigió una mirada que hizo que se me helara la sangre—. Es vuestra culpa que esté atascado aquí abajo.

Guardó silencio un rato, ceñudo, pensando en sus cosas. Advertí que estaba muy contrariado. Había algo en aquel ensimismamiento que me recordó los peores momentos de Adam Kite, a pesar también de que había numerosas diferencias, entre ellas una vena salvaje, animal, que ni siquiera podía soñar con entender. Comprendí que en cualquier momento podía abalanzarse sobre mí para matarme. Pero estuvo callado, pensativo. Al cabo, habló de pronto.

—Goddard me maltrató. Tenía una lengua muy afilada. Pero lo lamentó cuando me serví de los clavos para fijarle la mandíbula antes de drogarlo. —Sonrió—. Después de entrar y dejarlo inconsciente, menuda sorpresa se llevó nada más volver en sí. Otro que me creyó estúpido y que tuvo ocasión de descubrir lo mucho que se había equivocado.

Me dolía la espalda y las ligaduras me despellejaban las muñecas y los tobillos. Continuó hablando, sin mirarme siquiera.

—Cuando clausuraron el monasterio, cuando me devolvieron al mundo, la cabeza

me daba vueltas. Estaba indefenso, como un bote en medio de una tormenta. Pero así lo había dispuesto Dios. Llegó el día en que le escuché, comprendí que era su voz y que él me había escogido. —Me miró entonces con una sonrisa sincera. Por primera vez dio la impresión de reparar en lo incómodo que estaba, e inclinó un poco la cabeza—. ¿Os duele la espalda? —preguntó.

—Sí.

—Pensad en cómo será estar en el infierno. Ahí os esperan a todos, incluidos vuestro amigo Elliard y los demás. Quizá el diablo decida daros un pico para que trabajéis por toda la eternidad entre las llamas, partiendo piedras. Esa joroba que tenéis en la espalda os dolerá por siempre jamás. —Con una sonrisa soñadora, añadió para sí—: Ay, castigar a los enemigos del Señor…

De pronto me pareció oír algo en el pasadizo, más allá. Agucé el oído. Si acudían en silencio y lograban sorprenderlo, quizá consiguiese salvarme. Pero no era nada. El silencio que siguió me pareció eterno; solo los deshilvanados comentarios del loco que me tenía prisionero lo rompían por momentos.

—El notario, Felday, dijo que vos conocíais a Elliard —comentó Cantrell.

—Sí. Era amigo mío. —Respiré hondo antes de añadir—: Por eso decidí que daría con vos.

—No, no. Eso fue cosa del diablo. —Cantrell sacudió con energía la cabeza y se puso de pie de un salto, espada en mano—. ¡No me engañéis! —Se arrodilló a mi lado y de nuevo con la espada me arañó la garganta—. ¡Admitid la verdad! —exigió —. Decid que estáis poseído por el diablo. Decid que lo lleváis dentro.

Entonces lo oí. Lejos. Un ruido metálico. Un chirrido. El eco de una corriente de agua. Cuando comprendí de qué se trataba, mi pulso se aceleró. Estaban abriendo las compuertas de la casa capitular que contenían el agua. Sabían, o sospechaban, que ambos nos encontrábamos ahí abajo, e iban a ahogarnos como a ratas. Recordé las palabras de Harsnet acerca de que haría cualquier cosa con tal de proteger al arzobispo.

—Admitid que lleváis dentro al diablo —insistió, con el rostro rojo de ira.

No supe qué decir, pero me pregunté en qué afectaría a las posibilidades de que acabara matándome el que admitiese o negara aquella acusación.

—No puedo pensar —dije—. Me siento confuso… —Me pregunté si podría introducirme de algún modo en el nicho más cercano cuando llegara la tromba de agua.

—El diablo forcejea en vuestro interior. Vamos, admitidlo. Os lo ordeno en el nombre de Dios. —Hizo girar la punta de la espada y me hizo otro corte en el cuello.

Entonces sentimos un golpe de aire frío, seguido del estruendo del agua. Cantrell se dio la vuelta. A la luz de la vela alcancé a distinguir una cortina de agua y espuma que llenaba todo el túnel y se nos echaba encima. Me moví a un lado para meterme en un nicho. Cantrell no tuvo tiempo de pronunciar una palabra antes de que la corriente se lo llevara. Lo vi desaparecer, extendidos los brazos como si volara.



La propia fuerza de la tromba de agua fue lo que me salvó, puesto que había profundizado bastante en el nicho y podía empujarme hasta el fondo. Sin embargo, me las apañé para volverme y apoyar los pies contra la pared al tiempo que pegaba la espalda a la pared opuesta, con lo cual quedé más o menos inmóvil. Aunque el dolor era insoportable, era consciente de que no debía ceder o el agua me arrastraría. Me sumergió unos instantes y estuvo a punto de llevarme. Me temblaron las piernas, y la espalda quemada rozó con tal fuerza el ladrillo que acabó despellejada. Pero aguanté. Pasada la tromba inicial, el agua ascendió hasta la altura de mi cuello, y luego me cubrió parte de la cara. Se me pusieron los pelos de punta cuando algo innombrable y hediondo me pasó por delante de la nariz. Me quemaban los pulmones y estaba a punto de desmayarme. Me pregunté si ese sería mi final, si todo iba a terminar así.

De nuevo estuvo a punto de arrastrarme aquella fuerza descomunal. Entonces, el nivel de la corriente disminuyó y conseguí sacar la cabeza del agua y respirar. El agua trazó un remolino a la altura de mi pecho, y a continuación desapareció con un último estrépito. Solo quedó el eco del gorgoteo y el ruido que hacían las gotas que caían del techo.

Caí al suelo, y grité de dolor al golpearme un hombro y fracturándomelo. Temblaba de frío, estaba calado hasta los huesos y olía que apestaba. Seguía con las manos y los tobillos atados. Me arrastré como pude fuera del nicho, hasta el pasadizo. Y pensé que, si yo había logrado sobrevivir, quizá Cantrell también lo hubiera hecho.



Una luz tenue que procedía de la reja se abrió paso entre la oscuridad. Amanecía, lo que significaba que habíamos pasado allí toda la noche. Miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba Cantrell? Entonces lo vi, y se me encogió el estómago. Estaba medio recostado contra la reja, frente a mí.

Solté un gemido. Me sentía demasiado débil para seguir luchando, incluso para pensar. Cantrell permaneció inmóvil. Seguí vigilándolo en la penumbra, intentando distinguir si respiraba. En una o dos ocasiones tuve la sensación de que se había movido. Oí gritos que provenían del otro lado de la reja, y luego vi luces que se acercaban a nosotros. Varios hombres saltaron a la zanja y caminaron haciendo chapotear el agua. Levantaron las antorchas y lanzaron exclamaciones de sorpresa al ver a Cantrell sentado allí, dándoles la espalda. Sin embargo, a la luz de las antorchas observé que uno de los hierros rotos le había traspasado la cabeza y que la sangre y los sesos le cubrían el rostro. El agua debió de empujarlo con toda su fuerza contra la reja. Tenía los ojos abiertos y parecía sorprendido, enfadado incluso. En los últimos segundos de vida debió de comprender que había fracasado. Me pareció extraño no haber tenido esa noche la sensación de que ya no corría peligro.

Uno de los guardias se acuclilló ante la reja, llave en mano. Le costó abrirla.

—¡Aquí está el abogado! —exclamó—. ¡Está vivo!

Uno de los hombres que iban detrás se metió en el túnel. Harsnet se acercó con la antorcha en alto para alumbrarme el rostro, y cuando lo hizo lo miré a los ojos.

—¿Está vivo Barak? —pregunté con voz débil.

—Sí.

—Casi lográis que me ahogue.

Me miró entristecido, pero no avergonzado.

—Supusimos que os encontrabais aquí —explicó con un fuerte acento del oeste del país—. Había marcas en el cerrojo de la trampilla, así que nos preguntamos si se las habría apañado para cerrarla desde dentro. Temí que, con todos esos poderes que tenía, consiguiera escabullirse por los túneles, por mucho que enviase una docena de hombres tras él. Fue el único modo de asegurarme de su muerte, el único. Lo siento mucho, Matthew.

Capítulo 46

Tres días después recibí en casa una visita inesperada. Seguía en cama, recuperándome de mis heridas, cuando Joan se presentó ruborizada en el dormitorio para comunicarme la llegada de lord Hertford. Le pedí que lo acompañase hasta mi habitación. Debería haber hecho el esfuerzo de levantarme y recibirlo en el salón, pero aún me sentía exhausto.

Lord Hertford vestía jubón gris y una sencilla capa de pieles. De nuevo pensé en cuán distinto era de su hermano, quien solía decantarse por colores más llamativos. Siempre me había parecido un hombre dotado de una seriedad mortífera, pero ese día lo vi tranquilo, incluso me ofreció una amistosa sonrisa antes de tomar asiento en el sillón que había junto a mi cama. «Hoy es el político», pensé al verlo así.

—Lamento tener que recibiros aquí —me disculpé.

Hizo un gesto con la mano, como restando importancia al hecho.

—Fui yo quien lamentó mucho saber lo mal que lo pasasteis en aquella cloaca. Y también, con anterioridad, en casa de Goddard. Jamás habríamos atrapado a Cantrell si vos no hubierais reparado en que Goddard fue asesinado con la intención de confundirnos. A estas alturas, Catalina Parr estaría muerta.

—Lamento que no consiguiéramos atraparlo antes —dije tras suspirar—. Nueve muertos, incluido el notario y el inocente carbonero, cuyo cadáver descubrimos.

—*Lady* Catalina es consciente de que vos la salvasteis —dijo lord Hertford en voz baja—, y os está muy agradecida por ello.— ¿La pusisteis al corriente de lo de Cantrell?

—No le contamos toda la historia, pero sí que había un asesino suelto y que la había escogido para convertirla en su próxima víctima. Harsnet tuvo que contárselo para convencerla de que no saliera de sus habitaciones. Ella os vio aquella noche, un instante, ¿sabéis? Os tomó por el asesino.

—Lo imaginaba…

—Le expliqué que vos la salvasteis. Le gustaría recibiros para daros las gracias. Esa dama no olvida con facilidad los favores que se le hacen.

—Me siento honrado —dije, y en efecto así era, aunque al mismo tiempo no me gustaba nada la idea de que alguien tan cercano a lo más granado de la corte hubiese reparado en mí. Miré de nuevo a lord Hertford, que sonreía, satisfecho.

—No sé cuándo podrá veros. Estos próximos meses tendrá que atender muchos compromisos, puesto que ha aceptado la propuesta de matrimonio que le hizo el rey.

—¿De veras?

—Por fin ha aceptado que esa es la voluntad de Dios.

—¿Cuándo se celebrará la boda? —pregunté.

—No será hasta bien entrado el verano. El rey ha dispuesto que sea el obispo

Gardiner quien oficie la ceremonia. —Rio—. Eso de unir al rey con una reformista no va a gustarle nada, creedme.

—Pero ¿por qué se ha empeñado el rey en casarse con ella, si cada vez simpatiza menos con la reforma religiosa? —pregunté.

—Hace tiempo que se siente atraído por ella. Desde antes de que falleciese su marido. Y, además, es viejo, está enfermo y se siente solo.

—Será su sexto matrimonio. ¿Creéis que ella sobrevivirá? —pregunté sin poder evitarlo.

—Será lo que Dios quiera. La familia Parr podrá aspirar ahora a alcanzar altos puestos en la corte. Todos ellos son reformistas, así que el arzobispo Cranmer ya no corre peligro.

—¿De verdad? —Me alegró oír eso.

—Sí. El rey llegó a la conclusión de que las acusaciones de Gardiner contra los miembros del gabinete del arzobispo carecían de fundamento. Ha nombrado una comisión para investigar el asunto, y de hecho ha confiado la dirección de la misma al arzobispo Cranmer. Esto supone un duro revés para los planes de Gardiner. Además, la campaña del obispo Bonner contra los píos de Londres no ha encontrado indicios de nada que pueda tacharse de herejía. Ya han empezado a liberar a los presos. Tendrán que mostrarse cautos por un tiempo, pero, sí, da la impresión de que el viento empieza a sernos favorable.

—¿Qué me decís del deán Benson?

—Vuelve a ocupar su puesto, después de que el arzobispo le ordenase mantener la boca cerrada.

—Si hubiera impedido que Goddard y Lockley utilizaran la belladona para sacar los dientes a esa pobre gente, podrían haberse salvado muchas vidas.

—No podemos permitir que se organice un escándalo debido a ese asunto. Pensad en lo que podría salir a la luz si lo hiciéramos. —Me miró a los ojos unos instantes mientras se acariciaba la larga barba—. Habéis demostrado vuestra valía, maese Shardlake. ¿Trabajaríais para mí, igual que en tiempos lo hicisteis para lord Cromwell?

—Gracias, milord, pero me he propuesto disfrutar de una vida tranquila y de mi trabajo en el Tribunal de Apelaciones. Intentar levantar un hospital para los pobres, suscrito por los propios abogados del Colegio de Lincoln…

—Mi hermano Thomas partirá en breve de Inglaterra para ocupar su puesto de embajador en Holanda. Sé que ha sido cruel con vos. Lo siento. No tendréis que volver a verlo.

—Sé encajar las burlas. He encajado muchas en la vida. Eso ya no me afecta.

Lord Hertford inclinó la cabeza para dar a entender que aplaudía mi comentario.

—También yo estoy muy interesado en mejorar las condiciones de vida de los pobres. Estos últimos años lo han tenido todavía más difícil, si cabe. Quizá podría ayudaros con vuestros planes. Mi patronazgo podría resultaros útil en muchos

aspectos, tanto como vuestras habilidades lo serían para mí.

—Lo siento de veras, milord, pero no estoy hecho para la vida pública, ni para tomar las decisiones terribles que a veces la gente que ocupa ciertos puestos se cree en la obligación de tomar.

Me miró largamente, con cierta dureza. Al cabo, asintió.

—En fin. Últimamente habéis sufrido mucho y necesitáis tiempo para recuperaros —dijo en voz baja—. Pero pensad en lo que os he dicho.

—El forense Harsnet podría haberme ahogado —dije—. Pensé que vendría a visitarme, pero no lo ha hecho.

—Estoy seguro de que no tomó a la ligera la decisión de abrir las compuertas.

—Yo estoy seguro de que llegó a la conclusión de que era la voluntad de Dios. ¿Se inundaron todas las casas de la plaza?

—Algunas sí.

—¿Cómo estuvo Harsnet tan seguro de que Cantrell me había ocultado allí? —pregunté, curioso.

—El cerrojo de la trampilla que conducía a la cloaca no estaba cerrado del todo, a pesar de que Cantrell creyó que lo estaba, lo cual nos indicó que se había introducido alguien allí. Pero, maese Shardlake, si Harsnet y sus hombres hubieran descendido para rescataros, Cantrell os habría matado antes de que consiguiesen inmovilizarlo.

—Cabía esa posibilidad, sí; pero Harsnet tenía que saber que abrir las compuertas suponía, casi con toda seguridad, la muerte de ambos. Fue pura suerte que lograse introducirme en ese nicho y que el nivel del agua bajase antes de que me ahogara.

—El forense creyó necesario adoptar esa medida.

—Milord, son ese tipo de medidas necesarias que toman quienes trabajan en Whitehall lo que hace que quiera seguir siendo un simple abogado.

Se levantó, derrotado por el momento. Me pregunté si volvería. Era un hombre ambicioso y estaba formando una red de personas que disfrutaban de su patronazgo. También era hombre de principios, como lo había sido Cromwell. Pero lord Hertford, por capaz que fuese, jamás sería otro Cromwell, puesto que cedía ante la debilidad, tal como lo demostraba el afecto que le tenía a su hermano.

—¿Cómo se encuentra vuestro hombre?

—Está bien. Se llevó un buen golpe, pero tiene la cabeza muy dura.

—Me gustaría verlo antes de irme, para darle las gracias y transmitirle también el sincero agradecimiento del arzobispo.

Pedí a Joan que fuese a buscar a Barak. Este llegó algo pálido y con ojeras. Saludó con una profunda inclinación a lord Hertford, quien le agradeció todos sus esfuerzos.

—He estado intentando convencer a vuestro señor de que trabaje para mí —dijo —. También habría un puesto para vos, en calidad de ayudante suyo. Puedo prometeros una vida emocionante. Mirad a ver si lo convencéis. —Se levantó, se despidió con una profunda inclinación de cabeza y abandonó el dormitorio.

—¿Convenceros? No pienso convenceros de absolutamente nada —dijo Barak volviéndose hacia mí cuando los pasos del noble se hubieron alejado lo suficiente—. Esta vez ya he perdido bastante.

—Lo sé —reconocí, compasivo.

Al regresar de la casa capitular habíamos descubierto que Tamasin se había llevado sus cosas y había dejado una nota para Barak. La vieja amiga que la había acogido en su casa cuando se marchó también había trabajado en la cocina particular de la difunta reina Catalina Howard. Tamasin había estado trabajando para ella, ayudándola a preparar las golosinas que la reina Catalina adoraba, cuando Barak y yo la conocimos en York dos años atrás. Barak se había negado a mostrarme la nota, aunque me había contado que a Tamasin le habían ofrecido su antiguo empleo; puesto que el rey iba a casarse con Catalina Parr, se necesitarían más sirvientes, y el chambelán buscaba candidatos con experiencia demostrada. Tamasin había aceptado el empleo, lo que suponía instalarse en Whitehall. Dijo que creía que ambos necesitaban pasar un tiempo separados, y le pedía que no se pusiera en contacto con ella. Eso lo había destrozado, y había sido necesario ejercer toda mi capacidad de persuasión para impedirle que acudiese a Whitehall. Había aceptado esperar un poco, antes de ponerse en contacto con ella, aunque desde que su mujer se había marchado la quería a su lado más que nunca en la vida.

—¿Podríamos ponernos a trabajar cuanto antes? —me preguntó—. Necesito hacer algo para distraerme.

—Dentro de unos días, Jack. Antes debo visitar a dos personas.



Hacia finales de semana ya me había levantado de la cama y hacía vida normal, a pesar de seguir dolorido. Envié a Barak a informar al Tribunal de Apelaciones de que volvería al trabajo el lunes siguiente, y regresó con una pila de casos nuevos. Fue un placer leerlos, sentir que recuperaba mi vida. Y el domingo anterior a mi vuelta al trabajo, ensillé a *Génesis* y fui cabalgando a la ciudad.

En primer lugar, fui a ver a Guy. Era el 22 de abril, se cumplían exactamente cuatro semanas desde la muerte de Roger y el inicio de aquella sucesión de horrores. Era un tranquilo domingo de primavera y la mugrienta ciudad daba la impresión de estar limpia y reluciente. Los grises y pardos de las calles se veían matizados por las manchas verdes de los árboles que crecían en los patios de las iglesias, puesto que la mezcla de lluvia y calor había hecho que reverdecieran antes de tiempo.

Había supuesto que Guy estaría en casa el domingo por la tarde, después de haber acudido a la iglesia por la mañana, y que posiblemente lo encontrase estudiando. Hacía diez días que no tenía noticias de él, y desde mi lecho de convaleciente le había enviado una nota para informarlo de que habíamos encontrado al asesino y que este había muerto.

Mientras ataba a *Génesis* a la barandilla frente a la botica de Guy, era consciente de los latidos de mi corazón. ¿Y si me rechazaba? ¿Y si daba por concluida nuestra vieja amistad? Me acerqué a la puerta de la botica y me sorprendió encontrarla entreabierta. Oí voces, que reconocí, procedentes de la estancia trasera. Entré en silencio en la botica y me dirigí lentamente hacia la puerta que daba al interior. Vi sobre la mesa, cerrado, el ejemplar de Guy de la obra de Vesalius.

Del otro lado de la puerta me llegó la voz de Piers. Hablaba en voz baja, pero su lengua era tan afilada como un cuchillo.

—Negro cabrón, si ese abogado me denuncia por robo podría acabar ahorcado…

—No lo…

—¿Eso tú cómo lo sabes? Y ahora no tengo más remedio que mendigar, que vivir entre lo peor de lo peor, huyendo en cuanto veo acercarse un alguacil…

—Nadie te está buscando, Piers —aseguró Guy, cuyo tono me pareció muy cansado. Luego, añadió—: ¿Por qué me robaste?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Los aprendices reciben una paga miserable y yo me dejaba la piel trabajando para ti.

—Pudiste haberme pedido más.

—De todos modos no pensaba continuar contigo. Iba a buscar otro empleo, así que el dinero me hubiera venido bien. —Rio con crueldad—. Estaba cansado de tus patéticas quejas y toda esa monserga de que tenía que ser más simpático con la gente.

Me acerqué sin hacer ruido a la puerta, deseando que me hubiese acompañado Barak.

—Intenté enseñarte más sentido de la moral —oí decir a Guy, que hablaba casi con la voz rota—. Cómo ser un buen hombre.

—Mientras hacía tu sucio trabajo, limpiando toda esa mierda después de que abrieses los malolientes cadáveres. Todo ello sin olvidar que lo que querías era abrirme el cuerpo. Bueno, al menos el culo…

—Jamás… —Percibí una gran congoja en la voz de Guy.

—Quiero dinero. Quiero todo lo que tengas. Luego me escribirás una carta de recomendación. Me voy al norte a buscar un nuevo empleo.

—Te daré dinero, Piers; pero una referencia, eso nunca —replicó Guy con firmeza.

—Entonces te atravesaré el corazón para ver si tienes la sangre tan negra como la cara…

Desenvainé la daga y abrí con fuerza la puerta.

—No, Piers —dije en tono sereno—. No vas a hacer nada de eso.

Vi a Guy sentado en un taburete, apoyado contra la pared. Piers le amenazaba el pecho con un cuchillo de hoja larga. La cara del joven, que a menudo se antojaba blanda e inexpresiva, estaba transformada por la ira. Olía a suciedad de las calles; el atractivo aprendiz, siempre bien vestido, tenía un aspecto muy diferente. Abrió los ojos sorprendido al verme entrar, y luego los entornó al comprobar que nadie me

acompañaba.

—¿Hoy no has venido con tu ayudante, jorobado? —preguntó—. También me encargaré de ti, y créeme, será un placer.

—No. Si atacas a Guy, te juro por Dios que no saldrás de aquí con vida. Guy tiene razón, ninguna amenaza pende sobre ti. Recuperó el dinero que le habías robado, dinero que yo encontré; no hay pruebas contra ti. Y ahora vete y no vuelvas. Te prometo que es la mejor oferta que recibirás antes de ir a la tumba.

A pesar de que me sentía invadido por la ira, no había perdido los nervios. Tras enfrentarme a Cantrell, aquel muchacho miserable me parecía un cordero. Mi tono de voz y el modo en que miré a sus ojos pétreos, inertes, debió de causarle cierta impresión, porque bajó el cuchillo.

—Apártate de la puerta, pues —dijo.

—Antes suelta el cuchillo.

Titubeó. Sin embargo, acabó dejándolo en el banco de trabajo de Guy. Me aparté y pasó por mi lado en dirección a la botica. Allí cogió rápidamente el ejemplar del Vesalius y salió corriendo por la puerta. El eco de sus pasos se perdió en la calle.

—Gracias —dijo Guy con la respiración entrecortada—. No creo que me hubiese matado, no tiene el coraje necesario para ello, pero me alegra no haberlo puesto a prueba. Gracias de nuevo.

—Se ha llevado vuestro Vesalius.

—Sí, obtendrá un buen dinero por él. En fin, invertiré el que me robó, y que vos me devolvisteis, en comprar otro.

—No estaba seguro de si debía venir —dije—. Me alegra mucho haberme decidido.

Asintió. Me fijé en sus manos oscuras; las tenía sobre el regazo, y temblaban.

—Piers llamó hace una hora a la puerta —dijo lentamente—. En cuanto la abrí, me empujó y entró; luego desenvainó el cuchillo y me obligó a venir aquí. Cuando trabajaba para mí sonreía, era callado, se mostraba deferente. Pero hoy su expresión y su voz… La frialdad, la ira. —Meneó la cabeza—. Lamento no haberme puesto en contacto con vos, Matthew, pero seguía muy enfadado. Tendríais que haberos acercado antes. Debería haber aceptado que lo denunciarais.

—Lo siento.

Guy esbozó una sonrisa.

—En fin, creo que con lo de hoy lo habéis compensado sobradamente. —Levantó la mano—. Sentaos en ese taburete de ahí —dijo—. Aún no me siento con fuerzas para levantarme.

Cuando me hube sentado, me miró un buen rato en silencio.

—¿Cantrell ha muerto? —preguntó.

—Sí.

—Contadme lo que sucedió, cómo terminó. Si os sentís con ganas, por supuesto.

Permaneció sentado mientras estuve hablándole del cerco de la casa de Goddard,

de cómo deduje que Cantrell era el asesino y de las horas que pasé desesperado en la cloaca que había debajo de la casa de Catalina Parr.

—No era consciente de las pruebas por las que habíais pasado —dijo cuando hube terminado—. Antes de que os marchéis, me gustaría echarle un vistazo a vuestra espalda.

—Os lo agradecería mucho, pues aún me duele. ¿Cómo definiríais a Cantrell, Guy? Mató a siete personas para cumplir la profecía de las copas de la ira, eso por no mencionar a los dos que murieron en el camino y, quizá, a su propio padre. Me lo imagino en casa de Roger y Dorothy, restaurando ese friso, puede que a solas con ella. Se las ingeniaba para comportarse como una persona normal. Se me hiela la sangre solo de pensarlo. He estado tumbado en cama, dándole vueltas y más vueltas al asunto, y soy incapaz de imaginar por qué hacía esas cosas. Al final tuve la impresión de que estaba confuso, enajenado; quiero decir que no me encontré a la persona fría y calculadora que esperaba. Pero no estaba poseído. Creía sinceramente que llevaba a cabo la obra de Dios.

—No sé cómo definirlo —dijo Guy—. Me gustaría ser capaz de hacerlo. Pero es que tampoco sé quién era Gilíes de Rais en realidad, o Strodyr, para el caso. Se produjo cierta perturbación en sus mentes, algo que los convirtió en animales salvajes. Tal vez algún día el estudio nos permita comprender los oscuros senderos de la mente humana que ellos transitaban. O tal vez no.

—No obstante, tengo la impresión de que Cantrell estaba relacionado con ese oleada de brutal fanatismo desaforado que barre toda la Tierra, hasta tal punto que Inglaterra devora a sus propios hijos. Al menos le dio una excusa para lo que se había propuesto hacer.

Guy asintió, entristecido.

—Nos hallamos en pleno conflicto entre dos religiones. Ha llevado a la gente a adoptar posturas extremas, y a los piadosos en concreto a creer con arrogancia que solo ellos pueden comprender los vastos misterios de las escrituras, por no mencionar la mente de Dios. Gente así es incapaz de comprenderse siquiera a sí misma, puesto que confunden sus propias necesidades con la seguridad o el poder, mientras la voz de Dios les habla solo a ellos. Lo que me sorprende es que no se hayan dado más casos de personas empujadas a la locura. Intento, con mis numerosas limitaciones, seguir la dura senda de la humildad. Me enfrento desnudo a los terribles misterios del sufrimiento y la crueldad que hay en el mundo, dudando de si mediante la oración será posible comprender la voluntad de Dios, Su voz, o incluso Su presencia. Sí, creo que la humildad es la mayor virtud del hombre.

Negué con la cabeza.

—Pienso que he perdido la fe. He tenido que leer el Libro de las Revelaciones una y otra vez durante el pasado mes. Me deja boquiabierto. Leo su mensaje cruel y despiadado, y no creo que haya nada tan desesperanzador.

—No desesperéis, Matthew —me pidió Guy con firmeza—. No dejéis que el

Libro de las Revelaciones os envenene la existencia. Y ahora, permitidme echar un vistazo a esas quemaduras.



Cuando me despedí de Guy, tuve la impresión de que estaba en paz; era un frágil consuelo, pero consuelo al fin y al cabo. Guy me había aplicado en las quemaduras unos aceites refrescantes, y me sentía un poco mejor. Cabalgué de regreso al Colegio de Lincoln, donde estaba invitado en casa de Dorothy, a quien había enviado una nota, durante mi convalecencia, informándola de la muerte de Charles Cantrell. Ella había respondido y había propuesto visitarme, pero yo no quería que me viera en aquel estado, de modo que le pedí que me recibiese una vez que me hubiera recuperado.

Margaret abrió la puerta y me dio la bienvenida.

—Según parece, el invitado ya se ha ido —dije con una sonrisa, puesto que en la nota Dorothy me contaba que Bealknap se había marchado.

—Sí, se marchó precisamente cuando vinisteis la última vez. Le entraron las prisas; es más, apenas se entretuvo despidiéndose de la señora.

—Para Bealknap, dar las gracias a alguien es peor que visitar al sacamuelas. ¿Ha enviado dinero?

—No.

—Lo imaginaba. Tengo que hacer algo al respecto.

Dorothy me esperaba en el salón. Lo primero que me llamó la atención fue que el friso de madera había desaparecido y la pared estaba desnuda. Dorothy ya no vestía de luto y llevaba un vestido gris de cuello alto con vivos rojos en el cuello y las mangas. Sonrió, se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Matthew —dijo—. Me teníais preocupada. Parecéis cansado, pero, gracias a Dios, no os veo tan enfermo como temía.

—No, soy más fuerte de lo que la gente piensa. ¿Os habéis librado del friso?

—Hice que lo quemaran en el patio de la cocina. Estuve observando cómo lo devoraban las llamas. Los pinches me tomaron por loca, pero no me importó. Ese animal lo tocó con sus manos. De no haber sido por ese friso nunca habría puesto un pie en esta casa ni habría escogido a Roger como una de sus víctimas.

—Es cierto. Fue un cúmulo de infortunios.

—¿Qué lo empujó a asesinar a todos esos inocentes?

—Precisamente he estado hablando del tema con Guy. Es un misterio para ambos. Quizá sea mejor dejar así las cosas. No conviene ahondar mucho en ello.

—¿Estuvisteis presente cuando lo atraparon? —preguntó.

—Sí, pero no preguntéis más, Dorothy. El asunto tiene que permanecer en secreto.

—Os estaré agradecida hasta el fin de mis días —dijo—. Quería que atraparan al

asesino de Roger y que lo castigaran, y vos lo habéis hecho por mí, y por él, a pesar del precio que habéis pagado. —Me soltó las manos y se apartó. Luego me miró de tal modo que tuve la impresión de que iba a añadir algo importante—. Matthew —continuó, bajando el tono de voz—, hace un tiempo os dije que no sabía cuál sería mi futuro. Sigo sin estar muy convencida, pero he decidido trasladarme a la casa que Samuel tiene en Bristol, al menos durante uno o dos meses. Hemos solucionado los asuntos de Roger, y ahora que ese asesino ha muerto necesito tiempo para reflexionar y un poco de paz. Me marcho este martes.

—Os echaré de menos.

—Solo estaré fuera una temporada —dijo—. Volveré en junio de visita, y para entonces habré decidido si me quedo en Bristol o regreso aquí y alquilo una casita en Londres. Ahora sé que seré capaz de permitírmelo. Bristol está llena de mercaderes, Samuel no tardará en convertirse en uno, y confieso que, por interesantes que sean, podría acabar allí algo… aburrida.

Sonreí.

—Carecen del agudo ingenio y la perspicacia de los abogados. Eso es de sobra conocido —apunté.

—Exactamente —confirmó Dorothy—. Y además aquí cuento con buenas e interesantes amistades. Y ahora, Matthew, decidme que os quedaréis a cenar para que podamos charlar de las cosas agradables que sucedían antes de que el mundo se volviera loco.

—Nada me gustaría más —dije.

Epílogo

Julio de 1543, tres meses después

El rey y Catalina Parr tenían que contraer matrimonio ese mismo día, y en las calles principales de Londres se encendían los fuegos y se preparaban los asadores para cocer la carne de cerdo que más tarde se distribuiría por toda la ciudad, procedente de los fogones reales de Whitehall. Mientras Barak y yo cabalgábamos por Cheapside, intenté no evocar el recuerdo de Yarington quemándose vivo en su iglesia. Los niños corrían arriba y abajo, cargados con leña para las fogatas y gritando alegres ante la perspectiva del festín del que iban a disfrutar, con el rostro colorado a causa del calor veraniego. Los mendigos habían desaparecido de Cheapside Cross, gracias al trabajo de los alguaciles, de forma que no pudiesen echar a perder las celebraciones.

Un mes atrás, *lady* Catalina me había pedido que la visitara en su casa de Charterhouse Square. Me recibió en un salón de cuyas paredes colgaban preciosos tapices, mientras dos doncellas cosían junto a la ventana. La vi muy distinta de la última vez que tuve ocasión de cruzarme con ella. Lucía con suma exquisitez y finura un vestido de seda marrón, con flores estampadas en las amplias mangas carmesí, un collar de rubíes y un tocado con perlas engarzadas que le cubría el cabello castaño rojizo. Era alta, y si bien la boca y la barbilla eran demasiado pequeñas para que resultase hermosa, tenía una extraordinaria presencia, cálida a pesar de la formalidad de su atavío. La saludé con una profunda reverencia.

—Felicidades por vuestro compromiso, *milady* —dije.

Lady Catalina se inclinó un poco para corresponder a mis palabras, y percibí cierta extraña serenidad en ella, propia de quien se ha impuesto un firme control a sí mismo a fin de cumplir el papel que ha aceptado representar en ese magnífico y terrible escenario que es la corte real.

—Sé que me salvasteis la vida, maese Shardlake —dijo con una voz plena de matices—. Y que corristeis graves riesgos y privaciones en el proceso.

—Fue un placer, *milady*. —Me pregunté si Cantrell, de haberla visto tan de cerca, habría reparado en lo distinta que era de la imagen que se había creado de ella. Al cabo pensé que no, que no se habría dado cuenta porque era incapaz de semejante cosa.

Me dedicó una cálida sonrisa y dijo:

—Sé que lord Hertford os ha visitado para pediros que volváis al mundo de la política. Me ha puesto al corriente de vuestras dudas. Bien, eso es algo que puedo entender perfectamente. Quiero que sepáis, maese Shardlake, que jamás os exigiré

nada, pero que si alguna vez necesitáis una amiga, o un favor, o cualquier cosa que esté en mi mano concederos, solo tendréis que pedirlo.

En todos los años que había pasado involucrado en asuntos relacionados con la corte, nadie, jamás, me había ofrecido un favor sin exigir nada a cambio.

—Gracias, *milady* —dije—. Sois muy amable. Recordaré vuestras palabras, que me llenan el corazón de dicha.

Ella me sonrió de nuevo, aunque mantuvo igual de tenso e inmóvil el cuerpo delgado y elegantemente vestido.

—Os estaré observando entre bastidores, maese Shardlake, no para pediros nada, sino para prestaros ayuda si alguna vez la necesitáis. —Me tendió una mano delicada cubierta de anillos, y volví a inclinarme, aunque esta vez fue para depositar un beso en ella.



—El rey lleva seis esposas a cuestas. —Las palabras de Barak me devolvieron a la realidad—. Y entre vos y yo ni siquiera sumamos una.

—No te des por vencido con Tamasin. Creo que aún hay razones para concebir esperanzas —dije.

—Yo no opino lo mismo. —Barak negó con la cabeza—. Pero seguiré intentándolo.

Había visitado varias veces las cocinas del palacio de Whitehall, para pedir a Tamasin que regresara a su lado y rogarle que lo perdonara. Ella lo había perdonado, pero no había aceptado volver con él, al menos por el momento, aunque sí le había prometido que respetaría los votos matrimoniales por muchos cortesanos y sirvientes que se mostraran interesados en ella. Me pregunté si estaba decidida a demostrarle a Barak lo extraordinaria y problemática que era a la vez, y lo segura que estaba de que cualquier relación que tuviera tendría que ser entre iguales.

En lo que a mí concernía, la naturaleza de mi decepción era distinta, a pesar de lo mucho que me dolía. Dorothy no había vuelto a Londres tal como había prometido. Unas semanas atrás me había enviado una carta en la que explicaba que había adquirido una casita en Bristol, cerca de su hijo y su prometida. La carta concluía con las siguientes palabras:

En lo que a nosotros respecta, soy consciente de lo que habéis sentido hacia mí, los viejos sentimientos que quizá estuvieron siempre presentes y que adquirieron un mayor protagonismo a la muerte de Roger. Os comportasteis deforma honorable, Matthew, claro que tratándose de vos no podría ser de otro modo, y creo que vuestra determinación a la hora de perseguir al asesino de Roger fue algo que hicisteis tanto por él como por mí.

No obstante, ahora sé que nunca volveré a casarme. Creedme, no debería

hacerlo: los veinte años que Roger y yo pasamos juntos, antes de que esa criatura maligna me lo arrebatara, disfrutamos de una felicidad que es raro encontrar entre parejas casadas. Cualquier otro matrimonio era una pálida sombra comparado con el nuestro, y eso no sería justo para nadie.

Perdonadme, y venid a verme cuando queráis.

De hecho, no le había pedido la mano, pero lo habría hecho y ella lo sabía. No iría a Bristol, al menos por el momento, pues me resultaría demasiado duro.

Pasamos por la parte alta de Bucklersbury, y pensé en Guy, allí en su botica. Habíamos recuperado la amistad, aunque a veces me parecía percibir cierta reserva en él, y me pregunté si algún día volvería a confiar plenamente en mí.

—¿Alguna suscripción más para el hospital? —me preguntó Barak.

—Unas cuantas. Me gustaría que el tesorero Rowland se animara más. No me ha perdonado que me mostrara tan duro con él cuando os impidió atrapar a Cantrell aquella vez en la calle. Eso supone un obstáculo. Si enviase una circular, animando a nuestros colegas a realizar donativos, se llevarían la mano al bolsillo y cada uno de ellos se esforzaría en superar la aportación de todos los demás, créeme.

Barak meneó la cabeza.

—Y así los pobres siguen sufriendo, todo porque un viejo y envarado cabrón está resentido porque alguien le dijo cuatro palabras bien dichas. En fin, las cosas siempre han sido así.

—Lamento tener que darte la razón en eso.

—Algún día, los pobres harán algo para solucionarlo —dijo en tono de premonición, antes de sonreír irónico—. ¿Y si le pedís dinero a Bealknap?

Nos echamos a reír. Desde mi regreso al Colegio de Lincoln, Bealknap había estado evitándome. Se metía en cualquier lado o doblaba la esquina nada más verme. Había recuperado la salud por completo, y volvía a comportarse como de costumbre. Por supuesto no había enviado dinero a Dorothy, ni había satisfecho los honorarios de Guy por el tratamiento que le había salvado su triste vida. La vergüenza, puede incluso que cierto sentimiento de culpa, lo llevaban hasta esos extremos para evitar cruzarse en mi camino. Se había extendido por todo el Colegio de Lincoln la broma recurrente de que Bealknap sentía terror ante la presencia de maese Shardlake. Podría haber solucionado el problema acudiendo a mí con un poco de dinero para Dorothy y para los honorarios de Guy, pero Bealknap estaría dispuesto a sufrir cualquier humillación, a quedar como un estúpido delante de todo el mundo, antes que a separarse del oro que acumulaba inútilmente en su morada. Lo cierto era que me inspiraba lástima.

Pasamos por debajo del puente de Bishopsgate.

—Bueno, aquí estamos —dijo Barak en tono vacilante—. No sé por qué pensáis que visitar este lugar va a levantarnos el ánimo.

—Espera y verás —dije al franquear la puerta de entrada a Bedlam y acceder al

recinto del hospital. Atamos los caballos y llamé a la puerta. Barak contempló la fachada del edificio con cierta inquietud, como si esperase ver un lunático asomar por una de las ventanas dispuesto a gritarle mientras sacudía las cadenas. Sin embargo, reinaba el silencio. Gebons nos abrió la puerta y se inclinó ante mí. Desde que me había encarado a Shawms por echar a Ellen, se mostraba muy respetuoso conmigo.

—¿Han llegado ya el buen señor Kite y su esposa? —pregunté.

—Sí, señor, aquí están. Los encontraréis a todos en el salón, junto a Ellen.

—Ven, Barak. Esto es lo que quería que vieras.

Lo conduje al salón. Reinaba allí una apacible atmósfera hogareña. Adam y su padre estaban sentados a una mesa, jugando al ajedrez. Sentada también, observándolos, se hallaba Minnie Kite, con aspecto de sentirse tan dichosa como no lo habría creído posible meses antes. A su lado, Ellen hacía punto con una expresión de orgullo en el rostro. La anciana Cissy estaba sentada junto a Ellen, y también hacía punto, aunque a veces paraba para quedarse mirando la nada con ojos de tristeza y desesperación, como si contemplase algo que en realidad no estaba en el salón.

—Bien hecho, Adam —dijo Minnie entre risas cuando su hijo le hizo jaque mate al padre.

Entramos, y todos se levantaron para saludarnos, pero enseguida les rogué que se sentaran.

—He traído a mi ayudante para que te conozca, Adam —anuncié—. Lo recordarás de las vistas en el tribunal. Maese Barak me ayudó a preparar tu caso.

Barak se inclinó ante los presentes.

—He ganado a mi padre al ajedrez por tercera vez consecutiva —dijo Adam. Hizo una pausa y añadió, mirando a Ellen—: ¿Es pecado complacerse por algo así?

—No, no, Adam. ¿Cuántas veces te hemos dicho que no es pecado disfrutar de los pequeños placeres que Dios nos ha concedido para que este mundo tan duro se nos haga más llevadero?

El joven asintió. El miedo a pecar le seguía preocupando bastante, pero aceptaba, al menos la mayor parte de las veces, que solo Dios sabía al final si uno se salvaría o se condenaría. Sus padres temían lo que pudiera suceder cuando abandonase Bedlam y descubriese la terrible suerte que había sufrido Yarington, cuya responsabilidad se había animado a la congregación a atribuir a católicos fanáticos. Sin embargo, Guy era de la opinión de que Adam tenía que salir pronto, regresar al mundo, enfrentarse a las cosas que este ofrecía. Sus padres mantuvieron una postura tan radical como siempre en cuanto a sus creencias religiosas, pero gracias al amor que sentían por su hijo se habían mostrado de acuerdo con Guy en que su frágil estado mental los obligaba a tratar los temas religiosos con moderación. Sin pretenderlo, el obispo Bonner había hecho un favor a la familia con su afán de perseguir a los radicales en primavera; el reverendo Meaphon había resuelto trasladarse a Norwich, lejos de los tumultos de la capital, y se había marchado en mayo. Para sustituirlo habían nombrado un nuevo vicario, un hombre inofensivo que carecía de creencias

profundas.

Daniel Kite se puso de pie.

—Vamos, hijo, ¿damos un paseo por el patio? He pensado que hoy podríamos llegar hasta Bishopsgate.

—De acuerdo. —Adam se levantó también, igual que su madre, que lo cogió del brazo.

Yo me aparté de la mesa, y Adam, con una sonrisa, me dijo:

—Maese Shardlake, cuando volvamos, ¿me hablaréis un rato más de lo que supone dedicarse al derecho?

—Lo haré, será un placer.

En mis dos últimas visitas, Adam había mostrado gran interés por su situación jurídica. Llegó incluso a mostrarse indignado cuando le conté que no podía abandonar Bedlam sin el consentimiento del Consejo Privado. Era aquel un nuevo mundo, muy distinto del que había conocido cuando todos sus esfuerzos se concentraban en complacer a Dios.

Adam miró a Barak y se sonrojó un poco.

—Recuerdo haberos visto en el tribunal, señor —dijo.

—Así es.

—Yo estaba muy mal entonces —se disculpó en voz baja.

—En efecto, pero eso era antes —repuso Barak con una sonrisa, a pesar de que aún no solo le incomodaba el joven, sino aquel lugar.

Observamos desde la puerta al padre, la madre y el hijo caminar tranquilos por el patio, charlando animadamente; Ellen estaba de pie a cierta distancia de nosotros, temiendo acercarse demasiado al mundo exterior.

—Sus padres lo quieren mucho —dijo—. No son como esas familias que abandonan aquí a sus parientes con problemas.

Percibí una nota de amargura en su voz. Cuando me volví hacia ella, forzó una sonrisa. Quise conocer los detalles de su historia, pero aparte de lo que Shawms me había contado respecto a los abusos que sufrió de joven, no sabía nada. Ella no iba a contármelo, y yo no quería entrometerme.

—Este repentino interés de Adam por el derecho es toda una novedad —dije—. Es un joven muy despierto.

—Quién sabe, quizá acabe convertido en abogado.

—Sí. Yo le daré el puesto de Barak y lo adiestraré. Seguro que me cobra menos.

Ellen rio.

—Sería aprovecharse de un enajenado —dijo Barak—. Es verdad que está muy cambiado desde la última vez que lo vi, pero sigue habiendo en él algo…

—¿Frágil? —dijo Ellen—. Aunque todavía tiene un largo viaje por delante, creo que con el tiempo lo completará. Algún día.

—Ahí lo tienes, Barak. La locura es una enfermedad, y a veces, al igual que con otras enfermedades, puede tratarse —dije, y de inmediato pensé que Adam había

estado tan enfermo que quizá recayera de vez en cuando, aunque confiaba en que nunca volviese al terrible estado en que se hallaba sumido cuando lo conocimos. ¿Llegaría a recuperarse del todo? No había forma de saberlo con seguridad.

Barak salió al patio y allí se inclinó ante Ellen.

—Tendría que acercarme a la Vieja Barcaza. Debo recoger algunas cosas, entre otras, unos efectos personales de Tamasin. Dijo que podía llevárselas a donde vive ahora. Será mejor que me asegure de reunirlo todo.

—Te veré mañana por la mañana en el Colegio de Lincoln.

—Ah, sí. Hay un par de casos difíciles.

Me dio la impresión de que a Barak le alegraba tener aquel pretexto para marcharse. Montó en *Sukey* y se alejó al trote, descubriéndose al pasar junto a los Kite.

—¿Va a trasladarse de casa vuestro ayudante? —preguntó Ellen.

—Sí, su esposa y él se han separado. Es muy triste, y el caso es que él no soportaba la idea de seguir viviendo en el mismo sitio. Ha alquilado una habitación cerca del Colegio de Lincoln. Puede que se reconcilien algún día, pues aún existe entre ambos un gran vínculo. Al menos, eso espero.

—¿Presentaréis este próximo jueves la documentación relativa al alta de Adam ante el Tribunal de Apelaciones? —preguntó Ellen.

—Sí, el jueves. Si el juez acepta la petición, esta se remitirá al Consejo Privado. No creo que surjan problemas. —Sabía que los habría, pero Cranmer me había escrito para prometerme que seguiría de cerca el caso.

—¿Está preparado? —preguntó Ellen—. A veces entro en su celda y lo encuentro sentado, o, peor, tumbado en el suelo. Sé que en ocasiones sigue temiendo que Dios no lo quiera a su lado.

—Guy piensa que ha llegado el momento de que salga de aquí, de que se enfrente al mundo, tal como él lo expresa. Bajo el continuo cuidado de sus padres, por supuesto, y además Guy lo visitará con cierta frecuencia. No puede estar seguro de que Adam no sufra una recaída, pero cree que continuará progresando. Y esa etapa en que corría peligro de producir un altercado público ha pasado. Espero que tenga razón —concluí en voz baja.

—No volveré a verlo —dijo Ellen, desolada.

Me volví hacia ella. Se había alejado un par de pasos de la puerta abierta.

—Eso es muy triste, teniendo en cuenta lo mucho que habéis hecho por él —dije muy serio—. Afirma Guy que sin vuestra persistencia, sin lo comprensiva que habéis sido con él, difícilmente Adam habría hecho tantos progresos. Estoy seguro de que a los Kite les encantaría que lo visitaseis.

—Ya conocéis mi situación, señor —dijo—. Por favor, no me presionéis.

Shawms vino hasta nosotros procedente del despacho y nos dirigió una mirada condescendiente al pasar entre ambos. Cuando se hubo marchado, Ellen dijo:

—¿Haríais algo por mí, señor? —preguntó pronunciando apresuradamente las

palabras, sonrojada. Tuve la impresión de que estaba haciendo acopio de coraje para pedírmelo.

—Lo que sea, Ellen.

—¿Vendríais a verme de vez en cuando, si tenéis un rato libre? Me encantaría saber qué está pasando más allá de estos muros. No sabía que el rey iba a casarse hoy hasta que me lo habéis contado. Aquí todos viven tan encerrados en su propio mundo…

—Preferiría que os aventurarais a salir, Ellen. Vamos, ¿no daríais un par de pasos fuera de este lugar? Os ofreceré el brazo. ¿Tanto os costaría?

—Más de lo que imagináis. —Solo el hecho de sugerírselo la había empujado a pegar la espalda a la pared—. Señor —agregó—, aquí hay quienes, como Adam, pueden curarse gracias a la ayuda de buenos amigos y los seres queridos. Pero hay otros, como yo, cuya cordura depende de aceptar sus… limitaciones.

—Haré un trato con vos, Ellen —dije entonces, mirándola a los ojos—. Vendré a veros siempre que pueda, y os pondré al corriente de las noticias. Pero también os pediré que consideréis a qué medios podéis recurrir para convivir con vuestra… limitación, incluso para superarla. Nunca os haré salir, a menos que estéis preparada para intentarlo, pero tampoco daré el tema por zanjado. —Sonreí—. ¿Os interesa el trato?

—Sois duro negociando, señor, como todos los abogados.

—Así es. ¿Estáis dispuesta pues a aceptar mis condiciones? Esbozó una sonrisa tímida y algo triste.

—Acepto. Y os agradezco vuestra preocupación.

En ese preciso instante, un clamor de campanas empezó a reverberar por toda la ciudad. Miramos por la puerta abierta hacia el patio iluminado por el sol, disfrutando de aquel alegre estruendo. Fuera, en la capilla de un palacio, por fin el rey se había casado con Catalina Parr.

Nota histórica

La primavera de 1543 conoció otro asalto en la lucha por el poder entre los reformistas religiosos y los reaccionarios, enfrentamiento que marcó los últimos años de Enrique VIII. Aunque Edward Seymour, conde de Hertford, había iniciado su ascenso al poder, la figura más importante de los reformistas seguía siendo Thomas Cranmer, cuya estrecha relación personal con el rey lo mantuvo encumbrado en el puesto clave de arzobispo de Canterbury. Parte de su éxito se debió probablemente al hecho de que en ningún momento intentó dominar al rey, al contrario que Cromwell o Wolsey.

Sin embargo, el regreso de tierras extranjeras del ultraconservador obispo Stephen Gardiner desembocó en varios intentos de librarse de Cranmer, todo ello con la ayuda del londinense obispo Bonner. Los radicales religiosos fueron perseguidos en las casas que Cranmer tenía tanto en Cambridge como en Londres, aunque fue imposible encontrar nada serio que lo inculpara. El rey inquietó a Cranmer cuando le dijo: «Ahora sé quién es el mayor hereje de Kent», pero después le dio la espalda a Gardiner al nombrar al propio Cranmer para que dirigiera la comisión encargada de investigar las alegaciones que se habían presentado en su contra. He seguido el relato de los ataques sufridos por Cranmer tal como los relata Diarmaid MacCulloch en su obra titulada *Cranmer*, publicada en Londres en 1996. Fue probablemente en otoño, y no en primavera, tal como yo he señalado, cuando Cranmer se vio libre de tales ataques.

A principios de 1543 también el protestantismo sufrió embates en el Parlamento, así como los efectos de una renovada campaña contra el radicalismo en Londres, orquestada por el obispo Bonner.

El Parlamento aprobó ese año leyes antirreformistas, entre ellas la que prohibía a las clases trabajadores y a las mujeres leer la nueva Biblia inglesa que, bajo la égida de Cromwell, se había distribuido a todas las parroquias. Me siento en deuda con el bibliotecario del Saint John College, de Cambridge, por permitirme consultar el ejemplar que tienen allí de la Gran Biblia de 1539, el cual podría haber pertenecido al propio Thomas Cromwell. He utilizado su fraseología para las citas del Libro de las Revelaciones, aunque he modernizado la ortografía propia del período Tudor. *London and the Reformation*, de Susan Brigden, publicado en Oxford en 1989, constituyó una valiosísima fuente para investigar la campaña contra las «sectas» que se llevó a cabo en Londres, campaña que contó con una persecución de todos aquellos que habían faltado a la norma de comer carne en Cuaresma. Su libro pinta un Londres cada vez más dividido entre parroquias radicales y conservadoras; los radicales, con su visión propia de santos perseguidos, a menudo se consolaban creyendo que las Revelaciones predecían su eventual victoria contra la «Bestia» de Roma. Muchos pensaban

entonces, tal como hoy en día les sucede a los fundamentalistas cristianos, que vivían en los «últimos días» anteriores al Armagedón, y, de nuevo tal como sucede en esta época nuestra, vieron indicios en todo el mundo que tomaron como pruebas concluyentes de que el Apocalipsis era inminente. También, como les sucede hoy a los fundamentalistas, contemplaban la perspectiva de una destrucción violenta de la humanidad con absoluta impavidez. La notable similitud entre los primeros puritanos del período Tudor y los fanáticos fundamentalistas cristianos de hoy se extiende a su tendenciosa interpretación de la Biblia, en la importancia que daban al Libro de las Revelaciones, al hecho de que estuvieran tan seguros de la justicia de los hechos que en él se describen, incluso a la fraseología. En lo que concierne al propio Libro de las Revelaciones, comparto el punto de vista de Guy, conforme los padres de la Iglesia entregaron al mundo algo muy peligroso cuando, tras mucho deliberar, decidieron incluirlo en el canon cristiano.

Catalina Parr contrajo matrimonio con Enrique VIII en julio de 1543, después de varios meses de cortejo. La reina Catalina admitió años más tarde que, al contrario que todas las reinas que la habían precedido, se había resistido a la idea de casarse con él. Parte de ello se lo debemos al afecto que sentía hacia *sir* Thomas Seymour. No está claro que ya en 1543 Catalina Parr simpatizase con las ideas reformistas; yo creo que sí, porque de otro modo habría adoptado otra clase de reformismo tras casarse con un rey cuyas simpatías antirreformistas iban en aumento, lo cual la habría puesto en una posición peligrosa. Pensar lo contrario no parecer tener mucho sentido.

La opinión que suscitaba la locura en el período Tudor era mucho más elaborada de lo que quepa imaginar. Como en todas las disciplinas de la medicina, el concepto de enfermedad mental se basaba en la teoría de los desequilibrios entre los «cuatro humores» de los que estaba compuesto el cuerpo humano. De ahí, por poner un ejemplo, que el consejo para combatir la melancolía consistiera en comer ensalada, debido a que no solo era un plato frío, sino húmedo. Sin embargo, existen también abundantes pruebas de remedios dictados por el sentido común, como animar al melancólico o llorón (tal como se conocía respectivamente a los depresivos de las clases alta y baja) a salir de casa, tomar el aire, escuchar música y disfrutar de una conversación animada. No creo que las soluciones de Guy fuesen muy inusuales, aunque su interés en el tema de las enfermedades mentales sí lo habría sido. Por otro lado, tanto católicos como protestantes consideraban a menudo las enfermedades mentales más agudas una prueba de posesión infernal; los católicos prescribían la confesión y apelaban a las imágenes sagradas, mientras que los protestantes se volcaban en la oración y el ayuno. De vez en cuando, como le sucede en el libro a Adam Kite, alguien obsesivamente religioso y mentalmente inestable podría verse en peligro de ser acusado de herejía y arrojado a la hoguera. Para documentarme acerca del concepto que tenían nuestros antepasados sobre la locura me sirvió como introducción *A Social History of Madness*, de Roy Porter, publicado en Londres en 1987, mientras que *Mystical Bedlam*, de Michael MacDonald, publicado en

Cambridge en 1981, dibuja un fascinante panorama del terapeuta de principios del siglo XVII. Entre las prácticas descritas se incluyen casos de «pánico a la condenación», como el que sufre Adam Kite en la novela, que al parecer fue un nuevo fenómeno causado por la noción luterana y calvinista de esa división predestinada de la humanidad entre quienes se salvaban y quienes se condenaban. En siglos posteriores fue reapareciendo a menudo durante las campañas fundamentalistas. Por ejemplo, el Primer Gran Despertar religioso en la Norteamérica colonial de principios del siglo XVIII dio como resultado numerosos suicidios de personas convencidas de que estaban irremediablemente condenadas.

En lo que concierne a los cuidados dispensados a los enfermos mentales, eran rudimentarios y únicamente reservados a los ricos, como toda la medicina, por otra parte. Foucault denominó «gran confinamiento» a la aparición de instituciones mentales en el siglo XVIII, cuando los trabajadores de la sociedad industrial no podían cuidar de los parientes enajenados que vivían en sus casas. Esto podría hacernos suponer, sin embargo, que las sociedades preindustriales cuidaron mejor de los retrasados mentales y los mentalmente enfermos. Si bien ello es verdad hasta cierto punto, existen demasiados relatos de personas aquejadas de graves enfermedades mentales que eran encadenadas en casa o abandonadas a su suerte, y que con frecuencia morían en zonas despobladas («los hombres salvajes del bosque») para que creamos que la vida de los enfermos mentales en aquella temprana Europa pudo ser algo más que precaria y hasta terrible.

Originalmente fundado en el siglo XV como hospital para los enfermos mentales de Londres, Bedlam fue una de las pocas instituciones de toda Europa dedicadas a atender a quienes padecían esa clase de perturbaciones. Se granjeó una reputación terrible, y no solo porque la gente lo visitaba, como pasatiempo de fin de semana, para reírse de las excentricidades de los lunáticos encadenados. Eso sucedía, por supuesto, pero no hasta la época de los Estuardo. Tenemos muy pocos detalles acerca de la institución en tiempos de los Tudor, excepto que albergaba unos treinta pacientes que solían permanecer internados un año —aunque los había que pasaban más tiempo—, al final del cual se les daba el alta estuvieran o no curados; también se sabe que se trataba de una institución de pago, lo que suponía que la mayoría de los internos provenían de las clases acomodadas. Quizá se esforzaban realmente en curar a los pacientes, aunque el hecho de que los puestos de guardián se empleaban como fuente de ingresos, por no mencionar las terribles condiciones que imperaban en las instituciones «privadas» de la época, hacen pensar de otro modo. Sin embargo, no podemos tener la certeza, así que he tenido que inventar.

Para la investigación relativa al trasfondo tuve que leer cierta cantidad de libros relacionados con los asesinos en serie. Lo que más me impresionó fue que, si bien existen ciertas pautas comunes presentes en las vidas de estas personas, pocas son las que las presentan todas, y aún sigue sin existir un conocimiento real de qué es lo que los empuja a tomar un camino tan espantoso.

Desgraciadamente, el caso de Gilíes de Rais es real. Por otro lado, Strodyr es pura invención: fui incapaz de dar con referencias verificables de la existencia de asesinos en serie en la Inglaterra medieval. Por supuesto, dada la ausencia de un adecuado proceso de detección de estos casos, eso no descarta que los hubiera. Debo decir que me siento en deuda con James Willoughby por la ayuda que me prestó a la hora de buscar posibles casos, búsqueda que resultó ser en vano.

Y pasando ya a temas menos serios, debo mencionar que me fue de gran ayuda *The Strange History of False Teeth*, de John Woodward (Routledge, 1968), aunque difiero con su punto de vista en cuanto a que la moda de los dientes falsos del siglo XVI no gozó de popularidad en Inglaterra.

Como suele ser habitual, he intentado ser fiel a las fechas históricas siempre que me ha sido posible; sin embargo, el libro de Vesalius a que se hace referencia en el texto fue publicado, en efecto, en 1543, pero probablemente tardó un poco en llegar a Inglaterra.

Todas las iglesias londinenses mencionadas en el texto son ficticias.

Agradecimientos

Me siento de nuevo en deuda con Mike Holmes, Jan King, Roz Brody y William Shaw por leer el manuscrito de este libro. Doy las gracias a Frank Tallis por las charlas relacionadas con la historia de las enfermedades mentales y su tratamiento. Mi agente Antony Topping leyó y comentó con gran perspicacia el primer borrador, igual que mi editora de Macmillan, Maria Rejt. Mi agradecimiento a Mari Roberts por las correcciones de estilo, a Frankie Lawrence y Rebecca Smith por las labores de mecanografía, y a Will Stone por haber investigado para mí la historia de la legislación relativa a los ocupantes ilegales de tierras.



CHRISTOPHER JOHN (C. J.). SANSOM es un escritor británico de novelas policiacas. Nació en 1952 en Edimburgo, Escocia, y fue educado en la Universidad de Birmingham, donde cursó una licenciatura y luego un doctorado en Historia. Como muchos otros historiadores, tras trabajar en varias actividades, se decidió por la novela criminal histórica, un género muy popular. Así creó la exitosa saga protagonizada por el abogado Matthew Shardlake en la Inglaterra del siglo XVI. También ha escrito *Invierno en Madrid*, un *thriller* ambientado en la España de 1940, a raíz de la Guerra Civil española.